

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO
CELAM

INSTITUTO TEOLOGICO
PASTORAL DEL CELAM
Biblioteca

EVANGELIZACION

DESAFIO DE LA IGLESIA

Sínodo 1974:
Documentos papales y sinodales.
Presencia del CELAM y del
Episcopado Latinoamericano.

Cubierta de J. Crispancho M.
TEORIA DE SANTOS - Notre Dame, París.

SECRETARIADO GENERAL DEL CELAM
Calle 78 No. 11-17 — Apartado Aéreo 5278
BOGOTA — COLOMBIA

Dirección artística y responsabilidad editorial
GENESIS EDITORES - Bogotá.

Con las debidas Licencias
DERECHOS RESERVADOS

Consejo Episcopal Latinoamericano
© CELAM 1976

IMPRESO EN EDITORIAL ANDES - BOGOTÁ - COLOMBIA

INDICE

	Págs.
Presentación	11

I

DOCUMENTOS DEL SANTO PADRE Y DEL SINODO

La evangelización del mundo contemporáneo	
Discurso del Santo Padre en la inauguración del Sínodo	17
La promoción de los derechos humanos, exigencia evangélica en el ministerio	
Mensaje de los Obispos a todos los hombres	25
Declaración final de los Padres Conciliares sobre evangelización	29
Un impulso nuevo para la acción evangelizadora	
Discurso del Santo Padre en el acto de clausura del Sínodo	36
EXHORTACION APOSTOLICA "EVANGELII NUNTIANDI"	
I. Del Cristo evangelizador a la Iglesia evangelizadora	51
II. ¿Qué es evangelizar?	58
III. Contenido de la evangelización	63
IV. Medios de evangelización	71
V. Los destinatarios de la evangelización	78
VI. Agentes de la evangelización	87
VII. El espíritu de la evangelización	99
Conclusión	109

II

ASPECTOS GENERALES DEL SINODO

Relación sobre la evangelización del mundo de este tiempo en América Latina	
Mons. Eduardo Pironio	113
Panorama de la vida de la Iglesia 1971-1974	
Mons. Aloisio Lorscheider	126
Conclusiones del Círculo Menor "Hispanicus-Lusitanus A"	
Mons. Samuel Buitrago Trujillo	134
Los signos que deben acompañar a la predicación	
Mons. Román Arrieta Villalobos	138

	Págs.
Conclusiones del Círculo Menor "Hispanicus-Lusitanus B"	
Mons. José de Jesús Pimiento	143
Conclusiones del Círculo Menor "Hispanicus-Lusitanus C"	
Mons. Andrés M. Rubio G.	147
Conclusiones del Círculo Menor "Hispanicus-Lusitanus C"	
Mons. Aloisio Lorscheider	150
La evangelización en el mundo contemporáneo	
Rueda de prensa de Mons. Alfonso López T.	155
La evangelización en el mundo de hoy - Síntesis	
Mons. Aloisio Lorscheider	161

III

EL CELAM: PREPARACION PARA EL SINODO

Algunos aspectos de la evangelización en América Latina	169
La evangelización liberadora	221
Evangelización y catequesis hoy	244
Aporte del Encuentro de Directores Nacionales de Catequesis para el Sinodo	253
Perspectiva del comunicador social	259
Evangelización y ecumenismo	269
Evangelización y laicos	275
Evangelización y liturgia	280
Concepto y praxis de evangelización	292
Evangelización y no creyentes	300
Vocaciones y ministerios frente a la problemática de evangelización y liberación	327

IV

INTERVENCIONES DE OBISPOS LATINOAMERICANOS

Acción del Espíritu Santo en la Evangelización	
Mons. Eduardo Pironio	347
Espíritu Santo, Iglesia particular, liberación cristiana	
Mons. Eduardo Pironio	350
Salvación y liberación integral	
Mons. Alfonso López Trujillo	352
Evangelización y secularización	
Mons. Alfonso López Trujillo	355

	Págs.
La secularización, reto a la evangelización	
Mons. Alfonso López Trujillo	357

ANTILLAS

Acción de la Iglesia entre los no creyentes	
Mons. Samuel E. Carter	361

ARGENTINA

Objeto y sujeto de la evangelización	
Card. Raúl Francisco Primatesta	363

Lo que debe seguir al Sinodo	
Mons. Vicente F. Zazpe	365

Características de la evangelización	
Mons. Vicente F. Zazpe	368

Evangelización y familia	
Mons. Adolfo Servando Tortolo	368

Los pastores, testigos y testimonios de Cristo	
Mons. Adolfo Servando Tortolo	369

BOLIVIA

Jesucristo, fundamento	
Mons. Roger Aubry	372

La misión, centro de la vida cristiana y de la Iglesia	
Mons. Roger Aubry	373

BRASIL

La Iglesia brasileña frente a la evangelización	
Card. Avelar Brandao Vilela	376

Sana descentralización en la Iglesia	
Card. Avelar Brandao Vilela	379

Salvación en Jesucristo y liberación	
Card. Avelar Brandao Vilela	380

Conocimiento de Cristo, meta de la Iglesia latinoamericana	
Card. Avelar Brandao Vilela	382

	Págs.
El testimonio de la salvación	
Card. Paulo Evaristo Arns	333
La Iglesia particular y los religiosos	
Card. Paulo Evaristo Arns	334
Una experiencia con la juventud universitaria	
Card. Paulo Evaristo Arns	335
El acto de la conversión y la liberación humana	
Card. Paulo Evaristo Arns	336
Recto sentido de la "liberación"	
Card. Alfred V. Scherer	339
El pastor y su grey	
Mons. Aloisio Lorscheider	390
Colegialidad episcopal	
Mons. Aloisio Lorscheider	390
Exigencias de la evangelización	
Mons. Aloisio Lorscheider	391
Entrega a los pobres, única opción pastoral	
Mons. Helder Pessoa Camara	392
Misión evangelizadora de los laicos	
Mons. Lucas Moreira Neves	393
COLOMBIA	
El anuncio de Cristo	
Mons. Mario Revollo Bravo	396
El diaconado permanente y las comunidades de base en la evangelización	
Mons. Samuel Silverio Buitrago	399
COSTA RICA	
El obispo, su presbiterio y la evangelización	
Mons. Román Arrieta Villalobos	403
Acción evangelizadora de las religiosas y de los laicos	
Mons. Román Arrieta Villalobos	405

CHILE		Págs.
Evangelización y testimonio de la Iglesia		
Mons. Sergio Contreras Navia		407
Chile, un pueblo en vía de recristianización		
Mons Maximiano Valdés Subercaseaux		411
ECUADOR		
Comunión de los Obispos entre sí y con el Papa		
Card. Pablo Muñoz Vega		414
Necesidad de una auténtica base teológica para la evangelización		
Card. Pablo Muñoz Vega		416
América Latina, continente de esperanza		
Mons. Bernardino Echeverría Ruiz		420
Experiencia modelo de evangelización		
Mons. Bernardino Echeverría Ruiz		422
MEXICO		
Relación entre la índole escatológica de la evangelización y la solicitud de la promoción humana		
Mons. Manuel Samaniego B.		424
La luz del Evangelio, única capaz de iluminar la conciencia cristiana		
Mons. Manuel Castro Ruiz		428
NICARAGUA		
Misión de la Iglesia en el mundo		
Mons. Salvador Schlaefer		431
PARAGUAY		
La evangelización lleva a comprender a Cristo liberador		
Mons. Felipe Santiago Benítez		433
PERU		
Elementos que definen la evangelización integral		
Mons. Germán Schmitz Sauerborn		436

	Págs.
Evangelización como "liberación del hombre"	
Mons. Germán Schmitz Sauerborn	439
En busca de una pedagogía de la fe	
Mons. Ricardo Durand Flórez	441
Precisiones del concepto de evangelización	
Mons. Ricardo Durand Flórez	442
Dificultades episcopales	
Mons. Ricardo Durand Flórez	443
PUERTO RICO	
El neomaltusianismo, un desafío a la evangelización	
Mons. Rafael Grovas	445
REPUBLICA DOMINICANA	
Una experiencia válida en la evangelización	
Mons. Octavio Antonio Beras R.	448
La vida en el Espíritu Santo, prenda segura de liberación	
Mons. Octavio Antonio Beras R.	450
EL SALVADOR	
Los laicos toman conciencia de su misión en la Iglesia	
Mons. Arturo Rivera Damas	452
URUGUAY	
Las comunidades de base, formadoras de la responsabilidad eclesial de los laicos	
Mons. Andrés Rubio García	455
VENEZUELA	
La Iglesia, sacramento de salvación y signo de esperanza	
Mons. Domingo Roa Pérez	457
Necesidad de evangelizar y liberar a la Iglesia	
Mons. Rosalio Castillo Lara	460

PRESENTACION

Los sínodos episcopales además de cumplir con el objetivo de asesorar, como cuerpo consultivo, al Sucesor de Pedro en las materias que proponga, están representando de hecho un instrumento de extraordinaria y eficaz animación de toda la Iglesia. Las comunidades eclesiales se ponen, por decirlo así, en "Estado de Sínodo", es decir, proyectan su reflexión y concentran buena parte de sus esfuerzos en su preparación. Se genera una impresionante movilización. Circula como una nueva energía por doquiera. Las sesiones sinodales constituyen un foro en el que se refleja la vida pastoral, se comunican impresiones, preocupaciones, proyectos, en un clima de profunda unidad, diálogo y serena esperanza.

En los sínodos se toma el pulso de la marcha de la Iglesia toda. Se toma conciencia de los retos que hay que atender y superar. Se vive una profunda experiencia de corresponsabilidad. El peso de las tareas y preocupaciones pastorales no cae solamente sobre las espaldas del Papa. Todo el Colegio Episcopal, que tiene a Pedro por cabeza visible, participa en ello, y refleja este solícito compartir muy adecuadamente en la institución sinodal.

Especialmente denso, fecundo en la colaboración y útil en intercambio de miras pastorales, ha sido el Sínodo sobre la Evangelización. Así lo experimentamos quienes tuvimos la suerte de tomar parte. Poco importa que —no obstante el esfuerzo de objetiva e inmediata información a los medios de comunicación— no hubiera gozado de "buena prensa". Poco importa que se hubiera distorsionado su imagen. Ha sido una experiencia muy rica y alentadora; serenada la voracidad de los linotipos, muchos se van dando cuenta de que el último Sínodo no culminó en el fracaso, aunque no haya sido posible, por la abundancia y complejidad de la materia y por la falta de ajuste de algunos engranajes, producir un documento completo. Lo hubiéramos querido. Más aun, lo pretendíamos. Y habrá que asegurar los mecanismos para lograr en el futuro que haya algo de este género. Pero, nada autoriza a colegir que se hubiera concluido en el vacío.

La Exhortación Apostólica de Pablo VI, "Evangelii Nuntiandi", del 8 de diciembre de 1975 asume en buena parte muchos de los aportes más significativos de la III Asamblea General del Sínodo de los Obispos, servicio que comedia y delicadamente le fue pedido al Papa por los padres sinodales, como él lo recuerda: "En efecto, al final de aquella memorable Asamblea, decidieron ellos confiar al Pastor de la Iglesia Universal, con gran confianza y sencillez, el fruto de sus trabajos, declarando que esperaban del Papa un impulso nuevo, capaz de crear tiempos nuevos de Evangelización en una Iglesia todavía más arraigada en la fuerza y poder perennes de Pentecostés" (Nº 2).

La finalidad de este libro es sencilla y clara. Poner en las manos de muchos un material apreciable que ayude a dar ese impulso nuevo en aquello que constituye la misión esencial de la Iglesia: la Evangelización. Con este sentido, la XV Asamblea de Roma recomendó esta publicación y la Reunión de Coordinación del CELAM integró tal sugerencia, en el Plan Global de Actividades. Cumplimos, pues, complacidos este deseo que nos había llegado también por numerosos canales.

Nuestro propósito es entregar dos libros sobre el tema. Hemos dejado para el segundo tomo el abundante y valioso aporte de las Conferencias Episcopales de América Latina. La usual proporción y tamaño que hoy se estilaba así lo aconsejaban.

En el volumen que hoy sale a la luz pública hemos querido ofrecer, distribuidos en forma de unidades, el siguiente material: 1) Documentos del Santo Padre y del Sínodo, 2) Documentos que aportan la visión de algunos aspectos generales, 3) las intervenciones de los obispos latinoamericanos, catalogados por países, 4) el Documento, preparatorio, como instrumento de trabajo, elaborado en el Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral del CELAM, que tan entusiasta acogida tuvo en América Latina, y los estudios hechos en los Departamentos y Secciones sobre puntos relacionados con su área de trabajo.

Oportunamente escribimos a los obispos que intervinieron en el Aula Sinodal para asegurar la publicación integral de su texto, con la traducción correspondiente. La mayoría encontraron suficientemente completa la relación cuidada por "L'Observatore Romano" y que fue difundida casi de inmediato y nos autorizaron para proceder tomando tan respetable fuente. Algunos nos remitieron su contribución en forma más completa. Va nuestro agradecimiento cordial por esta autorización y más cuando hay que tener en cuenta que las intervenciones

eran de "ocasión", vale decir escritas a veces a mano y presentadas sobre la marcha de los diálogos. El tiempo fue escaso para atender ciertas exigencias académicas. Y aunque se hubiera tenido suficiente espacio estamos acostumbrados a una cierta espontaneidad que nada tiene que ver con la improvisación o la irresponsabilidad.

Será posible observar el conjunto de la presencia de América Latina y la armonía en los enfoques, dentro de la riqueza de la variedad. No hubo una previa concertación entre los latinoamericanos. No era ni conveniente ni necesario. Tampoco llevábamos consignas especiales para presionar en determinadas líneas. Debían reflejar el sentir de sus propias Iglesias. Y sin embargo, se dio una incontrastable impresión de unidad, tranquila, mesuradamente, sin tentaciones de "originalidad", sin estridencias. Algunos quizás, sobre todo en algunos periódicos, se llevaron la sorpresa de un lenguaje, serenidad y seriedad pastorales, que corrientemente no imaginan, dados los acontecimientos convulsionados que marcan nuestra historia.

Se abre ahora un nuevo compás de expectativa para el próximo Sínodo, cuyo tema es prolongación del último, en una línea de mayor concreción. Seguramente este material será también valioso para su preparación.

Que Jesús, el "primer Evangelizador", renueve y profundice nuestro entusiasmo, para que la comunidad que se reúne en el nombre de Jesús, viva del Evangelio, de él se alimente y lo anuncie íntegra y explícitamente con la fuerza que le viene del Espíritu.

† ALFONSO LOPEZ TRUJILLO
Secretario General del CELAM

I

DOCUMENTOS DEL SANTO PADRE Y DEL SINODO

LA EVANGELIZACION DEL MUNDO CONTEMPORANEO

Discurso del Santo Padre en la Inauguración de la
III Asamblea General del Sínodo de los Obispos.
(27 de septiembre de 1974) *

Venerables hermanos:

Después de la celebración litúrgica de esta mañana, henos aquí a todos de nuevo reunidos en el Aula Sinodal, para hablar entre nosotros y dar comienzo, siguiendo el orden establecido, a los trabajos a que se dedicará esta Asamblea durante los próximos días. Todo cuanto hemos dicho hasta ahora lo hemos dirigido directamente, en tono de oración, al Señor Jesucristo, con el convencimiento de que el tema tan importante de la evangelización, por su dependencia, según un designio unitario del amor del Padre, del mandato de Cristo y de la misión del Espíritu Santo, debía ante todo quedar encuadrado en esta elevada perspectiva, para ser luego estudiado y profundizado.

Comunión eclesial

Queremos ahora, venerables hermanos, dirigir un saludo afectuoso a todos vosotros que con gran sacrificio habéis dejado las habituales ocupaciones de vuestras sedes; pero permitidnos, ante todo, saludar de una manera especial al coadjutor del venerable arzobispo de Hanoi, el cual, no habiendo podido asistir al Concilio ni a los Sínodos anteriores y no pudiendo tampoco tomar parte en esta Asamblea por motivos de salud, enviándonos a monseñor Joseph-Marie Trinh-Van-Can, su coadjutor, hace viva y presente por primera vez entre nosotros una porción selecta y a Nos tan querida de la Santa Iglesia, la del Vietnam del Norte.

* Las traducciones fueron tomadas en su mayor parte de la edición española de "L'Osservatore Romano". Algunas pocas se tomaron de la revista española "Ecclesia".

Mientras invocamos nuevamente la ayuda celestial sobre los trabajos que comienzan, queremos aseguraros una vez más a cada uno de vosotros nuestra confianza, daros las gracias de corazón y deseáros *in osculo sancto* toda clase de bienes.

Permitidnos también que, al menos por un instante, manifestemos nuestra complacencia por el espectáculo que nos ofrecéis: vuestra presencia cualificada, premurosa, sensible a las exigencias de la Iglesia universal, es ya de por sí una prueba elocuente —si fuese necesario— de la realidad de la comunión eclesial. Permitidnos, pues, repetir la acostumbrada y siempre significativa expresión del Salmo: “Ved cuán bueno y hermoso es habitar en uno los hermanos” (Sal 132, 1).

En efecto, esta comunión es de tal naturaleza que asocia mente y corazón en un servicio precioso y urgente, y constituye, por otra parte, la atmósfera más adecuada, la condición ideal para el diálogo fraterno que dentro de poco vais a comenzar. Ella, por tanto, a nivel de vuestras personas reunidas aquí para representar visible y efectivamente las comunidades eclesiales esparcidas por el mundo, “de toda tribu y lengua y pueblo y nación” (Ap 5, 9), se eleva en una relación todavía más íntima de *conversatio*, y deberá manifestarse en el coloquio leal, respetuoso y —así lo esperamos— fructuoso en torno a la problemática de la evangelización en el mundo contemporáneo.

Diversos aspectos de la evangelización

Se ha dicho y repetido que este es un tema importante y vastísimo, pero hay que añadir en seguida que es también audaz y severo, porque nos obliga a estudiar cuáles son, en estos años borrascosos, las reales condiciones socio-culturales de la humanidad, en la cual y para la cual vive la Iglesia; porque toca en lo vivo vuestra responsabilidad de pastores; porque nos plantea, de forma candente y diríamos desafiante, una pregunta precisa acerca de nuestra misma razón de ser en el ámbito de la sociedad humana. ¿Quiénes somos nosotros? ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué debemos hacer? Somos un “pequeño rebaño” (Lc 12, 32), como personas aquí reunidas, y también como expresión sintética de nuestras comunidades cristianas. Y, ¿cómo podemos tener la presunción de dar respuesta satisfactoria a esos interrogantes esenciales, y llevar a cabo al mismo tiempo, de manera eficaz y adecuada, la misión de salvación que nos ha sido confiada?

En el encuentro litúrgico de esta mañana hemos ofrecido ya a este respecto un primer pensamiento, orientador y corroborante, refiriéndonos al aspecto originario, eficiente y teológico de esta misión. En efecto, hemos indicado el término *a quo*. “Yo os envío” (Jn 20, 21), (cfr. Lc 10, 3), nos ha susurrado el Señor, casi como para recordarnos que, si estamos todavía en el mundo, lo estamos siempre en calidad de enviados, de embajadores, de apóstoles y de misioneros. Queremos completar ahora el concepto, proponiendo el segundo aspecto —el de la finalidad, el aspecto eclesial, humano— de la evangelización, mirando al correlativo término *ad quem*: ¿A quién somos enviados? Estos dos términos pueden servir para delimitar, provechosamente, el ámbito de la función evangelizadora, de la cual trataréis después durante el Sínodo.

Sin querer anticipar, obviamente, nada del contenido o respuestas que esperamos de vosotros, nos detendremos ahora sobre el tema, para indicar al menos sus notas generales y fundamentales, y ofrecer así una útil aportación a la inminente discusión del tema.

Evangelizar es un deber apremiante

La primera nota de la evangelización nos parece ser esta: “su necesidad”. A la validez —que Nos recordábamos esta mañana— del sacerdocio católico, en cuanto emanación y participación directa del sacerdocio de Cristo, corresponde la validez de nuestra misión en relación con las crecientes necesidades espirituales de los hombres de hoy.

Evangelizar no es para nosotros una invitación facultativa, sino un deber acuciante, tal como se expresa, con un aviso casi amenazador —y se lo decía a sí mismo—, el Apóstol de las gentes, que fue apasionado maestro y ministro de la evangelización: “Pesa sobre mí una grave obligación: y, ¡ay de mí!, si no predico el Evangelio” (1 Co 9, 16). Este ¡ay!, tan rígido y duro, puede parecer a primera vista en contradicción con el temple persuasivo y dulcísimo del anuncio evangélico; pero en realidad es saludable y oportuno: hace reflexionar, debe hacer reflexionar sobre el imperativo permanente de la obra de evangelización y sobre las relativas responsabilidades de todos aquellos que, en la trabazón armónica del pueblo de Dios, participan de diversos modos en el único e indiviso ministerio apostólico. Evangelizar no es, pues, una obra ocasional o pasajera, sino empeño estable y necesidad constitu-

cional de la Iglesia: del "id y haced discípulos a todas las gentes" (cfr. Mt 28, 18-20; Mc 16, 15) de su Fundador, a la palabra incisiva de Pablo, a la igualmente firme de Pedro y Juan ("Nosotros no podemos hablar más que de lo que hemos visto y oído", Hch 4, 20), el mandato perdura coherente e imperioso hasta el más reciente Concilio. Y aquí nos dispensamos de citar, ante vosotros que habéis sido en amplia medida los protagonistas de tal acontecimiento, los inequívocos textos conciliares.

El carácter universal de la evangelización

Aparece así una segunda nota, íntimamente unida con la anterior y que sirve para definir aún mejor el aludido término *ad quem*, digamos la "universalidad" de la evangelización, es decir, la exigencia de llevar el mensaje evangélico a todos los hombres, sin limitaciones geográficas, de raza, de nación, de historia, de civilización; como sucedió el día de Pentecostés: "de cuantas naciones hay bajo el cielo" (Hch 2, 5).

También este es un aspecto que se coloca en una dimensión igualmente esencial y constitutiva de la Iglesia católica: la misionera, y la orienta hacia el fin a ella asignado en el texto ya citado, donde el "id y enseñad" se refiere "a todas las gentes". También aquí el Magisterio conciliar nos ha familiarizado con esta concepción de la Iglesia, la cual, "respondiendo a las exigencias más profundas de su catolicidad y al mandato específico de Cristo... viviendo en el tiempo, es por su naturaleza misionera" ("Ad Gentes", 1, 2). Por otra parte, trabajar para que toda lengua confiese que Cristo es el único Señor y Salvador de todos, para gloria del Padre (cfr. Flp 2, 11), ha constituido siempre la acción constante de la Iglesia, gracias a la cual el cristianismo ha podido afirmarse tan pronto en los primeros siglos.

En esta perspectiva de la universalidad de la evangelización encontraremos una cuestión tan importante como delicada, la del "ecumenismo", estudiada ahora por la Iglesia con el más vivo interés y con el más fraterno respeto. Será una cuestión a estudiar con el espíritu y normas que le son propias, pero también con renovada caridad y con esperanza siempre nueva.

De la misma manera, no podemos dejar de aludir a las religiones no cristianas: en efecto, ellas no deben ser ya consideradas como rivales o como obstáculos a la evan-

gelización, sino como zonas de vivo y respetuoso interés, y de futura y ya iniciada amistad.

Y, ¿qué diremos, por fin, de las regiones geográficas o culturales, en las que la religión ya no encuentra espacio? ¡Problema inmenso! ¿Dónde no llega hoy el océano de la incredulidad, de la indiferencia, de la hostilidad? Pues bien, nosotros no detendremos por ello el esfuerzo de nuestra evangelización, sino que lo confortaremos con esperanzas y oraciones, con sabiduría y paciencia. ¿Dónde puede encontrar confín la caridad del Evangelio? "No pueden aguas copiosas extinguir la caridad" (Ct 8, 7). Aunque fuese una locura la evangelización, será igualmente invicto el testimonio. ¡Qué problemas! Pero no nos paralice el temor. Recordemos las palabras de Jesús: "Atraeré a todos a mí" (Jn 12, 32).

Indudablemente la dificultad que incita a disminuir el esfuerzo de dilatar la luz de Cristo en el mundo o a renunciar a un anuncio explícito del Evangelio, se apoya en razones muy seductoras: por una parte, podría parecer una pretensión quimérica proponer el Evangelio en condiciones tan humanamente adversas y desfavorables; por otra parte, no se ve cómo pueda salvarse el respeto a la libertad y a los valores religiosos y morales auténticos que se encuentran también en los pueblos no cristianos, valores en los que se entrevé, no obstante, una providencial predisposición a la plenitud de la revelación cristiana.

Finalidad de la evangelización

Será, por tanto, incumbencia del Sínodo ver cómo se puede conciliar este respeto de las personas y de las culturas, el diálogo sincero con ellas —que constituye una de las condiciones fundamentales de la verdadera actitud cristiana—, con el universalismo de la misión confiada por Cristo a la Iglesia.

Hay que tener presente además un tercer elemento de la evangelización: su específica "finalidad". Habrá que precisar mejor las relaciones entre la evangelización propiamente dicha y todo el esfuerzo humano del desarrollo, para el cual se espera justamente la ayuda de la Iglesia, por más que no sea esto su misión específica. Conocemos las dificultades objetivas que encuentran en este sentido los hijos de la Iglesia empeñados en la labor apostólica, quienes con harta frecuencia se ven solicitados hoy día a olvidar la prioridad que debe tener el mensaje de salvación, reduciendo así la propia acción a pura actividad

sociológica o política, y la misión de la Iglesia a un mensaje antropocéntrico y temporal. De aquí la necesidad de volver a afirmar claramente la finalidad específicamente religiosa de la evangelización. Esta perdería su razón de ser si se desviase del eje religioso que la gobierna: el reino de Dios, antes que nada, en su sentido plenamente teológico, que libera al hombre del pecado, le propone como supremo mandamiento el amor de Dios y como destino último la vida eterna.

Tarea evangelizadora y promoción de los pueblos

Sin embargo, esto no significa que en la evangelización se pueda o se deba descuidar la importancia de los problemas, hoy tan debatidos, que atañen a la justicia, la liberación, el desarrollo y la paz en el mundo. Sería olvidar la lección que nos viene del Evangelio sobre el amor del prójimo que sufre y está necesitado (Mt 25, 31-46), repetida por la enseñanza apostólica (cfr. 1 Jn 4, 20; St 2, 14-28). Nos mismo hemos hecho de este deber el objeto de nuestra encíclica "Populorum Progressio".

En realidad, la Iglesia, siguiendo el ejemplo y la enseñanza de su divino Salvador, no ha dejado jamás de promover la elevación de los pueblos, a los que lleva la fe de Cristo. Tanto su doctrina como su moral se han traducido siempre en instituciones concretas que instan a los hombres a una progresiva elevación en todos los sectores, desde el propiamente religioso al político, social y civil.

Como afirma el Concilio Vaticano II, la misión de la Iglesia "no es de orden político", económico y social: el fin, en efecto, que (Cristo) le asignó es de "orden religioso". Y, sin embargo, precisamente de esta misma misión religiosa nacen funciones, luces y energías que pueden contribuir a construir y consolidar la comunidad humana "según la ley divina" ("Gaudium et Spes", 42). Lo cual, referido especialmente a los seglares, adquiere gran importancia, ya que ellos están llamados "a buscar el reino de Dios ocupándose de los asuntos temporales" ("Lumen Gentium", 31), y debiendo, "incluso cuando están ocupados en los cuidados temporales... desplegar una actividad muy valiosa en orden a la evangelización del mundo" (ib., 35).

Así, pues, no existe oposición ni separación, sino que se complementan evangelización y progreso humano, los cuales, aunque distintos y subordinados entre sí, se co-

rresponden recíprocamente por la convergencia hacia el mismo objetivo: la salvación del hombre.

El problema de los medios y del método

Todo esto impone sin duda una reflexión profunda sobre las diversas formas que puede revestir la acción evangelizadora. Es verdad que el mundo de hoy plantea a la Iglesia problemas formidables, pero no hay que olvidar tampoco las inmensas posibilidades, impensables en otros tiempos, que el mismo ofrece a quienes, en nombre de Cristo, "anuncian la paz" (Rm 10, 15). En efecto, ¿quién podrá describir los vastos horizontes que han abierto los medios de comunicación social a la difusión universal y simultánea de la palabra de salvación? Renunciar a estas favorables ocasiones, entretenerse en críticas corrosivas, significaría perder la cita con la hora de Dios y esto con daños incalculables para el futuro de la cristiandad.

Esto significa que la acción evangelizadora debe ser concebida hoy con miras amplias y modernas en los métodos, en las obras, en la organización, en la formación de los obreros del Evangelio. Es un trabajo que vosotros, venerables hermanos, os disponéis a realizar en este Sínodo con gran sentido de responsabilidad. ¡Ojalá vuestras fatigas, con la ayuda de Dios, correspondan a las esperanzas!

Es claro que no se podrá nunca recurrir a métodos en abierto contraste con el espíritu del Evangelio: ni la violencia, pues, ni la revolución, ni el colonialismo bajo ninguna forma servirán como medios a la acción evangelizadora de la Iglesia, ni tampoco la política por sí misma, por más que sea deber de los cristianos ofrecer la propia aportación a la administración de los asuntos públicos.

Será, en cambio, empeño vuestro hacer la confrontación de la tradicional concepción de la acción evangelizadora con las nuevas aperturas que se apoyan en el concilio y en las cambiadas condiciones de los tiempos.

Se tendrá ciertamente una consideración de preferencia para con las estructuras e instituciones de la Iglesia, ya experimentadas desde siglos; pero, sin desmentir el pasado o destruir valores adquiridos, se tratará de seguir serenamente abiertos a todo lo que de bueno o válido se encuentra en las nuevas experiencias, conciliando de este modo *nova et vetera*, especialmente cuando se trata de movimientos que trabajan en colaboración con la jerarquía. De todos modos, haréis vuestro el lema paulino:

“Probadlo todo... , quedaos con lo que es bueno” (1 Ts 5, 21).

Confianza y optimismo

Finalmente mantened un sano optimismo, alentados por una doble y sólida confianza, sobre la cual, como sobre dos alas, se debe desplegar vuestro trabajo hacia nuevas conquistas del Evangelio: confianza en vuestros esfuerzos, porque trabajáis por la Iglesia; y sobre todo, confianza en Cristo, que está con vosotros, vive con vosotros, se sirve de vuestra colaboración y experiencia para extender en el mundo los confines de su reino de justicia y santidad, de amor y de paz.

Encomendamos estos votos a la intercesión de la Santísima Virgen María, que Nos hemos ya proclamado Madre de la Iglesia y que siempre, desde los tiempos apostólicos, ha sido honrada como Reina de los Apóstoles, es decir, de todos los Pastores de ayer y de hoy. Con nuestra bendición apostólica.

LA PROMOCION DE LOS DERECHOS HUMANOS, EXIGENCIA EVANGELICA EN EL MINISTERIO

Texto del Mensaje del Sínodo de los Obispos a todos los hombres. (23 de octubre de 1974)

El Padre Santo, en unión de los obispos reunidos en el Sínodo para el estudio de la evangelización, publica el siguiente mensaje:

Dos aniversarios de especial significación para la Iglesia y el mundo han tenido lugar desde el Sínodo de 1971: el décimo aniversario de la encíclica del Papa Juan XXIII, “Pacem in Terris”, y el vigésimo aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Ambos documentos nos recuerdan que la dignidad humana requiere la defensa y promoción de los derechos humanos.

Estamos reunidos en un Sínodo cuyo tema es la evangelización, la proclamación de la buena noticia de Jesús. Mientras las verdades acerca de la dignidad y los derechos humanos son accesibles a todos, encontramos en el Evangelio su expresión más plena, nuestro motivo más poderoso para comprometernos en su preservación y promoción. La relación entre este compromiso y el ministerio de la Iglesia se ha manifestado en este Sínodo, en nuestra comunicación de experiencias pastorales, que reflejan el carácter transnacional de la Iglesia, su penetración en la misma conciencia de los pueblos y su participación en sus sufrimientos cuando sus derechos son negados o violados.

Al reflexionar sobre estas experiencias a la luz del Evangelio, dirigimos este mensaje acerca de los derechos humanos y la reconciliación, a la Iglesia y al mundo entero, especialmente a todos aquellos que ocupan posiciones de mayor responsabilidad. Queremos alzar nuestras voces por las víctimas sin voz de la injusticia.

Exigencia evangélica de promover los derechos humanos

La dignidad humana hunde sus raíces en la imagen y el reflejo de Dios en cada uno de nosotros. Esto es lo que hace a todas las personas esencialmente iguales. El desarrollo integral de las personas vuelve más clara la imagen divina en ellas. En nuestro tiempo, la Iglesia ha llegado a comprender más profundamente esta verdad, en virtud de lo cual cree firmemente que la promoción de los derechos humanos es requerida por el Evangelio y es central en su ministerio.

La Iglesia desea convertirse más plenamente al Señor y realiza su ministerio manifestando respeto y atención a los derechos humanos en su propia vida. Hay en la Iglesia una conciencia renovada del papel de la justicia en su ministerio. El progreso ya realizado nos anima a proseguir los esfuerzos para conformarnos más plenamente a la voluntad del Señor.

Purificación y conversión en la Iglesia

Por su propia experiencia, la Iglesia sabe que su ministerio de promover los derechos humanos requiere un continuo examen y purificación de su propia vida, sus leyes, sus instituciones y sus programas. El Sínodo de 1971 declaró que "cualquiera que se dispone a hablar al público acerca de la justicia, debe primero ser justo a sus ojos". La conciencia de nuestras limitaciones, carencias y fallas en la justicia nos ayuda a comprender mejor la de otras instituciones e individuos. En la Iglesia, como en otras instituciones y grupos, se requiere purificación de las prácticas y procedimientos internos y de las relaciones con estructuras sociales y sistemas cuyas violaciones de los derechos humanos merecen censura.

Principales derechos violados hoy

Ninguna nación está hoy sin culpa cuando se trata de derechos humanos. No es función del Sínodo mencionar las violaciones concretas: ello se hace mejor a nivel local. Al mismo tiempo, deseamos animar, con nuestras palabras y acciones, a los que trabajan por los derechos humanos, reclamar de los que están constituidos en autoridad que promuevan esos derechos y dar esperanza a los

que sufren su violación. Señalamos aquí ciertos derechos hoy día más amenazados.

El derecho a la vida

Este derecho es básico e inalienable. Es gravemente violado en nuestros días por el aborto y la eutanasia, por la extensión de la tortura, por hechos de violencia contra víctimas inocentes y por el flagelo de la guerra. La carrera de armamentos es una locura que pesa sobre el mundo y crea las condiciones para una destrucción todavía más masiva de su vida.

El derecho de alimentación

Este derecho está directamente vinculado con el derecho a la vida. Millones de hombres están amenazados por el hambre. Las naciones y pueblos de la Tierra deben realizar un acto de solidaridad conjunta en la próxima conferencia de las Naciones Unidas para la alimentación. Pedimos a los gobiernos que realicen una conversión en su actitud ante las víctimas del hambre, que respondan a los imperativos de la justicia y la reconciliación y que encuentren rápidamente los medios para ayudar a los que carecen de alimentos.

Derechos socioeconómicos

La reconciliación tiene su raíz en la justicia. Desigualdades masivas de poder y riquezas en el mundo, y, a menudo, en las naciones, son un grave obstáculo para la reconciliación. La concentración de poder económico en manos de unas pocas naciones y grupos multinacionales, el desequilibrio estructural en las relaciones comerciales y en los precios de los recursos, el fracaso en la combinación adecuada del crecimiento económico con la distribución justa, nacional e internacionalmente; el desempleo extendido y las prácticas discriminatorias de empleo, así como los sistemas de consunción global de los recursos, todo esto exige ser reformado si la reconciliación ha de ser posible.

Derechos político-culturales

La reconciliación en la sociedad y los derechos de la persona exigen que los individuos cumplan una función efectiva en la formación de su propio destino. Tienen de-

recho a participar en el proceso político con libertad y responsabilidad. Tienen derecho al libre acceso a la información, a la libertad de palabra y de prensa, como también derecho a discernir. Tienen derecho a ser educados y a elegir la educación de sus hijos. Individuos y grupos deben gozar de seguridad ante el arresto, la tortura y la prisión por razones de política e ideológicas, y todos en la sociedad inclusive los trabajadores migrantes, deben tener la garantía de la protección jurídica de sus derechos personales, sociales, culturales y políticos. Condenamos la negación o limitación de los derechos humanos por causa de la raza. Requerimos que las naciones y grupos en conflicto procuren la reconciliación suspendiendo la persecución de otros y concediendo la amnistía, signada por la benevolencia y la equidad, a los prisioneros políticos y a los exiliados.

El derecho a la libertad religiosa

Este derecho refleja de manera única la dignidad de la persona, como se la conoce por la palabra de Dios y la misma razón. Es hoy negado o restringido por diversos sistemas políticos de modo que se impide el culto, la educación religiosa y la acción social. Hacemos un llamamiento a todos los gobiernos no sólo para que reconozcan de palabra el derecho a la libertad religiosa, sino para que lo promuevan de hecho; para que eliminen cualquier tipo de discriminación y concedan a todos, independientemente de sus convicciones religiosas, los plenos derechos y oportunidades propios de los ciudadanos.

Al celebrarse el Año Santo de Renovación y Reconciliación, recordando el Gran Año del Perdón (Lv 25) y el don y poder de reconciliación que Cristo nos ofrece (Lc 4, 18-19; Ef 2, 13-17), volvemos a afirmar que la Iglesia debe procurar ser signo y fuente de reconciliación entre todos los pueblos. El hombre tiene derecho a la esperanza: la Iglesia debe ser hoy signo y fuente de esperanza. Por eso ella ofrece el perdón a todos los que la han perseguido o difamado y promete apertura y comprensión atenta a todos los que la cuestionan, desafían y enfrentan. Reclamamos finalmente de cada persona que reconozca la responsabilidad que él o ella tiene en conciencia por los derechos de otros. Iluminados en nuestra comprensión de la evangelización y reforzados en nuestro compromiso de proclamar la Buena Noticia, afirmamos nuestra determinación de promover los derechos humanos y la reconciliación universalmente en la Iglesia y en el mundo de hoy.

DECLARACION FINAL DE LOS PADRES CONCILIARES SOBRE EVANGELIZACION

(27 de octubre de 1974)

1. En el Espíritu Santo nos alegramos por todo cuanto el Señor nos ha concedido en este Sínodo, y queremos compartir nuestra alegría con todo el pueblo de Dios; en primer lugar, con nuestros hermanos en el Episcopado, a quienes hemos representado, y también con todos los que se sienten interpelados de algún modo por el Evangelio de Cristo.

2. En la fraterna comunicación de nuestras experiencias, que juntos hemos realizado en entrañable unión con Pablo VI, sucesor de Pedro, hemos podido comprobar la íntima y sólida unidad que el Espíritu Santo opera incesantemente en la múltiple variedad de situaciones con que se enriquece la vida de la Iglesia.

Hemos experimentado al mismo tiempo la fecundidad de la diversidad que se manifiesta en nuestros esfuerzos por implantar profundamente la integridad del Evangelio en los pueblos de distintas culturas, prolongando de algún modo el método de la Encarnación que Dios quiso emplear en su obra salvífica por medio de Cristo. De esta forma, resplandece más eficazmente la Buena Nueva del Salvador.

3. La abundancia de riquezas que se ha manifestado en esta mutua comunicación no podía unificarse fácilmente sin menoscabo de su integridad. Por eso, habiéndonos enriquecido, a buen seguro hemos preferido ofrecer la cosecha íntegra de este intercambio al Sumo Pontífice, con toda confianza y sencillez, y esperar de él nuevos impulsos. Al mismo tiempo, es nuestra intención continuar en nuestras iglesias particulares la fecunda experiencia hecha en el Sínodo, en espíritu de diálogo, principalmente con los presbíteros, con los religiosos y religiosas, con los teólogos y con todos los demás fieles. Pero, ahora, con nuestra declaración, queremos tan sólo manifestar algunas convicciones fundamentales y algunas orientaciones

más urgentes con el fin de llevar adelante y profundizar la labor comenzada.

4. Sostenidos por nuestra fe en Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación, y fortalecidos por nuestra vivencia pascual dentro de la Iglesia, queremos afirmar una vez más que el deber de evangelizar a todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia. Más aun, cuanto más profundos y amplios nos parezcan los cambios actuales, tanto en las religiones e ideologías como en la cultura y costumbres, tanto más evidente y apremiante se manifiesta la necesidad de proclamar el Evangelio a todas las naciones y a todos y cada uno de los hombres, especialmente a los que no se ha llevado aún el anuncio de la Buena Nueva de Cristo, dondequiera que se encuentren, de manera que se lleve a efecto la evangelización y la implantación de la Iglesia en los pueblos y ambientes donde todavía no ha arraigado.

5. El amor de Cristo y su mandato apremian a todos los fieles, sin excepción, exigiéndoles que dispensen a los demás los dones que gratuitamente han recibido. Por eso, la tarea de proclamar el Evangelio compete a todo el pueblo de Dios, reunido por el Espíritu Santo en la Iglesia, mediante la Palabra de Dios y la Eucaristía, de manera que ningún cristiano de verdad se considere exento de cumplir este deber, como corresponde a su estado y en comunión con sus pastores. Abrigamos la confianza de que este Sínodo, junto con la insistente exhortación pronunciada por el Sumo Pontífice, con ocasión de la Jornada Mundial de las Misiones, haya ofrecido a todos los hijos de la Iglesia una nueva oportunidad para renovar el convencimiento íntimo y eficaz de su propia participación en la tarea de evangelizar. De manera especial, nos dirigimos a los jóvenes, a quienes no queremos considerar solamente como destinatarios de la evangelización, sino también como especialmente aptos para evangelizar a los demás, principalmente a sus coetáneos. Estamos también convencidos de que los jóvenes, buscando los valores fundamentales del Evangelio y reclamando la verdadera autenticidad en la comprensión y el testimonio de la fe, nos estimulan e impulsan a los adultos a renovarnos continuamente en nuestra labor de evangelización.

6. Al mismo tiempo, estamos profundamente persuadidos de que sin la gracia de Dios, derramada por el Padre en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, seríamos totalmente incapaces de desempeñar debidamente esta misión (cfr. Rm 5, 5). En efecto, se trata de

una tarea que exige la conversión interior incesante de todos y cada uno de los cristianos y la renovación continua de nuestras comunidades e instituciones. De esta manera, la fe se hace más firme, más pura, más íntima, y nosotros nos convertimos en testigos de la fe, más idóneos y de mayor credibilidad, en virtud de la coherencia de nuestra vida individual y social con el Evangelio que tenemos que predicar, y nos capacitamos para sopesar y discernir los signos de los tiempos y para conocer y respetar la acción del Espíritu de Cristo, que actúa siempre en la vida de la Iglesia y en toda la historia humana para que todos logren la plenitud de una vida más abundante.

Unión íntima con Dios

7. De aquí se desprende claramente la necesidad de la unión íntima con Dios, fomentada mediante la oración asidua, la meditación de la Palabra de Dios y la contemplación, y robustecida y sostenida por la participación frecuente en los sacramentos, a fin de que el pueblo de Dios pueda dar más eficazmente testimonio de una verdadera comunidad fraterna, dispuesta a responder con prontitud a la expectación de los hombres de buena voluntad, solidarizándose evangélicamente con sus problemas más angustiosos. Así, la Iglesia se convierte en testigo digno de mayor crédito del gozoso anuncio del Salvador del género humano y en instrumento más idóneo del Espíritu Santo para el ministerio de proclamar el Evangelio.

8. En nuestras discusiones nunca hemos ignorado las dificultades y obstáculos, antiguos y nuevos, que parecen oponerse a la labor evangelizadora. Más aun, han sido objeto de un atento examen algunos fenómenos de nuestro tiempo, como la secularización, la cual, si bien presenta algunos aspectos positivos, con todo se desliza frecuentemente hacia la ideología del secularismo, que elimina completamente a Dios del horizonte de la vida humana y, por consiguiente, priva a la existencia de su sentido íntimo; igualmente, el ateísmo, en sus múltiples formas, ampliamente extendido en distintos países. Hay que estudiar con atención estos fenómenos e investigar más a fondo sus causas para poder descubrir también en ellas el llamamiento del Señor, que nos pide mayor pureza en la confesión y el testimonio de nuestra fe. Tampoco nos pasa inadvertida otra gran dificultad, fruto de planes y maquinaciones, que se presentan ya solapadas, ya violentamente, para coartar la libertad religiosa y la vida de la Iglesia e inclusive para reducirla al silencio.

Tampoco hemos olvidado a los oprimidos, principalmente a cuantos padecen persecución por el Evangelio: llevando en sí mismos la Buena Nueva de la Cruz, realizan una excelente labor de evangelización y ayudan no poco a toda la Iglesia en el cumplimiento de su misión.

9. Estamos convencidos también de las dificultades originadas por el cambio tan rápido y radical de las condiciones de nuestro tiempo por lo que se refiere a hacer más inteligible para el hombre de hoy el mensaje evangélico. Pero sabemos también que la comunicación se lleva a cabo con la palabra, las obras y la vida, en íntima conexión entre sí y está determinada por varios elementos casi constitutivos de los oyentes de la Palabra de Dios: sus necesidades y aspiraciones, la manera de hablar, sentir, pensar, juzgar y entrar en contacto con los demás. Todas estas condiciones, muy diferentes, según los distintos lugares y tiempos, incitan a las iglesias particulares a una adecuada "traducción" del mensaje evangélico y, según el principio de la Encarnación, a idear formas siempre nuevas, pero fieles, de "arraigarse". Asimismo, el progreso de los medios de comunicación social ha abierto nuevos cauces a la evangelización que responden a la manera de pensar y actuar del hombre de hoy.

Al mismo tiempo, creemos firmemente que el Espíritu Santo actúa sin pausa en la Iglesia de Cristo para promover y asegurar esta renovación, por medio de todos los que dan testimonio de una vida santa, por medio de la experiencia pastoral de aquellos a quienes Dios ha puesto para regir la Iglesia y de todos sus colaboradores en los ministerios eclesiales, por medio de sus dones ampliamente difundidos entre los fieles y por medio de una fecunda colaboración entre pastores y teólogos.

10. Para realizar todo esto, apoyados en el fundamento del bautismo y en el patrimonio de nuestra fe común, pretendemos colaborar con mayor empeño con los hermanos cristianos, con los que nos une una comunión plena, con sus iglesias y comunidades eclesiales, con miras a poder dar ante el mundo ya desde ahora un testimonio más eficaz de Cristo en la obra evangelizadora, mientras seguimos trabajando para alcanzar de Dios la unión plena. A ello nos obliga el mandato de Cristo; la misma misión de predicar y dar testimonio del Evangelio lo exige.

11. Confiados en la acción del Espíritu Santo, que sobrepasa los límites de las comunidades cristianas queremos continuar el diálogo con las religiones no cristianas,

tanto para comprender más profundamente la novedad del Evangelio y la plenitud de la Revelación como para poder mostrarles mejor la verdad salvífica del amor de Dios realizada en Cristo.

También queremos pedir la colaboración de todos los hombres de buena voluntad, que, movidos, indudablemente, por razones diversas, pero con sinceridad de corazón, buscan un sentido más elevado a la vida y trabajan en favor de sus hermanos para procurarles condiciones de vida más humanas.

12. Entre los muchos temas abordados por el Sínodo, hemos prestado especial atención al de las relaciones entre evangelización y salvación integral o liberación plena de los hombres y de los pueblos. En cuestión de tanta trascendencia hemos comprobado un profundo acuerdo en volver a afirmar la conexión íntima que existe entre la obra de la evangelización y la mencionada liberación. A ello nos ha movido no sólo una relación estrecha con nuestros fieles y con los demás hombres, cuya vida y suerte común compartimos, sino, principalmente, el mismo Evangelio que nos ha sido confiado misericordiosamente y que es la Buena Nueva de la salvación para todo el hombre y para toda la sociedad humana; salvación que hay que iniciar y manifestar ya ahora en este mundo, aun cuando sólo pueda alcanzar su plena realización más allá de los límites de esta vida. Movidos por la caridad de Cristo e iluminados por la luz del Evangelio, abrigamos la esperanza de que la Iglesia, cumpliendo con mayor fidelidad su tarea evangelizadora, anuncie la salvación integral del hombre, o sea, su plena liberación, y ya desde ahora comience a realizarla. En efecto, como comunidad totalmente comprometida en la evangelización, está obligada a imitar a Cristo, quien explicó su misión con las siguientes palabras: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, a sanar a los contritos de corazón, a predicar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista" (Lc 4, 18).

Fiel a su misión evangelizadora, la Iglesia, como unidad realmente pobre, orante y fraterna, puede hacer mucho en favor de la salvación integral o plena liberación de los hombres. En efecto, puede sacar del mismo Evangelio razones más profundas y un impulso siempre renovado para promover la entrega generosa al servicio de todos los hombres, sobre todo, de los pobres, de los más débiles y de los oprimidos, y para eliminar las consecuencias sociales del pecado, que se traducen en estructuras sociales y políticas injustas. Más aun, la Iglesia, apoyándose en el

Evangelio de Cristo y fortalecida en su gracia, puede evitar desviaciones en los mismos esfuerzos e intentos de liberación.

De este modo, la Iglesia no se queda dentro de los límites meramente políticos, sociales y económicos, elementos todos que debe, ciertamente, tener en cuenta, sino que conduce a la libertad en todas sus formas: libertad del pecado, del egoísmo individual y colectivo; y a la plena comunión con Dios y con los hombres, considerados como hermanos. De esta forma, la Iglesia, con su estilo evangélico, promueve la verdadera y plena liberación de todos los hombres, grupos y pueblos.

Con este espíritu de solidaridad humana y evangélica, hemos querido estos días dirigir al mundo un mensaje sobre los derechos humanos y la reconciliación.

13. Es un deber de nuestra misión estar presentes entre los hombres de nuestro tiempo para llevarles la presencia de Cristo, el Verbo Encarnado. Por ello, nosotros, al regresar a nuestras iglesias particulares, como en otro tiempo los discípulos fortalecidos por su vivencia de Cristo resucitado, encontramos nuevas oportunidades para promover más eficazmente la evangelización de todo el mundo y su auténtica liberación.

Ciertamente, somos conscientes de tener que afrontar muchas dificultades. Pero caminamos hacia el próximo futuro con una gran esperanza, que brota de nuestra íntima unión con Cristo Crucificado, el cual nos conduce eficazmente a participar en su Resurrección.

De este modo, la Iglesia, enraizada más profundamente en la perenne actualidad de Pentecostés, conocerá nuevos tiempos de evangelización. Mientras se esfuerza por ser fiel a su misión en el mundo actual, la Iglesia se compromete totalmente al servicio del mundo futuro. Efectivamente, aunque no sabemos lo que va a ser de este mundo futuro, Cristo, Señor y Centro de la historia humana, nos estimula a seguir siempre avanzando. El tiempo intermedio entre la Pascua y la Parusía es el tiempo de la tensión y aspiración hacia el mundo que ha de venir.

Misión de la Iglesia en este período de tiempo es prefigurar y preparar la realización definitiva del Reino de Dios y nos acompaña en nuestro peregrinar. Estará con nosotros todos los días (cfr. Mt 28, 20), confortándonos con los dones de su gracia, llevándonos gradualmente a la verdad total mediante la acción del Espíritu Santo (cfr. Jn 16, 13), confirmando nuestra palabra con señales (cfr.

Mc 16, 20), mientras confesamos que Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre (cfr. Flp 2, 11).

En vísperas del Año Santo, que va a celebrarse en Roma, tenemos la firme persuasión de que todo el pueblo de Dios, aprovechando esta especial oportunidad de gracia, mediante la conversión de corazón, la completa renovación y la reconciliación interior, podrá cumplir más eficazmente su misión evangelizadora y la Iglesia podrá aparecer con mayor evidencia como divinamente enviada a las gentes para ser sacramento universal de salvación.

Al terminar nuestros trabajos sinodales, dirigimos nuestra mirada y nuestros corazones a la bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, para recibir como ella, con apertura de mente y docilidad de espíritu, la Palabra de Dios, y ofrecerla al mundo después de haberla meditado y traducido fielmente en nuestra vida.

UN IMPULSO NUEVO PARA LA ACCION EVANGELIZADORA

Discurso del Santo Padre en el acto de clausura del
Sinodo de los Obispos. (26 de octubre de 1974)

Venerables hermanos:

Henos aquí al final de nuestro Sínodo Episcopal. Antes de dar por disuelta tan importante reunión surge instintivamente dentro de nosotros el deseo de dar un juicio y hacer un balance sobre ella. Y, así, mientras nos recogemos dentro de nosotros mismos ante Cristo, que escudriña los corazones, para hacer juntos este resumen final, no podemos menos de dejar invadir nuestro ánimo de un sentimiento de verdadera alegría y de fundada esperanza con cuya ayuda interpretamos todo muy rectamente. En efecto, ¿cómo no vamos a apreciar la experiencia que hemos hecho por cuarta vez, secundando con voluntad clara y unánime los deseos del Vaticano II, ratificados por Nos con la institución del Sínodo? Una vez más, los obispos, apoyados en el mandato de Cristo: "Id y enseñad a todas las gentes" (Mt 28, 19) y, convencidos de que sus palabras "son espíritu de vida" (Jn 6, 63), se han reunido "in nomine Domini", junto con Nos, para estudiar los problemas más urgentes de la Iglesia: este año los de la evangelización. ¿Dónde podría encontrarse en la Iglesia un lugar más adecuado para un intercambio fecundo entre los responsables de las Iglesias locales o entre sus delegados, acerca de cuestiones tan vitales para la Iglesia católica; un intercambio, además, llevado a cabo en un clima tan fraterno, sencillo y digno como ha sido el de los días pasados? El Sínodo ha demostrado que los obispos desean profundizar el conocimiento de los problemas, del contenido y de los aspectos que presentan las diversas cuestiones y se sienten por ello en condiciones de responder a su misión con amor, con humildad y con sentido de la moderación, pero también con una profunda responsabilidad.

Ciertamente, la amplitud y la complejidad del tema no permitían agotarlo en tan poco espacio de tiempo, ni tampoco sacar las conclusiones que se habrían deseado. Sin embargo, en el estado actual de la Iglesia, este cuarto Sínodo ha permitido escuchar de nuevo la voz de las iglesias locales, sopesar mejor las situaciones, encontrar los elementos importantes para la evangelización y estudiar las características y modalidades que ésta debe asumir para con los hombres de nuestro tiempo. Juzgamos por ello positivo este balance. El Sínodo pone a disposición del sucesor de Pedro, en beneficio de toda la Iglesia, un conjunto valioso y rico de reflexiones, sugerencias, propósitos. Encomendamos esta riqueza doctrinal y pastoral a la gracia concomitante de Dios: "Pues Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar, según su beneplácito" (Flp 2, 13). Y no podemos menos de alabar al Señor por las múltiples y óptimas realidades que nos deja este Sínodo.

Guardamos en el corazón el recuerdo de todo lo que hemos podido vivir, como una experiencia cotidiana y concreta de la realidad de la Iglesia, de sus estupendas posibilidades y de su tremendas cargas. Como en la comunidad primitiva de Jerusalén, reunida en torno a Pedro y a los apóstoles, "hemos estado perseverantes en oír la enseñanza de los apóstoles y en la unión en la fracción del pan y en la oración" (Hch 2, 42). Hemos reflexionado acerca de la responsabilidad de profundizar y difundir el Magisterio de los apóstoles, que la Iglesia conserva intacto a lo largo de los siglos y a través de los cambios de ideología y de modas; hemos sentido vivamente la **Koinonía**, en la estupenda fraternidad de los múltiples intercambios y encuentros, en el desarrollo ordenado de las sesiones, en el crecido número de participantes, que han traído aquí la voz de las diversas civilizaciones, fundida en la realidad de la única Iglesia católica; nos hemos recogido para la "fractio panis" en la celebración de la solemne apertura; hemos orado juntos unánimemente, antes de cada sesión, y en el grande y conmovedor encuentro de "Propaganda Fide", sintiendo realmente la verdad de la promesa de Cristo: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Mt 18, 20).

Creemos poder decir por ello, en el momento de esta afectuosa despedida, que se ha tratado de una experiencia claramente positiva.

Aspectos positivos

—Positiva, en primer lugar, porque los Episcopados han demostrado ser conscientes de su improrrogable deber de llevar a cabo el mandato apostólico que les ha sido confiado y que es el de predicar “a Jesucristo y Este crucificado” (1 Co 2, 3; cfr. 1, 23); y de la urgencia con la que quieren salir al paso de las necesidades del mundo.

—El Sínodo ha sido, además, positivo especialmente por el consentimiento manifestado acerca de muchos puntos muy importantes: 1) Ha sido esclarecido el plan de distinción, de integración, de subordinación de la promoción humana a la evangelización del misterio de Cristo, que implica el conocimiento de la Trinidad, la participación de la naturaleza divina, la salvación eterna del mundo presente y futuro. 2) Se ha subrayado la responsabilidad de la evangelización, encomendada por Cristo a los apóstoles y ahora a sus sucesores: los obispos en comunión con el Romano Pontífice, en virtud del mandato especial que se les ha confiado, han recibido una mayor infusión de los dones del Espíritu Santo. A ellos están asociados, como directos y subordinados colaboradores, los sacerdotes, pero se ha puesto también de relieve que los religiosos y los seglares, entre ellos, los jóvenes, y de manera particular los padres, son responsables de la evangelización. 3) Se ha querido inculcar la relación íntima entre evangelización y formación de las personas que desempeñan este cometido, insistiendo en la necesidad e importancia de la preparación espiritual y doctrinal y de una vida verdaderamente cristiana, coherente con el mensaje evangélico, para darle crédito y no poner obstáculos a la adhesión al mismo por parte de los no creyentes. 4) Se ha manifestado un respeto unánime para con los valores humanos y religiosos existentes en las religiones no cristianas y en las confesiones no católicas, con la debida valoración de los mismos y de la oportunidad de encuadrarlos en el objeto de la evangelización y en la oración, confirmando a la vez la necesidad de mantener la pureza y la unidad de la fe católica y de la doctrina eclesial. 5) Se ha visto cómo la Iglesia de Cristo que subsiste en la Iglesia católica es, a la vez, **objeto y sujeto** de evangelización. También fuera de ella se puede tener, contando con el beneplácito divino, la iluminación por parte del Verbo de Dios, pero la integridad del mensaje evangélico, con todos los medios de salvación que él comporta —sacramento, liturgia, manifestación plena, sin errores, del Evangelio de Cristo— no se obtiene sino en la Iglesia católica jerárquica, es decir, en comunión con el Sumo Pastor sucesor de

Pedro, principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, tanto de los obispos como de los fieles; ella, la Iglesia, es plenamente “en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (“Lumen Gentium”, 1). 6) Se ha concluido con razón que las Iglesias locales son corresponsables de la misión evangelizadora, en comunión con la Iglesia universal, ya que toda la Iglesia se encuentra en estado de misión, es misionera. 7) Se ha puesto en luz la acción del Espíritu Santo en la obra evangelizadora, porque El es “el alma de la Iglesia”, quien difunde la gracia y la caridad en los corazones de los creyentes, especialmente de los apóstoles, de los obispos y de los sacerdotes. Son estos motivos muy importantes de reflexión, que no pueden por menos de hacer muy positivo este Sínodo Episcopal.

Un reparo sin fundamento

Hay que considerar también positivo este Sínodo, porque los obispos, mirando a la enormidad de estas tareas, han reconocido francamente la dificultad de reflejar en un documento inmediato todos los aspectos y las obligaciones de la evangelización. Nos duele que se haya querido interpretar por parte de alguien este episodio como una señal de que el Sínodo no ha tenido éxito, siendo así que, al contrario, ello no disminuye en absoluto la riqueza enorme y el valor real del trabajo desarrollado. Este hecho ha tenido, además, una gran ventaja y es la de poner en evidencia la oportunidad de que sea perfeccionado el método de trabajo de este nuevo organismo posconciliar: cosa que, aprovechando vuestras reflexiones y con la ayuda del nuevo Consejo del Sínodo, recientemente elegido, haremos con mucho gusto.

—El Sínodo ha sido positivo, además, porque los obispos han tratado de escuchar, en unión con **María la Madre de Jesús** (cfr. Hch 1, 14), y reunidos en torno a Pedro como en un nuevo Cenáculo la voz y la moción del Espíritu Santo: y con la certeza de que en el cumplimiento de su deber de enseñar son asistidos con autoridad por el mismo Espíritu, se han puesto **bajo la sombra de sus alas** (cfr. Ga 16, 8; 46, 2) para reflexionar y decidir. Nadie da lo que no tiene; “Nulla ars doceri praesumitur, nisi intenta prius meditatione discatur” (San Gregorio Magno, “Regula”, part. I, 2; P. L., 77, 14).

—Ha sido positivo este Sínodo porque la Iglesia ha sido sensibilizada por tantas corrientes sanas de pensamiento

que interesan obviamente al *munus docendi* del Episcopado, estrechamente unido al supremo magisterio de esta Cátedra Apostólica.

—Ha sido positivo por la confirmada prioridad del deber de comunicar a los hombres el buen mensaje de la Palabra de Dios, el anuncio gozoso de la vida eterna, que introduce en el Misterio Pascual y del que nosotros, los pastores, somos el humilde e inadecuado, pero a la vez auténtico, trámite: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos... , testificamos y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó; lo que hemos visto y oído; os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros. Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo... para que os alegréis y vuestro gozo sea completo” (1 Jn 1, 1-4).

—Positivo, porque existe hoy en la Iglesia una conciencia, un sentido agudo e intenso del deber de emplear todos los medios externos que el arte, la vida y la técnica ponen a nuestro alcance, para difundir el gozoso anuncio.

—En una palabra, ha sido una llamada a mayor responsabilidad por parte de todos, a orar más, a una mayor vida interior, a un mayor espíritu de pobreza, de abnegación, de amor auténtico a la Iglesia y a las almas, a una mayor fidelidad a la Palabra de Dios. Ha sido una como concertada exaltación coral de la Santísima Trinidad, que en Cristo llama a los hombres al conocimiento y a la participación de la propia vida íntima, así como una exaltación de la persona y del mandato del Salvador. Por eso, el pensamiento predominante de esta hora es el de una profunda alegría espiritual, que se traduce en el himno de gratitud a Dios.

Necesidad de la “communio”

No seríamos, sin embargo, objetivos si no señaláramos que algunos puntos exigen mayor precisión. En la multiplicidad de argumentos tratados Nos alabamos la espontaneidad y la sinceridad demostradas. Pero no todos los elementos deben ser mantenidos: unos, aunque subrayados con razón por ciertos aspectos, necesitan ser aclarados; otros, sobre todo, algunos que han surgido en los **Circuli Minores**, deben ser delimitados mejor, matizados, completados, profundizados. Citamos algunos por parecernos que no los podemos silenciar.

Ante todo, nos referimos a las relaciones entre las iglesias particulares y la Sede Apostólica. Nos, gozamos sin-

ceramente de la creciente vitalidad de las iglesias particulares y también por su creciente voluntad de asumir todas las propias responsabilidades. Pero, al mismo tiempo, confiamos que se pondrá un cuidado similar en evitar que el ahondamiento de este aspecto esencial de la realidad eclesial perjudique de algún modo la solidez de la “communio” con las otras iglesias particulares y con el sucesor de San Pedro, a quien el Señor ha confiado el difícil, perenne deber, lleno de amor, de “apacentar a los corderos y ovejas” (Jn 21, 13-17), de “confirmar a los hermanos” (Lc 22, 32), de ser fundamento y signo de la unidad de la Iglesia (Mt 16, 18-20). Su intervención, por tanto, no puede quedar reducida solamente a circunstancias extraordinarias. Decimos esto con temor de ánimo por la pesadez de la carga que nos oprime: el sucesor de Pedro, es y sigue siendo el Pastor ordinario de todas las etapas de todo tiempo. “Porque el Romano Pontífice tiene sobre la Iglesia, en virtud de su cargo, es decir, como Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, plena, suprema y universal potestad, que puede ejercer siempre libremente” (“Lumen Gentium” 22, 2). No está en juego una dialéctica de poderes, sino que se trata de un único deseo, el de corresponder a la voluntad del Señor, con afecto total, cada uno con la aportación del cumplimiento fiel del propio deber.

Otras precisiones

Creemos, pues, necesaria una palabra acerca de la necesidad de encontrar una mejor expresión de la fe, que esté en correspondencia con el ambiente racial, social, cultural. Ciertamente, esta es una exigencia necesaria para la autenticidad y eficacia de la evangelización: sin embargo, sería peligroso hablar de teologías diversificadas, según los continentes y las culturas. El contenido de la fe o es católico o ya no es total. Por otra parte, todos nosotros hemos recibido la fe a través de una tradición continuada y siempre constante: Pedro y Pablo no la han disfrazado para adaptarla al mundo judío, griego o romano, sino que han estado vigilantes acerca de su autenticidad, de la verdad del único mensaje, presentado en una diversidad de lenguas (Hch 2, 8).

La liberación humana ha sido, además, puesta en su justo relieve. Ella forma parte del amor que los cristianos deben a sus hermanos. Pero la totalidad de la salvación no se confunde jamás con una u otra liberación; y la Buena Nueva deberá conservar toda su originalidad propia: la de un Dios que nos salva del pecado y de la muerte,

y nos introduce en la vida divina. No se puede, pues, acentuar demasiado la promoción humana a nivel temporal, el progreso social, etc. con perjuicio del significado esencial que tiene para la Iglesia de Cristo la evangelización, el anuncio de toda la Buena Nueva. Hemos notado también con gusto la esperanza que representan las pequeñas comunidades de cristianos y el recurso que hacen a la obra del Espíritu Santo; pero esta esperanza sería verdaderamente incompleta si su vida eclesial, en la orgánica conexión del único Cuerpo de Cristo, llegase a faltar, privada de la legítima autoridad eclesiástica y dejada al impulso arbitrario de cada uno.

En todos estos puntos, como en otros menores que no tenemos ahora tiempo de recordar, el Sínodo ha dado ya lúcidamente elementos adecuados de respuesta. Pero hace falta ponerlos juntos, profundizarlos y unificarlos. Si señalamos los más importantes es porque nuestro deber es el de centinela, que vigila donde se inician los caminos por los que la Iglesia se encamina a la búsqueda de una expresión cada vez más incisiva de su propia doctrina, porque no podemos permitir que se tomen direcciones equivocadas. Faltaríamos en esto a la obligación fundamental de confirmar a los hermanos.

Un nuevo impulso

Un hecho, por lo demás, está por encima de estas observaciones particulares. Es la voluntad unánime de infundir en la Iglesia un impulso nuevo, general, concorde, generoso, de evangelización. La Iglesia adquiere conciencia, quizá como nunca lo había hecho en tal medida y con tanta claridad, de este deber fundamental suyo. Parece de verdad un momento digno del reciente Concilio; conforme a la vocación esencial de la Iglesia; en respuesta a las necesidades del mundo, resolutivo para ciertos fenómenos negativos que bien conocemos.

Hermandades veneradas y amadísimas

La Iglesia se pone de nuevo en camino con gozo y esperanza, con humildad y valentía, con firmeza de fe, con confianza en la ayuda de Cristo y en la intercesión de María, con inmensa caridad, con un empeño de conversión y con un abrazo de reconciliación en el espíritu del Año Santo, del Jubileo universal.

El pensamiento evocador y agradecido va con ello a todos los obispos que en el mundo se dedican a esta obra

de regeneración; va a sus colaboradores, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, instrumentos valiosos que llevan adelante la evangelización en el mundo moderno. Pero se extiende también a los padres, los primeros colaboradores, para predicar el Evangelio de la Iglesia evangelizadora, en su misma familia, o sea, "Iglesia doméstica" ("Lumen Gentium", 11); a las mujeres, ejemplares, piadosas y fieles colaboradoras; a los jóvenes y a los niños, esperanza de un mañana luminoso y, de manera particular, a los intelectuales, a quienes mira la Iglesia con gran simpatía, atención y esperanza.

Saludamos con paterno aliento a las iglesias locales, empeñadas todas ellas en la evangelización; a los ministros del Evangelio, en especial a aquellos que en no pocas regiones sufren por el nombre de Cristo: "Pero la palabra de Dios no está encadenada" (2 Tm 2, 9). Dirigimos nuestra palabra de aliento a los amados y valientes catequistas, y particularmente a los misioneros, héroes escondidos de la evangelización del mundo: "Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos" (Mt 5, 12). Abrazamos a todos nuestros hijos e hijas, invitándoles a ser instrumentos y colaboradores responsables de la Iglesia misionera: que la Palabra de Dios, con la ayuda de todos, "se difunda y sea El glorificado" (2 Ts 3, 1), "para que crea el mundo" (Jn 17, 21) y "sea Dios todo en todos" (1 Co 15, 28).

Palabras de aliento

En el momento en que nos vamos a separar, queremos recordar, para común consuelo, la invitación de Cristo: "Id y predicad a todas las gentes" (Mt 28, 19); "alzaos vuestros ojos y mirad los campos, que ya están amarillos para la siega" (Jn 4, 35). Debemos cumplir la voluntad de Dios que nos ha enviado. El mundo, vasto y estupendo, espera el anuncio de la liberación del pecado y de los males que éste comporta, el anuncio de la salvación de la Cruz de Cristo. Es verdad "que la doctrina de la Cruz... es necedad" (1 Co 1, 18). Pero, "plugo a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación" (ibidem 1, 21), y para esto, confiamos únicamente en la ayuda del Señor. Las dificultades son enormes, las expectativas múltiples y variadas, las responsabilidades formidables, pero dice el Señor: "confiad, Yo he vencido al mundo" (Jn 16, 33). Cristo está con nosotros, está en nosotros; El habla en nosotros y por medio de nosotros y no nos negará la ayuda necesaria.

Cristo Jesús, palabra del Padre, salvador crucificado, a Ti nos dirigimos en esta hora conclusiva del Sínodo, como Te hemos invocado al principio del mismo. Te hemos tenido presente en medio de nosotros y "ardían nuestros corazones dentro de nosotros, mientras en el camino nos hablabas y nos declarabas las Escrituras" (cfr. Lc 24, 32); Tú custodiarás nuestros propósitos, avivarás nuestro servicio eclesial, darás luz a nuestras mentes y vigor a nuestras palabras, sostendrás nuestras fatigas, guiarás nuestros pasos en la búsqueda de los caminos más adecuados para anunciar tu Evangelio y perdonarás nuestras deficiencias. Somos tus servidores, además, pobres, y únicamente nos sostiene la certidumbre de tu promesa. Sostén a Pedro, a tus obispos, da ánimo a sus rebaños. Mira, nuestra pobreza es grande; pero no confiamos en nosotros mismos, sino solamente en Ti: nuestra riqueza es esta confianza. Aliéntanos Tú, afiánzanos Tú, danos tu santa bendición, Tú, "que con el Padre y el Espíritu Santo, vives y reinas en nosotros y en tu Iglesia por los siglos de los siglos. Amén".

EXHORTACION APOSTOLICA DE SU SANTIDAD

PABLO VI
EVANGELII NUNTIANDI

Al Episcopado, al clero y a los fieles de toda la
Iglesia acerca de la evangelización del mundo
contemporáneo.

PABLO PP. VI

Venerables hermanos y amados hijos:
salud y bendición apostólica

Compromiso evangelizador

1. El esfuerzo orientado al anuncio del Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, exaltados por la esperanza pero a la vez perturbados con frecuencia por el temor y la angustia, es sin duda alguna un servicio que se presenta a la comunidad cristiana e inclusive a toda la humanidad.

De ahí que el deber de confirmar a los hermanos, que hemos recibido del Señor al confiársenos la misión del Sucesor de Pedro¹, y que constituye para Nos un cuidado de cada día², un programa de vida y de acción, a la vez que un empeño fundamental de nuestro Pontificado, ese deber, decimos, nos parece todavía más noble y necesario cuando se trata de alentar a nuestros hermanos en su tarea de evangelizadores, a fin de que en estos tiempos de incertidumbre y malestar la cumplan con creciente amor, celo y alegría.

Conmemorando tres acontecimientos

2. Esto es lo que deseamos hacer ahora, **al final del Año Santo**, durante el cual la Iglesia se ha esforzado en anunciar el Evangelio a todos los hombres³, sin buscar otro objetivo que el de cumplir su deber de mensajera de la Buena Nueva de Jesucristo, proclamada a partir de dos consignas fundamentales: "vestíos del hombre nuevo"⁴ y "Reconciliaos con Dios"⁵.

1 Cfr. Lc 22, 32.

2 Cfr. 2 Co 11, 28.

3 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad Gentes*, 1: AAS 58 (1966), p. 947.

4 Cfr. Ef 4, 24; 2, 15; Col 3, 10; Ga 3, 27; Rm 13, 14; 2 Co 5, 17.

5 2 Co 5, 20.

Tales son nuestros propósitos en este **décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II**, cuyos objetivos se resumen, en definitiva, en uno solo: hacer a la Iglesia del siglo XX más apta todavía para anunciar el Evangelio a la humanidad de este siglo.

Nos queremos hacer esto **un año después de la III Asamblea General del Sínodo de los Obispos** —consagrada, como es bien sabido a la evangelización—; tanto más cuanto que esto nos lo han pedido los mismos padres sinodales. En efecto, al final de aquella memorable Asamblea, decidieron ellos confiar al Pastor de la Iglesia Universal, con gran confianza y sencillez, el fruto de sus trabajos, declarando que esperaban del Papa un impulso nuevo, capaz de crear tiempos nuevos de evangelización⁶ en una Iglesia todavía más arraigada en la fuerza y poder perennes de Pentecostés.

Tema frecuente de nuestro pontificado

3. En diversas ocasiones, ya antes del Sínodo, Nos pusimos de relieve la importancia de este tema de la evangelización. “Las condiciones de la sociedad —decíamos al Sacro Colegio Cardenalicio del 22 de junio 1973— nos obligan, por tanto, a revisar métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, en el cual únicamente podrá hallar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su empeño de solidaridad humana”⁷. Y añadíamos que para dar una respuesta válida a las exigencias del Concilio que nos están acuciando, necesitamos absolutamente ponernos en contacto con el patrimonio de fe que la Iglesia tiene el deber de preservar en toda su pureza, y a la vez el deber de presentarlo a los hombres de nuestro tiempo, con los medios a nuestro alcance, de una manera comprensible y persuasiva.

En la línea del Sínodo de 1974

4. Esta fidelidad a un mensaje del que somos servidores, y a las personas a las que hemos de transmitirlo

6 Cfr. PABLO VI: Discurso en la clausura de la tercera asamblea General del Sínodo de los Obispos (26 octubre 1974): AAS 66 (1974), pp. 634-635; 637.

7 PABLO VI: Discurso al Sacro Colegio de los Cardenales (22 junio 1973): AAS 65 (1973), p. 383.

intacto y vivo, es el eje central de la evangelización. Esta plantea tres preguntas acuciantes, que el Sínodo de 1974 ha tenido constantemente presentes:

—¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre?

—¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy?

—¿Con qué métodos hay que proclamar el Evangelio para que su poder sea eficaz?

Estas preguntas desarrollan, en el fondo, la cuestión fundamental que la Iglesia se propone hoy día y que podría enunciarse así: después del Concilio y gracias al Concilio que ha constituido para ella una hora de Dios en este ciclo de la historia, la Iglesia ¿es más o menos apta para anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con convicción, libertad de espíritu y eficacia?

Invitación a la reflexión y exhortación

5. Todos vemos la necesidad urgente de dar a tal pregunta una respuesta leal, humilde, valiente, y de obrar en consecuencia.

En nuestra “preocupación por todas las iglesias”⁸, Nos quisiéramos ayudar a nuestros hermanos e hijos a responder a estas preguntas. Ojalá que nuestras palabras, que quisieran ser, partiendo de las riquezas del Sínodo, una reflexión acerca de la evangelización, puedan invitar a la misma reflexión a todo el Pueblo de Dios congregado en la Iglesia, y servir de renovado aliento a todos, especialmente a quienes “trabajan en la predicación y en la enseñanza”⁹, para que cada uno de ellos sepa distribuir “rectamente la palabra de la verdad”¹⁰, se dedique a la predicación del Evangelio y desempeñe su ministerio con toda perfección.

Una exhortación en este sentido nos ha parecido de importancia capital, ya que la presentación del mensaje evangélico no constituye para la Iglesia algo de orden facultativo: está de por medio el deber que le incumbe,

8 2 Co 11, 28.

9 1 Tm 5, 17.

10 2 Tm 2, 15.

por mandato del Señor, con vistas a que los hombres crean y se salven. Si, este mensaje es necesario. Es único. De ningún modo podría ser remplazado. No admite indiferencia, ni sincretismo, ni acomodados. Representa la belleza de la Revelación. Lleva consigo una sabiduría que no es de este mundo. Es capaz de suscitar por sí mismo la fe, una fe que tiene su fundamento en la potencia de Dios¹¹. Es la Verdad. Merece que el apóstol le dedique todo su tiempo, todas sus energías y que, si es necesario, le consagre su propia vida.

11 Cfr. 1 Co 2, 5.

I

DEL CRISTO EVANGELIZADOR A LA IGLESIA EVANGELIZADORA

Testimonio y misión de Jesús

6. El testimonio que el Señor da de sí mismo y que San Lucas ha recogido en su Evangelio ("Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades")¹², tiene sin duda un gran alcance, ya que define en una sola frase toda la misión de Jesús: "porque para esto he sido enviado"¹³. Estas palabras alcanzan todo su significado cuando se las considera a la luz de los versículos anteriores en los que Cristo se aplica a sí mismo las palabras del profeta Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres"¹⁴.

Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuestas por Dios, tal es la misión para la que Jesús se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su Misterio —la misma Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos— forman parte de su actividad evangelizadora.

Jesús, primer evangelizador

7. Durante el Sínodo, los obispos han recordado con frecuencia esta verdad: Jesús mismo, Evangelio de Dios¹⁵, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena.

12 Lc 4, 43.

13 Ibidem.

14 Lc 4, 18; cfr. Is 61, 1.

15 Cfr. Mc 1, 1; Rm 1, 1-3.

Evangelizar: ¿Qué significado ha tenido esta palabra para Cristo? Ciertamente no es fácil expresar en una síntesis completa el sentido, el contenido, las formas de evangelización tal como Jesús lo concibió y lo puso en práctica. Por otra parte, esta síntesis nunca podrá ser concluida. Bástenos aquí recordar algunos aspectos esenciales.

El anuncio del reino de Dios

8. Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el reino de Dios; tan importante que, en relación a él, todo se convierte en "lo demás", que es dado por añadidura¹⁶. Solamente el reino es pues absoluto y todo el resto es relativo. El Señor se complacerá en describir de muy diversas maneras la dicha de pertenecer a ese reino, una dicha paradójica hecha de cosas que el mundo rechaza¹⁷; las exigencias del reino y su carta magna¹⁸, los heraldos del reino¹⁹, los misterios del mismo²⁰, sus hijos²¹, la vigilancia y fidelidad requeridas a quien espera su llegada definitiva²².

El anuncio de la salvación liberadora

9. Como núcleo y centro de su Buena Nueva, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del Maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por El, de verlo, de entregarse a El. Todo esto tiene su arranque durante la vida de Cristo y se logra de manera definitiva por su muerte y resurrección; pero debe ser continuado pacientemente a través de la historia hasta ser plenamente realizado el día de la Venida final del mismo Cristo, cosa que nadie sabe cuándo tendrá lugar, a excepción del Padre²³.

16 Cfr. Mt 6, 33.

17 Cfr. Mt 5, 3-12.

18 Cfr. Mt 5-7.

19 Cfr. Mt 10.

20 Cfr. Mt 13.

21 Cfr. Mt 18.

22 Cfr. Mt 24-25.

23 Cfr. Mt 24, 36; Hch 1, 7; 1 Ts 5, 1-2.

10. Este reino y esta salvación —palabra clave en la evangelización de Jesucristo— pueden ser recibidos por todo hombre, como gracia y misericordia; pero a la vez cada uno debe conquistarlos con la fuerza ("el reino de los cielos está en tensión y los esforzados lo arrebatan", dice el Señor)²⁴, con la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al Evangelio, con la renuncia y la cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas. Pero ante todo cada uno los consigue mediante un total cambio interior, que el Evangelio designa con el nombre de "metanoia", una conversión radical, una transformación profunda de la mente y del corazón²⁵.

Predicación infatigable

11. Cristo llevó a cabo esta proclamación del reino de Dios, mediante la predicación infatigable de una palabra, de la que se dirá que no admite parangón con ninguna otra: "¿Qué es esto? Una doctrina nueva y revestida de autoridad"²⁶; "Todos le aprobaban, maravillados de las palabras llenas de gracia, que salían de su boca..."²⁷; "Jamás hombre alguno habló como éste"²⁸. Sus palabras desvelan el secreto de Dios, su designio y su promesa, y por eso cambian el corazón del hombre y su destino.

Signos evangélicos

12. Pero El realiza también esta proclamación de la salvación por medio de innumerables signos que provocan estupor en las muchedumbres y que al mismo tiempo las arrastran hacia El para verlo, escucharlo y dejarse transformar por El: enfermos curados, agua convertida en vino, pan multiplicado, muertos que vuelven a la vida y, sobre todo, su propia resurrección. Y al centro de todo, el signo al que El atribuye una gran importancia: los pequeños, los pobres son evangelizados, se convierten en discípulos suyos, se reúnen "en su nombre" en la gran comunidad de los que creen en El. Porque el Jesús que declara: "Es preciso que anuncie también el reino de Dios

24 Cfr. Mt 11, 12; Lc 16, 16.

25 Cfr. Mt 4, 17.

26 Mc 1, 27.

27 Cfr. Lc 4, 22.

28 Jn 7, 46.

en otras ciudades, porque para eso he sido enviado”²⁹, es el mismo Jesús de quien Juan el Evangelista decía que había venido y debía morir “para reunir en uno todos los hijos de Dios, que están dispersos”³⁰. Así termina su revelación, completándola y confirmándola, con la manifestación hecha de sí mismo, con palabras y obras, con señales y milagros, y de manera particular con su muerte, su resurrección y el envío del Espíritu de Verdad³¹.

Hacia una comunidad evangelizada y evangelizadora

13. Quienes acogen con sinceridad la Buena Nueva, mediante tal acogida y la participación en la fe, se reúnen pues en el nombre de Jesús para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo. Ellos constituyen una comunidad que es a la vez evangelizadora. La orden dada a los Doce: “Id y proclamad la Buena Nueva”, vale también, aunque de manera diversa, para todos los cristianos. Por esto Pedro los define “pueblo adquirido para pregonar las excelencias del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”³². Estas son las maravillas que cada uno ha podido escuchar en su propia lengua³³. Por lo demás, la Buena Nueva del reino que llega y que ya ha comenzado es para todos los hombres de todos los tiempos. Aquellos que ya la han recibido y que están reunidos en la comunidad de salvación, pueden y deben comunicarla y difundirla.

La evangelización, vocación propia de la Iglesia

14. La Iglesia lo sabe. Ella tiene viva conciencia de que las palabras del Salvador: “Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades”³⁴, se aplican con toda verdad a ella misma. Y por su parte ella añade de buen grado, siguiendo a San Pablo: “Porque, si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizara!”³⁵. Con gran gozo y consuelo hemos escuchado Nos, al final

29 Lc 4, 43.

30 Jn 11, 52.

31 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, 4: AAS 58 (1966), pp. 818-819.

32 Cfr. 1 Pe 2, 9.

33 Cfr. Hch 2, 11.

34 Lc 4, 43.

35 1 Co 9, 16.

de la Asamblea de octubre 1974, estas palabras luminosas: “Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia”³⁶; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su Muerte y Resurrección gloriosa.

Vinculos recíprocos entre la Iglesia y la evangelización

15. Quien lee en el Nuevo Testamento los orígenes de la Iglesia y sigue paso a paso su historia, quien la ve vivir y actuar, se da cuenta de que ella está vinculada a la evangelización de la manera más íntima:

—La Iglesia nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los Doce. Es un fruto normal, deseado, el más inmediato y el más visible: “Id, pues, enseñad a todas las gentes”³⁷. “Ellos recibieron la gracia y se bautizaron, siendo incorporadas (a la Iglesia) aquel día unas tres mil almas... Cada día el Señor iba incorporando a los que habian de ser salvos”³⁸.

—Nacida por consiguiente de la misión de Jesucristo, la Iglesia es a su vez enviada por El. La Iglesia permanece en el mundo hasta que el Señor de la gloria vuelva al Padre. Permanece como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo, de una nueva presencia de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ella lo prolonga y lo continúa. Ahora bien, es ante todo su misión y su condición de evangelizador lo que ella está llamada a continuar³⁹. Porque la comunidad de los cristianos no está nunca cerrada en sí misma.

En ella, la vida íntima —la vida de oración, la escucha de la Palabra y de las enseñanzas de los Apóstoles, la ca-

36 Cfr. Declaración de los Padres Sinodales, 4: *L'Osservatore Romano* (26 octubre 1974), p. 6.

37 Mt 28, 19.

38 Hch 2, 41. 47.

39 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 8: AAS 57 (1965), p. 11; Decr. *Ad Gentes*, 5: AAS 58 (1966), pp. 951-952.

ridad fraterna vivida, el pan compartido⁴⁰— no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva. Es así como la Iglesia recibe la misión de evangelizar y como la actividad de cada miembro constituye algo importante para el conjunto.

—Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar “las grandezas de Dios”⁴¹, que la han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por El. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio. El Concilio Vaticano II ha recordado⁴² y el Sínodo de 1974 ha vuelto a tocar insistentemente este tema de la Iglesia que se evangeliza, a través de una conversión y una renovación constantes, para evangelizar al mundo de manera creíble.

—La Iglesia es depositaria de la Buena Nueva que debe ser anunciada. Las promesas de la Nueva Alianza en Cristo, las enseñanzas del Señor y de los Apóstoles, la Palabra de vida, las fuentes de la gracia y de la benignidad divina, el camino de salvación, todo esto le ha sido confiado. Es ni más ni menos que el contenido del Evangelio y por consiguiente de la evangelización que ella conserva como un depósito viviente y precioso, no para tenerlo escondido sino para comunicarlo.

—Enviada y evangelizada, la Iglesia misma envía a los evangelizadores. Ella pone en su boca la palabra que salva, les explica el mensaje del que ella misma es depositaria, les da el mandato que ella misma ha recibido y les envía a predicar. A predicar no a sí mismos o sus ideas personales⁴³, sino un evangelio del que ni ellos ni ella son dueños y propietarios absolutos para disponer de él

a su gusto, sino ministros para transmitirlo con suma fidelidad.

La Iglesia, inseparable de Cristo

16. Existe por tanto un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. Mientras dure este tiempo de la Iglesia, es ella la que tiene a su cargo la tarea de evangelizar. Una tarea que no se cumple sin ella, ni mucho menos contra ella.

En verdad, es conveniente recordar esto en un momento como el actual, en que no sin dolor podemos encontrar personas, que queremos juzgar bien intencionadas pero que en realidad están desorientadas en su espíritu, las cuales van repitiendo que su aspiración es amar a Cristo pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia. Lo absurdo de esta dicotomía se muestra con toda claridad en estas palabras del Evangelio: “el que a vosotros desecha, a mí me desecha”⁴⁴. ¿Cómo va a ser posible amar a Cristo sin amar a la Iglesia, siendo así que el más hermoso testimonio dado en favor de Cristo es el de San Pablo: “amó a la Iglesia y se entregó por ella”?⁴⁵.

40 Cfr. Hch 2, 42-46; 4, 32-35; 5, 12-16.

41 Cfr. Hch 2, 11; 1 Pe 2, 9.

42 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad Gentes*, 5, 11-12; AAS 58 (1966), pp. 951-952, 959-961.

43 Cfr 2 Co 4, 5; S. AGUSTIN: *Sermo XLVI De Pastoribus*: CCL 41, pp. 529-530.

44 Lc 10, 16. Cfr. S. CIPRIANO: *De unitate Ecclesiae*, 14; PL 4, 527; S. AGUSTIN: *Enarrat.* 88, Sermo, 2, 14; PL 37, 1140; S. JUAN CRISOSTOMO: *Hom. de capto Eutropio*, 6; PG 52, 402.

45 Ef 5, 25.

II

¿QUE ES EVANGELIZAR?

Complejidad de la acción evangelizadora

17. En la acción evangelizadora de la Iglesia, entran a formar parte ciertamente algunos elementos y aspectos que hay que tener presentes. Algunos revisten tal importancia que se tiene la tendencia a identificarlos simplemente con la evangelización. De ahí que se haya podido definir la evangelización en términos de anuncio de Cristo a aquellos que lo ignoran, de predicación, de catequesis, de bautismo y de administración de los otros sacramentos.

Ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e inclusive mutilarla. Resulta imposible comprenderla si no se trata de abarcar de golpe todos sus elementos esenciales.

Estos elementos insistentemente subrayados a lo largo del reciente Sínodo siguen siendo profundizados con frecuencia, en nuestros días, bajo la influencia del trabajo sinodal. Nos alegramos de que en el fondo, sean situados en la misma línea de los que nos ha transmitido el Concilio Vaticano II, sobre todo en *Lumen Gentium*, *Gaudium et spes*, *Ad Gentes*.

Renovación de la humanidad...

18. Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: "He aquí que hago nuevas todas las cosas" ⁴⁶. Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos, con la novedad del bau-

tismo ⁴⁷ y de la vida según el Evangelio ⁴⁸. La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama ⁴⁹, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos.

... y de sectores de la humanidad

19. Sectores de humanidad que se transforman: Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación.

Evangelización de las culturas

20. Posiblemente podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et Spes* ⁵⁰, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios.

El Evangelio, y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son

46 Ap 21, 5; cfr. 2 Co 5, 17; Ga 6, 15.

47 Cfr. Rm 6, 4.

48 Cfr. Ef 4, 23-24; Col 3, 9-10.

49 Cfr. Rm 1, 16; 1 Co 1, 18; 2, 4.

50 Cfr. 53: AAS 58 (1966), p. 1075.

necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna.

La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada.

Importancia primordial del testimonio

21. La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio.

Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización. Son posiblemente las primeras preguntas que se plantearán muchos no cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, de bautizados no practicantes, de gentes que viven en cristiano pero según principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a Alguien que ellos adivinan pero sin poder darle un nombre. Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad y que es un elemento esencial, en general el primero absolutamente en la evangelización⁵¹.

51 Cfr. TERTULIANO: *Apologeticum*, 39: CCL, I, pp. 150-153; MINUCIO FELIX: *Octavius* 9 y 31: CSLP, Turin, 1963, pp. 11-13, 47-48.

Todos los cristianos están llamados a este testimonio y, en este sentido, pueden ser verdaderos evangelizadores. Se nos ocurre pensar especialmente en la responsabilidad que recae sobre los emigrantes en los países que los reciben.

Necesidad de un anuncio explícito

22. Y sin embargo esto sigue siendo insuficiente, pues el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado —lo que Pedro llamaba dar “razón de vuestra esperanza”⁵²—, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios.

La historia de la Iglesia, a partir del discurso de Pedro en la mañana de Pentecostés, se entremezcla y se confunde con la historia de este anuncio. En cada nueva etapa de la historia humana, la Iglesia, impulsada continuamente por el deseo de evangelizar, no tiene más que una preocupación: ¿a quién enviar para anunciar el misterio de Jesús? ¿En qué lenguaje anunciar este misterio? ¿Cómo lograr que resuene y llegue a todos aquellos que lo deben escuchar? Este anuncio —kerigma, predicación o catequesis— adquiere un puesto tan importante en la evangelización que con frecuencia es en realidad sinónimo. Sin embargo no pasa de ser un aspecto.

Hacia una adhesión vital y comunitaria

23. Efectivamente, el anuncio no adquiere toda su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón. Adhesión a las verdades que en su misericordia el Señor ha revelado, es cierto. Pero más aún, adhesión al programa de vida —vida en realidad ya transformada— que El propone. En una palabra, adhesión al reino, es decir, al “mundo nuevo”, al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio. Tal adhesión, que no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, se

52 1 Pe 3, 15.

revela concretamente por medio de una entrada visible, en una comunidad de fieles. Así pues, aquellos cuya vida se ha transformado entran en una comunidad que es en sí misma signo de la transformación, signo de la novedad de vida: la Iglesia, sacramento visible de la salvación⁵³. Pero a su vez, la entrada en la comunidad eclesial se expresará a través de muchos otros signos que prolongan y despliegan el signo de la Iglesia. En el dinamismo de la evangelización, aquel que acoge el Evangelio como Palabra que salva⁵⁴ lo traduce normalmente en estos gestos sacramentales: adhesión a la Iglesia, acogida de los sacramentos que manifiestan y sostienen esta adhesión, por la gracia que confieren.

Impulso nuevo al apostolado

24. Finalmente, el que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia.

Al terminar estas consideraciones sobre el sentido de la evangelización, se debe formular una última observación que creemos esclarecedora para las reflexiones siguientes.

La evangelización, hemos dicho, es un paso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado. Estos elementos pueden parecer contrastantes, inclusive exclusivos. En realidad son complementarios y mutuamente enriquecedores. Hay que ver siempre cada uno de ellos integrado con los otros. El mérito del reciente Sínodo ha sido el habernos invitado constantemente a componer estos elementos, más bien que oponerlos entre sí, para tener la plena comprensión de la actividad evangelizadora de la Iglesia.

Es esta visión global lo que queremos ahora exponer, examinando el contenido de la evangelización, los medios de evangelizar, precisando a quién se dirige el anuncio evangélico y quién tiene hoy el encargo de hacerlo.

53 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 1, 9, 48; AAS 57 (1965), pp. 5, 12-14, 53-54; Const. past. *Gaudium et Spes*, 42, 45; AAS 58 (1966), pp. 1060-1061, 1065-1066; Decr. *Ad Gentes*, 1, 5; AAS 58 (1966), pp. 947, 951-952.

54 Cfr. Rm 1, 16; 1 Co 1, 18.

III

CONTENIDO DE LA EVANGELIZACION

Contenido esencial y elementos secundarios

25. En el mensaje que anuncia la Iglesia hay ciertamente muchos elementos secundarios, cuya presentación depende en gran parte de los cambios de circunstancias. Tales elementos cambian también. Pero hay un contenido esencial, una sustancia viva, que no se puede modificar ni pasar por alto sin desnaturalizar gravemente la evangelización misma.

Un testimonio al amor del Padre

26. No es superfluo recordarlo: evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo; que en su Verbo Encarnado ha dado a todas las cosas el ser, y ha llamado a los hombres a la vida eterna. Para muchos, es posible que este testimonio de Dios evoque al Dios desconocido⁵⁵, a quien adoran sin darle un nombre concreto, o al que buscan por sentir una llamada secreta en el corazón, al experimentar la vacuidad de todos los ídolos. Pero este testimonio resulta plenamente evangelizador cuando pone de manifiesto que para el hombre el Creador no es un poder anónimo y lejano: es Padre. "Nosotros somos llamados hijos de Dios y en verdad lo somos"⁵⁶ y, por tanto, somos hermanos los unos de los otros, en Dios.

Centro del mensaje: la salvación en Jesucristo

27. La evangelización también debe contener siempre —como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo—

55 Cfr. Hch 17, 22-23.

56 1 Jn 3, 1; cfr. Rm 8, 14-17.

una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios⁵⁷. No una salvación puramente immanente, a medida de las necesidades materiales o inclusive espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto, Dios, salvación trascendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad.

Bajo el signo de la esperanza

28. Por consiguiente, la evangelización no puede por menos de incluir el anuncio profético de un más allá, vocación profunda y definitiva del hombre, en continuidad y discontinuidad a la vez con la situación presente: más allá del tiempo y de la historia, más allá de la realidad de este mundo, cuya imagen pasa, y de las cosas de este mundo, cuya dimensión oculta se manifestará un día; más allá del hombre mismo, cuyo verdadero destino no se agota en su dimensión temporal, sino que nos será revelado en la vida futura⁵⁸. La evangelización comprende además la predicación de la esperanza en las promesas hechas por Dios mediante la nueva alianza en Jesucristo; la predicación del amor de Dios para con nosotros y de nuestro amor hacia Dios; la predicación del amor fraterno para con todos los hombres —capacidad de donación y de perdón, de renuncia, de ayuda al hermano— que, por descender del amor de Dios, es el núcleo del Evangelio; la predicación del misterio del mal y de la búsqueda activa del bien. Predicación, asimismo, y ésta se hace cada vez más urgente, de la búsqueda del mismo Dios a través de la oración, sobre todo de adoración y de acción de gracias, y también a través de la comunión con ese signo visible del encuentro con Dios que es la Iglesia de Jesucristo; comunión que a su vez se expresa mediante la participación en esos otros signos de Cristo, viviente y operante en

57 Cfr. Ef 2, 8; Rm 1, 16. Cfr. Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe: *Declaratio ad fidem tuendam in mysteria Incarnationis et SS. Trinitatis a quibusdam recentibus erroribus* (21 febrero (1972): AAS 64 (1972), pp. 237-241.

58 Cfr. 1 Jn 3, 2; Rm 8, 29; Flp 3, 20-21. Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 48-51: AAS 57 (1965), pp. 53-58.

la Iglesia, que son los sacramentos. Vivir de tal suerte los sacramentos hasta conseguir en su celebración una verdadera plenitud, no es, como algunos pretenden, poner un obstáculo o aceptar una desviación de la evangelización: es darle toda su integridad. Porque la totalidad de la evangelización, aparte la predicación del mensaje, consiste en implantar la Iglesia, la cual no existe sin este respiro de la vida sacramental culminante en la Eucaristía⁵⁹.

Un mensaje que afecta a toda la vida

29. La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre. Precisamente por esto la evangelización lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar sin la cual apenas es posible el progreso personal⁶⁰, sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo; un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación.

Un mensaje de liberación

30. Es bien sabido en qué términos hablaron durante el reciente Sínodo numerosos obispos de todos los continentes y, sobre todo, los obispos del Tercer Mundo, con un acento pastoral en el que vibraban las voces de millones de hijos de la Iglesia que forman tales pueblos. Pueblos, ya lo sabemos, empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales y, especialmente, en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político, etc. La Iglesia, repitieron los obispos, tiene el

59 Cfr. Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe: *Declaratio circa Catholicam doctrinam de Ecclesia, contra nonnullos errores hodiernos tuendam* (24 junio 1973): AAS 65 (1973), pp. 396-408.

60 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et Spes*, 47-52: AAS 58 (1966), pp. 1067-1074; PABLO VI: Encicl. *Humanae Vitae*: AAS 60 (1968), pp. 481-503.

deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización.

**En conexión necesaria
con la promoción humana**

31. Entre evangelización y promoción humana —desarrollo, liberación— existen efectivamente lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede disociar el plan de la creación del plan de la redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico como es el de la caridad: en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre? Nos mismo lo indicamos, al recordar que no es posible aceptar “que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad”⁶¹.

Pues bien, las mismas voces que con celo, inteligencia y valentía abordaron durante el Sínodo este tema acuciante, adelantaron, con gran complacencia por nuestra parte, los principios iluminadores para comprender mejor la importancia y el sentido profundo de la liberación tal y como la ha anunciado y realizado Jesús de Nazaret y la predica la Iglesia.

**Sin reducciones
ni ambigüedades**

32. No hay por qué ocultar, en efecto, que muchos cristianos generosos, sensibles a las cuestiones dramáticas que lleva consigo el problema de la liberación, al querer

61 PABLO VI: Discurso en la apertura de la tercera Asamblea General del Sínodo de los Obispos (27 septiembre 1974): AAS 66 (1974), p. 562.

comprometer a la Iglesia en el esfuerzo de liberación han sentido con frecuencia la tentación de reducir su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal; de reducir sus objetivos, a una perspectiva antropocéntrica; la salvación, de la cual ella es mensajera y sacramento, a un bienestar material; su actividad —olvidando toda preocupación espiritual y religiosa— a iniciativas de orden político o social. Si esto fuera así, la Iglesia perdería su significación más profunda. Su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos. No tendría autoridad para anunciar, de parte de Dios, la liberación. Por eso quisimos subrayar en la misma alocución de la apertura del Sínodo “la necesidad de reafirmar claramente la finalidad específicamente religiosa de la evangelización. Esta última perdería su razón de ser si se desviara del eje religioso que la dirige: ante todo el reino de Dios, en su sentido plenamente teológico”⁶².

La liberación evangélica...

33. Acerca de la liberación que la evangelización anuncia y se esfuerza por poner en práctica, más bien hay que decir:

—no puede reducirse a la simple y estrecha dimensión económica, política, social o cultural, sino que debe abarcar al hombre entero, en todas sus dimensiones, incluida su apertura al Absoluto, que es Dios;

—va por tanto unida a una cierta concepción del hombre, a una antropología que no puede nunca sacrificarse a las exigencias de una estrategia cualquiera, de una praxis o de un éxito a corto plazo.

**... centrada en el reino
de Dios...**

34. Por eso, al predicar la liberación y al asociarse a aquellos que actúan y sufren por ella, la Iglesia no admite el circunscribir su misión al solo terreno religioso, desinteresándose de los problemas temporales del hombre; sino que reafirma la primacía de su vocación espiritual, rechaza la sustitución del anuncio del reino por la proclamación de las liberaciones humanas, y proclama

62 Discurso en la apertura de la tercera Asamblea General del Sínodo de los Obispos (27 septiembre 1974): AAS 66 (1974), p. 562.

también que su contribución a la liberación no sería completa si descuidara anunciar la salvación en Jesucristo.

... en una visión evangélica
del hombre...

35. La Iglesia asocia, pero no identifica nunca, liberación humana y salvación en Jesucristo, porque sabe por revelación, por experiencia histórica y por reflexión de fe, que no toda noción de liberación es necesariamente coherente y compatible con una visión evangélica del hombre, de las cosas y de los acontecimientos; que no es suficiente instaurar la liberación, crear el bienestar y el desarrollo para que llegue el reino de Dios.

Es más, la Iglesia está plenamente convencida de que toda liberación temporal, toda liberación política —por más que ésta se esfuerce en encontrar su justificación en tal o cual página del Antiguo o del Nuevo Testamento; por más que acuda, para sus postulados ideológicos y sus normas de acción, a la autoridad de los datos y conclusiones teológicas; por más que pretenda ser la teología de hoy— lleva dentro de sí misma el germen de su propia negación y decae del ideal que ella misma se propone, desde el momento en que sus motivaciones profundas no son las de la justicia en la caridad, la fuerza interior que la mueve no entraña una dimensión verdaderamente espiritual y su objetivo final no es la salvación y la felicidad en Dios.

... que exige una necesaria
conversión

36. La Iglesia considera ciertamente importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas y menos avasalladoras; pero es consciente de que aun las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una conversión de corazón y de mente por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen.

Exclusión de la violencia

37. La Iglesia no puede aceptar la violencia, sobre todo la fuerza de las armas —incontrolable cuando se desata— ni la muerte de quienquiera que sea, como camino de li-

beración, porque sabe que la violencia engendra inexorablemente nuevas formas de opresión y de esclavitud, a veces más graves que aquellas de las que se pretende liberar. “Os exhortamos —decíamos ya durante nuestro viaje a Colombia— a no poner vuestra confianza en la violencia ni en la revolución; esta actitud es contraria al espíritu cristiano e inclusive puede retardar, en vez de favorecer, la elevación social a la que legítimamente aspiráis”⁶³. “Debemos decir y reafirmar que la violencia no es ni cristiana ni evangélica y que los cambios bruscos o violentos de las estructuras serán engañosos, ineficaces en sí mismos y ciertamente no conformes con la dignidad del pueblo”⁶⁴.

**Contribución específica
de la Iglesia**

38. Dicho esto, nos alegramos de que la Iglesia tome una conciencia cada vez más viva de la propia forma, esencialmente evangélica, de colaborar a la liberación de los hombres. Y ¿qué hace? Trata de suscitar cada vez más numerosos cristianos que se dediquen a la liberación de los demás. A estos cristianos “liberadores” les da una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso. Todo ello, sin que se confunda con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema político, debe caracterizar la acción del cristiano comprometido. La Iglesia se esfuerza por inserir siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio global de salvación que ella misma anuncia.

Todo lo que acabamos de recordar aquí se trató más de una vez en los debates del Sínodo. También Nos quisimos consagrar a este tema algunas palabras de esclarecimiento en la alocución que dirigimos a los padres al final de la Asamblea⁶⁵.

63 PABLO VI: Discurso a los campesinos de Colombia (23 agosto 1968): AAS 60 (1968), p. 623.

64 PABLO VI: Discurso en la “Jornada del Desarrollo” en Bogotá (23 agosto 1968): AAS 60 (1968), p. 627; cfr. S. AGUSTIN: *Epistola*, 229, 2: PL 33, 1020.

65 PABLO VI: Discurso en la clausura de la tercera Asamblea General del Sínodo de los Obispos (26 octubre 1974): AAS 66 (1974), p. 637.

Esperamos que todas estas consideraciones puedan ayudar a evitar la ambigüedad que reviste frecuentemente la palabra "liberación" en las ideologías, los sistemas o los grupos políticos. La liberación que proclama y prepara la evangelización es la que Cristo mismo ha anunciado y dado al hombre con su sacrificio.

Libertad religiosa

39. De esta justa liberación, vinculada a la evangelización, que trata de lograr estructuras que salvaguarden la libertad humana, no se puede separar la necesidad de asegurar todos los derechos fundamentales del hombre, entre los cuales la libertad religiosa ocupa un puesto de primera importancia. Recientemente hemos hablado acerca de la actualidad de un importante aspecto de esta cuestión, poniendo de relieve cómo "muchos cristianos, todavía hoy, precisamente porque son cristianos o católicos, viven sofocados por una sistemática opresión. El drama de la fidelidad a Cristo y de la libertad de religión, si bien paliado por declaraciones categóricas en favor de los derechos de la persona y de la socialidad humanas, continúa" ⁶⁶.

66 Discurso del 15 de octubre 1975, *L'Osservatore Romano*, 17 octubre 1975.

IV

MEDIOS DE EVANGELIZACION

A la búsqueda de los medios adecuados

40. La evidente importancia del contenido no debe hacer olvidar la importancia de los métodos y medios de la evangelización.

Este problema del cómo evangelizar es siempre actual, porque las maneras de evangelizar cambian según las diversas circunstancias de tiempo, lugar, cultura; por eso plantean casi un desafío a nuestra capacidad de descubrir y adaptar.

A nosotros pastores de la Iglesia, incumbe especialmente el deber de descubrir con audacia y prudencia, conservando la fidelidad al contenido, las formas más adecuadas y eficaces de comunicar el mensaje evangélico a los hombres de nuestro tiempo.

Bástenos aquí recordar algunos sistemas de evangelización, que por un motivo u otro tienen una importancia fundamental.

El testimonio de vida

41. Ante todo, y sin necesidad de repetir lo que ya hemos recordado antes, hay que subrayar esto: para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites. "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan —decíamos recientemente a un grupo de seglares— o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio" ⁶⁷. San Pedro

67 PABLO VI: Discurso a los miembros del "Consilium de Laicis" (2 octubre 1974): *AAS* 66 (1974), p. 568.

lo expresaba bien cuando exhortaba a una vida pura y respetuosa, para que si alguno se muestra rebelde a la palabra, sea ganado por la conducta⁶⁸. Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra: de santidad.

Una predicación viva

42. No es superfluo subrayar a continuación la importancia y necesidad de la predicación: "Pero ¿cómo invocarán a Aquél en quien no han creído? ¿Y cómo creerán sin haber oído de Él? ¿Y cómo oirán si nadie les predica?... Luego la fe viene de la audición, y la audición, por la palabra de Cristo"⁶⁹. Esta ley enunciada un día por San Pablo conserva hoy todo su vigor.

Sí, es siempre indispensable la predicación, la proclamación verbal de un mensaje. Sabemos bien que el hombre moderno, hastiado de discursos, se muestra con frecuencia cansado de escuchar y, lo que es peor, inmunizado contra las palabras. Conocemos también las ideas de numerosos psicólogos y sociólogos, que afirman que el hombre moderno ha rebasado la civilización de la palabra, ineficaz e inútil en estos tiempos, para vivir hoy en la civilización de la imagen. Estos hechos deberían ciertamente impulsarnos a utilizar, en la transmisión del mensaje evangélico, los medios modernos puestos a disposición por esta civilización. Es verdad que se han realizado esfuerzos muy válidos en este campo. Nos no podemos menos de alabarlos y alentarlos, a fin de que se desarrollen todavía más. El tedio que provocan hoy tantos discursos vacíos, y la actualidad de muchas otras formas de comunicación, no deben sin embargo, disminuir el valor permanente de la palabra ni hacer perder la confianza en ella. La palabra permanece siempre actual, sobre todo cuando va acompañada del poder de Dios⁷⁰. Por esto conserva también su actualidad el axioma de San Pablo: "la fe viene de la audición"⁷¹, es decir, es la Palabra oída la que invita a creer.

68 Cfr. 1 Pe 3, 1.

69 Rm 10, 14, 17.

70 Cfr. 1 Co 2, 1-5.

71 Rm 10, 17.

43. Esta predicación evangelizadora toma formas muy diversas, que el celo sugerirá cómo renovar constantemente. En efecto, son innumerables los acontecimientos de la vida y las situaciones humanas que ofrecen la ocasión de anunciar de modo discreto pero eficaz lo que el Señor desea decir en una determinada circunstancia. Basta una verdadera sensibilidad espiritual para leer en los acontecimientos el mensaje de Dios. Además, en un momento en que la liturgia renovada por el Concilio ha valorizado mucho la "liturgia de la Palabra", sería un error no ver en la homilía un instrumento válido y muy apto para la evangelización. Ciertamente que hay que conocer y poner en práctica las exigencias y posibilidades de la homilía para que ésta adquiera toda su eficacia pastoral. Pero sobre todo hay que estar convencido de ello y entregarse a la tarea con amor. Esta predicación, inserida de manera singular en la celebración eucarística, de la que recibe una fuerza y vigor particulares, tiene ciertamente un puesto especial en la evangelización, en la medida en que el ministro sagrado expresa la fe profunda de quien predica y que está impregnada con su amor. Los fieles, congregados para formar una Iglesia pascual que celebra la fiesta del Señor presente en medio de ellos, esperan mucho de esta predicación, con tal de que sea sencilla, clara, directa, acomodada, profundamente enraizada en la enseñanza evangélica y fiel al Magisterio de la Iglesia, animada por un ardor apostólico equilibrado que le viene de su carácter propio, llena de esperanza, fortificadora de la fe y fuente de paz y de unidad. Muchas comunidades, parroquiales o de otro tipo, viven y se consolidan gracias a la homilía de cada domingo, cuando ésta reúne dichas cualidades.

Añadamos que, gracias a la renovación de la liturgia, la celebración eucarística no es el único momento apropiado para la homilía. Esta tiene también un lugar propio, y no debe ser olvidada, en la celebración de todos los sacramentos, en las paraliturgias, con ocasión de otras reuniones de fieles. La homilía será siempre una ocasión privilegiada para comunicar la Palabra del Señor.

La catequesis

44. A propósito de la evangelización, un medio que no se puede descuidar es la enseñanza catequética. La inteligencia, sobre todo tratándose de niños y adolescentes, necesita aprender mediante una enseñanza religiosa sis-

temática los datos fundamentales, el contenido vivo de la verdad que Dios ha querido transmitirnos y que la Iglesia ha procurado expresar de manera cada vez más perfecta a lo largo de la historia. A nadie se le ocurrirá poner en duda que esta enseñanza se ha de impartir con el objeto de educar las costumbres, no de estacionarse en un plano meramente intelectual. Con toda seguridad, el esfuerzo de evangelización será grandemente provechoso, a nivel de la enseñanza catequética dada en la Iglesia, en las escuelas donde sea posible o en todo caso en los hogares cristianos, si los catequistas disponen de textos apropiados, puestos al día sabiamente y competentemente, bajo la autoridad de los obispos. Los métodos deberán ser adaptados a la edad, a la cultura, a la capacidad de las personas, tratando de fijar siempre en la memoria, la inteligencia y el corazón las verdades esenciales que deberán impregnar la vida entera. Ante todo es menester preparar buenos catequistas —catequistas parroquiales, instructores, padres— deseosos de perfeccionarse en este arte superior, indispensable y exigente que es la enseñanza religiosa. Por lo demás, sin necesidad de descuidar de ninguna manera la formación de los niños, se viene observando que las condiciones actuales hacen cada día más urgente la enseñanza catequética bajo la modalidad de un catecumenado para un gran número de jóvenes y adultos que, tocados por la gracia, descubren poco a poco la figura de Cristo y sienten la necesidad de entregarse a El.

Utilización de los medios de comunicación social

45. En nuestro siglo influenciado por los medios de comunicación social, el primer anuncio, la catequesis o el ulterior ahondamiento de la fe no pueden prescindir de esos medios, como hemos dicho antes.

Puestos al servicio del Evangelio, ellos ofrecen la posibilidad de extender casi sin límites el campo de audición de la Palabra de Dios, haciendo llegar la Buena Nueva a millones de personas. La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más. Con ellos la Iglesia “pregona sobre los terrados”⁷² el mensaje del que es depositaria. En ellos encuentra una versión moderna y eficaz del “púlpito”. Gracias a ellos puede hablar a las masas.

72 Cfr. Mt 10, 27; Lc 12, 3.

Sin embargo, el empleo de los medios de comunicación social en la evangelización supone casi un desafío: el mensaje evangélico deberá, sí, llegar, a través de ellos, a las muchedumbres, pero con capacidad para penetrar en las conciencias, para posarse en el corazón de cada hombre en particular, con todo lo que éste tiene de singular y personal, y con capacidad para suscitar en favor suyo una adhesión y un compromiso verdaderamente personales.

Contacto personal indispensable

46. Por estos motivos, además de la proclamación que podríamos llamar colectiva del Evangelio, conserva toda su validez e importancia esa otra transmisión de persona a persona. El Señor la ha practicado frecuentemente —como lo prueban, por ejemplo, las conversaciones con Nicodemo, Zaqueo, la Samaritana, Simón el fariseo— y lo mismo han hecho los apóstoles. En el fondo ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe? La urgencia de comunicar la Buena Nueva a las masas de hombres no debería hacer olvidar esa forma de anuncio mediante la cual se llega a la conciencia personal del hombre y se deja en ella el influjo de una palabra verdaderamente extraordinaria que recibe de otro hombre. Nunca alabaremos suficientemente a los sacerdotes que, a través del sacramento de la penitencia o a través del diálogo pastoral, se muestran dispuestos a guiar a las personas por el camino del Evangelio, a alentarlas en sus esfuerzos, a levantarlas si han caído, a asistirles siempre con discreción y disponibilidad.

La función de los sacramentos

47. Sin embargo, nunca se insistirá bastante en el hecho de que la evangelización no se agota con la predicación y la enseñanza de una doctrina. Porque aquella debe conducir a la vida: a la vida natural a la que da un sentido nuevo gracias a las perspectivas evangélicas que le abre; a la vida sobrenatural, que no es una negación sino purificación y elevación de la vida natural. Esta vida sobrenatural encuentra su expresión viva en los siete sacramentos y en la admirable fecundidad de gracia y santidad que contienen.

La evangelización despliega de este modo toda su riqueza cuando realiza la unión más íntima, o mejor, una intercomunicación jamás interrumpida, entre la Palabra y los sacramentos. En un cierto sentido es un equívoco oponer, como se hace a veces, la evangelización a la sacramentalización. Porque es seguro que si los sacramentos se administraran sin darles un sólido apoyo de catequesis sacramental y de catequesis global, se acabaría por quitarles gran parte de su eficacia. La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe de tal manera que conduzca a cada cristiano a vivir —y no a recibir de modo pasivo o apático— los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe.

Piedad popular

48. Con ello estamos tocando un aspecto de la evangelización que no puede dejarnos insensibles. Queremos referirnos ahora a esa realidad que suele ser designada en nuestros días con el término de religiosidad popular.

Tanto en las regiones donde la Iglesia está establecida desde hace siglos, como en aquellas donde se está implantando, se descubren en el pueblo expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe. Consideradas durante largo tiempo como menos puras, y a veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado. Durante el Sínodo, los obispos estudiaron a fondo el significado de las mismas, con un realismo pastoral y un celo admirables.

La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites. Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones. Se queda frecuentemente, a un nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe. Puede inclusive conducir a la formación de sectas y poner en peligro la verdadera comunidad eclesial.

Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en

quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente "piedad popular", es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad.

La caridad pastoral debe dictar, a cuantos el Señor ha colocado como jefes de las comunidades eclesiales, las normas de conducta con respecto a esta realidad, a la vez tan rica y tan amenazada. Ante todo hay que ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables, estar dispuesto a ayudarla a superar sus riesgos de desviación. Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo.

V

LOS DESTINATARIOS
DE LA EVANGELIZACION

Destino universal

49. Las últimas palabras de Jesús en el Evangelio de Marcos confieren a la evangelización, que el Señor confía a los Apóstoles, una universalidad sin fronteras: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura"⁷³.

Los Doce y la primera generación de cristianos han comprendido bien la lección de este texto y de otros parecidos; han hecho de ellos su programa de acción. La misma persecución, al dispersar a los Apóstoles, contribuyó a diseminar la Palabra y a implantar la Iglesia hasta en las regiones más remotas. La admisión de Pablo entre los Apóstoles y su carisma de predicador de la venida de Jesucristo a los paganos —no judíos— subrayó todavía más esta universalidad.

A pesar de los obstáculos

50. A lo largo de veinte siglos de historia, las generaciones cristianas han afrontado periódicamente diversos obstáculos a esta misión de universalidad. Por una parte, la tentación de los mismos evangelizadores de estrechar bajo distintos pretextos su campo de acción misionera. Por otra, las resistencias, muchas veces humanamente insuperables de aquellos a quienes el evangelizador se dirige. Además, debemos comprobar con tristeza que la obra evangelizadora de la Iglesia es gravemente dificultada, si no impedida, por los poderes públicos. Sucede, inclusive en nuestros días, que a los anunciadores de la Palabra de Dios se les priva de sus derechos, son perseguidos, amenazados, eliminados sólo por el hecho de predicar a Jesucristo y su Evangelio. Pero abrigamos la confianza de que

finalmente, a pesar de estas pruebas dolorosas, la obra de estos apóstoles no faltará en ninguna región del mundo.

No obstante estas adversidades, la Iglesia reaviva siempre su inspiración más profunda, la que le viene directamente del Maestro: ¡A todo el mundo! ¡A toda criatura! ¡Hasta los confines de la tierra! Lo ha hecho nuevamente en el Sínodo, con una llamada a no encadenar el anuncio evangélico limitándolo a un sector de la humanidad o a una clase de hombres o a un solo tipo de cultura. Algunos ejemplos podrían ser reveladores.

Primer anuncio
a los que están lejos

51. Revelar a Jesucristo y su Evangelio a los que no los conocen: he ahí el programa fundamental que la Iglesia, desde la mañana de Pentecostés, ha asumido, como recibido de su Fundador. Todo el Nuevo Testamento, y de manera especial los Hechos de los Apóstoles, testimonian el momento privilegiado, y en cierta manera ejemplar, de este esfuerzo misionero que jalonará después toda la historia de la Iglesia.

La Iglesia lleva a efecto este primer anuncio de Jesucristo mediante una actividad compleja y diversificada, que a veces se designa con el nombre de "pre-evangelización", pero que muy bien podría llamarse evangelización, aunque en un estadio inicial y ciertamente incompleto. Cuenta con una gama casi infinita de medios: la predicación explícita, por supuesto, pero también el arte, los intentos científicos, la investigación filosófica, el recurso legítimo a los sentimientos del corazón del hombre podrían colocarse en el ámbito de esta finalidad.

Anuncio al mundo
descristianizado

52. Aunque este primer anuncio va dirigido de modo específico a quienes nunca han escuchado la Buena Nueva de Jesús o a los niños, se está volviendo cada vez más necesario, a causa de las situaciones de descristianización frecuentes en nuestros días, para gran número de personas que recibieron el bautismo pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe pero conocen poco los fundamentos de la misma; para los intelectuales que sienten necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la enseñanza que recibieron en su infancia, y para otros muchos.

73 Mc 16, 15.

Religiones no cristianas

53. Asimismo se dirige a inmensos sectores de la humanidad que practican religiones no cristianas. La Iglesia respeta y estima estas religiones no cristianas, por ser la expresión viviente del alma de vastos grupos humanos. Llevan en sí mismas el eco de milenios a la búsqueda de Dios; búsqueda incompleta pero hecha frecuentemente con sinceridad y rectitud de corazón. Poseen un impresionante patrimonio de textos profundamente religiosos. Han enseñado a generaciones de personas a orar. Todas están llenas de innumerables "semillas del Verbo"⁷⁴ y constituyen una auténtica "preparación evangélica"⁷⁵, por citar una feliz expresión del Concilio Vaticano II tomada de Eusebio de Cesarea.

Ciertamente, tal situación suscita cuestiones complejas y delicadas, que conviene estudiar a la luz de la Tradición cristiana y del Magisterio de la Iglesia, con el fin de ofrecer a los misioneros de hoy y de mañana nuevos horizontes en sus contactos con las religiones no cristianas. Ante todo, queremos poner ahora de relieve que ni el respeto ni la estima hacia estas religiones, ni la complejidad de las cuestiones planteadas implican para la Iglesia una invitación a silenciar ante los no cristianos el anuncio de Jesucristo. Al contrario, la Iglesia piensa que estas multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo⁷⁶, dentro del cual creemos que toda la humanidad puede encontrar, con insospechada plenitud, todo lo que busca a tientas acerca de Dios, del hombre y de su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad. De ahí que, aun frente a las expresiones religiosas naturales más dignas de estima, la Iglesia se funde en el hecho de que la religión de Jesús, la misma que ella anuncia por medio de la evangelización, sitúa objetivamente al hombre en relación con el plan de Dios, con su presencia viva, con su acción; hace hallar de nuevo el misterio de la Pateridad divina que sale al encuentro de la humanidad. En otras palabras, nuestra religión instaaura efectivamente una relación auténtica y viviente con Dios, cosa que las

otras religiones no lograron establecer, por más que tienen, por decirlo así, extendidos sus brazos hacia el cielo.

Por eso la Iglesia mantiene vivo su empuje misionero e inclusive desea intensificarlo en un momento histórico como el nuestro. La Iglesia se siente responsable ante todos los pueblos. No descansará hasta que no haya puesto de su parte todo lo necesario para proclamar la Buena Nueva de Jesús Salvador. Prepara siempre nuevas generaciones de apóstoles. Lo comprobamos con gozo en unos momentos en que no faltan quienes piensen e inclusive dicen que el ardor y el empuje misionero son cosas del pasado. El Sínodo acaba de responder que el anuncio misionero no se agota y que la Iglesia se esforzará siempre en conseguir su perfeccionamiento.

Ayuda a la fe de los fieles

54. Sin embargo, la Iglesia no se siente dispensada de prestar una atención igualmente infatigable hacia aquellos que han recibido la fe y que, a veces desde hace muchas generaciones, permanecen en contacto con el Evangelio. Trata así de profundizar, consolidar, alimentar, hacer cada vez más madura la fe de aquellos que se llaman ya fieles o creyentes, a fin de que lo sean cada vez más.

Esta fe está casi siempre enfrentada al secularismo, es decir, a un ateísmo militante; es una fe expuesta a pruebas y amenazas, más aun una fe asediada y combatida. Corre al riesgo de morir por asfixia o por inanición si no se la alimenta y sostiene cada día. Por tanto, evangelizar debe ser, con frecuencia, comunicar a la fe de los fieles —particularmente mediante una catequesis llena de savia evangélica y con un lenguaje adaptado a los tiempos y a las personas— este alimento y este apoyo necesarios.

La Iglesia católica abraza un vivo anhelo de los cristianos que no están en plena comunión con ella: mientras prepara con ellos la unidad querida por Cristo, y precisamente para preparar la unidad en la verdad, tiene conciencia de que faltaría gravemente a su deber si no diese testimonio, ante ellos, de la plenitud de la revelación de que es depositaria.

Secularismo ateo

55. Igualmente significativa es la preocupación, presente en el Sínodo, hacia dos esferas muy diferentes la una de la otra y sin embargo muy próximas entre sí por el

74 Cfr. S. JUSTINO: I *Apologia*, 46, 1-4; II *Apologia* 7 (8), 1-4; 10, 1-3; 13, 3-4; *Florilegium Patristicum* II, Bonn, 1911², pp. 81, 125, 129, 133; CLEMENTE ALEJANDRINO: *Stromata* I, 19, 91. 94: *S. Ch* 30, pp. 117-118; 119-120; Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad Gentes*, 11: AAS 58 (1966), p. 960; Const. dogm. *Lumen Gentium*, 17: AAS 57 (1965), p. 21.

75 Cfr. EUSEBIO DE CESAREA: *Preparatio Evangelica*, I, 1: PG 21, 26-28; Cfr. Const. dogm. *Lumen Gentium*, 16: AAS 57 (1965), p. 20

76 Cfr. Ef 3, 8.

desafío que, cada una a su modo, lanzan a la evangelización. La primera es aquella que podemos llamar el aumento de la incredulidad en el mundo moderno. El Sínodo se propuso describir este mundo moderno: bajo este nombre genérico, ¡cuántas corrientes de pensamiento, valores y contravalores, aspiraciones latentes o semillas de destrucción, convicciones antiguas que desaparecen y convicciones nuevas que se imponen!

Desde el punto de vista espiritual, este mundo moderno parece debatirse siempre en lo que un autor contemporáneo ha llamado "el drama del humanismo ateo"⁷⁷.

Por una parte, hay que comprobar en el corazón mismo de este mundo contemporáneo un fenómeno, que constituye como su marca más característica: el secularismo. No hablamos de la secularización en el sentido de un esfuerzo, en sí mismo justo y legítimo, no incompatible con la fe y la religión, por descubrir en la creación, en cada cosa o en cada acontecimiento del universo, las leyes que los rigen con una cierta autonomía, con la convicción interior de que el Creador ha puesto en ellos sus leyes. El reciente Concilio afirmó, en este sentido, la legítima autonomía de la cultura y, particularmente, de las ciencias⁷⁸. Tratamos aquí del verdadero secularismo: una concepción del mundo según la cual este último se explica por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios; Dios resultaría, pues, superfluo y hasta un obstáculo. Dicho secularismo, para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e inclusive por renegar de él.

Nuevas formas de ateísmo —un ateísmo antropocéntrico, no ya abstracto y metafísico sino pragmático y militante— parecen desprenderse de él. En unión con este secularismo ateo, se nos propone todos los días, bajo las formas más distintas, una civilización del consumo, el hedonismo erigido en valor supremo, una voluntad de poder y de dominio, de discriminaciones de todo género: constituyen otras tantas inclinaciones inhumanas de este "humanismo".

Por otra parte, y paradójicamente, en este mismo mundo moderno, no se puede negar la existencia de valores inicialmente cristianos o evangélicos, al menos bajo forma de vida o de nostalgia. No sería exagerado hablar de un poderoso y trágico llamamiento a ser evangelizado.

56. Una segunda esfera es la de los no practicantes; toda una muchedumbre, hoy día muy numerosa, de bautizados que, en gran medida, no han renegado formalmente de su bautismo, pero están totalmente al margen del mismo y no lo viven. El fenómeno de los no practicantes es muy viejo en la historia del cristianismo y supone una debilidad natural, una gran incongruencia que nos duele en lo más profundo de nuestro corazón. Sin embargo, hoy día presenta aspectos nuevos. Se explica muchas veces por el desarraigo típico de nuestra época. Nace también del hecho de que los cristianos se aproximan hoy a los no creyentes y reciben constantemente el influjo de la incredulidad. Por otra parte los no practicantes contemporáneos, más que los de otras épocas, tratan de explicar y justificar su posición en nombre de una religión interior, de una autonomía o de una autenticidad personal.

Ateos y no creyentes por una parte, no practicantes por otra, oponen a la evangelización resistencias no pequeñas. Los primeros, la resistencia de un cierto rechazo, la incapacidad de comprender el nuevo orden de las cosas, el nuevo sentido del mundo, de la vida, de la historia, que resulta una empresa imposible si no se parte del Absoluto que es Dios. Los otros, la resistencia de la inercia, la actitud un poco hostil de alguien que se siente como de casa, que dice saberlo todo, haber probado todo y ya no cree en nada.

Secularismo ateo y ausencia de práctica religiosa se encuentran en los adultos y en los jóvenes, en la élite y en la masa, en las antiguas y en las jóvenes Iglesias. La acción evangelizadora de la Iglesia, que no puede ignorar estos dos mundos ni detenerse ante ellos, debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles la revelación de Dios y la fe en Jesucristo.

Anuncio a las muchedumbres

57. Como Cristo durante el tiempo de su predicación, como los Doce en la mañana de Pentecostés, la Iglesia tiene también ante sí una inmensa muchedumbre humana que necesita del Evangelio y tiene derecho al mismo, pues Dios "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad"⁷⁹.

79 1 Tm 2, 4.

77 HENRI DE LUBAC: *Le drame de l'humanisme athée*, Ed. Spes, Paris, 1945.

78 Cfr. Const. past. *Gaudium et spes*, 59: AAS 58 (1966), p. 1080.

Sensible a su deber de predicar la salvación a todos, sabiendo que el mensaje evangélico no está reservado a un pequeño grupo de iniciados, de privilegiados o elegidos sino que está destinado a todos, la Iglesia hace suya la angustia de Cristo ante las multitudes errantes y abandonadas "como ovejas sin pastor" y repite con frecuencia su palabra: "Tengo compasión de la muchedumbre" ⁸⁰.

Pero también es consciente de que, por medio de una eficaz predicación evangélica, debe dirigir su mensaje al corazón de las masas, a las comunidades de fieles, cuya acción puede y debe llegar a los demás.

Comunidades eclesiales de base

58. El Sínodo se ocupó mucho de estas "pequeñas comunidades" o "comunidades de base", ya que en la Iglesia de hoy se las menciona con frecuencia. ¿Qué son y por qué deben ser destinatarias especiales de la evangelización y al mismo tiempo evangelizadoras?

Florece un poco por todas partes en la Iglesia, según los distintos testimonios escuchados durante el Sínodo, y se diferencian bastante entre sí aun dentro de una misma región, y mucho más de una región a otra.

En ciertas regiones, surgen y se desarrollan, salvo alguna excepción, en el interior de la Iglesia, permaneciendo solidarias con su vida, alimentadas con sus enseñanzas, unidas a sus pastores. En estos casos nacen de la necesidad de vivir todavía con más intensidad la vida de la Iglesia; o del deseo y de la búsqueda de una dimensión más humana que difícilmente pueden ofrecer las comunidades eclesiales más grandes, sobre todo en las metrópolis urbanas contemporáneas que favorecen a la vez la vida de masa y el anonimato. Pero igualmente pueden prolongar a nivel espiritual y religioso —culto, cultivo de una fe más profunda, caridad fraterna, oración, comunión con los pastores— la pequeña comunidad sociológica, el pueblo, etc. O también quieren reunir para escuchar y meditar la Palabra, para los sacramentos y el vínculo del ágape, grupos homogéneos por la edad, la cultura, el estado civil o la situación social, como parejas, jóvenes, profesionales, etc.; personas estas que la vida misma encuentra ya unidas en la lucha por la justicia, la ayuda fraterna a los pobres, la promoción humana,

etc. O, en fin, reúnen a los cristianos donde la penuria de sacerdotes no favorece la vida normal de una comunidad parroquial. Todo esto, por supuesto, al interior de las comunidades constituidas por la Iglesia, sobre todo de las iglesias particulares y de las parroquias.

En otras regiones, por el contrario, las comunidades de base se reúnen con un espíritu de crítica amarga hacia la Iglesia que estigmatizan como "institucional" y a la que se oponen como comunidades carismáticas, libres de estructuras, inspiradas únicamente en el Evangelio. Tienen, pues, como característica una evidente actitud de censura y de rechazo hacia las manifestaciones de la Iglesia: su jerarquía, sus signos. Contestan radicalmente esta Iglesia. En esta línea, su inspiración principal se convierte rápidamente en ideológica y no es raro que sean muy pronto presa de una opción política, de una corriente, y más tarde de un sistema, o de un partido, con el riesgo de ser instrumentalizadas.

La diferencia es ya notable: las comunidades que por su espíritu de contestación se separan de la Iglesia, cuya unidad perjudican, pueden llamarse "comunidades de base", pero ésta es una denominación estrictamente sociológica. No pueden, sin abusar del lenguaje, llamarse comunidades eclesiales de base, aunque tengan la pretensión de perseverar en la unidad de la Iglesia manteniéndose hostiles a la Jerarquía. Este nombre pertenece a las otras, a las que se forman en Iglesia para unirse a la Iglesia y para hacer crecer a la Iglesia.

Estas últimas comunidades serán un lugar de evangelización, en beneficio de las comunidades más vastas, especialmente de las Iglesias particulares, y serán una esperanza para la Iglesia universal, como Nos mismo dijimos al final del Sínodo, en la medida en que:

—buscan su alimento en la Palabra de Dios y no se dejan aprisionar por la polarización política o por las ideologías de moda, prontas a explotar su inmenso potencial humano;

—evitan la tentación siempre amenazadora de la contestación sistemática y del espíritu hipercrítico, bajo pretexto de autenticidad y de espíritu de colaboración;

—permanecen firmemente unidas a la Iglesia local en la que ellas se insieren, y a la Iglesia universal, evitando así el peligro —muy real— de aislarse en sí mismas, de creerse, después, la única auténtica Iglesia de Cristo y, finalmente, de anatematizar a las otras comunidades eclesiales;

80 Mt 9, 36; 15-32.

—guardan una sincera comunión con los pastores que el Señor ha dado a su Iglesia y al Magisterio que el Espíritu de Cristo les ha confiado;

—no se creen jamás el único destinatario o el único agente de evangelización, esto es el único depositario del Evangelio; sino que, conscientes de que la Iglesia es mucho más vasta y diversificada, aceptan que la Iglesia se encarna en formas que no son las de ellas;

—crecen cada día en responsabilidad, celo, compromiso e irradiación misioneros;

—se muestran universalistas y no sectarias.

Con estas condiciones, ciertamente exigentes pero también exaltantes, las comunidades eclesiales de base corresponderán a su vocación más fundamental: escuchando el Evangelio que les es anunciado y siendo destinatarias privilegiadas de la evangelización, ellas mismas se convertirán rápidamente en anunciadoras del Evangelio.

VI

AGENTES DE LA EVANGELIZACION

La Iglesia entera es misionera

59. Si hay hombres que proclaman en el mundo el evangelio de salvación, lo hacen por mandato, en nombre y con la gracia de Cristo Salvador. “¿Cómo predicarán si no son enviados?”⁸¹ escribía el que fue sin duda uno de los más grandes evangelizadores. Nadie puede hacerlo, sin haber sido enviado.

¿Quién tiene, pues, la misión de evangelizar?

El Concilio Vaticano II ha dado una respuesta clara: “Incumbe a la Iglesia por mandato divino ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio a toda creatura”⁸². Y en otro texto afirma: “La Iglesia entera es misionera, la obra de evangelización es un deber fundamental del Pueblo de Dios”⁸³.

Hemos recordado anteriormente esta vinculación íntima entre la Iglesia y la evangelización. Cuando la Iglesia anuncia el reino de Dios y lo construye, ella se implanta en el corazón del mundo como signo e instrumento de ese reino que está ya presente y que viene. El Concilio ha recogido, porque son muy significativas, estas palabras de San Agustín sobre la acción misionera de los Doce: “predicando la palabra de verdad, engendraron las iglesias”⁸⁴.

81 Rm 10, 15.

82 Decl. *Dignitatis Humanae*, 13: AAS 58 (1966), p. 939; cfr. Const. dogm. *Lumen Gentium*, 5: AAS 57 (1965), pp. 7-8; Decr. *Ad Gentes*, 1: AAS 58 (1966), p. 947.

83 Cfr. Decr. *Ad Gentes*, 35: AAS 58 (1966), p. 983.

84 S. AGUSTIN: *Enarrat. in Ps 44, 23*: CCL XXXVIII, p. 510; cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad Gentes*, I: AAS 58 (1966), p. 947.

Un acto eclesial

60. La comprobación de que la Iglesia es enviada y tiene el mandato de evangelizar a todo el mundo, debería despertar en nosotros una doble convicción.

Primera: evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial. Cuando el más humilde predicador, catequista o pastor, en el lugar más apartado, predica el Evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentra solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. Esto supone que lo haga, no por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre.

De ahí, la segunda convicción: si cada cual evangeliza en nombre de la Iglesia, que a su vez lo hace en virtud de un mandato del Señor, ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus pastores.

La Iglesia es toda ella evangelizadora, como hemos subrayado. Esto significa que para el conjunto del mundo y para cada parte del mismo donde ella se encuentra, la Iglesia se siente responsable de la tarea de difundir el Evangelio.

La perspectiva de la Iglesia universal

61. Llegados a este punto de nuestra reflexión nos detenemos con vosotros, hermanos e hijos, sobre una cuestión particularmente importante en nuestros días.

En su celebración litúrgica, en su testimonio ante los jueces y los verdugos, en sus textos apologéticos, los primeros cristianos manifestaban gustosamente su fe profunda en la Iglesia, indicándola como extendida por todo el universo. Tenían plena conciencia de pertenecer a una gran comunidad que ni el espacio ni el tiempo podían limitar: "Desde el justo Abel hasta el último elegido"⁸⁵,

85 Cfr. S. GREGORIO MAGNO: *Homil. in Evangelia* 19, 1: PL 76, 1154.

"hasta los extremos de la tierra"⁸⁶, "hasta la consumación del mundo"⁸⁷.

Así ha querido el Señor a su Iglesia: universal, árbol grande cuyas ramas dan cobijo a las aves del cielo⁸⁸, red que recoge toda clase de peces⁸⁹ o que Pedro saca cargada de 153 grandes peces⁹⁰, rebaño que un solo pastor conduce a los pastos⁹¹. Iglesia universal sin límites ni fronteras, salvo, por desgracia, las del corazón y del espíritu del hombre pecador.

La perspectiva de la Iglesia particular

62. Sin embargo esta Iglesia universal se encarna de hecho en las Iglesias particulares, constituidas de tal o cual porción de humanidad concreta, que hablan tal lengua, son tributarias de una herencia cultural, de una visión del mundo, de un pasado histórico, de un substrato humano determinado. La apertura a las riquezas de la Iglesia particular responde a una sensibilidad especial del hombre contemporáneo.

Guardémonos bien de concebir la Iglesia universal como la suma o, si se puede decir, la federación más o menos anómala de iglesias particulares esencialmente diversas. En el pensamiento del Señor es la Iglesia, universal por vocación y por misión, la que, echando sus raíces en la variedad de terrenos culturales, sociales, humanos, toma en cada parte del mundo aspectos, expresiones externas diversas.

Por lo mismo, una Iglesia particular que se desgajara voluntariamente de la Iglesia universal perdería su referencia al designio de Dios y se empobrecería en su dimensión eclesial. Pero por otra parte, la Iglesia "difundida por todo el orbe" se convertiría en una abstracción, si no tomase cuerpo y vida precisamente a través de las iglesias particulares. Solo una atención permanente a los dos polos de la Iglesia nos permitirá percibir la riqueza de esta relación entre Iglesia universal e iglesias particulares.

86 Hch 1, 8; cfr. DIDACHE, 9, 1; FUNK: *Patres Apostolici*, 1, 22.

87 Mt 28, 20.

88 Cfr. Mt 13, 32.

89 Cfr. Mt 13, 47.

90 Cfr. Jn 21, 11.

91 Cfr. Jn 10, 1-16.

63. Las Iglesias particulares profundamente amalgamadas, no sólo con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de trasvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden, y, después, de anunciarlo en ese mismo lenguaje.

Dicho trasvase hay que hacerlo con el discernimiento, la seriedad, el respeto y la competencia que exige la materia, en el campo de las expresiones litúrgicas⁹², pero también a través de la catequesis, la formulación teológica, las estructuras eclesiales secundarias, los ministerios. El lenguaje debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico o literario cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural.

El problema es sin duda delicado. La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su "lengua", sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta. Pero por otra parte, la evangelización corre el riesgo de perder su alma y desvanecerse, si se vacía o desvirtúa su contenido, bajo pretexto de traducirlo; si queriendo adaptar una realidad universal a un espacio local, se sacrifica esta realidad y se destruye la unidad sin la cual no hay universalidad. Ahora bien, solamente una Iglesia que mantenga la conciencia de su universalidad y demuestre que es de hecho universal puede tener un mensaje capaz de ser entendido, por encima de los límites regionales, en el mundo entero.

Una legítima atención a las Iglesias particulares no puede menos de enriquecer a la Iglesia. Es indispensable y urgente. Responde a las aspiraciones más profundas de los pueblos y de las comunidades humanas de hallar cada vez más su propia fisonomía.

⁹² Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 37-38: AAS 56 (1964), p. 110. Cfr. también los Libros litúrgicos y los demás Documentos emanados posteriormente de la Santa Sede para la aplicación de la reforma litúrgica preconizada por el mismo Concilio.

64. Pero este enriquecimiento exige que las iglesias locales mantengan esa clara apertura a la Iglesia universal. Hay que notar bien, por lo demás, que los cristianos más sencillos, más evangélicos, más abiertos al verdadero sentido de la Iglesia, tienen una sensibilidad espontánea con respecto a esta dimensión universal; sienten instintiva y profundamente su necesidad; se reconocen fácilmente en ella, vibran con ella y sufren en lo más hondo de sí mismos cuando, en nombre de teorías que ellos no comprenden, se les quiere imponer una iglesia desprovista de esta universalidad, iglesia regionalista, sin horizontes.

Por otra parte, como demuestra la historia, cada vez que tal o cual iglesia particular, a veces con las mejores intenciones, con argumentos teológicos, sociológicos, políticos o pastorales, o también con el deseo de una cierta libertad de movimiento o de acción, se ha desgajado de la Iglesia universal y de su centro viviente y visible, muy difícilmente ha escapado —si es que lo ha logrado— a dos peligros igualmente graves: peligro, por una parte, de aislamiento esterilizante y también, a corto plazo, de desmoronamiento, separándose de ella las células, igual que ella se ha separado del núcleo central; y por otra parte, peligro de perder su libertad, cuando desgajada del centro y de las otras iglesias que le comunicaban fuerza y energía, se encuentra abandonada, quedando sola, frente a las fuerzas más diversas de servilismo y explotación.

Cuanto más ligada está una Iglesia particular por vínculos sólidos a la Iglesia universal —en la caridad y la lealtad, en la apertura al Magisterio de Pedro, en la unidad de la "Lex orandi" que es también "Lex credendi", en el deseo de unidad con todas las demás iglesias que componen la universalidad— tanto más esta Iglesia será capaz de traducir el tesoro de la fe en la legítima variedad de expresiones de la profesión de fe, de la oración y del culto, de la vida y del comportamiento cristianos, del esplendor del pueblo en que ella se inserta. Tanto más será también evangelizadora de verdad, es decir, capaz de beber en el patrimonio universal para lograr que el pueblo se aproveche de él, así como de comunicar a la Iglesia universal la experiencia y la vida de su pueblo, en beneficio de todos.

El inalterable depósito de la fe

65. Precisamente en este sentido quisimos pronunciar, en la clausura del Sínodo, una palabra clara y llena de paterno afecto, insistiendo sobre la función del Sucesor de Pedro como principio visible, viviente y dinámico de la unidad entre las iglesias y consiguientemente de la universalidad de la única Iglesia⁹³. Insistíamos también sobre la grave responsabilidad que nos incumbe, que compartimos con nuestros hermanos en el episcopado, de guardar inalterable el contenido de la fe católica que el Señor confió a los Apóstoles: traducido en todos los lenguajes, este contenido no debe ser mermado ni mutilado; revestido de símbolos propios en cada pueblo, explicitado por expresiones teológicas que tienen en cuenta medios culturales, sociales y también raciales diversos, debe seguir siendo el contenido de la fe católica tal cual el Magisterio eclesial lo ha recibido y lo transmite.

Tareas diferenciadas

66. Toda la Iglesia está pues llamada a evangelizar y sin embargo en su seno tenemos que realizar diferentes tareas evangelizadoras. Esta diversidad de servicios en la unidad de la misma misión constituye la riqueza y la belleza de la evangelización. Recordemos estas tareas en pocas palabras.

En primer lugar, séanos permitido señalar en las páginas del Evangelio la insistencia con la que el Señor confía a los Apóstoles la función de anunciar la Palabra. El los ha escogido⁹⁴, formado durante varios años de intimidad⁹⁵, constituido⁹⁶ y mandado⁹⁷ como testigos y maestros autorizados del mensaje de salvación. Y los Doce han enviado a su vez a sus sucesores que, en la línea apostólica, continúan predicando la Buena Nueva.

El Sucesor de Pedro

67. El Sucesor de Pedro, por voluntad de Cristo, está encargado del ministerio preeminente de enseñar la ver-

93 PABLO VI: Discurso en la clausura de la tercera Asamblea General del Sínodo de los Obispos (26 octubre 1974): AAS 66 (1974), p. 636.

94 Cfr. Jn 15, 16; Mc 3, 13-19; Lc 6, 13-16.

95 Cfr. Hch 1, 21-22.

96 Cfr. Mc 3, 14.

97 Cfr. Mc 3, 14-15; Lc 9, 2.

dad revelada. El Nuevo Testamento presenta frecuentemente a Pedro "lleno del Espíritu Santo", tomando la palabra en nombre de todos⁹⁸. Por esto mismo San León Magno habla de él como de aquel que ha merecido el primado del apostolado⁹⁹. Por la misma razón la voz de la Iglesia presenta al Papa "en su culmen —in apice, in specula—, del apostolado"¹⁰⁰. El Concilio Vaticano II ha querido subrayarlo, declarando que "el mandato de Cristo de predicar el Evangelio a toda criatura (cfr. Mc 16, 15) se refiere ante todo e inmediatamente a los obispos con Pedro y bajo la guía de Pedro"¹⁰¹.

La potestad plena, suprema y universal¹⁰² que Cristo ha confiado a su Vicario para el gobierno pastoral de su Iglesia, consiste por tanto especialmente en la actividad de predicar y de hacer predicar la Buena Nueva de la salvación que ejerce el Papa.

Obispos y sacerdotes

68. Unidos al Sucesor de Pedro, los obispos, sucesores de los apóstoles, reciben en virtud de su ordenación episcopal, la autoridad para enseñar en la Iglesia la verdad revelada. Son los maestros de la fe.

A los obispos están asociados en el ministerio de la evangelización, como responsables a título especial, los que por la ordenación sacerdotal obran en nombre de Cristo¹⁰³, en cuanto educadores del Pueblo de Dios en la fe, predicadores, siendo además ministros de la Eucaristía y de los otros sacramentos.

98 Hch 4, 8; cfr. 2, 14; 3, 12.

99 Cfr. S. LEON MAGNO: *Sermo* 69, 3; *Sermo* 70, 1-3; *Sermo* 94, 3; *Sermo* 95, 2: *S Ch* 200, pp. 50-52; 58-66; 258-260; 268.

100 Cfr. Conc. Ecum. Lugdunense I, Const. *Ad Apostolicæ dignitatis Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, Ed. Istituto per le Scienze Religiose, Bologna 1973², p. 278; Conc. Ecum. Viennense, Const. *Ad Providam Christi*, ed. cit., p. 343; Conc. Ecum. Lateranense V, Const. *In apostolici culminis*, ed. cit., p. 608; Const. *Postquam ad universalis*, ed. cit., p. 609; Const. *Supernæ dispositionis*, ed. cit., p. 614; Const. *Divina disponente clementia*, ed. cit., p. 638.

101 Decr. *Ad Gentes*, 38: AAS 58 (1966), p. 985.

102 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 22: AAS 57 (1965), p. 26.

103 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 10, 37: AAS 57 (1965), pp. 14, 43; Decr. *Ad Gentes*, 39: AAS 58 (1966), p. 986; Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 2, 12, 13: AAS 58 (1966), pp. 992, 1010, 1011.

Todos nosotros los pastores, estamos pues invitados a tomar conciencia de este deber, más que cualquier otro miembro de la Iglesia. Lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal, lo que da unidad profunda a la infinidad de tareas que nos solicitan a lo largo de la jornada y de la vida, lo que confiere a nuestras actividades una nota específica, es precisamente esta finalidad presente en toda acción nuestra: "anunciar el Evangelio de Dios" ¹⁰⁴.

He ahí un rasgo de nuestra identidad, que ninguna duda debiera atacar, ni ninguna objeción eclipsar: en cuanto pastores, hemos sido escogidos por la misericordia del Supremo Pastor ¹⁰⁵, a pesar de nuestra insuficiencia, para proclamar con autoridad la Palabra de Dios; para reunir al Pueblo de Dios que estaba disperso; para alimentar a este Pueblo con los signos de la acción de Cristo que son los sacramentos; para ponerlo en el camino de la salvación; para mantenerlo en esa unidad de la que nosotros somos, a diferentes niveles, instrumentos activos y vivos; para animar sin cesar a esta comunidad reunida en torno a Cristo siguiendo la línea de su vocación más íntima. Y cuando, en la medida de nuestros límites humanos y secundando la gracia de Dios, cumplimos todo esto, realizamos una labor de evangelización: Nos, como Pastor de la Iglesia universal; nuestros hermanos los obispos, a la cabeza de las iglesias locales; los sacerdotes y diáconos, unidos a sus obispos, de los que son colaboradores, por una comunión que tiene su fuente en el sacramento del Orden y en la caridad de la Iglesia.

Los religiosos

69. Los religiosos, también ellos, tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz. A través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo Absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es de esta santidad de la que ellos dan testimonio. Ellos encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Ellos son por su vida signo de total disponibilidad para con Dios, la Iglesia, los hermanos.

Por esto, asumen una importancia especial en el marco del testimonio que, como hemos dicho anteriormente, es

104 Cfr. 1 Ts 2, 9.

105 Cfr. 1 Pe 5, 4.

primordial en la evangelización. Este testimonio silencioso de pobreza y de desprendimiento, de pureza y de transparencia, de abandono en la obediencia puede ser a la vez que una interpelación al mundo y a la Iglesia misma, una predicación elocuente, capaz de tocar inclusive a los no cristianos de buena voluntad, sensibles a ciertos valores.

En esta perspectiva se intuye el papel desempeñado en la evangelización por los religiosos y religiosas consagrados a la oración, al silencio, a la penitencia, al sacrificio. Otros religiosos, en gran número, se dedican directamente al anuncio de Cristo. Su actividad misionera depende evidentemente de la jerarquía y debe coordinarse con la pastoral que ésta desea poner en práctica. Pero, ¿quién no mide el gran alcance de lo que ellos han aportado y siguen aportando a la evangelización? Gracias a su consagración religiosa, ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su santidad y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo.

Los seglares

70. Los seglares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización.

Su tarea primera e inmediata no es la institución y el desarrollo de la comunidad eclesial —esa es la función específica de los pastores— sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc. Cuantos más seglares haya, impregnados del Evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos en ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena ca-

pacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiada, tanto más estas realidades —sin perder o sacrificar nada de su coeficiente humano, al contrario, manifestando una dimensión trascendente frecuentemente desconocida— estarán al servicio de la edificación del reino de Dios y por consiguiente de la salvación en Cristo Jesús.

La familia

71. En el seno del apostolado evangelizador de los seglares, es imposible dejar de subrayar la acción evangelizadora de la familia. Ella ha merecido muy bien, en los diferentes momentos de la historia y en el Concilio Vaticano II, el hermoso nombre de "Iglesia doméstica"¹⁰⁶. Esto significa que, en cada familia cristiana, deberían reflejarse los diversos aspectos de la Iglesia entera. Por otra parte, la familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia.

Dentro pues de una familia consciente de esta misión, todos los miembros de la misma evangelizan y son evangelizados. Los padres no sólo comunican a los hijos el Evangelio, sino que pueden a su vez recibir de ellos este mismo Evangelio profundamente vivido. También las familias formadas por un matrimonio mixto tienen el deber de anunciar a Cristo a los hijos en la plenitud de las implicaciones del bautismo común; tienen además la no fácil tarea de hacerse artífices de unidad.

Una familia así se hace evangelizadora de otras muchas familias y del ambiente en que ella vive.

Los jóvenes

72. Las circunstancias nos invitan a prestar una atención especialísima a los jóvenes. Su importancia numérica y su presencia creciente en la sociedad, los problemas que se les plantean deben despertar en nosotros el deseo de ofrecerles con celo e inteligencia el ideal que deben conocer y vivir. Pero, además, es necesario que los jóvenes, bien formados en la fe y arraigados en la oración, se conviertan cada vez más en los apóstoles de la juventud. La Iglesia espera mucho de ellos. Por nuestra parte, hemos

¹⁰⁶ Const. dogm. *Lumen Gentium*, 11: AAS 57 (1965), p. 16; Decr. *Apostolicam Actuositatem*, 11: AAS 58 (1966), p. 848; S. JUAN CRISOSTOMO: in *Genesim Serm.* VI, 2; VII, 1: PG 54, 607-608.

manifestado con frecuencia la confianza que depositamos en la juventud.

Ministerios diversificados

73. Es así como adquiere toda su importancia la presencia activa de los seglares en medio de las realidades temporales. No hay que pasar, pues, por alto u olvidar otra dimensión: los seglares también pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con sus pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles.

No sin experimentar íntimamente un gran gozo, vemos cómo una legión de pastores, religiosos y seglares, enamorados de su misión evangelizadora, buscan formas cada vez más adaptadas de anunciar eficazmente el Evangelio y alentamos la apertura que, en esta línea y con este afán, la Iglesia está llevando a cabo hoy día. Apertura a la reflexión en primer lugar, luego a los ministerios eclesiales capaces de rejuvenecer y de reforzar su propio dinamismo evangelizador.

Es cierto que al lado de los ministerios con orden sagrado en virtud de los cuales algunos son elevados al rango de pastores y se consagran de modo particular al servicio de la comunidad, la Iglesia reconoce un puesto a ministerios sin orden sagrado pero que son aptos a asegurar un servicio especial a la Iglesia.

Una mirada sobre los orígenes de la Iglesia es muy esclarecedora y aporta el beneficio de una experiencia en materia de ministerios, experiencia tanto más valiosa en cuanto que ha permitido a la Iglesia consolidarse, crecer y extenderse. No obstante, esta atención a las fuentes debe ser completada con otra: la atención a las necesidades actuales de la humanidad y de la Iglesia. Beber en estas fuentes siempre inspiradoras, no sacrificar nada de estos valores y saber adaptarse a las exigencias y a las necesidades actuales, tales son los ejes que permitirán buscar con sabiduría y poner en claro los ministerios que necesita la Iglesia y que muchos de sus miembros querrán abrazar para la mayor vitalidad de la comunidad eclesial. Estos ministerios adquirirán un verdadero valor pastoral y serán constructivos en la medida en que se realicen con respeto absoluto de la unidad, beneficiándose de la orientación de los pastores que son precisamente los responsables y artífices de la unidad de la Iglesia.

Tales ministerios, nuevos en apariencia pero muy vinculados a experiencias vividas por la Iglesia a lo largo de su existencia —catequistas, animadores de la oración y del canto, cristianos consagrados al servicio de la Palabra de Dios o a la asistencia de los hermanos necesitados, jefes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos u otros responsables—, son preciosos para la implantación, la vida y el crecimiento de la Iglesia y para su capacidad de irradiarse en torno a ella y hacia los que están lejos. Nos debemos asimismo nuestra estima particular a todos los seglares que aceptan consagrar una parte de su tiempo, de sus energías y, a veces, de su vida entera, al servicio de las misiones.

Para los agentes de la evangelización se hace necesaria una seria preparación. Tanto más para quienes se consagran al ministerio de la Palabra. Animados por la convicción, cada vez mayor, de la grandeza y riqueza de la Palabra de Dios, quienes tienen la misión de transmitirla deben prestar gran atención a la dignidad, a la precisión y a la adaptación del lenguaje. Todo el mundo sabe que el arte de hablar reviste hoy día una grandísima importancia. ¿Cómo podrían descuidarla los predicadores y los catequistas?

Deseamos vivamente que, en cada iglesia particular, los obispos vigilen por la adecuada formación de todos los ministros de la Palabra. Esta preparación llevada a cabo con seriedad aumentará en ellos la seguridad indispensable y también el entusiasmo para anunciar hoy día a Cristo.

VII

EL ESPIRITU DE LA EVANGELIZACION

**Exhortación
apremiante**

74. No quisiéramos poner fin a este coloquio con nuestros hermanos e hijos amadísimos, sin hacer una llamada referente a las actitudes interiores que deben animar a los obreros de la evangelización.

En nombre de nuestro Señor Jesucristo, de los Apóstoles Pedro y Pablo, exhortamos a todos aquellos que, gracias a los carismas del Espíritu y al mandato de la Iglesia, son verdaderos evangelizadores a ser dignos de esta vocación, a ejercerla sin reticencias debidas a la duda o al temor, a no descuidar las condiciones que harán esta evangelización no sólo posible sino también activa y fructuosa. He aquí, entre otras, las condiciones fundamentales que queremos subrayar.

**Bajo el aliento
del Espíritu**

75. No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo. Sobre Jesús de Nazaret el Espíritu descendió en el momento del bautismo cuando la voz del Padre —“Tú eres mi hijo muy amado, en ti pongo mi complacencia”¹⁰⁷— manifiesta de manera sensible su elección y misión.

Es “conducido por el Espíritu” para vivir en el desierto el combate decisivo y la prueba suprema antes de dar comienzo a esta misión¹⁰⁸. Con la fuerza del espíritu¹⁰⁹ vuelve a Galilea e inaugura en Nazaret su predicación, aplicándose a sí mismo el pasaje de Isaias: “El Espíritu

107 Mt 3, 17.

108 Mt 4, 1.

109 Lc 4, 14.

del Señor está sobre mí". "Hoy, proclama él, se cumple esta escritura" ¹¹⁰. A los discípulos, a quienes está para enviar, les dice alentando sobre ellos: "Recibid el Espíritu Santo" ¹¹¹.

En efecto, solamente después de la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, los Apóstoles salen hacia todas las partes del mundo para comenzar la gran obra de evangelización de la Iglesia y Pedro explica el acontecimiento como la realización de la profecía de Joel: "Yo derramaré mi Espíritu" ¹¹². Pedro, lleno de Espíritu Santo habla al pueblo acerca de Jesús Hijo de Dios ¹¹³. Pablo mismo está lleno del Espíritu Santo ¹¹⁴ antes de entregarse a su ministerio apostólico, como lo está también Esteban cuando es elegido diácono y más adelante cuando da testimonio con su sangre ¹¹⁵. El Espíritu que hace hablar a Pedro, a Pablo y a los Doce, inspirando las palabras que ellos deben pronunciar, descendiéndole también "sobre los que escuchan la Palabra" ¹¹⁶.

"Gracias al apoyo del Espíritu Santo, la Iglesia crece" ¹¹⁷. El es el alma de esta Iglesia. El es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. El es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado.

Las técnicas de evangelización son buenas pero ni las más perfeccionadas podrían remplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin él. Sin él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor.

Nosotros vivimos en la Iglesia un momento privilegiado del Espíritu. Por todas partes se trata de conocerlo mejor,

110 Lc 4, 18. 21; cfr. Is 61, 1.

111 Jn 20, 22.

112 Hch 2, 17.

113 Cfr. Hch 4, 8.

114 Cfr. Hch 9, 17.

115 Cfr. Hch 6, 5. 10; 7, 55.

116 Cfr. Hch 10, 44.

117 Cfr. Hch 9, 31.

tal como lo revela la Escritura. Uno se siente feliz de estar bajo su moción. Se hace asamblea en torno a él. Quiere dejarse conducir por él.

Ahora bien, si el Espíritu de Dios ocupa un puesto eminente en la vida de la Iglesia, actúa todavía mucho más en su misión evangelizadora. No es una casualidad que el gran comienzo de la evangelización tuviera lugar la mañana de Pentecostés, bajo el soplo del Espíritu.

Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: él es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación ¹¹⁸. Pero se puede decir igualmente que él es el término de la evangelización: solamente él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelización querría provocar en la comunidad cristiana. A través de él, la evangelización penetra en los corazones, ya que él es quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia.

El Sínodo de los Obispos de 1974, insistiendo mucho sobre el puesto que ocupa el Espíritu Santo en la evangelización, expresó asimismo el deseo de que pastores y teólogos —y añadiríamos también los fieles marcados con el sello del Espíritu en el bautismo— estudien profundamente la naturaleza y la forma de la acción del Espíritu Santo en la evangelización de hoy día. Este es también nuestro deseo, al mismo tiempo que exhortamos a todos y acada uno de los evangelizadores a invocar constantemente con fe y fervor al Espíritu Santo y a dejarse guiar prudentemente por él como inspirador decisivo de sus programas, de sus iniciativas, de su actividad evangelizadora.

Testigos auténticos

76. Consideremos ahora la persona misma de los evangelizadores. Se ha repetido frecuentemente en nuestros días que este siglo siente sed de autenticidad. Sobre todo con relación a los jóvenes, se afirma que éstos sufren horrores ante lo ficticio, ante la falsedad y que además

118 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad Gentes*, 4: AAS 58 (1966), pp. 950-951.

son decididamente partidarios de la verdad y la transparencia.

A estos "signos de los tiempos" debería corresponder en nosotros una actitud vigilante. Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación. Sin andar con rodeos, podemos decir que en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos.

Al comienzo de esta reflexión, nos hemos preguntado: ¿Qué es de la Iglesia, diez años después del Concilio? ¿Está anclada en el corazón del mundo y es suficientemente libre e independiente para interpelar al mundo? ¿Da testimonio de la propia solidaridad hacia los hombres y al mismo tiempo del Dios Absoluto? ¿Ha ganado en ardor contemplativo y de adoración y pone más celo en la actividad misionera, caritativa, liberadora? ¿Es suficiente su empeño en el esfuerzo de buscar el restablecimiento de la plena unidad entre los cristianos, lo cual hace más eficaz el testimonio común, con el fin de que el mundo crea? ¹¹⁹. Todos nosotros somos responsables de las respuestas que pueden darse a estos interrogantes.

Exhortamos pues a nuestros hermanos en el Episcopado, puestos por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios ¹²⁰. Exhortamos a los sacerdotes y a los diáconos, colaboradores de los obispos para congregar el pueblo de Dios y animar espiritualmente las comunidades locales. Exhortamos, también a los religiosos y religiosas, testigos de una Iglesia llamada a la santidad y, por tanto, invitados de manera especial a una vida que dé testimonio de las bienaventuranzas evangélicas. Exhortamos asimismo a los seglares: familias cristianas, jóvenes y adultos, a todos los que tienen un cargo, a los dirigentes, sin olvidar a los pobres tantas veces ricos de fe y de esperanza, a todos los seglares conscientes de su papel evangelizador al servicio de la Iglesia o en el corazón de la sociedad y del mundo. Nos les decimos a todos: es necesario que nuestro celo evangelizador brote de una verdadera santidad de vida y que, como nos lo sugiere el Concilio Vaticano II, la predicación, alimentada con la oración y so-

119 Cfr. Jn 17, 21.

120 Cfr. Hch 20, 28.

bre todo con el amor a la Eucaristía, redunde en mayor santidad del predicador ¹²¹.

Paradójicamente, el mundo, que, a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios, lo busca sin embargo por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible ¹²². El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda.

Búsqueda de la unidad

77. La fuerza de la evangelización quedará muy debilitada si los que anuncian el Evangelio están divididos entre sí por tantas clases de rupturas. ¿No estará quizá ahí uno de los grandes males de la evangelización? En efecto, si el Evangelio que proclamamos aparece desgarrado por querellas doctrinales, por polarizaciones ideológicas o por condenas recíprocas entre cristianos, al antojo de sus diferentes teorías sobre Cristo y sobre la Iglesia e inclusive a causa de sus distintas concepciones de la sociedad y de las instituciones humanas ¿cómo pretender que aquellos a los que se dirige nuestra predicación no se muestren perturbados, desorientados, si no escandalizados?

El testamento espiritual del Señor nos dice que la unidad entre sus seguidores no es solamente la prueba de que somos suyos, sino también la prueba de que El es el enviado del Padre, prueba de credibilidad de los cristianos y del mismo Cristo. Evangelizadores: nosotros debemos ofrecer a los fieles de Cristo, no la imagen de hombres divididos y separados por las luchas que no sirven para construir nada, sino la de hombres adultos en la fe, capaces de encontrarse más allá de las tensiones reales gracias a la búsqueda común, sincera y desinteresada de la verdad. Sí, la suerte de la evangelización está ciertamente vinculada al testimonio de unidad dado por la Iglesia. He

121 Cfr. Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 13: AAS 58 (1966), p. 1011.

122 Cfr. Hb 11, 27.

aquí una fuente de responsabilidad, pero también de consuelo.

Dicho esto, queremos subrayar el signo de la unidad entre todos los cristianos, como camino e instrumento de evangelización. La división de los cristianos constituye una situación de hecho grave, que viene a cercenar la obra misma de Cristo. El Concilio Vaticano II dice clara y firmemente que esta división "perjudica la causa santísima de la predicación del Evangelio a toda criatura y cierra a muchos las puertas de la fe" ¹²³.

Por eso, al anunciar el Año Santo creímos necesario recordar a todos los fieles del mundo católico que "la reconciliación de todos los hombres con Dios, nuestro Padre, depende del restablecimiento de la comunión de aquellos que ya han reconocido y aceptado en la fe a Jesucristo como Señor de la misericordia, que libera a los hombres y los une en el espíritu de amor y de verdad" ¹²⁴.

Con una gran sensación de esperanza vemos los esfuerzos que se realizan en el mundo cristiano en orden al restablecimiento de la plena unidad, deseada por Cristo. San Pablo nos lo asegura: "la esperanza no quedará confundida" ¹²⁵. Mientras seguimos trabajando para obtener del Señor la plena unidad, queremos que se intensifique la oración; además, haciendo nuestros los deseos de los padres del III Sínodo de los Obispos, que se colabore con mayor empeño con los hermanos cristianos a quienes todavía no estamos unidos por una comunión perfecta, basándonos en el fundamento del Bautismo y de la fe que nos es común, para ofrecer desde ahora mediante la misma obra de evangelización un testimonio común más amplio de Cristo ante el mundo. Nos impulsa a ello el mandato de Cristo. Lo exige el deber de predicar y dar testimonio del Evangelio.

Servidores de la verdad

78. El Evangelio que nos ha sido encomendado es también palabra de verdad. Una verdad que hace libres ¹²⁶ y que es la única que procura la paz de corazón: esto es lo

123 Decr. *Ad Gentes*, 6: AAS 58 (1966), pp. 954-955; cfr. Decr. *Unitatis Redintegratio*, 1: AAS 57 (1965), pp. 90-91.

124 Bula *Apostolorum Limina*, VII: AAS 66 (1974), p. 305.

125 Rm 5, 5.

126 Cfr. Jn 8, 32.

que la gente va buscando cuando le anunciamos la Buena Nueva. La verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo. Verdad difícil que buscamos en la Palabra de Dios y de la cual nosotros no somos, lo repetimos una vez más, ni los dueños, ni los árbitros, sino los depositarios, los herederos, los servidores.

De todo evangelizador se espera que posea el culto a la verdad, puesto que la verdad que él profundiza y comunica no es otra que la verdad revelada y, por tanto, más que ninguna otra, forma parte de la verdad primera que es el mismo Dios. El predicador del Evangelio será aquel que, aun a costa de renunciaciones y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. No vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar. No rechaza nunca la verdad. No oscurece la verdad revelada por pereza de buscarla, por comodidad, por miedo. No deja de estudiarla. La sirve generosamente sin avasallarla.

Pastores del Pueblo de Dios: nuestro servicio pastoral nos pide que guardemos, defendamos y comuniquemos la verdad sin reparar en sacrificios. Muchos eminentes y santos pastores nos han legado el ejemplo de este amor, en muchos casos heroico, a la verdad. El Dios de verdad espera de nosotros que seamos los defensores vigilantes y los predicadores devotos de la misma.

Doctores, ya seáis teólogos o exegetas, o historiadores: la obra de la evangelización tiene necesidad de vuestra infatigable labor de investigación y también de vuestra atención y delicadeza en la transmisión de la verdad, a la que vuestros estudios os acercan, pero que siempre desborda el corazón del hombre porque es la verdad misma de Dios.

Padres y maestros: vuestra tarea, que los múltiples conflictos actuales hacen difícil, es la de ayudar a vuestros hijos y alumnos a descubrir la verdad, comprendida la verdad religiosa y espiritual.

Animados por el amor

79. La obra de la evangelización supone, en el evangelizador, un amor fraternal siempre creciente hacia aquellos a los que evangeliza. Un modelo de evangelizador como el Apóstol San Pablo escribía a los tesalonicenses

estas palabras que son todo un programa para nosotros: "Así, llevados de nuestro amor por vosotros, queremos no sólo daros el Evangelio de Dios, sino aun nuestras propias vidas: tan amados vinistéis a sernos"¹²⁷.

¿De qué amor se trata? Mucho más que el de un pedagogo; es el amor de un padre; más aun, el de una madre¹²⁸. Tal es el amor que el Señor espera de cada predicador del Evangelio, de cada constructor de la Iglesia.

Un signo de amor será el deseo de ofrecer la verdad y conducir a la unidad. Un signo de amor será igualmente dedicarse sin reservas y sin mirar atrás el anuncio de Jesucristo. Añadamos ahora otros signos de este amor.

El primero es el respeto a la situación religiosa y espiritual de la persona que se evangeliza. Respeto a su ritmo que no se puede forzar demasiado. Respeto a su conciencia y a sus convicciones, que no hay que atropellar.

Otra señal de este amor es el cuidado de no herir a los demás, sobre todo si son débiles en su fe¹²⁹, con afirmaciones que pueden ser claras para los iniciados, pero que pueden ser causa de perturbación o escándalo en los fieles, provocando una herida en sus almas.

Será también una señal de amor el esfuerzo desplegado para transmitir a los cristianos certezas sólidas basadas en la Palabra de Dios, y no dudas o incertidumbres nacidas de una erudición mal asimilada. Los fieles tienen necesidad de esas certezas en su vida cristiana; tienen derecho a ellas en cuanto hijos de Dios que, poniéndose en sus brazos, se abandonan totalmente a las exigencias del amor.

Con el fervor
de los Santos

80. Nuestra llamada se inspira ahora en el fervor de los más grandes predicadores y evangelizadores, cuya vida fue consagrada al apostolado. De entre ellos nos complacemos en recordar aquellos que Nos mismo hemos propuesto a la veneración de los fieles durante el Año Santo. Ellos han sabido superar todos los obstáculos que se oponían a la evangelización.

De tales obstáculos, que perduran en nuestro tiempo, nos limitaremos a citar la falta de fervor, tanto más grave

127 1 Ts 2, 8; cfr. Flp 1, 8.

128 Cfr. 1 Ts 2, 7. 11; 1 Co 4, 15; Ga 4, 19.

129 Cfr. 1 Co 8, 9-13; Rm 14, 15.

cuanto que viene de dentro. Dicha falta de fervor se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo en la falta de alegría y de esperanza. Por ello, a todos aquellos que por cualquier título o en cualquier grado tienen la obligación de evangelizar, Nos los exhortamos a alimentar siempre el fervor del espíritu¹³⁰.

Este fervor exige ante todo, que evitemos recurrir a pretextos que parecen oponerse a la evangelización. Los más insidiosos son ciertamente aquellos para cuya justificación se quieren emplear ciertas enseñanzas del Concilio.

Con demasiada frecuencia y bajo formas diversas se oye decir que imponer una verdad, por ejemplo la del Evangelio; que imponer una vía aunque sea la de la salvación, no es sino una violencia cometida contra la libertad religiosa. Además, se añade, ¿para qué anunciar el Evangelio, ya que todo hombre se salva por la rectitud de corazón? Por otra parte es bien sabido que el mundo y la historia están llenos de "semillas del Verbo". ¿No es, pues, una ilusión pretender llevar el Evangelio donde ya está presente a través de esas semillas que el mismo Señor ha esparcido?

Cualquiera que haga un esfuerzo por examinar a fondo, a la luz de los documentos conciliares, las cuestiones que tales y tan superficiales razonamientos plantean, encontrará una bien distinta visión de la realidad.

Sería ciertamente un error imponer cualquier cosa a la conciencia de nuestros hermanos. Pero proponer a esa conciencia la verdad evangélica y la salvación ofrecida por Jesucristo, con plena claridad y con absoluto respeto hacia las opciones libres que luego pueda hacer —sin coacciones, solicitudes menos rectas o estímulos indebidos¹³¹— lejos de ser un atentado contra la libertad religiosa es un homenaje a esta libertad, a la cual se ofrece la elección de un camino que inclusive los no creyentes juzgan noble y exaltante. ¿O puede ser un crimen contra la libertad ajena proclamar con alegría la Buena Nueva conocida gracias a la misericordia del Señor?¹³² ¿O por qué únicamente la mentira y el error, la degradación y la pornografía han de tener derecho a ser propuestas y, por

130 Rm 12, 11.

131 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis Humanae*, 4: AAS 58 (1966), p. 933.

132 Cfr. *ibidem*, nn. 9-14: l. c. pp. 935-940.

desgracia, inclusive impuestas con frecuencia por una propaganda destructiva difundida mediante los medios de comunicación social, por la tolerancia legal, por el miedo de los buenos y la audacia de los malos? Este modo respetuoso de proponer la verdad de Cristo y de su reino, más que un derecho es un deber del evangelizador. Y es a la vez un derecho de sus hermanos recibir a través de él el anuncio de la Buena Nueva de la salvación. Esta salvación viene realizada por Dios en quien El lo desea y por caminos extraordinarios que sólo El conoce¹³³. En realidad, si su Hijo ha venido al mundo ha sido precisamente para revelarnos, mediante su palabra y su vida, los caminos ordinarios de la salvación. Y El nos ha ordenado transmitir a los demás, con su misma autoridad, esta revelación. No sería inútil que cada cristiano y cada evangelizador examinasen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento: los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio; pero ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza —lo que San Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio¹³⁴— o por ideas falsas omitimos anunciarlo? Porque eso significaría ser infieles a la llamada de Dios, que, a través de los ministros del Evangelio, quiere hacer germinar la semilla; y de nosotros depende el que esa semilla se convierta en árbol y produzca fruto.

Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, inclusive cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia— con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea esta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo.

133 Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad Gentes*, 7: AAS 58 (1966), p. 955.

134 Cfr. Rm 1, 16.

CONCLUSION

La consigna del Año Santo

81. Este es, hermanos e hijos, el grito que brota de nuestra alma, como un eco de la voz de nuestros hermanos reunidos en la tercera Asamblea general del Sínodo de los Obispos. Esta es la consigna que Nos queremos dar al final del Año Santo, que nos ha permitido percibir mejor que nunca las necesidades y expectativas de una multitud de hermanos, cristianos o no, que esperan de la Iglesia la Palabra de salvación.

Que la luz del Año Santo, que ha brillado, en las iglesias particulares y en Roma, para millones de conciencias reconciliadas con Dios, pueda difundirse igualmente después del Jubileo mediante un programa de acción pastoral, del que la evangelización es el aspecto fundamental y se prolongue a lo largo de estos años que preanuncian la vigilia de un nuevo siglo, y la vigilia del tercer milenio del cristianismo.

María, estrella de evangelización

82. Estos son los deseos que nos complacemos en depositar en las manos y en el corazón de la Santísima Virgen, la Inmaculada, en este día especialmente dedicado a ella y en el décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II. En la mañana de Pentecostés ella presidió con su oración el comienzo de la evangelización bajo el influjo del Espíritu Santo. Sea ella la estrella de la evangelización siempre renovada que la Iglesia, dócil al mandato del Señor, debe promover y realizar, sobre todo en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza.

En el nombre de Cristo os bendecimos a vosotros, a vuestras comunidades, vuestras familias y vuestros seres queridos, haciendo nuestras las palabras de San Pablo a los filipenses: "Siempre que me acuerdo de vosotros doy

gracias a mi Dios; siempre, en todas mis oraciones, pidiendo con gozo por vosotros, a causa de vuestra comunión en el Evangelio desde el primer día hasta ahora (...) os llevo en el corazón; y (...) en mi defensa y en la confirmación del Evangelio, sois todos vosotros participantes de mi gracia. Testigo me es Dios de cuánto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús" 135.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, el día 8 de diciembre del año 1975, décimotercero de Nuestro Pontificado.

Paulus PP. VI

II

ASPECTOS GENERALES DEL SINODO

RELACION SOBRE LA EVANGELIZACION DEL MUNDO DE ESTE TIEMPO EN AMERICA LATINA

Monseñor Eduardo Pironio.

Introducción

1. Cristo, el Señor, consagrado por el Espíritu Santo y enviado por el Padre, vino al mundo "para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido" ("Gaudium et Spes", 3). Su misión esencial fue esta: "evangelizar a los pobres, sanar a los contritos de corazón, predicar a los cautivos la libertad" (Lc 4, 18-19).

El es la "Palabra de salvación" (Hch 13, 26), concebido por el Espíritu Santo en el seno de la bienaventurada Virgen María en la plenitud de los tiempos (Ga 4, 4), para librarnos de la servidumbre "del poder de las tinieblas" y trasladarnos "al Reino del Hijo de su amor" (Col 1, 13) y en El, que por obra del Espíritu Santo es "nueva creatura" (Ga 6, 15) y "hombre nuevo" (Ef 2, 15; 4, 24; Col 3, 10), hacernos: hijos de Dios, hermanos de los hombres, dueños de las cosas y artífices de la historia.

Con palabras y gestos, con su muerte y gloriosa resurrección, Cristo anunció la llegada del Reino, llamó a los hombres y pueblos a la conversión y a la fe, y realizó la salvación integral. "El tiempo se cumplió, y el Reino de Dios está cerca: convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1, 15).

La Iglesia —"Sacramento universal de salvación"— continúa hoy la misión evangelizadora de Jesús. Por eso es Sacramento, esto es, signo e instrumento de la presencia salvadora del Cristo Pascual.

2. Al hablar de la evangelización, se trata de la naturaleza y misión de la Iglesia: de anunciar la presencia de Cristo, Salvador del mundo, proclamar con el poder del Espíritu la fuerza transformadora del Reino, llamar a los hombres a la conversión e invitar a todos a la adhesión de la fe.

Por ello la evangelización —fruto del Espíritu Santo a través de la diaconía de la Iglesia— es obra de todo el Pueblo de Dios y abarca toda su actividad: Palabra, testimonio y Sacramento.

3. La primera “experiencia” en América Latina, conteniendo fundamentalmente cristiano, es la experiencia de la presencia de Dios y la acción recreadora del Espíritu Santo. En el “hoy” de América Latina —tenso y convulsionado— se da una manifestación del Señor que invita al cambio y la comunión. Es la Buena Nueva de la conversión y fraternidad.

América Latina es una y múltiple. En la unidad de la lengua y de la fe se da “la manifestación del Espíritu para el provecho común” (1 Co 12, 7).

Pero en la variada riqueza de las distintas iglesias particulares el Espíritu Santo descubre y realiza la fisonomía propia y la vocación específica de la Iglesia en América Latina: “Iglesia auténticamente pobre —como han dicho los obispos—, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres” (“Medellín”, 5, 15 a).

En esta fisonomía de nuestra Iglesia hay tres aspectos importantes —como tres exigencias del Espíritu— que se relacionan esencialmente con la evangelización: la contemplación, la pobreza y la esperanza. La contemplación como penetración sabrosa en la Palabra de Dios y como lectura salvífica de los signos de los tiempos. La evangelización es comunicación de la palabra de vida que hemos visto y oído y que anunciamos a los hombres para que tengan comunión con el Padre y el Hijo en el Espíritu (1 Jn 1, 3-4). Sólo así nuestra Iglesia de la profecía y del servicio se hace comunión gozosa de salvación. La pobreza como signo de una comunidad evangelizadora y como actitud fundamental para recibir la palabra. Es además el signo mesiánico de la presencia salvadora de Jesús en la historia (Lc 7, 22). Pero lo típico de nuestra Iglesia pascual es el testimonio de una Iglesia que vive y anuncia la esperanza: apoyada en la inquebrantable firmeza del Espíritu y activamente comprometida con la historia, la Iglesia en América Latina proclama la seguridad y la actividad creadora de la esperanza cristiana.

En la medida en que la Iglesia —fuertemente impregnada y animada por el Espíritu Santo— sea verdadero signo de pobreza, caridad y esperanza, será también anuncio de conversión y presencia de salvación.

4. América Latina está viviendo la hora de Dios: hora de gracia y de responsabilidad. Pablo VI —en su visita a América Latina en 1968— la definió como “un nuevo período de la vida eclesial” (24-8-68), precisamente en orden a la evangelización que inicia ahora su “momento decisivo”. Se trata de una nueva etapa en la evangelización.

Partimos de la primera evangelización realizada por los misioneros del siglo XVI con la herencia profundamente religiosa y popular de España y Portugal. Esa primera evangelización, tributaria del Concilio de Trento, estuvo centrada en los misterios de Cristo y de María. América Latina fue así profundamente eucarística y mariana. Pero, al mismo tiempo, hubo una clara defensa de los valores humanos (libertad, justicia, derechos del indio y del esclavo), una particular insistencia en la humanidad, común, en la igualdad fundamental ante Dios, en el papel unificador del Evangelio.

5. La situación concreta que vive hoy el continente abre nuevas perspectivas y responsabilidades en la evangelización: en el contenido del Mensaje, en la fuerza del testimonio, en la expresividad concreta del lenguaje, en la celebración litúrgica y en el compromiso de la fe. Desde la profundidad de la Iglesia en América Latina intenta descubrir al mundo latinoamericano que vive: en el subdesarrollo, la marginación y la dependencia injusta; con aspiraciones legítimas a la liberación, a la paz, a la justicia, a la solidaridad, a la comunión fraterna; en explosiva tentación de violencia. En este contexto histórico la Iglesia en América Latina busca ser auténtico sacramento de la presencia salvadora del Cristo Pascual.

6. El Espíritu Santo ha obrado una nueva efusión de salvación en América Latina. Pues así debe ser considerada la Segunda Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en la ciudad de Medellín el año 1968: un acontecimiento esencialmente salvífico.

Movida por el Espíritu Santo, la Iglesia en América Latina se manifestó en auténtico estado “de conversión y servicio” (“Medellín, Mensaje a los pueblos latinoamericanos”).

De esta manera afirma su fidelidad doblemente: a la Palabra inmutable de Dios y a las legítimas aspiraciones de los pueblos.

La evangelización, misión esencial de la Iglesia, es obra del Espíritu Santo. El mismo Espíritu de Pentecostés ac-

túa hoy profundamente en nuestra Iglesia para la salvación integral de nuestro continente: se trata de un Espíritu de interioridad, de profecía y de comunión.

Vamos a exponer sintéticamente cinco puntos que, entre otros muchos, nos parecen los más característicos y fundamentales.

1. La religiosidad popular

7. América Latina vive en gran parte de una tradición cristiana y profunda que impregna la existencia de los individuos, el contexto social y la misma historia de los pueblos. Es como "la experiencia" simple de Dios y de la fe en el pueblo. Es el primer aspecto que debe ser tenido en cuenta; semilla de Dios, fruto de la acción evangelizadora de las iglesias de España y Portugal, herencia de su riqueza doctrinal y espiritual, principio o invitación de una nueva evangelización más honda y comprometida.

La religiosidad popular es el modo como el cristianismo se ha encarnado en las distintas culturas y grupos étnicos y es profundamente vivido por el pueblo.

Hay ciertas actitudes del pueblo (bondad, solidaridad, sentido de justicia) que manifiestan una presencia de Dios y abren el camino para la comunión gozosa con Cristo. Son "semillas del Verbo" ("Ad gentes", 11) que es preciso explicitar y desarrollar.

La religiosidad popular es un punto de partida para una nueva evangelización: hay elementos válidos de una fe auténtica que busca ser purificada, interiorizada, madurada y comprometida. Se manifiesta en un sentido especial de Dios y de su providencia, en la particular asistencia y protección de María Santísima y los Santos, en una actitud fundamental frente a la vida y a la muerte. De allí las devociones populares: novenas, procesiones, peregrinaciones y promesas. De allí las celebraciones de bautismos, primeras comuniones, matrimonios, funerales. Tiene un carácter marcadamente ritualista y sacramentalista, con frecuencia lamentablemente separado de la vida cotidiana.

8. En algunos lugares quizás la secularización intenta quitar fuerza expresiva a esta religiosidad popular. Sin embargo, sigue siendo una fuerza viva y operante en el corazón del pueblo. La "secularización" se presenta en América Latina con características propias, distintas de otros continentes. Crece la indiferencia religiosa y el fe-

nómeno de la no-creencia. Pero la secularización no llega a romper el fondo de la unidad e identidad cristiana del continente.

9. Quizás lo más importante hoy, con respecto a esta religiosidad popular y en orden a una nueva etapa de evangelización, sea lo siguiente:

a) purificar la fe de elementos sincretistas o de superstición, mitos y ritos distantes de la verdadera fe cristiana;

b) aprovechar estos gérmenes de fe auténtica para ahondar en la persona de Cristo y el misterio pascual de su Iglesia;

c) comunicar a esta religiosidad popular una fuerza misionera, un dinamismo de fermento, a fin de que la fe se comprometa con la vida y se quite así el dualismo entre fe y vida ("Gaudium et Spes", 43) o la pasividad y resignación del fatalismo.

10. Hay dos aspectos de esta religiosidad popular que conviene todavía subrayar:

a) forma parte de la unidad del pueblo (es una "fuerza unitiva");

b) nos ha llegado a través de una primera evangelización particularmente centrada en el misterio de Cristo crucificado. Quizás esto esté providencialmente conectado con un continente que sufre duramente pero en esperanza su pasión. Quedó en parte oscurecido el aspecto pascual. Sin embargo, esta dimensión de Pascua nos ha llegado por el lado de María (muy especialmente en la meditación y rezo de los misterios de su rosario). En María el pueblo se siente interpretado y asumido. Por eso en América Latina la devoción a María es un modo de la conservación de la fe y un principio de más profunda evangelización. América Latina es un continente esencialmente mariano.

2. Aspiraciones a la liberación

11. La evangelización dice relación directa a la promoción humana y liberación plena de los pueblos. Sin que ello signifique la identificación entre el Reino de Dios y el desarrollo humano. Es la dimensión histórica de la Palabra de Dios, la exigencia concreta de la fe cristiana, la respuesta evangélica a las aspiraciones de salvación

integral de los hombres y los pueblos. La proclamación auténtica del Evangelio —anuncio explícito del Reino y de Jesucristo el Salvador del mundo— es un llamado esencial a la conversión personal y social. Son dos aspectos íntimamente relacionados de la salvación: liberación del pecado y formación del hombre nuevo en Cristo. El Evangelio tiene una fuerza dinámica de transformación en la historia. “La misión de predicar el Evangelio en el tiempo presente requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre ya desde ahora, en su existencia terrena” (Sinodo, 1971). El acento puesto en la dimensión histórica del Evangelio —del compromiso práctico de la fe— ha hecho que el anuncio de la Buena Nueva adquiera un sentido más concreto y encarnado. Se desarrollan los valores fundamentales evangélicos de la libertad, la justicia el amor y la paz.

12. Es éste un aspecto particularmente significativo entre nosotros. Bíblicamente, el anuncio de la Buena Nueva a los pobres va unido a la proclamación de la liberación a los oprimidos (Lc 4, 18). La salvación se expresa, entre nosotros, con frecuencia en términos de liberación. Lo cual, si empleamos recta y no abusivamente este término, está unido intrínsecamente al misterio de la Pascua, a la tarea esencialmente religiosa de la Iglesia: liberar al hombre “de la ley del pecado y de la muerte” (Rm 8, 2). Por esto, la evangelización —que de suyo tiende a la conversión y a la salvación mediante la predicación de la Palabra de Dios y la acción interior del Espíritu Santo— en América Latina se relaciona frecuentemente con la terminología bíblica de la salvación integral y de la liberación plena o total.

La Iglesia en América Latina intenta penetrar, bajo la acción del Espíritu Santo, en dos realidades: la Palabra de Dios y la persona de Jesús, el Salvador y Señor de la historia; la realidad global del continente (situación socio-económica, política, cultural y religiosa). Hay en la Iglesia de América Latina la conciencia cada vez más clara de que el Evangelio tiene que ser una respuesta concreta a las aspiraciones legítimas de los hombres y pueblos.

13. Pero cuando hablamos de “liberación” entendemos lo siguiente:

a) la acción específicamente religiosa de Cristo y de la Iglesia —concretada en el misterio de la Pascua— que tiende a sacar al hombre del pecado y de toda servidumbre derivada de él, y a crear condiciones tales que hagan posible la “nueva creación” por el Espíritu;

b) el término de la liberación es la formación del “hombre nuevo” (Ef 2, 15; 4, 14; Col 2, 10) creado en Cristo Jesús por el Espíritu en justicia y santidad verdaderas. Lo cual es fruto de la acción recreadora del Espíritu Santo (Jn 3, 5).

Se dan, sin embargo, también en América Latina los riesgos de una superficial identificación entre evangelización y promoción humana, reduciendo la liberación al ámbito de lo puramente socioeconómico y político (forma de ateísmo denunciada por el Concilio en la “*Gaudium et Spes*”, 20) o encerrándola en los límites del tiempo (“*Gaudium et Spes*”, 10). Existe el peligro de vaciar lo específico del mensaje evangélico, de lo auténticamente original del cristianismo. “Se requiere secularizar el cristianismo”, nos decía Pablo VI a los obispos latinoamericanos en Bogotá (24-8-1968). También fácilmente se acude a la violencia con lo cual se desvirtúa el proceso cristiano de la liberación y se niega la fecundidad del Evangelio. Por eso es urgente subrayar la tarea intrínsecamente liberadora de Cristo por la acción recreadora del Espíritu Santo. La evangelización auténtica, es decir, la que revela y comunica a Cristo Salvador —que quita los pecados del mundo (Jn 1, 29)— conduce a la promoción humana y a la verdadera liberación total: para esta libertad Cristo nos ha liberado (Ga 5, 11).

3. La juventud

14. Es un aspecto singular y específico en la tarea evangelizadora de América Latina. No sólo porque el continente latinoamericano es en su mayoría joven, sino por la fuerza de participación y construcción que significa hoy la juventud entre nosotros. Por eso interesa de un modo particular centrar en los jóvenes —también, por lo mismo, en la familia— el trabajo pastoral de la evangelización. El problema se plantea de dos modos: los jóvenes como objeto de evangelización y receptivos de la fe, de Jesucristo, de la Iglesia; y los jóvenes como agentes comprometidos en la evangelización particularmente entre los mismos jóvenes.

Se ha intensificado la pastoral juvenil, multiplicándose los grupos y movimientos juveniles, de distinto nivel de compromiso en su fe: grupos más preocupados por los problemas de la justicia y grupos más directamente interesados en la conversión personal y el crecimiento en Cristo. Ambas perspectivas, sin embargo, bien coordinadas se complementan en una auténtica pastoral de evangeliza-

ción. De hecho ese trabajo pastoral con los jóvenes va produciendo ya tres frutos positivos en orden a la evangelización: los mismos jóvenes comprenden que la madurez de su fe exige un compromiso cotidiano con la vida; hacen tomar conciencia a los adultos de una fe más profunda y de una opción más libre y comprometida; se van despertando nueva aunque lentamente vocaciones sacerdotales y religiosas.

15. Sobre nuestra juventud actual en América Latina podríamos anotar lo siguiente:

a) Hay un anhelo de interioridad, de reflexión, de oración, de contemplación. Una vuelta a los valores fundamentales del Evangelio y una búsqueda de la autenticidad en la fe y de su compromiso con la vida. De aquí surge en los jóvenes el deseo de una iglesia que refleje verdaderamente el rostro de Cristo y la búsqueda de una comunidad cristiana que viva en la oración, en la pobreza y en la caridad. Pero aquí se da también para la juventud de América Latina el gran desafío: la adhesión entusiasta a Cristo y su Evangelio coincide lamentablemente a veces con un rechazo o desconfianza (al menos, indiferencia o ignorancia) de la Iglesia institución. Entre estudiantes y profesionales se nota un fuerte abandono de las prácticas religiosas. Se da con frecuencia una crisis de fe al tratar de asumir seriamente el compromiso que la fe comporta.

b) Se advierte positivamente en los jóvenes de hoy una particular sensibilidad por los problemas de la justicia en el mundo, un compromiso cristiano con la historia, una apertura a la Palabra de Dios desde lo existencial del hombre.

c) Se nota además un deseo de participar activamente en la vida y la pastoral de la Iglesia. Ello surge como fruto del descubrimiento del misterio de la Iglesia, pueblo de Dios, y como conciencia de su fuerza participativa.

16. Pero se da el fácil riesgo de perder la dimensión eclesial de la totalidad y diversificación de carismas y ministerios en la Iglesia. Por eso anotamos también los riesgos que con frecuencia se dan en nuestra juventud en orden a la evangelización.

a) Una superficial politización de la fe. Entra en crisis la fe —se identifica superficialmente con la política— al descubrir la dimensión histórica del mensaje evangélico y el compromiso de la fe con la vida. Pierde fuerza la originalidad del Evangelio y el verdadero testimonio de la santidad en la Iglesia. Valores esenciales de oración

y cruz se sustituyen por la lucha por la justicia, la política y hasta la violencia. La evangelización debe tocar la totalidad del hombre y de los pueblos: es la dimensión integral de la salvación de la Buena Nueva de Jesús. Pero la Iglesia no debe ser “politizada”, “instrumentalizada” al servicio de una determinada ideología política, mucho menos de una ideología extraña a la fe.

b) Se advierte en nuestra juventud latinoamericana un fácil entusiasmo por el socialismo marxista. El marxismo es acogido con frecuencia por la juventud como la gran esperanza para superar toda dependencia y construir una sociedad más justa. De aquí un fuerte influjo, a diversos niveles de pensamiento y acción, de la ideología marxista.

c) De aquí surge una fácil tentación de violencia como único camino para transformar las estructuras. Hay una pérdida de la virtud cristiana de la esperanza, una falta de confianza en la fuerza transformadora del Evangelio (en especial de la validez del Sermón de la Montaña y de las bienaventuranzas evangélicas).

17. Con el problema de la juventud va íntimamente ligado el interés pastoral de la Iglesia en América Latina por la educación. Se buscan nuevos caminos para la formación integral de los jóvenes en una perfecta fidelidad a las exigencias de Cristo y a las expectativas de los hombres. Sin abandonar los colegios y universidades propias —antes al contrario, esforzándose por renovarlos en el Espíritu de Dios de acuerdo a los tiempos nuevos—, la Iglesia en América Latina busca hacerse presente en todos los niveles y medios de educación y formación del hombre nuevo.

Cuando se habla de “educación liberadora” se entiende, ante todo, aquella que convierte al educando en sujeto activo de su desarrollo integral, capaz de asumir conscientemente su vocación divina, madurar en su fe y convertirse así en auténtico servidor de sus hermanos (cfr. “Medellín”, 4, 8).

Hay un aspecto aquí que conviene simplemente subrayar: el papel fundamental de las comunidades educativas.

4. Comunidades de base

18. Es una de las aspiraciones en el trabajo evangelizador y la acción pastoral de nuestra Iglesia. La II Conferencia General del Episcopado alentó su creación. “La

comunidad cristiana de base es así el primero y fundamental núcleo eclesial que debe, en su propio nivel, responsabilizarse de la riqueza y expansión de la fe, como también del culto que es su expresión. Ella es, pues, célula inicial de estructuración eclesial, y foco de la evangelización, y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo" ("Medellín", 15, 10).

No podemos, sin embargo, afirmar que la comunidad de base es ya una realidad generalizada y perfecta. Hay un intento de creación de pequeñas comunidades cristianas. Surgen como necesidad de realizar y expresar la Iglesia "comunidad" en un ámbito experimentable: mayor conciencia de la realidad, más profunda penetración en la Palabra de Dios, más sentido de familia. Es como la concreta y cercana comunidad de fe, esperanza, amor y culto que expresa la Iglesia como "familia de Dios". Al modo de la primitiva comunidad cristiana reunida en la enseñanza de los Apóstoles, en la fracción del pan y en el servicio a los hermanos (Hch 2, 42).

Es preciso comprender el sentido de una comunidad de base entre nosotros; intenta ser una auténtica expresión de Iglesia, una verdadera **communio**: congregada en Jesús por el Espíritu Santo, convocada por la Palabra, alimentada por la Eucaristía, coordinada por los pastores y autenticada por ellos como comunidad de salvación.

19. Una verdadera comunidad de base supone fundamentalmente lo siguiente:

a) un grupo homogéneo que desea experimentar la presencia del Señor en la comunión fraterna y que busca reflexionar sobre los mismos hechos de vida a la luz del Evangelio;

b) esencialmente centrada en la Palabra de Dios que tiende normalmente a su culminación en la Eucaristía ("Medellín", 6, 13); una comunidad eclesial de base se nutre del "Pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo" ("Dei Verbum", 21);

c) grupo vitalizador de la comunidad parroquial y abierto a las necesidades y exigencias de la Iglesia local o particular; la parroquia, a su vez, es "un conjunto pastoral vivificador y unificador de las comunidades de base" ("Medellín", 5, 13);

d) por lo mismo en íntima comunión con los pastores de la Iglesia y los restantes miembros del pueblo de Dios. Una de las características fundamentales de nuestras comunidades de base es su sentido de comunión jerárquica.

20. Desde el punto de vista de la evangelización estas comunidades eclesiales de base tienden a profundizar la fe, a comunicarla y a comprometerla en la vida. Tienen una dimensión esencialmente misionera y se organizan al servicio de la comunión y liberación integral del pueblo latinoamericano. La fe crece y madura —a veces, también, nace— en el interior de estas comunidades. Y se vuelven "signo de la presencia del Señor" ("Ad gentes", 15); por su vida de oración, por su espíritu de pobreza y por su alegría en el servicio. Tienden a ser comunidades profundas en la oración, fraternas en la caridad, generosas en la misión.

5. Nuevos ministerios

21. Es un forma de expresar y vivir la diaconía de la Iglesia. Diaconía de la fe, de la Palabra, de la Eucaristía, de la educación, de la caridad y de la comunidad. Toda la Iglesia se manifiesta al mundo como servidora de la humanidad en la totalidad de esta diaconía. La Iglesia es el Sacramento de Cristo, el servidor de Jahvé, que vino al mundo "no para ser servido, sino para servir y dar la vida como rescate por muchos" (Mt 20, 28).

Desde el principio la Iglesia descubrió y vivió la exigencia de esta diaconía. Así surgieron los "ministros de la caridad" (Hch 6, 1-6) para que los Apóstoles pudieran atender mejor "a la oración y al ministerio de la Palabra". Así se multiplicaron en la Iglesia primitiva, junto al ministerio apostólico, los diversos servicios de hombres y mujeres señalados por el Espíritu Santo, con diversos carismas y llamados a funciones diversas en la misma tarea de evangelización.

Pero hoy en América Latina el Espíritu Santo nos impulsa a la búsqueda de ministerios nuevos. Por varios motivos:

a) Una mayor profundización en el misterio de la Iglesia que descubre en ella el pluralismo de carismas y funciones diferentes (1 Co 12, 4-11). Es el llamado de los laicos a una participación eclesial más viva y comprometida.

b) La escasez de sacerdotes en extensiones inmensas y con falta de comunicación. Afortunadamente hoy se nota un relativo crecimiento en vocaciones al ministerio sacerdotal y a la consagración religiosa, sobre todo por el trabajo con grupos juveniles. Pero es urgente multiplicar los agentes de evangelización, sobre todo entre los

mismos laicos comprometidos desde la fe en su irremplazable misión de Iglesia en el mundo.

c) La constitución de comunidades de base exige la presencia de ministros de la Palabra y de la Eucaristía. Una comunidad de base normalmente exige su ministro entresacado de ella misma para su servicio.

22. En América Latina se está estudiando la teología, la espiritualidad y la pastoral de los ministerios en la Iglesia. Se van buscando las formas nuevas exigidas por los tiempos y queridas por el Espíritu. Hasta el presente, apenas se va iniciando con los diáconos permanentes. Van surgiendo, en distintas partes, animadores de la comunidad, catequistas, delegados de la Palabra, coordinadores de grupos de reflexión o jefes de comunidad.

23. Habría que subrayar finalmente tres cosas:

1) El "servicio eclesial" de la mujer en la Iglesia. Viene cumpliendo una función valiosísima e irremplazable en la tarea evangelizadora: como transmisora de educación de la fe. De un modo especial hay que valorar, en orden a la evangelización, la presencia y actividad de la mujer consagrada. El carisma de la religiosa es ya anuncio del Reino, de lo absoluto de Dios, de la radicalidad del Evangelio. Hay tareas evangelizadoras que las almas consagradas —hombre o mujer— van realizando con sentido eclesial: catequesis, distribución de la Eucaristía, organización y animación, e inclusive algunas veces, dirección de parroquias.

2) El papel de la familia "pequeña iglesia": como formadora de personas, educadora en la fe y promotora del desarrollo ("Medellín", 3, 4-7). Es problema capital en América Latina y en la misión de evangelización: "Hacer que la familia sea verdaderamente 'iglesia doméstica': comunidad de fe, de oración, de amor, de acción evangelizadora, escuela de catequesis" ("Medellín", 3, 19). Los padres son "testigos de la fe" y "los primeros predicadores de sus hijos". La pastoral familiar aparece como prioridad en la tarea evangelizadora.

3) La presencia de los "misioneros" que vienen del exterior: América Latina los necesita para su función evangelizadora; lo urge, sobre todo, el sentido de comunión y misión de la Iglesia; pero su tarea es ayudar a descubrir y realizar la fisonomía propia y la vocación específica de la Iglesia en América Latina; lo cual supone un hondo sentido de comunión eclesial, selección del personal, preparación adecuada y adaptación al tiempo y al lugar.

Conclusión

24. América Latina, continente de esperanza, vive y ofrece la propia "experiencia". La primera de todas es: la acción profunda y cada día recreadora del Espíritu Santo.

Como en la Bienaventurada Virgen María, también en nuestra Iglesia el Espíritu actúa la fe que es fiel respuesta a la Palabra de Dios (Lc 1, 38) y pronta disponibilidad al servicio de la salvación (Lc 1, 39). La Virgen de la Encarnación y la Virgen de la Visitación —Fiat et Magnificat— nos muestra y prepara el camino para la salvación.

Lo que ahora interesa en América Latina es la plena y alegre fidelidad al consejo salvífico de Dios: recibir la Palabra y guardarla (Lc 11, 27).

Se da una gran pobreza en América Latina. Pero se da una mayor presencia de Cristo, el Señor. Se dan múltiples manifestaciones de frustración, pero se da y se ofrece fundamentalmente al mundo un anuncio de alegría y de esperanza. Surgen cada día tentaciones explosivas de violencia, pero se manifiesta una firme invitación a la justicia, al amor y a la paz. Por lo que, repitiendo las mismas palabras del Señor, decimos: "Levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra liberación" (Lc 21, 28).

25. América Latina ha sido evangelizada bajo el signo de María y la fecundidad de la cruz de Cristo. Comenzamos una nueva etapa que está marcada por el Misterio Pascual de Cristo, es decir, por su muerte y resurrección, por la cruz y la esperanza.

La Nueva Noticia es ésta: Cristo resucitó y vive: vive en el seno de la Iglesia que es su Sacramento, vive en el corazón de los hombres como hermano y amigo, vive en la construcción de la historia como Señor de todo.

Evangelizar es proclamar a los hombres que Jesús todavía vive y es Salvador del mundo.

Por eso América Latina, desde su pobreza e indigencia, proclama y ofrece su esperanza firmísima: "El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande: a los que habitaban en región de sombras de muerte les amaneció una Luz" (Is 9, 2).

Esta Luz se llama Cristo (Jn 1, 9) y a nosotros se nos manifestó y luce por María.

PANORAMA DE LA VIDA DE LA IGLESIA - 1971-1974

Monseñor Aloisio Lorscheider,
Arzobispo de Fortaleza (Brasil)

Finalidad y metodología

1. La finalidad de este Panorama, que de suyo no afecta al tema mismo del Sínodo sobre "La evangelización del mundo contemporáneo", es: a) el intercambio de información entre la Sede Apostólica y los sínodos de las Iglesias orientales así como las conferencias episcopales; b) la comunicación mutua de experiencias y problemas entre las Iglesias locales o particulares; c) un modo de buscar los temas que pueden ser tratados en futuros sínodos.

2. A la hora de redactar este documento se ha tropezado con una doble dificultad: referente al método y a las relaciones enviadas al Secretariado Permanente del Sínodo.

En cuanto al método: ¿cómo hacer? ¿examinar cada una de las naciones o tener en cuenta cada una de las regiones en el ámbito de un continente? Se ha escogido la segunda posibilidad, asociando informaciones, experiencias y problemas de regiones afines socio-culturalmente o que se encuentren en contextos socio-religiosos muy semejantes. Esto por escasez de tiempo y porque el examen de cada una de las naciones de un mismo continente no se podía hacer por no haber recibido respuestas de algunas conferencias episcopales. Nos llegaron 54 respuestas, las cuales por su sobriedad no eran suficientes para nuestro trabajo.

3. En cuanto a las relaciones mismas hay que decir que en muchas de ellas aparece más la preocupación por los problemas que la comunicación de noticias y experiencias; resultando una visual que no sería suficientemente amplia.

4. El único camino realmente válido que hemos visto consiste en indicar las actuales tendencias pastorales de las Iglesias en el último bienio. Se trata de los aconteci-

mientos pastorales que se repiten con más frecuencia y que nos pueden descubrir la misma vida de la Iglesia en modos diversos según las distintas regiones.

Este Panorama, pues, será sólo relativo y necesariamente imperfecto.

Comunicación mutua de informaciones y experiencias

5. Trataremos de aludir a las realidades que dan testimonio de la vitalidad de la Iglesia, sirviéndonos del resumen de lo que los sínodos de las iglesias orientales y las conferencias episcopales han expuesto más extensamente.

6. Hay que mencionar en primer lugar la acción pastoral que llaman orgánica, desarrollada en el marco nacional o en la región, con una planificación pastoral de las actividades que ocupan el primer puesto en el trabajo pastoral.

Una Conferencia se expresa así: "La Conferencia Episcopal en nuestra nación guía verdaderamente la vida eclesial. Su influjo se extiende a los no creyentes y a los cristianos de otras confesiones" (Conferencia Episcopal del Paraguay).

Han surgido conferencias, consejos o confederaciones de conferencias de dimensiones continentales al servicio colegial de las conferencias episcopales.

Los obispos de naciones vecinas se reúnen para tratar y resolver problemas pastorales afines que afectan a sus diócesis.

7. Los consejos presbiterales y los consejos pastorales funcionan en bastantes diócesis. Aunque en algún caso parece que no han respondido siempre perfectamente a lo que se esperaba de ellos, sin embargo, en otras partes florecen, y los obispos, estimulados por el mismo espíritu, han podido, con las debidas autorizaciones, formar comisiones de carácter nacional y regional, presbiterales o pastorales, que trabajan eficazmente a escala nacional.

En algunas naciones se ha creado el consejo nacional de los laicos o el consejo nacional del apostolado de los laicos.

8. Las conferencias nacionales de religiosos y de religiosas han realizado una aportación muy notable en orden a una vida religiosa más consciente y activa en sus

respectivas naciones, como también en orden a una inserción más eficaz en la actividad pastoral.

Mención especial merece el trabajo de las religiosas que cuidan preferentemente a los pobres y a los marginados por la sociedad actual.

9. Día tras día crece la conciencia de la vida comunitaria en la Iglesia.

Un signo bastante evidente de ello lo encontramos en las pequeñas comunidades eclesiales, que se insertan en comunidades parroquiales y diocesanas y en ambientes de cultura y vida cristiana más profunda.

Debemos considerarlas a la luz de un proceso dinámico y nunca como una realidad estática. Los elementos característicos de dicho dinamismo son: la presencia de la fe, la presencia de la Palabra de Dios, la celebración (el culto), el testimonio de vida (la caridad). Se están buscando formas estructurales apropiadas y locales.

En estas comunidades se atribuye gran importancia a los círculos bíblicos.

10. Suscita gran esperanza el que los laicos, tanto adultos como jóvenes, se hayan hecho cargo de las funciones específicas que les competen en la Iglesia y en el mundo.

11. La acción pastoral vocacional resurge con renovado empeño a escala nacional.

Los seminarios menores al renovarse se insertan en una visión pastoral más amplia, y en algunas regiones los seminarios mayores que habían permanecido cerrados durante algún tiempo, abren de nuevo sus puertas. Esfuerzos especiales se han realizado con miras a favorecer los ministerios, sin excluir el diaconado permanente, aunque en lo que respecta a éste se procede con una cierta lentitud.

12. En las Iglesias en otro tiempo "dependientes" porque recibían misioneros de otras, nace ahora una esperanza sólida de mutua y fraterna ayuda a otras iglesias.

13. En alguna región los sacerdotes que han dejado el ministerio son objeto de una especial solicitud pastoral.

A veces se celebran con ellos reuniones en las que se analiza su situación y se trata de saber lo que verdaderamente sienten y cuál puede ser para ellos su forma de servir al Señor.

14. La renovación litúrgica, gracias a una cuidada preparación de la celebración de los sacramentos de la

iniciación y del matrimonio, sirve para una mejor evangelización.

El uso de la lengua vernácula ha beneficiado realmente la acción pastoral.

15. Casi por todas partes se observa un renovado vigor espiritual, una renovada estima de la oración, de los ejercicios espirituales y de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia.

16. Hoy día los cristianos viven más que en el pasado el sentido y la preocupación por la justicia social, sobre todo respecto a los más abandonados, los presos y marginados. Se intensifican los esfuerzos por la promoción de los derechos fundamentales de la persona humana y se nota una preocupación especial, tanto dentro como fuera de la Iglesia, por la promoción de la mujer.

17. En lo que se refiere al movimiento ecuménico, aunque algunas iglesias manifiestan sus reservas por el peligro de indiferentismo y de proselitismo por parte de algunas comunidades cristianas de hermanos separados, sin embargo, bastantes iglesias manifiestan su satisfacción por los contactos realizados y los progresos experimentados en la búsqueda de la unidad cristiana.

Se ha multiplicado e intensificado el trabajo común en el campo socioeconómico con los hermanos de otras Iglesias cristianas.

18. Algunas Iglesias se dedican a un estudio más profundo de las culturas autóctonas. Se trata de buscar la fisonomía propia de la Iglesia particular. El cristianismo no se impone como desde fuera a los valores que existen en aquellas naciones, sino que trata de encarnarse en ellos, de forma que, asumiendo la cultura y la historia de un pueblo, consiga purificarlas y elevarlas.

19. Finalmente hay que aludir a los cursos de renovación teológica y pastoral para obispos y sacerdotes, que están dando ya óptimos frutos en muchas regiones.

Información sobre los problemas actuales

20. Se exponen únicamente los problemas de mayor relieve que encuentran las conferencias episcopales en la actividad pastoral.

21. Se siente de un modo urgente y prioritario la necesidad de realizar un examen de lo que es específico del

cristianismo y del origen histórico de la religión sobrenatural. Aquí podemos preguntarnos: ¿Qué relación hay entre religión revelada y religiones no reveladas? ¿Cómo se encarna el cristianismo en las diversas culturas?

Un problema bastante grave se advierte en las celebraciones litúrgicas. Ciertamente la renovación litúrgica es digna de alabanza, pero añadir que siguen existiendo problemas no sólo sobre la lengua vernácula adaptada a las diversas comunidades de fieles (con frecuencia, aunque se hable la misma lengua, se puede comprender de modos muy diversos), sino porque el mismo modo de pensar expresado por una lengua no siempre responde a la cultura de la nación interesada. Algunas culturas presentan aspectos más racionales, más lógicos; otras, en cambio, son más ricas en imágenes, cuyas raíces profundas son más intuitivas, y subrayan más el aspecto afectivo. La estructura mental de los pueblos es diversa. Unos piensan en silogismos, otros expresan más bien su pensamiento en imágenes, signos, símbolos.

No es de extrañar que la acción pastoral, catequética y litúrgica deba diversificarse de acuerdo con la estructura mental de cada pueblo determinado.

La vida religiosa se comunica en modos diversos. Entre los pueblos cuya cultura es más imaginativa, las solemnidades que recurren a la sensibilidad y a las expresiones corporales constituyen sus manifestaciones más típicas.

Se piensa que la liturgia, en sus celebraciones, ganaría en utilidad en el campo apostólico, si se diesen más posibilidades creativas y existiese una mayor flexibilidad, bajo la guía del Ordinario del lugar en las diversas regiones.

El problema del pluralismo se vive intensamente. Cuanto más crece la conciencia personal y se tiene más en cuenta la legítima diversidad, tanto más aumenta la exigencia de opciones pluralistas. ¿Cómo llevarlas a la práctica en la unidad de la fe y de la comunión eclesial? ¿Cómo mantenerlas en sus justos límites?

A los cristianos del futuro se tendrá que dar una formación tal que puedan vivir en comunidades diversas, participando en las legítimas diferencias dentro de la misma comunión. ¿Cómo la vida cristiana puede impregnar la vida de una nación sin despreciar sus valores? ¿Cómo puede la comunidad cristiana permanecer siendo realmente lo que es: africana, asiática, europea, americana, etc., en su modo de ser, de actuar y en su liturgia? Este

problema se plantea no sólo con respecto a la fe misma que hay que comunicar, sino también sobre el hombre mismo, que ante la fe adopta una actitud de apertura más o menos grande.

22. Al examinar la actual estructura eclesiástica, surge el problema de si se puede y debe cambiar en la actualidad y en qué límites. Se han realizado buenos intentos para mejorar las estructuras, pero se ha advertido la necesidad de una coordinación mayor entre el centro y la periferia. El centro se considera necesario y nadie niega sus méritos. La periferia busca cómo la acción pastoral orgánica a escala universal, realizada en espíritu de servicio colegial, pueda cooperar a una presencia más eficaz de la Iglesia en el mundo de hoy.

Se busca el modo de que una mejor preparación de los obispos, con la posibilidad de contactos más frecuentes con el centro, pueda proporcionar un ejercicio más maduro de la misión episcopal, con más posibilidades de progreso para el Reino de Dios.

23. En varias regiones surgen nuevas dificultades en lo referente a las relaciones entre Iglesia y Estado ¿Hasta dónde deben llegar estas relaciones entre Iglesia y Estado, entre Iglesia y autoridades constituídas, entre Iglesia y potencias económicas y sociales? La opinión pública avanza en este sentido y parece pedir una mayor distancia e independencia en sus respectivas competencias.

Se trata de la forma concreta de concebir la misión profética de la Iglesia. ¿Cómo debe actuar la Iglesia hoy día, inclusive en los asuntos diplomáticos, para poder seguir siendo signo de la libertad cristiana, procediendo con libertad, sin compromiso alguno con ninguna potencia humana, en la defensa y protección de la dignidad de la persona humana?

24. Con mucha vehemencia se plantea la cuestión de la acción de la Iglesia en el campo de la justicia y de la liberación social.

Hay naciones en las que se urge la participación de la Iglesia en las controversias políticas, inclusive según un tipo de revolución violenta, que se consideraría como la única opción evangélica válida.

También en este campo surge en el ámbito sacerdotal, "el tercer hombre de la Iglesia". Este no quiere abandonar ni el ministerio ni la fe, aunque hace poco caso de la vida y de la acción de la Iglesia, y afirma, por otra parte, que

quiere realizar su misión mediante el "compromiso con los pobres, con los oprimidos", al margen de la Iglesia institucional. No ataca a la jerarquía ni a la Iglesia institucional. Permanece en la Iglesia para "concientizar" hasta que se consiga la reforma de las estructuras sociales. Alimenta la esperanza de que con la destrucción de las estructuras sociales podemos llegar a la "reforma de las estructuras eclesísticas y al nacimiento de una Iglesia nueva".

25. Se siente la necesidad de un estudio más profundo sobre las relaciones Iglesia y mundo.

Se debe hacer un planteamiento teológico nuevo de este tema teniendo en cuenta los estudios sobre la historia de la salvación, sobre la escatología, las diversas teologías políticas, como también el desarrollo y la liberación.

26. En el campo de la acción pastoral más especializada se plantean diversos problemas: a) problemas de la familia: santidad y estabilidad del matrimonio; el aborto, que alguien trata de justificar con el derecho de la mujer de ser dueña de su cuerpo; la limitación de la prole... b) Problemas de la juventud. c) Problemas de los obreros. Aunque la Iglesia ha trabajado mucho en su favor, muchos siguen estando al margen de su acción. d) Problemas de la acción pastoral vocacional y de una mejor distribución de las fuerzas apostólicas pastorales. e) Problemas de la acción pastoral urbana. f) Problemas de la acción pastoral sacramental. g) Problemas del mundo intelectual.

27. No se puede ocultar la falta de orientación y el relativismo acerca de los valores morales y las costumbres que provienen de la sociedad de consumo, y a veces los *mass-media*. Disgregación de la familia, amor libre... , son plagas que se están extendiendo. Muchos siguen los sistemas de moda, y no el orden moral querido por Dios y proclamado por la Iglesia.

28. Algunos opinan que el problema demográfico... merecería un examen muy profundo.

29. Existen, finalmente, otros muchos problemas que afligen a la Iglesia: la guerra; la secularización en su forma de secularismo; el influjo del marxismo; la crisis de vocaciones religiosas y misioneras; el problema de los misioneros a quienes se impide trabajar apostólicamente; problemas económicos de los sacerdotes; el problema de las buenas costumbres, como la oración en familia, que no se hace.

Conclusiones

30. Algunas conclusiones son de utilidad, porque pueden servir para sugerir temas para el próximo Sínodo.

31. Hoy se nota en la Iglesia un auténtico progreso en el trabajo pastoral; sin embargo, parece que el Concilio todavía no ha tenido una eficacia completa en la vida de la Iglesia en cuanto a su renovación interior, aplicándose más en su aspecto exterior que en su espíritu. Hay que preguntarse en qué punto nos encontramos respecto al *aggiornamento*, respecto al estilo pastoral querido por el Concilio, respecto a la preparación para desempeñar adecuadamente el ministerio episcopal.

32. Podemos auspiciar una creatividad mayor en el descubrimiento de nuevos elementos más aptos para promover la salvación de los hombres.

33. Es urgente el examen de las relaciones entre la jerarquía y el laicado dentro del pueblo de Dios. Hay que estudiar, desarrollar y ordenar el ejercicio de la corresponsabilidad participada —salvando la misión específica de cada uno— bajo la guía de la jerarquía. Los laicos son muy sensibles acerca de la participación efectiva por parte de ellos en la elaboración de las decisiones, lo cual no excluye que la autoridad tenga la última palabra decisiva. Se desea que mediante un diálogo constante entre obispos, presbíteros, religiosos y laicos, se llegue a formar una opinión y adoptar una decisión. Si se olvida esto, inclusive aquellos que ahora están cerca se alejarán. La idea de Iglesia jerárquica como centro de todos los derechos y de todos los poderes ha perjudicado y sigue perjudicando los esfuerzos por dilatar el Reino de Dios.

Así, pues, la conclusión podría ser la siguiente: aunque no faltan las sombras, brilla, sin embargo, una gran luz que puede aumentar progresivamente, si nuestro afán apostólico, según el espíritu del Concilio Vaticano II, se convierte en un auténtico servicio colegial, pobre y humilde, tomando como preclaro ejemplo pastoral la entrega de Dios Padre a la criatura humana por Jesucristo en el Espíritu Santo.

CONCLUSIONES DEL CIRCULO MENOR "HISPANICUS-LUSITANUS A"

Relator: Monseñor Samuel Buitrago Trujillo,
Obispo de Montería (Colombia)

Comunidades de base

Se considera que las comunidades eclesiales de base, que se encuentran en muchas iglesias particulares bajo diversos nombres, tienen verdadero valor apostólico entre las muchas manifestaciones de vida cristiana que se advierten hoy en día, pues se muestran como un eficaz instrumento de evangelización en su sentido total, a saber: en el anuncio y aceptación del mensaje de salvación, en el testimonio cristiano y en la vida sacramental. En efecto, estas comunidades por su intensa vida espiritual, por su íntimo contacto con la Palabra de Dios y por la vivencia personal de las virtudes de fe, esperanza y caridad, parecen responder desde el punto de vista eclesial a una de las características de nuestro tiempo, como es la marcada tendencia hacia lo comunitario, vivencial y personalizante.

Para que sean verdaderamente tales, las comunidades eclesiales de base deben ser un grupo humano (y casi familiar) estrechamente unido por vínculos fraternos (personales y personalizantes), animado por el ideal de una intensa vida cristiana, que las lleva a manifestarse como organismo vivo. Es necesario también que vivan el Espíritu de Cristo, estén insertadas en la Iglesia local, abiertas a la Iglesia universal, en íntima comunión con los pastores, por medio de su presencia ministerial, se nutran en la mesa de la Palabra de Dios y de la Eucaristía y perseveren en la oración. Esta vida cristiana debe llevar naturalmente a las comunidades eclesiales de base a ser un verdadero signo de la presencia de Cristo en el mundo, y a proyectarse en una dinámica actividad misionera de servicio a la comunidad, manifestación de la verdadera caridad cristiana. Ya que las comunidades eclesiales de base van surgiendo, sea estimuladas por un es-

pecial trabajo pastoral, sea de una manera espontánea por el impulso de la vida cristiana renovada, es necesario que los pastores consideren atentamente estas iniciativas, las sigan en su desarrollo dándoles la dirección ministerial y cuidando su estabilidad para que sean como un fermento auténtico de vida cristiana.

Para asegurar todo lo anterior es necesario que los pastores den particular importancia a la adecuada preparación de los ministros o animadores de las comunidades. Estos deben recibir una cuidadosa formación espiritual, intelectual y humana conforme a su medio y ambiente, que los haga capaces de animar, sostener y orientar a sus hermanos en una intensa vida cristiana de fe, de amor y gusto por la Palabra de Dios, de fidelidad al Magisterio de la Iglesia, a la que deben sentirse sinceramente unidos por medio de sus pastores. Estos ministros o animadores, elegidos por los pastores o presentados a ellos por la comunidad de la cual han surgido naturalmente por sus dotes y aptitudes para el servicio, recibirán una delegación o misión, laical o jerárquica, que los capacite mejor en su servicio pastoral.

Jóvenes

Se comprueba que en los últimos años los jóvenes han tenido especiales dificultades para encontrar su hogar y su función en la comunidad eclesial; con frecuencia se ha experimentado la acción contestataria hacia la sociedad y su organización de importantes sectores de la juventud. La evangelización del mundo contemporáneo, mundo compuesto en su gran mayoría por jóvenes, pone a la Iglesia un verdadero reto constituido por un doble hecho, a saber: por una parte la interpretación a la luz del Evangelio de las profundas transformaciones que sufre la humanidad en estos decenios; por otra parte, la adopción de un estilo de vida y de acción, y la utilización de un lenguaje que sea comprendido por los hombres de hoy, en particular por la juventud, de tal manera que todos encuentren en él el verdadero rostro de Cristo, pobre, humilde, paciente, pero a la vez resucitado y glorioso.

El Sínodo mira con solicitud a toda la juventud, en la cual descubre una amplia gama de valores; marcada ansia de autenticidad; sinceridad espontánea; grande impulso de creatividad; profundo deseo de libertad; anhelo de justicia y de fraternidad. Si bien estos valores y muchos otros, ni se encuentran en todos los jóvenes, ni tienen siempre una completa realización. Con satisfacción

descubre además en ciertos grupos juveniles una apertura hacia la trascendencia, que sin embargo, se pierde a veces en misticismo vago; muchos jóvenes buscan a Cristo, pero no siempre lo buscan en la Iglesia. La lectura sincera de este signo de los tiempos y la aceptación humilde del reto que lleva consigo, hace que la Iglesia confiada en la virtud del Espíritu Santo y fiel al compromiso del Concilio Vaticano II, sin apoyarse en influencias o intereses humanos, se deje interpelar por el Evangelio acerca de las inquietudes de la juventud, y con un esfuerzo incesante de reforma se presente como auténtica realizadora de la totalidad del mensaje del Señor.

La juventud, según lo comprueba el Sínodo, quiere una Iglesia santa, pobre, libre, desligada de ataduras humanas, justa y predicadora de justicia; sin autoritarismos, ni legalismos; fiel al Evangelio. Se acepta que la tarea de la evangelización en el mundo de hoy está en buena parte en comprender que la evangelización de la juventud debe consistir en aportar a las generaciones jóvenes todo el espíritu creador del Evangelio, ayudándoles a descubrir en él su futuro; y ayudándoles a liberarse del pecado y de sus consecuencias, aprendiendo a afrontar el porvenir en el sentido evangélico cargado de dinamismo escatológico. Por lo tanto, ha de renovarse para toda la Iglesia el compromiso ya hecho en el Concilio Vaticano II, de dedicar particular atención a la juventud, ya que en ella ha de perpetuarse ese algo siempre nuevo y siempre antiguo del mensaje de salvación. Todo esto no se logrará en la Iglesia sino dando una amplia participación a los jóvenes, que con sinceridad de corazón buscan la verdad, en todo lo que les atañe; así se perpetuará en la Iglesia el rostro de Cristo, el gran viviente, eternamente joven, y se revela a todos el poder transformador del Evangelio para cuantos creen en El.

Consecuente con esto se exhorta a todos los pastores a dar particular importancia a la preparación de los agentes apostólicos (directores, asesores o líderes), que han de ocuparse de la pastoral juvenil. Se reconoce con sincera gratitud la abnegación de todos aquellos fieles que se dedican a la ardua y delicada labor de la educación cristiana de la juventud. Se exhorta además vivamente a todos los educadores, empezando por los padres de familia, primeros educadores en la fe, a los presbíteros, a los religiosos y religiosas, y a los fieles laicos, para que lejos de abandonar este apostolado, se consagren con mayor amor a él, buscando la creación de un ambiente cristiano y dando una formación evangélica a la juventud, capaz de

llevar a los jóvenes al ideal de una vida humana y trascendente en Cristo. A vosotros, jóvenes, se dirige el Sínodo de los Obispos, para exhortaros a tomar conciencia de vuestra tarea en la Iglesia; para que elaboréis a la luz del Evangelio y de la realidad existencial vuestros programas de reflexión y de acción, y para que deis constantemente a la Iglesia el rostro de Cristo resucitado.

LOS SIGNOS QUE DEBEN ACOMPAÑAR A LA PREDICACION

Relator: Monseñor Román Arrieta Villalobos,
Obispo de Tilarán (Costa Rica)

Cuantas veces el evangelizador anuncia la Palabra de Dios y no su propia palabra, puede estar seguro de que el Señor acompañará su ministerio profético y lo confirmará con evidentes señales, igual que en la primitiva Iglesia, independientemente del tiempo o lugar en que predique y de los hombres a quienes evangelice. Cabe, eso sí, advertir que estas señales de credibilidad no son de por sí definitivas, pues sólo Cristo lo es a plenitud. Estas señales, por otra parte, pueden ser diferentes en diferentes épocas, pero llamadas a producir un mismo resultado, a saber, asegurar al evangelizado que el anuncio que recibe es, efectivamente, la Buena Nueva de Jesús y recordar al evangelizador que siempre ha de estar él mismo convirtiéndose a la Palabra que predica.

Prioridad de la predicación

La predicación del Evangelio conserva en nuestro tiempo y conservará siempre la misma novedad y prioridad que en la primitiva Iglesia, entre otras, por las siguientes razones: porque el Evangelio es para todo hombre anuncio de salvación, de liberación plena e integral en Cristo; mandato explícito de Cristo a sus discípulos; aporte original y específico del cristiano a la transformación de este mundo en un mundo más humano y fraterno, más justo y solidario. Es el Evangelio también lugar donde se nos comunica la gran novedad que da sentido a la vida; donde Dios nos revela sus misterios; centro de la vida cristiana que ha de manifestarse en la comunión fraterna, la fracción del pan y la oración; fuerza que transforma y perfecciona la vida y las culturas de los pueblos. Es, en una palabra, la única firme esperanza de la humanidad. Por ello, en la vida de la Iglesia debe darse una especial prio-

riedad a la evangelización y en la misma administración de los sacramentos debe ésta tener lugar preponderante.

Signos de mayor credibilidad para el mundo de hoy

Para aceptar el Evangelio, el hombre moderno exige de quienes lo anuncian, señales claras de que creen en él y lo viven. Entre estas señales se destacan las siguientes: convicción en quien lo anuncia, de modo que no dude en llegar hasta el supremo sacrificio; sencillez de vida a nivel individual, comunitario e institucional; abrirse humildemente al otro por el diálogo; pobreza interior manifestada en la aceptación de nuestras limitaciones, en la consecuente necesidad que tenemos de los otros para nuestra plena realización, en el abandono de toda actitud de prepotencia, en el amor de la sencillez, en la disponibilidad para servir a los demás, todo con bondad, comprensión y sensibilidad; predilección por los pobres que se manifieste en actitudes concretas como entregarse de lleno a su promoción integral, en una justa distribución de los agentes de pastoral por parte de los responsables de la Iglesia que garantice el necesario personal apostólico para la atención de sus necesidades, y hacer que participen activamente en la vida de la Iglesia; comprometerse en la lucha por la justicia; ser solidarios con todos los hombres, particularmente con los que sufren.

De la Iglesia se espera también que ponga toda su confianza en el Señor y no en los poderes de este mundo ni en su propio poder. Que al interior de la Iglesia se dé la comunicación cristiana de bienes, no sólo los temporales necesarios para el cumplimiento de su propia misión, sino, sobre todo, del personal apostólico. Respecto a las sinceras manifestaciones de la religiosidad popular y vivencia cotidiana de la unidad, es de notar que lo que para unos son signos de credibilidad, a otros pueden parecer antisignos y motivo de incredulidad. Esto mismo sucedió con Cristo, blanco de contradicción. Hay necesidad entonces de hacer un discernimiento y opción, a la luz del Evangelio y en la comunión de la Iglesia. No olvidar, por otra parte, que no todos los signos tienen un valor absoluto.

Predicar a Cristo crucificado

Anunciar a Cristo crucificado en el mundo de hoy puede significar entre otras cosas lo siguiente: por fidelidad a la Palabra de Dios tener que enfrentarse, como Cristo en

su tiempo, a los poderes de este mundo; anunciar al mundo con valentía que muchos problemas que afligen al hombre contemporáneo sólo pueden encontrar su solución en la cruz; que la reforma de las costumbres, esencial para la subsistencia misma de la sociedad, y hoy tan necesaria como en los días de Santo Domingo y San Francisco, encuentra en la renuncia de sí mismo y en el sacrificio su cimiento indispensable. Pero frente a esa realidad se observa con preocupación: que cada vez se predica menos sobre la cruz, que pierde terreno cada vez más, en todos los sectores del pueblo de Dios, la austeridad de vida, el espíritu de disciplina y la ascesis en general, que la liberación se pretende extender, como medio de realización personal, hasta la eliminación misma del dolor.

Ante esta situación es necesario manifestar: que el misterio pascual de Cristo, en su doble vertiente de muerte y resurrección, debe configurar la vida de todo hombre y dar firme razón de su esperanza; que la liberación del hombre, operada por Cristo, pasa necesariamente por la cruz en la que El nos redimió; que toda obra humana sólo alcanza su máxima perfección en este mundo cuando se ofrece con Cristo en la cruz y que la renuncia de sí mismo es condición indispensable para poder ser contado entre los discípulos de Cristo; que la ascesis corporal sigue siendo hoy tan necesaria como ayer. Sin negar el valor intrínseco de las formas tradicionales de austeridad, hoy los cristianos encuentran, por ejemplo, en la sincera renuncia a privilegios, en el permanecer sereno ante la pérdida injustificada de reputación o el ser mal comprendido o juzgado, formas de austeridad que son signo más convincente para el hombre contemporáneo.

Evangelizadores y evangelizados

El campo de los evangelizadores: falta en muchos una conversión personal al propio mensaje que predicán, por falta de suficiente fe y mayor esperanza; como Cristo, encuentran resistencia en los evangelizados al mensaje que predicán; falta en ocasiones el entusiasmo, por el aparente fracaso de la predicación y los condicionamientos de la opinión pública; no se planta y riega con asiduidad la semilla evangélica que Dios luego bendice y hace fructificar. En cuanto a los evangelizados hay que registrar disposiciones diversas en los sujetos para acoger la Palabra de Dios, gráficamente expresadas en la parábola del sembrador; el problema de la libertad hu-

mana por la que el hombre libremente acepta o rechaza el Evangelio; la atracción que en los evangelizados producen las cosas materiales y las fuertes presiones a que les somete la moderna sociedad de consumo; la secularización con su insistencia en la autonomía de lo temporal, cosa por lo demás legítima, pero que mal interpretada se alza también como un obstáculo para la evangelización; la imposibilidad de algunos hombres para realizarse como personas es también obstáculo frecuente para la evangelización.

Afirmada la primacía absoluta del evangelizador sobre los instrumentos a través de los cuales evangeliza, es preciso reconocer, como lo enseña el Concilio, la importancia fundamental que los medios de comunicación social tienen en la evangelización. Tienen ellos también sus limitaciones y ello es necesario tomarlo muy en cuenta. Entre sus ventajas, podemos señalar las siguientes: son los medios que el hombre emplea hoy regularmente para comunicar su mensaje a los demás en forma eficiente. Inexcusable sería no usarlos a la hora de transmitir el mensaje del Evangelio; por ellos se puede hacer llegar el mensaje a muchos hombres a la vez. Ningún otro modo mejor, por consiguiente, para cumplir con el mandato del Señor de anunciar el Evangelio a toda criatura. Dios que ha puesto a disposición del hombre estos instrumentos, ciertamente querrá que sean empleados como canal para llevar el mensaje al mundo entero.

Cabe advertir, sin embargo, que la Palabra, independientemente de los medios a través de los cuales se proclame, tiene por sí fuerza y virtud; que en el Evangelio encontramos a los evangelizadores empleando medios pobres con eficacia innegable y que, según el juicio de expertos, los medios de comunicación social surgidos en el seno de pequeñas comunidades, tienen mayor eficacia que los grandes medios de comunicación social. Una cosa sí debe quedar clara a todo el que evangeliza, y es, que nunca hay que desalentarse ante la ineficacia aparente de la Palabra predicada. Esta, como Palabra de Dios que es, nunca resulta estéril; da siempre su fruto, en el tiempo y lugar queridos por El. Tener confianza en el ministerio que se cumple sabiendo que, al fin y al cabo, la eficacia toda viene de Dios.

El anuncio explícito y el testimonio silencioso

La acción evangelizadora se orienta siempre al anuncio explícito de Jesucristo. Ocultar de manera permanente

nuestra fe en Jesucristo equivale a presentarnos ante los no creyentes sin expresar lo que para nosotros es más importante, aquello que da sentido a nuestra vida. No se debe confundir el afán proselitista con la legítima aspiración a presentarnos ante los demás expresando las propias convicciones religiosas y ofreciendo el mensaje salvador que Dios destina a todos los hombres. La adaptación pedagógica al destinatario y las especiales dificultades de ciertos ambientes exigen que la referencia a Cristo sea en algunos casos silenciosa, implícita, discreta.

Se requiere con frecuencia el previo testimonio individual o colectivo de fe y de caridad, cuya expresión actual implica muchas veces el desarrollo de los pueblos. Reconocemos y valoramos la importancia de este testimonio silencioso de la simple presencia cristiana en estos ambientes, y el sacrificio que supone para estos cristianos semejante actitud, especialmente para los que trabajan en medios científicos, o artísticos, en los que no es posible una explicitación de la fe. Todo trabajo de promoción humana, cuando procede de una inquietud apostólica, es una acción que procede del Espíritu Santo, y por consiguiente, es una acción verdaderamente evangelizadora. El mismo anuncio del mensaje evangélico hace asumir, purificándolos, muchos valores y aspiraciones de aquellos a quienes se evangeliza. Condición indispensable de esta presencia es el amor profundo y la simpatía cordial a las personas, el respeto a los pasos en la maduración de los pueblos y el trabajo en común en los grandes problemas humanos de la paz, la justicia, la cultura, y el bien común. Pero lo que no puede faltar como objetivo esencial de toda acción evangelizadora es el propósito de invitar a la fe en Jesucristo o de ayudar a vivir de acuerdo con esta fe. Esto siempre es posible al menos en los contactos personales y cuando se presente la ocasión oportuna.

CONCLUSIONES DEL CIRCULO MENOR "HISPANICUS-LUSITANUS B"

Relator: Monseñor José de Jesús Pimiento,
Arzobispo de Manizales (Colombia)

Vida interior

Ante el fenómeno de la secularización y de la excesiva confianza en las técnicas que minan la fe, afirmamos vigorosamente que la eficacia de la evangelización depende en gran parte de la autenticidad e intensidad de la vida interior. También registramos con alegría que en las actuales circunstancias del mundo y de la Iglesia, se da en ésta una presencia y acción particularmente intensas del Espíritu Santo que se reconoce ante todo en la vitalidad interior de tantos de sus miembros que viven las virtudes teologales en la vida sencilla y normal de cada día. Esta intensidad de vida se hace muy patente donde los cristianos, carentes de libertad efectiva, dan un testimonio silencioso pero sumamente válido y enriquecedor de la comunión eclesial por efectuarse en la cruz. Se reconoce igualmente esta acción del Espíritu Santo en manifestaciones extraordinarias que se dan para edificación de la comunidad. Pero no se puede poner en ellas solas la confianza y además requieren el discernimiento de carismas, que compete siempre a la legítima autoridad en la Iglesia.

Importantes sectores de la juventud actual están abiertos a estos llamados del Espíritu. Urge descubrir el lenguaje apropiado para impulsarlos a esta experiencia cristiana, cuidándose de no menguar equivocadamente las exigencias del Evangelio con el propósito de atraerlos. En el camino de esta profundización religiosa los cristianos necesitan consejo. Es por tanto grave deber de los pastores proveer que no falte al pueblo de Dios esta especial asistencia espiritual. Para una sana vida interior se exige equilibrio entre oración individual y comunitaria.

Iglesia local

El círculo menor optó por no hablar de Iglesia local por la ambigüedad de la expresión y trata por tanto sólo

de las Iglesias particulares, entendidas como diócesis. Perteneciendo a cada Iglesia particular —en unión con la Iglesia universal— el deber de evangelizar, se cree oportuno recordar algunos elementos doctrinales que ayuden a comprender mejor su acción evangelizadora. Para que una comunidad sea realmente Iglesia particular debe estar bajo un obispo, sucesor de los Apóstoles, en comunión con el Obispo de Roma, ser apacentada por aquél en unión de sus presbíteros, convocada en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía. Con estas notas características se realiza en ella el sacramento de la Iglesia universal. Es de su naturaleza peregrina no alcanzar su total realización en este mundo, sin estar siempre construyéndose hacia su plenitud escatológica.

En la iglesia particular se cumple, en determinado lugar, en determinada época, entre hombres de una cultura concreta, el misterio de la Iglesia universal. Esto exige que se efectúe su genuina encarnación en las realidades humanas al modo del Verbo que asume la naturaleza del hombre, excepto el pecado. Consistirá esta encarnación en animar y asumir los auténticos valores de las culturas, en sí mismas relativas, cambiantes y dinámicas; en fermentar con la levadura evangélica el pensamiento y la vida de los pueblos; en suscitar la reflexión sobre los principios inmutables de la Revelación para que, aplicados a las concretas situaciones, se enriquezca verdaderamente la teología; en investigar los elementos propios que se puedan incorporar en la liturgia; y en una legítima pluralidad de legislación, preservada siempre la necesaria unidad con la Cátedra de Pedro como lo quiere Cristo. Esto debe lograrse con la conciencia de que existen valores evangélicos superiores a todas las culturas y que debe evitarse el riesgo de nacionalismos exagerados. La obra misionera de la Iglesia, aunque haya tenido limitaciones propias del instrumento humano y de las épocas, debe reconocerse como feliz cumplimiento de la misión evangelizadora confiada por Cristo, como un trascendental servicio a la humanidad y factor indiscutible de transformación y progreso de los pueblos, que no es legítimo reducir a mero colonialismo.

Comunidades de base

Se comprueba la existencia, en diversas partes del mundo, de pequeñas comunidades eclesiales que, distintas en su concepción, modelos y experiencias, pueden ser válidas pastoralmente y de hecho son útiles en algunas

iglesias para la misión evangelizadora. Las notas de eclesialidad de estas comunidades deben ser: comunión con el obispo, unidad de fe expresada en la participación de la misma Eucaristía y apertura a toda la comunidad. Las pequeñas comunidades deben vivir sobre todo de la Palabra y estar imbuídas de espíritu misionero para convertirse en testigos vivos del Evangelio. Para que sean eclesialmente válidas no deben convertirse en grupo cerrado, ni tomarse como sustitutivas de la estructura parroquial, ni proponerse como instrumento exclusivo de la obra de salvación, sino más bien como vivificadoras del espíritu comunitario en las comunidades existentes. Pastoralmente es recomendable que la jerarquía las asuma desde su iniciación, las asista con ministros debidamente capacitados que garanticen su equilibrio eclesial, pues la experiencia demuestra su precariedad y su vulnerabilidad a la manipulación ideológica, así como las tendencias de no pocas a la contestación y a la política.

Religiosidad popular

Debe reconocerse la religiosidad popular de las comunidades cristianas como manifestación valiosa e importante de su vida y de su historia. Los valores de esta religiosidad, no carente de fallas, son: especial sentido y experiencia de Dios y de su Providencia, sentido de la trascendencia de la vida humana, confianza viva en María Virgen que enriquece la fe con suavidad filial y dignifica la mujer, unidad que cohesiona gentes de tendencias múltiples y aun contrarias, facilidad para expresar su fe en signos y actos religiosos. Estos valores son apertura evidente a los planes evangélicos: filiación divina, dimensión pascual de la vida, profunda unidad del hombre en Cristo, participación más perfecta en la liturgia. Ignorar o negar estos valores será grave injuria a las comunidades humanas que se deben evangelizar y cerrar caminos a la Buena Nueva de Cristo. Es necesario que los pastores asuman el compromiso de investigar pronto y a fondo los genuinos valores de esa religiosidad, para conservarlos y acrecentarlos, las fallas y equívocos para purificarlos, los vacíos para colmarlos, mediante una sana creatividad que incorpore a la religiosidad una progresiva maduración en la fe y las auténticas expresiones del genio popular. Es necesario asumir esta religiosidad popular como punto de partida para evangelizar al hombre actual, madurando la fe, principalmente mediante el estudio y aplicación de la Sagrada Escritura.

Liberación humana y evangelización

Hay experiencias vastas y positivas que la Iglesia alimenta, y que para el hombre de hoy la constituyen en signo de mayor credibilidad. Sin embargo, no faltan las experiencias que plantean serios problemas y que conviene señalar: la absorción totalizante del compromiso cristiano en su exclusiva dimensión temporal y política, concebida como mediación necesaria de toda proclamación del Evangelio y del misterio de salvación. A veces también se asume como criterio fundamental de la acción de la Iglesia la eficacia política, que relega o sustituye la necesidad del anuncio explícito de todo el Evangelio. Se corre el riesgo de acomodar la fe superficialmente a los cánones de vida de una sociedad materialista, hedonista, basada en el lucro y que genera dolorosos contrastes y desigualdades, campo propicio para la difusión del ateísmo práctico. Y se llega a instrumentalizar la fe, poniéndola al servicio de determinados intereses y privilegios. Por otra parte, grupos cristianos, especialmente jóvenes, e inclusive sacerdotes y religiosos, experimentan la tentación de asumir globalmente las doctrinas marxistas como instrumento conceptual y práctico que juzgan indispensable para el análisis de la sociedad y para el cambio social que se necesita. De tal modo tienden a "ideologizar" la fe en una cosmovisión que le es contradictoria, en sus elementos fundamentales que carcome y vacía progresivamente la identidad cristiana. Esta queda desplazada por un mesianismo sustitutivo de la auténtica escatología cristiana.

CONCLUSIONES DEL CIRCULO MENOR "HISPANICUS-LUSITANUS C"

Relator: Monseñor Andrés M. Rubio G.,
Obispo de Mercedes (Uruguay)

Religiosidad popular

Constituye ésta un valioso punto de partida para una evangelización más profunda, dado que contiene, aunque en diversos grados, elementos positivos; pero exige que sea purificada, interiorizada, madurada y comprometida con la vida. Se requiere una pedagogía pastoral que cultive y purifique, sin destruirla, dicha religiosidad popular, procurando un mayor conocimiento vivencial de Dios, de la persona de Cristo y del misterio pascual de la Iglesia. La evangelización más intensa que deseamos realizar a partir de los valores de la religiosidad popular debe tender a que los bautizados conozcan más plenamente la Palabra de Dios y sus exigencias; aspiren a una más plena inserción en la vida del Señor resucitado por la participación en los sacramentos y tomen conciencia más clara de su pertenencia a la Iglesia comunidad de salvación. Ayudará a lograrlo, principalmente, la adecuada pastoral sacramental, o catecumenado, y una oportuna catequesis según las diversas circunstancias en las que los fieles participan en celebraciones religiosas. Sin embargo, en el momento actual, la religiosidad popular se enfrenta con situaciones y mentalidades ambientales que pueden destruirla o desviarla hacia formas no cristianas. Es urgente la necesidad de evangelizadores que logren dinamizarla en una actitud de gran respeto por las personas y las comunidades.

Evangelización y liberación

En todo lo que se refiere al compromiso de la Iglesia con la liberación del hombre hay que remitirse al documento emanado por el Sínodo de 1971: "La justicia en el mun-

do". La evangelización, anuncio explícito de Jesús en su misterio pascual y de la venida de su reino, debe conducir a los cristianos a que, fieles a las exigencias del mandato supremo del amor, se comprometan en la liberación integral de los hombres, integrándose, de acuerdo con sus ministerios y carismas, en el proceso de liberación que emerge y se difunde en nuestros pueblos. Por eso la Iglesia, por fidelidad a su misión salvadora y para responder a las legítimas aspiraciones del hombre contemporáneo, debe anunciar el mensaje de salvación realizado por Cristo, es decir, de la liberación de los hombres de la esclavitud del pecado y de todas las consecuencias del pecado, como son, todas las formas de injusticia y de opresión. Esta liberación o redención comienza aquí en la tierra, pero se realizará plenamente en la gloriosa venida de Cristo. Con esta fecunda síntesis entre Evangelio y liberación humana integral podrá evitarse, con la ayuda de Dios, el peligro de la pérdida de la fe, de una indebida instrumentalización política de la Iglesia, de las ideologizaciones de la fe y de la tentación de la violencia. El anuncio evangélico comienza con la invitación a la conversión del corazón, por la cual, mediante la gracia del Espíritu Santo, se forma el hombre nuevo a imagen de Cristo, lo cual constituye la misión principal de la Iglesia. Esta conversión no afecta solamente a la vida privada del creyente, sino que exige imperiosamente que el cristiano se entregue a la transformación del mundo, según el espíritu de las bienaventuranzas. La misión liberadora de la Iglesia, que es anuncio eficaz del Evangelio, significa una opción esperanzada por todos los hombres, como hermanos, pero especialmente, por los que sufren la injusticia, por los pobres y oprimidos. Opción que significa predicación sin exclusivismos.

Jóvenes

Es menester que la Iglesia y sus pastores miren a los jóvenes con amor y simpatía, evitando por un lado la actitud de desconfianza y, por otro, un concesionismo fácil y complaciente que ellos mismos rechazan. Es indispensable el diálogo directo, franco y cordial de los pastores con los jóvenes, procurando comprender su mentalidad. Debe abrirseles posibilidades de realizar servicios concretos a los hermanos, a lo que son particularmente sensibles, y animarlos a ser apóstoles y evangelizadores entre sus propios iguales. Hay que procurar enriquecer su fe y adhesión a Cristo y a la Iglesia, para lo que puede ayudar la promoción de grupos de profundización en la fe, en la

Sagrada Escritura, en el sentido evangélico del compromiso, etc. Procuren que su vida corresponda a las exigencias de la vida cristiana. La sensibilidad juvenil por la realidad socio-política puede y debe ser expresión de su vocación cristiana, para lo cual necesitan ser acompañados por un adecuado conocimiento crítico e iluminación de la realidad, hecha a partir de la fe. Para la formación cristiana de los jóvenes, hay que ayudar a las familias en el cumplimiento de su misión educativa, hay que renovar debidamente las escuelas de la Iglesia, adaptar y cuidar la catequesis parroquial, promover grupos apostólicos. Es necesario presentar cada vez más nítido a los jóvenes el rostro de una Iglesia auténticamente evangélica, tanto en las personas como en las instituciones, pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres. La pastoral juvenil ha de estar plenamente insertada en la totalidad de la pastoral de conjunto, evitando que se constituya como sector separado.

Comunidades de base

Las comunidades eclesiales de base son una opción pastoral asumida a partir de la conciencia de la dimensión comunitaria de la fe y de la vida cristiana. Han de ser jerárquicas, es decir, viviendo en comunión con la jerarquía; constituyen un camino de revitalización de la vida eclesial para superar el aspecto masivo de las grandes comunidades parroquiales. Es de desear que la misma jerarquía aliente y acompañe su nacimiento y su vida, para que no constituyan una organización impuesta, pero tampoco surjan por rebeldía. Orientadas adecuadamente, contribuyen a presentar la verdadera realidad de la Iglesia según el tipo descrito en los Hechos de los Apóstoles: como comunidades de fe, de oración, de amor fraterno y de misión; suscitan la responsabilidad de los laicos en comunión con sus pastores, y contribuyen a superar el divorcio entre la fe y la vida. Se ve la convivencia de dar unas orientaciones pastorales que clarifiquen su naturaleza y orienten su funcionamiento.

CONCLUSIONES DEL CIRCULO MENOR "HISPANICUS-LUSITANUS C"

Relator: Monseñor Aloisio Lorscheider,
Arzobispo de Fortaleza (Brasil)

Evangelización

Se entiende por "evangelización" toda actividad de la Iglesia por la que ésta suscita y alimenta la fe, provoca la conversión y conduce a los hombres a la participación en el misterio de Cristo proclamado en el Evangelio y realizado en la vida. En esta actividad, deben subrayarse, sobre todo, los siguientes aspectos: el anuncio de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la vida y la animación cristiana de lo temporal. Esta acción evangelizadora tiene origen en la voluntad salvífica del Padre, se realiza en obediencia al mandato de Cristo y con la fuerza del Espíritu Santo. La Iglesia prolonga así, en la historia, la presencia y la acción salvadora de Cristo. Verbo Encarnado, enviado al mundo para revelar a los hombres el designio de salvación, introducirlos en comunión filial de vida con el Padre y construir la unidad fraterna del género humano. La acción en favor de la promoción humana se integra en la obra evangelizadora en la medida en que tiene su origen en Cristo y se orienta a la construcción del Reino, constituyendo así parte integrante del anuncio evangélico y de la misión de la Iglesia. La evangelización es, por tanto, una actitud dinámica de la Iglesia que busca, por cuanto depende de ella, hacer eficaz el anuncio de Cristo para los hombres de hoy.

El Espíritu Santo en la evangelización

La obra evangelizadora se cumple en la fuerza del Espíritu Santo, el cual está presente en la obra evangelizadora de la Iglesia: en los pastores y en cuantos participan activamente en la evangelización con la palabra y el testimonio; en el pueblo de Dios por el *sensus fidei*; en los

hombres a quienes se anuncia el mensaje, para disponerlos a su aceptación en la fe; en la acción eclesial de promoción humana realizada como exigencia de la caridad que el Espíritu Santo infunde en los corazones. Se comprueba con satisfacción que la Iglesia tiene hoy una conciencia más viva de la presencia y acción del Espíritu en toda la obra de evangelización, sea en la vida personal de cada bautizado, como en la de cada comunidad cristiana y de toda la comunidad eclesial. En cuanto al reciente movimiento llamado "carismático", debe ser objeto de sano discernimiento pastoral, teniendo en cuenta lo que enseña el Concilio. Se expresa el deseo de que la Iglesia pueda presentar a los cristianos el estímulo de Santos contemporáneos en los que resplandece la acción del Espíritu.

El Espíritu Santo y los agentes de la evangelización

La evangelización es misión y responsabilidad fundamental de todo el pueblo de Dios, enriquecido para ello con variedad de ministerios y carismas, aunque dicha misión compete, por título peculiar, a los obispos, sucesores de los Apóstoles, y, en comunión con ellos a los presbíteros y diáconos. Dado el origen y fundamento apostólico que por voluntad de Cristo tiene toda la misión de la Iglesia, no puede darse auténtica evangelización que no sea apostólica, es decir, que no concuerde con el testimonio de los Apóstoles y no esté en comunión con sus sucesores. Hay que urgir en la Iglesia el estudio sobre la posibilidad y conveniencia de nuevos "ministerios laicales", saliendo tempestivamente al encuentro de las circunstancias de nuestro tiempo y a las necesidades pastorales comprobadas a través de una conveniente experiencia. La obra evangelizadora de la Iglesia recibe valioso contributo del testimonio y de la acción apostólica de la vida consagrada, vivida con autenticidad, sea en las órdenes y congregaciones, en los institutos seculares o en quienes se consagran individualmente al Señor. Su misma consagración constituye un testimonio que evangeliza. Un particular relieve debe darse, en orden a la evangelización, a la vida contemplativa.

Los laicos, en virtud del bautismo y de la confirmación, están llamados a participar activamente en la misión evangelizadora de la Iglesia. Deben especialmente hacer presente a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que sólo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos y del testimonio de sus vidas. La familia constituye

el primero y principal ambiente en el que han de ser testigos del Señor. Hay que valorar la necesidad e importancia del aporte de los teólogos en la obra de evangelización realizada por toda la Iglesia y por ello se desea que exista un diálogo permanente entre los teólogos y los pastores que fomente la comunión y mutuo entendimiento y evite las divisiones que dañan a la credibilidad de Cristo y su mensaje.

Evangelización y liberación humana

La Iglesia, continuando la misión salvadora de Jesús, ha de comprometerse en la salvación integral de todo el hombre y de todos los hombres. Esta salvación integral abarca la totalidad del hombre alma y cuerpo, tiempo y eternidad. Una evangelización auténtica tiende a la formación humana integral y a la liberación plena en Cristo. Fruto, por eso, de la verdadera evangelización, proclamación de la Buena Nueva de Jesús que culmina en el sacramento, es la creación del "hombre nuevo" creado por el Espíritu Santo en la justicia y santidad de la verdad, artífice de su propia vocación humano-divina y comprometido a cambiar el mundo según el espíritu de las bienaventuranzas evangélicas. La salvación proclamada por la acción evangelizadora, es un don gratuito de Dios que sobrepasa todas las aspiraciones humanas. Por otra parte, Dios nos llama en Jesucristo a amar a los demás hombres con el mismo amor con que El nos ama. El amor a Dios y el amor al prójimo no pueden separarse; más aun, la fe tiene su cumplimiento efectivo en el amor al prójimo. Por lo tanto, sólo se da verdadera evangelización en la proclamación de la fe, cuando, anunciada la Palabra, es cumplida en la caridad fraterna.

Una comunidad cristiana que no muestre preocupación por la justicia social y la promoción de los hombres, no cumple el amor fraterno que reclama la fe cristiana. Sólo se da una verdadera conversión a Cristo cuando existe una conversión al amor al prójimo; y sólo se da un auténtico amor al prójimo, cuando existe una conversión a la justicia. Sólo así pueden evitarse un dualismo entre evangelización y promoción humana o liberación integral del hombre. La fe cristiana nos exige crear las condiciones sociales y culturales que, según los designios de Dios, permitan e impulsen la convivencia entre los hombres, fundada en el amor fraterno; condiciones que dependen de las estructuras de la comunidad política.

Por esto, es legítimo hablar de una dimensión política del amor fraterno. No obstante, las maneras concretas de realizar el compromiso político quedan a la prudencia de los cristianos y, por lo tanto, son en sí mismas discutibles. Una lucha por la justicia, que lleve consigo la negación teórica o práctica de los valores evangélicos, es obstáculo para la misma evangelización y, a veces, es negación de la misma justicia. En resumen, la evangelización no se reduce a la promoción humana pero la incluye, la exige y la lleva a su cima.

Evangelización y testimonio

Puesto que la evangelización es misión de la Iglesia, es menester que sea la comunidad la que evangeliza, mostrándose como auténtica comunidad orante, pobre y fraterna. El testimonio se debilita cuando la comunidad se masifica. Es necesario que la comunidad cristiana revise continuamente la autenticidad de su testimonio comunitario. En el testimonio de la comunidad es fundamental la convicción, manifestada por los evangelizadores y por todos los cristianos, de su fe en Cristo, expresada por la palabra y por la vida. El hombre contemporáneo acepta más fácilmente lo que se le muestra en la vida, que lo que se le demuestra con palabras. El testigo por excelencia es el "mártir". No pocos cristianos son llamados también hoy a ser testigos con su martirio en los lugares en donde se desconoce la libertad de anunciar y vivir el mensaje del Señor. A la fuerza de este testimonio ha comparado la tradición de la Iglesia, la que proviene de la vivencia de los consejos evangélicos, particularmente de la virginidad que revela y proclama la primacía de Dios, la presencia de Cristo con la novedad de su Reino y el poder del Espíritu.

Un testimonio que hoy particularmente se espera y exige de la Iglesia es el de la pobreza. Esta es, por sobre todo, una actitud de abandono confiado en manos del Padre, de despojo de nosotros mismos y de todo deseo de dominio, de renuncia a privilegios, de evangélica libertad para denunciar las injusticias, de disponibilidad acogedora y sin prejuicios para todos los hermanos, de supresión de cuanto impida a los pobres sentirnos cercanos a ellos; exige al cristiano que viva en austeridad y sencillez, desprendido de los bienes temporales, desvinculado de los poderes del mundo, abierto al diálogo, solidario con los pobres. Peculiar influencia está llamado a ejercer en me-

dio de las realidades terrestres el testimonio de los movimientos laicales apostólicos y el de las familias que viven con abnegación las exigencias del matrimonio cristiano. La Iglesia, sacramento de Cristo en la historia, debe como El, ofrecer el testimonio de su fidelidad, especialmente a través de la fidelidad de los consagrados en la vida sacerdotal y religiosa, y de su vivencia del misterio de la cruz en un clima de gozo pascual.

LA EVANGELIZACION EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

Rueda de prensa de Monseñor Alfonso López T.,
Secretario General del CELAM

El Sínodo se ha convertido en un valioso instrumento de reflexión y movilización de la Iglesia. Las Iglesias, por así decirlo, se ponen en "estado de Sínodo": en él centra la atención de muchos y hacia él se hacen converger numerosos esfuerzos.

Sobre el tema central de la evangelización en el mundo actual, además de la síntesis ofrecida por quienes han tenido a su cargo la visión panorámica general y por continentes, ha culminado ya la etapa de relaciones en el Aula con las intervenciones que han brindado su "comunicación de experiencias". Ha sido rico y variado el aporte de un elevado número de conferencias episcopales que han desplegado un interesante abanico de problemas, inquietudes, aspiraciones y actividades que han ayudado a captar la situación de su compleja realidad y a pulsar el ritmo de la Iglesia.

La evangelización es para la comunidad que se congrega en torno del Cristo vivo como su respiración: la Iglesia vive y crece en la medida en que, nacida de la Palabra del Señor, anuncia con gozo el Evangelio e invita a los hombres a decidirse por el reino de Dios.

Me corresponde hacer una síntesis sobre las intervenciones de esta primera parte, tarea ciertamente difícil, dada su variedad, su amplitud y la densidad del contenido. Forzosamente he de limitarme a brindar un resumen de las tendencias que, como constantes, parecen más significativas, al menos en lo que he podido captar y que ciertamente ofrecerán materia de reflexión y complementación en los **circuli minores**. Señalo a continuación algunas de estas constantes:

1. El fenómeno de la **secularización**: aparece como contexto obligado y una de las notas características del mundo actual. Parece un fenómeno con especial fuerza e inci-

dencia en Europa que condiciona severamente, con sus aspectos positivos y los riesgos que conlleva. En otros continentes se sugiere como algo incipiente, pero real, que va creciendo e influye notablemente en la modalidad de anunciar y vivir la fe.

2. La **juventud** se ha revelado como tema dominante en muchas intervenciones. Los jóvenes interpelan a la Iglesia y parece que sienten más dificultad en relación con la mediación de la Iglesia que a veces no experimentan como signo de salvación, que respecto a la persona de Jesucristo, hacia quien se encuentran fundamentalmente abiertos. Se señala también el impacto de ideologías que encuentran en ellos terreno propicio. Su generosidad y anhelo de autenticidad ofrece un conjunto de valores a los cuales la evangelización ha de dar respuesta.

3. Se ha mostrado, con gran interés, la tendencia —en un fuerte movimiento— hacia la interioridad, la oración, la contemplación. Este hecho recibe benéfica influencia de las grandes religiones no cristianas. Representa un signo privilegiado de la comunidad de fe, particularmente atrayente. La Iglesia es capaz de anunciar en cuanto se interioriza en la oración: vive así lo que anuncia.

4. Ha sido grande la insistencia en las experiencias positivas de las **pequeñas comunidades** o de las **comunidades de base**. Han sido caracterizadas por un conjunto de notas: son pequeños grupos que viven el Evangelio en especial dimensión de cercanía y fraternidad, en comunión con el obispo y la Iglesia universal, y celebran su fe en la Eucaristía. Parten el Pan de la Palabra y del Cuerpo del Señor y buscan compartir como hermanos lo que son y lo que tienen. Estas comunidades siguen la línea del ideal de los Hechos de los Apóstoles (2, 40-44), y constituyendo una célula vital de la Iglesia, anuncian el misterio del Señor en ella presente.

5. La **religiosidad popular** ha sido también presentada, en sus diversas formas, como elemento digno de ser tenido en cuenta y que no hay que destruir, sino asumir, profundizándola y purificándola, sobre todo cuando este fenómeno está arraigado en el alma de los pueblos y mezclado de densos valores evangélicos, como en América Latina.

6. Muy seguramente un tema que ocupará la atención en gran medida, por lo que reflejan muchas intervenciones, será la relación entre **evangelización** y **promoción humana, salvación y liberación**. Hace parte de la temática del segundo tiempo. Las intervenciones, en armonía con

las declaraciones del último Sínodo, muestran la íntima conexión existente, precisando los aspectos específicos y distinguibles. ¿Cómo entender la liberación en un sentido integral, en su aporte específicamente cristiano? ¿Cómo animar desde el Evangelio la promoción humana, sin que la evangelización se reduzca a un mero factor implícito dentro de ésta de tal manera que el **anuncio explícito**, para el que vive la Iglesia, no se debilite y evapore? ¿Cómo captar la relación entre evangelización y política, de tal modo que el mundo de la fe sirva de centro de animación para necesarias conquistas y sea conciencia crítica, sin que —por otra parte— la política, en sus diversas formas, sea el criterio central o la fe se “politice”? He aquí algunos de los interrogantes que van emergiendo.

7. No podría estar ausente la preocupación por los **agentes de la evangelización**. Inquieta fuertemente la falta generalizada de los ministros ordenados, cuya ausencia, más sensible en las iglesias jóvenes, representa evidentemente un serio obstáculo para la evangelización. Se aboga también por la diversificación y multiplicación de otros ministerios, con una mayor participación de los laicos y religiosos, que sea verdaderamente adaptada a los diversos medios. Esto está unido con el tema del **pluralismo** y la profundización en la teología y posibilidades pastorales de la Iglesia local.

8. El mundo de la **no creencia** se manifiesta también como telón de fondo y objeto privilegiado de una dinámica misionera de la Iglesia. ¿Cómo llegar a vastas zonas que no creen en Dios? Es un problema diferente del anuncio del Evangelio en regiones y sectores humanos en los que existe una fuerte experiencia religiosa, aunque no hayan recibido la Buena Noticia del Señor resucitado.

9. Se ha reflejado, en varias intervenciones, el problema de la **libertad de la Iglesia** para su misión pastoral, ahogada u obstaculizada sistemáticamente por determinadas ideologías. Y también el factor condicionante de otras formas de materialismo que crecen en el seno de sociedades de consumo, muy poco conscientes además de lo que debiera ser una relación esencial de apertura hacia Dios y de solidaria relación con los hermanos, los pueblos económicamente subdesarrollados.

10. Finalmente, el **ecumenismo**, y su relación con la evangelización, ha sido subrayado, sea porque se reconoce que el encuentro entre las iglesias cristianas la favorece al reunir fuerzas y suprimir el escándalo de la división,

obstáculo a la misión, sea porque se es consciente de los problemas que plantea, por la herencia del pasado, o a nivel de ciertas sectas proselitistas. Mucho se avanza en un ecumenismo serio, respetuoso, no irenista.

Estos son algunos de los temas que sobresalen —me parece— hasta ahora en la discusión y que serán objeto de reflexión y profundización. Los señores periodistas son invitados cordialmente a formular preguntas.

A la exposición de monseñor López Trujillo siguió un diálogo durante el cual periodistas de diversas naciones hicieron numerosas preguntas, a las que fue respondiendo el conferenciante.

Monseñor López Trujillo insistió en la libertad con la que hablan y trabajan los padres en el Aula sinodal, en la espontaneidad con las que se plantean los problemas y se sugieren las soluciones. “Los obispos —dijo— venimos para aportar, en plena unión con la Iglesia, lo que el Espíritu nos haga ver, con los ojos puestos en el bien de la Iglesia y en la intensificación de la tarea esencial de la evangelización”.

Hizo notar, por otra parte, que “en los debates sinodales, los obispos se han comunicado experiencias pastorales muy ricas e interesantes. Muchos han insistido, por ejemplo, en las pequeñas comunidades de base. Muchos también en todo lo que se realiza en el campo de la catequesis y lo que se busca y se realiza en cuanto a los catequistas en la Iglesia. Varios obispos del Africa han hablado de este punto. Otros han aludido a las experiencias positivas en el ecumenismo y el avance del diálogo al respecto. Para citar un caso concreto, el obispo de Vietnam del Norte (la primera vez que este país participa en el Sínodo), nos ha contado lo que allí un grupo grande, muy activo y ferviente de fieles, hace en cuanto a la pastoral popular. Lo ha hecho con tanta sencillez y entusiasmo que muchos quedamos ‘evangelizados’. Se ha hablado de los consejos presbiterales y pastorales. También de las formas diferentes de diálogo con las grandes religiones, con los jóvenes. Casi todo lo que ha sido expresado respecto a la juventud —en la que bastante se insistió— proviene de las experiencias pastorales”.

Respondiendo a una periodista que hizo esta pregunta: “¿Cuál ha sido la experiencia en orientación pastoral que se ha vivido en Chile en los últimos años, por ejemplo, en relación con la radicalización de sectores?”.

Monseñor López Trujillo, dijo: “Me remito a rendir un homenaje sincero al Episcopado chileno, el cual con una

conducta evangélica admirable, en las diversas situaciones, ha mantenido la más plena fidelidad a la Iglesia, hecha para evangelizar. Creo que los obispos chilenos, como puede verse en los distintos documentos, han creado las condiciones más propicias para hacer de la Iglesia una ‘mansión de diálogo’, del encuentro entre hermanos. En todas las circunstancias su interés fundamental ha sido el servicio abnegado en el cual la palabra del Evangelio es clara, oportuna. Una Iglesia que sabe está al servicio de todo el pueblo y de toda la Iglesia, sabe bien que la identidad de su misión es el mejor servicio para todos. La Iglesia comprende también que su profetismo siempre es de crucifixión, es decir, que frecuentemente no agrada a quienes se sitúan en los extremos radicalizados. La Iglesia está en el centro, no el del equilibrio o la diplomacia, sino en el centro por la gravitación del Evangelio, de la justicia, de la lucha por los hermanos. Y esto que veo de admirable de la Iglesia de Chile se podría decir de muchas de nuestras Iglesias en América Latina. Hay una especie de instinto, aun en aquellos que han podido estar alejados de la Iglesia, que saben acudir a ella con confianza cuando la necesitan”.

Sobre el problema de la violencia, en respuesta a otro periodista, el conferenciante se expresó así, hablando en línea de principios:

“Algunos se sintieron defraudados cuando el Santo Padre expresó en el Congreso Eucarístico de Bogotá que la violencia no es cristiana ni evangélica. Y, no obstante, esta enseñanza es firme y segura y está en plena consonancia con el Sermón de la Montaña. Lo que suele suceder es que muchos se hacen la imagen de una Iglesia violenta como si las reivindicaciones para ser eficaces tuvieran que pasar por este medio. En Europa suele tenerse una imagen desfigurada de la Iglesia en América Latina. Poco les interesa los enormes esfuerzos pastorales y la misma lucha por la justicia que muchísimos adelantan por los cauces más evangélicos. Se la quiere ver ‘comprometida’ no con el Evangelio, sino con la ideología y esto, tanto por sectores de extrema izquierda como de extrema derecha. La violencia teológicamente hablando, que es lo fundamental, con anclaje en el Evangelio, puede implicar en muchos casos una actitud de desesperanza; se desespera de la fuerza transformadora de Dios, quien cambia los corazones. Se desespera de la posibilidad de conversión de los hermanos. Se los desahucia. La conversión es dura y exigente. No es fácil, pero es posible. El cristiano no se deja acorralar en de-

terminismos. Flaco servicio se le presta a la Iglesia en América Latina con una sintonía de imágenes tergiversadas. Además, se ha probado que el camino de la violencia, ya en el plan estratégico no tiene tanta confianza como la que muchos grupos le concedían. Puede mucho más en el cambio de las estructuras injustas, que son un flagelo, en el subdesarrollo de América Latina, el compromiso cristiano integral y la actividad de quienes se sienten responsables del futuro de nuestros pueblos y trabajan para la creación de un hombre nuevo y de una nueva sociedad”.

¿Qué se hace en el campo de la evangelización de los pobres?, preguntó un periodista. Monseñor López Trujillo respondió:

“En el Aula, en primer lugar, se le ha dado gran importancia al tema de la religiosidad popular, que en una época fue mirada con desprecio. Hoy asistimos a una reconquista de los valores de la religiosidad popular. Son valores que hay que saber asumir, potenciar, purificar. Esto es esencial para el trabajo evangelizador, sobre todo en los medios campesinos. Aquí tiene toda su fuerza esa idea de que los pobres son el objeto predilecto de la evangelización. Es el mandato del Señor. Y son los pobres, a su vez, quienes pueden ayudar mucho en la evangelización, con sus actitudes, su vida, su concepción del mundo. Ellos son evangelizadores de los ricos, de quienes viven ahogados en formas de sociedad de consumo”.

LA EVANGELIZACION EN EL MUNDO DE HOY

SINTESIS

Monseñor Aloisio Lorscheider, O. F. M.,
Arzobispo de Fortaleza (Brasil)

Objetivo

Por parte de las iglesias particulares, comunicación entre sí y con la Santa Sede de las experiencias positivas y negativas de la evangelización en el mundo de hoy para llegar a una acción coordinada del pueblo de Dios con miras a una evangelización más eficaz (1º Instrumento de Trabajo del Sínodo).

Comunicación de experiencias.

Cuestiones teológicas provenientes de dichas experiencias.

Proposiciones concretas para ser sometidas al Santo Padre, aptas para fomentar la evangelización en el mundo de hoy (2º Instrumento de Trabajo del Sínodo).

Temática más sentida

Tema de indigenización: el intercambio entre el Evangelio, la vida y la cultura indígena de un pueblo o continente: África.

Tema de las grandes religiones no cristianas: ellas viven y se renuevan; la mayor parte de la población adhiere a ellas; a veces gozan de protección oficial o cuasi-oficial del Estado. Forman muchas veces la identidad nacional porque nacieron en la propia región y ejercen allí gran influjo, en plena vivencia de adaptación al pueblo. La Iglesia dentro de ellas es minoría y es extranjera: Asia.

Tema de la liberación en sentido teológico, ético, social-pobreza, subdesarrollo, injusticia, opresión: América Latina.

Tema de **secularización** (con el peligro del secularismo en sentido materialista) y de la sociedad de consumo. Industrialización, urbanización, influjo de la ciencia y de la técnica: Europa Occidental, Estados Unidos y Canadá, Australia.

Tema del **ateísmo programático** o de la **negación total del Evangelio y de la religión en general** tanto en el hombre como en la sociedad: países comunistas.

Tema de **religiosidad popular**: América Latina, Africa, Asia.

Tema de la **juventud**.

Tema de la **mujer**.

Tema de los **no practicantes**.

Línea de ideas

La **evangelización**, fue de modo general tomada en sentido más amplio, para indicar cualquier **actividad de la Iglesia** en la que se suscite y alimente la fe, se lleve a la conversión, se hagan los hombres participantes del misterio salvador de Cristo proclamado en el Evangelio y expresado en la vida.

Esta actividad consta sobre todo de cuatro elementos: predicación de la Palabra, celebración de los sacramentos, testimonio de vida y animación cristiana de la realidad temporal.

Esta evangelización debe ser realizada por toda la Iglesia: Papa, obispos, presbíteros, diáconos, religiosos e institutos seculares, vida consagrada en el mundo: laicos (muy particularmente los padres de familia, jóvenes evangelizadores de los mismos jóvenes, catequistas, teólogos).

En primer lugar, sin embargo, la evangelización está encargada a los Apóstoles y a sus sucesores, con San Pedro y su sucesor a la cabeza, en este sentido, en cuanto debe concordar con el testimonio de los Apóstoles y estar en comunión con sus sucesores, la evangelización es apostólica.

La evangelización y con ella la Iglesia como responsable de la evangelización no puede ser **extraña** en ninguna parte del mundo. Debe ella en todos sus aspectos **encarnarse** en el propio ambiente; volverse propia de **cada lugar**. Esto implica **aculturación**. No puede dar la impresión de ser sólo de Occidente o ser sólo Latina.

Debe ser capaz de ejecutar todos sus servicios con su personal y sus recursos. Para realizar su misión debe gozar de **libertad de acción** a fin de poder ejercer su responsabilidad de hacer presente el misterio de Cristo en el **aquí y en el ahora**.

Debe estar abierta a la sociedad en que vive y a las demás Iglesias, en mutua comunión y servicio.

No puede **identificarse** con ningún poder, sistema político, "status quo" (imagen de la Iglesia).

La propia esencia católica de la evangelización y consecuentemente de la Iglesia que es su responsable exige, a la Iglesia local, **particular**, con su método de evangelización, su pedagogía catequética, su liturgia, que sea expresión y celebración de la vida concreta y del mundo en que está inserta.

La evangelización debe aspirar para los fieles a una **fe viva y personal**, llevar a un testimonio de vida que se exprese en la **oración**, en la **experiencia de Dios** (contemplación, vida interior) en la **pobreza**, en la **fraternidad** (caridad, justicia) provocar un esfuerzo constante de conversión de sí mismo (en la Iglesia, en todos nosotros).

La evangelización debe realizarse en la **comunión** de las Iglesias entre sí y con la Iglesia de Roma, además de exigir esfuerzo y acción constantes más válidos para la **unidad**: todos los cristianos (**ecumenismo**, problema de la intercomunión y de los ministerios) todos los hombres (la Iglesia sacramento universal de unidad). En el discurso de apertura del Sínodo, por la tarde, el Santo Padre se expresó así sobre el ecumenismo: "Este problema deberá ser estudiado con el espíritu y según las normas que le son propias, pero también con renovada caridad y con esperanza siempre nueva".

Y sobre las religiones **no cristianas**:

"No podemos dejar de referirnos también a las religiones no cristianas que no deben ser tenidas como rivales ni como obstáculos a la evangelización, sino más bien como dignas de más humana y respetuosa consideración y de una amistad futura ya iniciada antes".

Líneas de acción y prioridades de evangelización resultantes

Aunque el Sínodo no haya sacado conclusiones de las premisas asentadas, opino que con razón, basado en todo lo que se dijo y se vio, puede afirmarse que en la mente

del Sínodo, las siguientes líneas de acción y prioridades pastorales merecen atención especial en el futuro esfuerzo del evangelizador:

La profundización teológica y vivencia de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo.

La intensificación de la acción bíblica, catequética y litúrgica.

La continuada acción por la justicia informada siempre por la caridad.

La religiosidad popular.

La formación de las comunidades eclesiales de base.

La formación de los agentes de evangelización.

La atención especial a la pastoral de la juventud y de la familia.

La reflexión continuada sobre el lugar de la mujer en la Iglesia y en el mundo.

Mayor presencia y actuación más positiva de la Iglesia en los medios de comunicación social.

El Sínodo y su objetivo

¿Consiguió el Sínodo sus objetivos?

Respuesta difícil y complicada. Sin embargo, juzgo que en parte muy notable obtuvo lo que se propuso.

Hubo:

Comunicación de experiencias.

Esclarecimiento de ciertas actitudes pastorales: movimiento carismático, comunidades eclesiales de base, promoción humana y evangelización.

Reafirmación de ciertos principios fundamentales del Vaticano II: principio de la participación corresponsable, principio de la fisonomía propia de cada Iglesia particular.

Retoma de conciencia del mandato evangelizador y de su imperiosa necesidad.

Testimonio vivo del afecto colegial y de la vivencia de la comunión eclesial.

Discurso final del Santo Padre

“No podemos dejar de sentirnos invadidos por un sentimiento de sincera satisfacción y optimismo... El Sínodo

pone en manos del sucesor de Pedro, para beneficio de toda la Iglesia, un conjunto válido y rico de reflexiones, sugerencias y propósitos. Confiamos esta riqueza doctrinal y pastoral a la ayuda de la gracia divina. Al mismo tiempo no podemos menos de alabar al Señor por las cosas múltiples y óptimas que este Sínodo nos ofrece. Creemos... poder decir, en el momento de esta afectuosa despedida, que se trató de una experiencia claramente positiva”.

“En la multiplicidad de los asuntos tratados no podemos pasar en silencio la espontaneidad y la sinceridad demostradas, pero no todos los elementos aportados se podrán conservar. Algunos de ellos aunque justamente deslindados, deberán ser relativizados en determinados aspectos, otros deben ser más delimitados, matizados, complementados, profundizados. Citamos algunos sobre los cuales no podemos guardar silencio”:

“El ejercicio de la función del sucesor de Pedro no podrá quedar reducido a circunstancias extraordinarias. El sucesor de Pedro es y continúa siendo el pastor ordinario de todas las ovejas, de todo el cuerpo”.

“Es necesario hallar expresión más plena de fe, pero de acuerdo con los ambientes racial, social y cultural. Por lo demás, esta expresión más plena nunca deberá perjudicar el contenido de la fe, que ‘o es católico o no es católico’. Pedro y Pablo no desfiguraron la fe para adaptarla al antiguo mundo judaico, griego o romano. Al contrario, tuvieron el mayor cuidado en velar por su autenticidad, por la verdad una y única del mensaje presentado en la diversidad de los lenguajes”.

“La totalidad y la integridad de la salvación no deben confundirse nunca con esta o aquella liberación. No se puede acentuar demasiado a nivel temporal la promoción humana y el progreso social con perjuicio de lo esencial del Evangelio que deberá conservar toda la originalidad propia: la de un Dios que salva del pecado y de la muerte y nos introduce en la vida divina. No se acentúe tanto la inmanencia hasta el punto de perder de vista la trascendencia y viceversa, como es evidente”.

“Notamos con agrado la esperanza que representan las pequeñas comunidades cristianas y el hecho de que ellas tienen que ver en cuanto a su origen con la acción del Espíritu Santo. Estas comunidades no pueden considerarse como disociadas de la comunión de todo el cuerpo ni desligadas de la legítima autoridad eclesiástica a merced del arbitrio de cada una”.

III

EL CELAM: PREPARACION PARA EL SINODO

ALGUNOS ASPECTOS DE LA EVANGELIZACION EN AMERICA LATINA

Elementos de reflexión que el Consejo Episcopal
Latinoamericano ofrece al próximo Sínodo de Obispos *

Introducción

Reflexionar sobre "la evangelización del mundo contemporáneo", tema del próximo Sínodo Episcopal, implica ahondar en la naturaleza y misión pastoral de la Iglesia. La Iglesia es fundamentalmente la comunidad reunida por la Palabra, portadora de la Buena Nueva, que anuncia al mundo. Es, pues, comunidad que evangeliza.

La celebración del Sínodo además de un denso y significativo servicio colegial a toda la Iglesia en el sucesor de Pedro, representa una expresión de la comunión vital de nuestras Iglesias particulares, las cuales para su adecuada preparación, entran en un proceso de estudio, meditación, oración, que las enriquece notablemente para su específico y variado aporte en el seno de la Iglesia universal. Los obispos, principio de unidad de las comunidades encomendadas a su celo pastoral, reflejan y hacen presente la vida de sus iglesias, cuya circulación de caridad, en la comunión de comuniones, es la esencia misma de la única Iglesia.

En todo el mundo las comunidades se han puesto nuevamente en fecunda tensión hacia el Sínodo. Las Conferencias Episcopales y, dentro de estas, las Iglesias particulares, están adelantando el estudio y la reflexión a la que han sido invitadas. En América Latina algunas conferencias ya se han reunido para tal efecto y han dado a conocer el fruto de sus trabajos en documentos que serán objeto de fraterno intercambio y estudio.

El CELAM, de acuerdo con su misión de servicio a los obispos de América Latina y por su medio a las comunidades, como en otras ocasiones, ha juzgado conveniente

* Documento elaborado por el Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral del CELAM.

preparar un material de estudio que ahora ofrecemos como un modesto aporte sobre todo a los pastores. Ayudará, quizás, por su perspectiva que trasciende el marco geográfico de las conferencias, en un enfoque más amplio, a consolidar, complementar y ampliar en unos casos; a establecer puntos nuevos de referencia o de confrontación en otros, los trabajos elaborados en las diversas Asambleas Episcopales.

Séanos permitido hacer algunas sencillas advertencias, útiles para captar el enfoque, sentido y estructura de estas páginas.

Hemos tenido ante nuestros ojos el documento "De evangelizatione mundi hujus temporis". Ofrece una amplia gama de interrogantes de carácter teológico y pastoral, a cuyo estudio invita a las Conferencias Episcopales y a las Iglesias particulares. Esta modalidad nos ha parecido un acierto. Hemos abordado tan sólo algunos temas más ligados a nuestro contexto latinoamericano y cuya importancia es mayor, considerada nuestra situación. La necesaria brevedad exigía también esta selección.

El estudio que presentamos ha sido precedido de un conjunto de aportes, de indudable interés, provenientes de los distintos Departamentos del CELAM. Cada uno de estos ha reflexionado, partiendo de su acción pastoral, que ponen de manifiesto en la forma de concebir la evangelización en sus propias áreas.

Tratándose de trabajos más bien especializados, es explicable que en este documento no estén asumidos en el grado que hubieran merecido.

Hemos intentado partir de un contexto históricamente situado. La vida de nuestros pueblos, las grandes etapas del proceso de evangelización, con sus aciertos y lagunas, forjan, en estrecha amalgama nuestra presente situación pastoral. Forzosamente nos hemos limitado a algunas líneas y a sencillas indicaciones que bien valen la pena ser ampliadas y ajustadas a la realidad de las distintas Iglesias. Otros puntos, como son el proceso de secularización, la religiosidad y el catolicismo popular, la Iglesia como sujeto y agente de la evangelización, principalmente por medio de las comunidades de base, han atraído más nuestra atención porque nos parece que hay rasgos peculiares y experiencias propias que señalan diferencias, a veces sensibles, con Iglesias de otros continentes.

Nos hemos detenido menos en el contenido mismo de la evangelización. Apenas lo hemos abordado con rasgos generales. Es algo que requiere mayor profundización.

Una evangelización que parte de la experiencia vital de Cristo presente en la Iglesia, en quien el Reino se acerca, y que es anunciado gozosamente como causa de salvación, lleva a la respuesta personal, libre, responsable, en el seno de la comunidad. Esta respuesta de fe se abre necesariamente a responsabilidades, compromisos y opciones con nuestros hermanos en el corazón de nuestra historia. Por eso el documento estará penetrado del espíritu de la Segunda Conferencia del Episcopado de Medellín, en una perspectiva de liberación integral que conlleva la opción por los pobres y la lucha evangélica por la justicia, la cual, en expresión del último Sínodo, es dimensión constitutiva de la evangelización.

El tema de evangelización, con toda la problemática que implica, es central. Por ello, no lo hemos reducido sólo a una de sus posibles dimensiones.

El equipo de Reflexión Teológico-Pastoral del CELAM, de carácter interdisciplinar, ha elaborado estas páginas en su reunión de Mar del Plata. Esta ciudad evoca la etapa decisiva para la Conferencia de Medellín, durante la cual se profundizó en las exigencias de la presencia de la Iglesia en nuestro mundo en cambio. Se convierte en un símbolo de nuestro compromiso de evangelización en el seno de la Iglesia a nuestros pueblos enraizados en una misma fe y una misma esperanza.

Hemos dividido la materia así:

- I. Visión histórica introductoria.
- II. Contexto socioeconómico de América Latina.
- III. Aspectos políticos.
- IV. Secularización y evangelización.
- V. Religiosidad popular.
- VI. El contenido de la evangelización: (Aspectos bíblicos y Aspectos teológicos).
- VII. Principios de la evangelización.
- VIII. Agentes de la evangelización.

I. VISION HISTORICA INTRODUCTORIA

El documento preparatorio para el Sínodo parte de un hecho decisivo que está en la base de todos y cada uno de los problemas planteados. En efecto, afirma "se está comenzando un nuevo estilo de vida, fruto de la industrialización, de la urbanización, de la independencia ad-

quirida por parte de nuevas naciones, etc. Es más, la misma estimación y escala de valores van cambiando en la conciencia de los hombres”¹.

Un adecuado tratamiento de las cuestiones que suscita la evangelización nos exige este rápido recuento histórico, que ayudará a comprender la etapa en que nos encontramos. El olvido de la historia de la Iglesia en América Latina, con su dinámica propia, nos haría incurrir en planteamientos abstractos y deshilvanados. Para orientarnos, para proyectarnos hacia el futuro, tenemos que preguntarnos de dónde venimos, e indagar en el pasado que nos condiciona. Una visión global, así sea a grandes rasgos, es indispensable para atender nuestra peculiaridad latinoamericana.

Las Iglesias de América Latina surgen dentro del gran proceso colonizador y colonial que inicia Europa en el siglo XVI por medio de España y Portugal. Se produce el encuentro de culturas y niveles de desarrollo sumamente disímiles. La síntesis se hará bajo el factor arrollador de la cultura ibérica, correspondiente a una etapa de especial esplendor y pujanza. Se inicia entonces el proceso de una gran fusión, de un ingente “mestizaje”, en todos los planes. Se conforma, a la vez, un verdadero mosaico, dadas las hondas diferencias, que impide hablar de una verdadera homogeneidad.

El profundo principio de unificación de nuestros pueblos comenzó realmente con la evangelización, a través de grandes vicisitudes, con contenidos y formas propias del alma ibérica y del proceso de reacción contra la reforma protestante. La tarea de la evangelización y el primer asentamiento de las Iglesias latinoamericanas, se realizan bajo el signo del Concilio de Trento, que está a la base del catolicismo latinoamericano. Trento tuvo su adaptación y recreación entre nosotros, especialmente en los famosos Concilios Provinciales de Lima y México.

La concreta modalidad de la evangelización tuvo sus grandes méritos y aciertos, sus límites y yerros. Hubo un indiscutible ímpetu misionero, un anhelo de anuncio del Evangelio, de conversión de los aborígenes, ligado estrechamente a la fuerza de condicionamientos políticos. Aun dentro de tan severa dependencia, la evangelización hizo reconocer una humanidad común, una condición cristiana a todos, una igualdad ante Dios. Al margen de la proclamación evangélica, las diferenciaciones y discriminaciones, teórica y prácticamente, habrían sido mayores

1 Documento Sinodal, Proemio.

y el nuevo mundo se hubiera congelado en verdaderas castas rígidas e inaccesibles. La Iglesia evitó en esencia el racismo, a pesar de las condiciones sociales que lo promovían. Desde el principio los misioneros estuvieron por la libertad y el reconocimiento de la racionalidad de los indios, y Roma así lo proclamó. Esto no impidió la formación de neofeudalidades. Roma condenó la esclavitud, pero esto tampoco impidió que las potencias europeas generaran grandes sociedades esclavistas, sin antecedentes desde el Imperio Romano y el Islam. De este modo, surgió y se fue acuñando una cristiandad muy original, distinta de la medieval. La cristiandad indiana dependiente fue azotada por grandes diferencias sociales y culturales. Sin embargo, la Iglesia y el idioma echaron desde el principio, las bases de la unidad común de América Latina.

Para la corona española la Iglesia estaba incluida entre sus medios de expansión, pero no se puede negar un real interés misionero. La Iglesia misionera, en sectores muy significativos, fue defensora del indio, aunque las situaciones de injusticia permanecieran. Hay que rescatar para la historia el ejemplo de obispos que integraron en su misión evangelizadora la defensa denodada de la dignidad y de los derechos de los indios. Es el caso de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Antonio de Valdivieso, Juan del Valle y tantos otros que merecen el título de protectores de indios, título que después sería renovado en el Concilio de Lima. Es una evangelización que adquiere su mordiente profética².

2 En diciembre de 1511, Montesinos, en la isla La Española, clamará: “Debo haceros conocer las faltas que cometéis contra los indios; para eso he subido a este púlpito yo, la voz de Cristo que clama en el desierto de esta isla... Estáis en pecado mortal a causa de las crueldades que cometéis contra una raza inocente”.

En Cuba, Las Casas, siendo cura encomendero, comprende su nueva misión profética, cuando lee el texto del Eclesiastés 34, 18-22: “Es matar al prójimo el quitarle su subsistencia, es derramar su sangre el privarle del salario debido”. Antonio de Valdivieso, en Nicaragua, lucha denodadamente en favor de los indios, entre incomprensiones y persecuciones que terminarán con su asesinato. Escribe: “Son tan sospechosas mis cartas en estas partes... que no sólo se teme que acá serán perdidas según la costumbre que se sabe imponer, pero aún llegadas a esos reinos se teme que haya persecuciones; por eso escribo de prisa esta carta para que Vuestra Majestad tenga noticia... de la gran necesidad que hay en estas partes de buena justicia”. Juan del Valle, obispo de Popayán, se queja a la Audiencia de Quito, en carta del 8 de enero de 1511: “Están los indios peor tratados que cuando entré en esta tierra...”. En sus Sinodos Diocesanos defendió doctrinalmente el derecho de los indios a poseer sus tierras y ser libres. Caminaba hacia el Concilio de Trento, con documentos probatorios de las injusticias contra los indios, cuando murió.

Los misioneros quisieron hacer una evangelización pacífica. A veces, sin que se acepte la desfiguración de "la leyenda negra", la espada estuvo presente y cronológicamente llegó primero. Cuando se inicia el proceso de las evangelizaciones metódicas, que suceden a los primeros lustros de carácter más bien esporádico, se dan serios esfuerzos de transmisión del mensaje, empleando ya intérpretes, ya estudiando variadas lenguas y dialectos. Esto permitió la elaboración de catecismos y gramáticas. No se superaba, sin embargo, el riesgo de una evangelización masiva y poco profunda. Cuando la Iglesia se va afianzando, viene la época de los grandes Concilios Pastorales, del anhelo de la Iglesia latinoamericana, de poder organizar definitivamente la nueva Iglesia, o en expresión de Santo Toribio de Mogrovejo, símbolo de semejante empresa, "la nueva cristiandad de las Indias". Se manifiesta entonces un cuidado mayor para la evangelización y la catequesis. Se imparten interesantes normas pastorales³.

Se organizan doctrinas y parroquias. El más importante de los Concilios Provinciales Americanos, convocado por Santo Toribio y realizado entre los años 1582-1583 (III Concilio Limeño) trata como primer tema lo relativo al catecismo, que sería escrito en quechua y aymará. Es además notable su celo por los indios, negros y niños. Recomienda expresamente, que en los indios reconozcan a "súbditos libres y no a siervos" y que los "protejan y conduzcan como a hijos". No obstante, la segregación del indígena pesará fuertemente y la Iglesia estará más presente en la cristiandad hispano-criolla.

El Patronato condicionó y limitó evidentemente la actividad de la Iglesia. Las comunicaciones de los obispos con Roma debían pasar por la censura de la corona y sólo llegaban a su destino subrepticamente⁴.

3 El 27 de abril de 1559, en la ciudad de México, se reunieron varios obispos y dieron a conocer sus conclusiones, bajo el nombre de "Capítulos de la Junta Eclesiástica". Allí se pide que en Pascua y Pentecostés se hagan los bautismos de "adultos de gentiles sanos... salvo si al obispo o ministro constare no venir perfectamente instruidos". Es, pues, una aproximación al catecumenado. "Somos informados de que en lo del Santísimo Sacramento de la Comunión, entre los ministros de la Iglesia ha habido y hay duda de si se deba dar o no a los naturales y cristianos que se confiesan, nos pareció debíamos declarar que siendo los naturales cristianos y verdaderos penitentes, y tales que al cura o confesor que en esto ha de ser juez, no le constase de cosa porque no se le pudiese o debiese negar, salvo ser indios nuevamente convertidos y hallarse que estos tales tienen capacidad...".

4 En los albores mismos de la evangelización, Fernando el Católico protestó por la erección de dos diócesis por Julio II, el 15 de noviembre de 1504. No se hicieron efectivas.

Gran importancia tienen en el siglo XVII las Reducciones de los jesuitas, que ayudaron a organizar mejor la defensa del indio. Vino después una época de decadencia en el siglo XVIII. La expulsión de los jesuitas (partieron más de 2.200 padres) y la dificultad de viajar hacia América Latina que experimentaban los nuevos misioneros, representó un gran retroceso. En estas crisis ha de ubicarse el problema y no en la evangelización primitiva. En la opinión de serios investigadores se va tomando más conciencia de que donde se realizó en verdad la evangelización, el cristianismo ha permanecido hasta nuestros días.

La evangelización de América Latina tiene también lugar según los moldes de la religiosidad popular española del siglo XVI. Es el pueblo español el que se traslada al nuevo mundo con los conquistadores (con excepción de casos aislados de la clase intelectual), y lleva sus creencias y su imaginería barroca, que constituyen el trasfondo de la cultura popular de América Latina.

Un pueblo que no puede expresar su fe en categorías intelectuales, revela en su expresión religiosa una comprensión intuitiva honda de algunos misterios, como la Encarnación. Las pautas fundamentales de la evangelización y del culto son de corte tridentino. Junto a manifestaciones sacramentales, se da enorme importancia a lo devocional, muchas veces como compensación de una liturgia que les era distante, por su fijación en latín. Adquiere gran relieve, muy significativo por cierto, la devoción mariana, el rosario, las procesiones, etc. Atender a estos comienzos religiosos es fundamental, pues están a la base de lo que actualmente se denomina "catolicismo popular". Por otra parte, aparecen, es obvio, numerosos y nuevos sincretismos en la aculturación con el negro y el indio, a pesar de que la tarea de los misioneros, por su reacción contra el Islam y contra la reforma protestante, estaba orientada con una conciencia claramente anti-sincretista.

Estas nuevas síntesis son a veces criticadas con frivolidad, pues se toma como "modelo" un cierto tipo de catolicismo europeo, olvidando que a su vez este es hijo de otros sincretismos, romano, griego, germano, etc. Nada más lógico que la Iglesia asuma y tenga las huellas de las culturas por las que atraviesa y fermenta.

El comienzo del siglo XIX señaló una gran fractura histórica. Las guerras de la independencia y la formación de múltiples estados latinoamericanos, dejaron a nuestras Iglesias casi sin episcopado, sin seminarios, etc. La escasez de clero comenzó a partir de entonces. Frente a se-

mejante desmantelamiento hubo que reorganizar a toda la Iglesia en un nuevo contexto y con nuevos cuadros. Esa es la tarea que emprende Roma intensamente en toda la mitad del siglo XIX. En realidad es el primer contacto directo y estable del papado con América Latina, que antes había sido vedado por el Patronato Regio. Este es heredado por los nuevos estados, que quieren también controlar a la Iglesia, a pesar de la resistencia de Roma al respecto. Hay que decir que sólo con las separaciones de la Iglesia y el Estado en su conjunto en las primeras décadas del siglo XX, la Iglesia puede liberarse, en muchas partes, del yugo del Patronato estatal y adquirir independencia de movimientos.

En su conjunto, salvo escasos países, podemos decir que el siglo XIX señala el fin de la cristiandad indiana, su agonía. Y hay nuevos hechos de inmensa importancia. En primer lugar, en Europa se había iniciado el arranque de la revolución industrial, y América Latina se convierte en zona agroexportadora dependiente de las nuevas potencias industriales. Aunque recibe influencias del mundo nuevo urbano-industrial-europeo en sus élites ciudadanas y entra en la órbita de la nueva sociedad industrial europea, luego norteamericana, sin embargo, América Latina no se industrializa. Por otra parte, los tiempos revueltos de la independencia y disgregación, presencian el surgimiento de las primeras "élites" intelectuales no católicas, anticlericales, herederas de la ilustración francesa y del utilitarismo inglés. Anteriormente se había iniciado en España la ilustración, de cuño católico. La ilustración esboza los rasgos de la modernidad. Toma importancia la ciencia, la técnica, un nuevo tipo de racionalidad. Su sensibilidad religiosa es antibarroca. En la independencia, en que tuvo gran participación el clero, aparecieron ya los síntomas de una ilustración anticatólica. Esto se consolidará luego de la independencia. Desde entonces, la Iglesia ha venido perdiendo en América Latina buena parte de las élites intelectuales, aunque en forma bastante compleja, ya que en algunos sectores se percibe desde una cierta simpatía moral o estética hasta una franca hostilidad.

La Iglesia católica, en cierta forma, se rehace a partir de la segunda mitad del siglo XIX y su signo es el Concilio Vaticano I con su correspondencia en el Concilio Latinoamericano de Roma. Nuevos cuadros se forman especialmente en el Colegio Pío Latinoamericano, según las pautas romanas de entonces. El papado juega un papel decisivo en la reconstitución de las Iglesias latinoamericanas, las cuales, por sus propios medios, no hubieran podido hacerlo. El influjo de Europa es notable en las élites latino-

americanas, dentro de las que se produce un desarraigo de su propia historia y contexto, que también se opera en sectores eclesiásticos, que habiendo recibido su formación en Roma, con todos sus valores, tenían el riesgo de perder contacto con los problemas específicos de América Latina.

La renovación católica del siglo XIX, sin embargo, se liga a una gran renovación religiosa europea. Vienen nuevas Ordenes y Congregaciones, se levantan escuelas, se recibe un nuevo conjunto de formas de espiritualidad y devociones, en continuidad con el bagaje de la tradición anterior. Quizá esta fácil continuidad existencial, restó visibilidad al desarraigo de las pautas intelectuales⁵.

Esa falta de la conciencia histórica se liga naturalmente a la falta de creatividad, remplazada por la asunción casi mecánica de normas sin atender suficientemente a sus propias y específicas circunstancias. En todo este período, la vida latinoamericana seguía siendo primordialmente rural, y esto impregnaba hasta sus propias ciudades.

Una nueva época se abre con el Concilio Vaticano II. Su correspondencia latinoamericana se objetiva especialmente en Medellín. Las circunstancias latinoamericanas son muy distintas. Desde la gran crisis de 1930 y la segunda guerra mundial, la industrialización había comenzado en América Latina de modo perceptible y ponderable. América Latina comienza a dejar de ser un mundo agrario-urbano, y comienza a transmutarse en urbano-industrial. El equilibrio entre lo rural y lo urbano se modifica notablemente. Aun en las regiones en que la mayor parte de la población es rural, lo decisivo, lo que determina el conjunto, es el proceso urbano-industrial⁶.

La Iglesia se ve sacudida por el cambio tan profundo que representa el tránsito de una cultura agraria, en la que ella nació y se desarrolló, a la revolución urbana, industrial, dada a la revolución científica, físico-matemática.

5 Un ejemplo nos parece sintomático: mientras que en esa época los distintos estados latinoamericanos escriben sus historias nacionales, ninguna Iglesia local hizo una tarea semejante. No escribió su historia. Sólo muy lentamente, y por esfuerzos aislados, pero no por una necesidad sentida colectiva, hubo algunos esfuerzos en este orden.

6 Bajo muy otras características, América Latina se encuentra en un proceso que ya realizaron Europa Occidental y Estados Unidos en el siglo XIX, o Rusia y Japón en la primera mitad del siglo XX. Este es un aspecto común, en general, a todo el Tercer Mundo, dependiente, condicionado, y en conflictos con el poder en los países económicamente desarrollados.

Aparecen nuevos estilos y condiciones de vida, nuevos tipos de racionalidad. La Iglesia, forjada durante siglos en pautas urbano-agrarias, necesita recrear sus modos profundamente. La base existencial de otros tiempos ha desaparecido. Como este tránsito y su ajustamiento correspondiente a las nuevas circunstancias no se da en poco tiempo, hay desgarramientos y sensibles confusiones, provocadas por el hecho de que el desarrollo urbano-industrial se produjo vinculado con ideologías difícilmente compaginables con los valores cristianos. Las dificultades han venido de diferentes conceptos: por una parte, se creyó, sin fundamento, que la razón científica positiva era la única forma de razón. Por otra, se juzgó que modos rurales de vida eran esenciales a la vida cristiana. La secularización y la desruralización, han corrido parejas. En la medida en que la Iglesia no estuvo suficientemente presente en la interpretación y conducción de este proceso, su orientación se ha hecho al margen del espíritu cristiano. Tenemos ahora una gran experiencia al respecto, y la Iglesia de América Latina es más consciente de que ha de asumir en toda su dimensión la creación de la sociedad urbano-industrial latinoamericana, tributaria de determinados moldes de secularización, como si esto fuese inherente al proceso. Sobre esto volveremos más adelante.

Podría afirmarse que el Concilio Vaticano II es el primer Concilio de la era urbano-industrial, en la Iglesia. Los grandes efectos se inscriben en un momento de la historia latinoamericana muy particular.

Si el siglo XIX fue el de la constitución de múltiples estados latinoamericanos poco relacionados entre sí, ya desde comienzos del siglo XX se inicia una nueva conciencia de la unidad de América Latina, de sus bases culturales comunes, en algunos sectores representativos. Con el comienzo de la industrialización, los países empiezan a plantearse cada vez más la cuestión de la necesidad de una acción conjunta. Es un proceso de búsqueda de su identidad. Esto se produce simultáneamente con otro fenómeno: las fronteras entre los países se convierten en zonas de tensión, políticas y aun ideológicas. Varios países se encaminan hacia la elaboración y ejecución de proyectos propios, lo cual lleva a que la anhelada integración choque con fuertes obstáculos.

Dentro de este panorama, la Iglesia manifiesta también ese movimiento de conciencia de unidad latinoamericana que se objetiva visiblemente en el CELAM. La Iglesia en América Latina representa el mejor vínculo entre nuestros pueblos, lo cual hace que su responsabilidad se acreciente. La II Conferencia General del Epis-

copado Latinoamericano, celebrada en Medellín, es símbolo de esta convergencia hacia la dinamización de su misión evangelizadora, en la que se recupera la dinámica misional primigenia, y su presencia profética. Su opción por los pobres, por los menos favorecidos, por los hermanos más pequeños, en el compromiso evangélico de la lucha por la justicia, elementos tan esenciales a la Conferencia de Medellín, podrían simbolizarse hoy en el aniversario de Bartolomé de las Casas.

Cabe hacer resaltar, también, que el Concilio Vaticano II y Medellín —adaptación de aquel y su recreación para América Latina— han representado un extraordinario movimiento de renovación de toda la Iglesia en el continente, antes un poco estática y quizás encerrada sobre sí misma. Se ha iniciado un gigantesco tránsito. Acaba la primacía de los ritmos plurales. Todo se replantea⁷. La acelerada transición implica para nuestras Iglesias una fuerte sacudida, altamente fecunda. No faltarán, desde luego, aspectos negativos y elementos positivos. Lo más notable, así nos parece, es la instauración de una nueva dinámica: nuestra Iglesia va tomando conciencia de su identidad latinoamericana, de su vocación específica y original, en el seno de la Iglesia universal y en plena comunión con ella⁸. En conjunto la Iglesia tiende a retomarse dinámicamente, ahondando en las exigencias de su naturaleza y su misión, con una mayor conciencia evangélica, de su contexto, de su pasado y de las urgencias que la proyectan al futuro⁹. Así, la evangelización de

7 El posconcilio significa igualmente, en una primera etapa en América Latina, una cierta reacción contra pautas y valores que se habían incorporado al alma de nuestros pueblos, por la influencia de Trento, y en el subsuelo barroco a que anteriormente aludimos. Se negaba el pasado, en una seria fractura y en algunos casos se intentó arrasar prácticamente con expresiones de la religiosidad popular, en nombre de nuevas pautas. Algunas élites católicas se inclinaban hacia motivos franceses, holandeses, alemanes, que aplicaban casi literalmente en nuestro medio. Así pretendían reemplazar la influencia romana sometida a una avalancha de dudas y desconfianza. Se observa ya en muchas partes una amplia recuperación, dentro de una visión pastoral realista.

8 Es algo señalado expresamente en Medellín: "En esta transformación, detrás de la cual se expresa el anhelo de integrar toda la escala de valores temporales en la visión global de la fe cristiana, tomamos conciencia de la 'vocación original' de América Latina: 'vocación a aunar en una síntesis nueva y genial, lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros nos entregaron y nuestra propia originalidad'". Introducción a las Conclusiones, 7. "Es el momento histórico de América Latina el acicate para esta toma de conciencia, a la luz de la Palabra" (Ibidem, 1).

9 "Como hombres latinoamericanos, compartimos la historia de nuestro pueblo. El pasado nos configura definitivamente como seres latinoamericanos; el presente nos pone en una coyuntura decisiva

América Latina, que parte de la proclamación de Cristo muerto y resucitado, centro y sentido de la historia, nos abre a responsabilidades bien concretas en el corazón de nuestra historia, que se inserta en la historia de salvación. Una evangelización sin historia, y sin una particular sensibilización hacia los problemas que ella acarrea, sería una proclamación abstracta, desarraigada, por más que se diera a su lenguaje un énfasis "existencial".

América Latina está lanzada, irreversiblemente, a la constitución de una sociedad urbana-industrial. La quiere original, propia, sin dominaciones, y sólo la puede realizar si de algún modo unifica sus esfuerzos.

Tal, en un rápido resumen, el marco en que se nos plantean hoy los problemas de la evangelización en América Latina, los problemas de la Iglesia en su contribución a la lucha por el desarrollo y la justicia en el continente.

II. CONTEXTO SOCIO-ECONOMICO DE AMERICA LATINA

Nos referiremos sólo a unos puntos, en una visión necesariamente global, que ya fue considerada por la Conferencia de Medellín. Esto permitirá situarnos mejor en nuestra compleja y difícil realidad y ayudará a que integremos convenientemente la evangelización en un proyecto de liberación integral.

Antes de entrar en la síntesis del contexto de América Latina en sus rasgos comunes, es necesario recordar las diferencias que existen entre los países que componen este continente. Hay entre ellos diversos niveles de desarrollo económico, y diferentes posibilidades que generan desigualdades evidentes. Aun en el interior de cada país se encuentran áreas y grupos humanos muy heterogéneos, con sus respectivos grados de desarrollo socio-económico como también con sus sub-culturas propias. Sirva como ejemplo, dramático por cierto, el abismo que separa las poblaciones de los grandes centros metropolitanos de aquellas que viven en sectores de la altiplanicie andina o en las selvas amazónicas. No obstante estas grandes diferencias existentes, hay también rasgos comunes, algunos de los cuales vamos ahora a señalar.

y el futuro nos exige una tarea creadora en el proceso de desarrollo. América Latina, además de una realidad geográfica, es una comunidad de pueblos con una historia propia, con valores específicos y con problemas semejantes. El enfrentamiento y las soluciones deben responder a esa historia, a esos valores y a esos problemas" (*Mensaje a los pueblos de América Latina*).

América Latina se sitúa en el contexto de los países del Tercer Mundo. En estos países en que se experimenta un creciente sentimiento de frustración, por la dureza de las circunstancias en que se vive, aumenta el anhelo por un desarrollo socio-económico que permita satisfacer las justas expectativas tanto individuales como colectivas. Todo esto se capta como una nueva corriente de esperanza y de liberación. Son enormes las dificultades que obstaculizan la lucha por el desarrollo integral; la persistencia de estructuras neocolonialistas, tanto internas como externas, constituyen una barrera histórica y actual muy seria que es preciso superar. Dentro de esos factores condicionantes, y a pesar de estos, existen esfuerzos para encontrar los modelos de desarrollo adecuados a las diferentes situaciones nacionales.

Los escasos recursos de las economías latinoamericanas son objeto, a su turno, de una pésima distribución. Son muy marcados los contrastes y las desigualdades. Ya lo señalaba Medellín: "Pocos tienen mucho (cultura, riqueza, poder, prestigio), mientras muchos tienen poco" ("Medellín", Paz, 3). Esta situación de injusticia, según el juicio de nuestros pastores, "puede llamarse de violencia institucionalizada cuando, por defecto de las estructuras de la empresa, industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política, poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, violándose así derechos fundamentales" ("Medellín", Paz, 16). Esta situación mantiene en el subdesarrollo, en la marginalidad, a la mayoría de la población, y prolonga un estado de dependencia, con el azote del hambre en algunas regiones, de enfermedades, de ignorancia, al lado de pequeñas minorías que viven de lo superfluo.

América Latina vive hoy intensamente el proceso de industrialización y urbanización. No se trata de una mera repetición de lo que ocurrió, por ejemplo, en Europa. Allí el proceso fue fruto de una evolución interna de carácter gradual. En América Latina la industrialización y la urbanización coexisten con formas de vida social arcaicas; además, en esta área, la urbanización precede en gran parte a la industrialización creando serios problemas para el empleo de mano de obra que generan situaciones de dramático desempleo, en las urbes, y consolidan y aumentan los llamados cinturones de miseria¹⁰.

10 Las ciudades se ven frecuentemente sometidas a la presión de constantes inmigraciones procedentes de los sectores rurales, que se

El tránsito de un mundo rural hacia un mundo urbano e industrial implica, entre otras consecuencias, una profunda mudanza en el estilo de vida que se regirá por otros valores. Hemos ya reflexionado en otro de nuestros estudios¹¹ en el cambio tan profundo que significa el paso de la familia tradicional, de estilo patriarcal, y fuertemente tributaria de las condiciones y circunstancias de vida rural, a un nuevo modelo, de transición. La red de relaciones, antes muy concentrada al núcleo familiar, en una nueva situación, cuando la mujer ingresa en el mundo del trabajo, se cambia por otra forma de relaciones más amplias, de carácter funcional.

América Latina constituye también, no lo olvidemos, el área del mundo en que se verifica el más rápido crecimiento demográfico. Se ha previsto que la actual población de 310 millones de habitantes se duplicará en el año 2000, llegando así a una población de más de 600 millones de habitantes.

Es fácil imaginar cómo un cambio demográfico de este orden incide en todas las instituciones existentes, profanas o religiosas, que han de prepararse para atender los nuevos contingentes que anualmente van surgiendo. En el campo de la demografía dos temas deben merecer especial atención: la familia y el desarrollo, íntimamente conectados y correlacionados.

III. ASPECTOS POLITICOS

Ya hemos tenido oportunidad, en otras ocasiones, de referirnos al tema de la política en América Latina. Nos interesa tan sólo indicar ahora algunas líneas para situar

desplazan con la esperanza de encontrar buenas condiciones de trabajo y por el atractivo de la ciudad. No encontrando empleo en las industrias deben muchas veces contentarse con servicios económicamente poco productivos en variadas formas de "sub-empleo" o caen en circunstancias crónicas de franca desocupación, con todas las secuelas. La población de las "favelas", de las "villas miseria", de los "pueblos jóvenes" o barriadas, según las diferentes expresiones conocidas en América Latina, está compuesta, en buena parte, de esta categoría de personas no incorporadas a los sectores económicos más significativos, y marginadas, en cierta forma, del cuerpo social. La industria no absorbe esta mano de obra no sólo porque los parques industriales son todavía pocos y limitados, sino también porque utilizan tecnologías altamente perfeccionadas, muy costosas, más apropiadas quizás para los países económicamente desarrollados que para América Latina, cuya abundante mano de obra se ve así irremediabilmente desplazada.

11 Cfr. *Familia, sacerdocio, evangelización, juventud*, colección CELAM N° 14, 1974 (Cap. sobre familia).

más adecuadamente nuestras consideraciones sobre la evangelización.

Se observa, en sectores representativos, un crecimiento de la conciencia política, a pesar de que en la mayoría de los países una real participación política esté todavía ausente. La denominada "politización" de América Latina, es un fenómeno más bien cualitativo. Asume características diversas en los distintos países. Actualmente las vías no son propiamente convergentes. Cabe señalar, con escasas excepciones, la acentuación del militarismo. Es variado el concreto ejercicio y orientación de los gobiernos militares. Los gobiernos de indole democrática —aunque fuera bajo la forma de democracias más formales que reales—, se concentran a unos pocos países.

Parece que se vigoriza la conciencia de que las soluciones integrales a los graves problemas que afrontan nuestros pueblos requieran necesariamente la mediación de la política. Se extiende igualmente el anhelo legítimo de superar las dominaciones foráneas que generan no sólo la realidad sino la sicología de la dependencia. Por eso, el compromiso político es considerado por muchos como una forma necesaria de liberación que requiere la presencia del cristiano en particular y la misión iluminadora, orientadora y formadora de la Iglesia. Se tiene hoy mayor sensibilidad contra las injusticias de carácter estructural.

Un rasgo que atrae la atención es el interés de reflexionar desde la fe sobre el compromiso político, lo cual está muy en armonía con un continente en su inmensa mayoría cristiano. Surgen formas de reflexión teológica que son recibidas con especial simpatía en muchos círculos, aunque su valor y seriedad no sean siempre homogéneos.

El fenómeno de la politización coincide, en algunas partes, con formas evidentes de polarización y radicalización. Esto repercute necesariamente en la Iglesia: "No debe admirarnos que la Iglesia se encuentre ante nuevas dificultades. Una de las características que reviste el imperativo del cambio en nuestro continente radica, para los cristianos, en que se propugna, no al margen, sino en virtud de la misma fe...". CELAM: "Iglesia y Política", Equipo de Reflexión, julio de 1973, p. 22.

Una de las más apremiantes preocupaciones radica precisamente en saber comprender adecuadamente la misión de la Iglesia y de la evangelización en esta dimensión de la vida social. La relación entre la evangelización y la política (que no constituye a la Iglesia en alternativa de poder, ni hace que su necesaria contribución al bien común y al establecimiento de condiciones de justicia se

vaya a confundir con formas más estrictas y concretas del concepto de política), ocupa un lugar importante en las elaboraciones teológicas y pastorales.

Nos parece que cobra especial vigencia en relación con el objeto de estudio del próximo Sínodo lo siguiente:

La evangelización, que constituye la misión primera y fundamental de la Iglesia, que es anuncio de gozosa fraternidad en el Señor Resucitado, encuentro de los hijos con el Padre en la caridad del Espíritu, se abre a una dimensión política —adecuadamente concebida— y al compromiso para la superación de las injusticias que tienen como fuente el pecado. “Por una invitación apremiante a la conversión a Dios y a nuestros hermanos, unida a una sincera denuncia evangélica de lo que se ha denominado ‘situación de pecado’, se va a la raíz de las causas para entrar en un proceso de progresiva liberación. Es esta la invitación del Sínodo...”. “Ante esta situación del mundo moderno, marcado por el gran pecado de la injusticia, somos conscientes de nuestra responsabilidad en ella y también de la impotencia para superarla con nuestras propias fuerzas. Esta situación nos está reclamando a escuchar con corazón humilde y abierto la Palabra de Dios que nos muestra nuevos caminos de actuación en favor de la justicia en el mundo”. Es muy oportuna la observación del Sínodo: “La misión de predicar el Evangelio en el tiempo presente requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre, ya desde ahora, en su existencia terrena. En efecto, si el mensaje cristiano sobre el amor y la justicia no manifiesta su eficacia por la acción de la justicia en el mundo, muy difícilmente obtendrá credibilidad entre los hombres de nuestro tiempo” (Sínodo: “La justicia en el mundo”).

Hay que evitar, sin embargo, la impresión que parece darse en algunos casos de que en la misión de la Iglesia lo sustantivo sería su contribución política y que la evangelización explícita dependería, y sólo tendría valor en su relación con la política. ¿No sería una lamentable trasposición de valores que daría, así sea inconscientemente, un golpe de gracia a la originalidad y especificidad de la evangelización y de la misma misión de la Iglesia? En todos los momentos de la historia, en todos los sistemas, en todas las situaciones, cuando abundan las injusticias sociales y cuando han sido muy perfeccionados los mecanismos de seguridad social, de reconocimiento y atención a los derechos fundamentales de la persona humana, la Iglesia ha de proclamar el Evangelio, como llamada del Señor a la comunión en la que somos salvados.

El próximo Sínodo, no obstante toda la trascendencia que reviste la relación entre la evangelización y el compromiso político y la lucha por la justicia, no podría concentrarse exclusivamente en esto, convirtiéndose así casi en una repetición de la temática sobre la cual se trabajó en el Sínodo anterior.

IV. SECULARIZACION Y EVANGELIZACION

Una de las características más señaladas del mundo contemporáneo es la de la secularización. Es algo bastante complejo y delicado para tratar, más cuando son bastante escasos los estudios al respecto en América Latina. Más allá de la variedad de angulaciones¹², correspondientes a las diversas disciplinas y corrientes, hay también concretas incidencias y modalidades de desarrollo del fenómeno, de acuerdo con las áreas geográficas. Indicaremos, así sea de paso, cómo los rasgos de la secularización muestran aspectos diferentes en Europa y Estados Unidos con relación al impacto y a su interpretación en América Latina.

La industrialización y la urbanización son factores fundamentales de la secularización. El proceso de la secularización se inicia con tránsito de un enclave rural, con todas sus peculiaridades, a la enorme trasmutación derivada de estas nuevas realidades. En vano se buscaría retornar a un mundo que se aleja precipitadamente. Lo importante es asumir este nuevo reto para la Iglesia, que ha de atraer la atención de todos, especialmente de los pastores. Hay

¹² Algunos ven en la secularización un proceso irreversible, de carácter eminentemente *positivo*. Coincidiría con la mayoría de edad de la humanidad, con la adultez del hombre que rompe las cadenas de un mundo “encantado”, “hechizado”, nimbado de “mitos”, que infantilizaban al hombre y le impedían erguirse como sujeto responsable de la historia. Cox, Robinson, Van Buren, Gogarten, Hamilton, Metz, etc., aunque hay entre ellos notables diferencias, son partidarios de una interpretación optimista y aun entusiasta. Etapas fundamentales de la historia bíblica como la Creación y la Pascua son así interpretadas como avances de la secularización. El reconocimiento de la autonomía de lo temporal, el progreso científico y la progresiva responsabilización del hombre, serían esenciales a la secularización. Otros, en cambio, indican con más insistencia los contornos *negativos* del fenómeno, principalmente en su relación con la fe. Denuncian su declive immanentista, de *secularismo*, que se cierra a la trascendencia, para constituirse en una variante del ateísmo moderno. Habría que distinguir entre lo que son los riesgos de la secularización y lo que son contornos estrechamente ligados al fenómeno, pero separables y orientables. Otros, por último, ven la secularización como algo *neutro*. Es un proceso real, objetivo que puede sufrir distintas orientaciones.

elementos del fenómeno que pueden justificar alguna desconfianza y que exigen un conocimiento serio de su incidencia y un esfuerzo, apenas incipiente, de interpretación. Pero hay que saber discernir, asumir, interpretar y orientar los valores que encierre¹³.

La ciencia, en la forma moderna de concebir el término, ha estado a la base del proceso de secularización. El innegable auge de la ciencia, y su vinculación con determinadas corrientes de pensamiento, han hecho que en los países nortatlánticos la secularización se presente en forma muy condicionada por formas ideológicas. Comenzó con la exaltación del imperio de la razón, la cual, a su turno ha sido sometida a nuevas reducciones: lo fundamental es la razón positivista, instrumental, científica, técnica. Todo lo demás ha de pasar por este criterio central. Es obvio que en tales circunstancias la secularización lleve las ataduras de un immanentismo secularista. La mediación del lenguaje simbólico esencial a la ritualidad litúrgica, a la religiosidad y a la expresión de la fe, queda básicamente negada cuando se acepta exclusivamente la "racionalidad científica"¹⁴.

Pero este ambiente ideológico en que surgió y se ha desarrollado la secularización en otras partes no obliga a pensar que necesariamente se sigan las mismas modalidades en América Latina. Entre nosotros un cierto avance científico recibido, y los fenómenos de la industrialización y urbanización no han alcanzado a romper, según parece, una entraña creyente básica, una cierta identidad cristiana, con sus limitaciones. Y es posible aceptar y aun estimular cierto proceso de la secularización sin que esto conlleve una negación o empobrecimiento de la fe. Tarea difícil, ciertamente, pero fundamental. El compromiso de una evangelización profunda, que ahonde las raíces y evite quedarse en niveles superficiales, evitará dolorosas fracturas, hondos desgarramientos. Y ayudará a mostrar cómo el avance técnico no tiene por qué conducir a una mengua en el compromiso de fe.

Hay dos actitudes frente a la secularización que nos parecen peligrosas y carentes de fundamento serio: la de

13 Se experimenta en sectores de América Latina la impresión de que algunos ingredientes de la secularización son manejados como instrumento de una dominación foránea. Especialistas en pastoral popular emplezan a denunciar tal riesgo.

14 La secularización no consiste sólo en los factores de urbanización e industrialización. No hay que olvidar que dichos factores son un *condicionamiento* que tiende a originar un cambio de la cultura y llegan en un *contexto de ideas*, en un marco de visión del hombre y del mundo muy especiales.

quienes endurecen su posición frente al proceso de secularización y se esfuerzan inútilmente por retornar a formas de vida ya superadas, y la de quienes, sin actitud crítica, manifiestan una fácil complacencia que se refleja en no pocos comportamientos en la pastoral.

El primer peligro mencionado puede observarse en diversas actitudes: ya que ciertas interpretaciones de la secularización acometen fuertemente contra lo "sacral", contra el lenguaje simbólico, contra los ritos, y contra la mediación eclesial (se le niega su valor "institucional" y por tanto su carácter "público"), se toman posiciones reactivas e integristas. Así se hace hincapié, por ejemplo, en las celebraciones litúrgicas, en lo "arcano", "misterioso", "escondido", y todo aparecería en una cercanía vulgar y rutinaria que a la postre debilitaría la fe. Se intenta entonces robustecer el lenguaje conceptual, el "dogma" fría y aun monótonamente repetido. Se subraya la añoranza de formas ya pasadas, y remplazadas por las reformas conciliares. Obsérvase que en algunas partes de América Latina este endurecimiento provoca graves tensiones y representa un obstáculo para la renovación pastoral y para la tarea evangelizadora.

La actitud complaciente con el proceso de secularización, bastante extendida, tiene también sus síntomas, que ordenaríamos así:

a) Se suele partir de una drástica distinción entre "religión" y "fe". La primera sería propia del hombre apabullado por el universo religioso, sumiso, dependiente, atemorizado y pasivo. En cambio, la esfera de la fe sería la de las nuevas responsabilidades del hombre maduro que toma en sus riendas la historia¹⁵.

b) Se ponen en tela de juicio las mediaciones que no pasen por la criba de una *racionalidad científicista*. De esta manera se instala un criterio positivista que obstaculiza enormemente la posibilidad de la evangelización¹⁶. Ciertas etapas del pensamiento metafísico y expresio-

15 La lectura de la literatura teológica y filosófica sobre la secularización ofrece numerosos matices. Así, el término "religioso" es normalmente asumido en forma peyorativa y en manera diferente a su uso corriente. Algo propio de la actitud "religiosa", sería su concepción "sacral", según la cual Dios todo lo invade, las instituciones, las cosas. Todo está penetrado de su presencia. El hombre mismo vería aniquilado su universo de libertad y en el recurso al "Dios tapahuecos".

16 Son conocidos los planteamientos de Van Buren: aduce en su obra la necesidad de una metodología básicamente positivista que conduce a modalidades de agnosticismo. El contenido religioso pasa a ser interpretado en clave secular. La Pascua, contagio de la

nes de la ritualidad litúrgica son concebidas como primitivismos.

c) Aunque en un primer momento la secularización pareciera que favoreciese la palabra, negadas muchas formas de mediación simbólica, en realidad termina por negarle real significación como medio de expresión del alma religiosa de nuestros pueblos, de la cual se duda fuertemente¹⁷.

d) Ciertas corrientes teológicas en América Latina, en algunas de sus interpretaciones, darían la impresión de confinar y agotar el contenido evangélico en una perspectiva politizante, como si el compromiso político representara sin más el crecimiento del Reino y como si la salvación debiera ser vista fundamentalmente en relación con el "compromiso temporal"¹⁸.

¿Cuáles son los obstáculos que el proceso de evangelización puede ofrecer a la evangelización? ¿Cuáles los aspectos que podrían favorecerla? He aquí un tema que preocupa al pastor.

Son evidentes los problemas que para la evangelización representa el contorno ideológico inmanentista en el que, en varias partes, se ha desarrollado el proceso de secularización. Ya hemos indicado algunos.

Fácilmente se crea una mentalidad que se cierra a las mediaciones institucionales, comprendida entre ellas la Iglesia. La influencia de la técnica insinúa que sólo es verdad lo que se hace y se privilegia una forma de "eficacia" que difícilmente soporta una vinculación con la fe cristiana. Se mira con recelo y prejuicio lo que viene de la tradición. El pasado es suplantado por el compromiso con el futuro inmediato. Niégase el valor y la vigencia de formas de saber como el filosófico, el sapiencial, tan incorporado al ser de nuestras gentes. Se rechaza la Revelación.

Vale la pena incorporar y sintetizar algunos de los obstáculos y barreras en la relación entre secularización y no creencia.

libertad del Señor, será esencialmente el "ser para los otros". Todo muy a tono con el título de su libro, *El significado secular del Evangelio*.

17 La "palabra" significa además en la secularización una palabra "desmitizada", vaciada de su contenido trascendente, sagrado, divino. Así, si de un lado, pareciera favorecer la evangelización, en realidad la dificulta e impide, pues reconoce como único contenido de la palabra su propia racionalidad.

18 Con lo cual no pretendemos, en forma alguna, poner en duda la importancia de la dimensión y la relación que la fe ha de tener con esta. Estamos señalando riesgos de fácil acomodación.

Parece que el fenómeno de la no creencia cobra cada vez más volumen e importancia. No estábamos habituados a un fenómeno de tanta envergadura. En las proposiciones y peculiaridades actuales se revela como algo novedoso (G. S. 19, 20, 21).

No hay que minimizar el impacto de lo que se cree inherente al método científico y que pretende definir el horizonte del hombre contemporáneo.

La realidad sería sólo lo que se verifica experimentalmente. Se enlaza lo que se suele denominar ateísmo científico¹⁹. ¿No es esto algo más bien difundido en medios universitarios y de profesionales jóvenes? En los mismos colegios la cultura científica, muy condicionante, está sustituyendo el interés por la cultura humanista.

Puede ser cierto que en América Latina vastos sectores de la juventud conservan todavía un básico interés por la Persona de Cristo y no se muestran reluctantes a la respuesta y relacionamiento de fe. Pero no hay que ocultar el reto pastoral que el "cientificismo" representa. Obsérvase que en el mundo juvenil lo que ofrece dificultad es la aceptación de la Iglesia. A esto contribuye lo que ya el Concilio ha puesto de presente: "Por lo cual, en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión" (G. S. 19). Hay, sin embargo, que reconocer que no hay que atribuir a deficiencias en el comportamiento de los cristianos lo que proviene de otras razones y motivos. A nadie se escapa que, en la medida en que el ambiente se seculariza, el pluralismo se acentúa y la sociedad pierde su estructura monolítica en la que había (en América Latina) una especie de simbiosis entre la fe y lo "temporal", la transmisión de los valores religiosos y la apertura a la revelación se vuelve mucho más difícil.

19 También se lo designa como "humanismo científico". Jean Lacroix observa: "Lo que ha puesto a debate primeramente la ciencia clásica es el paso del mundo a Dios. Se podría expresar esto esquemáticamente diciendo que, si la filosofía deja de subsistir el Dios de la reflexión, la ciencia ha destruido con toda certeza el Dios de la explicación. El ateísmo, decía Renouvier, es el verdadero método científico...". Este método de conocimiento... corre así el riesgo de desvalorizar los otros modos del conocer, en especial la reflexión filosófica y la fe religiosa, que se le aparecen fácilmente vagos, subjetivos y casi indignos". Cfr. LACROIX, Jean: *El sentido del ateísmo moderno*, Barcelona, Herder, pp. 18-24. El Vaticano II alude expresamente a esto: "Muchos, rebasando indebidamente los límites de las ciencias positivas, pretenden explicarlo todo sobre esta base puramente científica..." (G. S. 19).

Hay formas de no creencia que oscilan entre el **indiferentismo práctico**, rayano a veces en el ateísmo práctico, en el cual se excluye a Dios del horizonte moral, y posiciones conectadas con un **humanismo político**. Al respecto hay que observar el influjo de la ideología marxista. En este caso la disyuntiva: o Dios o el hombre, se une a planteamientos sobre la estructura social, económica y política.

Sin entrar aquí a esbozar una tipología del ateísmo, señalamos que estas clases de no creencia, así sea en medios limitados, tiene su incidencia. Su repercusión en el resto de la sociedad es mayor de la que se imagina. Tenemos un ejemplo fácilmente perceptible en el mundo de las artes y de las letras.

Así como en la Iglesia universal, el Secretariado para los No-Creyentes ha servido para dinamizar el interés hacia estos tópicos, de tanta importancia para la acción pastoral, y ha estimulado necesarias investigaciones, esperamos que la nueva Sección del CELAM para el diálogo con los No-Creyentes, contribuya a despertar y consolidar el interés en nuestras Iglesias, en las Conferencias Episcopales, en las Facultades de Teología, Filosofía, etc.

La secularización en América Latina, liberada de una ideología inmanentista, puede ofrecer también elementos que favorecen la evangelización. El compromiso evangelizador se hará mucho más exigente y maduro y se esperará una respuesta de fe más libre, personal, iluminada y profunda. La unidad entre el testimonio y la evangelización, en el seno de la comunidad eclesial, se verá en toda su necesidad, lo mismo que la relación entre la evangelización y la lucha por la justicia.

El hombre latinoamericano podrá romper las ataduras con formas discutibles de entender y vivir su adhesión de fe, en los variados grados de pertenencia a la Iglesia. Se verá que un falso "providencialismo"²⁰, que mostraría el rostro de una religión alienante, no tiene nada que ver con la verdadera fe.

La ciencia, de suyo, puede ayudar a la personalización del hombre, a constituirlo, como imagen de Dios, dueño del universo y sujeto responsable de la historia. Así como puede ocultarle el signo de la naturaleza que conduce a Dios ("los cielos cantan la gloria de Dios"), de tal modo que el hombre atienda sólo a lo que él hace en un alto

20 Hay que distinguir entre la aceptación esencial del Dios Providente y la disponibilidad a Dios, fundamental en la fe cristiana, y formas más o menos caricaturescas de concebir a Dios de tal manera que prima la veta "milagrera", en la que todo se espera de la intervención divina extraordinaria.

grado de desarrollo técnico; así también la ciencia y la técnica lo pueden introducir en campos antes desconocidos que pueden hacer más vigorosa la necesidad de interrogantes fundamentales sobre la vida y la muerte, el sentido de la existencia²¹, la necesidad de la respuesta del Dios que ama, integrables en lo que se ha llamado la pre-evangelización.

La ciencia puede también ayudar a que se eliminen las huellas de esclavitud enclavadas en el trabajo del hombre, especialmente en América Latina. Podrá contar, en principio, con más tiempo libre para el descanso, la reflexión, el estudio, la profundización de su fe, la oración y el enriquecimiento de sus relaciones familiares y sociales.

Los nuevos medios de comunicación social, como lo sugiere el documento previo del Sínodo, pueden representar una "cooperación a la evangelización, con el fin de que la catequesis y la evangelización sean ilustradas por los medios audiovisuales y penetren así en la conciencia de los hombres, por medio de imágenes, de manera más apropiada a la cultura moderna", y sirvan de "medio directo de evangelización, para que esta penetre también en aquellos ambientes normalmente cerrados a la predicación y ello con una frecuencia, que no es posible obtener mediante la predicación directa"²².

Una sociedad secularizada puede traer una especie de confinamiento de la religión a una esfera apartada del resto de la vida, "privatizante", desligada de compromisos más amplios con la sociedad —como formas de la caridad social—, estableciendo como algo definitivamente válido el divorcio entre la fe y la vida. La misión religiosa de la Iglesia quedaría mutilada. Sin embargo, la secularización puede traer una ventaja: la Iglesia dejará de aparecer como unida a las estructuras políticas, o ligada a sistemas imperantes, para adquirir mayor conciencia de su **especificidad**²³.

Las sencillas consideraciones anteriores pueden ayudar a comprender mejor dos puntos:

La Iglesia en América Latina tiene un papel muy importante que jugar frente a la secularización. Su adecuada

21 Son las cuestiones fundamentales que propone el Concilio: "¿Qué es el hombre, cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía?" (G. S. 10).

22 Tercera parte, I, E, 2, 3.

23 Compartimos la insinuación valiosa del Documento Previo del Sínodo, primera parte, I, 4.

orientación, en última instancia, depende de su presencia, de su vigor evangélico, de su creatividad y fidelidad a la misión evangelizadora.

V. LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Este fenómeno tiene gran importancia para la misión evangelizadora de la Iglesia en América Latina.

Entendemos aquí por religiosidad popular el conjunto de convicciones y prácticas religiosas que grupos étnicos y sociales han elaborado a través de una adaptación especial del cristianismo a culturas típicas latinoamericanas²⁴. Son numerosos los tipos existentes de esta religiosidad, lo cual se debe a la propia heterogeneidad cultural. Dentro de la denominada "religiosidad popular" hay muy frecuentemente expresiones elementales y simples de verdadera fe cristiana, que constituyen una forma tradicional de "catolicismo popular". Habría que distinguir claramente esta modalidad de aquellas otras mezcladas de supersticiones, elementos paganos, mitos y ritos distantes de la verdadera fe cristiana.

Se percibe, en general, una actitud mucho más prudente y objetiva en el juicio pastoral sobre este fenómeno. Parece que se están superando posiciones sumamente rígidas y rigoristas, apoyadas en pautas foráneas, para ir hacia el conocimiento de los distintos valores de la religiosidad popular, con todas sus posibilidades para profundizar la evangelización, y la urgencia de orientar y purificar manifestaciones más o menos incoherentes con la fe cristiana. Ya Medellín trazó la perspectiva de esta visión positiva y realista: "la renovación catequística no puede ignorar un hecho: que nuestro continente vive en gran parte de una tradición cristiana y que esta impregna a la vez, la existencia de los individuos y el contexto social y cultural.

A pesar de observarse un crecimiento en el proceso de secularización, la religiosidad popular es un elemento válido en América Latina. No puede prescindirse de ella, por

la importancia, seriedad y autenticidad con que es vivida por muchas personas, sobre todo en los ámbitos populares.

La religiosidad popular puede ser ocasión o punto de partida para un anuncio de la fe. Sin embargo, se impone una revisión y un estudio científico de la misma, para purificarla de elementos que la hagan inauténtica, no destruyendo, sino, por el contrario, valorizando sus elementos positivos. Se evitará así un estancamiento en formas del pasado, algunas de las cuales aparecen hoy, además de ambiguas, inadecuadas y aun nocivas" (Catequesis, 2).

La visión positiva que inspira la religiosidad popular ha de avivar el celo evangelizador, en forma realista y creativa. La fidelidad al Evangelio y los cambios acelerados así lo requieren²⁵.

Las expresiones de la religiosidad popular son variadas:

—Hay una marcada inclinación **ritualista**; aparece como expresión central unida a cierta periodicidad de la práctica religiosa. El rito aparece como si tuviera valor en sí mismo sin una conexión propiamente exigente con la vida.

—En estrecha conexión con la anterior, percíbese también una fuerte inclinación **sacramentalista**; los sacramentos son considerados muchas veces como fines en sí mismos²⁶. No hay que confundir la esencial proyección sacramental de la Palabra que en el evangelizado tiende a expresarse en las celebraciones de fe de la comunidad, con la casi mecánica iteración, sin mayor conciencia y motivación.

24 Hoy se prefiere hablar, entre nosotros, cuando se trata de prácticas religiosas fundamentalmente cristianas, en sus expresiones populares (procesiones, peregrinaciones, devociones a santos, etc.), de "catolicismo popular". Parece que los conceptos no están todavía muy definidos. Para algunos pastoralistas, el catolicismo popular que abarcaría el 80% de la población latinoamericana, correspondería a grados de adhesión y pertenencia a la Iglesia de "los que están aún pobremente evangelizados... (y) de los más alejados de la Iglesia, por no haber recibido una evangelización. Se trata, así lo advierten, de una "hipótesis" pastoral.

25 "Hasta ahora se ha contado principalmente con una pastoral de conservación, basada en una sacramentalidad con poco énfasis en una previa evangelización. Pastoral apta sin duda en una época en que las estructuras sociales coincidían con las estructuras religiosas, en que los medios de comunicación de valores (familia, escuela y otros) están impregnados de valores cristianos y donde la fe se transmitía casi por la inercia de la tradición. Hoy, sin embargo, las mismas transformaciones del continente, exigen una revisión de esa pastoral, a fin de que se adapte a la diversidad y pluralidad culturales del pueblo latinoamericano" (P. P. 1). Muy útil es esta orientación: "...Nuestra catequesis... tiene que ser eminentemente evangelizadora, sin presuponer una realidad de fe, sino después de oportunas comprobaciones" ("Catequesis", 9).

26 Se alimenta un peligroso sacramentalismo, cuando, amparados en una "situación de cristiandad" (cada vez más relativa), se multiplica la "administración" de los sacramentos, sin asegurar una sólida evangelización. Sería el riesgo de medir la catolicidad de un pueblo solamente por el número de los bautizados.

—Aparecen también motivaciones **sacrales** y **míticas**. Hay una mentalidad **dualista**: se conciben dos mundos opuestos y separados, el sagrado y el profano.

—“Esta religiosidad, más bien de tipo cósmico, en la que Dios es respuesta a todas las incógnitas y necesidades del hombre, puede entrar en crisis, y de hecho ya ha comenzado a entrar, con el conocimiento científico del mundo que nos rodea” (P. P. 2).

—Numerosísimas formas de religiosidad popular reflejan un evidente **individualismo religioso**, en el sentido de que creen encontrar su propia consistencia en el relacionamiento individual, de carácter devocional con algún santo. Es una búsqueda de protección cuya garantía se hallaría en este relacionamiento.

—En muchos casos la comunidad interviene poco, a pesar de que es la comunidad la gran transmisora de la religiosidad popular, como gran sujeto cultural que es. Prima una transmisión fundamentalmente oral²⁷. Revelan una cierta “teología” elaborada en función de la práctica religiosa, para justificarla y darle contenido. La religiosidad popular, que no se identifica con determinadas clases sociales, aunque sea más extendida en los sectores marginales, puede ser campo propicio para el sincretismo religioso.

Esta religiosidad, que se liga, en grados diversos a la Iglesia y acoge en proporción diversa el Mensaje de la fe cristiana, impone a la misma Iglesia el deber de un diálogo permanente, para conocer y captar sus valores, para evaluar su contenido y motivaciones, para orientar y corregir. En efecto, “se advierte en la expresión de la religiosidad popular una enorme reserva de virtudes auténticamente cristianas, especialmente en orden a la caridad, aun cuando manifieste deficiencia su conducta moral” (P. P. 2). Una auténtica pastoral ha de procurar la adaptación del mensaje y del culto a las diversas culturas, dentro de una creatividad pastoral, que no fue extraña a los esfuerzos de grupos misioneros en las primeras etapas de la evangelización, aunque en la mayoría de los casos quizás no se supo descubrir y desentrañar los valores existentes en las culturas, como “semillas del Verbo”, precisamente para evangelizar partiendo de los mismos.

27 Que no extraña por el vasto analfabetismo. Háblase de una “religiosidad de la pobreza”, en que los humildes y menesterosos, en aguda situación de dependencia y privación, viven acosados por las urgencias vitales inmediatas y concretas.

No hay que olvidar que una religiosidad popular, en la que la adhesión a la Iglesia sea más bien débil²⁸, y en que la evangelización no se haga más profunda, en una progresiva maduración de la fe, fundamentada en opciones personales, libres, que iluminan toda la existencia²⁹, frente a la secularización, podrá producir una quiebra de la identidad cristiana, en formas sincretistas y en diversos modos de incredulidad. ¡Es un gran desafío pastoral!

Existe en algunos grupos de Iglesia la inclinación de atender casi exclusivamente a las **élites**³⁰, en oposición a la pastoral popular, despreciando una serie de valores autóctonos. Es un problema vinculado con el que propone el Documento Previo del Sínodo de los Obispos, cuando interroga acerca de la conciliación entre “la catolicidad **cualitativa**” y la **cuantitativa** (Segunda Parte, II, C.). No tendría sentido una pastoral de élites, en una Iglesia misionera, abierta a la comunidad y al mundo, si no hubiera un sentido de ser signos de una más exigente, cabal y lúcida aceptación del Evangelio y fermento entre quienes viven en niveles inferiores de adhesión y compromiso evangélico. Se imponen las dos obligaciones: la atención de aquellos que se integran más cabalmente en la visibilidad eclesial, constituyendo como una élite católica, y la atención de grandes grupos humanos que se ligan a la Iglesia solamente a través de formas de religiosidad popular.

Se da también la tendencia casi opuesta de evitar cualquier tentativa de purificación de la religiosidad popular dizque para no poner en peligro la fe sencilla del pueblo. Es válido el principio propuesto por los pastores: “los

28 “Su participación en la vida cultural oficial es casi nula y su adhesión a la organización de la Iglesia es muy escasa” (P. P. 2).

29 Medellín registra así el fenómeno: “Es una religiosidad de votos y promesas, de peregrinaciones y de un sinnúmero de devociones, basada en la recepción de los sacramentos, especialmente del bautismo y de la Primera Comunión, *recepción que tiene más bien repercusiones sociales que un verdadero influjo en el ejercicio de la vida cristiana*” (P. P. 2). “Sus expresiones pueden estar deformadas y mezcladas en cierta medida con un patrimonio religioso ancestral, donde la tradición ejerce un poder casi tiránico: tienen el peligro de ser fácilmente influidas por prácticas mágicas y supersticiones que revelan un carácter más bien utilitario y un cierto temor a lo divino, que necesitan de la intercesión de seres más próximos al hombre y expresiones más plásticas y concretas. Estas manifestaciones religiosas, pueden ser, sin embargo, *balbuces de una auténtica religiosidad*, expresada con los elementos culturales de que se dispone” (4).

30 Grupos dirigentes más adelantados, dominantes en el plano de la cultura, de la profesión, de la economía y del poder... minorías comprometidas...” (P. E. 1).

hombres se adhieren a la fe y participan en la Iglesia en diversos niveles. No se ha de suponer fácilmente la existencia de la fe detrás de cualquier expresión religiosa aparentemente cristiana. Tampoco ha de negarse arbitrariamente el carácter de verdadera adhesión creyente y de participación eclesial real, aun cuando débil, a toda expresión que manifieste elementos espúreos o motivaciones temporales, aun egoístas..." (P. P. 6).

Una sólida y adecuada "pastoral popular" (en una verdadera "pastoral de fe"), ha de saber encauzar las ricas expresiones de la religiosidad popular en nuestros pueblos.

Ya la Conferencia de Medellín manifestó su viva preocupación y sus deseos: "Que se impregnen las manifestaciones populares, como romerías, peregrinaciones, devociones diversas de la palabra evangélica. Que se revisen muchas de las devociones a los santos, para que no sean tomados sólo como intercesores sino también como modelos de vida de imitación de Cristo. Que las devociones y los sacramentos no lleven al hombre a una aceptación semi-fatalista sino que lo eduquen para ser co-creador y gestor con Dios de su destino" (P. P. 12). La impregnación de la palabra evangélica romperá las eventuales fijaciones en falsos providencialismos y ayudará a marchar en una dimensión liberadora, en la que cuenta no sólo su responsabilidad frente a los "proyectos históricos", a "los procesos de cambio y de liberación social", sino a la trama de la cotidianidad, a su testimonio cristiano en el hogar, en la educación de los hijos, en el trabajo, en el estudio, en las múltiples formas como se realiza la existencia humana. Esta última es una vertiente que puede quizás perder su trascendencia cuando sólo se insiste en los grandes compromisos.

La personalización en la fe y la proyección hacia la vida comunitaria, han de ser objetivos centrales³¹. La pastoral popular debe armonizar con la preocupación personalizante. En este sentido no es una pastoral "masiva", como si dejara al cristiano perderse en la masa, anónimamente³². Habrá modos "pedagógicos" peculiares. Para ello se necesitan pastoralistas capaces de orientar y de formar a otros en estas tareas. Medellín aconseja la estructuración de organismos pastorales, a todos los nive-

31 P. P. 15.

32 Una de las recomendaciones es precisamente la de alimentar la Pastoral Popular con las "Comunidades de Base". "Que se procure la formación del mayor número de comunidades eclesiales en las parroquias, especialmente rurales o de marginados urbanos. Comunidades que deben basarse en la Palabra de Dios..." (P. P. 13).

les. En varias Conferencias Episcopales y diócesis han sido ya creados y cuentan con experiencias muy positivas.

La pastoral popular puede constituir un apreciable signo. La evangelización de los pobres (Lc 4, 18-21), que es un signo mesiánico, puede ayudar a que "los pobres" por su disponibilidad a la Palabra y "por las virtudes auténticamente cristianas" que poseen, sean también evangelizadores en el interior de la Iglesia.

El tema del próximo Sínodo nos ubica en algo verdaderamente vital para la Iglesia: la realidad y exigencias de la fe. La relación evangelización-fe aparece como la esencial para la comunidad cristiana.

VI. EL CONTENIDO DE LA EVANGELIZACION

1. Aspectos bíblicos

El punto de partida de toda misión evangelizadora en el mundo es el mandato de Cristo a sus Apóstoles, a quienes envió a "proclamar en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones" (Lc 24, 47). A estos colaboradores el Señor los convocó (Mt 10, 1) para que "estuvieran con El, y para enviarlos a predicar" (Mc 3, 14).

Cristo encomienda a su Iglesia la misión de ser evangelizadora y promete una asistencia continua (Mt 28, 20) de tal manera que la misma "administración" de los Sacramentos quedará supeditada a ella (1 Co 1, 17). Por esta razón la Iglesia jerárquica será el criterio de comunión con la Iglesia de los Apóstoles, y de quien los evangelizadores recibirán una misión auténtica (Rm 10, 14-15; Ga 2, 2).

Así la Iglesia viene a ser Sacramento de Salvación (L. G. 9) que proclama el misterio del plan de Dios en el mundo, realizado en la muerte y resurrección de Cristo.

El Espíritu que vino sobre el Verbo al comienzo del anuncio evangélico (Lc 4, 18), es el mismo que se difundió sobre los Apóstoles (Hch 2, 1-5) para darle el conocimiento pleno de la verdad (Jn 16, 13) e impulsarlos a la misión, guiándolos en su acción evangelizadora en el mundo (Hch 13, 2; 16, 6-7).

Evangelizar, bíblicamente, es:

—En primer lugar la proclamación del acontecimiento históricamente realizado en el momento en que Cristo aparece en el mundo como Señor de la historia, como el

objeto central de la predicación ya presente en el mundo: "...os anuncio (os evangelizo) una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2, 11). Este Salvador está presente en el mundo. En el momento en que Cristo proclama llegado el momento de anunciar la Buena Nueva: "El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar (a evangelizar) a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor... Esta escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy" (Lc 4, 18-21). Cristo-Cabeza de la Iglesia inicia la obra evangelizadora.

—En segundo lugar el anuncio de la Buena Nueva a todos los hombres (sentido universal del mensaje).

El anuncio del Evangelio abarca la totalidad de los hombres sin distinción. El mandato de Cristo es predicar la Buena Nueva a todas las naciones, según el plan de "Dios, nuestro Salvador, quien quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (1 Tm 2, 4).

Aquí se comprende no sólo el crecimiento numérico de la Iglesia, por la aceptación de la fe, sino también la maduración en la fe recibida.

—En tercer lugar evangelizar es no sólo proclamar la Palabra, sino también vivir según el Evangelio. Esta es la evangelización del testimonio. En los hechos de vida se manifiesta la acción del Espíritu del Señor: "Llevad una vida digna del Evangelio... luchad por la fe del Evangelio" (Flp 1, 27); "...nuestro Evangelio no llegó a vosotros sólo con palabras, sino, además, con el poder del Espíritu Santo y convicción profunda" (1 Ts 1, 5).

El contenido fundamental de la evangelización, desde los primeros tiempos de la Iglesia, consistió en proclamar a Jesús, el Mesías, como Salvador y Señor, muerto y resucitado, que llama a los hombres a una constante conversión (Hch 2, 14-39; 3, 12-26...).

En América Latina se ha dado énfasis especial al misterio de la muerte del Señor. La evangelización de Cristo resucitado tendrá que llevarse a cabo a través de los sacramentos, especialmente a través de la liturgia eucarística, verdadera proclamación del misterio de la muerte y resurrección del Señor en una proyección escatológica. "Cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis (evangelizáis) la muerte del Señor hasta que venga" (1 Co 11, 26).

2. Aspectos teológicos

Veamos ahora, en síntesis, algunos puntos que conviene destacar en relación con Cristo, contenido esencial de la evangelización, con la Iglesia y con María.

No se trata de discutir aquí la causalidad de Cristo en la evangelización. Los primeros párrafos de las constituciones "Dei Verbum" y "Ad Gentes" constituyen una riquísima teología al respecto. Lo que más nos interesa aquí es la presentación de Cristo en cuanto "objeto" (conforme al lenguaje de la teología tradicional) de una evangelización actual.

En primer lugar, Cristo debe ser presentado dentro de un potente movimiento de retorno a las fuentes, es decir, dentro de la Revelación perennemente oficializada e irreversible: la Escritura, sobre todo los Evangelios³³.

Cristo debe ser presentado en todo el realismo histórico de su vida y de su misterio. Frente a El el cristiano hace su opción de fe. Cada cristiano tiene "su" responsabilidad de respuesta a la llamada del Señor, la cual no es solamente "personal" sino que se identifica con una vocación, en el seno de la Iglesia.

El Cristo de la Revelación es el "Señor" de la victoria, Aquel que decidió la historia en su favor. El Kerigma, completado en Pentecostés, celebra esta victoria de Cristo presente y actuante en la historia. Este es el Cristo que ha de ser anunciado: el Cristo libertador de todos los males que se ofrece como la plenitud de todos los bienes. Un Cristo "constituido en gloria y poder", que por su resurrección condicionó su realidad humana a la gloria de su divinidad. Por eso, es el Cristo que asume la vida histórica de los creyentes reviviendo en cada uno su misterio, en la infinita variedad del Pueblo de Dios.

En una evangelización renovada la Iglesia debe ser presentada como "la plenitud de la salvación", comunidad visible que dispone de todos los medios para la vivencia del misterio del Señor. Y con excepción del Señor, todo debe ser considerado como un medio para la salvación; toda la vida sacramental, en la Iglesia, tiene esta significación: confiere lo que significa. La Iglesia, en último análisis, debe confundirse con la vivencia del Señor Resucitado.

³³ De ninguna manera se niega el valor de la tradición; pero, es preciso recordar que la Escritura es también tradición y, más aun, es el fundamento de la tradición.

“Iglesia, plenitud de salvación”, significa Iglesia de todos los bienes; en consecuencia, toda liberación auténtica, toda victoria sobre el mal objetivo, toda entrega de un bien auténtico, se puede integrar en la misión de plena liberación en el Señor, que corresponde a la Iglesia. Porque ella es “plenitud de salvación” le compete conducir todas las liberaciones, todos los bienes y todas las victorias hacia el ápice “definitivo”, que es el misterio pascual.

América Latina ha tenido como uno de los signos más hondos de su alma creyente la devoción mariana. El Vaticano II abordó el problema de la Virgen María como “objeto” de la evangelización. Y supo presentarla como la “personificación” de la Iglesia, es decir, de todos los creyentes en el sí dado al designio de Dios y a Cristo. María es aquella que vivió integralmente el misterio de Cristo que le fue comunicado. Bastaría esta dimensión para una presentación insustituible de la Virgen María en la fe cristiana. La Madre de Cristo se hace también nuestra grande hermana en la fe. Es nuestra hermana que se convirtió en Madre de Cristo. Es la “cristiana” del sí total. Es el arquetipo de las iniciativas de Dios, desde la Inmaculada Concepción en que se fundieron nacimiento en la carne y nacimiento en el Espíritu, hasta la Asunción en que se fundieron la muerte y la resurrección en Cristo.

El amor crea un lenguaje de cariño. No hay, pues, que admirarnos de que el pueblo de Dios haya ornado a la Virgen María con títulos tan diversos, y tan expresivos. No hay que destruirlos. Lo que importa es integrar a la Virgen María en el misterio de Cristo y reexplicar, en orden a una credibilidad más actual, algunos de los dogmas y axiomas teológicos de la mariología.

En América Latina, en donde la evangelización nos invita pastoralmente a recristianizar la memoria del pueblo, ya que la evangelización impregnó la vida, costumbres y la cultura de nuestros pueblos, se ha de evitar a toda costa, que la secularización arrase con las expresiones marianas, profundamente arraigadas. Se trata de orientarlas, de purificarlas en algunos casos, de incorporarlas al centro mismo del misterio pascual. Las devociones marianas se pueden convertir en una permanente fuente de evangelización³⁴.

34 Es sintomática la observación de un grupo de pastoralistas: “la mirada respetuosa de auténticos pastoralistas, descubrirá ‘un movimiento característico’ hacia la Virgen María entre el pueblo latinoamericano. Existe una evidente lógica sana en ese movimiento que se repite a través del tiempo y de los lugares en el continente. El primer contacto con el ‘yo’ con el mundo, es a través de la

VII. PRINCIPIOS DE LA EVANGELIZACION

Emanado directamente del contenido doctrinal, se desprende un conjunto de principios que nos parecen útiles para iluminar teológicamente la acción pastoral.

1. En la evangelización ha de ser relevante el contenido central de la Pascua: Cristo muerto y resucitado, Señor de la historia, Salvador, Liberador. En América Latina la evangelización se ha concentrado preferentemente en el anuncio de la Cruz, de acuerdo con las formas de piedad que recibimos del Viejo Mundo. Se ha insistido menos en la alegría de la exaltación del Señor, aunque desde luego no se ignoraba propiamente este misterio. La piedad mariana ha sido más penetrada del gozo pascual y ha representado un valioso elemento de compensación de las lagunas en la evangelización.

2. La evangelización debe estar penetrada de sentido histórico. Esto en un doble sentido:

a) Aunque en América Latina afortunadamente el terreno es menos propicio para las posiciones subjetivistas que conducen a que se le reste objetividad histórica a la Pascua del Señor³⁵, y están nuestras gentes más habi-

madre. En la Virgen María el pueblo se siente comprendido e interpretado. Intuye que ella se interesa por todo lo vital y humano, que en último término es carisma propiamente femenino y que en la Virgen está en forma eminente. Una pastoral popular clarificada, descubrirá pronto que el pueblo necesita signos, imágenes, ilustraciones. Y María ilustra, visualiza lo que es la verdadera fe en Cristo. Ella vio la resurrección de Cristo, y ya ha participado, por su asunción, de la segunda venida. Ella es la gran señal de esperanza del pueblo que peregrina. María es el signo de la humanización de Cristo”.

35 Son conocidas ciertas posiciones, como la de Bultmann que insinuarían que Cristo resucita en cuanto vive para el creyente. No es la objetividad histórica la garantía de la fe del creyente a la vez que su contenido (el Cristo que vive), sino que sería la fe el fundamento de la Resurrección. Naturalmente habría que interpretar en su contexto de lenguaje existencial, no siempre fácil, frases como esta: “El hombre que desea creer en Dios debe saber que no dispone absolutamente de nada sobre lo cual pueda construir su fe, y que, por así decirlo, se halla colgado en el vacío” (cfr. BULTMANN, R.: *Jesucristo y mitología*, Libros del Nopal, Ediciones Ariel, p. 114). Con razón observa Duquoc: “R. Bultmann, bajo el pretexto de evitar la pesantez apologética y el naturalismo, priva de espesor histórico el acontecimiento pascual: interpretado en una perspectiva existencialista, lo reduce a una dialéctica de significaciones”. Resumiendo el pensamiento de Bultmann escribe: “La Resurrección es el objeto de la fe en la medida en que es objeto del Kerigma. No es lo que sucede a Jesús lo que proclama el Kerigma; es lo que nos sucede a nosotros, hombres, en la Resurrección anunciada” (DUQUOC, Ch.: *Christologie.- Essai dogmatique*, Le Messie, pp. 109, 111).

tuadas a actitudes realistas, ha de afirmarse su fundamento histórico.

b) Pero la "historicidad" de la Pascua no ha de concentrarse solamente en los sucesos del pretérito, sino en el descubrimiento y anuncio de la presencia del Cristo que vive. La evangelización parte de la convicción en la presencia del Señor en la historia, en la Iglesia, en el mundo, en las celebraciones sacramentales. Como Señor de la historia está activamente presente³⁶.

3. La evangelización supone el respaldo de una Iglesia signo. Ella es sujeto y agente de la evangelización: es portadora de la Buena Nueva. Vive para su anuncio y subsiste, se construye y crece como Iglesia en la medida en que sea fiel a esta misión.

El testimonio de cada cristiano se integra en el testimonio de toda la comunidad. Por eso la evangelización más que ser la tarea de los individuos en la Iglesia es misión de toda la comunidad. A esto es particularmente sensible el mundo actual. La respuesta de fe se opera también en el seno de la comunidad. El creio del cristiano está plenamente unido, fundado y condicionado por el creemos. Es la fe de la comunidad la que respalda su propio compromiso.

"La multitud de los creyentes no tenía sino un sólo corazón y una sola alma... Los Apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía" (Hch 4, 32-33). He aquí lo medular de la Koinonía.

La caridad es el signo fundamental de la comunidad. Es el que suscita la admiración de quienes contemplan el comportamiento de los cristianos, que se fundamenta en la unidad de la fe. Desde esa admiración las gentes indagan en el secreto de la unidad de la Iglesia. En su unidad de caridad que irriga todos los sectores de la existencia el Kerigma, en cierta forma, es como la revelación de

36 En esta "historicidad" insisten "Las Anotaciones del Episcopado Peruano al Documento de trabajo del Sínodo": "La Buena Nueva que se anuncia no es un mero acontecimiento del pasado, sino que tiene íntima relación con las necesidades y aspiraciones de los hombres que la escuchan y, al mismo tiempo, constituyen un enérgico llamado a una conversión que afectando las zonas más profundas del hombre, no se limita al ámbito de su intimidad sino que deberá expresarse en actitudes y compromisos, también relacionados con las transformaciones de la realidad, como exigencia del amor cristiano" (cfr. *Evangelización*, 3. 1. 3).

ese secreto, en virtud del cual los cristianos son capaces de vivir dando testimonio³⁷.

4. La evangelización implica el anuncio explícito de la presencia del Señor. En la Iglesia, sacramento de salvación, los niveles implícitos tienden intencionalmente a su explicitación. ¿De qué otra manera podría entender la acción de anunciar, proclamar?

El descubrimiento de la presencia del Señor en la historia, en las culturas, y su anuncio posterior constituyen una unidad indisoluble. Nos parece que el Concilio está precisamente en la línea de la explícita proclamación cuando enseña: "Este propósito universal de Dios en pro de la salvación del género humano no se realiza de un modo como secreto en el alma de los hombres, o por los esfuerzos inclusive de tipo religioso, con los que los hombres buscan de muchas maneras a Dios..." (A. G. 3). Así como Dios entra públicamente "en la historia de los hombres de un modo nuevo y definitivo" (ibidem), así también pública y explícitamente la Iglesia anuncia este misterio.

5. Descubrir la presencia actuante de Dios en las culturas. Esta se manifiesta de dos modos:

a) Como valores religiosos preparatorios del cristianismo, como pedagogía hacia Cristo (L. G. 16; A. G. 3), en una especie de Antiguo Testamento dentro de cada cultura, y,

b) Como una acción ya salvífica, aunque implícita (semillas del Verbo), que actúan en el seno de cada cultura (A. G. 9b), y que ha de culminar en el anuncio explícito³⁸.

37 Esta contextura comunitaria es indicada en Medellín para la catequesis: "Para los cristianos tiene una importancia particular la forma comunitaria de vida, como testimonio de amor y de unidad. No puede por tanto la catequesis limitarse a las dimensiones individuales de la vida..." (*Catequesis*, 10).

38 Es interesante la observación del Episcopado Peruano: "En la Iglesia latinoamericana ha habido una gran evolución; desde la teoría de la 'parodia diabólica' de muchos misioneros de la Colonia —según la cual las religiones prehispánicas se parecían tanto a la cristiana, que sólo se explica por engaño del diablo— hasta la interpretación de las semillas del Verbo" (A. G. 11).

Este término contiene en sí la urgencia de hacerlas llegar a su plenitud como planta y fruto, y clama por una explicitación del Verbo que sólo se puede lograr por la predicación de la Buena Nueva. Es precisamente a su luz que descubrimos que son "semillas del Verbo".

No hay, pues, ninguna oposición a la novedad del Evangelio. Aunque las religiones no cristianas contengan muchos valores y aún puedan ser camino de salvación para muchos que las vivan con sinceridad, esa salvación viene por Cristo. El Evangelio es una

La evangelización ha de tener muy presente el hecho de que la **Revelación** divina procede dentro de una **determinada pedagogía**, según la cual Dios pacientemente prepara la humanidad para, en la plenitud de los tiempos, enviarle su Hijo y revelarles el Espíritu Santo. Como Revelación histórica, asume todos los valores del **entorno** cultural del hombre al cual se dirige: "Dios al revelarse a su pueblo hasta la plena manifestación de sí mismo en el Verbo Encarnado, habló según los tipos de cultura propia de cada época" (G. S. 58).

6. Dos polos han de conjugarse para la evangelización: el Mensaje Revelado y la realidad histórica actual. Esta puede llamarse el polo **situacional**. "Las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas forman parte indispensable del contenido de la catequesis" ("Catequesis", 6). Pero siempre en relación y confrontación con el Mensaje Revelado, que es el gran criterio, la "Norma Normans", y en plena fidelidad a él. La fórmula sintética de Medellín es esta: "Guardar fidelidad al Mensaje Revelado, encarnado en los hechos actuales" ("Catequesis", 17, C).

La interpretación de los **hechos actuales** y la auténtica captación de las angustias y esperanzas del hombre latinoamericano, en una dimensión religiosa se hacen desde la fe. La fe supone la adhesión libre, personal, de todo el ser a la persona de Cristo y la aceptación de la integridad del Mensaje Revelado³⁹. Es reflejo de una grave confusión pretender suplantar la Palabra Revelada por la manifestación de la presencia y voluntad de Dios en los acontecimientos actuales. Es verdad que Dios sigue hablando, se sigue manifestando en la historia, pero estas manifestaciones sólo se entienden y captan adecuadamente al interior de la fe y la **gran Revelación**⁴⁰.

explicitación "sine qua non" y un camino mucho más nítido —por eso, "el camino"— para llegar al Padre. Por eso la necesidad y urgencia de evangelizar (*Anotaciones del Episcopado Peruano al Documento del Sínodo*).

39 El Episcopado Chileno aborda el problema de la fe y de su anuncio en el mundo contemporáneo, en tres grandes aspectos: 1. Fides quae creditur y 3. la forma de presentarlo al hombre moderno. Abundando en la Fides quae creditur, observa: "La fe está constituida fundamentalmente por nuestra adhesión a Cristo. Esa adhesión a Cristo como nuestro Salvador y Señor es una adhesión vital a su persona y por ello engendra la esperanza en el amor y el amor a El. Es entonces adhesión a cuanto El enseñó y a cuanto El nos indicó como norma de vida. Trae por ello consigo una doctrina y una moral..." (*Respuesta*, I, 1). Hace hincapié en la grave situación de una fe, ella misma cuestionada.

40 Quienes asumen la expresión "Revelación Palabra" y "Revelación Realidad" advierten cómo siempre la acentuación ha de estar en

Dios se puede manifestar por medio de **hechos históricos**, pero no todos los hechos históricos alcanzan el grado de **signos de los tiempos**. Puede hablarnos también por medio de sucesos y hechos individuales, perceptibles en la fe y en la oración. Tampoco esto ha de llamarse signos de los tiempos. Los signos de los tiempos son acontecimientos globales, densos, constantes, a través de los cuales se percibe en la fe la presencia y voluntad de Dios. Los **acontecimientos** se vuelven, en la fe, **signos**. Se integran en la Revelación y nos ayudan a conocer mejor y a profundizar en el conocimiento de la Palabra Revelada (que a su turno se actualiza permanentemente), y a entrar en un contacto más personal con el Señor⁴¹.

Dicen los obispos de Brasil: "Los signos de los tiempos son por sí relevantes para la evangelización, porque en ellos habla Dios a los hombres. Ellos constituyen un desafío pues son ambiguos y su lectura es difícil. El criterio próximo para la lectura es **lo auténticamente humano** que es perenne, pero que se reviste de formas históricas pasajeras y la distinción entre lo perenne y lo histórico es difícil. El criterio último para la lectura es Cristo..."⁴².

Hay que entender bien el sentido de que las tendencias y aspiraciones humanas son un "lugar teológico". Pueden, como decíamos, ser expresión de la voluntad del Señor que ha creado al hombre como imagen suya, y ha puesto en la profundidad de su corazón el deseo fundamental de encontrarse con El, de ser feliz. En este sentido la evangelización también puede "partir" de los anhelos profundos y legítimos del hombre, que encuentra en el misterio de Cristo su respuesta. Hay diferentes reflejos de esos anhelos del hombre, de acuerdo con su situación histórica, su etapa evolutiva, su proceso de personalización y la maduración de su fe. **Metodológicamente** tiene su valor la "Catequesis situacional". Desafortunadamente ha sido a veces mal interpretada o abusivamente utilizada como si la Biblia pudiera ser remplazada por la "revelación de los acontecimientos", por la historia diaria, y hubiera que sepultar **toda sistematización y conceptualización** que parta del **Mensaje Revelado**⁴³. Por los

la primera y cómo la dialéctica interna, complementaria, no ha de alterar esta misma relación.

41 Aboga el Episcopado Peruano para que se determine "cuáles son en realidad los signos de la época, es decir, encontrar su significado psicológico ya que se trata de hechos comprobables históricamente" (II, F.).

42 *Proposta*, II, F.

43 Hay que salvar, a todo precio, sobre todo en momentos de muy graves confusiones doctrinales y de una aguda "incertidumbre de

errores de un exceso de "conceptualismo" en la transmisión del Mensaje y por el olvido al recurso a las situaciones existenciales, no se debe incurrir en otro serio riesgo, el de la desvertebración del contenido integral de la Revelación, que hace de este una especie de permanente reactivo a respuestas aisladas, caprichosas, circunstanciales.

Se puede olvidar lo original, lo específico, lo novedoso del Mensaje de Cristo⁴⁴. Es la Palabra de vida, la que crea, por otra parte, nuevos hechos y nuevas situaciones. Puede engendrar anhelos antes desconocidos, o sacar a la luz aspiraciones ocultas, o entrabadas en el misterio del mal.

El peligro de una polarización preocupa a los pastores: "Otros, colocan el acento de la evangelización en el lenguaje para ser comprendidos por el mundo. Parten del principio: Dios está presente en el acontecer y es allí en el diario vivir donde se manifiesta. La acentuación de este principio lleva a buscar con un afán excesivo los anhelos, las aspiraciones del hombre viviendo en sociedad, pero con frecuencia confunden el contenido mismo de la evangelización con dichos anhelos... Esto representa el objeto material de la evangelización: se dirige al hombre, termina en el hombre. Pero, para entender con precisión lo que es específico de la evangelización, hay que atender a su objetivo formal propio. La evangelización, en efecto, se dirige al hombre como llamado a participar de la vida sobrenatural, como ser trascendente a este mundo..."⁴⁵.

7. Ha de asegurarse la profundización en la evangelización que de la "proclamación" lleve a la respuesta explícita de la fe, la cual se expresa y enriquece en las celebraciones sacramentales. Tiene todo su valor la evangelización ritual, simbólica, especialmente en América Latina. Se ha de evitar el "sacramentalismo", pero hay que saber orientar la práctica sacramental para profundizar la fe, de tal manera que los sacramentos sean auténticas celebraciones de fe.

la fe" (*Documento Sinodal*, II, 3), en el *logos sistemático*, en la jerarquización de verdades y valores, en cuadros referenciales sistemáticos, de los cuales no puede prescindir una verdadera catequesis, con sus contenidos conceptuales y con incitaciones a una inteligencia de la fe.

44 La expresión de la carta a Timoteo: "Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo" (2 Tm 4, 2), no debe interpretarse como una invitación a ser "inoportuno", sino cómo ha de predicarse con ocasión o sin ella, exista la expectativa de lo actual o no.

45 *Respuesta*, segunda parte.

La renovación pastoral litúrgica y sacramental, busca dar respuesta a cuestiones fundamentales, superando simples inquietudes rubricales o de modificación o traducción de textos.

El problema de la relación íntima entre fe y sacramento, la necesidad de anunciar el Evangelio que lleve a la conversión y a la fe, o a profundizar en su fe al creyente, como requisito previo a toda celebración litúrgica y especialmente sacramental, ha sido un factor altamente positivo en la pastoral de estos últimos 10 años.

Esto se manifiesta por ejemplo, en la exigencia de reuniones de formación en la fe para padres y padrinos antes del bautismo, cursos prematrimoniales, etc.

En la celebración misma de los sacramentos se han destacado con mayor fuerza los elementos que conllevan "una gran instrucción para el pueblo fiel" (S. C. 33): el empleo de la lengua vernácula, la riqueza y variedad de las celebraciones de la Palabra de Dios, que forman la primera parte de la celebración de todos los sacramentos; la homilía, las moniciones, la fuerza de los signos visibles, el canto, etc., son todos factores que conllevan a un crecimiento en la fe y por tanto tienen una fuerza evangelizadora. Así la Palabra que anuncia el Evangelio de salvación, continúa repercutiendo en cada celebración litúrgica y en el corazón mismo de la acción sacramental, pues cada vez que comemos del pan y bebemos del cáliz, anunciamos la muerte y resurrección del Señor.

Pero a su vez, la insistencia en la necesidad de los sacramentos, que celebra la liturgia, dentro de la naturaleza "sacramental" de Cristo y de la Iglesia, pone de manifiesto la fuerza objetiva del sacramento mismo que realiza el hoy del Evangelio y que hace entrar al hombre en el pleno encuentro y compromiso con el Señor; de otra manera se correría el peligro de una vida eclesial convertida en puro sistema ideológico, en que nada tendría que ver la gratitud del don de Dios y la entrega personal del hombre.

La pastoral litúrgica pretende además, como dice "Medellín" (9, 7 e), "llevar a una experiencia vital la unión entre la fe, la liturgia y la vida cotidiana, en virtud de la cual llegue el cristiano al testimonio de Cristo". Este testimonio es a su vez evangelizador y así se comprende la liturgia como cumbre y fuente de la acción eclesial y centro de la unidad de la misión de la Iglesia.

8. Hay una estrecha relación entre evangelización y la auténtica promoción humana.

La "promoción humana" en la Iglesia no puede ser presentada como un sustituto de la tarea explícitamente evangelizadora, como si sólo el compromiso por la justicia, o su acción social y asistencial bastara, sin que esto se ligara al menos virtual e intencionalmente al anuncio explícito del Evangelio. La presencia de la Iglesia en lo social, su labor asistencial, constituyen un signo de caridad y un soporte necesario de testimonio para su acción evangelizadora. La conversión en la fe, fruto de la evangelización, ha de abrirnos a las necesidades de nuestros hermanos ⁴⁶.

No ha de perderse en centro de gravedad en la evangelización. Es esa la tarea esencial de la Iglesia.

Existen interpretaciones exageradas, que alimentan la antinomia ("Documento del Sínodo", III, D), ya sea en un discutible "espiritualismo", ya en una orientación "temporalista", cargada de inmanentismo ⁴⁷, que produce un vaciamiento del contenido religioso.

Dejando siempre en claro la absoluta prioridad de la evangelización, y respetando las opciones de tipo partidista que sean lícitas, la fe cristiana puede inspirar y dinamizar los cambios que necesita el hombre. El Evangelio debe ser proclamado con todo su vigor profético y este anuncio es instrumento vitalizador de la sociedad.

9. La evangelización ha de hacerse con el anhelo de llegar a la plena unidad entre las Iglesias, en un ambiente de sincero ecumenismo.

⁴⁶ Esta relación es esencial a la enseñanza del Episcopado en la Conferencia de Medellín. En los últimos documentos se insiste nuevamente: "Si uno se atiene al objeto formal de la evangelización llegará a la conclusión de que lo que especifica la obra del evangelizador será el despertar de la fe y si esta fe es auténtica debe traer como consecuencia, aunque no específicamente, como misión específica del cristiano en cuanto cristiano, la proyección hacia el hermano: caridad, justicia, reforma de estructuras... Hay un mínimo de condiciones materiales que deben ser satisfechas para que se pueda hablar de fe. Pero el trabajar por el desarrollo, el buscar el progreso y alcanzarlo, no produce, no causa la fe" (EPISCOPADO CHILENO: *Respuesta*, segunda parte). "Es indispensable no separar religión y vida, evangelización y humanización. Toda evangelización para ser auténtica y eficaz, debe incluir la humanización, y toda humanización para ser auténtica y completa, debe llevar al pleno desarrollo en Cristo, a fin de corresponder al plan divino" (EPISCOPADO DEL BRASIL: *Proposta*, II, D).

⁴⁷ Se observa precisamente como obstáculo para la evangelización "la fuerte presión que sobre el creyente ejerce el ateísmo humanista (sobre todo el marxista) inclinándole a intentar justificar su fe reduciéndola a un cierto humanismo revolucionario..." (EPISCOPADO PERUANO, II, B. b.).

Es un hecho que la división de las Iglesias impide la evangelización. Por esto el Señor ora (Jn 17, 21): "Que todos sean uno, como tú Padre estás en mí y yo en ti; que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste". Se presenta a los evangelizadores una dificultad suplementaria cuando se los enfrenta con un Cristo dividido. Si esta dificultad es menos sensible en países de mayoría católica, es intensamente vivida en las misiones, donde diferentes confesiones cristianas se presentan reclamando todas igualmente la adhesión a un mismo Cristo que cada uno proclama a su modo. Esto es lo que se llama, con un término muy preciso: el escándalo de la división, del cual dice el decreto conciliar sobre ecumenismo: "división que abiertamente repugna a la voluntad de Cristo y es piedra de escándalo para el mundo y obstáculo para la causa de la difusión del Evangelio por todo el mundo" (n. 1; cfr. también "Ad Gentes", 6).

La cuestión es cómo, en el presente estado de división de las Iglesias, este escándalo puede ser superado. Para esto hay que partir del principio que, a pesar de su división, las Iglesias tienen todavía una cierta unidad (decreto sobre ecumenismo n. 3), que ahora se descubre, se afirma y sirve de base a una futura reconstrucción de la unidad perfecta. En este estado que se llama teológicamente de comunión imperfecta, o inclusive con algunas Iglesias, de comunión casi perfecta, las Iglesias pueden y deben hacer en común todo aquello que su conciencia no las obliga a hacer por separado. Es el llamado "principio de Lund" (Suecia), elaborado en una reunión tenida allí por la División de Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias (1952). Esto abre la perspectiva a la realización de un testimonio común de Cristo y el misterio cristiano por las Iglesias (cfr. documento sobre "Testimonio común y proselitismo" de la Iglesia católica romana y el Consejo Mundial de Iglesias, publicado en la Carta Circular Nº 5, noviembre 1970, de este Departamento).

Evangelización es ante todo la proclamación por la Iglesia del misterio del plan de Dios sobre el mundo realizado en la muerte y la resurrección de Jesucristo (cfr. Hech 2, 32-36). Esta proclamación la Iglesia la hace por la palabra y por las obras inseparablemente (cfr. "Dei Verbum" 2), de tal manera que las obras adquieren su sentido y su significación por referencia al anuncio de la palabra revelada. Se pregunta en qué medidas las Iglesias separadas pueden y deben cooperar en la realización de esta evangelización por la palabra y por las obras.

El decreto de ecumenismo dice (n. 12): "La cooperación de todos los cristianos expresa vivamente la unión

con la que ya están vinculados y presenta con luz más radiante el rostro de Cristo siervo”, y continúa: “esta cooperación, establecida ya en no pocas naciones, debe ir perfeccionándose más y más, sobre todo en las regiones en proceso de desarrollo social y técnico, ya en el justo aprecio de la dignidad de la persona humana, ya procurando el bien de la paz, ya en la aplicación social del Evangelio, ya en progreso de las ciencias y de las artes con signo cristiano, ya en la aplicación de cualquier género de remedio contra los infortunios de nuestro tiempo, como son el hambre y las calamidades, el analfabetismo y la miseria, la escasez de viviendas y la distribución injusta de las riquezas”. Es de notar:

1º que esta lista no pretende ser exhaustiva, sino enumerar algunos ejemplos;

2º que esta cooperación está destinada a mostrar el “rostro de Cristo siervo”, lo cual la pone en el orden mismo de la evangelización, según lo dicho más arriba.

Pero en el orden mismo de la proclamación de la fe por la palabra, la evangelización propiamente dicha o explícita, se puede considerar esta colaboración. El Concilio tiene sobre este punto un texto capital, en el decreto “Ad Gentes” (15), que dice: “en cuanto lo permitan las condiciones religiosas, promuévase la acción ecuménica de forma que, excluida toda apariencia tanto de indiferentismo y confusionismo como emulación insensata, los católicos colaboren fraternalmente con los hermanos separados, según las normas del decreto sobre el ecumenismo, en la común profesión, en cuanto sea posible, de la fe en Dios y en Jesucristo delante de las naciones y en la cooperación en asuntos sociales y técnicos, culturales y religiosos”. Esto abre muy interesantes perspectivas, todavía en buena parte inexploradas.

En todo este trabajo ecuménico hay que tener en cuenta la advertencia de los pastores: “Hay, de hecho, muchos casos de falso ‘ecumenismo’, en que no se procura una profundización en la fe cristiana, sino que se manifiesta una actitud de casi indiferentismo o permisividad doctrinaria...”⁴⁸

Otro riesgo de un falso “ecumenismo” sería el de pensar que se puede menguar el celo misionero, como si esto se confundiera con el “proselitismo”. Aquel anuncia el Evangelio y busca la libre respuesta del hombre. Este utiliza medios impositivos, presionado por el deseo de crecimiento cuantitativo, que no respetan la libertad.

48 EPISCOPADO DEL BRASIL: *Proposta*, III, H.

En la Iglesia, comunidad de salvación, el Padre realiza el don de la entrega de su Hijo en el Espíritu. La Iglesia entra en la continuidad histórico-sacramental de las misiones de Cristo y del Espíritu⁴⁹. Esta continuidad es intrínseca a toda la Iglesia que es, en consecuencia, misionera y profética.

A la Iglesia-comunión compete redescubrir constantemente, sentir, vivir y anunciar las riquezas del Reino. Como sacramento universal de salvación⁵⁰ en Cristo (L. G. 1, 9) —diacónia de salvación que le fue dada como constitutivo esencial— ha de “proclamar” y explicitar el misterio de Dios.

La originalidad del cristianismo está no solamente en anunciar la salvación, sino también en explicitar histórica y públicamente que la salvación está en Cristo. En este sentido, todo el Pueblo de Dios, es sujeto de la evangelización, y al mismo tiempo objeto: como comunidad eclesial está incluido en el anuncio (Rm 1, 9; I Jn 1).

Se anuncia en la Iglesia y desde la Iglesia. En el mismo acto de anunciar a los pueblos la Buena Nueva, la Iglesia renace y crece constantemente, se evangeliza a sí misma. Vive la Iglesia para anunciar y, a la vez, su vitalidad depende de la fidelidad a la misión evangelizadora.

En el seno de la comunidad cristiana se transmite la fe. Para el cristiano ser misionero dentro de una vocación histórica es consecuencia de la aceptación del *kerigma* y de su adhesión a Cristo, que conduce a una comunidad esencialmente misionera.

América Latina necesita urgentemente de comunidades misioneras que vivan el misterio, lo “proclamen” por el testimonio y la Palabra⁵¹, alimenten la fe de sus miembros.

49 El “agente” principal de la evangelización es Dios, en el don de Cristo y en la comunicación del Espíritu, de quienes la Iglesia recibe su vocación y misión (Rm 1, 1; Ga 1, 1; 2 Tm 1, 1; Ef 3, 7; I Co 1, 1; Hch 13, 2-4. El Espíritu, enviado por el Padre y el Hijo, da la vocación misionera a la Iglesia (Jn 15, 26; Lc 24, 49; Jn 20, 21 ss.; Hch 2, 4-11. 14 ss.; 1 Tm 1, 5; Hch 10, 44-47). La misión de Jesús se prolonga en la de sus enviados (Hch 1, 8; Hch 2, 17-18; Hch 2, 33; Hch 4, 8; Lc 10, 1 ss.; Lc 9, 1 ss.; Jn 20, 21; Mc 16, 15).

50 La Iglesia visible no agota la totalidad de la salvación divina. Es su plenitud sacramental presente en la tierra y la forma pública de salvación en Jesucristo.

51 El Documento Sinodal sugiere que se reflexione en esta “antinomía”: La evangelización consistiría *únicamente* en dar testimonio, mediante la existencia cristiana. O, la evangelización consistiría

bros y reflexionen a la luz de esa fe, en el momento histórico que viven. La evangelización, enseña Medellín, necesita el soporte de una Iglesia-signo, y ha de hacerse por medio del testimonio personal y comunitario ("Pastoral de élites", 13).

Es menester subrayar la trascendencia de la misión profética de la Iglesia en América Latina, continente globalmente católico. Su vida debe ser cada vez más, anuncio de Jesucristo al mundo contemporáneo. Por medio de sus actitudes y opciones, de los sufrimientos y de la esperanza, de su anhelo de liberación integral en una más profunda comunión con el Señor y con todos los hombres, nuestros hermanos, ha de **anunciar** la presencia salvadora del Señor.

Ya habíamos aludido, tratando de la religiosidad popular, a un aspecto que hay que hacer resaltar: los "pobres" no son solamente destinatarios privilegiados del Mensaje, sino también agentes importantes del Anuncio por su capacidad de apertura a Dios, por su sensibilidad a las diversas formas de opresión del pecado (de personas, de grupos, de estructuras); por su mayor conciencia de debilidad y de necesidad de salvación. Los satisfechos, los repletos, no parecen sentir necesidad de recurrir a Dios. Los "pobres" experimentan más hondamente su contingencia, su precariedad (sin que esto haya de confundirse con búsquedas de "compensación" alienante, como si la religión fuera "opio"), y la aspiración a la justicia, a la fraternidad que tiene su fuente en el Padre. Los pobres ayudan a dar al mundo su conciencia de provisoriedad. Su sabiduría no es la de los "sabios", no se escandalizan frente a la "locura" y al "escándalo" de la Cruz. Así los pobres evangelizan y son evangelizados. De sus labios surge la alabanza, que es también **anuncio**.

El indispensable **anuncio explícito** del Evangelio se está haciendo en América Latina por los discípulos del Señor de múltiples maneras, a través de innumerables y nuevos ministerios, en unión y fecunda colaboración con los ministerios jerárquicos⁵².

simplemente en la proclamación del Evangelio (segunda parte, III, B). Hay unidad profunda entre *testimonio y palabra*. Esta se apoya en aquel. La palabra explícita el testimonio. Bien se lee en *Propuesta para el tema del Sínodo*, de la Conferencia Episcopal del Brasil: "No basta el profetismo de las palabras. Es indispensable el profetismo de las obras". (Hoy es más urgente que nunca el testimonio personal en la comunidad).

52 Suele distinguirse por otros aspectos, entre "ministerios de tipo sacramental o institucional" y "ministerios carismáticos". Los primeros exigen una *estabilidad* en el servicio; los carismáticos res-

El Vaticano II se preocupó particularmente del ministerio de los **obispos**, acentuando la misión profética que entraña.

"De los obispos se pide antes que nada que sean orientadores e impulsores de esta pastoral (la evangelización) orientada a la educación de la fe en las personas y en la constitución de las comunidades. La presencia personal del obispo en las comunidades es un factor de animación y de coordinación de toda la Iglesia"⁵³.

La Iglesia de América Latina espera mucho de sus obispos, de su creatividad pastoral, de su responsabilidad de revelar en su servicio simultáneamente el rostro de Cristo y el rostro de su Iglesia particular, en el servicio a **toda** la Iglesia, de su presencia dinamizante y estimulante en medio de los presbíteros, "próvidos colaboradores" y hermanos, y en medio de los demás fieles. A ellos, en efecto, compete la mayor responsabilidad personal en la Iglesia evangelizadora. Espérase de ellos el liderazgo capaz de congregarse auxiliares; de descubrirlos y formarlos para la misión que, en primer lugar, recae sobre las espaldas de quienes son consagrados como legítimos sucesores de los apóstoles.

Es verdad que hoy se exige demasiado a los obispos. Son muchos los frentes pastorales en los que se solicita su presencia. Los nuevos tiempos serán, seguramente, todavía más exigentes. El proceso de secularización urdirá más a una presencia evangelizadora. Otras responsabilidades, principalmente administrativas, han de ser delegadas para dedicar el tiempo a lo fundamental. Como principio de unidad visible en la comunidad que se reúne en la Palabra y en la Eucaristía, el obispo tendrá que buscar con imaginación y capacidad creadora, iluminadas e impulsadas por el Espíritu, y en constante apertura y diálogo con la comunidad, formas nuevas de compromiso pastoral, correspondientes a circunstancias en las que el ritmo y la mentalidad de tipo rural están siendo progresivamente abandonadas.

Los **presbíteros**, en número tan alarmantemente reducido en América Latina, dan en gran parte testimonio de generosa dedicación apostólica en la obra de evangelización del Pueblo de Dios.

ponderían a impulsos ocasionales del Espíritu, en orden a la renovación y dinamización de la Iglesia. Puede haber diversas formas de tipificación.

53 *Respuesta de la Conferencia Episcopal de Chile al Sínodo de los Obispos*, p. 26.

Es común anhelo la profundización en una preparación más adecuada para los nuevos tiempos, los cuales piden una más profunda comprensión de los problemas. Los cambios bruscos que experimenta la sociedad golpean a la Iglesia y a sus ministros. Se han experimentado agudas crisis en la identidad sacerdotal que normalmente repercuten en la acción evangelizadora. Se experimenta, por doquiera, el deseo firme de lograr una más sólida espiritualidad sacerdotal, unida a un sentido de mayor creatividad. La acentuación de su servicio profético es un requerimiento sentido.

Hay que reconocer que es muy poco lo que se ha avanzado en una verdadera pastoral vocacional, que ha de estar estrechamente ligada con otros compromisos pastorales, especialmente con la pastoral juvenil. Aun en el caso de que se retomara el ritmo de las vocaciones de hace unos años (cuyo descenso ha sido evidente, con leves señales de restablecimiento), la desproporción entre las necesidades crecientes y el número de los candidatos al sacerdocio es alarmante. Está por hacer esta "pastoral de emergencia".

La mayoría de los países de América Latina atienden sus necesidades pastorales con personal venido del exterior. Es una colaboración muy valiosa y una expresión de la generosidad y de la vitalidad de las Iglesias. Esta ayuda es "válida y exigida por la naturaleza misma de la Iglesia; por la comunión universal de la Iglesia en el único Cristo; por la exigencia de la colegialidad episcopal; por ser signo de vitalidad interna y caritativa de la Iglesia" (Quinta Sesión del Consejo General de la Pontificia Comisión para América Latina). Conservan pleno valor las orientaciones que allí se formularon: selección cuidadosa, capacidad de adaptación y de total integración en la pastoral diocesana y nacional, preparación realista. Sentido de síntesis en el equilibrio evangélico: "El personal del exterior debe aprender a integrar en su esencial tarea evangelizadora toda la obra de una auténtica promoción humana. La exigencia apostólica de su misión lo llevará a descubrir situaciones particularmente dolorosas en que viven los hombres del continente y a tratar de mediarlas, especialmente mediante la formación de laicos verdaderamente comprometidos y el llamado evangélico a la justicia y la caridad. Podrá superar así la tentación de la violencia que en América Latina se manifiesta frecuentemente como fruto de una situación de injusticia" (COGECAL).

Es una colaboración que ha de tender a que las Iglesias maduren y progresivamente alcancen su identidad e independencia necesarias.

Habría que insistir en la urgencia de una sólida **espiritualidad**. Los momentos que vive la Iglesia lo piden, más que en otras épocas. La colaboración será adecuada y deseable, cuando parte de una definida identidad sacerdotal y misionera, y de una firme contextura evangélica. Las tensiones propias de los momentos de transformación de otra manera podrían acarrear desajustes y frustraciones.

Son numerosos los documentos de los episcopados, a tono con las recomendaciones del último Sínodo, que señalan la tentación de que la misión evangelizadora del sacerdote quede devorada y aun suplantada por cometidos de carácter político, a veces sutilmente planteados, pero que en la realidad representan un cambio de horizontes y preocupaciones. Algunas colaboraciones para el próximo Sínodo insisten en ello nuevamente⁵⁴.

El servicio concreto a la unificación de la comunidad, esencial a su ministerio, insertado en la capitalidad del Señor, tomará distintos rasgos y demandará diversas **acentuaciones** en su servicio. Emerge como la gran urgencia la acentuación profética, el ministerio de la Palabra. En un mundo que se seculariza podrán ser más útiles las formas de su presencia⁵⁵.

Una atención especial merece la instauración del Diaconado Permanente en América Latina.

Hay que reconocer que el entusiasmo inicial ante esta nueva posibilidad, abierta por el Concilio, parece haber decrecido. En todo caso, mirada la situación globalmente, y con algunas excepciones, no ha tenido la trascendencia

54 "Un sector del clero y del laicado se adhiere en alguna medida al pensamiento político y económico marxista y acepta, en líneas generales, el análisis marxista de la sociedad o, al menos la metodología de ese análisis; otros, en cambio, asumen una postura radicalmente antimarxista, sin ningún matiz" (*Anotaciones del Episcopado Peruano al Documento de Trabajo del Sínodo*, II, 4). Observación que no equivale a poner en duda la importancia de un compromiso histórico: "Evangelizar es proclamar la Palabra de la Buena Nueva y contribuir a que esa Palabra tenga la efectividad histórica y social que le es propia, dentro de su acción transformadora del mundo" (4). "Algunos sacerdotes se politizan y forman grupos por el socialismo. Se confunde la evangelización con la liberación, término muy ambiguo que generalmente se toma en un sentido económico, político y social. El Reino de Dios se confunde con la ciudad temporal. La utopía marxista reemplaza la escatología cristiana" (*Respuesta de la Conferencia Episcopal de Chile al Sínodo de los Obispos*, II, 7).

55 El presbítero puede estar ligado a una comunidad concreta, formando parte estable de ella y presidiéndola (v. g. el párroco, o un asesor de un grupo), o puede tener una función más global (v. g. diocesana) y en forma itinerante. Hay otras muchas modalidades.

que había esperar. Son escasas las experiencias, concentradas a algunos pocos países. Otros están todavía buscando caminos. Hay lugares en los que impera el silencio al respecto. La operatividad y las estrategias concretas para su instauración entre nosotros son bastante modestas.

Frente a una posibilidad tan alentadora, el camino no ha sido fácil, por diferentes razones. En algunos casos los promotores en las Iglesias que cultivan la experiencia, han pasado momentos difíciles y hasta angustiosos.

En la actualidad se trabaja intensamente para delinear la semblanza del diácono que se necesita en América Latina: su tarea principal sería el servicio de la Palabra. La labor definitivamente evangelizadora ha de prevalecer sobre el servicio cultural. Debe ser un animador de las comunidades que se van formando. Su relación con las comunidades de base se vislumbra como una valiosa perspectiva. El diácono no se concibe como auxiliar del presbítero, sino como un colaborador del obispo, en unión con los demás ministros, en el seno de la Iglesia particular. Se intenta evitar que vayan a asumir una forma de vida "clerical", para lo cual aparecería como muy conveniente que vivan de su trabajo, al menos en la generalidad de los casos.

Las etapas que han sido recorridas parecen anunciar una labor más definida y decisiva, que sepa aprovechar las experiencias de estos pocos años⁵⁶. Todo suponiendo una profundización en la **diaconía de la Iglesia**.

56 El CELAM ha organizado ya dos encuentros sobre Diaconado Permanente (D. P.) (S. Miguelito, Argentina - 1968 y Petaluma, Colombia - 1973). El balance de la experiencia puede reducirse a las siguientes etapas:

1. La primera fue de optimismo. Lo importante era "hacer diáconos". Se establecen las "Escuelas para diáconos".
2. La segunda fue de angustia. No se sabía bien qué era un diácono. Se sabía más sobre su "quehacer" (atribuciones) que sobre su "ser".
3. La tercera fue de búsqueda: a) El D. P. sólo encuentra su lugar en una Iglesia renovada. "No se puede echar vino nuevo en odres viejos". b) La identidad del diácono está suponiendo la identidad del presbítero. c) Para que el D. P. encuentre su función específica en la Iglesia, toda la Iglesia necesita ponerse en "estado" de diaconía.
4. La cuarta etapa fue el descubrimiento del binomio D. P.-Comunidades eclesiales vivas. El diácono nace de la comunidad y debe servir a la comunidad.
5. Un paso más fue la convicción de que la creación de comunidades vivas era obra de una pastoral adecuada, asumida conscientemente por todos los agentes de la pastoral diocesana (personas, grupos, organismos). No solamente una acción pastoral para el pueblo, encerrada casi exclusivamente en el campo religioso, sino una acción con el pueblo (participación) que abarque la vida global del pueblo.
6. Otra etapa fue relacionar el D. P. con los ministerios no jerárquicos, el D. P. no queda desplazado por la aparición de los mi-

Además de los ministerios jerárquicos, absolutamente esenciales a la vida de la Iglesia, puede haber otros ministerios institucionales. De hecho, en América Latina aparecen nuevos ministerios como delegados de la Palabra, animadores de la comunidad, anunciadores de la fe, coordinadores de grupos de reflexión, etc. Se van viendo nuevas necesidades.

El servicio del catequista, que en algunos países tiene una gran importancia, merecería más atención en estas páginas. Los ha habido a nivel parroquial, con diversos grados de preparación y de eficacia. Han sido de hecho un valioso factor de evangelización. Se percibe una revitalización del catequista⁵⁷. Podrá revestir muy variadas formas: auxiliar en las parroquias y comunidades; itinerante; evangelizador de las comunidades de base; realiza la catequesis a través de los medios de comunicación, etc.

Son muy amplios los horizontes que se abren a los carismas de la vida consagrada, que tanto ha influido en la vida de la Iglesia. Si evangelizar es anunciar el Reino presente en Cristo y la vida consagrada es la vocación ratificada en la Iglesia para vivir y manifestar los valores del Reino futuro, del absoluto de Dios, de la radicalidad del Evangelio, es evidente la relación del religioso (a) con la misión evangelizadora de toda la Iglesia. La misma vida consagrada es ya un signo profético y escatológico. Anticipan la realidad de lo definitivo, de lo plenamente logrado en la total unidad con el Señor.

nistros extraordinarios de la Eucaristía y de los otros ministerios; por el contrario, puede hacerlos nacer en las comunidades, formarlos y coordinarlos.

7. La última etapa es el descubrimiento de la trilogía en los pasos necesarios para la promoción del D. P.: comunidades eclesiales vivas —ministerios varios— diaconado permanente. Ya no se trata de "hacer" diáconos, sino de crear comunidades vivas y de cultivar los ministerios necesarios para dichas comunidades. Hay que cambiar, pues, las "Escuelas para diáconos" en "Centros de formación para líderes de la comunidad".

Las mejores experiencias en América Latina están viviendo esta última etapa. Los promotores del D. P. reconocen, con sincera humildad, que no está ya todo resuelto. El camino ya está iluminado, pero todavía es el principio. No se pueden ver los obstáculos del futuro, pero existe la confianza de que se tienen los recursos necesarios para superarlos.

La Iglesia en América Latina debe estar profundamente agradecida a estos pioneros que con sudor y angustia han logrado desbrozar la maleza y abrir camino. Las Iglesias que no han iniciado la experiencia ya no partirán de cero.

57 Hay experiencias muy positivas y promisorias en relación con los padres de familia que asumen la preparación religiosa de sus hijos, especialmente en las etapas destinadas a la preparación para la Primera Comunión.

En los últimos años ha tomado singular importancia y ha aparecido de manera original, la presencia actuante de la mujer consagrada. Su integración en la vida pastoral de las diócesis, de las parroquias (cuya orientación en algunos casos han asumido), en las distintas formas de comunidad, en las comunidades de base, abre caminos muy ricos y antes quizás insospechados. Su presencia entre los pobres y los más sencillos tiene una fuerza especial y constituye un atractivo testimonio sobre el cual se apoya la labor evangelizadora. Naturalmente se requiere una preparación todavía más esmerada y adecuada a las nuevas realidades para que su servicio pastoral sea una expresión coherente de su identidad religiosa.

Son también agentes muy importantes de la acción evangelizadora de la Iglesia los movimientos apostólicos seculares. Es verdad que muchos de ellos han tenido que pasar por etapas de revisión y ajuste y han sufrido el embate de ciertas crisis (varias ligadas a la desconfianza hacia lo "institucional"). Sin embargo, no pocos movimientos han representado una punta de lanza evangelizadora y el medio providencial para el encuentro con el Señor en la fe. Será necesario seguramente hacer adaptaciones, estudiar mejor la integración en el conjunto de las Iglesias particulares, ahondar en un contenido teológico de entraña conciliar, etc., pero, es en conjunto una extraordinaria fuente de renovación de gran significación para la evangelización en el continente.

Los agentes de evangelización y las Comunidades Eclesiales de Base

La Conferencia de Medellín señaló la trascendencia que para la acción pastoral tienen las Comunidades Eclesiales de Base⁵⁸. Se ha pensado a veces que se estaba recomendando una "estrategia pastoral", o aconsejando la creación de un nuevo "movimiento". Hay que entender bien el engranaje eclesiológico de estas comunidades.

La Iglesia se "localiza" en su expresión de base. La CEB no es la Iglesia universal ni la diocesana. Es el nivel en el cual el acontecimiento de salvación se hace realidad

58 "La vivencia de la comunión a que ha sido llamado, debe encontrarla el cristiano en su comunidad de base: es decir, una comunidad local o ambiental, que corresponda a la realidad de un grupo homogéneo, y que tenga una dimensión tal que permita el trato personal fraterno entre sus miembros. Por consiguiente, el esfuerzo pastoral de la Iglesia debe estar orientado a la formación de esas comunidades en 'familia de Dios...'" (*Pastoral de Conjunto*, 10).

existencial y misionera en la vida concreta del pueblo. Es expresión y como concreción cercana de la misma Iglesia, comunidad de fe, esperanza, amor y culto, coordinada por los sucesores de los apóstoles y por ellos autenticada como comunidad de salvación. En dondequiera que la Iglesia existe, se manifiesta y expresa a su nivel de base. En esto insistió Medellín: "La Comunidad Cristiana de Base es así el primero y fundamental núcleo eclesial, que debe, en su propio nivel, responsabilizarse de la riqueza y expansión de la fe, como también del culto que es su expresión. Ella es, pues, célula inicial de estructuración eclesial, y foco de evangelización, y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo" (*Pastoral de Conjunto*, 10). Obsérvese la característica esencial de ser un núcleo de Iglesia evangelizador. La CEB no es un movimiento, un método, una nueva institución.

La Comunidad Eclesial de Base debe ser catalizadora: ha de despertar el sentido eclesial, revitalizarlo, y reavivar la memoria cristiana de un pueblo bautizado⁵⁹. Debe ayudarse a que el pueblo tome una conciencia orgánica y coherencia sistemática de lo que muchas veces se encuentra apenas implícito y no en forma conceptual. Al mismo tiempo, las CEB proporcionan al conjunto de la Iglesia los valores de su vivencia cristiana. Tienen una orientación misionera. Deben ser, bajo la coordinación del obispo⁶⁰, principio de unidad de la acción pastoral y de su presbiterio, fermento en la masa. Están al servicio del mundo latinoamericano, en su inspiración de comunión y liberación integral.

Las experiencias de varios años, en numerosos países son halagüeñas⁶¹. Van abriendo nuevas sendas a la acción pastoral. Un ejemplo puede ser la concepción más dinámica de la parroquia (fruto de la aculturación me-

59 En general actualmente entre los pastoralistas se prefiere evitar la expresión *re-evangelización*, ya que esta supondría partir casi del vacío. No es esta la situación de América Latina. Hay raíces que deben profundizarse, pero que están enclavadas en la vida de nuestras gentes. Suele evitarse también la separación entre evangelización y catequesis, a pesar de que se reconoce su sólido fundamento bíblico, y se prefiere entender por evangelización el proceso global, en el que se integra la maduración de la fe.

60 Una de las características de las CEB en América Latina es su arraigado sentido de comunión jerárquica. No se piensa entre nosotros —a diferencia de sectores de Europa— en comunidades cercenadas de la Iglesia jerárquica y en posición hostil. Esas clases de "contestación" son más bien raras en nuestros países.

61 El recelo suele coincidir con el desconocimiento del verdadero sentido de las CEB. A ello ha contribuido quizás una concepción más técnica que fundada en una eclesiológica conciliar, que se detiene más en pautas organizativas que en lo verdaderamente sustantivo.

dieval, rural, pretécnica) que, cambiadas las situaciones (crecimiento numérico impresionante, dispersión, complicaciones de una sociedad funcional, movilidad e itinerancia, etc.), puede hallar en las CEB una incalculable ayuda. La parroquia ha de ser **ante todo comunidad**. La concepción jurídica debe estar puesta al servicio de la construcción de reales comunidades. Las Comunidades de Base pueden darle a una pastoral parroquial renovada y abierta a nuevas formas, un gran apoyo. Es la intuición de la Conferencia de Medellín: "Se recomienda que se hagan estudios serios, de carácter teológico, sociológico e histórico, acerca de estas comunidades cristianas de base, que hoy comienzan a surgir, después de haber sido punto clave en la pastoral de los misioneros que implantan la fe y la Iglesia en nuestro continente... La visión que se ha expuesto nos lleva a **hacer de la parroquia un conjunto pastoral vivificador y unificador de las comunidades de base**. Así la parroquia ha de descentralizar su función en cuanto a sitios, funciones y personas..." ("Pastoral de Conjunto", 15 y 16).

Esta Iglesia pluralista en el nivel de conciencia y militancia de sus miembros, abierta al mundo e insertada en él, es a la vez sujeto y fruto de la evangelización, así como el signo que confirma con hechos en mensaje liberador.

La familia, pequeña Iglesia de Dios ("Ecclesiola") ha de cumplir su triple función recordada en la Conferencia de Medellín, de **formadora de personas, educadora de la fe y promotora del desarrollo** ("Familia y demografía", 4 y 7).

Los padres son "testigos de la fe" y "los primeros predicadores" de sus hijos. Aunque la familia ha sufrido agudamente los impactos de las mudanzas y transformaciones sociales, ha de conservar su valor y fuerza evangelizadora⁶². "De ahí la necesidad de dotar a la familia actual de elementos que le restituyan su capacidad evangelizadora, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia ("Familia y demografía", 6).

En la prioridad de la evangelización, aparece como tarea de primera importancia la pastoral familiar.

⁶² Medellín alude a la incapacidad de muchas familias para cumplir su misión de educadoras en la fe. Es la misma preocupación de los obispos del Brasil: "Las familias, en general, no están siendo las primeras evangelizadoras. Se está desarrollando un trabajo en el sentido de hacer que la educación de la fe nazca de la familia, por medio de movimientos de esposos, grupos de reflexión, encuentros de novios, de padres..." (*Proposta para o tema do Sínodo*).

LA EVANGELIZACION LIBERADORA *

INTRODUCCION

A la luz de lo que se ha concluido en la segunda reunión de Coordinación, presidentes y secretarios ejecutivos de los Departamentos del CELAM, celebrada en Río de Janeiro del 19 al 24 de junio de 1973 y con miras a la tercera reunión a celebrarse en Bogotá en noviembre próximo, el Secretariado General ha pedido que cada Departamento haga un trabajo de reflexión y evaluación sobre el tema **evangelización**. Se pide que tal reflexión sea hecha a la luz del Documento de Trabajo del próximo Sínodo de Obispos: **Evangelización del mundo contemporáneo**. Se piensa también que esta sería una de las maneras de "celebrar" los cinco años de Medellín y de hacer un aporte al propio Sínodo de Obispos.

El presente trabajo de reflexión **La evangelización liberadora** es un intento de explicitar la visión evangelizadora del Departamento de Educación del CELAM y su consecuente trabajo evangelizador en la misión de dinamizar la presencia de la Iglesia en el campo educativo, en Latinoamérica.

No es explícitamente la opinión de la Presidencia y de la Comisión Episcopal del Departamento. Lo es, sin embargo, en el sentido que es un intento de explicitar lo implícito en los escritos, reuniones, pensamiento y plan de acción aprobada por la misma Presidencia y por los miembros de la Comisión Episcopal del DEC.

De este modo, el presente trabajo es más bien un **Documento de Trabajo** sea para el CELAM en su globalidad, sea para el propio Departamento de Educación en especial. Como tal deberá ser considerado e interpretado, necesitando mayor profundización, sobre todo a nivel de Departamento de Educación del CELAM y de los Secretarios Nacionales de las Comisiones Episcopales de Educación.

* Documento preparado por el Departamento de Educación del CELAM (DEC).

Es simplemente una reflexión que intenta enfocar el aspecto: **La evangelización en y a través de la educación.** No pretende abordar toda la problemática educativa de la Iglesia que es multiforme en modos y grados. Es más bien un intento de **explicitar la misión específica de la Iglesia en el campo de la educación,** concibiendo aquí educación como promoción humana y no tanto catequesis, o educación de la fe, que es la educación cristiana propiamente dicha. Queremos abordar específicamente el aspecto de **"evangelización a través de la educación",** o sea de ver cómo la promoción humana —la educación— asume el carácter de **acción educativa de Iglesia.**

Llamáramos esta acción eclesial de anunciar el Reino en el campo de la educación, **"Pastoral educativa"** o **evangelización liberadora,** expresión que quiere sintetizar una evangelización en la línea de la educación liberadora, señalada en Medellín.

Se pretende insinuar también la posibilidad de una evangelización que no sea liberadora. Esto sucede cuando la evangelización no es Buena Nueva, es decir, liberación en Cristo de opresiones, o plenificación en El de aspiraciones auténticamente humanas. Es entonces, una evangelización opresora, porque aliena al hombre de la solución de sus problemas con dogmas evangélicos totalmente desconectados de sus reales necesidades y aspiraciones. Es una evangelización puro "endoctrinamiento" y no "mensaje de liberación" a la luz de Cristo Resucitado.

Pensamos dividir el trabajo en las siguientes partes:

I. LUGAR DE LA EDUCACION Y LA EVANGELIZACION EN LA PASTORAL

Pastoral tiene hoy día una acepción global: **Es toda acción que intente explicitar el Misterio de Cristo.** (Seminario de teología de la educación - Petrópolis - Brasil, febrero de 1972).

Pastoral es toda acción que lleve al hombre a confrontarse con la oferta divina de la salvación. Toda acción de la Iglesia dirigida a esta confrontación del hombre con el Misterio de Cristo, pertenece al campo de las pastorales.

Para entender la noción de pastoral debemos partir del **acontecimiento-Salvífico-Cristo** y ver los grados de su explicitación en las acciones de la Iglesia. A partir de la liturgia que es la máxima acción eclesial reveladora y realizadora del Misterio de Cristo, podríamos visualizar en el siguiente cuadro las distintas acciones eclesiales que conforman la Pastoral de Conjunto.

CELEBRAR el Misterio de Cristo	LITURGIA	Pastoral litúrgica
PROFUNDIZAR el Misterio de Cristo	CATEQUESIS	Pastoral catequética
VIVIR el Misterio de Cristo	TESTIMONIO	Pastoral de testimonio
DIALOGAR el Misterio de Cristo	ECUMENISMO	Pastoral de ecumenismo
ANUNCIAR el Misterio de Cristo	EVANGELIZACION	Pastoral de evangelización
PREPARAR el Misterio de Cristo	PROMOCION HUMANA	Pastoral de la promoción humana

Estas seis actividades eclesiales no son seis niveles separados unos de los otros: son más bien seis momentos crecientes de un mismo proceso vital de **irradiación y conversión.** Constituyen el flujo entre el testimonio y la Palabra, entre lo implícito y lo explícito del Misterio de Salvación que Cristo **actualiza** a través de la acción de la Iglesia.

La celebración del Misterio en y por la Eucaristía supone fe cultivada por la vivencia, por la catequesis, por la evangelización, en cierto modo, por la promoción humana. Como en el crecimiento humano, no se puede quemar etapas en la vivencia y explicitación del Misterio de Cristo, sobre todo en las cinco etapas fundamentales:

- Promoción humana
- Evangelización
- Vivencia
- Catequesis
- Eucaristía

En todo este contexto ¿dónde ubicar la educación y la evangelización?

En cuanto a la ubicación de la evangelización, ya hemos percibido que si es el **anuncio** de la Buena Nueva del Evangelio a través de la Palabra, lógicamente será una acción anterior a la catequesis y posterior a la promoción humana. Decimos lógicamente porque en la práctica es un todo inseparable.

La educación viene ubicada en la promoción humana que consiste en la satisfacción de las aspiraciones y necesidades fundamentales del hombre: casa, comida, vestido, matrimonio, estudio, profesión, trabajo, igualdad de derechos y deberes, integración en la comunidad, etc.

A esta altura nos preguntamos: ¿promoción humana es una acción pastoral? ¿Es una acción específicamente eclesial?

Dado el hecho de que la misión específica de la Iglesia es el **anuncio explícito del Misterio de Cristo**, por la **Palabra** y el **testimonio** al mismo tiempo, contestaríamos lo siguiente:

Si a través de la promoción humana y en ella, se revela el Misterio de Cristo, entonces un trabajo de promoción humana es un trabajo eclesial. Si al contrario, a través y en la promoción humana, se promueve simplemente el "profesional", no constituye un trabajo específicamente de Iglesia. Lo **bueno**, todos los hombres tienen que hacerlo lo mejor, es decir, la explicitación del Misterio de Cristo, es más bien un trabajo específico de la Iglesia.

De aquí concluimos la importancia de una evaluación a la luz de este principio de innumerables trabajos hechos por hombres de Iglesia y a nombre de la Iglesia y que en la práctica son más bien acciones que todo hombre tiene que hacer por el simple hecho de ser hombre. Es lo **bueno** que compete a todos. No es lo **mejor** que específicamente compete a la Iglesia. La intencionalidad de revelar en una acción el **Misterio de Cristo**, por el **testimonio** y la **Palabra** al mismo tiempo, constituye ciertamente el principio básico de toda acción específicamente eclesial, en el campo de la promoción humana: define una acción específicamente de Iglesia.

II. VISION DE LA EDUCACION

De lo visto anteriormente y continuando el intento de conjugar **educación** y **evangelización**, tendríamos que llegar a un concepto de pastoral educacional o sea el concepto de la **acción específicamente eclesial en el campo educativo**. Es lo que veremos en el capítulo III.

Sin embargo, importa aclarar primero los conceptos de educación y de evangelización. Esto nos ayudará ciertamente a comprender lo que es una **evangelización liberadora**.

Presupuestos de una auténtica visión de educación

El hombre nuevo

Toda visión de educación supone una visión de hombre. Cada momento histórico presenta una visión de hombre, traduciendo una etapa de su crecimiento. En el ac-

tual momento histórico, sobre todo en la juventud, sentimos palpitar en el escenario del mundo, el surgimiento de un **hombre nuevo**, con las siguientes características:

- Un hombre **crítico** y **reflexivo**, creador y dominador del mundo.
- Un hombre de la **praxis**. Ser es obrar. Solamente es verdad lo que lleva a la acción. La verdad es operacional.
- Un hombre **comunitario**. De ahí las aspiraciones de pronunciarse a fin de identificarse; de la intimidad y no solamente de la proximidad; la búsqueda del diálogo y del encuentro; la búsqueda de la persona y no solamente de personajes.
- Un hombre **cosmopolita** y **planetario**. Los medios de comunicación social han suprimido el tiempo y el espacio. El hombre vive hoy la experiencia de "ciudadano del universo".
- Un hombre de la **técnica** y de la **eficiencia**.
- Un hombre **actor** y **sujeto** de la historia y no solamente espectador.
- Un hombre **prospectivo**, conciencia del mundo y señor de la historia. Hoy día el hombre "hace acontecer" y se "hace acontecer", es decir, planea su propio futuro y el futuro del mundo.
- Un hombre del **presente**. El ahora es más bien causa del futuro que consecuencia del pasado.
- Un hombre **proyecto**, hombre de la búsqueda permanente: algo inacabado, algo constantemente interpe-lado a construirse y a integrarse. Un constante "fieri".
- Un hombre de lo **trascendental**. Es ciertamente un signo de los tiempos, el porte ostensible sobre todo por parte de la juventud, de la cruz de Cristo o de la cruz con el Cristo.

El mundo nuevo

Este hombre nuevo provoca el surgimiento de un **mundo nuevo**. De hecho, el hombre, está hoy día generando el paso:

- De un mundo de la naturaleza a un mundo de la **técnica**.
- De un mundo sacral a un **mundo secular** en las manos del propio hombre.
- De un mundo **cosmocéntrico** a un **mundo antropocéntrico**.

- De un mundo dogmático a un mundo de la crítica y de las síntesis provisorias.
- De un mundo de la contemplación romántica a un mundo de la praxis.
- De un mundo estático a un mundo dinámico.
- De un mundo de la rutina y de la repetición a un mundo de la creatividad, y de la re-interpretación permanente, un mundo de las síntesis provisorias.
- De un mundo individualista y dicotómico a un mundo comunitario, socializado, unitario, solidario.

El hombre y el mundo concreto hoy y su liberación

Si el hombre y el mundo en su globalidad, presentan tales características que nos indican el camino de su liberación en el actual momento histórico, sin embargo el hombre y el mundo concretos, sobre todo el **hombre latinoamericano** y su contexto mundo, presentan características de reto, constituyendo al mismo tiempo el auténtico punto de partida para la evangelización liberadora que postulamos.

No cabría ciertamente en el objetivo central del presente trabajo, hacer aquí un diagnóstico de la realidad de este hombre y de este mundo concretos. Queremos por eso ser fieles al objetivo propuesto. Además los documentos de Medellín y numerosos documentos del Vaticano II y del Magisterio de la Iglesia hablan clara y suficientemente de esta realidad y lo hacen en sus aspectos fundamentales: en el aspecto socio-económico, político, educacional, eclesial y religioso.

Por eso, para ser fieles al objetivo propuesto, transcribimos simplemente la "Introducción" del Documento "Justicia en el mundo" (Sínodo de Obispos 1971), así como el comentario que le hace el P. Ronaldo Muñoz, ss. cc. (Cfr. Mensaje, N° 215, diciembre de 1972, pág. 735). Tanto la "Introducción" como el comentario nos colocan justamente en la onda de la "realidad hombre-concreto-hoy", así como y sobre todo en la onda de una evangelización liberadora, que intentamos explicitar en este trabajo.

Introducción

Reunidos de todas partes del mundo, en comunión con todos los creyentes en Cristo y con toda la familia humana, y abriendo el corazón al Espíritu renovador de

todas las cosas, nos hemos preguntado a nosotros mismos sobre la misión del pueblo de Dios en la promoción de la justicia en el mundo.

Escrutando los "signos de los tiempos" y tratando de descubrir el sentido de la historia en su desenvolvimiento, y compartiendo al mismo tiempos las aspiraciones y los interrogantes de los hombres que quieren edificar un mundo más humano, nos proponemos escuchar la Palabra de Dios para convertirnos a la actuación del plan divino sobre la salvación del mundo.

La Iglesia aparece aquí, de partida, no como jerarquía (maestra) juzgando al mundo, sino como pueblo (profético) buscando con los hombres; no como intérprete de un orden de la naturaleza (plan de Dios) con vistas a la corrección de los abusos, sino como testigo de un sentido de la historia (acción de Dios) con vistas a la construcción de un mundo más humano.

Los obispos no invocan al Espíritu como el que los asiste a ellos en cuanto pastores de la Iglesia, sino como el renovador de todas las cosas. Así también, al final del Documento reiteran que el Espíritu "obra incesantemente en el mundo".

Aunque no sea nuestro cometido elaborar un análisis más profundo de la situación del mundo, sin embargo hemos podido percatarnos de las graves injusticias que envuelven el mundo humano con una red de dominios, de opresiones y de abusos que sofocan la libertad e impiden a la mayor parte del género humano participar en la edificación y en el disfrute de un mundo más igual y más fraterno.

Percibimos al mismo tiempo un movimiento íntimo que impulsa al mundo desde abajo. En efecto, no faltan hechos que constituyen una contribución a la promoción de la justicia. Nace en los grupos humanos y en los mismos pueblos una conciencia nueva que los sacude contra la resignación al fatalismo y los impulsa a su liberación y a la responsabilidad de su propia suerte. Aparecen movimientos humanos que reflejan la esperanza de un mundo mejor y la voluntad de cambiar todo aquello que ya no se puede tolerar.

La mirada sobre el mundo no es ni globalmente desconfiada y negativa, ni ingenuamente optimista. Se distinguen claramente en "el mundo" dos aspectos contradictorios: 1) una red de injusticias que envuelve al mundo y oprime a la mayoría de los hombres; y 2) un movimiento de justicia que impulsa al mundo desde abajo, y que lleva a los hombres a tomar conciencia de su situa-

ción y a buscar los caminos de la liberación y el cambio en la sociedad.

Escuchando el clamor de quienes sufren violencia y se ven oprimidos por sistemas y mecanismos injustos; y escuchando también la interpelación de un mundo que con su perversidad contradice el plan del Creador, tenemos conciencia unánime de la vocación de la Iglesia a estar presente en el corazón del mundo predicando la Buena Nueva a los pobres, la liberación a los oprimidos y la alegría a los afligidos. La esperanza y el impulso que animan profundamente al mundo no son ajenos al dinamismo del Evangelio, que por la fuerza del Espíritu Santo libera a los hombres del pecado personal y de sus consecuencias en la vida social.

La experiencia de este mundo —la interpelación de su injusticia— es lo que hace a la Iglesia tomar conciencia de su vocación. En su vocación de siempre, pero percibida ahora concretamente y con sus proyecciones prácticas. En dos palabras, es la vocación de estar presente en ese "corazón del mundo" donde surge el movimiento de liberación y de justicia, y de **anunciar allí el Evangelio** como "Buena Nueva a los pobres y liberación a los oprimidos" (Lc 2, 18). Estar presente precisamente allí y anunciar el Evangelio precisamente así, porque hay —se explica— una relación intrínseca entre el impulso de liberación que anima al mundo (cfr. Rm 8, 19-23) y el dinamismo liberador del Evangelio (cfr. Ts 1, 5; 1 Co 2, 4-5; Rm 1, 16). Ambos actúan en efecto, por la fuerza del mismo Espíritu Santo; ambos, se refieren no a una esfera especial (religiosa o económico-política) sino al hombre entero, personal y social.

La incertidumbre de la historia y el doloroso surgir de fuerzas convergentes en el camino ascendente de la comunidad humana, nos hacen pensar en la Historia Sagrada, en la que Dios mismo se nos ha revelado dándonos a conocer su plan de liberación y de salvación en su realización progresiva y que se cumplió de una vez para siempre en la Pascua de Cristo. La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como constitutiva esencial de la predicación del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva.

La historia actual del mundo, con la ambigüedad y las contradicciones aludidas, se enfoca sin embargo como un "camino ascendente de la comunidad humana" y se pone en relación con la historia bíblica. No se precisa en qué consiste esta relación; pero al recordar —con la fór-

mula clásica de los Concilios Vaticano I (DS. 3004) (1785) y Vaticano II (D. V. 2)— que en esa historia Dios se ha revelado "a sí mismo y el plan de su voluntad", se precisa que este es un plan de "liberación y salvación" y que se nos ha revelado "en su realización progresiva" y en su cumplimiento de una vez para siempre en la Pascua (muerte y resurrección) de Cristo. A la luz de esta historia bíblica, en su confrontación con la historia presente, **la acción por la justicia y la transformación del mundo** aparece plenamente a los obispos como "constitutivo esencial" ("ratio constitutiva") de la predicación del Evangelio. Es decir, que esa acción les aparece plenamente como constitutivo esencial de la misión de la Iglesia, que es concebida **para la redención y liberación del género humano de toda situación opresiva.**

La educación nueva

En un contexto tan rico de un hombre nuevo y de un mundo nuevo y al mismo tiempo frente a un contexto tan íntegramente del hombre concreto en Latinoamérica, una **nueva educación** se impone.

Deberá ser un tipo de educación que al mismo tiempo ayude al hombre nuevo que surge a construirse en la progresión genética de su ser evolutivo:

- Ser con el mundo y en el mundo
- ser con los hombres y en los hombres
- ser con Dios y en Dios.

Y al mismo tiempo crear condiciones para que el hombre concreto sea el acto y el sujeto de su propia historia, liberándose de todo tipo de opresión.

Por eso, las características de la **nueva educación** como agente deberán ser:

- Una educación **problematizadora y crítica**, de cambio y no agente de conformismo.
- Una educación **dialogal** y de participación.
- Una educación **creadora, y recreadora**, valorizadora de la técnica y no un agente de adaptación a la sociedad.
- Una educación **opcional**, que lleve al educando a tomar posición frente a los hechos, a asumir con responsabilidad, sus opciones y las consecuencias de las mismas.
- Una educación para la **transformación** y para lo **imprevisible**, capacitando al educando a situarse frente a un mundo dinámico y en constante mutación socio-cultural.

—Una educación **permanente**. La educación no es una etapa de la vida es más bien la dimensión de la vida, para no decir la propia vida, planeada y asumida con los otros y con Dios.

En síntesis la nueva educación deberá ser una educación **liberadora**, creando condiciones que ayuden al hombre:

- a liberar las potencialidades de su ser;
- a liberarse con los otros y a liberar los otros;
- a liberar y a liberarse para el "Nuevo Hombre";
- a liberar y a liberarse de toda opresión.

III. LA VISION DE EVANGELIZACION

Lo que no es evangelización

Antes de que veamos lo que es evangelización positivamente hablando, intentemos acercarnos primero por lo que no es evangelización. Será ciertamente un modo de delimitar y aclarar el campo.

—En primer lugar, la evangelización no se identifica con la catequesis

Catequesis es la acción por la cual un grupo humano interpreta su situación, la vive y la expresa a la luz del Evangelio (AUDINET: "Catequesis y Promoción Humana", VII SIC, 1968). Para vivir esta actitud se supone la fe, es decir la conversión fruto justamente de la evangelización.

Sin embargo, tampoco, catequesis como la definimos, se identifica con la simple profundización de la doctrina cristiana. Esto sería más bien, ilustración doctrinal y no educación de la fe.

—La evangelización tampoco es lo mismo que promoción humana

La evangelización auténtica se realiza a través y en la promoción humana pero no son sinónimos. Además como vimos, la evangelización es la misión específica de la Iglesia. La promoción humana se sitúa más bien en la línea de lo "profesional" y no en la línea de la fe y de la conversión a Cristo y a los hermanos.

—Tampoco la evangelización se reduce a la concientización socio-política

Una auténtica evangelización lleva consigo la promoción humana y una toma de conciencia socio-política y

las supone, porque no puede existir una fe apolítica. Sin embargo, puede existir una promoción humana y una concientización socio-política al margen de la fe.

—Por lo mismo, tampoco la evangelización se identifica con la acción política

La acción política como tal, actúa sobre las estructuras de la sociedad, en cambio, la evangelización debe alcanzar necesariamente a la persona en cuanto tal, pues la conversión manifestada en la fe es una opción personal e intransferible. Como dice Medellín:

"La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia de la conversión del hombre, que exige luego este camino. No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras, sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables" (Justicia, 3 b).

—Evangelización no es tampoco información evangélica pura y simplemente

Evangelizar no es transmitir doctrina evangélica y menos todavía un endoctrinamiento moral. Evangelizar no es decir slogans evangélicos, como hablar no es decir palabras, sino hacerse entender. Aquí se pone el problema del lenguaje tanto para una Buena Nueva humana como para una Buena Nueva evangélica.

Es ciertamente aquí donde muchos evangelizadores o por lo menos los que se dicen tales, han caído en ilusiones, y han perdido mucho tiempo para sí y para los otros.

Lo que entendemos por evangelización

Evangelizar es:

- a) "Anunciar el mensaje evangélico al interior y a partir de las situaciones concretas del hombre".
- b) "Dar el sentido de la vida a la luz de Cristo Resucitado".
- c) "Nombrar en Cristo lo que el hombre ya vive y a lo que aspira auténticamente".
- d) "Tornar explícito en Cristo lo que es implícito en el hombre en situación".

La auténtica evangelización, por lo tanto, tiene como contenido simultáneamente al mensaje evangélico y la

condición humana concreta, no importando cuál sea esta condición: de crecimiento o de opresión.

Aquí está un gran principio de evangelización: todo hombre es inmediatamente evangelizable en cualquier situación psicológica o sociológica que se encuentre, sin que sea necesario salir de ella para poder acoger la Palabra de Dios. La raíz de este gran principio evangelizador en que Dios ama a cada hombre tal cual es (Lc 24, 41).

La consecuencia de esta quintaesencia del Mensaje Evangélico es la **posibilidad actual e inmediata del "hombre nuevo"**. Este no será fruto de ninguna sociedad terrestre. El hombre nuevo surge del encuentro con Cristo y de la aceptación del amor de Dios en Cristo. Este "hombre nuevo" puede surgir aquí y ahora, inclusive encontrándose el hombre o la mujer en la más triste situación. A un hombre que es un desecho de la humanidad o a una prostituta despreciada, Jesús les ofrece la posibilidad no para un futuro o después de muchas purificaciones sino **actual e inmediata** de que surja en ellas el "hombre nuevo". (VILLEGAS M., Beltrán, ss. cc.: "Evangelizar hoy", pp. 65-66).

La condición existencial del hombre no solamente no impide el anuncio de la Buena Nueva, sino que el anuncio solamente es Buena Nueva al interior de la situación concreta del hombre.

Por eso deberíamos aquí recordar todo lo que hablamos de los presupuestos de la educación-hombre nuevo, mundo nuevo, hombre y mundo latinoamericano, así como la propia visión de la educación. **A partir y al interior de todo este contexto existencial concreto la doctrina evangélica se transforma en Buena Nueva de liberación, es decir de salvación en Cristo.**

La misión específica de la Iglesia no es repetir el Evangelio, sino **traducirlo**, es decir anunciarlo en un **lenguaje legible e inteligible**. La Iglesia tiene como misión continuar la **encarnación** de lo que es imposible fuera de un contexto existencial. Repetir el Evangelio es fácil, pero es una tradición. Lo difícil es traducirlo, porque exige ir al encuentro del hombre dónde y como está.

Concluimos, por lo tanto, que una auténtica evangelización exige como lo ha exigido la **encarnación: el hombre en situación y Dios**. Evangelizar es pronunciar la Palabra al interior y a partir de situaciones concretas del hombre: La Palabra de Dios que se revela solamente es audible en su eco humano. "La revelación no es algo que cae del cielo para comunicar a los hombres, desde lo alto y exteriormente, unos misterios trascendentales.

Dios habla al hombre desde el interior del mundo y a partir de sus propias experiencias humanas". Cfr. VON BALTHASSAR, Urs: "Parole de Dieu et Liturgie", Paris, Cerf., p. 86.

Se queda así totalmente descartada la tesis vivida por muchos evangelizadores, además de ser cómoda, de que evangelizar es simplemente transmitir la doctrina evangélica. Es una tesis que contiene doble infidelidad: infidelidad de la Palabra escrita e infidelidad a la Palabra de Dios escrita en las situaciones concretas del hombre. Es infidelidad a Dios y al hombre al mismo tiempo.

Conclusiones

A partir de lo que vimos, varias conclusiones se imponen, respecto a un auténtico concepto de evangelización:

—El Evangelio solamente es **mensaje**, es decir, Buena Nueva, en la medida en que encarna una situación concreta y se encarna en ella.

—Dios no se revela intemporalmente. Al contrario, se revela en las experiencias humanas positivas o negativas.

—La evangelización no tiene que partir de las experiencias del hombre a modo de comparación, de explicitación, sino por fidelidad al contenido global del mensaje, pues **tales situaciones forman parte indispensable del contenido de la evangelización (VII, SIC, II)**. Lo antropológico no es "recurso metodológico" sino una realidad en la línea de lo "teológico".

—Dios quiere hablar al hombre en un lenguaje del hombre y no obligarlo a aprender un nuevo lenguaje para comunicarse con El.

—El evangelizador es más bien el "evangelizador comunidad", la Iglesia.

—Programa en evangelización no es:

El Evangelio o la doctrina de la Iglesia sin contexto existencial humano.

Ni un sicologismo o un sociologismo al gusto del hombre o del evangelizador.

Programa es más bien los problemas y las aspiraciones humanas auténticas del hombre en situación, a la luz de Cristo Resucitado.

—El **punto de partida** en evangelización, por lo tanto no es el Evangelio, sino las "semillas del Verbo" de que habla "Gaudium et Spes". El descubrimiento de esta

semilla, su lectura, interpretación, son ciertamente un trabajo de iniciativa anterior a la búsqueda en la Sagrada Escritura de la Palabra liberadora, que dicha situación exige.

—Un auténtico trabajo pastoral de Iglesia, y en concreto el trabajo de evangelización liberadora exige:

- a) La KOINONIA, es decir, la realización de los bienes del Reino en una **comunidad-testimonio** (Koinonia = Comunidad).
- b) La DIAKONIA, o sea, la consagración de la comunidad de los creyentes, en el **servicio** de los hermanos y en la construcción del mundo. (Diakonia = Servicio).
- c) El KERIGMA, es decir, la proclamación explícita del **anuncio de la Buena Nueva**, a partir y a través de todo este contexto de Comunidad y Servicio. (Kerigma = Anuncio o Buena Nueva).

El Kerigma sin Koinonia no convence.

La Koinonia sin la Diakonia es un "ghetto", una alienación al proceso histórico.

La Diakonia sin el Kerigma es simplemente "filantropía".

La auténtica evangelización liberadora exige por lo tanto concomitantemente el **anuncio explícito** —la Palabra— a través de una **comunidad - servicio-testimonio** y a partir siempre, como ya lo dijimos, de las situaciones concretas del hombre.

IV. LA PASTORAL EDUCATIVA O LA EVANGELIZACION LIBERADORA

De la visión de educación y evangelización, con sus presupuestos y conclusiones, podemos ahora fácilmente llegar a la visión de una **educación que sea evangelizadora**, sinónimo de una **evangelización educadora**. El problema es llegar a comprender lo que sea realmente **presencia de la Iglesia en la educación** ejerciendo allí su misión específica: el **anuncio explícito del mensaje evangélico**. Sería ver, en otras palabras, lo que entendemos por **pastoral educacional**.

Lo que entendemos por
pastoral educacional

Si pastoral es toda acción que logre la revelación del Misterio de Cristo, podemos definir la pastoral educacional como "la acción que logra revelar el mismo Misterio".

Lo que entendemos por pastoral educacional
o evangelización liberadora

Si pastoral es toda acción que logre la revelación del Misterio de Cristo, podemos definir la pastoral educacional como "la acción que logra revelar el mismo Misterio de Cristo en el campo de la educación" o sea: la **aplicación de la misión de la Iglesia en el campo educativo** (Seminario de Teología de la Educación, Petrópolis, Brasil, febrero de 1972).

Según el documento del Sínodo de Obispos para el año 1974, la Iglesia realiza su misión salvífica a través de la evangelización:

"Esta presencia salvífica de Cristo se realiza por mediación de la Iglesia. Dios quiere que los hombres se salven en la unidad del pueblo de Dios y por medio del misterio del pueblo. **La mediación de la Iglesia se lleva a cabo mediante la evangelización**" ("La evangelización del mundo contemporáneo", p. 5, Nº 3).

Pastoral educacional, por lo tanto, otra cosa no es sino la evangelización en el campo de la educación. La llamamos también de **evangelización liberadora** si concebimos la evangelización en la línea de la liberación, de la educación liberadora ("Medellín", 4, 8).

Pastoral educativa así, es la vivencia en la práctica, de todos los principios de que ya hablamos y que definen una auténtica educación y una auténtica evangelización. Es la vivencia de la síntesis de las dos, en la línea de la liberación del hombre concreto a la luz de Cristo Resucitado.

Hacer una pastoral educativa, es liberar evangélicamente o sea, crear condiciones para que el hombre a partir de su situación concreta sea el sujeto de su propio desarrollo, del desarrollo de sus hermanos y del mundo a la luz de Cristo.

Exigencias de una auténtica pastoral
educativa o evangelización liberadora

Una evangelización liberadora en
un proceso educativo global:

- Todos los educadores
- en todos los momentos
- en todo lugar
- en todas las edades.

Para educar y por lo tanto para evangelizar no se puede esperar el momento de la misa o de la clase de reli-

gión. Son estos, momentos fuertes de educación de la fe. Pero la educación es de todos los momentos y Cristo habla y pide respuesta en especial en los acontecimientos de cada día.

Un nuevo tipo de maestro

Maestro más bien preocupado por las personas y por la vida que por los programas académicos o el tecnicismo didáctico.

Maestro como animador, un coordinador, un liberador, un agente de cambio, un comunicador, un orientador, un canalizador de intereses.

Un evangelizador profeta

Profeta es fundamentalmente un hombre de Dios y un hombre de los hombres. Es una persona totalmente fiel a los dos. Tiene por misión leer los signos de los tiempos, interpretarlos y traducirlos al pueblo para que responda a Dios.

Es justamente este tipo de evangelizador el que necesita la pastoral educativa, pues "anuncia la Buena Nueva al interior y a partir de las situaciones concretas del hombre".

Una escuela en evangelización

Se habla mucho de la evangelización en el colegio, en la familia, en la universidad, en la escuela, etc., y se habla poco de una escuela en evangelización, una universidad en evangelización, etc.

Frente a la perspectiva de una evangelización como un proceso educativo global, necesitamos más bien generar un colegio en evangelización, una escuela en evangelización, una familia en evangelización, etc., es decir, un colegio, una familia, una escuela, una universidad, en estado permanente de evangelización, es decir, comunidades evangelizadoras.

Para llegar a esto, se exige hablando por ejemplo de un colegio:

- a) Formar el grupo educacional-evangelizador, encargado de testimoniar y dinamizar todo el proceso educativo global del colegio. Aquí tienen ciertamente una misión específica los religiosos y los profesores cristianos.

- b) Un **currículum-evangelizador** que operacionalice experiencias humanas significativas: o el colegio evangeliza a través y con el currículum o no evangeliza. Vivirá más bien el paralelismo "educación vs. evangelización".
- c) Aquí se pone seriamente el problema del contenido del currículum que no se identifica absolutamente con el rol de las distintas asignaturas sino que "es el conjunto de las experiencias planeadas para ser vividas dentro o fuera del colegio, con la finalidad de crear condiciones para que el educando sea el sujeto de su propio desarrollo".
- d) Una **metodología** de participación, de diálogo, de creatividad, de criticidad, en síntesis, una metodología que lleve al educando a "aprender haciendo", una metodología que operacionalice realmente el objetivo fundamental del colegio cristiano: el cambio de actitudes a la luz de Cristo y en consecuencia el compromiso social. Que el colegio no esté solamente en la comunidad, pero que sea sobre todo de la comunidad.
- e) Una pastoral de **pequeñas comunidades** con prioridad de evangelización de los adultos, en especial los profesores, padres de familia. Hacer todo esto, en una línea de promoción más bien de profesores y padres cristianos que profesores de religión.

Un nuevo tipo de fe

Frente a un hombre nuevo, a un mundo nuevo, hablábamos de una educación nueva como respuesta liberadora. Lo mismo tendremos que hablar en cuanto a un nuevo tipo de fe, dado el hecho de la unidad de perspectiva educativa liberadora entre educación y evangelización.

- Fe como don de Dios que nos permite una respuesta existencial a Cristo y a los hermanos.
- Fe como una opción constante.
- Fe como la capacidad de compromiso personal y comunitario.
- Fe más personal, comunitaria, dinámica, prospectiva.

Supresión de dualismos

- a) El dualismo educación - para la - vida. La vida ya es educación. La educación es la dimensión de la vida. La educación es la propia vida.

- b) El dualismo **educación y escolarización**. Escolarizar no es propiamente educar. La educación trasciende la escuela, sobre todo frente a la perspectiva de la educación asistemática o mejor dicho de la educación permanente, en especial con el impacto de los medios de comunicación social.
- c) El dualismo **educando-educador**. Cada vez más verificamos que el mejor educador, es el educador-educando.
- d) El dualismo **evangelización-educación**, vivido en el paralelismo "animación religiosa" y "animación didáctica". Dictar clases de religión es fácil. Dinamizar un curriculum evangelizador dentro del cual hay momentos fuertes de evangelización es mucho más exigente.
- e) El dualismo **doctrina y vida**. La misión de la pastoral educativa es justamente transformar la doctrina en mensaje, o Buena Nueva, hecho que solamente acontece cuando la doctrina es anunciada al interior y a partir de la vida.

Todos esos dualismos son fácilmente anulados en la perspectiva de un colegio-en-evangelización, de una familia en evangelización, etc., es decir, de un colegio, de una familia, de una escuela, de una universidad "en estado-constante-de-evangelización liberadora".

La planificación de la pastoral educativa

¿Hasta qué punto los Secretariados Nacionales de las Comisiones Episcopales de Educación, constituyen el órgano coordinador y dinamizador de las fuerzas educativas católicas en la línea de la pastoral educativa?

¿Hasta qué punto tienen también su proyecto de pastoral educativa y crean condiciones para operacionalizar este proyecto en un proceso de evangelización liberadora?

En la práctica, ¿no se confunde también fácilmente pastoral de conjunto con pastoral en conjunto?

La identidad educativo-evangelizadora de los educadores cristianos

La crisis en la escuela y de la escuela, o sea de sistema escolar frente a la influencia de la educación asistémica o mejor dicho de la educación permanente, así como la falta de identidad cristiana y religiosa han provocado

una crisis en los educadores cristianos, sobre todo entre los religiosos.

Es urgente que todos re-encuentren su **identidad-educativo-evangelizadora** y no confundan crisis del sistema escolar con crisis de la educación. La educación siempre será la gran obra evangelizadora "un factor básico y decisivo en el desarrollo del continente" ("Medellín", 4, 1); sin embargo, las formas de educación como la escuela, la universidad, etc., pueden cambiar.

El aporte evangelizador insustituible del seglar

Sin el seglar cristiano, la Iglesia no podrá entrar en el mundo, pues la economía, la familia, el ocio, la política y la educación vendrán desconectadas del anuncio de la Buena Nueva.

V. TRABAJO DEL DEPARTAMENTO DE EDUCACION DEL CELAM

A partir y a la luz de todo este conjunto de principios, exigencias y presupuestos de una auténtica **evangelización liberadora**, ¿cuál es la misión y el trabajo del Departamento de Educación del CELAM?

Estamos seguros de que si reflexionamos sobre sus objetivos generales y específicos, sobre sus criterios teológico-pastorales, su campo de acción y las prioridades y estrategias que presiden su acción, podemos concluir que el DEC está siendo fiel en su campo específico que es la **educación, a la intuición fundamental de Medellín**, intuición de amor, de servicio, de testimonio y de esperanza para la liberación del pueblo latinoamericano a la luz de Cristo Resucitado, el hombre liberado por excelencia.

Por esto, para concluir nuestra reflexión sobre **evangelización liberadora** nos permitimos simplemente transcribir lo fundamental del "Informe del Departamento de Educación del CELAM", presentado en la Reunión de Coordinación y de Secretarios Ejecutivos, celebrada en Río de Janeiro, del 19 al 24 de junio de 1973, y agregar unas reflexiones finales de confrontación y conclusión.

Objetivos generales del DEC

—**Animar doctrinalmente** a los educadores, profundizando y completando las orientaciones del Concilio y de Me-

dellín, definiendo un auténtico concepto de la presencia de la Iglesia en la educación.

- Ayudar a reflexionar acerca de la **presencia de la Iglesia en la educación** como promotora de un proceso liberador latinoamericano.
- Analizar funcionalmente la **educación como institución social**, buscando adquirir una visión educativa más amplia que trascienda el ámbito escolar, en una perspectiva de educación permanente.
- Servir y apoyar a las **Comisiones Episcopales de Educación** sobre todo en el sentido de formar cuadros directivos y ayudar a organizar sus departamentos.

Objetivos específicos

- Adiestrar en las **técnicas de planeamiento de la pastoral educativa**, a través de cursos y seminarios, buscando relacionar el planeamiento con el cambio socio-educativo.
- Crear condiciones para la formación de **grupos de reflexión** de la pastoral educacional, y de compromiso con la práctica educativa, con su continuidad y evaluación, contando con los egresados de los cursos del DEC.
- Patrocinar **publicaciones** que ayuden a la reflexión y a la práctica educativa.
- Constituir un **centro de documentación y de asesoría** en el campo de la educación.
- Ofrecer **pautas de caminos concretos** de puesta en práctica de la pastoral educacional, para que la renovación educacional cristiana sea de hecho una práctica cristiana de la educación, es decir un compromiso de transformación social a la luz de Cristo y no simplemente un tecnicismo didáctico.
- Promover y estimular **experiencias de renovación** en el campo de la educación, en especial aquellas que impliquen un compromiso con la liberación de los marginados de nuestro continente.

Criterios teológico-pastorales

- El **concepto de educación liberadora**. Tal educación está ordenada:
- A la creación del **hombre nuevo** (Rm 6, 4) a “reproducir la imagen del Hijo” (Rm 8, 29, “Medellín”, 4, 7 y 4, 9).

—El **concepto de encarnación** en la tentativa:

- De leer los signos de los tiempos, como el camino de encontrar la voluntad de Dios (G. S.).
- De anunciar la Buena Nueva a partir de las situaciones concretas del hombre latinoamericano.
- De vivir una metodología más científica del examen de la realidad y de testimoniar una encarnación liberadora real y no proyectada.

—El **concepto del proceso de la educación liberadora: la comunidad**.

Quiso, sin embargo, el Señor santificar y salvar a todos los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino **constituir un pueblo** que le conociera en verdad y le sirviera santamente (L. G. II, 9).

Educación, es educar comunitariamente. Sólo la comunidad educa. Evangelizar es fundamentalmente educar para la comunidad, a través de la comunidad.

—El **concepto de planificación de la pastoral educativa**.

Esta tarea se refiere a aspectos técnicos de planificación educativa y a exigencias pastorales de la misma labor. Por ello, superando dualismos, **no podemos deslindar los aspectos técnicos de las exigencias pastorales**, o sea, las necesidades pastorales y los recursos (cfr. G. S. 9 y 12; “Medellín”, 4, 25).

Es un esfuerzo de vivir la teología de la planificación.

“Planificar la acción de la Iglesia, significa pues, intentar asegurar la más adecuada y plena cooperación humana en la realización del plan divino, en el sentido de fidelidad total al designio del Padre, a la acción del Hijo, al don del Espíritu Santo y a la libre respuesta de los hombres” (“Plan de Pastoral de Conjunto”, Conferencia Nacional de Obispos del Brasil, p. 36).

—El **concepto de conversión, de transformación constante del hombre y del mundo**.

Convertíos (Ez 18, 30; Hch 2, 38).

Creced... Multiplicaos... Dominad la tierra (Gn 9, 7).

Campos específicos de acción

La educación cristiana.

La educación permanente.

La comunidad educativa.
La planificación educativa y pastoral.
La juventud.
Los marginados.
La escuela católica.
La universidad católica.

Prioridades

La comunidad educativa.
La promoción del educador y de la escuela católica hacia la búsqueda de su identidad frente a la situación de cambio.
La racionalización de los recursos humanos y materiales en orden a la promoción de los marginados.
La formación de planificadores de la educación de la pastoral.
Las publicaciones educativas.
La formación de cuadros directivos.
Los Secretariados Nacionales de las Comisiones Episcopales de educación.

Estrategias

Formación de planificadores.
Apoyo a los cuadros directivos de las Comisiones Episcopales de Educación.
Unión con los demás Departamentos del CELAM, organismos de Iglesia y laicos: CIEC, CLAR, UNESCO, etc. para evitar duplicación de esfuerzos para fines idénticos.
Seguimiento de los egresados de los cursos del DEC, con miras a continuar su perfeccionamiento y a facilitar el intercambio de experiencias.
Dar apoyo a experiencias concretas de renovación educativa, en la línea de la educación liberadora.

Conclusión

- De la visión de educación y evangelización que expusimos
- de las exigencias y presupuestos de las mismas

- de la visión de pastoral educativa o de evangelización liberadora a que llegamos
- de la visión de lo que es "Presencia de la Iglesia en la educación y sus exigencias", **concluimos:**
- Que el **marco doctrinal** del Departamento de Educación constituye una **fidelidad a la intuición fundamental de Medellín**
- Que el plan de actividades ya ejecutado y el del futuro, es la vivencia del **marco doctrinal**, sea que consideremos **tanto** los objetivos generales y específicos, **como** los campos específicos de acción, las prioridades, las estrategias.

En síntesis, creemos que el DEC está viviendo lo que lo define:

Un servicio a las Comisiones Episcopales de Educación en el campo de la pastoral educacional o sea de la evangelización liberadora.

El DEC constituye además un apoyo y una ayuda para que la Iglesia en América Latina encuentre siempre más profundamente el **proyecto de su presencia en la educación** y lo operacionalice en un **proceso de evangelización liberadora.**

EVANGELIZACION Y CATEQUESIS HOY *

Cómo se concibe la Evangelización

En el movimiento catequístico de los últimos diez años, la evangelización como base del mismo, se ha concebido:

Como la "edificación de la Iglesia", mediante el ejercicio de las funciones específicas de la misma.

También como ciertas actividades pastorales que se orientaban a transformar las estructuras del mundo, para hacerlo más conforme con el plan de Dios y lograr que el hombre pudiera desarrollarse mejor en dicho mundo.

Con más frecuencia, como la proclamación de la Buena Nueva, haciendo que esa Palabra sea efectiva, histórica y socialmente para la acción transformante del mundo.

No se ha descartado el primer anuncio del Evangelio hecho a los no cristianos.

Estos aspectos se han visto entrelazados mutuamente.

La evangelización y catequesis en América Latina a los cinco años de Medellín

Recientemente los Directores Nacionales de Catequesis, pusieron de manifiesto en su reunión de Quito, junio, 1973, que: "Respetando la distinción clásica entre evangelización y catequesis, en América Latina se impone una forma peculiar de Pastoral de la Palabra que ha venido en denominarse **catequesis evangelizadora que equivale a una re-evangelización** en términos de las conclusiones de Medellín". Y más adelante se sigue afirmando: "...pero nuestra gente no progresó en la fe, y frente a los cambios de todo orden operados en el mundo, se halló desprovista de fundamento para encarar la vida con sentido cristiano, sobre todo ante el proceso de secularización imperante.

* Documento preparado por el Departamento de Catequesis del CELAM.

De ahí una buena parte de nuestros cristianos se tornaron indiferentes y hasta prácticamente paganos, con una gran dosis de ignorancia religiosa. En ambientes sencillos, indígenas, campesinos, obreros, se ha generado un sincretismo religioso con elementos cristianos, pero sin fe sobrenatural cristiana ni compromiso auténticamente cristiano. Esta es la tónica predominante en la generación adulta actual, salvo honrosas y escasas excepciones..." (ver anexo).

No obstante lo anteriormente anotado se verifica que la tarea evangelizadora en América Latina implica en el momento presente, desde tener más en cuenta el dato de religiosidad popular para evolucionar a formas más purificadas, hasta el conocimiento serio y razonado de nuestra historia, como forjadora de situaciones humanas con sus condicionantes políticos, económicos y culturales. Esta acción evangelizadora aún se ve fuertemente limitada por circunstancias particulares y por estructuras sociales.

La catequesis en esta etapa se ha apartado de la "enseñanza" puramente teórica para ser más bien un "conocimiento" (en el sentido bíblico), del Mensaje de Salvación, que por su misma naturaleza tiende a transformar la existencia. La catequesis superó así la etapa informativa y neutra en América Latina.

En la medida en que la catequesis ha conducido a responder por la fe a la Palabra de Dios que constantemente nos interpela dentro de un determinado contexto histórico, se han evitado también dos problemas opuestos: el supranaturalismo extrínsecista, en el cual frecuentemente incidía la catequesis tradicional y el inmanentismo humanista, peligro real contra los errores anteriores.

La distinción entre el momento kerigmático y el momento catequético de la Palabra de Dios, contribución del pensamiento francés, permitió situar más sólidamente ciertos problemas de contenido y del objetivo mismo de la evangelización y de la catequesis, dando más equilibrio a las dimensiones subjetivas y objetivas de la fe y también poner de manifiesto el aspecto antropológico. Pero esta distinción llevó muchas veces a pensar en realidades separadas de estos momentos dialécticos de la Palabra de Dios.

En la Semana Internacional de Catequesis se planteó la relación entre la catequesis y el cambio social ("Orientaciones", Nos. 8, 11 y 15). El mundo concreto del hombre latinoamericano entró en nuestra catequesis. Ante esta coyuntura, la catequesis y el anuncio de la fe, parecían pasar a un segundo plano después de atendidas

otras primeras necesidades de la situación humana y del proceso histórico. El catequista ha tenido que actuar con frecuencia como un despertador de conciencias dormidas y como un líder de acciones reivindicativas. El catequista se vio ante un público distinto al destinatario normal, un público más interesado por lo social que por lo religioso. De esta forma se engendraron posiciones en que la catequesis quedaba postergada ante la problemática social y concientizadora.

En algunos casos trabajar por la liberación del hombre se consideraba un acto catequético. El Reino de Dios crecía en la medida en que el hombre es más hombre, en que el amor domina nuestras vidas y habría una identificación entre el crecimiento en humanidad y el crecimiento en fe. Una fe no explicitada significa en algunos casos plena tarea evangelizadora. El crecimiento del Reino se realizará aun en momentos en que no se puede explicitar el mensaje. La tensión de la exigencia sociopolítica quedaría resuelta por la reducción de la catequesis a todo acto de promoción o concientización.

Las dos posturas anotadas: postergación catequética y reduccionismo catequístico han presentado conflictos en la institución eclesial. Ya que no se pueden identificar el proceso catequético y el proceso liberador. Aunque nosotros como cristianos en virtud de nuestra fe, interpretamos el crecimiento de humanidad como crecimiento del Reino, esto no nos permite decir que toda concientización sea evangelización. Hay una especificación de la catequesis como anuncio y educación de la fe, que no equivale al proceso de crecimiento humano individual o colectivo.

La catequesis se realiza en el interior del proceso de liberación y el lenguaje de la fe se nutre de la experiencia liberadora para no ser un núcleo que ilumina desde afuera.

Iluminación teológico-pastoral para la catequesis

Podemos concebir la evangelización de la Iglesia desde dos diferentes puntos de vista: o como acción pastoral que anuncia y propone, que ofrece y otorga el designio de amor con que Dios Padre nos ha salvado en Jesucristo; o como respuesta de fe que acepta y vive el don de Dios otorgado. Un aspecto es la actividad ministerial de la Iglesia que evangeliza; y otro es la vivencia con que el pueblo de Dios responde a ese mensaje en fe, esperanza y caridad.

Si nos situamos bajo el punto de vista primero, podríamos afirmar que la evangelización es la acción eclesial, movida por el Espíritu Santo, que propone y comunica, expone y realiza en la historia humana el designio de Dios cuya plenitud es Cristo.

La evangelización es acción de la Iglesia que enviada por Cristo e inspirada por su Espíritu cumple este oficio obedeciendo a su Señor y sirviendo a los hombres. Aunque la realice un individuo, la evangelización siempre es un compromiso eclesial, porque la fe cuyo anuncio se hace o cuyo testimonio se ofrece es la fe de toda una comunidad creyente. Por valioso e impactante que pudiera ser el testimonio privado de un individuo, no tendría fuerza salvífica, porque la diaconía de salvación se le encomendó a la Iglesia como Iglesia. Por eso dice el apóstol Pablo de sí mismo: "Subí a Jerusalén y les expuse el Evangelio que proclamo entre los gentiles—tomando aparte a los notables— para saber si corría o había corrido en vano" (Ga 2, 2).

Pero esta tarea de evangelización no consiste solo en anunciar o mostrar el designio salvífico de Dios; no es una acción exclusivamente noética que sólo ofrece noticias o sólo da inteligencia de grandes verdades y luminosos criterios de acción. La evangelización es operante y donativa, posee fuerza salvífica transformadora, que metamorfosea no sólo la inteligencia sino también la vida, con todo su querer y su sentir, desde lo más sustantivo e íntimo del ser. Cuando la Escritura nos habla de "vida", "mente" o "corazón" nos está indicando esta totalidad humana profunda donde se interioriza y radica la acción evangelizadora. Es obra de concientización, diríamos hoy.

Y como la vida es una realidad concreta, ceñida a determinadas exigencias de espacio, tiempo y otras circunstancias, la evangelización no puede consistir en lúcidas exposiciones de una doctrina general abstracta, sino, muy por el contrario, debe profundizar en la situación del hombre concreto, debe detectar muy bien el contexto humano a que se dirige para hallar en sus adentros los afares y esperanzas más salientes con que están deseando realizarse los hombres de esa hora.

La evangelización emite un mensaje de bienestar y salvación. Pero los hombres de una determinada época no pueden sintonizar ese mensaje sino a través de sus angustias y deseos apremiantes de hoy. Sólo prestarán oído a ese mensaje si este dice relación vital con la experiencia histórica que ellos están afrontando.

La Palabra de Dios que desciende de lo alto tiene respuestas adecuadas para cada situación humana y, por

consiguiente, puede engendrar la vida eterna, es decir, la salvación en las entrañas de cada momento histórico. Pero, ningún pasaje de la historia, por más generoso y noble que se mostrare, podrá agotar la riqueza de salvación contenida en la Palabra de Dios. Ella desborda y trasciende todo proyecto histórico, aunque de generación en generación va logrando pléroma o cumplimiento hasta su plenitud parusiaca.

Pero lo más significativo y trascendente para la acción evangelizadora de la Iglesia es ese hecho misterioso de que la Palabra de Dios **no acontece ni se realiza** cuando no se une en respuesta fecundante a la demanda y esperanza de una determinada experiencia histórica. Divorciada y abstraída de la historia, la tarea de la evangelización no puede dar un mensaje efectivo de salvación para los hombres.

Si la acción evangelizadora de la Iglesia no tuviera como objetivo más que iluminar la inteligencia y motivar la voluntad, quizá podría bastar con la proposición de razones abstractas, lúcidas y valiosas. Pero ella es "fuerza de Dios orientada a la salvación" (Rm 1, 16) y, por ende, busca al hombre en su realidad histórica, como comunidad que peregrina, llevando a cuestras sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias. Sólo asumiendo las experiencias de la historia la Palabra se hace carne y habita entre nosotros.

¿Qué es, en definitiva, ese poderoso **Dabar** divino, Palabra salvadora de Dios que la evangelización cristiana ha de ofrecer y dar a los hombres?

En la línea de estas reflexiones podríamos responder diciendo: **Dabar** o **Palabra** de Dios es la misma experiencia histórica, pero habitada y animada por un sentido y una fuerza que han bajado de lo alto. **Dabar** es un suceso habitado por un anuncio.

Y por consiguiente, evangelizar es regenerar una experiencia histórica con la conciencia del hombre nuevo que es la conciencia de Cristo.

De la acción evangelizadora nace la Iglesia: comunidad de hombres que asume con conciencia de Cristo su propio y cambiante compromiso histórico.

Y con esto, ya pasamos ahora a considerar la evangelización como respuesta de obediencia a la Palabra de Dios acontecida.

También bajo este aspecto la vivencia del misterio cristiano se nos aparece abarcando la totalidad e integridad de la existencia.

La evangelización trae al hombre un misterioso descubrimiento porque le abre el sentido profundo de las cosas, rompe la opacidad del mundo y de la vida y le hace inteligible a la luz de Dios, el drama de la existencia humana, por eso reiteradas veces la Escritura llama a los creyentes "hijos de la luz", o simplemente "luz". Así por ejemplo: Sal 96, 11; Prov. 4, 18; Sb 18, 1; Mt 4, 16; 5, 14, 16; Jn 3, 21; 12, 36; 2 Co 6, 14; Ef 5, 8; 1 Ts 5, 5; etc.

Gracias a la evangelización se revela a la conciencia del creyente la verdad entrañable del ser humano, oscurecida y echada al olvido después del pecado, se descubre el sentido último de aquel que moviliza al hombre de manera infatigable. Se trata de una nueva cosmovisión que podríamos llamar metafísica porque trasciende los datos de superficie que una simple mirada fenomenológica podría descubrir.

Gracias a la evangelización se revela a la conciencia del creyente el designio del amor divino que configura y anima toda la historia. El hombre creyente sabe con certeza que, aun en medio de las mayores penalidades y por encima de todas las derrotas interinas, hay un Cristo Salvador que ha vencido al mundo (Jn 16, 33) y "sostiene todo con su palabra poderosa" (Hb 1, 3).

Pero la evangelización se realiza en el creyente de una manera mucho más profunda todavía. No sólo es iluminación o visión del mundo y de la vida; no sólo es conocimiento o lectura de un nuevo rostro de Dios.

Es toda una regeneración de la existencia que da a la luz un hombre nuevo, hecho según Dios, en justicia y santidad (Ef 2, 24; Col 3, 10; 2 Co 5, 17). Es toda la vida que se transforma y dinamiza gracias a la Palabra que acontece y el poder resucitante que despliega.

Ahora bien, el hombre es una realidad comunal, y vive inserto naturalmente en un contexto humano histórico. No se le puede transformar de manera real y a fondo si no se asume su comunidad y su historia.

Una auténtica realización sólo se realiza cuando se ilumina y se transforma la experiencia histórica que los hombres están vivenciando en esa hora. Si se descuida esta realidad comunal y se pasa por encima de esta situación concreta en que se decanta la experiencia de la vida, la evangelización queda reducida a un simple recitado, bellas ideas para otro tiempo y otros hombres, pero no es "visión para la fecha" como decía un profeta del Antiguo Testamento (Ha 2, 3).

Creer para un cristiano no es otra cosa sino vivenciar la existencia en la energía pascual de Cristo; y eso es im-

posible si el misterio de Cristo no asume la real y concreta experiencia en que la existencia se está jugando. No se puede creer de espaldas al acontecer histórico; no se puede creer antes, o fuera, o por encima del suceso de la vida. Así se entienden las palabras de Jesús: "Os lo he dicho antes de que suceda para que cuando suceda creáis" (Jn 14, 29; 13, 19).

Llegamos entonces a la conclusión de que toda auténtica y eficaz evangelización eclesial importa dos dimensiones fundamentales: una es la **dimensión noética** que proporciona la Verdad de Dios, ilumina y da sentido a la existencia; otra es la **dimensión poética** que proporciona la vida transformando en Cristo toda la realidad humana. "Para mí el vivir es Cristo" (Flp 1, 21). Y como la existencia del hombre, repítamos una vez más, es comunitaria e histórica, esta transformación real del hombre no es posible si la Palabra de Dios no acontece plenamente en los sucesos de la experiencia histórica. El acontecimiento es la plenitud o "pléroma" de la Palabra.

La evangelización como acción pastoral y la evangelización como respuesta, cuando llegan a su plenitud, coinciden en una misma realidad vital que la Escritura denomina con estas y otras expresiones: "La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros" (Jn 1, 14); "Vosotros sabéis la Palabra acontecida (to genónenon rema) en toda Judea" (Hch 10, 36); "Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy" (Lc 4, 21); "Dios dio cumplimiento de este modo a lo que había anunciado por boca de todos los profetas" (Hch 3, 18); "He llegado a ser ministro, conforme a la misión que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la Palabra de Dios" (Col 1, 25); "No diste crédito a mis palabras, las cuales se cumplieren a su tiempo" (Lc 1, 20).

Aspectos de especial insistencia

Dos grandes tentaciones asaltan de continuo a la Iglesia en su tarea de evangelización.

Por una parte, ir al mundo, "entrar en la historia" ("Lumen Gentium", 9) encarnarse en "los gozos y esperanzas, tristezas y angustias" ("Gaudium et Spes", 1) de los hombres de cada tiempo, lo que trae consigo serio peligro de contaminarse con la levadura maligna de ese mundo, asumir sus criterios de moda y suggestionarse con sus mismas ideologías. La sal del Evangelio pierde entonces su genuino sabor y ya no puede dar a la historia nada "nuevo" o nada que supere las energías "de la carne y de la sangre" (1 Co 15, 50).

Por otra parte, ese mismo afán de fidelidad al misterio de lo alto, esa solícita adhesión a "la Palabra de Dios que no pasa" (Mt 5, 18; 24, 35), por inercia mental o debilidad humana, puede conducir a la Iglesia a distanciarse del tiempo y a volverse extraña e insensible a las inquietudes cotidianas del mundo. Su evangelización, entonces, se volverá doctrina abstracta, anestesia para los anhelos concretos en los cuales los hombres de hoy están cifrando sus esperanzas de salvación.

En el fondo de toda esta problemática pastoral se esconde el antiguo conflicto cristológico que superó el Concilio de Calcedonia. Se trata de poner unidad entre dos mundos muy heterogéneos que son lo divino y lo humano, lo temporal y lo eterno. La Iglesia es un misterio de Dios, bajado de lo alto, pero encarnado y peregrino, en diálogo permanente con la historia itinerante. Su acción pastoral va marcada con los mismos rasgos que ofrece su naturaleza. "Entra en la historia de la humanidad, pero trasciende los tiempos y las fronteras de los pueblos" ("Lumen Gentium", 9, 3).

La evangelización de la Iglesia, para ser auténtica y eficaz, debe regirse por esta misma ley cristológica según la cual la salvación del mundo se realizó gracias al Verbo Eterno que se hizo carne en la mendicidad de nuestra naturaleza. No se da la salvación de la humanidad caída ni gracias al esfuerzo titánico de la historia, ni por el camino de una evasión a los compromisos terrestres.

Ese ha sido, desde luego, el designio de Dios a lo largo de los siglos: aventurar su Palabra creadora y salvadora en las estrecheces y miserias de nuestra historia para transformarla por dentro y hacer de ella sementera de su Reino.

La evangelización de la Iglesia continúa ese mismísimo camino indicado por el designio salvífico de Dios.

Consideraciones de orden pastoral

A pesar de los esfuerzos que se han hecho en estos últimos años, nuestra evangelización padece todavía de cierta timidez para asumir la experiencia histórica y proclamar la Palabra de Dios desde ella y para ella. Y sin embargo, la expectativa y los anhelos del pueblo se acrecientan día a día hacia una evangelización más en sintonía con la dura existencia cotidiana.

No cabe duda de que se han hecho adaptaciones muy eficaces de orden metodológico y hasta nos hemos esfor-

zado en fecundos "análisis de la realidad" con ojos de sociología y de política.

Pero todavía se hace desear una mayor dinámica profética dentro de nuestra Iglesia. Con harta frecuencia la "Palabra" de Dios que inspiramos en los acontecimientos de hoy, son palabras proféticas de antaño o pertenecen a una tradición cristalizada y llegamos "rezagados" como dice la carta a los Hebreos (Hb 4, 1). Nos falta la Palabra fecundante del hoy.

Esta Palabra de Dios solamente la encuentran los profetas. Sólo ellos asisten al Consejo de Yavé y oyen su palabra (Jr 23, 18); sólo ellos tienen "visión para la fecha" (Habacuc 2, 3).

Algunos temas de interés para trabajo en común

Nuestra catequesis necesita profundizar en el contenido esencial de fe y su explicitación para el hombre de hoy, especialmente en temas cristológicos, eclesiológicos, morales y bíblicos (Comité de Reflexión Teológica).

El análisis de las situaciones humanas en su perspectiva política, social y económica interesa de modo especial como condicionante para el sujeto de la catequesis (Departamento de Acción Social).

Al concebir la fe y el desarrollo de la misma como un proceso dentro del proceso total de la educación permanente del hombre, deberían estudiarse mutuas interrelaciones de ambos procesos en el hombre creyente (Departamento de Educación).

La expresión de la fe adolece hoy, de la crisis del lenguaje y de la comunicación. Los mismos medios masivos imponen determinadas características y ofrecen posibilidades al dinamismo de la fe (Departamento de Comunicación Social).

Las culturas indígenas con su historia y posibilidades ofrecen amplio campo para la evangelización y catequesis (Departamento de Misiones).

La liturgia tiene su valor evangelizador y alimenta fundamentalmente una catequesis que a la vez culmina en la liturgia (Departamento de Liturgia).

Los agentes evangelizadores como factores multiplicadores deben diversificarse, de acuerdo con la mejor tradición eclesial y las características de la sociedad actual, al igual que su "capacitación" e "inserción" en los grupos (Departamentos de Ministerios y Laicos).

ANEXO

Aporte del Encuentro de Directores Nacionales de
Catequesis para el Sínodo

I. ALCANCES DE LA EVANGELIZACION EN AMERICA LATINA

Respetando la distinción clásica entre evangelización y catequesis, en América Latina se impone una forma peculiar de pastoral de la Palabra que ha venido a denominarse catequesis evangelizadora que equivale a una re-evangelización en términos de las Conclusiones de Medellín (8).

En una mayoría, nuestra población rural y urbana recibió una catequesis en su niñez; una iniciación cristiana en el hogar —actualmente cada vez menos— y en forma más sistemática en la parroquia, en la escuela o en los centros catequísticos, centrada en los sacramentos y de elevado tono moralizante. Pero nuestra gente no progresó en la fe; y frente a los cambios de todo orden operados en el mundo, se halló desprovista de fundamento para encarar la vida con sentido cristiano, sobre todo ante el proceso de secularización imperante.

De ahí que una buena parte de nuestros cristianos se tornaron indiferentes y hasta prácticamente paganos, con una gran dosis de ignorancia religiosa. En ambientes sencillos —indígenas, campesinos, obreros— se ha generado un sincretismo religioso con elementos cristianos, pero sin fe sobrenatural ni compromiso auténticamente cristiano.

Esta es la tónica predominante en la generación adulta actual salvo honrosas y escasas excepciones. Muy posible-mente en las próximas generaciones se den características distintas como consecuencia de una catequesis renovada que se está imponiendo en diversos ambientes y tiende a extenderse.

Todo esto nos lleva a decir que en América Latina se impone, en muchas partes, una catequesis evangelizadora

de los adultos a partir de formas cristianas de religiosidad que perduran y que posibilite una conversión a Dios por Cristo en la Iglesia, y a un compromiso cristiano con el mundo.

II. EL SUJETO O LOS SUJETOS DE NUESTRA CATEQUESIS EVANGELIZADORA

También aquí aceptamos que el sujeto normal de la evangelización es el adulto pagano. Pero de acuerdo con lo que dijimos anteriormente, en América Latina son también sujetos de la evangelización, en el sentido que llevamos dicho, muchos bautizados descristianizados. Podríamos destacar que la etapa de la vida que va de los 18 a los 40 años ha sido abandonada en la acción pastoral de la Iglesia. De allí que en nuestra comunidad cristiana predominen los niños y los ancianos. . .

A. Nos vamos a referir a dos instituciones, en primer término, que entendemos ser más asequibles para una auténtica re-evangelización.

1. **La familia.**- En un muy elevado porcentaje —hasta ahora— en nuestros países los hogares están fundados en principios cristianos y santificados por el sacramento del matrimonio. La preocupación de los padres, en materia religiosa, normalmente se centra en que sus hijos reciban los sacramentos y en algunos casos, en que continúe frecuentándolos, sin mucho testimonio por parte de ellos.

Entendemos, pues, que se impone una re-cristianización de esta "Iglesia doméstica" por la acción preferente de los pastores y de movimientos apostólicos especializados para que los padres descubran y asuman la misión y compromiso cristiano de ser "los primeros educadores de la fe" de sus hijos hasta su mayoría de edad.

2. **La escuela.**- Nos referimos aquí a las escuelas, colegios, instituciones educadoras y hasta las universidades que se rotulan "católicas". Creemos poder señalar que les queda mucho por hacer para llenar plenamente su cometido y función pastoral. Es menester que den a sus alumnos, en el contexto de una educación integral y de una comunidad educativa, una seria formación cristiana que desemboque en una auténtica conversión de que son capaces los adolescentes mayores y los jóvenes.

Sobre todo las escuelas primarias y secundarias deben extender su campo de acción evangelizadora y catequética a los padres de los alumnos; y hacer lo posible para gravitar cristianamente en todo su contorno social.

B. Vamos a hacer referencia aquí a dos formas más amplias de catequesis evangelizadora que pueden abarcar a muchos sujetos de esta acción.

3. **Los cristianos que se acercan a la Iglesia.**- Lo hacen preferentemente para pedir los sacramentos —Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Matrimonio y Unción de los enfermos— generalmente sin suficiente motivación de fe sobrenatural y con mucha ignorancia del sentido auténticamente cristiano de los mismos. Nos referimos, evidentemente, a los adultos que los requieren para sí o para sus hijos o deudos.

A menudo se pretende proporcionarles una catequesis, más o menos profunda y adecuada. Pero se suele dar por supuesta una fe cristiana no siempre existente, por lo cual es menester compulsarla previamente ("Medios", 8, 9) y, en caso necesario, hacerles una sólida evangelización a los adultos según programas adaptados y bien experimentados.

4. **Los cristianos totalmente alejados de la Iglesia.**- Nos queda aún la gran masa de personas, bautizadas, que no toma contacto con la Iglesia por ningún motivo, pero a quienes tenemos que llegar por medios adecuados. Entre estos se nos ocurre el recurso a los Medios de Comunicación Social conveniente y técnicamente administrados, el testimonio de amor y servicio de los creyentes, la constructiva influencia de las comunidades cristianas de base, la acción de líderes cristianos bien formados, etc.

C. **Los paganos y ateos.**- No se nos oculta, finalmente, que resta aún un núcleo de personas que nunca han oído hablar del mensaje cristiano y para quienes deberemos establecer el **Catecumenado**, donde fuere necesario.

Otros son los ateos, en reducido número, adversos a toda religión, aunque en muchos casos en sólo un indiferentismo inveterado. A este respecto hay que tomar en cuenta también la situación de los "masónes-católicos", en algunos países; de los "espiritistas-cristianos", en otros; y hasta de los "cristianos-marxistas", etc.

III. LOS AGENTES DE LA CATEQUESIS EVANGELIZADORA

1. En primer término, los presbíteros, quienes deben ser por su propia naturaleza, mensajeros de la Palabra, los primeros y mejores evangelizadores.

Lamentablemente comprobamos que no ha sido ni es esta una preocupación prioritaria en la formación de los sacerdotes. Pedimos, pues, que el Departamento de Ca-

tequesis intente promover una revisión en la materia para el quehacer de los seminarios. Que aparte de los aspectos generales sobre evangelización se brinde a los aspirantes una formación enraizada en la realidad vernácula en que deberán actuar, con especial referencia a las tradiciones, costumbres, lenguaje y lenguas autóctonas, y en contacto con la comunidad.

Evidentemente, habrán de prevenirse desviaciones y excesos que la experiencia irá poniendo de manifiesto o que se puedan prever.

2. Los diáconos permanentes.- Ya se están comprobando los efectos positivos de esta institución donde se la ha adoptado, por su mayor captación e inserción en la comunidad humana. Lo que sugiere al respecto es que se mantenga el énfasis en la capacitación de carácter pastoral por sobre la especialización teológica.

3. Las religiosas y los religiosos.- Aparte de los institutos, especialmente modernos, dedicados al apostolado popular, se da el caso de congregaciones que autorizan a algunos de sus miembros a participar en la acción evangelizadora en forma directa. Su contribución quizás no ha sido suficientemente valorada y aprovechada. Desde luego que es necesario que no se improvise y que estas personas tengan no sólo gusto e inquietudes, sino vocación y formación proporcionada a la tarea que emprende.

4. Los nuevos ministerios en la Iglesia.- Es esta una figura nueva que involucra a mujeres y varones, con una fuerte tónica evangelizadora y catequética. Esperamos que su presencia y acción sean promovidas cual conviene y ejercidas debidamente.

5. Los sacerdotes que han dejado su ministerio.- Muchos de ellos desean y estarían en condiciones de colaborar eficientemente en esta misión eclesial. Proponemos que se consideren algunas normas vigentes a este efecto en la actualidad.

IV. ESTRUCTURAS QUE APOYAN Y QUE DIFICULTAN LA EVANGELIZACION EN AMERICA LATINA

Entre las estructuras que pueden contribuir a facilitar la evangelización entre nosotros podemos distinguir las de carácter general y las específicamente eclesiales.

A. De carácter general

1. El mayor sentido comunitario que se advierte en el mundo sea entre los individuos como entre las institu-

ciones sociales y hasta a nivel de países en gran parte por imperativo de las circunstancias que obligan a la unión para constituir la fuerza.

2. Las actuales estructuras sociales obligan al diálogo, la cooperación, la solidaridad humana facilitadas por los Medios de Comunicación Social, y que satisfacen los anhelos de actividad y participación que caracteriza a las actuales generaciones.

Son estos valores cristianos que debidamente aprovechados pueden favorecer la difusión y aceptación del mensaje cristiano.

B. De carácter eclesial

3. La existencia de una mayor organización y mejor distribución de la acción pastoral dentro de la Iglesia con la participación cada vez mayor de los laicos a través de instituciones y movimientos jerarquizados.

4. Una más cabal conciencia y práctica de la planificación aplicando los principios de solidaridad y subsidiariedad en la actividad apostólica.

Entre las estructuras que pueden dificultar la misión evangelizadora las hay también de carácter general y de carácter eclesial.

A. De carácter general

5. Los procesos masificadores que hacen perder el sentido y dignidad de la persona humana así como su libertad y autonomía, que son puntos de partida o supuestos, de toda evangelización.

6. Las estructuras socio-político-económicas opresoras, explotadoras, alienantes que privan al hombre de la visión de trascendencia engendrando la reacción y la violencia, situaciones contraindicadas para la evangelización.

B. De carácter eclesial

7. La falta de testimonio de caridad y de servicio por parte de los creyentes que, a veces, se cierran en ghettos puritanos.

8. Cierta fastuosidad y triunfalismo de la Iglesia, imperante aún en algunas partes o en personas constituidas en autoridad dentro de la Iglesia.

9. La falta de denuncia, el servilismo frente al poder político, la incapacidad de diálogo, el verticalismo, cen-

tralismo e intervencionismo inmoderado de la jerarquía eclesial en algunos países y casos aislados, pero reales.

V. RECOMENDACIONES O SUGERENCIAS PARA EL PROXIMO SINODO

Si se desea sinceramente llegar a todos los ambientes con el mensaje evangelizador de Cristo, con su contenido dignificante y liberador; si se quiere estar a tono con las inquietudes y necesidades del mundo actual y responder a la tarea que incumbe a toda la Iglesia para el futuro de la fe, deberá el Sínodo bregar valientemente para que se emprenda una labor intensiva y extensiva tendiente a crear en el mundo las condiciones que hagan posible el desarrollo de una fe viva y actuante en los creyentes, cuyo testimonio será el mayor incentivo para los infieles.

Para lo cual nos parece importante y prioritario:

1. Tomar y hacer tomar cabal conciencia a todos los cristianos de la situación concreta que se vive en cada lugar a través de la cual se manifiesta la voz y la acción del Espíritu.

2. Denunciar sin rodeos ni eufemismos las actitudes y situaciones de toda índole que no se compaginan con una fe cristiana auténtica.

3. Mostrar cómo la fe es y debe aparecer como una respuesta cristiana a los problemas que se le plantean al hombre de hoy en el curso de la historia.

Pero como todo esto es una misión que el Sínodo no podrá abarcar en forma exhaustiva, sugerimos que se cña a:

1. Llamar la atención sobre los problemas concretos y actuales que plantea la evangelización, dejando la suficiente y necesaria libertad de acción a los responsables locales, confiando en su creatividad y celo apostólico.

2. Que los documentos que produzca sean claros, directos y reiteradamente sometidos a las bases para confrontarlos con la cruda realidad.

3. Y, finalmente, que se señalen metas de corto y largo alcance en la materialización de sus objetivos y proyectos, indicando y proporcionando medios a las instituciones que se encargarán de tales tareas.

PERSPECTIVA DEL COMUNICADOR SOCIAL *

Evangelización y comunicación masiva

¿Cómo concibe el DECOS la evangelización?

Una concepción se expresa no sólo a través de formulaciones y enunciados, sino también, de hecho, a través de opciones concretas.

El DECOS ha ido plasmando su concepción de evangelización al tener que dar respuesta a este interrogante, específico de su campo de acción: ¿son los medios masivos de comunicación un instrumento apto para una auténtica evangelización?

Era importante que el DECOS diera sus orientaciones sobre esta cuestión, ya que hubo dentro de la Iglesia quienes vieron en los Medios de Comunicación Social la gran solución moderna para la tarea evangelizadora, una suerte de púlpito multitudinario. A favor de su empleo masivo como instrumento de evangelización, se invocaban ventajas tales como:

1. Practicidad y economía: la posibilidad de llegar rápida y simultáneamente a cientos de millares de individuos, a un bajo costo per capita, con economía de recursos materiales y humanos.

2. El gran impacto de estos medios, su alto grado de penetración popular: el hombre contemporáneo vive inmerso en ellos.

3. Poder "entrar" en el propio hogar de la gente (mediante el uso de la radio y la televisión). Esta ventaja aparecía como de gran importancia, dado que la gran mayoría de aquellos a quienes se deseaba evangelizar, no solía asistir a la iglesia.

* Documento preparado por el Departamento de Comunicación Social del CELAM.

Sin embargo, pese a estas supuestas ventajas, los resultados no fueron exitosos. Al menos, hasta la fecha, el DECOS no tiene conocimiento de ninguna experiencia de evangelización hecha exclusivamente a través de los medios masivos de comunicación, que haya dado resultados positivos.

Ya en 1966, en ocasión del Seminario de Responsables Continentales realizado en Santa Inés (Perú), donde por primera vez se reunieron los más capacitados especialistas católicos en los varios campos de la comunicación social, la viabilidad de una evangelización a través de los medios de comunicación fue largamente examinada y dio lugar a una seria y cuidadosa reflexión.

El seminario de Santa Inés estableció una división entre los Medios de Comunicación Social y distinguió entre "medios masivos" y "medios no-masivos". Definió a los medios masivos como "los dirigidos al gran público: la prensa cotidiana, las revistas ilustradas, los periódicos deportivos, la radio, la televisión, el cine y el teatro de entretenimiento, etc." (Santa Inés, 5. 1.).

Con respecto a los medios masivos, la conclusión a que se llegó es que estos medios "parecen menos aptos para transmitir la doctrina cristiana en su integridad y suscitarse a través de ellos una opción personal libre y consciente" (5. 2.).

En los seminarios y encuentros que posteriormente organizó el DECOS, los expertos en su casi totalidad coincidieron en esa misma conclusión. Se puede afirmar que, actualmente, existe en ese sentido entre los expertos católicos, un consenso general. Recogiendo tal consenso, el DECOS, al establecer sus criterios teológicos y pastorales, se pronunció oficialmente en los siguientes términos:

"Cuando se trata de los MCS masivos... es necesario superar ciertos condicionamientos para transmitir un mensaje personalizante y concientizador que produzca efectos verdaderamente renovadores en el hombre y en la sociedad, sobre todo al transmitir el mensaje evangélico... Por lo tanto, estos MCS masivos 'no son los más aptos para la difusión del Evangelio'". (Informe del DECOS a la reunión de Presidencia del CELAM, febrero 1973, numerales 1. 1. 5 y 1. 1. 7).

En síntesis, la opinión del DECOS y la de la casi totalidad de los expertos en comunicación social católicos de América Latina es que los medios masivos de comunica-

ción no son, en general, un instrumento apto para una auténtica evangelización.

Fundamento de esta posición

Tanto el seminario de Santa Inés como el DECOS en su informe citado, fundamentaron su posición en las limitaciones inherentes a los medios. Así Santa Inés observa que los medios masivos de comunicación son "leídos, vistos y/o escuchados en forma rápida, distraída y superficial", deben "responder a las apetencias y tendencias del gran público", "pueden conceder poco o ningún espacio a mensajes complejos", "están dirigidos a un público... con débil capacidad de análisis", etc. (doc. cit., 5. 1).

El DECOS a su vez, comprueba que los MCS masivos están insertos en una estructura comercial que propicia los valores de una sociedad de consumo, e invoca, al igual que Santa Inés, "las características psicológicas con que (los medios masivos) son recibidos por el público" (doc. cit., 1. 1. 5). Esas serían las razones que hacen a estos medios poco aptos para una evangelización.

Pero aunque ambos documentos sólo se hayan referido a las limitaciones y condicionamientos propios de los medios de comunicación, del contexto se infiere que ambos han tenido en mente una determinada concepción de evangelización. Sus redactores conciben la evangelización de una determinada manera, con determinados requerimientos de orden pedagógico; y es al confrontar esa concepción masiva, como llegaron a la conclusión de que esta no respondía a dichos requerimientos.

El informe del DECOS ya da una significativa pista y esboza una concepción de evangelización cuando habla de "un mensaje personalizante y concientizador que produzca efectos verdaderamente renovadores en el hombre y en la sociedad". Para que la transmisión del mensaje evangélico sea "personalizante y concientizador" y produzca los efectos apuntados, es necesaria una pedagogía de la fe que suponga determinados requisitos y exigencias. Se tratará de explicitarlos aquí.

Concepción de evangelización emergente de los documentos citados

Entendemos por evangelización la comunicación sistemática y explícita de las verdades y valores esenciales de la fe cristiana, con todas las exigencias que ella comporta. Esta comunicación se hace en orden a una conversión, esto es, a formar cristianos de convicción personal.

Requerimientos pedagógicos

Una auténtica evangelización debe responder, entre otras, a las siguientes condiciones:

1. Una verdadera evangelización supone la **participación activa** del evangelizando. La comunicación de la fe tiene que ser una auténtica **comunicación**; debe ser, por lo tanto, **dialogal**. La evangelización no es una formulación, ni una explicación, ni una información. No se puede recibir pasivamente.

Los medios masivos de difusión, en cambio, son unidireccionales. El que recibe el mensaje queda reducido a la condición de "receptor" esto es, pasivo. No puede hacerse oír, no puede plantear sus propias inquietudes, no puede dialogar, no puede expresarse, no puede participar. Debe limitarse a escuchar.

2. Una evangelización personalizante debe tener en cuenta la **situación personal concreta** de cada evangelizando, a fin de adaptarse y responder a ella.

Es obvio que la comunicación masiva, en cambio, se dirige a una masa anónima, heterogénea y multitudinaria y, por su propia naturaleza, no puede tener en cuenta la situación personal de cada evangelizando ni responder a ella.

3. La evangelización es un proceso: debe **respetar, por lo tanto, el ritmo de la persona y/o el grupo evangelizado**. Este ritmo (de capacitación, de comprensión y de apertura a la Palabra) puede ser más rápido o más lento en una persona que en otra, en un grupo que en otro.

"Para que una verdad sea adquirida por el hombre es menester que la haga suya, y ello significa que se le dé libertad y tiempo para que la piense y madure. Más aun, que se le dé oportunidad de experimentar con ella (...). Sólo así se hace un cristiano de convicción personal" (J. L. Segundo).

Al dirigirse a una masa anónima e indiscriminada, los medios de comunicación masiva no pueden ajustarse al ritmo de cada sujeto o grupo evangelizado ni tienen recursos para medir la forma en que el mensaje va siendo captado, comprendido y madurado.

4. De acuerdo con las actuales orientaciones de los pastores latinoamericanos, es preferible que la evangelización se haga en forma **grupala, comunitaria**, y no individual.

Aunque se dirijan a grandes masas simultáneamente, los MCS masivos son recibidos casi siempre por cada su-

jeto receptor en forma individual y aislada, en la soledad de su hogar y no en situación grupal y comunitaria.

5. La evangelización es vivencial; esto es, incluye una **praxis**. La fe se aprende viviéndola y asumiendo las exigencias históricas del compromiso cristiano frente a la realidad concreta. Fe no es sólo creer, sino creer y obrar, es decir, vivir conforme a la fe que se profesa. Una auténtica evangelización debe por ejemplo llevar al evangelizando a asumir un papel activo en la lucha por la justicia social, los derechos humanos y la liberación de su pueblo de las estructuras opresoras; esto es, por la construcción de una sociedad más acorde con el plan de Dios.

Aquí es donde una auténtica evangelización, liberadora y comprometida, entra en conflicto con la gran mayoría de los medios de comunicación de masas latinoamericanas, "insertos en una estructura comercial" que propicia los valores de una sociedad de consumo (informe DECOS, 1. 1. 5); "generalmente en manos y al servicio de los que poseen el poder", por lo que se convierten "en instrumentos de dominación más que de verdadera comunicación" (ibid. 1. 1. 6); muchos de ellos "vinculados a grupos económicos y políticos nacionales y extranjeros, interesados en mantener el 'status quo' social" ("Medellín", MCS, 2). No es posible explicitar la proyección social del Evangelio a través de medios de comunicación refractarios al cambio.

6. El evangelizador debe tener en cuenta que, en la inmensa mayoría de los casos, la evangelización en América Latina no se imparte a sujetos religiosamente "virgenes", sino a personas que ya tienen sus creencias, hábitos y actitudes religiosas que ellas suponen cristianas. Existe en América Latina, sumamente extendido, un conjunto de creencias y gestos sacrales de origen sociológico y cultural, que configura lo que un experto pastoralista denomina **catolicismo popular "no evangelizado"**.

Para inculcar el mensaje evangélico se hace preciso, entonces, ir simultáneamente removiendo esa imagen deformada de la fe, que, en muchos aspectos entra en colisión con la auténtica doctrina cristiana: sustituir una fe ritualista, individualista, fatalista, etc., por una fe comprometida, comunitaria, liberadora, etc. Es decir, se hace necesario un cambio de valores, una revisión profunda, una conversión. Tarea que requiere por parte del evangelizador tanto valor y decisión como prudencia y delicadeza.

Al dirigirse a una masa anónima que recibe el mensaje en forma pasiva y a la que no le es dado dialogar, pre-

guntar, discutir, etc., los medios masivos de comunicación no pueden registrar las dificultades de los evangelizados ni corregir realmente esas nociones erróneas de la fe popular "no evangelizada", las que pueden entonces subsistir, yuxtapuestas a los nuevos contenidos, impidiendo así la captación de la auténtica doctrina y haciendo casi inoperantes las nuevas nociones recibidas pero no incorporadas existencialmente.

Por otra parte, los expertos en comunicación de todo el mundo, en base con las experiencias científicas realizadas, concuerdan en afirmar que los medios de comunicación masivos son más aptos para consolidar y reafirmar tendencias ya existentes, que para modificarlas. De ahí también que estos medios no resulten aptos para una evangelización que, como se acaba de decir, exige una conversión, esto es, el cambio, muchas veces radical, de creencias y actitudes ya adquiridas por tradición ambiental.

Evangelización y técnicas de comunicación

Se hacen necesarias a esta altura algunas puntualizaciones acerca del uso de los MCS en la transmisión de la fe; puntualizaciones que, al mismo tiempo, servirán para precisar mejor la concepción de evangelización que sustenta el DECOS.

¿Es que, por las razones alegadas, los medios masivos de difusión no pueden colaborar en la evangelización?
¿Es que debe prescindirse totalmente de ellos?

1. El DECOS piensa que, dentro de sus limitaciones, los Medios de Comunicación Social, aun los masivos, pueden colaborar y pueden ser utilizados; pero a condición de que se los utilice como instrumentos **complementarios** y no como vehículos básicos de una evangelización.

Cabría aplicar a esta cuestión un criterio análogo al que utilizan actualmente los expertos en educación y UNESCO cuando distinguen entre "educación sistemática" (la que se recibe en los establecimientos de enseñanza) y "educación asistemática" (el conjunto de informaciones, conocimientos y orientaciones que se reciben por otras vías, principalmente, a través de los Medios de Comunicación Social). Análogamente, la evangelización propiamente dicha es de carácter sistemático; pero los medios de comunicación pueden ser utilizados como medios complementarios, asistemáticos; como **pre-evangelizadores** y como **co-evangelizadores**. Hay excelentes experien-

cias hechas con programas de radio y de televisión, con películas cinematográficas, etc., que demuestran que es posible difundir valores cristianos a través de algunos medios masivos de comunicación.

El error consistiría, pues, no en su utilización, sino en confiar en ellos como vehículos **exclusivos** o aun como vehículos **básicos** de una evangelización; en querer utilizarlos como sustitutos de la comunicación directa y personal de la Palabra.

2. Por otra parte, como ya se dijo, el seminario de Santa Inés distinguió entre medios "masivos" y medios "no-masivos" de comunicación. Son medios "no-masivos", "el cine y el teatro como artes, las revistas y semanarios especializados, los libros, los foros y otras formas que favorezcan el diálogo personal y la participación activa" (doc. cit., 6). Estos medios no-masivos "permiten una formación en profundidad y, en tal sentido, cumplen una misión irremplazable. Por eso, aunque no alcancen grandes públicos, son un vehículo adecuado para explicitar la doctrina cristiana con todas sus exigencias y hacer posible una acción libre y consciente de opción personal a Cristo" (ibid., 6).

3. Además de esos medios no-masivos —acaso un tanto elitistas— citados por el seminario de Santa Inés en 1966, cabe mencionar en el mismo sentido muy positivas experiencias de carácter popular que se han desarrollado posteriormente. Así, por ejemplo, algunas escuelas radiofónicas están realizando una eficaz labor de evangelización o de preevangelización en sectores rurales populares; el método de "audioforos" (audición de un programa popular emitido por radio, seguido de su posterior discusión grupal) también está revelando interesantes posibilidades para una pre o una co-evangelización. Nótese que lo que caracteriza estas experiencias es que son bidireccionales; esto es, que emplean los medios electrónicos de difusión, pero estimulando y asegurando la participación activa y la reflexión personal de los destinatarios del mensaje. Estos, además, no reciben el mensaje en forma individual, sino que son puestos en situación grupal y comunitaria.

4. A su vez el ya citado informe oficial del DECOS expresa que, "si bien —por las razones señaladas— los Medios de Comunicación Social (masivos) no son los más aptos para la difusión del Evangelio, cabe notar que existen otros medios audiovisuales que se prestan en forma excepcional para la educación religiosa. Urge adoptarlos para la catequización (evangelización) de nuestros pueblos" (doc. cit., 1. 1. 7).

El informe está aludiendo aquí al uso de materias tales como diapositivas (proyecciones), filminas, audiovisuales (proyecciones sonorizadas), películas cinematográficas, video-tapes, video-cassettes, canciones, audiciones grabadas (en discos, cintas magnetofónicas o cassettes), etc.

En efecto, está bien demostrado que el empleo de estas técnicas pueden resultar muy enriquecedoras en una evangelización, siempre que respeten la pedagogía de la fe, esto es:

a) Que sean utilizadas en forma grupal y no individual. Deben ser, pues, concebidas y preparadas para ese uso grupal.

b) Que no apelen exclusivamente a lo sensible y emocional, sino que sepan suscitar también la libre reflexión y la capacidad crítica y analítica de los evangelizados. Conviene subrayar este aspecto, dado que en algunos catequistas y comunicadores se advierte actualmente un entusiasmo, un tanto excesivo y poco reflexivo, por el uso de la imagen, vista no ya como complemento e ilustración de la Palabra, sino casi como sustituto de ella.

La imagen y el sonido pueden encerrar una gran riqueza expresiva si se los conceptualiza; pero pueden ser alienantes si quedan exclusivamente a nivel sensorial, afectivo, estético. No debe olvidarse en el uso de estos materiales, que el mensaje cristiano va dirigido a todo el hombre: a su sensibilidad y a su emoción, pero también a su razón. El Verbo es Palabra, Logos, pensamiento. Uno de los valores claves del cristianismo es el desarrollo de la conciencia crítica del hombre. Evangelizar es también hacer pensar; es **problematizar**. En el empleo de ayudas audiovisuales, es necesario, pues, cuidar el equilibrio entre lo emocional y sensible y lo racional, a fin de que el mensaje hable a la totalidad del hombre.

c) Que, al utilizar la imagen y la acción, no se queden en una mera evocación o reconstrucción histórica y anecdótica de los relatos evangélicos, sino que sepan traducirlos a la situación actual y presenten al Evangelio como una respuesta vigente a la realidad concreta de hoy.

Resumen: concepción de la evangelización

En síntesis, de todo lo expuesto es posible explicitar una concepción de evangelización que estaría dada por las siguientes características y condiciones:

LA EVANGELIZACION

1. Es una comunicación sistemática y explícita de las verdades y valores esenciales de la fe cristiana, con todas las exigencias que ella comporta.
2. Se hace en orden a una conversión, esto es, a formar cristianos de convicción personal.
3. Debe suscitar una opción personal, libre y consciente.
4. Debe ser un mensaje personalizante y concientizador que produzca efectos verdaderamente renovadores en el hombre y en la sociedad.
5. No puede hacerse en forma masiva y multitudinaria.
6. Exige una auténtica comunicación. Supone una participación activa del evangelizando. Debe ser dialógica. " Toda evangelización debe comenzar escuchando".
7. Debe tener en cuenta la situación personal de cada evangelizando a fin de adaptarse y responder a ella.
8. Debe respetar el ritmo del evangelizando, dándole libertad y tiempo para que piense y madure.
9. Es preferible que se haga en forma grupal (comunitaria) y no individual.
10. Es vivencial: incluye una praxis. Lleva a un compromiso. Debe conducir al evangelizando a asumir un papel activo en la humanidad y, por lo tanto en su lucha por la justicia social, los derechos humanos, la liberación de su pueblo de las estructuras opresoras, la construcción de una sociedad más acorde con el plan de Dios.
11. En América Latina, en la mayoría de los casos, se opera sobre personas que ya tienen creencias que ellas suponen cristianas (catolicismo popular "no evangelizado"); debe incluir la revisión y la remoción de esa imagen deformada de la fe, lo cual exige una conversión, esto es, el cambio —muchas veces radical— de creencias y actitudes religiosas adquiridas previamente.
12. Requiere insustituiblemente la comunicación directa y personal de la Palabra, aunque puede ser complementada con mensajes difundidos a través de los medios de comunicación y enriquecida con el uso de técnicas de comunicación.
13. No debe apelar exclusivamente a lo sensible y emocional, sino que debe dirigirse al hombre todo en un equilibrio que dé su lugar al mundo sensorial y afectivo del hombre, pero que estimule también el desarrollo de la ca-

pacidad crítica y la racionalidad del evangelizando. "Evangelizar es también problematizar".

14. No debe centrarse en el mero relato de los episodios evangélicos, sino que debe saber traducirlos a la situación actual y presentar al Evangelio como una respuesta vigente a la realidad concreta de hoy.

EVANGELIZACION Y ECUMENISMO *

La relación entre evangelización y ecumenismo, tarea propia de este Departamento, aunque no siempre percibida, se presenta como de capital importancia.

1. Es un hecho que la división de las Iglesias, impide la evangelización. Por esto, el Señor ora (Jn 17, 21): "Que todos sean uno, como tú Padre estás en mí y yo en ti; que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste". Se presenta a los evangelizando una dificultad suplementaria cuando se los enfrenta con un Cristo dividido. Si esta dificultad es menos sensible en países de mayoría católica, es intensamente vivida en las misiones, donde diferentes confesiones cristianas se presentan reclamando todas igualmente la adhesión a un mismo Cristo que cada uno proclama a su modo. Esto es lo que se llama, con un término muy preciso: el **escándalo** de la división, del cual dice el decreto conciliar sobre ecumenismo: "división que abiertamente repugna a la voluntad de Cristo y es piedra de escándalo para el mundo y obstáculo para la causa de la difusión del Evangelio por todo el mundo" (n. 1; cfr. también "Ad Gentes", 6).

2. La cuestión es cómo, en el presente estado de división de las Iglesias, este escándalo puede ser superado. Para esto hay que partir del principio de que, a pesar de su división, las Iglesias tienen todavía una cierta unidad (decreto sobre ecumenismo, n. 3), que ahora se descubre, se afirma y sirve de base a una futura reconstrucción de la unidad perfecta. En este estado que se llama teológicamente de comunión imperfecta, o inclusive con algunas Iglesias, de comunión casi perfecta, las Iglesias pueden y deben hacer en común todo aquello que su conciencia no las obliga a hacer por separado. Es el llamado "principio de Lund" (Suecia), elaborado en una reunión tenida allí por la División de Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias (1952). Esto abre la perspectiva a la realización de un **testimonio común** de Cristo y el misterio

* Documento preparado por el Departamento de Ecumenismo del CELAM.

cristiano por las Iglesias (cfr. documento sobre "Testimonio común y proselitismo" de la Iglesia católica romana y el Consejo Mundial de Iglesias, publicado en la Carta Circular N° 5, nov. 1970, de este Departamento.

3. Evangelización es ante toda la proclamación por la Iglesia del misterio del plan de Dios sobre el mundo realizado en la muerte y la resurrección de Jesucristo (cfr. Hch 2, 32-36). Esta proclamación la Iglesia la hace por la palabra y por las obras inseparablemente (cfr. "Dei Verbum", 2), de tal manera que las obras adquieren su sentido y su significación por referencia al anuncio de la palabra revelada. Se pregunta en qué medidas las Iglesias separadas pueden y deben cooperar en la realización de esta evangelización por la palabra y por las obras.

4. El decreto de ecumenismo dice (n. 12): "La cooperación de todos los cristianos expresa vivamente la unión con la que ya están vinculados y presenta con luz más radiante el rostro de Cristo siervo", y continúa: "esta cooperación, establecida ya en no pocas naciones, debe ir perfeccionándose más y más, sobre todo en las regiones en proceso de desarrollo social y técnico, ya en el justo aprecio de la dignidad de la persona humana, ya procurando el bien de la paz, ya en la aplicación social del Evangelio, ya en progreso de las ciencias y de las artes con signo cristiano, ya en la aplicación de cualquier género de remedio contra los infortunios de nuestro tiempo, como son el hambre y las calamidades, el analfabetismo y la miseria, la escasez de viviendas y la distribución injusta de las riquezas". Es de notar: 1º que esta lista no pretende ser exhaustiva, sino enumerar algunos ejemplos; y 2º que esta cooperación está destinada a mostrar "el rostro de Cristo siervo", lo cual la pone en el orden mismo de la evangelización, según lo dicho más arriba.

5. Estas indicaciones afectan ya la actividad del CELAM en el orden preciso de la promoción humana, en su relación con la evangelización y en orden a ella. Por esto, la Conferencia de Medellín incluye en sus conclusiones referencias a la tarea ecuménica en este mismo orden. Así en el documento "Justicia" (22, p. 61) se dice: "Además, las Conferencias Episcopales y las organizaciones católicas se interesan en promover la colaboración en el ámbito continental y nacional, con las Iglesias e instituciones no católicas, dedicadas a la tarea de instaurar la justicia en las relaciones humanas". Y en el documento "Paz" (26, p. 75): "Invitar también a las diversas confesiones y comuniones cristianas y no cristianas a colaborar en esta fundamental tarea de nuestro tiempo", la construcción de la paz. La consecuencia inmediata de estas orientaciones

es que la actividad de las Iglesias en la promoción humana, inseparable de la evangelización y parte de ella, es puesta bajo el signo del testimonio común o ecuménico. Los ejemplos que se pueden dar de esta colaboración, en todo el ámbito de la Iglesia, a partir de la misma Santa Sede, son ya innumerables.

6. Pero en el orden mismo de la proclamación de la fe por la palabra, la evangelización propiamente dicha o explícita, se puede considerar esta colaboración. El Concilio tiene sobre este punto un texto capital, en el decreto "Ad Gentes" (15), que dice: "en cuanto lo permitan las condiciones religiosas, promuévase la acción ecuménica de forma que, excluida toda apariencia tanto de indiferentismo y confusionismo como de emulación insensata, los católicos colaboren fraternalmente con los hermanos separados, según las normas del decreto sobre el ecumenismo, en la común profesión, en cuanto sea posible, de la fe en Dios y en Jesucristo delante de las naciones y en la cooperación en asuntos sociales y técnicos, culturales y religiosos". Esto abre muy interesantes perspectivas, todavía en buena parte inexploradas. Nótese por lo pronto, que el intento de limitar la cooperación entre las Iglesias al terreno práctico, evitando el terreno de la común profesión de fe, es estrictamente contrario al Concilio, además de dañar el ecumenismo. Se debe reconocer en seguida la extrema dificultad de este tipo de colaboración. No obstante, se pueden señalar ciertos campos donde ella aparece posible, aún ahora.

7. El primero es el campo de la oración común. Que la oración pública es una forma de evangelización es innegable. Ahora bien, cuando dos o más Iglesias proclaman en común su fe, recitando el Credo de Nicea, y se dirigen en común al Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo, el misterio cristiano se actualiza en ellas y es anunciado a la faz de los hombres. De ahí la importancia capital de la celebración de la Semana de la Unidad Cristiana y de otros actos comunes de oración a lo largo del año, siempre acompañados de un testimonio de vida. "Medellín" dice a este respecto (documento Liturgia, 14, p. 150): "Promuévase las celebraciones ecuménicas de la Palabra, a tenor del decreto sobre ecumenismo, n. 8 y según las normas del Directorio, 33-55". El límite es aquí necesariamente, la común participación en la Eucaristía, forma suprema de expresión de la unidad cristiana y eficaz testimonio de fe ante el mundo, pero imposible en principio mientras las Iglesias están todavía separadas.

8. La colaboración en la preparación, publicación y difusión de ediciones comunes de la Biblia es, en cuanto

servicio prestado a la Palabra de Dios, objeto principal de la proclamación de las Iglesias, otra forma de evangelización en común. En esta cooperación hay, desde luego, varios grados, que van desde la mera aceptación en una Iglesia de traducciones bíblicas hechas en otra, hasta la producción en común de versiones ecuménicas, inclusive con notas (como la "Traduction Oecuménique de la Bible" en lengua francesa). Un signo de esta cooperación es la presencia de la Iglesia católica en las Sociedades Bíblicas, originalmente establecidas para servir en este orden a todas las Iglesias y hoy ya estrechamente vinculadas con la Santa Sede, mediante el acuerdo sobre traducciones comunes del 2 de junio de 1968.

9. El testimonio común en la enseñanza de la misma fe, presenta reales dificultades que no deben ser disimuladas, a causa, por una parte, de las diferencias de fe que todavía separan las Iglesias, y por la otra de la afiliación eclesial a la cual conduce toda iniciación o crecimiento en la fe. Sin embargo, es posible pensar, en ciertas situaciones, en planes comunes básicos de enseñanza catequética y en textos comunes que la desarrollen (de esto hay ya ejemplos, v. gr. en Africa). Cada Iglesia los aplica a su modo, o son aplicados en escuelas estatales, sin perturbar la afiliación eclesial. Ya el informe final del Encuentro episcopal anglicano, católico romano de Bogotá, convocado por este Departamento dice en su sección I, n. 5: **Colaboración en la evangelización** "se debe llegar a una mutua valoración de la labor que han cumplido y pueden realizar en nuestro medio tanto la Iglesia católica romana como la Anglicana. Convendría también estudiar a nivel jerárquico las posibilidades de cooperación en la evangelización básica y en la maduración de la fe de nuestros pueblos, con criterio, no de proselitismo, sino de testimonio común. Esta cooperación en la evangelización, cuyas modalidades están dictadas por las circunstancias locales, tienen como presupuesto la misma finalidad que persiguen nuestras dos Iglesias en la tarea evangelizadora, y como base la identidad en las doctrinas fundamentales que ambas comuniones poseen en común". Una de las conclusiones de la segunda asamblea mundial de delegados de ecumenismo (Roma, 15-22 de noviembre 1972) dice precisamente (2, 7) que se "recomienda vivamente al Secretariado (para la Unidad Cristiana) que emprenda él mismo, de acuerdo con las otras Iglesias y la Iglesia católica, un estudio conducente a proponer a las Iglesias locales y a las diversas Iglesias los elementos esenciales que permitan elaborar una catequesis común verdaderamente ecuménica. Este estudio podría inclusive sugerir el esquema de esta catequesis". Se dice luego (ibi-

dem) que "ha de corresponder evidentemente a cada Iglesia local o a cada Iglesia particular el retomar esas orientaciones y sugerencias para darles forma concreta, atendidas tanto las expresiones tradicionales de la fe cuanto las situaciones locales". Un paso ya dado en esa dirección es el documento: "dar razón de la esperanza que está en nosotros", enviado recientemente por el Secretariado para la Unidad Cristiana a todas las Conferencias Episcopales, de acuerdo con Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias, del cual es originario. Se dibuja así la posibilidad de una catequesis en común en el ámbito ecuménico. Sería interesante que los Departamentos de Catequesis y de Misiones del CELAM tuvieran esto presente en la elaboración de sus planes respectivos.

10. Desde el punto de vista pastoral, la situación descrita cambia apreciablemente la perspectiva de evangelización en América Latina, en relación con las Iglesias y comunidades eclesiales nacidas en la Reforma, así como también, al menos en parte, de ellas con la Iglesia católica. La cuestión no es más, siempre y en todas partes, respecto de ellas, lo de una "defensa de la fe", sino, por una parte, de una búsqueda de colaboración en la evangelización en las circunstancias de crisis y conflicto humano de América Latina, y por la otra, de fortificación de la fe de los propios fieles, ante las amenazas de proselitismo que todavía subsisten (cfr. el documento antes citado sobre "Testimonio común y proselitismo"). De esta manera, no existe ninguna oposición entre el propósito de colaboración que acentúa lo común, y la proclamación plena de la propia fe, porque se realizan en ámbitos distintos y con distintas referencias. Es preciso tener muy en cuenta, en este contexto de evangelización y ecumenismo, el tema conciliar de la jerarquía de verdades, enunciado por el decreto conciliar de ecumenismo (11: "al confrontar las doctrinas no olviden que hay un orden o jerarquía de las verdades en la doctrina católica, por ser diversa su conexión con el fundamento de la fe cristiana") y elaborado por el Directorio de Ecumenismo (2ª parte, 74). Esto ayudará en efecto a descubrir con mayor claridad lo que es central (cfr. ibidem) en la proclamación de la fe cristiana, y por consiguiente, en la evangelización, y facilitará un encuentro con las otras confesiones cristianas en el orden mismo de la fe. De aquí la importancia creciente de la elaboración progresiva de una catequesis o **formula fidei**, común, por lo menos, a las principales Iglesias.

11. Un tema conexo, de no menos importancia en este terreno, es el pluralismo de las expresiones de la fe y de la vida cristiana. Este tema es ciertamente delicado de

manejar, pero no por eso puede ser dejado de lado. No se puede decir que todas las expresiones de la fe, en su formulación, en su ordenamiento respectivo y en su acentuación mutua, deban ser absolutamente idénticas. El ejemplo del Nuevo Testamento, con su diferente presentación del misterio de la redención (v. gr. Juan y Pablo), es suficientemente aleccionador. El tema ha sido explícitamente elaborado en el decreto conciliar de ecumenismo (17), a propósito de la tradición de las Iglesias orientales. Allí se dice, a manera de conclusión, que "las diversas fórmulas teológicas más bien que oponerse entre sí se completan y perfeccionan unas a otras". Ciertos problemas contemporáneos, que afectan a la evangelización (v. gr. la liberación y su relación con la Escritura), pueden ser fructuosamente abordados bajo este ángulo. En todo caso, la consideración del pluralismo es indispensable para encarar el tema de la evangelización en una perspectiva ecuménica.

12. A esta altura, es preciso subrayar nuevamente que, en el orden de las relaciones ecuménicas, sería nefasto intentar reducir la evangelización de América Latina a una mera tarea de promoción humana, sin relación ninguna con la proclamación explícita de la fe. Ello podría conducir en apariencia a una cierta unión de algunos cristianos de diferentes Iglesias. Pero causaría otras y más profundas divisiones. Aparte de esto, disimularía ilícitamente las verdaderas diferencias que separan las Iglesias y que se refieren al misterio de Cristo explícitamente predicado a los hombres, con lo cual se caería en una forma del irenismo tan netamente rechazado por el decreto conciliar de ecumenismo (11). El misterio de Cristo, o sea la interpretación radical del universo a partir del plan de Dios realizado en su muerte y resurrección, debe ser objeto de explícito anuncio, pues es para esto que existe la Iglesia, a semejanza del mismo Señor, y es en esto que, lamentablemente divididas, se deben encontrar de nuevo.

13. El Departamento de Ecumenismo pide que estos temas así expuestos, sean objeto de discusión, de intercambio en la próxima Reunión de Coordinación. Declara también que son aquellos en los cuales se inspira su acción específica en el campo que le corresponde.

EVANGELIZACION Y LAICOS *

1. El tema de la evangelización se presenta al Departamento dentro del contexto muy peculiar de la situación de los movimientos laicos. En efecto, hacia la década del 60, se inicia en los movimientos laicos —particularmente en los "especializados"— un proceso de progresiva toma de conciencia de "lo social" —así, en forma bastante abstracta— como dimensión dentro de la cual se descubre el "compromiso" del cristiano. Como consecuencia, el acento en la misión apostólica y evangelizadora de los movimientos empieza a desplazarse hacia la "promoción humana" o "social".

2. Si bien en principio esta promoción humana es entendida solo en un sentido supletorio y hasta circunstancial, la misma dinámica del proceso social hace que se vaya dando una progresiva politización, y que la militancia política absorba y asimile la dimensión explícitamente evangelizadora. A modo de justificación se argumenta que la evangelización se da por el testimonio de entrega de una causa, y que en última instancia, todo aquel que aun sin ser cristiano declarado tiene capacidad de entrega y sacrificio semejante es un "cristiano implícito", lo cual exime de la necesidad de conversión. De ahí que la misión evangelizadora propia de los movimientos apostólicos pierde densidad y se diluye: ciertamente se habla también de un testimonio colectivo de los movimientos en cuanto "vivencia de fe" comunitaria, pero en tanto se pone énfasis acentuado en la dimensión vivencial o existencial, se pierde de vista la dimensión racional o intelectual, y se cae en un sentimentalismo vacío.

3. La lógica intrínseca a este proceso no es ciertamente propia u original de los movimientos laicos, sino que encuentra sus causas en la dinámica global de la Iglesia. Los movimientos laicos surgen —o por lo menos toman "carta de ciudadanía" en la Iglesia con la Acción Católica— a partir de una comprobación hecha por Pío XI: que la Iglesia había perdido contacto con el mundo emer-

* Documento preparado por el Departamento de Laicos del CELAM.

gente desde la revolución industrial. El objetivo de la Acción Católica era el de recristianizar —o re-evangelizar— ese mundo surgido a espaldas de la Iglesia, y sobre todo, conquistar para ella a la nueva clase producto de la revolución industrial, el proletariado.

4. Desde el siglo III la Iglesia católica orientó todo el conjunto de vigencias culturales en el mundo europeo. La época conocida como "cristiandad" es un largo período caracterizado por conflictos y transformaciones, a pesar de una cierta imagen estática y homogénea sustentada por algunos; pero los conflictos y transformaciones tienen lugar dentro del ámbito de la Iglesia, que realiza un gigantesco esfuerzo de síntesis de toda la herencia cultural de la humanidad, desde la filosofía greco-latina hasta la tradición bíblica hebrea y cristiana. De ahí la solidez del edificio intelectual de la Iglesia, ya que representa y contiene toda la milenaria sabiduría de la humanidad. En el siglo XIII, culmina magistralmente con la escolástica el esfuerzo de síntesis y sistematización.

5. Hacia el siglo XVI empieza a resquebrajarse el mundo centro-europeo de cristiandad; en parte porque ese mundo da el gran salto y se proyecta hacia el nuevo continente. Pero el impacto más fuerte, y que condicionará decisivamente la actitud de la Iglesia desde entonces, es la Reforma Protestante, que divide a Europa en dos mitades. El otro hecho decisivo que tiene lugar en esos momentos es el inicio de la revolución científico-físico-matemática, que al minar las bases de la metafísica aristotélica hace tambalear todo el edificio intelectual de la Iglesia construido sobre esas bases; de ahí que la actitud lógica de ella ante la revolución científica —particularmente en momentos en que la Reforma Protestante la obligaba a una actitud defensiva— sea de rechazo y resistencia. En contrapartida, la ciencia se desarrolla vertiginosamente en el área protestante; cuando la Iglesia deja de orientar las vigencias culturales, estas se originan a espaldas de ella.

6. Este cisma producido entre la Iglesia y el mundo moderno alcanza su culminación a fines del siglo XVIII, cuando tiene lugar en Inglaterra la revolución industrial. La revolución industrial es el fenómeno más importante en la historia del dominio del hombre sobre la naturaleza, desde que diez mil años atrás tuviera lugar la revolución agraria. La historia de la humanidad es una lucha constante por superar el determinismo de las leyes biológicas, y la revolución industrial, al multiplicar extraordinariamente las energías disponibles por el hombre, le da por primera vez esa posibilidad a escala mundial; pero al

mismo tiempo, pone de manifiesto que si esa posibilidad no se hace realidad es a causa de la estructura social, y origina así una visión macro-social ausente en las sociedades pre-industriales. Superado el determinismo biológico queda por superar el determinismo de las leyes sociales.

7. La revolución industrial tiene lugar en un primer momento en Inglaterra, y luego en Estados Unidos y en el norte europeo, es decir, en sitios en donde la Iglesia católica tiene una presencia mínima. De ahí que el conjunto de la Iglesia, y particularmente el centro romano ubicado en la zona más atrasada de Europa en el siglo pasado, no comprendan la problemática y el desafío inmenso que ella plantea, sobre todo con la emergencia de una clase social con características inéditas en la historia, el proletariado. Recién en 1892, el Papa León XIII se plantea la cuestión en "Rerum Novarum" y hace una crítica a la explotación capitalista industrial; pero lo hace desde una óptica pre-industrial y nostálgica de la vida rural, sin comprender el capitalismo como fenómeno global, sino sólo desde una perspectiva micro-social empresarial.

8. Recién en el transcurso de este siglo, y principalmente entre las dos guerras mundiales, la dinámica industrial anima a todo el continente europeo —y por consiguiente afecta al mismo cuerpo de la Iglesia— y se proyecta hacia el resto del mundo. Los graves conflictos de escala planetaria, desde las guerras mundiales a la "guerra fría", determinan que la Iglesia continúe en actitud defensiva y resistente, hasta que la "coexistencia pacífica" y el "milagro" económico europeo proporcionan un clima de distensión apto para que ella se atreva a ensayar una nueva respuesta. Esta nueva respuesta es el Concilio Vaticano II, que representa un gigantesco esfuerzo de apertura y adaptación al mundo moderno; pero si la actitud resistente y defensiva conducía al encierro y la fosilización, el riesgo de la apertura es la disolución.

9. La apertura implica un esfuerzo de reconciliación universal o ecuménica —desde los "hermanos separados" a los judíos y los no-creyentes— que librado a su propia lógica conduce a que se esfumen las fronteras de la gloria. Una expresión de esto es la tendencia anti-institucional prevaeciente en ciertos medios europeos, que atacan al centralismo romano en nombre de una "democratización" de la Iglesia que recuerda mucho las características del protestantismo; y desde luego, el cuestionamiento de la "infallibilidad" pontificia y de toda formulación doctrinaria, que apunta hacia el "libre examen" de la Reforma. Otra expresión es el ya aludido mimetismo con

los "cristianos implícitos". Todo ello en el marco de la "teología de la secularización" —de origen protestante— que conduce a una progresiva desvalorización de las expresiones religiosas populares, por considerarlas "alienantes" o "masificadoras".

10. Precisamente, la evangelización de América Latina tiene lugar según los moldes de la religiosidad popular española del siglo XVI. Porque no es la clase intelectual española la que se traslada al Nuevo Mundo con los conquistadores, sino el pueblo mismo, con sus ritos, sus creencias y su imaginería barroca. Ese barroco es el que constituye el trasfondo de la cultura popular de América Latina, y es lo que no comprenden quienes pretenden "purificar" la expresión religiosa del colorido y la magnificencia; el pueblo, que no puede expresar su fe en categorías intelectuales elaboradas, la expresa en la materialidad de sus imágenes y sus actos rituales. Y con ello revela una comprensión intuitiva mucho más honda de la esencia misma del misterio de la encarnación que los teólogos de la secularización.

11. A la Iglesia, como a toda institución, sólo le caben tres actitudes posibles ante la dinámica histórica: o la asume y orienta, o se adapta, o se resiste. Durante la cristiandad, la Iglesia orientaba el proceso generando las vigencias históricas; por eso mismo, toda su acción era a un mismo tiempo evangelizadora y "promotora". Desde el siglo XVI, la actitud dominante en la Iglesia es la resistencia, y desde el Concilio la adaptación. En estas condiciones, en que la Iglesia desempeña un rol secundario en el proceso histórico, es que se reivindica la tarea de "promoción humana" como una misión diferente a la evangelización, pero distinta a la vez a la acción política. La superación de esa contradicción sólo se logrará en la medida en que la Iglesia vuelva a orientar y asumir el proceso, en un esfuerzo de sistematización y síntesis similar al que realizó la Iglesia en el siglo XIII.

12. Si la Iglesia no pudo asumir desde sus orígenes la dinámica de la revolución industrial en lo que hoy es el mundo desarrollado, por primera vez se le presenta esa oportunidad en América Latina, que desde hace unas décadas, pero principalmente en los años que corren, afronta masivamente el desafío de la industrialización. Porque la Iglesia tiene una importancia extraordinaria en nuestro continente, no por su influencia en las élites, sino por su carácter masivo y popular. Durante la cristiandad medieval —y durante la conquista— la evangelización fue masiva, lográndose la conversión de naciones enteras; hoy asistimos a un desprestigio de esas formas pastorales

en nombre de una crítica a la "despersonalización", que entiende que la conversión válida es la meramente individual. Lo cierto es que la Iglesia, cuando operaba masivamente, lo hacía impregnando toda la atmósfera cultural y siempre en referencia a la tradición histórica de ese pueblo. Eso lleva a la siguiente formulación, especialmente válida en América Latina; se puede afirmar que **evangelizar es recristianizar la memoria del pueblo**, haciéndolo así consciente de que se halla en continuidad con toda la tradición de la Iglesia y la historia de la salvación iniciada en Israel.

EVANGELIZACION Y LITURGIA *

I. COMO SE ESTA CONCIBIENDO LA EVANGELIZACION

A. Doctrina oficial de la Iglesia

La actividad tan específica del Departamento en el campo pastoral, hace que su concepción de la evangelización pueda referirse a cualquiera de las cuatro posibles acepciones de la palabra que presenta en su introducción el documento previo al Sínodo. Pero especialmente se lo considera en la acepción tercera y cuarta.

La doctrina conciliar y posconciliar es clara al respecto, en efecto:

Sacrosanctum Concilium, 9

La sagrada liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, pues para que los hombres puedan llegar a la liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión: "¿Cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán en El sin haber oído de El? ¿Y cómo oirán si nadie les predica? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?" (Rm 10, 14-15).

Por eso a los no creyentes la Iglesia proclama el mensaje de salvación para que todos los hombres conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo, y se conviertan de sus caminos haciendo penitencia (24). Y a los creyentes les debe predicar continuamente la fe y la penitencia, y debe prepararlos para los sacramentos, enseñarles a cumplir todo cuanto mandó Cristo (25) y estimularlos a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado, para que se ponga de manifiesto que los fieles, sin ser de este mundo, son la luz del mundo y dan gloria al Padre delante de los hombres.

El primer anuncio (4ª acepción) es por tanto previo a la liturgia: "es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión".

* Documento preparado por el Departamento de Liturgia del CELAM.

Pero a su vez al indicar que "a los creyentes les debe (la Iglesia) predicar continuamente la fe y la penitencia y debe prepararlos para los sacramentos", se está indicando la tercera acepción sinodal a saber: "proclamación y propagación del Evangelio y por la cual (actividad) se suscita la fe en los no cristianos y se incrementa en los cristianos (predicación misionera, actividad catequética, homilética...)"

Sacrosanctum Concilium, 10

No obstante, la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor.

Aquí se ve claramente el papel central que ocupa la liturgia dentro de toda la actividad pastoral de la Iglesia; la liturgia es en efecto "el eje alrededor del cual se coordina la acción pastoral orgánica de la Iglesia, de tal forma que la conexión de todas las funciones con la liturgia, cumbre y fuente, manifieste y realice la unidad de la misión eclesial". (Cfr. "El Medellín de la Liturgia", p. 87).

La liturgia, por tanto, no es propiamente "misión" ni "evangelización" aunque una auténtica pastoral litúrgica deberá suscitar primero una auténtica evangelización y catequesis previa (cfr. passim las introducciones pastorales de los nuevos rituales romanos, cfr. infra).

Pero a su vez la liturgia, particularmente en la celebración de la Palabra que precede a la Eucaristía y hoy a la celebración de todos los sacramentos y sacramentales, contiene una serie de elementos didácticos o catequéticos que en cierta manera realizan una misión evangelizadora, así lo afirma la misma constitución conciliar.

Sacrosanctum Concilium, 33

Aunque la sagrada liturgia sea principalmente culto de la divina Majestad, contiene también una gran instrucción para el pueblo fiel (34). En efecto, en la liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración.

Más aun: las oraciones que dirige a Dios el sacerdote —que preside la asamblea representando a Cristo— se dicen en nombre de todo el pueblo santo y de todos los cir-

cunstantes. Los mismos signos visibles que usa la sagrada liturgia han sido escogidos por Cristo o por la Iglesia para significar realidades divinas invisibles. Por tanto, no sólo cuando se lee "lo que se ha escrito para nuestra enseñanza" (Rm 15, 4), sino también cuando la Iglesia ora, canta o actúa, la fe de los asistentes se alimenta y sus almas se elevan hacia Dios, a fin de tributarle un culto racional y recibir su gracia con mayor abundancia.

Cfr. también S. C. 35, 51, 52, 56.

Referente a los sacramentos, el Concilio a su vez afirma:

Sacrosanctum Concilium, 59

Los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios; pero, en cuanto signos, también tienen un fin pedagógico. No sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y de cosas; por esto se llaman sacramentos de la fe.

Todo lo anterior está muy bien sintetizado en la instrucción "Inter Oecumenici" (26 sept. 64).

Inter Oecumenici, 5, 6 y 7

Mas, ante todo, es indispensable que todos estén persuadidos de que el objetivo de la Constitución del Concilio Vaticano II sobre la sagrada liturgia no es solamente cambiar unos ritos y textos litúrgicos, sino más bien promover una educación de los fieles y una acción pastoral que tengan la sagrada liturgia como su cumbre y su fuente (cfr. Const. art. 10). En efecto, todos los cambios introducidos hasta el presente en la liturgia y todos los que se introducirán en el futuro no tienen otra finalidad.

La razón de ser de esta acción pastoral centrada en la liturgia es hacer que se traduzca en la vida el misterio pascual, en el que el Hijo de Dios, encarnado y hecho obediente hasta la muerte de cruz, es exaltado en su Resurrección y Ascensión, de suerte que pueda comunicar al mundo la vida divina, por la que los hombres, muertos al pecado y configurados con Cristo, "ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Co 5, 15).

Esto se realiza por la fe y por los sacramentos de la fe, principalmente por el bautismo (cfr. Const. art. 6), y por el sacrosanto misterio de la Eucaristía (cfr. Const. art. 7),

en torno al cual se ordenan los demás sacramentos (cfr. Const. art. 61), y el ciclo de celebraciones con que la Iglesia va desplegando a lo largo del año el misterio pascual de Cristo (cfr. Const. arts. 102-107).

Por tanto, aunque la liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia (cfr. Const. art. 9), no obstante, hay que procurar diligentemente que toda la pastoral esté debidamente relacionada con la sagrada liturgia, y que a su vez la pastoral litúrgica no se desarrolle de una manera independiente y aislada, sino en íntima unión con las demás obras pastorales.

Es particularmente necesario que reine una estrecha unión entre la liturgia y la catequesis, la instrucción religiosa y la predicación.

Las introducciones pastorales de los principales rituales, son netamente claras respecto a esta función evangelizadora previa al sacramento, pero a la vez en el contenido evangelizador que la celebración litúrgica conlleva.

Bautismo, art. 3

Por ello el bautismo es, en primer lugar, el sacramento de la fe con que los hombres, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, responden al Evangelio de Cristo. Por eso no hay nada que estime tanto la Iglesia, ni hay tarea que considere tan suya, como el reavivar en todos, catecúmenos, padres y padrinos de los niños, una fe verdadera y comprometida, por la cual adhiriéndose a Cristo contraigan el pacto de la Nueva Alianza o lo ratifiquen.

Para este fin se ha establecido el catecumenado, la preparación de los padres, la celebración de la Palabra de Dios y la profesión de fe bautismal.

Art. 7

La preparación al bautismo y la formación cristiana es tarea que incumbe muy seriamente al Pueblo de Dios, es decir, a la Iglesia que transmite y alimenta la fe recibida de los apóstoles. Por el ministerio de la Iglesia los adultos son llamados al Evangelio por el Espíritu Santo y los niños son bautizados y educados en la fe de la Iglesia.

Arts. 37-38

La Iglesia, a quien se confió la misión de evangelizar, ya desde los primeros siglos bautizó no sólo a los adultos, sino también a los niños. Pues en las palabras del Señor:

"Quien no renazca del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el Reino de Dios", siempre entendió la Iglesia que los niños no han de ser privados del bautismo, ya que son bautizados en la fe de la misma Iglesia que es profesada por los padres, los padrinos y demás presentes. Ellos representan tanto a la Iglesia local, como a la comunidad universal de los santos y de los fieles, es decir, "a la Madre Iglesia, que, toda ella, en la totalidad de sus miembros, engendra a todos y a cada uno".

Ahora bien, para completar la verdad del sacramento, es necesario que los niños sean educados en la fe en que han sido bautizados. El mismo sacramento recibido será el fundamento y la fuente de esta educación. Porque la educación en la fe que en justicia se les debe a los niños, tiende a llevarlos gradualmente a comprender y asimilar el plan de Dios en Cristo, para que finalmente ellos mismos puedan libremente ratificar la fe en la que han sido bautizados.

Conviene hacer notar el compromiso evangelizador que asume la Iglesia al bautizar un niño que indica este artículo 38.

Matrimonio, arts. 5 y 7

Los pastores de almas tengan muy en cuenta los principios doctrinales enunciados anteriormente, tanto en la catequesis prematrimonial, como en la homilía que debe hacerse en la celebración del matrimonio, en relación con las lecturas bíblicas.

Teniendo en cuenta, según las circunstancias, estos elementos fundamentales, de la doctrina cristiana, debe darse a los novios una catequesis, tanto sobre la doctrina del matrimonio y la familia, como el sacramento, sus ritos, oraciones y lecturas, de manera que los esposos puedan celebrarlo consciente y fructuosamente.

Los pastores fomenten y fortalezcan ante todo la fe de los novios, porque el sacramento del matrimonio supone y exige la fe.

El nexo profundo entre evangelización y liturgia viene también claramente expresado en varios pasajes del Ritual para la Iniciación Cristiana de Adultos, en su presentación misma se dice:

Bautismo de adultos, art. 2

El ritual no presenta solamente la celebración de los sacramentos del bautismo, la confirmación y la eucaris-

tía, sino también todos los ritos del catecumenado, pues esa institución probada por las más antiguas prácticas de la Iglesia, corresponde a la actividad misionera de hoy, y de tal modo se siente su necesidad en todas partes que el Concilio Vaticano II mandó restablecerla adaptándola a las costumbres y necesidades de cada lugar.

Como puede verse, toda la acción catecumenal específicamente evangelizadora adquiere todo un profundo carácter litúrgico.

B. Aplicaciones del Departamento

El Departamento de Liturgia del CELAM oficialmente es poca la doctrina que ha producido referente a evangelización. En el documento propio (el noveno) de Medellín y luego en los documentos del Encuentro de Reflexión, hay sin embargo, algunas pautas al respecto.

1. Medellín

a. Principios pastorales

Siendo la sagrada liturgia la presencia del Misterio de la Salvación, mira en primer lugar a la gloria del Padre. Pero esa misma gloria se comunica a los hombres y por eso la celebración litúrgica, mediante el conjunto de signos con que ella expresa la fe, aporta:

- a) un conocimiento y una vivencia más profunda de la fe;
- b) un sentido de la trascendencia de la vocación humana;
- e) la dimensión misionera de la vida eclesial;
- f) la exigencia que plantea la fe de comprometerse con las realidades humanas.

Para que la liturgia pueda realizar en plenitud estos aportes, necesita:

- a) una catequesis previa sobre el misterio cristiano y su expresión litúrgica;
- b) adaptarse y encarnarse en el genio de las diversas culturas;
- e) llevar a una experiencia vital de la unión entre la fe, la liturgia y la vida cotidiana, en virtud de la cual llegue el cristiano al testimonio de Cristo.

Se indican allí algunos principios pastorales o doctrinales que manifiestan la relación íntima de la liturgia

con otras acciones eclesiales y especialmente con la evangelización.

Esto es importante para comprender el puesto de la liturgia en el conjunto de la acción pastoral de la Iglesia lo cual recomienda luego en las

b. Sugerencias particulares

Medellín, 13 y 15

A fin de que los sacramentos alimenten y robustezcan la fe en la situación presente de Latinoamérica, se aconseja establecer, planificar e intensificar una pastoral sacramental comunitaria, mediante preparaciones serias, graduales y adecuadas para el bautismo (a los padres y padrinos), confirmación, primera comunión y matrimonio.

Siendo tan arraigadas en nuestros pueblos ciertas devociones populares, se recomienda buscar formas más a propósito que les den contenido litúrgico, de modo que sean vehículos de fe y de compromiso con Dios y con los hombres.

2. La Comisión Episcopal

La Comisión Episcopal en su reunión de Río de Janeiro (29-31 marzo de 1973) dentro de los principios doctrinales de su acción, afirmó lo siguiente:

a) Elementos doctrinales

Cristo, a través de la Iglesia, continúa siendo el misionero del Padre, llama todos los hombres a la fe, a la conversión, a la disposición para la vida sacramental; el mismo Señor mediante signos sensibles manifiesta y realiza la comunión divina proclamada por su Palabra, que nos revela el plan divino de su Padre y santifica a los hombres. Tal comunión eclesial encuentra en la cena sacrificial eucarística su expresión y su fuente por excelencia: es el ápice de la acción litúrgica, en ella se encuentra la liturgia de los santos y de los ángeles y la liturgia de los que caminan hacia la Jerusalén celestial.

Por medio de su Iglesia, hecha a través de la liturgia siempre más sacramento de comunión divina, Cristo continúa revelando al mundo el amor del Padre por todos los hombres y la invitación del Padre para que todos, corresponsables y coparticipantes, conforme a la vocación de cada uno, encarnen en la historia su plan divino de amor; todo el cosmos al servicio de todos los hombres, señores del

universo, y todos los hombres, sujetos agentes de la historia, por Cristo no sólo liberados, en sus personas y estructuras, del pecado y sus consecuencias, sino también transformados en común-uniión filial y fraternal para el tiempo y para la eternidad.

Esta Iglesia así presente y comprometida en la historia deberá encontrar en la liturgia su debida expresión, la culminación y la fuente de su vida eclesial. Por eso la liturgia es el eje, alrededor del cual se coordina la acción pastoral orgánica de la Iglesia, de tal forma que la conexión de todas las funciones con la liturgia, cumbre y fuente, manifieste y realice la unidad de la misión eclesial; la liturgia, sin embargo, es "una acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, en el mismo título y grado, no es igualada por ninguna otra acción de la Iglesia" (S. C. 7).

b) Principales actividades más conexas

Dentro de las líneas de acción del Departamento establecidas por la misma comisión, vale destacar como más íntimamente relacionadas con la evangelización las siguientes:

Liturgia y Catequesis

Buscará una participación litúrgica más consciente por medio de la catequesis litúrgica en general o previa de las diversas acciones litúrgicas; de la preparación de textos de base para moniciones catequético-pastorales que serán insertadas en libros litúrgicos, como una base de trabajo para las Comisiones Nacionales de Liturgia; de estudio de textos para comentarios, folletos para fieles, etc.

Liturgia y Teología

Será una especie de comité teológico asesor del Departamento, formado de expertos y teólogos del continente, que deberá estudiar e investigar los temas que le sean encomendados. Trabajará en íntima relación con los profesores de la rama especializada del nuevo Instituto y en parte puede funcionar con ellos. Hay temas de importancia como la teología de la confirmación, evangelización y sacramentalización, liturgia y secularización, liturgia y religiosidad, liturgia y liberación, liturgia y participación por radio o televisión, etc.

Liturgia y Misiones

Crearé condiciones para una auténtica adaptación de la liturgia en misiones, especialmente a los grupos indíge-

nas. Es necesario darle cuanto antes cauces oficiales. El estudio y trabajo conjunto de liturgistas y antropólogos se hace cada vez más urgente.

Liturgia y religiosidad popular

Debe orientar adecuadamente la pastoral litúrgica en todo lo referente a la religiosidad popular, dada su importancia en nuestro medio.

Liturgia y medios de comunicación social

Además de las relaciones internas y externas del Departamento por los Medios de Comunicación Social, es necesario por medio de esta sección profundizar el caso específico de las celebraciones litúrgicas y los medios de comunicación social, particularmente radio y televisión.

II. ILUMINACION TEOLOGICA Y PASTORAL A LAS ACTIVIDADES

Las líneas de acción anteriormente enumeradas, indican ya la preocupación del Departamento, para que en la promoción litúrgica del continente, dentro del límite de sus posibilidades y de su incumbencia, se tenga en cuenta no sólo teóricamente la doctrina sobre evangelización y liturgia antes expuesta, sino que realmente tenga una eficaz influencia en la misma acción.

Ya dentro de una visión más concreta de la acción del Departamento, y de las Comisiones Nacionales de Liturgia, por él servidas, se cree conveniente hacer algunas reflexiones al documento presinodal.

PRIMERA PARTE

I. Datos que pueden favorecer la evangelización

A y E. Este fenómeno se observa fácilmente en la renovación de las formas y estructuras de celebración litúrgica y han contribuido realmente al fomento de la evangelización.

B. En materia litúrgica este es un punto sumamente sensible hoy día, se busca cada vez más y mejor la rela-

ción entre liturgia y vida, la sinceridad de la celebración, etc.

F. La forma netamente comunitaria de la celebración litúrgica implantada por el Concilio ha sido favorecida por esta tendencia de la situación actual del hombre, pero a su vez la misma vida litúrgica comunitaria ha hecho crecer el sentido de comunidad y ha contribuido notablemente al aglutinamiento de las comunidades. Cfr. especialmente lo dicho sobre Comunidades Cristianas de Base ("El Medellín de la Liturgia", Doc. 5, p. 51 ss.).

H. Este es un campo donde la renovación litúrgica ha desempeñado un papel importante, pero donde todavía queda mucho por hacer.

II. Datos que pueden ser obstáculo

A. Fuera de la Iglesia

1. La antropología en general, y la fenomenología religiosa en particular, hoy muy estudiada en casi todos los programas de Seminarios, cursos del Instituto, jornadas de Liturgia, etc., han contribuido no poco a contrarrestar este efecto negativo aquí señalado.

B. Dentro de la Iglesia

2. Los problemas aquí señalados han influenciado también en forma perjudicial, muchas veces la celebración litúrgica con ciertas tendencias "desacralizantes", "desritualizantes", que también han llegado hasta América Latina por influencia europea y que no han sido suficientemente equilibradas, ni han tenido en cuenta el fenómeno más imperante en el continente de la religiosidad popular.

3. Aquí, en cambio, el papel neutralizante de la liturgia es bastante positivo.

5. La liturgia en lengua vernácula, los esfuerzos de pastoralistas y biblistas en este campo ha sido importante; pero no cabe duda de que el problema aquí señalado afecta fuertemente la liturgia y que se está lejos de haberlo resuelto.

8. La acentuación del pluralismo aquí señalado en el campo litúrgico, creo que lejos de ser obstáculo, ha sido un real beneficio pastoral como ya lo indicaba la Constitución de Liturgia "Sacrosanctum Concilium", 37.

SEGUNDA PARTE

I. Algunos principios

C. "Cristo glorificado congrega...".

Se tiene aquí una bella definición descriptiva de la sección litúrgica.

D. En esta descripción de la respuesta del hombre por la fe, de su entrega total y libre, etc., hace falta explicitar el hecho sacramental por el que en definitiva el hombre sella esta alianza de fe con el Señor.

II. Las antinomias de la evangelización

A. La liturgia contribuye en forma muy eficaz a reconciliar esta antinomia puesto que en ella la Palabra se convierte en experiencia cristiana vital, hace presente el Misterio de Cristo y lleva al hombre al encuentro personal con El.

B. Igualmente la liturgia para quien la celebra es testimonio y manifestación de su fe y a la vez es proclamación del Evangelio (especialmente en la Liturgia de la Palabra) y en la Eucaristía que proclama la Muerte y Resurrección del Señor hasta que El vuelva.

C. Este fenómeno es muy interesante y se aplica también a la liturgia. Desde quienes no quieren celebrarla en un mundo injusto, hasta quienes la convierten en ocasión de celebraciones de protesta, etc. Este es un punto que merecería estudio especial.

E. ¿Construcción de la Iglesia o salvación de los hombres? Interrogante que plantean algunos también con respecto a la liturgia, pero que la liturgia misma por ser necesariamente acción eclesial resuelve por sí misma en doble movimiento: la Iglesia hace la liturgia pero a su vez la liturgia construye la Iglesia y es justamente construyendo la Iglesia como la liturgia "obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin" (S. C. 10).

G. Aquí valdría hacer destacar el problema semejante que referente a la liturgia plantean algunos que pretenden deba suspenderse la liturgia hasta tanto el pueblo no esté plenamente evangelizado.

TERCERA PARTE

I. Algunas orientaciones

Varias de las orientaciones aquí señaladas, se están llevando a cabo en la actual renovación litúrgica. Nos parece señalar como más directamente referentes a la liturgia la siguientes: A, B, C y E.

II. Algunas aplicaciones

1. La renovación litúrgica, especialmente la pastoral sacramental arriba indicada, han contribuido grandemente a esta toma de conciencia.

2. Esta sugerencia hace referencia directa a la pastoral litúrgica y es uno de los elementos más positivos de la renovación posconciliar.

III. Aspectos en los que se debiera insistir

El Departamento ha considerado urgente el estudio teológico y pastoral de los siguientes problemas actuales que afectan más su acción y hacen más relación al tema del Sínodo justamente.

- Evangelización y sacramentalización
- Liturgia y secularización
- Liturgia y religiosidad popular
- Liturgia y liberación.

(Cfr. "El Medellín de la Liturgia", p. 92).

CONCEPTO Y PRAXIS DE EVANGELIZACION *

Prenotandos

Al intentar precisar el concepto de evangelización y sus proyecciones pastorales, insistimos en el aspecto dinámico de ambos, es decir, de ninguna manera expresamos una adquisición definitiva, sino mejor, el punto donde se encuentra hoy día este proceso de búsqueda que apoyado en la experiencia misionera, tiende a explicitar y desarrollar los contenidos teológicos, por la continua reflexión de pastoralistas y expertos del Departamento.

Tomamos el concepto de evangelización en la tercera acepción del documento de trabajo preparatorio para el Sínodo de Obispos (Introduc. 4), que de hecho incluye a la cuarta, más restringida. En el marco conceptual, sin embargo, no excluimos las dos primeras comprensiones del término.

Aun cuando ya al tratar del concepto de evangelización apuntamos consecuencias pastorales, la praxis evangelizadora es más explícitamente tratada en la segunda parte.

Concepto de evangelización

El concepto de evangelización tiene que ser deducido del análisis profundo que se haga a otro tipo de conceptos teológicos. Tales conceptos son fundamentalmente: el de revelación, el de historia de salvación, el de salvación, el de la voluntad salvífica universal de Dios y el de Iglesia.

El concepto de evangelización implica la relación que existe de hecho entre Dios Creador y Dios Redentor, en cuanto que "Dios creándolo todo (cfr. Jn 1, 3) y conservándolo todo por el Verbo, da a los hombres testimonio perenne de Sí en las cosas creadas (cfr. Rm 1, 19-20) y, queriendo abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio" ("Dei Verbum", 3).

* Documento preparado por el Departamento de Misiones del CELAM.

Esta unidad entre Dios Creador y Dios Redentor nos ayuda a comprender la relación y unidad entre creación y salvación e implícitamente la unidad de la historia y su unicidad. La creación da inicio a la historia, a la empresa humana y a la gesta salvífica de Dios. El segundo Esaiás es un testigo de esa manera de entender la creación (Is 51).

Revelación y misión

La actividad misionera y dentro de ella la evangelización adquiere un sentido más profundo dentro del contexto de la Revelación divina, una vez que esa actividad nace y se orienta en función de la historia de la salvación, en la cual "Dios quiso con su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad" de tal manera "que por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina" (D. V. 2; Ef 1, 9; Pedro 1, 4; Ef 2, 18). El mismo "Cristo" nuestro Señor, plenitud de la Revelación, mandó a los apóstoles predicar a todo el mundo el Evangelio, como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta (D. V. 7 a; 2 Co 1, 20 y 3, 16-4, 6).

En toda actividad misionera el agente principal es Dios, en el don del Hijo y en la comunicación del Espíritu Santo, de quienes el misionero recibe su vocación (Rm 1, 1; Ga 1, 1; 2 Tm 1, 1).

La misión ha de tener, por eso, los mismos horizontes que los de la acción reveladora de Dios; el mismo ámbito que la Pascua de Cristo y el mismo dinamismo comunicado por el Espíritu en Pentecostés (A. G. 2-5; Hch 2, 1; 14).

La Revelación divina se procesa dentro de una determinada pedagogía, según la cual Dios pacientemente prepara la humanidad, para, en la plenitud de los tiempos, enviarle su Hijo y revelarle el Espíritu Santo. En esa pedagogía, el objetivo de la acción misionera de Dios es la salvación de todos los hombres (A. G. 2); el contenido de esa Revelación es la Buena Nueva del Reino (A. G. 1) y el método seguido es el realismo de la encarnación (A. G. 3; L. G. 3; Jn 1, 1 ss.).

La actividad misionera debe proyectarse hacia el mismo objetivo de la acción de Dios; su contenido ha de ser fiel al contenido del Reino de Dios y su método no puede ser otro que el realismo de la encarnación.

La Revelación divina es el proceso histórico en el cual interviene la voluntad libérrima y fidelísima de Dios y

la voluntad libre y contingente del hombre, situado en el tiempo y espacio (L. G. 2; A. G. 2; D. V. 2). Ese proceso se desarrolla entre un punto Alfa y un punto Omega, que es Cristo, el Señor (G. S. 45; Ap 22, 12-13). Siendo histórica la Revelación se hace por "palabras y acontecimientos intrínsecamente ligados" (D. V. 2). Como Revelación histórica, asume todos los valores del entorno cultural del hombre al cual se dirige: "Dios al revelarse a su pueblo hasta la plena manifestación de sí mismo en el Hijo encarnado habló según los tipos de cultura propia de cada época" (G. S. 58). Finalmente siendo la Revelación histórica y al asumir la realidad del hombre, la proyecta hacia un futuro, cuya configuración depende del compromiso asumido por el mismo hombre (G. S. 1-3; 62 f; L. G. 48).

La actividad misionera ha de respetar también la capacidad histórica de opción del hombre, comunicándose con ellos "como Dios que habla a los hombres como a amigos y trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía" (D. V. 2).

La misión ha de tener en cuenta que la historia del hombre es, en el fondo, historia de salvación, historia de pecado y gracia y que, en esa historia, lo único profano es el pecado, personal o institucionalizado (G. S. 2 b, 41 b; L. G. 9 c; A. G. 9 b).

La misión ha de ser fiel a los dos polos de la Revelación divina que se hace "por palabras y acontecimientos intrínsecamente ligados", buscando conocer a fondo los acontecimientos pasados y presentes de la cultura, para interpretarlos y dinamizarlos a la luz de la única Palabra, dicha una vez por siempre, que es Cristo (G. S. 4 a).

Finalmente, para ser fiel a la historicidad de la Revelación, la misión tiene que huir de todo tipo de "angelismo" y asumir la realidad concreta del hombre, con el cual ha de comprometerse como agente de cambio hacia un futuro, escatológicamente abierto para la segunda venida del Señor (L. G. 48 c; G. S. 22 f).

La Revelación divina es progresiva. Primeramente, es **revelación cósmica:** "Dios creando y conservando el universo, por su palabra, ofrece a los hombres, en la creación, un testimonio perenne de sí mismo" (D. V. 3; Rm 1, 19-20). Después pasa por varias fases: **fase primitiva:** "Queriendo además abrir el camino de la salvación sobrenatural, se reveló, desde el principio, a nuestros padres. Caídos, los levantó a la esperanza de la salvación y cuidó continuamente del género humano para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación, con la per-

severancia en las buenas obras" (D. V. 3; Rm 2, 6-8). **Fase abrahámica:** "Al llegar el momento llamó a Abraham para hacerlo padre de un gran pueblo" (D. V. 3; Gn 12, 3-5). **Fase mosaica y profética:** "Después de la edad de los patriarcas, instruyó a dicho pueblo, por medio de Moisés y los profetas" (D. V. 3). **Fase de plenitud:** "Dios habló a nuestros padres, en distintas ocasiones y de muchas maneras, por los profetas. Ahora en los últimos tiempos, nos ha hablado por medio del Hijo, a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos" (D. V. 4, Hb 1, 1-2).

La actividad misionera debe obedecer a esa gran progresividad de la pedagogía divina. Eso exige de la misión un esfuerzo prioritario de tipo teo-anropológico para descubrir en qué fase de la revelación se encuentra determinada cultura, considerándola como "pedagogía hacia el verdadero Dios" (A. D. 3) misteriosamente ya presente en ellas (A. G. 9 b) a través de las semillas del Verbo (A. G. 11 b; G. S. 42 c, e; A. G. 22 a).

Determinada esa realidad, la misión, fiel a la progresividad de la economía de la salvación, debe establecer —con la ayuda de las ciencias de la administración— las etapas para su actividad, etapas que deben ser pacientemente llevadas a cabo (A. G. 6, 11-15).

La progresividad de la **Revelación divina coincide con un creciente proceso de encarnación.** Es revelación encarnada en el mismo mundo (D. V. 3); es revelación encarnada en los acontecimientos históricos (D. V. 2); es revelación en plenitud, cuando la Palabra se hace carne (D. V. 4). (Jn 1, 1-18). Cristo es revelación del Padre en la medida que "marcha por los caminos de la verdadera encarnación... siendo rico se hizo pobre por nosotros y vino a servir y no a ser servido" (A. G. 3 b; 2 Co 8, 9; Mc 10, 45; D. V. 4 a).

No hay misión sin encarnación. La misión tiene que realizar, ella también, en total pobreza, el misterio de la condescendencia divina de Aquel "que siendo de divina condición no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre" (Flp 2, 6-8).

Tratándose de la actividad misionera, esa encarnación no puede ser algo superficial, sino que debe tener la misma profundidad de la encarnación del Verbo. Ha de ser, por eso, encarnación socio-cultural, como la de Cristo en la cultura judía (Lc 4, 22-25). Ha de ser encarnación del mensaje, dentro de los valores y categorías de la cultura,

y no solamente en el idioma de la cultura, favoreciéndose inclusive el apareamiento de una teología autóctona (A. G. 22 b). Ha de ser encarnación de la liturgia, con una celebración de la fe, en moldes autóctonos, según el espíritu de la S. C. (43; 62-83). Ha de ser encarnación en cuanto se posibilite la misma comunidad eclesial nacer y desarrollarse con estructuras o configuración propias, en lo que a sacerdocio, laicado, vida religiosa, disciplina se refiere, una vez que la Iglesia "fiel" a su propia tradición y consciente, a la vez, de la universalidad de su misión, puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura (G. S. 58 c) puesto que "la diversidad de formas en las Iglesias particulares —si se orienta hacia la unidad— manifiesta mejor la catolicidad de la Iglesia indivisa" (L. G. 23 d; A. G. 15 d; O. E. 2).

La historia de la salvación se realiza dentro del marco concreto y objetivo del devenir existencial del hombre y la salvación misma como liberación se da dentro de este mismo devenir cuya manifestación final de su cumplimiento estará en la plenitud de comunión en Cristo y con Cristo.

Y es una verdad fundamental que Dios quiere eficazmente la salvación de todos los hombres de todos los tiempos, de todas las razas, de todas las culturas. Lo cual significa que misericordiosamente ha actuado salvíficamente no sólo en su pueblo escogido en orden a la preparación de la encarnación de su divino Hijo, sino también en los pueblos que lo rodearon. Como también ahora actúa salvíficamente en los hombres y en las culturas que están al margen del cristianismo (L. G. 16, 22).

Esta presencia actuante de Dios se manifiesta en las culturas de dos modos:

A) Como valores religiosos preparatorios del cristianismo, como pedagogía hacia Cristo (L. G. 16; A. G. 3) en una especie de antiguo testamento dentro de cada cultura, y;

B) Como una acción ya salvífica aunque implícita (Semillas del Verbo), pero actuando en el seno de cada cultura (A. G. 9 b). Por eso no es de extrañar que en el seno de algunas culturas se encuentren carismas místicos, ascéticos y contemplativos que la vida religiosa cristiana debe asumir enriqueciéndose (A. G. 18 b).

La realidad y la función de la Iglesia se determinan en el mundo y a partir del mundo porque ella misma se ha definido en el Concilio Vaticano II como "La Revelación del Misterio de Dios en la Historia". El mundo es visto como una historia donde Dios comunica su vida y donde la

Iglesia posee una función propia de Sacramento que vivifica esta historia.

Así, evangelización tiene que ser el proceso del surgimiento de una Iglesia que asume las angustias y esperanzas del hombre histórico y real, que vivifica e ilumina estas realidades testimoniando a Jesucristo, cuya Encarnación, Muerte y Resurrección es la plenitud de la manifestación del amor del Padre y es también la revelación de su Espíritu.

Este concepto que se explica y elabora a través de una reflexión teológica adquiere importancia y claridad en la práctica.

Evangelización en la praxis

Por tanto, una primera actitud misionera es la de mirar con gran respeto a las culturas y un primer quehacer misionero es el de descubrir, junto con el hombre de una cultura determinada, la forma concreta como el Verbo se ha hecho presente. La antropología se convierte para el misionero en un instrumento necesario y la cultura aparece como un sacramento que esconde la presencia del Verbo. Descubrirlo es ya, en principio, evangelizar (Jn 1, 3; 4, 9-12).

El conocimiento del Verbo por la fe-conversión, no exige al hombre realizarse en la comunidad cristiana fuera de su ser cultural; pues así como Cristo al hacerse judío se hizo Cabeza de toda la humanidad, así la Iglesia sólo podrá lograr su auténtica universalidad si se encarna en cada época histórica y si su presencia sabe revestirse de los ricos atavíos de los valores culturales.

Esta encarnación de la Iglesia en las culturas es mutuamente enriquecedora; por una parte la cultura recibe una iluminación y una dinamización liberadoras que llevan al hombre a realizarse —individual y comunitariamente— en el seno de su cultura; por otra parte, la experiencia inédita de una fe descubierta como respuesta a las propias angustias, interrogantes y problemas, enriquece a la Iglesia universal con el aporte de nuevas profundizaciones, descubrimientos o acentuaciones del mensaje cristiano.

Por esto la tarea misionera no es acabar con las culturas paganas; sino implica:

a) Una investigación antropológica de las culturas para descubrir con gran respeto la acción milenaria de Dios en la cultura de un pueblo dado; b) una reflexión teoló-

gica sobre los valores descubiertos; c) la exigencia del testimonio de una Iglesia que se purifica de todo contra-testimonio; d) un mensajero que no es extranjero porque se encarna en el seno de la cultura (como Cristo en la humanidad, como Pablo que se hace griego con los griegos y judío con los judíos) (A. G. 9 b; 22 b; 3 c; 10; 13; 11 a; L. G. 23; A. G. 11 y 12); e) una iluminación de la presencia de Cristo en la cultura (muchas veces la acción misionera será invitar al hombre a vivir conscientemente y en plenitud su religiosidad donde él encontrará su propio camino salvífico (A. G. 7; G. S. 22 d, e).

Como Cristo se encarnó y asumió las condiciones sociales y culturales de todos los hombres con quienes vivió, la Iglesia debe encarnarse en todos los grupos humanos (A. G. 10); este proceso de encarnación dinamiza las culturas (G. S. 58 d) integrando al hombre en un proceso liberador (L. G. 13 b; 17), en un proceso de humanización (A. G. 8; 9 b; 11 c).

De esta acción misionera nacen las Iglesias Autóctonas, es decir, las Iglesias que viven la fe cristiana no solamente en su lenguaje propio, sino en toda su cultura; verdades expresadas en su filosofía y en sus valores, liturgia no adaptada ni renovada, sino encarnada en los gestos símbolos de su vida, que se insertan en las figuras religiosas y sacerdotales de la cultura (A. G. 6 c; L. G. 23; a. G. 21; 15 c, d; 19).

De aquí nacerá un enriquecimiento maravilloso para un pluralismo en las "vivencias culturales" de la fe (A. G. 22 a; 19 b; S. Lit. 37-38; O. E. 2; L. G. 23 d; A. G. 22).

La evangelización nos lleva a un diálogo con el hombre total e íntegro, un diálogo que tiene estas características:

- Es colectivo porque participa el pueblo como comunidad y con la fuerza que tiene como pueblo unido con su propia cultura y con una conciencia de su responsabilidad y de su libertad.
- Es crítico porque debe llevar a iluminar la vida de los hombres y a criticar su propia vida, sus instituciones, sus sistemas y sus propios valores que en relación con el Evangelio pueden ser anti-valores. Tendrá que purificarse de expresiones y manifestaciones de su vida que no estén de acuerdo al amor o que sean contrarios a la fe y a la esperanza en Jesucristo.
- Es transformador. La evangelización no persigue una inmovilidad cultural, ni un aislamiento cultural y humano, sino que persigue la transformación de todos los hombres y la transformación de la sociedad que

institucionaliza el dominio, la injusticia y la explotación del hombre y que no permite el ejercicio del amor, de la fe y de la esperanza.

Así esta transformación se hará a través del ejercicio del amor, de la fe y de la esperanza, con significados muy concretos y de acuerdo a la madurez de los pueblos.

Así el hombre a través de este diálogo se convierte en interlocutor del Evangelio que es invitación constante a su conversión y a ser testigo de Jesucristo comprometiéndose con sus hermanos. En la práctica la evangelización se va concibiendo como un proceso de revalorización cultural, para que el hombre colectivo tome conciencia de su valor como grupo humano en constante crecimiento y maduración y tome conciencia también de su fuerza y de su sabiduría. En el crecimiento de su propia personalidad llegue a ser interlocutor del Evangelio el cual le será presentado de una manera comprensible de acuerdo a las formas propias de conocer y de reflexionar. No de una manera coercitiva ni exigiendo una conversión, sino invitando al amor y a formar parte de los que creen en Jesucristo.

La participación del pueblo en la construcción de una Iglesia propia exige que los evangelizadores pasen de un entendimiento donde el pueblo es objeto de la misión de la Iglesia a un entendimiento más dinámico donde el pueblo es sujeto de la misma misión. La participación del pueblo tiene que manifestarse en las decisiones y acciones de esta Iglesia.

Así el ejercicio de esta participación en todos los niveles de la vida humana y en todas las acciones que emprende el pueblo es ya un proceso de evangelización.

Los cristianos presentes en el mundo en diálogo con otras religiones y en preocupación constante para responder a las angustias y esperanzas de los hombres se les exige que su acción realmente libere del pecado y libere al hombre total e íntegro. Esta liberación es una liberación que implica lo social, lo económico, lo psicológico y lo político.

De allí que el proceso de evangelización esté tomando diferentes puntos de partida de acuerdo a las circunstancias y a la experiencia de las Iglesias comprometidas en esta tarea, pero todos estos diferentes puntos de partida tienen como objetivo el doble aspecto de la evangelización: el anuncio del mensaje a partir de un descubrimiento de la acción de Dios en el interior de la vida de los hombres y la construcción de la comunidad, participando el pueblo mismo con todas sus riquezas de una manera crítica y creativa.

EVANGELIZACION Y NO CREYENTES *

Advertencias preliminares

- La índole del trabajo: documento de estudio.
- La “evangelización” se trata en cuanto dice relación con los no-creyentes.
- Se debería analizar la problemática a nivel latinoamericano, pero siendo nuestra Sección del CELAM de reciente creación, no disponemos de los datos suficientes para un trabajo completo. Nos aventuramos a opinar en ciertas instancias esperando que se concreten y completen con estudios parciales.

LINEAS DOCTRINALES SOBRE EVANGELIZACION DE LOS NO CREYENTES

Meta en la evangelización de los no creyentes: anuncio del “Kerigma”

Consideradas las diversas acepciones que la palabra “evangelización” presenta en la teología actual y que el documento de trabajo para el próximo Sínodo de Obispos condensa en cuatro, nos parece la más adecuada para nuestra Sección aquella que restringe el sentido de “evangelización” al primer anuncio del Evangelio hecho a los no cristianos para suscitar en ellos la fe (predicación misionera; Kerigma). Al adoptar este sentido, no excluimos los otros, pues en el documento mismo se dice: “Los diversos sentidos se entrelazan de tal manera entre sí, que las actividades significadas por cada uno de ellos, no pueden separarse adecuadamente”.

Para mejor inteligencia, conviene precisar que “evangelizar” significa “predicar el Evangelio” (Mc 16, 15) lo cual, más que “enseñar” connota en el griego “anunciar”. Más aun, en la Biblia dice “anuncio de las buenas nue-

* Documento preparado por la Sección del CELAM para los No creyentes.

vas” (Sal 68, 12 y Na 2, 1) que implican valor religioso (Is 40, 1-9; 52, 1-7, etc.) y que en Jesucristo, mensajero de la Buena Nueva se cumple definitivamente: “hoy se ha cumplido en vosotros esta escritura” (Lc 4, 17 ss.). Para Jesús, “evangelizar”, es predicar a los pobres y oprimidos la Buena Nueva, anunciar la benevolencia de Dios que El mismo encarna como plenitud de la misma Palabra de Dios y como acontecimiento definitivo de la historia ya que es su alfa y su omega (cfr. G. S. 45).

De esta manera el Kerigma es un hecho anunciado que se resume en el misterio pascual (muerte y resurrección de Cristo; 1 Co 15, 1-5). Misterio pascual que da a los hombres la esperanza de su resurrección, o sea de su salvación integral. Misterio que a su vez actúa desde la vida presente (cfr. G. S. 38, 39).

El anuncio de este misterio implica por lo tanto:

- Mensaje de liberación de todos los obstáculos: ídolos, demonios y tabúes que actuando en la conciencia de los hombres, les impiden la realización de la vida humana focalizada escatológicamente.
- Mensaje de alegría y esperanza.
- Mensaje de la promoción de la persona humana en su integral significación.
- Mensaje sobre una persona y un hecho (Cristo murió y resucitó).
- Mensaje sobre una comunidad salvadora, la Iglesia que invita a los hombres.

Por consiguiente, “evangelización” designa algo muy específico, tanto en su contenido como en la forma de hacerse. No es cualquier clase de anuncio o proclamación.

“Preevangelización”, como específica evangelización de los no creyentes

Puesto que el anuncio del “Kerigma” cristiano es una apelación, pide del hombre una respuesta. En San Marcos el Señor puntualiza dicha respuesta: “arrepentíos y creed en el Evangelio”. Dos actos: conversión y fe.

Conversión quiere decir cambio del corazón (volverse de los ídolos a Dios); así se dispone el hombre para creer. Fe significa (Vat. II, Const. “Dei Verbum”, 5) como acto humano, no sólo intelectual sino vivencial, obediencia, confianza y entrega libre, pues se trata de una opción de vida. Y como don de Dios es una acción del Espíritu Santo que mueve el corazón, abre los ojos, da suavidad para aceptar la fe y constancia para perfeccionarla.

El campo mejor dispuesto para ese anuncio son los pobres (Mc 5, 3), los pequeños (Mt 11, 28), los pecadores (Lc 15, 1 ss.) y los paganos (Mt 8, 10 ss.). La razón aparece clara: el anuncio de salvación, para que sea aceptado, requiere que el hombre tenga un claro sentimiento de su **indigencia**, persuasión de su insatisfacción humana o inquietud metafísica, como dicen el vitalismo y el existencialismo.

Más aun, cuando se trata de no creyentes, nos parece indispensable otro prerrequisito: quitar los prejuicios que contra la fe misma posee el mundo actual. Debido al avance de las ciencias naturales y humanas, y a la falsa imagen que sobre el creyente se tiene, el hombre de hoy considera la fe religiosa como inhumana, antinatural y neurotizante.

Dado este primer paso, de remover obstáculos, vendría el segundo a persuadir de la indigencia, como explicaremos en el punto de partida y que propiamente constituye la "preevangelización", llamada así porque cronológica y psicológicamente precede a la evangelización. Esta preevangelización, se diría, constituye la "evangelización" de los no creyentes, porque ya en su contenido y forma, empieza a anunciar el mensaje evangélico, aunque no en su contenido completo y explícito.

Punto de partida de la preevangelización: el hombre

En la perspectiva del Vaticano II la fe no se presenta como mera adhesión a verdades abstractas, sino como compromiso del hombre con Dios para una tarea en el mundo. Se insiste sí en la iniciativa gratuita de Dios, pero el punto a que apunta es el hombre. Por otra parte, siendo el hombre centro de la creación e imagen de Dios "invisible" (incognoscible directamente), la revelación que es oferta de amor divino y a la que se responde por la fe, ha de partir del hombre a quien se dirige; ha de mostrarse la creencia como algo que responde plenamente a la necesidad del hombre, totalidad abierta al Absoluto y comprometida en el mundo con sus semejantes.

La evangelización parte pues de la realidad del hombre como un ser que "por su misma condición corporal es una síntesis del universo material, el cual alcanza por el hombre su más alta cima" (G. S. 14). Esta grandeza del hombre ha de ser sentida como indigencia: "Toda la vida humana, tanto la individual como la colectiva, se presenta como una lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía,

el hombre se nota incapaz de domeñar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado y entre cadenas" (G. S. 13). Despertado este sentimiento puramente humano de indigencia, se ha de mostrar que no es mera carencia de bienes materiales. Y precisamente aquí empieza la labor propiamente preevangelizadora.

Esta situación de indigencia parece vivirla en toda su tragicidad nuestro pueblo latinoamericano. Más aun, se podría decir que la experimentan aquellos no creyentes tocados de ideología marxista que por lo mismo están predispuestos a recibir ese primer impulso de preevangelización. Nuestra tarea consistiría en corregir su concepción del hombre exclusivamente materialista (dimensión economicista) y demiúrgica, que hace al hombre autor único de su salvación. Más difícil es lograr esa disposición en aquellos ateos que profesan el super-hombre, autosuficiente, orgulloso de la tierra o en aquellos materialistas instalados en sistemas tecnócratas y cuyo ídolo es la comodidad burguesa y el dinero. Y aquella ambición desmedida por tener más (cfr. Pablo VI, P. P. 19), que encierra al hombre en la prisión de sí mismo, no lo deja mirar más allá, lo cierra a la amistad y es signo de subdesarrollo moral. Quizás se pueda decir que en nuestra América Latina son pocos relativamente los que están en estas últimas condiciones y que por lo mismo nuestra gran masa y los que con ella se identifican, ya están predispuestos para la preevangelización.

La constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual nos da una más concreta descripción de esa indigencia en su número 10, la que se podría resumir así:

1º Los desequilibrios fundamentales que fatigan al mundo moderno y que están conectados con el desequilibrio fundamental del ser humano nos dan un punto de partida desde el mismo interior del hombre.

2º La conciencia de poder elegir y renunciar libremente a diversas situaciones.

3º La conciencia paradójica de limitación experimentada en muchas instancias y de ilimitación vivida en el ansia de vida superior.

4º La conciencia de pecado y de inclinación al mal que no querría hacer.

5º Antagonismo entre el yo que busca lo material y fenoménico y el yo que lucha por el amor y la felicidad plena.

6º Antagonismo en la sociedad que busca unión, fraternidad y comunidad cuando al mismo tiempo combate y se mata por egoísmos.

Ante esta situación el Concilio describe (10) dos actitudes iniciales, de las que debe partir nuestra preevangelización para los no creyentes:

1ª La de los que no quieren saber nada de la clara percepción de este dramático estado: unos "tarados en su vida por el materialismo práctico", mientras otros viven en condiciones infrahumanas "oprimidos por la miseria, no tienen tiempo para ponerse a considerarlo". Esta última es la condición global de Latinoamérica, cuya preevangelización consistiría en humanizar, tanto a los miserables materiales, como a los espirituales que nadando en dinero, perdieron la dignidad de la persona humana. Hacer que primero sientan su responsabilidad y su valor humanos, para que puedan ver en su intimidad el sello de imágenes de Dios. Esto lo explicaremos en el proceso de la preevangelización.

2ª La de los que promovidos y con cierta conciencia de la indigencia humana, se niegan a abrirse a un destino trascendente. Algunos "esperan del solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad, y abrigan el convencimiento de que el futuro reino del hombre sobre la tierra, saciará todos sus deseos". Los que creen que el único salvador es el hombre por sí solo sin Cristo (cfr. Pablo VI, "Ecclesiam Suam"). Otros, "desesperando de poder dar a la vida un sentido exacto, alaban la insolencia de quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan por darle un sentido puramente subjetivo". Son los que a la existencia humana le cierran todo sentido trascendente, sin por qué, ni para qué.

Proceso de la preevangelización de los no creyentes

Puesto que se parte del hombre, éste ha de tomarse "situado" en el mundo de hoy, situaciones admirablemente bien descritas por el Vaticano II en "Gaudium et Spes" (4-9) como "signos de los tiempos". Se trata de mostrar que las aspiraciones y los desequilibrios de la humanidad hacen emerger nuevos interrogantes fundamentales sobre el hombre, el dolor y la muerte. En otras palabras, se llevaría a los no creyentes a cuestionarse sobre el sentido profundo de la vida individual y socialmente considerada. ¿Acaso muchos ateísmos desesperados no tienen ahí su raíz? Si el hombre no ha compren-

dido y por qué y para qué vive, si duda de que la aventura de la vida merezca vivirse, si no sabe a dónde va, no es de extrañar que se suicide o caiga en un nihilismo ateo.

Ante todo, se ha de mostrar al no creyente que la fe responde a esos interrogantes: que el hombre como imagen de Dios, esencialmente sociable, tiene un valor absoluto en cuanto está relacionado con Dios, en diálogo existencial (revelación) y que por consiguiente, no puede ser empleado como medio. Libre y responsable hace su historia y debe, por tanto, responder ante el Absoluto porque responder definitivamente ante otro hombre, grupo o partido o ante el mismo progreso humano, sería —como la historia lo comprueba— hacer del hombre un medio o instrumento de aquellos valores, que en último término no son tales sino por el hombre mismo. En conclusión, demostrarle que la vida humana no tiene sentido sino en relación con Dios. Conseguido lo cual se le explica que la fe avanza infinitamente más en esa relación: el hombre viene del amor de Dios y va hacia ese amor; creer en Dios es creer en ese amor que se hizo hombre, se incrustó en la historia humana, vivió nuestra vida a perfección. Más aun, es saber que amarlo resucitado, equivale a amarlo en nuestros hermanos. Mostrarle que en la raíz misma de nuestra fe, se exige la operancia comprometida con nuestros hermanos.

Contenido de la preevangelización en los no creyentes

Por lo anterior se entiende que en la preevangelización, al demostrarle al no creyente que la vida no tiene sentido sino en relación con Dios, se empalma necesariamente con el contenido de la evangelización propiamente tal. Al demostrarle que su nostalgia de infinito (progreso indefinido) y su apertura al mundo y a los demás (el marxismo diría "dialéctica del hombre-naturaleza"), se lo lleva a mediatizar todo, para darle sentido radical a nuestra vida: el hombre vive por un amor, y para un amor infinito.

Entonces entra el anuncio del "Kerigma" propiamente tal, cuyo contenido esencial es el de que Dios se hizo hombre e intervino en la historia humana, y que viene a salvar a través de una comunidad de hombres unidos en una comunión de fraternidad. Así pues, son tres anuncios o mensajes:

1º Dios viene en Jesús y somete a juicio la historia: es una irrupción de Dios en la vida humana y que coloca al mundo en juicio, porque aparece la justicia de Dios, no

como ira, sino como salvación única, Jesús, ante el cual el mundo es interpelado y debe decidir definitivamente: la Pascua-liberación cumplida en Jesús resucitado, viene a ser el acontecimiento definitivo y absoluto de la historia (todos los acontecimientos históricos se relacionan con El y a El se refieren).

2º En Jesús, Dios realiza la salvación: la historia, esa lucha por la salvación con sus fracasos y triunfos, adquiere en Cristo la salvación total y absoluta, diferente de la humana, de tipo técnico, corporal, cultural, político, social, etc., porque es liberación del pecado, raíz de todos los males.

3º En Jesús, Dios convoca a los hombres a una nueva fraternidad de salvación: el acontecimiento de la Pascua-liberación, se perpetúa en la comunidad o Iglesia congregada por el Espíritu Santo. Es el nuevo pacto del pueblo de Dios que forma en el mundo la comunidad cristiana.

Una etapa complementaria en esta evangelización consistiría en mostrar al no creyente, que con el Kerigma cristiano la vida humana adquiere, si le acepta y vive en la fe, una nueva dimensión. Uno de los aspectos más adaptados a los no creyentes nos parecen poderse enunciar así:

- El mundo y las relaciones de los hombres adquieren con ese amor divino un kilate insospechable, un valor que ennoblece el amor humano y lo estimula a la acción.
- Ante la tragicidad de la vida, Jesucristo nos muestra en su actitud viva lo que es una existencia humana relacionada con Dios. En él se hace cercanía el amor de Dios al hombre, hasta morir; amor que hace historia con el sufrimiento orientado por la esperanza en el Padre. Un Jesús que cree en ese amor de Dios, y que en el aparente fracaso de la cruz, espera la glorificación en la resurrección como la muestra de aceptación de Dios de ese amor sacrificado.
- Si se hizo hermano y solidario con nosotros, fue para hacernos comprender que el hombre no está solo y que cada uno es responsable de sus hermanos, en busca del amor que unifica: "Por ellos me consagro (entrego) para que todos sean uno como Tú y yo Padre somos uno".

**Punto de llegada en la preevangelización:
credibilidad del cristianismo**

Con lo anterior, el cristianismo aparece al no creyente como algo que da pleno sentido a la vida del hombre, como

algo humanizante por ser divinizante, aunque parezca paradójico. Podríamos formular algunas instancias en la manera siguiente:

- Jesucristo, y por tanto Dios, trata al hombre como persona, cree en él y en su capacidad de responsabilidad, lo asocia a su obra y misión.
- Jesucristo ama a Dios comprometiéndose con los hombres.
- Amando a los hombres estamos amando a Dios, término y plenitud de la historia humana. Sin El carece de radical sentido la historia.
- Sin Dios no podemos hacer la obra de humanizar al mundo.
- Glorificando a Dios en la tierra (mostrando con obras el amor de Dios a los hombres), llegaremos a la glorificación de Dios en la eternidad.
- Todo cuanto existe y cuanto hagamos, y el hombre mismo, es relativo ya que toda la dignidad de éste radica en el amor con que Dios lo amó. Se rechaza toda clase de explotación del hombre y toda especie de totalitarismo.
- Por lo mismo, toda la esperanza y confianza del cristiano está en Dios, amor hecho hombre, que da la seguridad de vencer el egoísmo, como también el desprecio al hombre en aras de un colectivismo.
- Finalmente, aunque la historia del cristianismo tenga momentos e instancias que no son trasunto de esa doctrina viva en Jesucristo, tiene sin embargo páginas y ejemplos que son la potencia de que Jesús vive en la Iglesia.

LA EVANGELIZACION COMO DIALOGO

**Deber de evangelizar
como deber de dialogar**

El cristiano vive en el mundo, pero no es del mundo. Su actitud no implica separación, indiferencia, temor o desprecio (cfr. "Ecclesiam Suam", 57-58). Consciente de que debe modelarse según Cristo, el cristiano sabe también que debe anunciar a los hombres esa salvación. Es el deber de evangelización, inherente al ministerio apostólico del cristiano y que no se agota en la actitud de conservar fielmente el tesoro, sino que incluye la difusión del patri-

monio recibido de Cristo. Incluye oferta y anuncio. Esta es la misión con que se define el mismo apóstol: "Nos daremos a este interior impulso de caridad que tiende a hacerse don exterior de caridad, el nombre hoy ya común de diálogo" (ibidem 59).

La Iglesia como diálogo

"La Iglesia debe entablar diálogo con el mundo en el que tiene que vivir. La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace coloquio (ibidem, 60).

Un diálogo que se extiende a todos, aun a los no creyentes

"Ninguno es extraño al corazón de la Iglesia. Ninguno es indiferente para su ministerio. Ninguno le es enemigo, con tal de que él mismo no quiera hacerlo. No en vano se llama católica; no en vano está encargada de promover en el mundo la unidad, el amor, la paz" (ibidem 88, cfr. 70 y 71).

Ese diálogo ha de ser con todos los hombres: "el Evangelio tiene como destinatarios a todos los hombres, ya que por todos Cristo murió y resucitó, mereciendo para todos ellos la gracia de la salvación. Por consiguiente, la Iglesia debe evangelizar continuamente para que los que no creen lleguen a la fe y los que creen crezcan en ella" (Doc. para el Sínodo, I, E).

Clases de diálogos con los no creyentes

Si todos los cristianos deben promover el diálogo con los demás, de cualquier categoría que sean, viendo en ello el deber del amor fraterno, acomodado al progreso y a la madurez de nuestro tiempo, se entiende que pueden darse muchas clases de diálogos por las finalidades que se persigan: transmitir el mensaje, hacer apologética, confrontar doctrinas, discutir posiciones, etc.

Aunque el diálogo se distingue de la enseñanza por el hecho de que los interlocutores dan y reciben mutuamente, "sin embargo —dice el documento del Secretariado Pontificio para los No Creyentes— puede considerarse como una forma de enseñanza y mensaje implícito de la verdad evangélica, porque procura a los hombres beneficios doctrinales". Ni se debe confundir con la disputa y la controversia, cuya finalidad es defender la propia postura y convencer del error al contrario.

Diálogo propiamente apostólico

Este diálogo implica el deber primordial de la Iglesia de llevar el mensaje evangélico a todos los hombres. De este diálogo se ocupa extensamente el Papa Pablo VI en su encíclica "Ecclesiam Suam" mostrando los motivos que impulsan a la Iglesia a tal diálogo, los métodos que se han de seguir, los fines y las actitudes con que se deben preparar los dialogantes mismos.

Hacia este diálogo deben apuntar las relaciones que se establezcan con los no creyentes. Parece más táctico llevarlos allá mediante etapas graduadas, pues las circunstancias del mundo actual nos lo exigen. Este camino indirecto podría ser el diálogo llamado "profano", preludio al apostólico y cuyo contenido expusimos antes.

Diálogo profano

No tomamos la palabra "profano" en el sentido peyorativo. Al designar este diálogo de profano, nos referimos a la relación que la Iglesia tiene con el mundo tal y como la entiende el Vaticano II en "Gaudium et Spes", tal encuentro no tiene por meta inmediata el anuncio del Evangelio, sino que es "el diálogo que los cristianos intentan establecer con los que no participan de la misma fe, para buscar juntos la verdad en los distintos campos de la realidad y para solucionar en común los problemas más urgentes de nuestro tiempo" (Doc. del Secr. para los No Creyentes, 2).

Tanto el diálogo apostólico como el profano urgen al apóstol por varios motivos: —por la vocación cristiana de hacer, en virtud del misterio de la encarnación, más humano el orden temporal (A. A. 7), —por el sentido de signo de fraternidad que implica la Iglesia (G. S. 92), y porque la misión, impulsada en la caridad, busca la verdad de modo apropiado a la dignidad de la persona humana (D. H. 3).

Podríamos decir pues, que se dan diversos tipos de encuentros dentro del diálogo profano con los no creyentes y que ellos constituyen el género de actividad que debe promover la Sección para no creyentes del CELAM. Por eso nuestro interés en describirlos.

En el campo de las relaciones meramente humanas este tipo de diálogo se propone romper el aislamiento y desconfianza mutua de los interlocutores, creyentes y no creyentes, para crear un clima de simpatía, respeto y estima. Podríamos decir que este diálogo es un preámbulo para los diálogos siguientes y sobre todo para el diálogo apostólico.

Algunos "integristas" podrían ver en este diálogo cierto peligro de contaminación. No parece ser real esta objeción en un mundo pluralista como el de hoy. Y hasta parece ser contraproducente una "asepsia" de creencia, por la reacción que puede despertar en la juventud especialmente. Podríamos añadir que al cristiano le conviene este tipo de encuentros para reflexionar mejor sobre su fe y vivir con más autenticidad el hondo sentido de la dignidad humana. El documento preparatorio al Sínodo de Obispos, reconoce el peligro que puede presentar la convivencia pluralística de nuestro tiempo, pero añade: "los fieles se han de preparar para afrontar ese peligro, sobre todo en diálogo público. Una buena preparación en este sentido será de gran provecho para la maduración de la fe".

En el campo de la verdad doctrinal el diálogo con los no creyentes se propone como meta buscar, en esfuerzo común, una mejor comprensión de la verdad y una más acertada orientación para conocerla.

Este tipo de coloquio presenta más serias dificultades que el anterior, dado que los interlocutores piensan de distinta manera y saben que poseen diversos sistemas filosóficos. Pueden sin embargo, si proceden con sinceridad y respetos mutuos, propios de la libertad, buscar una mayor inteligencia y un mejor desarrollo de aquellos puntos de convergencia que pueden presentar sistemas opuestos. Vale esto sobre todo cuando se trata de realidades humanas que, como enseña el Vaticano II (G. S. 36 y 59), tienen su legítima autonomía.

No se trata de un peligroso irenismo en que la verdad religiosa queda a merced del diálogo para que corra la suerte del mismo. Al entrar en diálogo, el creyente no pone en duda su fe, sino que por la dialéctica del coloquio va a buscar la mejor comprensión de su fe, en profundidad y aplicación. Esta intercomunicación le ayuda no sólo a descubrir aspectos quizás insospechados de su fe y lo invita a meditarlos mejor, como también a descubrir y distinguir los signos de los tiempos, lo que no sucedería si se encerrara en su mundo de la fe. El aprecio y estima vividos por su fe, es obvio que aumenten con este ejercicio. Por otra parte, si bien no se busca directamente la evangelización, como en el diálogo apostólico, el no creyente será ilustrado de manera fraternal sobre verdades o enfoques de las mismas y que él ni sospechaba. En esta forma se suprimirán muchos malentendidos, prevenciones y prejuicios, paso indispensable para la fe (véase sobre este punto la disertación de Gabriel Marcel).

Como temas recomendables para esta clase de diálogo, señala el Secretariado Pontificio para No Creyentes, aquellos que están al alcance de la inteligencia humana, como son los religiosos, los filosóficos, los morales, los históricos, los políticos, los sociales, los económicos, los técnicos y los culturales. El tratamiento de tales temas puede ser ya una evangelización, sobre todo si el diálogo concluye mostrando, para la vida y cultura humanas, los beneficios provenientes de las verdades del orden sobrenatural.

No se nos oculta la dificultad de que se "instrumentalice" el diálogo, como sería empleándolo, por parte de los no creyentes y aun de los creyentes, para alcanzar fines políticos. En este caso, advierte el documento del Secretariado, hay peligro, sobre todo con marxistas, quienes por vincular la doctrina a la práctica, fácilmente podrían convertir el diálogo doctrinal en práctico. Pero adviértase que este hecho no siempre incluye perjuicio, pues el diálogo práctico es quizás el que la Iglesia recomienda más con los no creyentes.

En el campo de la actividad se da el diálogo llamado **práctico** y que busca una colaboración de creyentes con no creyentes para la realización de actividades comunes.

La posibilidad de este género de diálogo, no obstante ser el interlocutor no creyente de doctrina adversa a la religión, comenzó a darse en la Iglesia a partir sobre todo de Juan XXIII ("Pacem in Terris", 157-160), cuando el Papa admitía que algunas iniciativas prácticas, nacidas de doctrinas anti-cristianas, podrían, con el tiempo, ya no ser congruentes con los principios que las inspiraron. Más aun, añadía, en esas mismas doctrinas pueden darse motivos que se ajustan a la recta razón y reflejan las justas aspiraciones del hombre. Por otra parte, dentro de esas doctrinas se dan puntos que coinciden con el Evangelio. Es muy factible, pues, el diálogo en el campo de la actividad y no dudamos llamar tal diálogo "evangelización" muy acorde a la mentalidad de hoy. Todavía es más clara la posibilidad de este diálogo cuando consideramos que las discrepancias en materia religiosa, en muchas instancias, no excluyen de por sí un acuerdo en el campo de las realidades temporales, que según el Vaticano II (G. S. 36, 59) reclaman autonomía en su orden.

LOS DIALOGANTES

No hay diálogo sin palabra ("logos"), en cierto sentido contrapuesta ("día"). En nuestro caso la Palabra es el mensaje evangélico que sirve de fondo para el encuentro del creyente con el no creyente. No es intercambio en que

se transmita al creyente la no creencia; sería intercambio de ideas. La evangelización es diálogo de personas, intercambio de motivaciones, de enfoques o puntos de vista, que sirven de partida para una evangelización. Dijimos antes que el punto de partida es el hombre concreto con sus aspiraciones, inquietudes y contradicciones. No en vano se dice que un primer beneficio del diálogo es el conocimiento mismo de los participantes.

Los creyentes

No se da mensaje sin mensajero, ni evangelización sin evangelizador o "testigo". En el Nuevo Testamento "evangelizar" equivale a "ser testigo". Ese testimonio consiste en mostrar cómo el Señor nos libertó y con esta demostración abrir al no creyente la posibilidad de experimentar la salvación. Se requiere, pues, un testimonio más que de palabras, de vida: "Nuestro Evangelio no se ha presentado a vosotros sólo en el discurso, sino que se ha acompañado de obras de poder y en el Espíritu Santo y en plenísima confianza" (1 Ts 1, 5).

Sin embargo, puesto que la fuerza de la evangelización no radica en el testimonio de los hechos humanos, la Iglesia a pesar de las debilidades de los evangelizadores, no duda en continuar su obra misionera: "Sabe también la Iglesia que aún hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el Evangelio" (G. S. 43).

Las disposiciones con que el mensajero-testigo ha de emprender su misión con los no creyentes, parecen poderse compendiar en tres actitudes de Cristo con la Samaritana:

1º **Actitud de búsqueda:** el creyente, abandonando la actitud estática, debe salir a buscar al no creyente en las situaciones en que se encuentre. Como Jesús que buscó a la Samaritana junto al pozo a donde ella iba a sacar agua. Generalmente los creyentes y especialmente los católicos han sido quienes más diálogos con los no creyentes han propuesto y realizado. Esta actitud de la Iglesia oficialmente comenzó ya desde León XIII (cfr. "Ecclesiam Suam", 62) y se intensificó con Juan XXIII ("Pacem in Terris", 157 ss.) y con Pablo VI en su Encíclica "Ecclesiam Suam" y la creación del Secretariado Pontificio para los No Creyentes. A nivel latinoamericano la creación en el CELAM de la Sección para no creyentes y las similares comisiones episcopales, demuestran esa apertura y solicitud de la Iglesia por salir al encuentro de los no cre-

yentes. Bien es cierto que en nuestro continente falta aún más actividad en ese sentido, quizás porque no se tenga conciencia del gravísimo problema del ateísmo.

2º **Actitud de simpatía:** el creyente ha de esforzarse por penetrar en la mentalidad del ateo y comprenderla, como aparece en la actitud de Jesús con la Samaritana:

—Jesús le habla con el propio lenguaje y mentalidad de ella: sed, agua, pozo, cántaro... El dialogante cristiano ha de conocer y manejar con propiedad las ideologías contrarias para comprender y ser comprendido por el no creyente.

—Jesús le arguye desde la propia situación en que se encuentra ella y que es indigencia: "el que bebe de esta agua volverá a tener sed". Ya insistimos en que el punto de partida de la evangelización ha de ser la situación concreta del hombre, sus triunfos y fracasos, gozos y esperanzas...

—Jesús pasa de la sed de agua a la sed de felicidad que llevó a esta mujer a tener cinco maridos. Cuando hablamos del proceso de evangelización y de su contenido insistimos en que se debe mostrar al no creyente que la vida humana se abre al Absoluto en su sed de infinito.

—Jesús le propone a su problema una solución definitiva: "el que bebe del agua que Yo le daré no tendrá sed jamás". También nosotros mostramos que el diálogo con los no creyentes se debe encaminar a persuadirlos de que la vida no tiene sentido sin su relación con Dios. Y se reforzaba el argumento mostrando la nueva dimensión que el mensaje cristiano da a la existencia humana.

La conclusión fue una entrega a la fe: "Señor, dame de esa agua".

La Iglesia en el Concilio (G. S. 21), a ejemplo de Cristo, dice que "quiere conocer las causas de la negación de Dios que se esconden en la mente del hombre ateo. Consciente de la gravedad de los problemas planteados por el ateísmo y movida por el amor que siente a todos los hombres, la Iglesia juzga que los motivos del ateísmo deben ser objeto de serio y más profundo examen". Insiste allí mismo en que todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta oscuridad, que ante los momentos críticos y frente al enigma del dolor y de la muerte, no puede eludir su relación con Dios. Toda esta constitución pastoral es la más patética aproximación de simpatía con un mundo incrédulo y por algo comienza diciendo que la Iglesia está en sintonía con "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres".

3º **Actitud de diálogo:** el creyente en cuanto es testigo o evangelizador, debe ser dialogante, como lo fue Jesús con la Samaritana. Ahora bien, el diálogo en la mente del Concilio tiene tres exigencias:

a) **Solidarizarse con el otro** pues el diálogo es encuentro de personas. Para que el testigo anuncie la salvación, debe hacer suyos los problemas vividos trágicamente por los no creyentes. Jesús sintonizó aun físicamente con la sed de la mujer. Sudoroso se sentó fatigado en el brocal del pozo. No hay testimonio más convincente que ese, y la Iglesia en todo tiempo ha dado ejemplos heroicos de esa simpatía vivencial, tan urgida hoy. Si el testigo se aísla, no vive la situación de angustia material y espiritual del hombre, no podrá ser interlocutor convincente para el no creyente, que a veces ha pasado de una vida burguesa a compartir con la masa la miseria.

b) **Respetar al otro** pues el diálogo es con personas y estas exigen ante todo, que como tales se les oiga y valore, como Jesús lo hizo con la Samaritana. El respetó sus ideas, su conciencia y su libertad. Por eso la Iglesia (ib.) invita con igual derecho para los creyentes como para los no creyentes, a colaborar en la edificación de este mundo y lamenta la discriminación entre creyentes y no creyentes que algunas autoridades políticas establece injustamente. Más aun, invita a tomar la actitud de promover y estimar todos los valores humanos y basándose en ellos llegar a los valores cristianos: tarea de los pastores y teólogos es auscultar, discernir, interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la Palabra divina. (Cfr. G. S. 44).

c) **Amar al otro** pues el diálogo ha de suscitar en él amor hacia el objeto del mensaje evangélico que es Cristo. Cuando se tiene otro diálogo, por ejemplo de verdades matemáticas, no se exige esta condición, pues ellas se aceptan aunque sea el enemigo quien las propone. Pero el mensaje cristiano no es para saberlo o entenderlo únicamente, sino para creerlo, pues implica creer en alguien y comprometerse con él, confiando en él, lo cual sólo se realiza por el amor a esa persona que interpela. El diálogo de la salvación partió del amor y lleva al amor ("Ecclesiam Suam", 65 ss.). El diálogo de Jesús con la Samaritana es encuentro de amor. Sorprendida por este amor la mujer concluye con un amor admirativo y entusiasta y busca hacer prosélitos para Jesús. Pablo VI (ib. 59) explicando el mandato de evangelizar dado a los apóstoles o testigos-mensajeros, no duda en asignar "a este interior impulso de caridad que tiende a hacerse don exterior de amor, el nombre, de diálogo".

1. **Mensaje doctrinal:** ya especificamos antes el contenido del "Kerigma" cristiano y que ha de ser transmitido fielmente. Si por otra parte se insiste en que el evangelizador tenga solidaridad, respeto y amor, no queremos decir que el creyente deba aceptar todo lo que el no creyente piensa. Lo que se pretendió resaltar es la actitud personal de aceptación de la persona del no creyente, la comprensión de su mentalidad para buscar con él la verdad y conseguir su adhesión al mensaje evangélico.

Por eso mismo el testigo de Dios no puede alterar ese mensaje precisamente porque no es suyo. Debe dialogar con el no creyente aceptando y acogiendo a su persona sin compartir sus ideas, más aun, valorizando y asumiendo lo poco o mucho de verdad que posee todo hombre: esto le ayuda a penetrar en las razones personales y ambientales que han llevado a la no creencia. Diríamos, finalmente, que el creyente movido por razones de prudencia puede, si la contraparte no está en condiciones de aceptación, no entregar todo el mensaje de una vez.

2. **Mensaje personal:** no basta para cumplir el oficio de testigo, disertar acertadamente sobre el mensaje. El evangelizador ha de transmitir su propio convencimiento en criterios, actitudes y enfoques de la vida que se muestren cristianos. Desvirtuaría el testimonio, si el evangelizador asimilara la frivolidad de una vida inspirada en la no creencia, aunque a veces son los no creyentes más honestos en su vida que los que se dicen creyentes. En una sociedad pluralista como la actual, los creyentes y apóstoles no se deben aislar de la vida común, pero han de procurar irradiar aquella dimensión que ya dijimos daba el mensaje cristiano a la existencia humana.

3. **Mensaje indirecto:** estos diálogos han de ser cuidadosamente dirigidos y preparados para que no vayan a ser contraproducentes por las posibles divergencias que aparezcan en el transcurso del coloquio y que podrían crear desconcierto en los no creyentes. Un diálogo tal debería pues versar sobre aquellos temas en los que la Iglesia pide cooperación entre las otras religiones ("Eccl. Suam", 12); El diálogo presta una magnífica ocasión de tal cooperación sobre todo si se trata de asuntos que no sólo coinciden con los distintos credos sino también con la no creencia, como serían la dignidad de la persona humana, la promoción del bien y de la paz, la aplicación social del Evangelio y la inspiración cristiana de las artes y de las letras. En una palabra, todo lo que es humano (cfr. "Eccl. Suam", 91).

4. Mensaje dirigido eclesialmente: cuando el diálogo se instaure entre no creyentes y católicos, sean laicos o clérigos, estos deben someterse a un "obediencia orientada al diálogo", que es definida por Pablo VI ("Eccles. Suam", 108) como "ejercicio de la autoridad totalmente penetrada de la conciencia de ser servicio y ministerio de verdad y caridad". Más necesaria se hace esta obediencia cuando se trata de contactos de orden práctico con los no creyentes, los que hasta el momento parecían inútiles, pero que ahora se han hecho provechosos y a veces indispensables. Determinar si lo son, estatuir las formas y etapas con las que se deben establecer dichas relaciones en orden a conseguir metas positivas en el campo económico, social, cultural o político. Si se deja a la prudencia de los católicos, se les impone una condición: "la de que respeten los principios del derecho natural, observan la doctrina de la Iglesia y obedezcan las directrices de las autoridades eclesiales" ("Pacem in Terris", 160).

Los no creyentes

Dado que evangelizar es anunciar el Evangelio a los no cristianos para suscitar en ellos la fe (predicación misionera: Kerigma), los no creyentes son el sujeto directo de la evangelización. Conviene pues precisar el término. Se da hoy una marcada tendencia a identificar, al menos de hecho, ateísmo con no creencia, aunque el primero implique más la sistematización o teorización mientras no creencia connota más la actitud o práctica en la que interviene preponderantemente lo personal sobre lo sistemático. El Vaticano II al enumerar los distintos tipos de ateísmo (G. S. 19) sigue esta misma línea.

Hay que darse cuenta de la gravedad del problema ("el fenómeno más grave de nuestra época" dice Pablo VI en "Ecclesiam Suam", 104), que por desgracia crece de día en día (ib. 103), y al que debemos "consagrar el esfuerzo pastoral de reflexión en orden a captar en el ateo moderno, en lo más íntimo de su pensamiento, los motivos de su inquietud y de su negación" (ib. 108). Para ello se hace indispensable discriminar los distintos tipos de no creencia, siguiendo el texto del Vaticano II. Es un catálogo que no debe quedar en mera anunciación sino que debería ser tema de reflexión para ver qué tipos son más frecuentes y cuáles sus causas motivantes, en orden a que la evangelización llegue al corazón de los no creyentes.

1º Los que niegan expresamente a Dios con razones y atacando las que lo demuestran; por la propaganda atea

y por la pésima formación filosófica, este tipo de no creencia, está en aumento, más de lo que parece a simple vista.

2º Los que sostienen que nada puede decirse de Dios puesto que es totalmente incognoscible. Es la actitud del agnosticismo kantiano, que aunque no sea conocido sino por pocos en nuestro ambiente, va apareciendo como una reacción contra una filosofía demasiado audaz en punto a conocer a Dios. Por otra parte, quizás al insistirse modernamente en que sólo conocemos a Dios por la revelación, en que el Dios de los filósofos no es el Dios de la revelación, etc., se ha dado base para que se prohíba hablar de Dios. Es el exceso de una teología negativa.

3º Los que conceptúan inútil el planteamiento del problema de Dios, dado que se somete a mero análisis metodológico. Esta clase de no creyentes se da en personas entregadas a la epistemología de la filosofía y de las ciencias.

4º Los que, dando un valor absoluto o indebido a las ciencias positivas, pretenden explicar todo basado en ellas. No son muchos los científicos que asumen esta actitud, pues cada día los verdaderos hombres de ciencia se muestran más cautos en sus conclusiones y relativizan más sus afirmaciones. Ciertos pseudo-científicos, reacios a teorizaciones científicas, son más propensos a esta clase de no creencia.

5º Los que rechazan toda verdad absoluta y toda metafísica, debido a sus previos planteamientos científicos. Son los neo-positivistas que no admiten otro criterio de verdad que el de verificabilidad. Aunque teóricamente no son muchos, prácticamente nuestros profesionales técnicos de mentalidad empírica, muy extendida en universidades y centros de educación secundaria, hacen que este tipo de no creencia haya proliferado mucho: Dios no existe porque no se ha comprobado científicamente; su existencia es anticientífica.

6º Los humanistas que, exaltando el valor del hombre, sostienen que ello implica la negación de Dios o al menos hacen la existencia de Dios inútil para el hombre. Esta clase de ateísmo, muy en boga hoy, se encuentra entre los marxistas y existencialistas. Se repite como tesis, no sólo en estudios teóricos, sino especialmente en la novela, el teatro y el cine. En la actitud práctica del joven de hoy se ha propagado la convicción de que Dios no es valor integrado en la vida moderna.

7º Los que rechazan un Dios que nada tiene que ver con el Evangelio, por prejuicios recibidos de una errada

Consideraciones generales

Cuando Pablo VI ("Eccl. Suam", 91) diserta sobre el círculo inmenso de la humanidad y el cometido de la Iglesia, anota que "dondequiera que hay un hombre en busca de comprenderse a sí mismo y al mundo, podemos estar en contacto con él" y tomar una actitud desinteresada (sin miras políticas y temporales), dispuestos a aceptar todo honesto valor humano y terreno. De todo lo cual concluye: "No somos la civilización, somos promotores de ella".

A la vez que el Papa insiste en que debemos mostrar la religión como promotora de los valores humanos, no renuncia a descubrir en el íntimo espíritu del ateo moderno, los motivos de su turbación y de su negación, los cuales son múltiples y complejos, a saber:

—Exigencia de una presentación más pura y alta del mundo divino, superior a lo que tal vez ha prevalecido en ciertas formas imperfectas de lenguaje y de culto.

—Ansia llena de pasión y de utopía, pero frecuentemente también generosa, de un sueño de justicia y de progreso, en busca de objetivos sociales divinizados, que sustituyen al Absoluto.

—Recurso riguroso de racionalidad humana, con el propósito de ofrecer una concepción científica del universo.

—Sentimiento de asco por la mediocridad y el egoísmo de tantos ambientes sociales contemporáneos.

Disposiciones de un mundo
mayoritariamente no creyente
y que pueden favorecer
su evangelización

a) No hay duda de que nuestra sociedad busca un estilo nuevo de vida y liberarse de las servidumbres sociales, políticas y económicas. Los más avanzados en este tipo de cambio, y aunque lo intenten con medios desacertados, son los no creyentes, pensadores y literatos, tanto marxistas como existencialistas y vitalistas. Estos critican la sociedad actual y buscan una liberación total del hombre. Son muy aptos para el anuncio de salvación, si los creyentes aciertan en la manera dialogante de presentar la Buena Nueva. A esta positiva disposición se debe el contacto, incipiente apenas, de los no creyentes con los cre-

educación religiosa. Quizás sea el fenómeno más frecuente en la nueva generación. Bien es cierto que se puede arguir diciendo que eso no es ateísmo, que es la muerte de una concepción falsa de Dios. Sin embargo, si la corrección se hiciera pasando de la errónea concepción a la verdadera, tendríamos que decir que esta corriente es de creencia. Parece que sucede lo contrario; al rechazar la idea falsa de Dios, suele darse el rechazo, por asociación psicológica de actitudes, de toda adhesión a Dios.

8º Los indiferentes o carentes de inquietud religiosa y de motivación por el problema teológico, ni siquiera se plantean el problema del sentido de la vida y el papel de Dios en ella. Quizás sea esta la actitud más frecuente en una sociedad de consumo, de comodidad burguesa, materialista y sensual. En el sector del proletariado también se empieza a manifestar esta actitud en lo que se llama hoy la gran deserción de las masas.

9º Los que, como protesta contra el mal, rechazan a Dios. Quizás muchas de las crisis de fe en nuestros días se deban a una falsa concepción de la providencia divina. Cuando al hombre le falla el Dios milagrero, o cuando le acaecen adversidades, por reacción, rechaza a Dios. Lo mismo se podría decir de quienes ven a la Iglesia y a sus ministros aparentemente solidarizados con los males e injusticias; entonces identifican en ellos a Dios y terminan negándolo o despreciándolo.

10º Los que consideran los bienes materiales y la misma civilización como sucedánea de Dios. Estos creen que las ciencias, la técnica, etc., le traen al hombre su felicidad completa. Dirigido por los técnicos y científicos, el hombre funcionará maravillosamente, tanto individual como socialmente, hasta conseguir su meta. Más que concepciones y principios teóricos se trata de estados de ánimo y mentalidades vividas inconscientemente en los ambientes más diversos. Se concibe una cultura totalmente profana, sin referencia alguna al Creador. Actitud demiúrgica del humanismo actual.

11º Los que, después de una crítica contra la religión, rompen toda "religación" con Dios. Este tipo de no creencia es alimentado por la teoría marxista de la "alienación religiosa" y la tesis psicoanalítica de la religión como neurosis. Muchas veces tiene razón al atacar una religión inauténtica y de ahí que se va extendiendo de manera alarmante por nuestro medio. Lo propio se diría de quienes, traumatizados por actuaciones indignas de directores y educadores religiosos, rechazan a Dios.

yentes y cierta simpatía proveniente de ambos sectores. Podría objetarse que ello implica peligro de contaminación en perjuicio de los creyentes. Para eso, respondemos, están las normas del diálogo. Por otra parte, el antidiálogo encerraría en sí misma a la Iglesia esterilizando su actividad misionera y sería abiertamente contrario a las directrices de los dos últimos Papas.

Nuestra América Latina vive el clímax de esta situación aunque no sean muchos y muy prestantes los ideólogos que formulen temáticamente el problema. Se revela en algunas novelas y piezas de teatro, pero sobre todo en la actitud de nuestra juventud universitaria. El desconcierto por hallar una fórmula que a nivel personal y social promueva al hombre, es circunstancia propicia para una evangelización. Quizás por ello se pueda llamar a nuestra América Latina "esperanza de la Iglesia".

b) En el hombre actual se despierta más y más la sed de dar sentido a la vida, de saber por qué vive y para qué vive. Disposición que aparece en el teatro, la novela, el cine, la radionovela, la telenovela, la reunión social, la página literaria, los comentarios a dramas familiares y a suicidios, los encuentros de sicología y siquiatria, etc. (Véase por ejemplo el Congreso del Adolescente tenido en Bogotá, 23-25 de agosto de 1973). Se podría añadir la preferencia de los jóvenes por lecturas de tipo existencialista que plantean el sentido de la vida, como Nietzsche, Unamuno, Kafka, Sartre, etc. Además, el marxismo, que rehuía afrontar el problema y lo calificaba de inquietud burguesa, ha despertado, fuera de la cortina de hierro, con el neo-marxismo de occidente, para investigar una temática tan humanista como la "subjetividad". Esta al decir de Garaudy, es punto nuclear del marxismo como también la concepción del hombre, la libertad, la alienación, la conciencia, la ética, etc. Todo ello delata que para el marxismo es imprescindible la cuestión sobre el sentido de la vida y su exigencia acuciante. Lo propio diríamos de las discusiones sobre interpretaciones de Nietzsche, de los existencialismos y de los personalismos, y que pretenden descubrir la raíz de estos cuestionamientos: el sentido de la vida.

Disposición del hombre actual que toma caracteres de exigencia inaplazable y que sin duda lo capacita favorablemente a la Buena Nueva. Nos parece que esta actitud hace más apremiante la solución al problema, cuando el no creyente comienza a dialogar con el creyente y encuentra que su vida no tiene una explicación o razón de ser, si no se basa en el Absoluto. Quizá en nuestra América Latina la problemática no sea tan explícita y no se haya tematizado en obras de resonancia mundial. Sin

embargo, como continente joven se inquieta por encontrar sentido a la vida y precisamente por haber recibido, sin reflexionar, la fe.

c) El anhelo por resolver radicalmente los problemas sociales es la actitud de todo el mundo, pero se agudiza en los continentes en desarrollo. Ese anhelo se hace más apremiante cuando crece el desnivel entre la miseria de los muchos y la opulencia de los pocos, mientras por otra parte se despierta y azuza la conciencia de explotación. Todavía más aumenta el "crescendo" por el descontento de una masa defraudada en un país que se industrializa y progresa desarmonicamente. Así la multitud de no creyentes crece, porque a unos el poseer comodidades y lujos los ciega, y a los que no pueden poseer, los desespera. Paradójicamente, esta situación es propicia a un diálogo con tales hombres. Es la muchedumbre que vaga sin pastor y de la que el Señor tenía compasión. Quizás sean ellos los más aptos para ser "pobres" y por consiguiente para ser evangelizados. La actitud de la Iglesia, sobre todo después del Vaticano II, nos lo confirma. También los últimos Papas que hablan de desarrollo, "último nombre de la paz", de actividad humana, de valores humanos, etc., nos estimulan a pensar así.

Disposiciones ambiguas para una evangelización de los no creyentes

a) El mundo actual discute libremente el tipo de relación que debe darse entre la Iglesia y el Estado: desde antagonismo, separación, acuerdo... hasta patronato, dependencia, etc. Es claro que este hecho incide notablemente en las posibles realizaciones o diálogos entre creyentes y no creyentes. Sintomática ha sido, por ejemplo, la diversificada reacción pública ante el nuevo concordato de la Iglesia con el Estado colombiano. Para unos, este desprendimiento de la Iglesia con respecto a las estructuras civiles y gubernamentales, además de haberle hecho perder prestigio, ha traído desconcierto entre los fieles. Para otros, la Iglesia sigue uncida a las estructuras dominantes y quieren ver el nuevo rostro de la Iglesia tal y como lo describen ciertos llamados "sacerdotes rebeldes" o "cristianos por un socialismo" o "teólogos de la liberación". Como es obvio, cada cual interpretará a su manera la evangelización y dirá que su tesis es la que propicia un diálogo evangélico con los no creyentes.

El hecho se hace más ambiguo si se considera desde el punto de vista de los no creyentes. Para algunos marxistas la Iglesia no debe perder su influjo sobre el Estado

sino aprovecharlo para ayudar a hacer caer el régimen capitalista. De ahí que se critique el que la Iglesia se encuentre unida al régimen. Y se dice que quien no se comprometa en la lucha de clases se le declara vendido a los explotadores. Para el anticlerical, libre pensador, indiferente, etc. (herencia de actitudes antirreligiosas del siglo pasado), la Iglesia se debe marginar de toda relación política, social y económica. En resumen, este problema de las relaciones entre Iglesia y Estado da pie para que las actitudes sean juzgadas de distinta manera aun por los no creyentes. Estas pueden ser disposiciones positivas o negativas, según el caso, para una evangelización.

b) Por una parte se ha despertado en la joven generación un anhelo sincero por una vida o experiencia religiosa auténtica, y ello sin duda es disposición favorable tanto en creyentes débiles o desorientados como en no creyentes. Sin embargo, se presenta el fenómeno de que, rechazando las prácticas farisaicas de una religión extrínseca, fácilmente caen en la indiferencia y abandono de toda religión y hasta dicen practicar "su" religión a su manera. Esta actitud de los creyentes ha llevado a los no creyentes a pensar que ellos estaban en la razón cuando sostenían que la religión "aliena" al hombre. Aquellos creyentes poco se diferencian, siguen arguyendo, de los no creyentes. La conclusión es obvia: ¿se preguntan los no creyentes de qué sirve para la vida el tener fe religiosa?

c) La propaganda antirreligiosa ha cambiado de sentido: ya no es ordinariamente el militante ateo quien se enfrenta contra Dios y la religión. Quizás hoy la propaganda se dirige más hacia los creyentes para aprovechar los contenidos de protesta que la creencia implica (ya Marx lo decía), y así ganar adeptos a la causa de la lucha por el poder. Es sintomática la aproximación de sacerdotes y laicos a los ateos y ello puede favorecer la evangelización. No obstante la negación de Dios es un obstáculo para el diálogo (cfr. "Eccl. Suam", 91-98) y por consiguiente, éste debe ser cuidadosamente dirigido. No hay duda de que éste "puede ayudar a la causa de la paz entre los hombres, como método que busca regular las relaciones humanas a la noble luz del lenguaje razonable y sincero y como contribución de experiencia y sabiduría que puede en todos reavivar la consideración de los valores supremos" (ib. 99).

d) La desmitologización de ciertas manifestaciones religiosas populares, si bien pueden servir para purificar la religiosidad del pueblo y mostrar a los no creyentes el sentido verdadero de la religión, quitándoles las bases para muchos ataques contra la misma ha perjudicado con

frecuencia a los mismos creyentes y esto porque a la dicha desmitologización no ha precedido una congruente evangelización. Al mismo tiempo priva a la religión de su carácter misterioso o luminoso, aspecto que es muy importante para que el no creyente empiece a pensar en lo trascendente de la relación religiosa. Por otra parte, la misma crítica a esas prácticas ha dado fundamento a los no creyentes para burlarse y acentuar el aspecto de fetichismo que implican esas manifestaciones. Caso claro, los documentales de interpretación antirreligiosa sobre santuarios milagrosos, piezas de teatro, etc.

e) La secularización de instituciones como escuelas, hospitales, casas de beneficencia, etc., puede ser favorable para la evangelización de los no creyentes, en cuanto se suprimen las causas que el manejo de tales obras puede traer como antisigno evangélico. Pero por otra parte, puede oscurecerse la imagen de Cristo que en esos menesteres presentaba la Iglesia a los no creyentes. Ellos podrían decir que no está comprometida.

Situaciones actuales que obstaculizan la evangelización de los no creyentes

a) Las teorías psicológicas y especialmente las del psicoanálisis que pretenden explicar naturalísticamente el fenómeno religioso, despojándolo de todo valor objetivo. Lo explican como una proyección o como manifestación neurótica. Y lo han logrado, con influjo perjudicial, tanto en la alta sociedad, como en el hombre de cultura mediana. Sin duda que los medios de comunicación han logrado infiltrar sutilmente esta conciencia.

b) El auge del cientifismo, de la técnica, la industrialización, el materialismo, que incitan la sed de comodidades, la propaganda antirreligiosa y atea, están creando un ambiente adverso a la evangelización, especialmente para los no creyentes.

c) Los valores tradicionales han sufrido en nuestros días un golpe mortal: la infidelidad conyugal, las separaciones matrimoniales, el "birth control" egoísticamente practicado, los criterios de libertad sexual, etc., están minando las bases de nuestra sociedad. Este cuadro sintomático es un descrédito de nuestra civilización llamada "cristiana", y contrasta con la moral marxista, por ejemplo, que da base a los no creyentes para impugnar la fe y contraponerla con la honestidad, quizás exagerada, de los pueblos oficialmente ateos.

d) La deshonestidad en la administración pública y la irresponsabilidad en el ejercicio de las profesiones privadas, ayudan a corromper más los vínculos de la sociedad que se dice cristiana, y que por lo mismo no puede ser atrayente esquema de sociedad humana.

e) Los cambios ideológicos, culturales y sociales, han producido benéficas conversiones a la fe, pero en gran parte la han hecho trepidar causando, aun a sacerdotes, crisis muy serias. Hecho grave que deja oscuro el auténtico sentido de la creencia, óbice, por tanto para una evangelización a los no creyentes.

f) Como conclusión de todo lo anterior, convendría recordar la seria admonición del Vaticano II (G. S., 19) cuando responsabiliza en gran parte a los cristianos de la difusión y ampliación cada día más creciente del fenómeno de la no creencia, y ello por varias razones:

- por dar base para una crítica contra la religión;
- por el descuido en la educación religiosa, la que no ha llegado a una congrua síntesis didáctica de verdades y prácticas;
- por la exposición inadecuada de la revelación cristiana;
- por la deficiente vida religiosa, moral y social que muestran los que se dicen creyentes.

g) No sería superfluo anotar, que la división de criterios en lo moral, en lo social y en lo político, entre los mismos cristianos, no solamente ha traído para algunos creyentes mucha pérdida de fe y desconfianza, sino también ha causado desprestigio de la Iglesia. Por tanto, ha sido obstáculo para la evangelización de los no creyentes.

PROBLEMATICA REFERENTE A LA EVANGELIZACION DE LOS NO CREYENTES EN AMERICA LATINA

Son varios los problemas que la Iglesia ha de esclarecer para que su evangelización sea eficaz. Las ambigüedades en ciertos puntos y que afectan el núcleo de las posibles relaciones entre creyentes y no creyentes, han de ser resueltas, si se quiere acertar en la preevangelización. Podrían señalarse los siguientes puntos:

Un diálogo con no creyentes, especialmente de tendencia marcadamente humanista, presupone en los creyentes una clara **exposición de la fe** que se muestre como elemento humanizante, personalizante y que armonice los imperativos espirituales con los del progreso material. Fe, que lejos de dopar la conciencia humana para inmo-

vilizarla en un conformismo ante la situación inhumana, la estimule y espolee para la gran tarea de la humanización de la sociedad.

Un diálogo evangelizador sería de gran provecho para los no creyentes, si los cristianos llegaran a él con **mente clara sobre la autonomía de los valores profanos**. Que se aclare también si los sacerdotes, por ejemplo, son autorizados para discutirlos. Afín a esta cuestión será determinar si la evangelización se ha de situar en el plano meramente espiritual o si también le incumbe el de la promoción humana. ¿Se puede decir que la Iglesia evangeliza humanizando? Si se responde afirmativamente, habría mucho tema de diálogo con los no creyentes de tendencias humanistas.

Cuestión candente y de mucho interés para los no creyentes, es **puntualizar la relación de política y cristianismo**. El problema central de la teología política es clarificar si se da una alternativa entre dos finalidades opuestas, a saber, la espiritual-religiosa y la política, o más bien si se trata de dos aspectos de una misma actividad humana. También deberían establecer los límites y condiciones de la actividad política en los cristianos, tanto laicos como clérigos. Afín a este problema sería la precisión sobre institución eclesiástica, punto importante para discutir si la religión aliena y su ingerencia en política.

Más delicada aún es la problemática sobre relación de **praxis cristiana y praxis marxista** y en qué grado podrían combinarse entre sí, bien sea que la marxista se entienda en su sentido clásico bien en el neo-marxista. Sin duda alguna es esta cuestión de suma importancia, actualidad y urgencia en Latinoamérica.

La **teología de la liberación** es hoy en América Latina uno de los lugares más recorridos y que exige un estudio imparcial para distinguir lo positivo en ella de lo negativo. Es de suma importancia para el diálogo con los no creyentes, por afectar el mismo contenido de la evangelización, clarificar las bases exegético-bíblicas con que se fundamenta dicha teología. Hacer una evangelización de no creyentes en el sentido de la teología de la liberación, sería nefasto, si con el tiempo se encuentra ser falsa su interpretación que ella hace de la Palabra de Dios.

El tema "**revolución**", tan de moda en nuestro continente y tan halagüeño para focalizar un diálogo con los no creyentes, sobre todo marxistas, debería ser cuidadosamente revisado. Máxime, cuando no pocos cristianos la consideran como único medio de liberación en América Latina. Quizás las posiciones encontradas en tan delicado

asunto se deban en gran parte a la ignorancia que, con un mismo término, designa realidades muy distintas.

Las tesis marxistas del "neocolonialismo", "dependencia", etc., exigen un estudio muy científico y cuidadoso, dados los replanteamientos que la historia misma ha ido imponiendo. No sobra advertir que algunas teologías parten, como de datos indiscutiblemente científicos, de aquellas interpretaciones y los aplican por ejemplo, al documento de Medellín. Los marxistas ven aquí un amplio campo de diálogo tanto doctrinal como práctico. Cualquiera advierte las consecuencias decisivas que de ahí se sacarían en un compromiso político cristiano.

El derecho de propiedad privada exige una revisión, pues se trata de un punto clave en diálogo con los marxistas, sabiendo que para algunos cristianos este derecho no tiene vigencia hoy en nuestra América Latina, pese a la doctrina clara de Juan XXIII en "Mater et Magistra", 109. Urge revisar el argumento básico del Papa (el derecho de propiedad privada aun de los bienes de producción es insustituible garantía del valor de la persona humana) y ver si aún tiene validez.

Sería importantísimo estudiar la interpretación que a ciertos fenómenos humanos, por ejemplo el marxismo, se da a la luz del Evangelio, basándose en el Vaticano II (G. S. 4, 11, 37) hasta llegar a nombrarlos como "signos de los tiempos" y lugar teológico, pues encarnan tendencias y aspiraciones humanas, que aunque mezcladas de mal, llevan la voz de Dios. La interpretación que se diera a estos fenómenos sería valioso aporte para la evangelización de los no creyentes, pues los aproximaría al creyente dialogante.

El llamado problema del "humanismo cristiano" (cfr. Doc. preparatorio al Sínodo III C) que implica ruptura en la vida del hombre (muerte y vida) exige clarificación a la luz de una síntesis, la cual iluminaría y prepararía la evangelización, quitando prejuicios al no creyente, al mostrarle que la abnegación no es característica humana de la religión, sino que es liberación del hombre.

Se podría hacer una traslación analógica del problema planteado por el documento preparatorio del Sínodo (II D) a base de la doctrina del Vaticano II que sostiene que las religiones no cristianas contienen auténticos valores religiosos y que constituyen un camino para el Evangelio. La traslación consistiría en estudiar si algunas no creencias (piénsese algo sobre las teologías de la muerte de Dios) y aun ciertos ateísmos positivos, constituyen un camino para la salvación y qué implicaciones tienen para la evangelización.

VOCACIONES Y MINISTERIOS FRENTE A LA PROBLEMATICA DE EVANGELIZACION Y LIBERACION*

INTRODUCCION

Con el presente documento de trabajo la Comisión Episcopal del Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM (convocada a Caracas para su reunión ordinaria de 1973) quiere responder a la petición formulada por el señor obispo Secretario General, quien expresa así el deseo de la reunión de Coordinación celebrada en Río de Janeiro en junio del presente año.

La Comisión se alegra de poder presentar algunas reflexiones sobre este tema, y ve en ello la oportunidad de ahondar sobre su "ser"; en efecto, hasta ahora a las Comisiones se les había valorado insistentemente en el campo del "hacer", reservando al Equipo de reflexión teológico-pastoral una tarea que, si bien preferencial, no puede ser exclusiva. Los pastores que integran las Comisiones deben aportar igualmente en el plano de la reflexión teológica, no sólo en el organizativo.

Queremos presentar unas "aproximaciones al tema", y aspiramos a que los esfuerzos convergentes de los Departamentos en este campo contribuyan a una mayor claridad conceptual y a un válido impulso de acción de todos los organismos y niveles que integran el CELAM.

Ofrecemos nuestras reflexiones, en primer lugar, con un aporte al concepto mismo de evangelización; en seguida, buscando su relación con cada una de las cuatro secciones pastorales de nuestro Departamento, para terminar, finalmente, con unas observaciones sobre el concepto y problemática de liberación.

* Documento preparado por el Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM.

I PARTE

Concepto de evangelización

Supuesto el campo específico de acción del Departamento y el estado actual de la reflexión teológico-pastoral sobre evangelización (tal como la presenta el documento de trabajo para el Sínodo de 1974), creemos que la acepción más adecuada para nuestra actividad es la tercera de las que presenta el documento pre-sinodal, o sea aquella que define la evangelización como "la actividad con la que la Iglesia proclama el Evangelio, para que de este modo germine, se desarrolle y crezca la fe".

Tal concepto, incluye los elementos principales de toda la acción de la Iglesia y valdría la pena buscar un consenso de todos los Departamentos del CELAM a fin de que rigiera la actividad pastoral de todos ellos, facilitando así la elaboración de criterios y planes comunes.

Con todo, no se puede ser simplista en un tema tan complejo: todas las acepciones del documento pre-sinodal tienen elementos válidos que es necesario integrar; el acento en nuestra definición deberá ponerse —como nota especificante— en el objetivo o efecto de la evangelización: suscitar e incrementar la fe, y en ese sentido todos los sectores del Departamento deberán tener dicha actividad como prioritaria.

Pero en lo que puede haber variedad es en los procedimientos que cada sección emplee para lograr dicho objetivo: así de una manera se buscará incrementar la fe en los presbíteros y de otra en la juventud que aún no ha hecho una opción vocacional específica.

Tampoco pueden dejarse de lado algunos otros elementos que juzgamos fundamentales en una acción evangelizadora; tales son, entre otros:

- El anuncio y la aceptación de Jesucristo como Señor y Libertador por parte de cada uno de los evangelizados (Hechos 2, 14-36): —el "Unigénito" se hace "primogénito", y ser evangelizado será aceptar a Cristo como hermano mayor, a fin de adherirse e identificarse con El.
- La evangelización es inseparable del "testimonio" (vivencia del amor cristiano) y de la "encarnación" (vivir como aquellos a quienes se anuncia el Evangelio, guardando al mismo tiempo la propia identidad).
- La evangelización no puede vaciarse de su contenido de "fidelidad" que incluye la renuncia, el sacrificio, etc.;

esto es fundamental al trabajar por incrementar la fe (evangelizar) en quienes han optado por una forma de existencia cristiana que incluya cierto tipo de compromisos serios como el matrimonio o el celibato por el Reino.

- El objetivo de la evangelización debe ser un proceso "personificante", y por lo tanto supone una opción antropológica seria: la persona humana es el valor último, la comunidad está a su servicio y no a la inversa. De lo contrario la evangelización podría convertirse en masificación. La conversión personal del evangelizado debe llevarlo a proyectarse hacia la comunidad; por lo tanto no debe imponersele —a nombre de la fe— ninguna estructura, así sea gremial. Pretender crear la comunidad con insistencia en lo meramente estructural obedece a una visión marxista.

Al hablar de evangelización se tropieza con un problema serio de lenguaje: las palabras no significan lo mismo para todos. Igual cosa sucede con otros términos del vocabulario teológico y pastoral del momento, tales como "compromiso", "realización", "identidad", etc. Aquí se impone, por lo tanto, una tarea de diálogo entre quienes han asumido la tarea de evangelizadores.

El concepto con el que más frecuentemente se identifica por parte de algunos la evangelización es el de "promoción"; el estudio de las relaciones entre ambos debe profundizarse. Con todo, nos parece (para evitar caer en el horizontalismo) poder afirmar muy explícitamente que todo lo que se haga en favor de la promoción humana (entendida como atención exclusiva los aspectos sociales y económicos) está en la línea del Evangelio pero no es evangelización, sino una "preparación del Evangelio".

Es importante también acentuar que si bien el objetivo de toda evangelización es suscitar o incrementar la fe, ésto supone sin embargo un proceso dinámico que comporta etapas, que no son necesariamente sucesivas en lo cronológico ni uniformes.

El decreto "Ad Gentes", de los números 10 al 18, los describe como etapas de la implantación de la Iglesia: desarrollo integral del hombre; conversión y adhesión explícita a la fe; iniciación sacramental viva en la comunidad; celebración litúrgica de esa misma fe; testimonio de unidad visible. Esto tiene su valor en cuanto debe evitarse el quemar etapas en el proceso evangelizador y al mismo tiempo es medida para evaluar una tarea concreta.

Creemos también útil manifestar, a partir de nuestra experiencia como pastores, algunas de las dificultades con que tropieza no ya el concepto sino la tarea misma evangelizadora, es decir, el suscitar e incrementar la fe, en nuestra América Latina. Entre esas dificultades, tanto de tipo ideológico como ambiental, sobresalen las siguientes:

- La ideologización del Cristianismo, sobre todo con la penetración marxista.
- La pretensión de que es necesario (con prioridad cronológica) cambiar las estructuras antes de anunciar la Buena Nueva de Cristo. Según esto nos preguntamos: ¿el pobre sólo podrá ser evangelizado cuando deje de ser pobre? Y mientras se trabaja por un cambio de estructuras (que supone necesariamente el cambio profundo del hombre, o sea su conversión) ¿qué tipo de fe puede suscitarse o incrementarse entre los pobres?
- La propuesta, por parte de algunos, de modelos o tipos de sociedad con visión puramente técnico-economicista.
- La tensión (permanente en la historia de la Iglesia) entre contemplación y acción, Dios y hombre, vivida hoy en términos sociológicos.
- El desconocimiento de la realidad que hoy llamamos “religiosidad popular” para integrar en ella, sin ahogarla, la auténtica evangelización.
- La no utilización ni presentación de ideales y modelos cristianos personales con fuerza de atracción para la juventud a fin de impulsar su compromiso radical bajo un signo de auténtica fe y no meramente político y violento.

II PARTE

Presbíteros y evangelización

Si la Iglesia es la portadora de la vida nueva que Cristo trajo al mundo, y si a esa vida se llega por el anuncio salvador de la fe que llamamos evangelización, ésta sólo se logrará mediante una renovación de la Iglesia misma, que fue una de las metas del Vaticano II.

Este reconoce abiertamente que “la deseada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes” (O. T. Proemio); por lo tanto la labor del Departamento quiere tener presentes en primer lugar a los presbíteros, a fin de que a través de ellos, como agentes

multiplicadores, pueda lograrse esa “nueva evangelización” del Continente, que fue una de las intuiciones de Medellín (Cfr. “Mensaje a los Pueblos de América Latina”).

Al pensar en una atención prioritaria a los presbíteros, a fin de que no sólo sean evangelizadores sino permanentemente evangelizados, no podemos desconocer la actual crisis sacerdotal, con variantes numéricas y cualitativas según las diferentes Iglesias locales.

La crisis empieza por ser de ubicación, no de identidad desde un principio; de todas maneras, aun cuando no haya crisis hay interrogantes y búsqueda en esa línea.

Las principales fuentes de tensión que producen esta crisis, las podemos describir bajo los siguientes binomios:

a) **Tensión culto-palabra**, abordada por el Sínodo de 1971 como una de las causas de la crisis de identidad que afecta a no pocos sacerdotes; ellos perciben que “el Concilio subrayó la preeminencia de la proclamación del Evangelio”, y al mismo tiempo son conscientes de que “el pensamiento actual sobre el fenómeno religioso hace alimentar en el ánimo de no pocos, dudas en torno al sentido del ministerio sacramental y cultural” (Cfr. Sínodo 71). ¿A qué entonces dedicar preferentemente su acción pastoral?

b) **Tensión fe-política**, o, en otros términos, Evangelio-Justicia. Sabemos la situación socio-económica tan grave de nuestro continente, denunciada en términos tan claros y valerosos por los documentos de Medellín; y hemos visto los sacerdotes o grupos sacerdotales que, un poco por todos nuestros países, están perplejos o se han radicalizado.

También el Sínodo del 71 aportó elementos de reflexión al respecto.

c) **Tensión grupo-masa**: ¿qué se debe atender primero: los grupos apostólicos promovidos y comprometidos, pero numéricamente reducidos y que ocupan mucho tiempo; o las masas que piden también alimentación de su fe mediante la predicación, la vida sacramental y otras actividades culturales?

d) **Tensión contemplación-acción** (o para otros: tensión vida-ministerio): ¿frente a tantas y tan variadas tareas que exigen servicio pastoral concreto del hombre latinoamericano, sobre todo en ambientes donde hay poco personal, se podrá el sacerdote dar el lujo de emplear parte de su tiempo en el contacto personal con Cristo?

Son éstas y otras tensiones las que exigen esfuerzo de reflexión y acción a fin de que los presbíteros, principales agentes de la evangelización, puedan superar las crisis en que se debaten. Nos limitamos a plantear algunos elementos que sirvan de punto de partida a una pastoral en favor de los presbíteros.

La tensión dialéctica entre **Evangelio** y **culto** no se resuelve de manera simplista; la imagen de la auténtica misión sacerdotal debe incorporar no sólo la función cultural (susceptible, si se la aísla, de llevar a un "sacramentalismo", aunque el Sínodo no emplea esta palabra) sino que debe ser también el sacerdote "el hombre de la palabra". En otros términos, su palabra debe ir desde el anuncio profético hasta la plenitud de la celebración eucarística. Alguien ha expresado esto en la fórmula: "prioridad profética y polaridad eucarística".

Con todo, hay que acentuar que la Eucaristía no es sólo del sacerdote: es de todo el pueblo de Dios. El presbítero emplea en la celebración eucarística una palabra que sólo él puede pronunciar con poder (en virtud del sacramento del Orden), pero es con el fin de poner el sacrificio eucarístico al alcance de toda la comunidad.

El Sínodo del 71 (2ª parte, Nº I) desarrolló con amplitud esta visión de síntesis; pero como puede surgir en algunos sacerdotes el desprecio por lo cultural (que a la larga incidiría en detrimento del pueblo al que hay que evangelizar), es necesario ahondar sobre la relación culto-palabra en el ministerio sacerdotal a fin de evitar dicotomías perjudiciales.

La tensión **fe-política**, o en otros términos **Evangelio-Justicia**, hace que algunos se sientan con autenticidad anunciadores del Evangelio, pero piensan que éste se limita simplemente a la denuncia de la injusticia o al anuncio de la justicia, sin mostrar perspectivas más amplias que las meramente sociológicas. El Sínodo del 71 también aportó luces doctrinales y prácticas al respecto que hacen avanzar lo que ya habían enseñado el Vaticano II y Medellín; hay igualmente reflexión válida en el documento "Iglesia y Política" del Equipo de reflexión teológico-pastoral del CELAM.

En la práctica, y esto también ha servido para dilucidar el problema, se ha visto que no pocos sacerdotes han sido "utilizados" por grupos radicalizados y que al abandonar el ejercicio del sacerdocio algunos de ellos, ya no son "importantes" para dichos grupos. También se han dado cuen-

ta algunos sacerdotes de que se ha tratado de un error de discernimiento: no sabían claramente qué tipo de liderazgo debían ejercer en la comunidad, que es ante todo un liderazgo religioso-moral.

En esta tensión aparece un sano reto a buscar el modo de unir —en el ministerio presbiteral— la acción por la justicia (tan clara y fuerte en los profetas del Antiguo Testamento y en Cristo mismo) y la predicación de valores específicamente evangélicos. Medellín, con sus enseñanzas, abrió un campo en el que tal vez faltaba presencia sacerdotal; ahora es necesario aclarar, sin retroceder, la identificación de la Iglesia y del sacerdocio en este proceso.

La tensión **grupo-masa** es también fuente de crisis sacerdotales. ¿Cómo atender a las masas que tienen necesidades religiosas y de fe legítimas? ¿Cómo hacer una pastoral eficaz con grupos, tan exigentes, sin descuidar las masas?

Si a esto se añade el escaso número de presbíteros en tantos países nuestros, el resultado en algunos sitios es que los sacerdotes no alcanzan a atender a todo, se desaniman y acaban por no hacer nada e inclusive abandonan el ejercicio del ministerio.

Frente a esta tensión aparece altamente deseable la diversificación de los ministerios que distribuya mejor el trabajo pastoral hasta ahora muy concentrado en el presbítero; y para evitar el acceso de las masas impreparadas a la vida sacramental, se impone una intensificación de las catequesis preparatorias a los sacramentos, tal como se pide en los nuevos rituales.

No puede permitirse un recargo de actitud cultural en los presbíteros que produzca, en lugar de alegría renovación espiritual de su fe, un cansancio desalentador.

La tensión **contemplación-acción**, o para otros **vida-ministerio**, también parece estar a la base de no pocas crisis sacerdotales. En efecto, si evangelizar es ante todo suscitar e incrementar la fe, y ésta incluye una aceptación personal de Jesucristo, es evidente que el cultivo de la fe supone cultivo de la interioridad, desde la cual se vivan el hombre y el mundo; en otras palabras, intimidad personal con el Cristo a quien se anuncia y comunica, para lo cual se necesita dedicar tiempo con exclusividad.

En los presbíteros esto sólo se logra mediante una preferencia constante y una vivencia profunda del sacerdocio de Cristo; así invita a hacerlo Medellín cuando dice: "En

su sacerdocio Cristo ha unificado la triple función de Profeta, de Liturgo y de Pastor, estableciendo con ello una peculiar originalidad en el ministerio sacerdotal de su Iglesia. Por eso los sacerdotes, aún dedicados a tareas ministeriales en las que se acentúa alguno de los aspectos de esta triple misión, ni deberían olvidar los otros, ni debilitar la intrínseca unidad de la acción total de su ministerio porque el sacerdocio de Cristo es indivisible". ("Medellín", 11, 13).

Aquí, como en su raíz, se encuentra la base para una "espiritualidad sacerdotal que sea una vivencia personal, intrínsecamente vinculada con la acción ministerial" ("Medellín", 11, 20); y ese mismo documento anota cómo "entre todas las exigencias de esa espiritualidad ninguna es superior ni más necesaria que la de una profunda y permanente vida de fe" (ibidem), la cual conlleva que "el sacerdote sea el hombre de oración por antonomasia" (ibidem).

Es por eso por lo que el futuro sacerdote debe ser formado en una experiencia y amor personal a Cristo pues "como a Pedro, Cristo pedirá al seminarista de hoy un servicio de entrega total, resultado de un amor personal a El y al Padre por el Espíritu, pues no quiere siervos sino amigos" ("Medellín", 13, 14).

La línea evangelizadora en la que el Departamento quiere inspirar sus tareas requiere entonces, en el espíritu de "contacto, colaboración y servicio" que es el del CELAM, una atención especial a la formación permanente de los presbíteros en todos los órdenes. Pues si el presbítero es fundamentalmente un evangelizador y las circunstancias del ambiente y de los destinatarios están en constante evolución, se hace indispensable una capacitación sistemática y periódica de sus agentes.

Por eso nadie mejor que las Conferencias Episcopales y de Religiosos podrán mantener contacto con el Departamento, con el fin de darle a conocer las preocupaciones y necesidades de los presbíteros tanto diocesanos como religiosos, a fin de que el CELAM pueda responder con servicios adecuados.

Para implementar iniciativas concretas en este servicio a los presbíteros, vemos una posibilidad (en cuanto a los caminos de formación permanente) en lo que pueda organizar el nuevo Instituto Unico del CELAM, tanto en lo pastoral como en lo doctrinal. Inclusive se ve conveniente una sección de Espiritualidad que ayude a cimen-

tar mejor la vida espiritual y capacite sacerdotes para la animación espiritual del Clero.

La evangelización, tarea del diaconado permanente y los ministerios afines

El Vaticano II instauró el diaconado permanente en la Iglesia latina (L. G. 29) movido en gran parte por la necesidad de agentes cualificados para la evangelización numéricamente escasos en muchos países, dejando su existencia en cada país a juicio de la Conferencia Episcopal con aprobación de la Santa Sede. La reflexión posconciliar y las diferentes necesidades pastorales han hecho surgir diversas maneras de concebir e instaurar el diaconado permanente; muchos se preguntan si estamos simplemente "restaurando" una institución de tipo cultural o si realmente se van a formar hombres para y desde la comunidad (sobre todo la "comunidad eclesial de base") a fin de impulsar un proceso evangelizador a nivel de grupos más pequeños.

Por otra parte, la reflexión teológica de los últimos años, impulsada en gran parte por las necesidades de la evangelización, ha profundizado el concepto de ministerio como realidad bíblica medio más amplio y que encierra ricas potencialidades pastorales.

Las riquezas depositadas por el Espíritu en la Iglesia y que han aflorado con mayor variedad en los últimos años, han hecho parecer la "diakonía" de Cristo como diversificada en diferentes formas, jerárquicas o no, que encierran elementos de respuesta a las nuevas necesidades.

Indudablemente el presbiterado y el diaconado —que junto con el episcopado constituyen los ministerios jerárquicos— son los ministerios que por el momento se revelan más urgentes; pero el hecho de la decisión pontificia (agosto 15/72) de ofrecer el acceso a ministerios a hombres que no aspiran al presbiterado, ofrece caminos nuevos que es necesario explorar.

Este doble punto de partida (el diaconado permanente y los nuevos ministerios) relacionado en gran parte con los problemas de la evangelización, ha hecho a la Comisión ampliar sus perspectivas, convirtiendo su sección de diaconado permanente en campo de estudio y promoción también de los ministerios afines. Es en esta perspectiva en donde hay que situar el Encuentro de reflexión teológico-pastoral sobre Ministerios en América Latina que

deberá celebrarse en Quito en agosto de 1974. De él se espera que abra serias y valiosas pistas para poder suministrar a las conferencias episcopales criterios válidos en la materia.

Por lo que toca al **diaconado permanente** en su aspecto de factor favorable a la evangelización, se ve con agrado cómo va surgiendo en estrecha relación con la llamada **"comunidad eclesial de base"**.

La Iglesia es esencialmente "Comunidad" y "comunión"; pero el fenómeno de las grandes distancias en las zonas rurales y de la creciente urbanización en las grandes ciudades (fenómenos no ajenos a la realidad de América Latina) han demostrado la imposibilidad, para el tipo de presbítero actual, de crear auténticas comunidades cristianas, con relaciones primarias verdaderamente humanas. Por eso se hace necesaria una reflexión y una acción en favor del diaconado permanente que responda a esta perspectiva del diácono "desde" y "para" la comunidad de base.

Por lo que toca a la creación de **nuevos ministerios no jerárquicos**, aparecen, entre otras, las siguientes razones que los hacen necesarios en América Latina:

a) El crecimiento demográfico que impide atender pastoralmente con presbíteros y diáconos permanentes a las nuevas aglomeraciones humanas que surgen rápidamente.

b) La ola de secularismo que invade personas e instituciones, y a la que sólo puede responderse desde adentro, mediante "ministerios" nuevos que surjan del propio medio.

c) El número creciente de reducciones al estado laical entre los presbíteros.

Estos ministerios no jerárquicos, deberán depender lógicamente del obispo a fin de garantizar su autenticidad eclesial; el obispo, mediante su "exusia", tiene la capacidad de diversificar los servicios en la comunidad diocesana dando misión a quienes de hecho ya los ejercían.

Otras veces serán las comunidades vivas las que son capaces de descubrir determinados carismas, debidos a la acción del Espíritu Santo, de sus miembros; la comunidad los presenta al obispo y éste, con su poder y discernimiento, los reconoce oficialmente.

También los presbíteros, como respuesta a la angustia de encontrarse solos en su labor pastoral y no poder responder adecuadamente, han impulsado estos nuevos ministerios, o deberán hacerlo si quieren de veras evangelizar.

Siempre por la vía jerárquica pero con una creatividad deberán buscarse formas nuevas; así lo hicieron muchos de los primeros evangelizadores de nuestro continente. Hoy habrá que hacerlo de acuerdo con las necesidades y recursos humanos y eclesiales de cada país.

Hay dos problemas que merecen estudio serio y por eso los proponemos:

a) **Las relaciones entre matrimonio y ministerios jerárquicos.** A nivel presbiteral, el Sínodo del 71 no rechazó el estudio del problema; a nivel diaconal, existen dos series de hechos, de los cuales el segundo podría neutralizar el primero: el Vaticano II acepta conferir el diaconado permanente a hombres casados; la Santa Sede (cfr. Sacra Congregatio de Sacramentis, Prot. N. 525/71, A-g I, de 26 de junio de 1973, firmada por el cardenal Samoré) a la petición de un grupo de obispos del CELAM de permitir un nuevo matrimonio a los diáconos que enviuden, responde negativamente.

b) **La posibilidad de conferir algunos ministerios a mujeres, religiosas o no.** Existen en la antigüedad datos históricos y en la actualidad situaciones de hecho, v. gr. las parroquias confiadas a religiosas.

En este punto podrían impulsarse estudios serios en acuerdo con la CLAR que ayudaran a la maduración del problema para facilitar decisiones a nivel jerárquico supremo.

Seminarios y evangelización

Si los seminarios quieren evangelizar y formar evangelizadores, la **educación de la fe** deberá ser la **necesidad prioritaria de la formación sacerdotal.**

Hoy, en efecto, la fe madura ya no puede presuponerse en los candidatos que llegan al seminario, aún los provenientes de familias cristianas; el tipo de influjos que han recibido (que no son únicamente los del hogar) ha debilitado muchas veces su fe que necesita ser incrementada y en veces suscitada.

Algunos elementos más sobresalientes de esta educación son, en el momento actual, los siguientes:

a) mística por un ministerio evangelizador en los formadores;

b) formación en la "exégesis de los signos de los tiempos" a fin de que aprendan a leer desde la fe la realidad circundante;

c) iniciación espiritual fuerte, sobre todo en la vida de oración;

d) formación personificante que evite referir todo al grupo o a la comunidad (como reacción al sistema demasiado "individualista" de antes). Sólo un amor personal, una fe personal responsablemente vividos podrán garantizar el que no se caerá en el gregarismo; sin lo personal lo comunitario no se sostiene.

Desde el punto de vista estructural, y con miras a facilitar la formación de evangelizadores, vemos lo siguiente:

a) La necesidad de que los seminarios e instituciones afines, dada la multiplicidad y variedad de tareas pastorales, ofrezcan la posibilidad de una formación básica y luego especializaciones.

b) La conveniencia de que los seminarios cooperen también en la promoción de nuevos ministerios y en la formación de agentes de pastoral.

Pastoral vocacional y evangelización

El concepto de "vocación", a la luz del Vaticano II, se ha hecho más amplio y rico.

En efecto, la vocación, antes que a un "estado de vida", es a ser hombres y cristianos que, por un proceso de maduración progresiva en la comunidad, descubren gracias a la acción del Espíritu su "puesto" en el mundo y en la Iglesia, y optan por él mediante un proceso que exige adecuada atención pastoral. Vocación laical, religiosa o ministerial, con matrimonio o con celibato, no son sino formas de la única vocación del hombre, es decir, la divina (G. S. 22), que en la Iglesia se vive como una igualdad de todos en cuanto a la dignidad y acción común, aunque existan de hecho servicios diferentes (L. G. 32).

La primera consecuencia que brota de esta concepción es que si bien la evangelización (tal como la concebimos) es para todas las edades, la juventud requiere una atención especial en esta tarea; esto porque la vocación, como proceso de opción personal de fe, suele coincidir casi siem-

pre con la juventud, edad de las grandes opciones, y requiere una pastoral evangelizadora adecuada.

Por lo tanto, hoy no se puede efectuar una Pastoral Vocacional sin una verdadera Pastoral Juvenil; y a su vez, toda Pastoral Juvenil debe ser auténticamente vocacional, a fin de ayudar a los hombres y mujeres a optar maduramente por Cristo. Esto es tanto más urgente cuanto que el mundo de hoy es un mundo de jóvenes.

La Pastoral Vocacional, lo recuerda el Vaticano II (O. T. 2; P. O. 11; P. C. 24) es obra de toda la comunidad; pero está ligada a tareas específicamente evangelizadoras dentro de la misma. Sólo una comunidad con dinamismo misionero permite que el trabajo vocacional haga surgir nuevos elementos para un carisma o un ministerio al servicio de la comunidad misma. De ahí la necesidad de agentes pastorales especializados que facilitan este trabajo a toda la comunidad.

La Pastoral Vocacional debe tener también en cuenta, para responder a una necesidad de evangelización, que:

a) la vocación presbiteral debe situarse dentro de la vocación integral tal como ya lo esbozamos; el presbítero surge de la comunidad y se ordena para servicio de la misma. Sólo así evitará una mentalidad de privilegio;

b) no sólo en la juventud ni para el presbiterado deberán cultivarse vocaciones; muchos movimientos apostólicos llevan hoy a descubrir en edad adulta la vocación presbiteral. Por otra parte, los nuevos ministerios exigen una atención y unos criterios de discernimiento pastoral para orientar los candidatos hacia ellos;

c) no estaría completa esta labor si no se atiende a la familia, a los educadores, a los grupos juveniles existentes a que puedan surgir, a fin de que todos ellos, impulsados por una auténtica tarea evangelizadora, puedan ser factores positivos para el descubrimiento y maduración de las vocaciones en la Iglesia.

III PARTE

Evangelización - Liberación

Introducción

Para quien observe atentamente la realidad socio-económica y política de América Latina en los últimos 10 años y la interpretación que de la misma se hace por parte

cialmente en cuenta la injusticia social enraizada en el pecado, y que por la verdad de Cristo es superable hasta hacer a todo el hombre y a todos los hombres plenamente humanos.

La liberación aparece como una connotación de la acción cristiana particularmente perceptible y urgente en la actual situación de América Latina; tiene base bíblica que es necesario ahondar y aclarar para poder fundamentar lúcidamente una acción.

En esta perspectiva de aclaración —como un valioso aporte— se sitúa lo que las líneas teológico-pastorales del CELAM llaman una acción liberadora de todo el hombre y de todos los hombres. Por eso las transcribimos.

“Esa liberación, en sentido bíblico, abarca la **totalidad** del hombre y de su historia. Se va realizando en el tiempo y alcanza su consumación en la parusía.

La liberación es la realización en el tiempo de la salvación integral que nos trajo Cristo en esencial tensión escatológica. Supone dos cosas:

—eliminación de toda esclavitud, empezando por la del pecado;

—creación de condiciones tales que hagan posible al hombre ser sujeto activo de su propia historia.

La liberación bíblica tiene su centro en el Misterio Pascual de Cristo que da plenitud a la historia de la salvación y que nos libera del pecado, de la Ley y de la muerte.

Es preciso entender la liberación en su sentido cristiano pleno y global: interior y exterior, persona y comunidad, tierra y universo, tiempo y eternidad”.

De todas maneras creemos necesario que, frente a esta realidad de liberación y teología de la liberación, la jerarquía, mediante un acto colegial sólidamente estudiado, pronuncie una palabra, pues si ella no habla nadie podrá hacerlo con autoridad. De ahí la urgencia de una reflexión teológico-pastoral seria, como la que propiciará el CELAM próximamente; de lo contrario nos exponemos a llegar tarde.

Esta iluminación se hace particularmente conveniente para el sector de sacerdotes y el sector juvenil.

a) En la actualidad muchos presbíteros, personalmente o en grupos, están fundamentando acciones socio-políticas muy discutibles en una no menos discutible teología de la

liberación. No ha penetrado suficientemente la enseñanza de Medellín (documento 11, n. 19) y el Sínodo del 71, según la cual cuando hay diversas opciones concretas en el orden económico y social, y sobre todo en el político, el sacerdote como tal (o sea en su acción como pastor, ya que como ciudadano e individuo puede tenerlas, con tal que no vayan contra la fe) no le incumbe directamente la decisión, ni el liderazgo, ni tampoco la estructuración de soluciones.

Muchos, en efecto, piensan que al ser la liberación y la teología de la liberación uno de los “signos de los tiempos” en América Latina, y que al ser propio del pastor (presbítero u obispo) la interpretación de dichos signos, aquel debe proponer soluciones concretas de tipo económico, social o político para alcanzar esa liberación. Es esta fuente de equívocos la que hay que superar mediante la reflexión que llegue a los pastores, muchas veces angustiados y que no pueden por sí solos salir de la angustia.

b) La **juventud** de América Latina también espera una palabra sobre “liberación”, que les ofrezca caminos de solución a su problemática actual. Si no les ofrecemos algo válido se alejarán cada vez más de la Iglesia.

Es particularmente notorio en la juventud —sobre todo de los grandes centros urbanos— una doble tendencia: una **pragmatista** (estudios técnicos que permitan buena remuneración, vida cómoda), en oposición a la violencia que los seducía hace unos 5 años; y otra **idealista**, mediante la búsqueda de filosofías orientales que los apartan de la realidad concreta del continente que necesita de sus energías creadoras y transformadoras.

¿Qué visión cristiana del mundo y del hombre podemos ofrecerles para comprometerlos dinámicamente en favor del hombre latinoamericano? Hay ahí un reto a nuestra condición de pastores que esperamos no eludir y para responder al cual esperamos el aporte de todos al interior del CELAM.

IV

INTERVENCIONES DE OBISPOS LATINOAMERICANOS

ACCION DEL ESPIRITU SANTO EN LA EVANGELIZACION

Monseñor Eduardo Pironio,
Obispo de Mar del Plata (Argentina)
Presidente del CELAM

La salvación, en la Biblia, coincide con la alegría. María Santísima es saludada por el Angel de la Anunciación con una invitación a la alegría: "Alégrate, la llena de gracia". El Angel del Nacimiento les comunica a los pastores: "Os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor". El apóstol San Juan, testigo de la resurrección y del amor de Cristo, anuncia "la vida eterna que estaba en el Padre" y que se ha manifestado para que tengamos comunión entre nosotros y nuestra comunión sea con el Padre y con el Hijo, y nuestra alegría sea plena. El mundo de hoy, sobre todo entre los jóvenes, padece angustia y tristeza. Es preciso anunciarles, con la palabra y con el testimonio de una vida verdaderamente pascual, "la alegría y la esperanza" de la resurrección; anunciarles la salvación, la presencia de Cristo el Salvador, la llegada de su reino de justicia, amor y paz. No se trata de una alegría superficial y pasajera, propia de la insensibilidad o de la inconciencia. Se sufre mucho. Hay muchas injusticias, dolores y opresiones. Pero se trata de comunicar "la alegría de la salvación", la cual nace fundamentalmente de la cruz ("vuestra tristeza se convertirá en alegría... y vuestra alegría nadie la podrá quitar") y compromete en la construcción activa de la historia. La "alegría de la salvación" supone esencialmente la actividad recreadora del Espíritu Santo que nos libera "de la ley del pecado y de la muerte" y nos instala "en una vida nueva". Es la alegría de la conversión y de la reconciliación, de la permanente presencia de Cristo en la historia y de la comunión fraterna. Lo cual está íntimamente conectado con el Espíritu Santo: "los frutos del Espíritu son: la caridad, la alegría, la paz". La alegría y la paz son signos evidentes del reino de la justicia y del amor.

Desde la perspectiva de "la alegría de la salvación" el Espíritu Santo obra de tres maneras en la tarea de la evangelización.

El Espíritu Santo obra ante todo en la creación del hombre nuevo. La evangelización —anuncio explícito del misterio pascual de Cristo— tiende a la formación del "hombre nuevo", por la conversión y la fe, mediante la palabra y el sacramento. El "hombre nuevo", es Cristo, que borró en su carne la enemistad y división de los pueblos, hizo la paz y con la cruz reconcilió a los hombres con el Padre y entre sí. Por su resurrección Cristo fue hecho "el novísimo Adán mediante el Espíritu vivificador", "el primogénito de los muertos". Por el bautismo en su muerte y resurrección también nosotros participamos de la "novedad" de Cristo. "Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús". Hemos recibido el Espíritu de adopción filial en el cual clamamos: "Abba, Padre". Somos el "hombre nuevo", "la nueva creatura", "la creación nueva", puesto que "hemos renacido por el agua y el Espíritu Santo". Pero esta "novedad" afecta la totalidad de la historia y penetra toda la vida del hombre: personal y comunitaria, interior y social, temporal y eterna. Es la "novedad radical" que procede del Espíritu Santo que se convierte para nosotros en "una fuente de agua que salta hasta la vida eterna". El "hombre nuevo" es el hombre libre: "para ser libres nos libertó Cristo". El "hombre nuevo" es el hombre fraterno donde no existe el judío, ni el gentil, sino que Cristo es todo y en todos. El "hombre nuevo" es el hombre "justo": "creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad". El "hombre nuevo", liberado de toda servidumbre y hecho "en Cristo una nueva creatura", dice relaciones nuevas: con Dios como hijo, con los hombres como hermano, con las cosas como señor, con la historia como el artífice de su propia vocación humano-divina. El Espíritu Santo obra también en la función profética. "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos".

Todos nosotros, por la participación en Cristo Profeta, hemos recibido su misión profética. Hoy es urgentísimo ejercitarla. Los jóvenes, sobre todo, buscan y siguen a los verdaderos profetas. Pero, ¿qué es la profecía? ¿Quién es un profeta? Profeta es aquel que, lleno del Espíritu Santo proclama en el lenguaje diverso de los hombres las maravillas de Dios. Por consiguiente el verdadero profeta exige una triple fidelidad: a la palabra inmutable de Dios, el profeta auténtico anuncia la totalidad del Evangelio, no

proclama sus palabras, sino las de Dios; al hombre y su historia, un profeta responde a las legítimas aspiraciones del hombre y asume su lenguaje y su cultura; a la "pasión" del Espíritu Santo, el profeta, más que un maestro es un testigo, alguien que ha "experimentado" y gustado lo divino. Una auténtica profecía es: una proclamación, en virtud del Espíritu Santo, de las maravillas de Dios, de la presencia de Cristo, de la llegada del Reino; una interpretación salvífica de la historia, lectura de los signos de los tiempos hecha desde la fe; una invitación evangélica a la conversión. De aquí nace la denuncia de la injusticia y de todo pecado, pero hecha siempre desde las exigencias del Reino y la pasión del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo obra, finalmente, en la formación de la comunidad. Por la comunicación de las experiencias hemos visto que los jóvenes frecuentemente adhieren a Cristo y a su Evangelio, buscan la interioridad y la contemplación, pero rechazan a los sacerdotes y a la Iglesia como institución. Porque no descubren suficiente y claramente en nosotros la presencia de Cristo. "Queremos ver a Jesús". Esto exige en la Iglesia una constante conversión y renovación. "La Iglesia es a un mismo tiempo santa y necesitada de purificación". Para que la evangelización sea verdaderamente eficaz se requiere una auténtica comunidad en el Espíritu: de oración, de fraternidad, de misión. En Pentecostés el Espíritu Santo forma esta comunidad: unida en la enseñanza de los apóstoles, en la fracción del pan y las oraciones, en el servicio a los hermanos. Tal comunidad —en la palabra, el sacramento y la caridad— es animada por el Espíritu. Es una comunidad que vive en la "alegría de la salvación": "Acudían al templo todos con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón". Una comunidad así debiera ser: profunda en la oración. Verdaderamente contemplativa. Sólo desde la contemplación es posible una penetración en la Palabra de Dios, una lectura salvífica del hombre y de la historia, una capacidad inagotable del verdadero servicio. Esta contemplación no es, sin embargo, una abstracción, sino una profunda inserción desde Dios en la realidad total. Debiera ser también fraterna en la caridad. Para que sea verdaderamente "el signo de la presencia de Dios en el mundo". Caridad que sea, a un mismo tiempo e inseparablemente, comunión con Dios y con los hermanos. Y debiera ser igualmente generosa en la misión; es decir, una comunidad enviada por Cristo al mundo como "sa-

cramento universal de salvación". La comunidad cristiana debe experimentar el dinamismo del Espíritu que la impele a salir, a encarnarse y a comunicar a todos los hombres la salvación integral.

La evangelización, Buena Nueva de la salvación, se hace en un contexto histórico concreto. En la comunicación de experiencias han aparecido constantemente tres temas: la contemplación, la juventud, la liberación. Por una parte, los jóvenes desean y buscan la interioridad y la contemplación. Por otra, quieren tener una participación activa en la construcción de la historia comprometiéndose en el proceso de la liberación. Responderemos a estas aspiraciones sí, reconociendo el dinamismo del Espíritu Santo, anunciamos la proximidad del "hombre nuevo" como fruto de la evangelización y proclamamos las exigencias de una comunidad contemplativa, fraterna y misionera. Así nuestro Evangelio no será sólo con palabras, sino también con poder y con el Espíritu Santo, y el mundo de hoy lo recibirá, aún en medio de muchas tribulaciones, "con la alegría del Espíritu Santo".

ESPIRITU SANTO, IGLESIA PARTICULAR, LIBERACIÓN CRISTIANA

Me alegra que en este Sínodo de la evangelización se haya hablado tanto y tan bien de la acción del Espíritu Santo, tanto en la vida y misterio de los que evangelizan, como en el misterio de la misma Iglesia y en la transformación del mundo. No hay que asustarse si nos encontramos en la edad del Espíritu Santo, ya que es la consumación de la edad de Cristo. Sino que debemos considerar la dinámica del Espíritu Santo en toda la historia de salvación. Toda la creación, liberada en esperanza por el Espíritu Santo, se halla bajo el impulso del mismo Espíritu que la empuja hacia la salvación escatológica. Debemos, pues, considerar a la luz del Espíritu Santo la vida y la muerte, el tiempo y la eternidad, la acción y la contemplación, la salvación y la liberación humanas. Se trata del Espíritu de interioridad y contemplación, de unidad y comunión, de presencia y de servicio. "El Pentecostés de la gracia —ha dicho Pablo VI— se hace Pentecostés de la fraternidad".

No podemos hablar indistintamente de Iglesia "local" y de Iglesia "particular". El término "Iglesia particular" denota la diócesis encomendada al obispo y a su presbiterio. El Sumo Pontífice ha valorizado justamente esta

Iglesia particular al hacer comenzar el Año Santo en cada una de ellas. La Iglesia "particular" no es simplemente una parte de la Iglesia universal, sino que es como la síntesis en que se realiza en cierto modo la Iglesia universal. La Iglesia particular presupone esencialmente dos cosas: su propia identidad específica de donde nace la necesidad de adaptación a las diversas culturas, una íntima comunión con la Iglesia universal y, por tanto, una auténtica comunión.

La liberación cristiana está unida a la salvación cristiana, es decir, a la salvación integral que abraza a todo el hombre y toda la historia. Esta liberación, entendida a la luz del misterio pascual de Cristo, comprende dos cosas: la liberación de todo tipo de esclavitud proveniente del pecado, y la creación del "hombre nuevo" en Cristo. Cuando los padres de Latinoamérica hablamos de liberación, no es nuestra intención hablar exclusiva ni principalmente de liberación material. Hablamos de liberación plena y total, que tiende principalmente a que el hombre, liberado de todo tipo de esclavitud proveniente del pecado, se haga capaz de realizar su vocación específica humano-divina. Se trata, pues, de una liberación que hace al hombre hijo de Dios, hermano de los hombres, Señor del mundo, capaz de la visión beatífica y de la perfecta felicidad que Cristo ha prometido a los que creen.

SALVACION Y LIBERACION INTEGRAL

Monseñor Alfonso López Trujillo,
Obispo titular de Boseta
Secretario General del CELAM

La evangelización es para la Iglesia como su respiración: por ella la Iglesia existe y crece. Debe por tanto anunciar explícitamente el Reino de Dios de cuya vida participa.

Respecto a la estrecha relación que existe entre el progreso humano y el crecimiento del Reino es necesario tener presente algunos elementos:

1. En el servicio de la Iglesia, en orden a la promoción integral (que sea auténticamente humana) dada la naturaleza sacramental de la Iglesia, debe existir una **intención apostólica**, clara y precisa para el anuncio del Reino.
2. Todo genuino incremento y progreso en humanidad se hace en virtud de la gracia del Señor resucitado, presente en la historia, y principalmente en la comunidad de la Palabra y de la Eucaristía, presencia que la Iglesia debe descubrir, interiorizar y revelar con alegría y voluntad decidida.
3. La salvación comienza en la historia y continúa y avanza en el proceso progresivo de genuina personalización, hasta la plenitud, es decir, en el encuentro definitivo de la comunidad con el Señor, cuando El entregará el Reino al Padre.
4. El hombre fundamentalmente se personaliza por el encuentro de amor con sus hermanos en la comunidad humana.
5. La liberación integral mira la salvación, tanto como **término a quo**: es decir, como superación de la múltiple servidumbre. Que tiene su raíz en el misterio del mal, como también, en cuanto **término ad quem**: es decir, la plena asimilación a Cristo, imagen perfecta del Padre.

6. La liberación cristiana abarca las diversas dimensiones de la existencia. Su ámbito personal, familiar, social, como también los aspectos político, económico, cultural, etc.

7. En estos ámbitos, la liberación se manifiesta como la aplicación coherente y consecuente del Misterio de la Redención, tanto respecto del pecado como de sus consecuencias sociales.

8. Responde la liberación a las legítimas aspiraciones y anhelos de los pueblos, especialmente de aquellos que padecen el flagelo del subdesarrollo y formas de inveterada injusticia. Los obispos de América Latina oyeron el "sordo clamor de millones de hombres que pedían a sus pastores la liberación" y buscaron responder con una opción pastoral, "por la liberación integral y por el servicio de predilección hacia los pobres, los hermanos más pequeños". Los puntos centrales de esta opción de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano son, entre otros:

—La situación de injusticia se interpreta no como una concatenación determinista, sino como pecado: rechazo del don de Dios y ruptura de la fraternidad.

—El anuncio profético interpela las conciencias y los invita a la conversión y a la reconciliación. Difícil y exigente invitación, cuando están en juego muchos privilegios y humanos intereses, y conflictos en la sociedad.

—La acción principal, en este campo, es la formación de la conciencia de aquellos que deben ser los protagonistas del nuevo orden y de la nueva sociedad.

—Quienes ejercen el servicio de capitalidad, despojados de poder y en actitud y situación de pobreza, no permiten que la Palabra sea amordazada por sistemas o ideologías.

La acción liberadora no oculta los conflictos y tensiones, pero tampoco es estímulo para ellas o fomento de las mismas. La liberación integral rechaza expresamente la tentación de la violencia, venga de donde viniere: ¿no es acaso la violencia una forma de desesperación, ya porque no se espera en la posibilidad del nacimiento de hombres nuevos, ya porque se desconfía de la fuerza transformadora de la Palabra?

No algunos sino muchísimos obispos, no algunos sino muchísimos sacerdotes, religiosos y laicos se empeñan en el combate de Cristo, allí donde es más vehemente y sacrificado el testimonio, sin que agiten banderas, o públicamente lo divulguen, sino sembrando la verdadera semilla con espíritu alegre y silencioso.

Sin la cruz no hay verdadero profetismo. La Iglesia padece la crucifixión, las tensiones, los desgarramientos, provocados por aquellos que la quisieran tan "espiritualista", que la conciben realmente distante e indolente; o, tan "encarnada" como si ella fuera eje e instrumento de movimientos que convergen en la revolución.

Junto a formas auténticas de teología de la liberación han aparecido otras tendencias, como una mezcla de aspectos válidos y de elementos espúreos importados. Son tantas las tendencias como los autores. Estas suscitan interrogantes serios tanto al teólogo como al pastor. He aquí algunos aspectos de estas tendencias, que son hoy más conocidos:

1. La así llamada praxis de la Iglesia parece reducirse a la praxis política, convertida en un nuevo transcendental, que por la acción fundamental de grupos de sacerdotes, debe transformar la institución alienante —según ellos, es la Iglesia— de tal forma que se convierte en señal del compromiso revolucionario que es criterio de la autenticidad cristiana.
2. El análisis marxista es asumido globalmente. El hombre cristiano —dicen algunos autores— es libre de usar el nivel y estrato científico de la metodología marxista, sin que asienta por ello al contenido ideológico de la misma. Este punto causa admiración, con sobrada razón, en los marxistas y en los marxólogos.
3. La sociedad es concebida como radicalmente dividida en dos clases antagónicas opuestas entre sí, sin posibilidad alguna de reconciliación, que necesariamente llevan al conflicto de clases. La Iglesia debe —según varios autores "liberacionistas"— tomar la parte del proletariado para que sea verdadero su compromiso con los pobres.
4. Los movimientos revolucionarios son protagonistas de la historia de la salvación y preparan el advenimiento del reino. La revelación es sometida a una relectura política y la unidad y universalidad de la Iglesia sólo se encuentran y se afirman cuando se da la adhesión al proletariado, en el cual está el sentido de la historia.
5. La teología es y debe ser clasista, y como tal instrumento estratégico-táctico de la revolución. La Eucaristía —entre los opresores y los oprimidos— carece de sentido.

Estas son posiciones que encuentran especial simpatía en los ámbitos en donde existe una imagen distorsionada de América Latina y generan y fomentan reacciones carentes de equilibrio y sentido pastoral.

Felizmente algunas de estas afirmaciones están siendo atenuadas y clarificadas por la reflexión interdisciplinar y también por la doctrina que procede de diversos encuentros. Pero, si el fenómeno persistiera, ¿no nos encontraríamos ante una peligrosa evacuación del contenido del Evangelio? En este caso, la teología de la liberación debería ser precedida de la liberación de la teología, es decir, habría que hacer el esfuerzo por despojar la teología de estos ingredientes espúreos.

La superación de estas ambigüedades ayudará para que sea más coherente y eficaz la acción y la lucha por la justicia y más auténtica la fidelidad a la Palabra que nos es dada en la Iglesia.

Hay que trabajar por el incremento en la conciencia de la obligación que compete a las naciones económicamente desarrolladas en relación con las naciones pobres, sedientas de justicia y de dignidad. Así se acepta y realiza el mandato de evangelizar a los pobres, quienes a su turno pueden evangelizar a aquellos que, por las riquezas, tienen herido el corazón.

EVANGELIZACION Y SECULARIZACION

En el "instrumento de trabajo" aparecen algunas cuestiones que miran a la secularización y a sus consecuencias. Y esto, con razón, ya que la secularización es, de alguna manera, como un sello de nuestro mundo actual.

Hemos escuchado algunas intervenciones en esta Aula sobre la secularización que posteriormente en la relación del cardenal Wojtyla, han sido sintetizadas. Posteriormente en los Círculos Menores, este tema que es ciertamente de gran peso, no apareció, quizás por la estrechez y la penuria del tiempo.

El silencio sobre esta materia sería un gran vacío y una gran laguna en orden a la búsqueda de respuestas genuinas para el mundo de hoy, que no se mueve solamente atormentado por las injusticias sino que padece una pobreza fundamental en cuanto camina como en las sombras respecto del sentido de la vida.

Algunos puntos que se vinculan íntimamente con la evangelización deberían ser quizás considerados:

1. El mundo secularizado, imbuído de una mentalidad técnica, cree poder dar respuesta y solución a varias

cuestiones. Muchos estiman que es posible superar las guerras, las estructuras injustas, las desigualdades entre los hombres y en las sociedades sin tener que recurrir a la virtud del Evangelio. Esto lo consideramos nosotros muy difícil, ya que sanar el egoísmo no es posible sino por la caridad y la auténtica fraternidad en Cristo, si se trata de algo integral.

Pero el mundo técnico ciertamente es incapaz de responder a cuestiones fundamentales como son el misterio de la muerte y el sentido de la vida. ¿No es verdad que las así llamadas "situaciones límites", principalmente la muerte, son puertas que la Iglesia debe golpear y abrir para que se vea la necesidad del misterio del Cristo Pascual?

La Iglesia sirve a la humanidad como su conciencia anunciando esta incómoda realidad de la muerte. Las sociedades secularizadas encuentran estrategias para ocultar a la conciencia el misterio de la muerte. Los ricos no quieren pensar en ella. Es propio de las ideologías tapan el problema de la muerte y decir que esto pertenece al mundo de lo "metafísico" y que no debe ser algo colocado entre los interrogantes actuales de la fase histórica. El sueño y el sopor son provocados a quienes se encuentran en la enfermedad y en la agonía (lo cual de suyo está bien para superar el dolor), y las sociedades, sobre todo las económicamente desarrolladas callan siempre estas cuestiones. El culto de esta clase de silencio, en veces, también a nosotros nos toca y nos afecta.

Parte integral de la evangelización es iluminar y vencer con el resplandor de la Pascua el temor y la angustia de la muerte. ¿No es esto algo específico de nuestra fe, que indudablemente difiere mucho de la concepción del "opio"? ¿No es más bien una nueva forma de opio no hablar de estas cosas? ¿No es también una vía muy importante para el diálogo con los no creyentes, y sobre todo con los ateos, retomar a estas cuestiones fundamentales?, y ciertamente no para provocar temblor o tristeza sino para evitar el absurdo y para que el hombre busque y encuentre la plenitud de la vida y el auténtico sentido.

2. El fenómeno de la secularización acarrea y genera dudas respecto de los signos, de los símbolos, y particularmente de las realidades sacramentales. Es posible que no pocos aspectos que se atribuyen hoy a la fragilidad y debilidad del testimonio de la Iglesia más bien procedan de las dificultades que entraña una mentalidad seculari-

zada. Verdad es que la Iglesia siempre está llamada a la conversión pero nosotros debemos descubrir y captar aquello que procede de nuevas situaciones, para no perder la real perspectiva.

En el fenómeno de la secularización aparece, por contraste, más claramente cómo la fe y la gracia no son propiamente frutos espontáneos del ambiente sino **don gratuito de Dios**, fruto de su amor libérrimo. Y también son nueva luz la fuerza, la audacia; la decisión de la evangelización es vista y requerida. La Palabra de Dios se predica en el trabajo, con cruz y alegría, cumpliendo nuestra tarea de sembradores. Nuestra oración debe ser la de los apóstoles: Señor aumenta nuestra fe.

LA SECULARIZACION, RETO A LA EVANGELIZACION

Como bien lo expresa la relación del Círculo Menor (de lengua francesa), refiriéndose al segundo tema, número quinto, es difícil el necesario diálogo con los marxistas, ya que estiman que la religión es causa de alienación, lo cual se funda en el inmanentismo integral en que los marxistas se basan.

Se enumeran en el texto, como elementos comunes entre el marxismo y el cristianismo, el amor a la justicia y el deseo de liberar a los pobres.

Es quizás útil recordar que, aunque sea verdad que en el marxismo hay alguna intención humanista, hay varios autores que militan en esta doctrina, llamados de "estricta observancia", que rechazan esta manera de hablar. Para el mismo Marx, como se ha expresado, fundar la lucha de clases sobre el amor y la justicia —como consta en su correspondencia— sería como hacer levantar a un hombre, apoyado en su misma sombra.

El concepto de "justicia", "amor" y "liberación de los pobres" es, en el marxismo, muy diferente, como es evidente, a lo que entraña la concepción de fe nuestra, y precisamente en relación con el concepto de "proletariado". Mientras el marxismo identifica a los pobres con el "proletariado", para nosotros, en cambio, los pobres no se reducen a los indigentes, a quienes padecen necesidad, a los que carecen de bienes, sino que es un concepto denso, bíblico, que abarca a éstos, en cuanto tienen el corazón abierto a Dios, y como "mendigos ante Dios", saben que

dependen totalmente de El. Los marxistas reducen los pobres a una clase, en lucha antagónica, constituida por los obreros de las fábricas, clase que, en realidad nace cuando se aunan políticamente y actúan en el proceso conflictual.

Se dice en el texto que, quienes se dedican sinceramente al trabajo por la justicia, en cierto modo, aunque en forma oscura, responden al Señor. Y esto es aceptable, en cuanto objetivamente toda acción buena en Dios tiene su fundamento y su causa. Sin embargo, el texto que se aduce, tomado del Evangelio de San Mateo: "Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí lo hicisteis", ofrece en su interpretación algunas dificultades, al menos en la forma, cada vez más frecuente en que algunos hoy lo entienden.

He aquí algunos puntos:

1. Esta parábola escatológica, o mejor, esta descripción profética, no debe aducirse como argumento en favor del "teísmo implícito" (el cual puede ser quizás probado por otros caminos), sino que busca precisamente hacer explícita la realidad del hombre, sobre todo del que sufre, en su relación con Cristo, Siervo de Yahvé. Este hombre es así sacramento de Cristo sufriente y debe ser como tal amado.

2. Invita a que, aquí y ahora, los fieles actúen reconociendo explícitamente esta estrecha relación como corresponde a quienes aceptan el Reino de Dios (Basilea de Dios).

3. Con la expresión "los más pequeños" (en griego *mikroi*), son designados, ante todo, los discípulos de Cristo, quienes deben soportar males, persecuciones, incomprendimientos, por la causa de Cristo, por el Reino. Es el caso, también, a que se refiere el Señor fundamentalmente cuando en el Sermón de la Montaña anuncia que a los pobres, a los que lloran pertenece el Reino. Las bienaventuranzas han de ser entendidas en esta perspectiva, como Carta Magna, de los que viven la nueva realidad del Reino de Dios.

4. En el "Logion" de San Mateo, no se debe hacer una interpretación tal, como si se tratara de una "parábola de la secularización", como hoy suele suceder.

Y, hablando de la secularización, séame permitido, manifestar esta preocupación:

1. Unida a las virtudes y valores de la juventud que aquí hemos reconocido con alegría, como son, su auten-

ticidad, su deseo de justicia y solidaridad, hemos de reconocer la realidad del fenómeno de la secularización que en ellos tiene también su impacto, y frecuentemente muy fuerte.

2. ¿La atmósfera de la sociedad técnica no ha inficionado una parte de la juventud? El hombre actual experimenta una profunda mutación en su mentalidad: duda de lo que se sitúa en el pretérito; buscan una especial forma de eficacia, en el presente, que se asimila bastante a la eficacia propia de la sociedad de producción. Las ciencias: física, química, sicología, antropología, etc., no están grabadas —en muchos casos— con un cierto positivismo, el cual se ha difundido profusamente en el ambiente. Todo esto toca también la mente de los jóvenes y los afecta. Habría muchos ejemplos.

3. Por tanto, a muchos la respuesta de la fe, les aparece como muy difícil. Junto a los que aceptan a Cristo, ¿no aumenta quizás el número de quienes lo rechazan, o lo aceptan de modo parcial, v. g. dejando de lado u olvidando su divinidad, y lo conciben sólo como el "ser para los demás", sin que se reconozca su esencial relación con el Padre? ¿Son raros los casos en que siguen más bien una idea abstracta, y no la Persona de Cristo? ¿No hay quienes consideran al Señor interesante más en la dimensión (muy discutible) de un agitador social?

4. Deriva del hecho de la secularización también, y es útil una cierta liberación de los mitos, del mundo "encantado" y de las fuerzas de la naturaleza, de tal manera que el mundo se descubre más en lo que es, en su realidad, y el hombre adquiere un conocimiento de su vocación de ser dueño de la creación. Pero, unido a esto, ocurre también que se corre el riesgo de que la mente se cierre a muchos signos y mediaciones, y se torne más difícil la aceptación de los sacramentos y mediaciones centrales, como la de la misma Iglesia.

5. No hay, en tales casos, que atribuir a la fragilidad de los miembros de la Iglesia, a la flaqueza del testimonio de la comunidad cristiana, todo lo que bien podría explicarse —de otra manera— como provocado por el fenómeno de la secularización. No tener esto en cuenta es fomentar un "complejo de inferioridad" y de culpa, en la Iglesia, que a nada lleva.

6. El proceso de secularización no debe conducirnos al pesimismo. Es ocasión de un mayor esfuerzo de evangelización y de más decidida proclamación del Evangelio. Hay que robustecer la fe.

7. La secularización abre o invita a abrir caminos nuevos, y, en sus dificultades, se nos presenta como un desafío tonificante. Nos muestra algo esencial, esta situación: la gratuidad de la gracia y la libérrima convocación del Señor. En nuestra sociedad, especialmente urbana, que se ve condicionada por alguna incredulidad, la oración de los discípulos, debe ser también la nuestra: "Señor, aumenta nuestra fe". Y hemos de decir con San Pablo: "Sé en quién he puesto mi confianza".

ACCION DE LA IGLESIA ENTRE LOS NO CREYENTES

Monseñor Samuel E. Carter,
Arzobispo de Kingston (Jamaica)

Hay que congratularse con los obispos, especialmente con los de Asia y Africa, por el hecho de que se ha hablado mucho de la pre-evangelización. En la práctica, la comunión de la Iglesia debe llegar hasta los aspectos de ayuda material. Las Iglesias particulares de las partes más ricas del mundo deben prestar ayuda a las Iglesias particulares de las regiones pobres. Será una aplicación válida de "Ad gentes", 38 y de "Christus Dominus", 6.

En lo referente al aspecto ecuménico, lo que une a las Iglesias es más importante que lo que las separa. El trabajo común no consiste tanto en la cooperación en las obras sociales cuanto en predicar juntos el Evangelio de Cristo. La Conferencia de las Iglesias del Caribe, que tiene por finalidad edificar en común la vida en Cristo y consolidar el Reino de Dios en el mundo con el intercambio de experiencias, ha contado desde el comienzo a la Iglesia católica entre sus miembros. En mi arquidiócesis existe la colaboración entre la Iglesia católica y la Iglesia anglicana en orden a la edificación de iglesias en las ciudades de nueva construcción. Existe también una comunicación en las funciones sagradas, incluida la Eucaristía; se augura la ampliación de esta comunicación, por ejemplo, con la abolición de la prohibición impuesta a los no católicos de hacer las lecturas durante la misa.

Se hace notar que la unión de las iglesias es más fácil en algunas partes del mundo que a nivel mundial. Se ve el aspecto ecuménico en estrecha relación con la necesidad de una indigenización ulterior y de una descentralización y simplificación mayor de cuanto se ha hecho hasta ahora, especialmente en lo referente al derecho canónico, de manera que el Cristo que se predica en todo el mundo pueda encarnarse en cada cultura local. La Iglesia no debería mostrarse estática en la codificación, sino dinámica, ya que la disciplina eclesiástica debería ser un

medio para la evangelización. Dicha disciplina será un obstáculo, si se la considera como algo completo, cerrado a ulteriores adaptaciones, tan necesarias en estos tiempos de cambios continuos. La revisión de la legislación de la Iglesia, como su codificación, son de gran importancia para la evangelización.

La Iglesia es el instrumento que promueve el Reino de Dios no sólo entre los que se hacen cristianos, sino también entre los que no se convierten, como afirma la Constitución "Lumen gentium". Es necesario promover el Reino de Dios entre todos los que, sin culpa suya, ignoran el Evangelio y la Iglesia de Cristo, ayudándoles a responder fielmente a la vocación con que Dios les llama a vivir una vida auténticamente humana. Mediante una oportuna proclamación de las verdades enunciadas por Cristo, mediante un testimonio de vida conforme a la caridad y, sobre todo, el mandamiento del amor, la Iglesia podría ejercer un gran influjo en el mundo contemporáneo extendiendo el Reino de Dios a las inmensas masas que no pueden ser alcanzadas hoy por una evangelización directa.

OBJETO Y SUJETO DE LA EVANGELIZACION

Cardenal Raúl Francisco Primatesta,
Arzobispo de Córdoba (Argentina)

Es necesario definir con precisión el concepto de evangelización, teniendo en cuenta las condiciones de los tiempos actuales y sin omitir la doctrina de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y del Magisterio de la Iglesia, para evitar de este modo cualquier tipo de confusión.

El objeto de la evangelización es todo hombre y todos los hombres. El Concilio Vaticano II, en la Constitución "Gaudium et Spes" (como también en la Carta Apostólica "Octogesima Adveniens"), presenta esta doctrina partiendo de principios metafísicos que, aunque en teoría son de todos conocidos, sin embargo, en la práctica no se tienen en cuenta ni respecto al hombre individual ni respecto a la sociedad. El Sínodo no debe pasar por alto este problema; es decir, el Sínodo debe considerar al hombre individualmente, como persona, sobre todo en la situación actual en la que con razón se ha dicho que "el hombre ha muerto", pues se le ha reducido a un simple instrumento del progreso; debe tener en cuenta su naturaleza social, hoy que tanto se habla del carácter comunitario de la sociedad y se viene a caer o en el liberalismo individualista o en el colectivismo marxista; el Sínodo debe recordar la trascendencia de la persona humana, el aspecto religioso de su vocación a vivir en comunión con la vida trinitaria de Dios; finalmente, debe tener en cuenta su tensión dinámica: el hombre no puede encerrarse en su individualismo, sino que debe realizarse comunicando la bondad divina a las realidades humanas. En este sentido merecen particular atención en la obra de evangelización: los no practicantes; los que, católicos o no, se abandonan a manifestaciones religiosas con frecuencia aberrantes, pero que expresan la inquietud del hombre moderno frente al misterio de la vida y de su trascendencia (pentecostalismo, parasicología, etc.); la evangelización en las manifestaciones de masa; el problema del

progreso y la consecuente crisis del humanismo y de los valores espirituales.

El sujeto de la evangelización es toda la Iglesia, en su dimensión jerárquica y laical, y en su aspecto escatológico o de vida religiosa. Hay que tener presentes dos cosas: en primer lugar, que la mejor y más eficaz evangelizadora es la comunidad en cuanto tal, unida en la misma fe, porque cuanto más intensa es la vida de la Iglesia, tanto mayor es la asistencia del Espíritu Santo; de aquí el doble movimiento de la evangelización: *ad extra*, por medio del testimonio público de fe; *ad intra*, por medio de la edificación fraterna; y, en segundo lugar, hay que distinguir con claridad la misión de la jerarquía y de los demás en el campo de la evangelización, pues la confusión en este terreno hace inútil la evangelización. Hay que evitar la clericalización de los laicos y la laicización del clero. En este terreno hemos de tener en cuenta los temas siguientes: la acusación hecha a la jerarquía de la Iglesia de que no "se compromete" con el mundo; los defectos de algunos miembros del clero que se sirven de la Palabra de Dios para sus opciones políticas; la presencia de las mujeres en la evangelización; el gran valor que constituyen los religiosos y religiosas, como trabajo y como testimonio. En este momento en que tanto se exaltan los valores humanos y materiales, la labor de los religiosos es de gran importancia, pues da testimonio de la vida futura en la que, al fin, reinarán la justicia, la paz y el amor. Pero hay que estar atentos para no admitir ciertas situaciones que, quebrantando la pobreza, castidad y obediencia, oscurecen dicho testimonio.

El contenido de la evangelización es toda la revelación, comunicada bajo la guía del Magisterio eclesiástico. Hay que tratar los siguientes temas: exponer íntegramente el contenido de la Revelación; la trascendencia de la evangelización, la dimensión horizontal y su relación con el culto; el problema de la fe, de la cultura y de la religiosidad popular, de la evangelización explícita e implícita; la relación entre evangelización y liberación, punto éste muy importante para América Latina, y en el que no todos proceden siempre con prudencia y equilibrio. Hay que hacer ver que la liberación y el desarrollo disponen para la gracia sólo si proceden de la gracia y de la acción del Espíritu Santo. Cuanto más se acerca el hombre a Dios siguiendo el mensaje evangélico, tanto más descubre a Dios en la creación, tanto más le sirve y se une a El; en esto consiste la absoluta y auténtica liberación.

LO QUE DEBE SEGUIR AL SINODO

Monseñor Vicente F. Zazpe,
Arzobispo de Santa Fe (Argentina)

Después de las intervenciones orales y escritas, conviene prever el futuro: ¿qué ocurrirá después del Sínodo? ¿Qué hacer para asegurar los objetivos del Sínodo, es decir, para lograr que toda la Iglesia universal se lance a la evangelización con entusiasmo, constancia, audacia y profundidad? La experiencia nos enseña que muchas iniciativas se han frustrado o al menos no han logrado interesar debidamente a la Iglesia. Recordamos el Año de la Fe y de alguna manera el mismo Concilio Vaticano II en alguna de sus orientaciones. El mismo Sumo Pontífice se ha lamentado frecuentemente de este último. ¿Qué sucederá con el Año Santo, si no continúa una acción que lo afirme y prolongue? La misma amenaza puede preverse sobre este Sínodo si no se toman medidas concretas sobre sus orientaciones.

Propongo cuidar de que se entusiasme a la Iglesia; se despierte sus energías; se ayude a superar las actuales divisiones internas y se abran horizontes frente al futuro, sin sombras de temor o exageradas cautelas. Cada Conferencia Episcopal debe comprometerse a estudiar los frutos del Sínodo con orientaciones que respondan a la situación de cada país. Cada obispo hará lo mismo con los presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y laicos y con el consejo pastoral diocesano, procurando adaptar las líneas del Sínodo a la diócesis. Que para el próximo Sínodo no se elija un tema muy diverso o ajeno al actual, sino que sea más bien una proyección, profundización o aplicación de la evangelización a un sector especial del mundo. Que la Secretaría del Sínodo solicite una información periódica a las conferencias episcopales sobre el cumplimiento de las directivas sinodales. Que en el próximo Sínodo se informe sobre la evangelización del mundo moderno, después del Sínodo Episcopal de 1974, con el fin de comprobar que se han logrado los objetivos o, por el contrario, se han frustrado.

CARACTERISTICAS DE LA EVANGELIZACION

La evangelización es una actividad religiosa; pero no es mera actividad; requiere una planificación, pero no basta estructurar un plan; exige una revisión de ministerios, agentes y estructuras, pero las exigencias son más profundas; pide una atención a la historia y a los signos de los tiempos; se parece a una empresa eclesial, pero es más que una empresa: **es un misterio.**

El Espíritu Santo es quien da y conserva la identidad de la misma Iglesia, de su misión y dentro de ésta, de la evangelización. El prepara y asegura la universalidad de la misión, ya que actúa desde la Iglesia y por la Iglesia, en orden al mundo y desde el mundo en orden a la Iglesia. El Espíritu Santo actúa sobre el Cuerpo Apostólico en su función específica y evangelizadora y, además, sobre todo el pueblo de Dios, de manera constante y vital confiriendo los carismas evangelizadores. La misma comunicación del Espíritu Santo es el objeto de la evangelización y la **koinonía —fin de la evangelización—** es el don del Padre, mediante la acción de Cristo muerto y resucitado, por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo, en este tiempo de la Iglesia, la conserva en la fidelidad a Cristo resucitado y la prepara para su venida definitiva. Por eso, la tensiona en orden a la escatología, asegurando la trascendencia de su misión, su carácter peregrinante y la plenitud final a la cual tiende a pesar de sus pecados.

Con respecto a la relación de la evangelización y la contemplación, el documento final no sólo señalará la importancia de las Ordenes contemplativas para la evangelización, sino la misma contemplación como raíz y fundamento de la evangelización. Sin contemplación no puede darse una genuina evangelización. La contemplación es un don en orden a la fe; no superior a la fe.

La fórmula de Santo Tomás de Aquino: **contemplare et contemplata aliis tradere**, con la explicación consiguiente, puede ser un buen punto de referencia.

La presencia de la cruz en el ámbito de la evangelización no puede restringirse a los sufrimientos aceptados por el predicador. Toda la Iglesia es el gran sujeto evangelizador que debe vivir de la cruz, aunque en referencia constante a la resurrección. Por otra parte, el contenido del mismo mensaje incluye a la cruz como núcleo fundamental que, con la resurrección, deberá predicarse sin reticencias ni ambigüedades, aunque para unos sea necesidad y para otros escándalo.

Conviene también que el documento final del Sínodo clarifique más la relación del Espíritu Santo, la evangelización y los signos de los tiempos, considerando la actual confusión sobre la materia. Los acontecimientos de la historia —positivos o negativos— y las exigencias, preocupaciones y aspiraciones humanas de tipo general, que exijan ser interpretados y vividos por los postulados evangélicos, reclaman del Espíritu Santo una iluminación. No basta una comprobación científica, sino un discernimiento religioso, porque para ser signos de los tiempos es necesaria una penetración teológica bajo la luz del Espíritu Santo. Tampoco pueden ser leídos bajo el enfoque de una ideología, porque ésta deformará su lectura, y toda auscultación e interpretación deberá hacerse en comunión con la Iglesia. Habitualmente, los signos de los tiempos no tienen una presentación clara y acabada, sino más bien defectuosa e **in fieri**, razón por la cual el Magisterio escuchando a los espirituales y a los teólogos actuará de manera continua y preveniente.

Es cierto que la evangelización participa de la sacramentalidad frontal de la Iglesia, pero no reúne las exigencias que el Concilio Tridentino ha elaborado para el concepto de sacramento estrictamente dicho. Por otra parte, la vida sacramental está en otra categoría: es la celebración del misterio ya anunciado y vivido. La evangelización, en cambio, es el anuncio del misterio para ser vivido y celebrado. La evangelización lleva al sacramento, pero son dimensiones específicamente diversas de una misma realidad, que no deben confundirse. En lo que respecta a la evangelización como oficio principal de la Iglesia, será necesaria una clarificación teológica, sobre todo porque el Concilio Vaticano II —siguiendo a Santo Tomás— presenta a la Eucaristía **ut fons et culmen totius evangelizationis**. La evangelización es primera **in ordine executionis**, pero la Eucaristía será primera **in ordine intentionis** o **primum ontologicum**.

Quizás pueda afirmarse que la Iglesia tiene tres oficios principales: el profético, el sacerdotal y el pastoral pero no que el profético sea el único principal.

Háblese también, en el documento final, de la Bienaventurada Virgen María y de la evangelización, cuando es modelo de la fe y Madre de la Iglesia.

EVANGELIZACION Y FAMILIA

Monseñor Adolfo Servando Tortolo,
Arzobispo de Paraná (Argentina)

En el intercambio de experiencias realizado en el Sínodo, diversos padres han hablado de las pequeñas comunidades, de los laicos, de los jóvenes y de los católicos inoperantes. Conviene también poner el acento sobre la familia que, por divina institución, es el "humus vital de toda evangelización". Este es un tema cuya gravedad y amplitud por sí solo requeriría un Sínodo.

La familia es absolutamente la primera y más necesaria sociedad humana, surgida del corazón de Dios, concebida a imagen de su mismo Creador, elevada por Jesucristo al orden sobrenatural, invitada y urgida a vivir al modo de la Familia Trinitaria, es decir, al estilo divino. Por designio de Dios, la familia debe ser el campo o la tierra apta y fecunda para recibir la semilla del Evangelio y convertirse en ambiente propicio y vital para que esa semilla dé frutos abundantes. La eficacia —como la ineficacia de la evangelización— depende de la familia. Nosotros mismos, pastores del pueblo de Dios, estamos marcados por el ambiente familiar del que procedemos. Por otra parte, nadie podría negar que normalmente los santos provienen de un medio y de un contexto familiar propicio a la santidad.

Más allá de toda poesía, con incuestionable realismo, afirmamos que la familia puede y debe ser la atmósfera natural y sobrenatural, densa al mismo tiempo y eficaz para promover en los integrantes —padres e hijos— tal intensidad de vida que logre hacer madurar y llevar a su plenitud todos los dones y todos los valores, humanos y divinos, misteriosamente otorgados por Dios a cada ser humano como a toda familia.

La civilización moderna, con implacable eficacia, conspira contra la familia, y por lo mismo resiste con todas sus fuerzas a la evangelización y a sus exigencias. He aquí los obstáculos más frecuentes que la civilización

moderna opone a la evangelización: el desconocimiento del matrimonio como sacramento, las relaciones prematrimoniales, el amor libre, la profanación del misterio de la transmisión de la vida, el hecho de que la autoridad paterna esté marginada y abatida, de que esté extinguido o extinguiéndose el espíritu de comunidad doméstica, frustrada la comunión de almas en el ámbito conyugal y familiar, legitimado el divorcio, y el hecho de que la vida se viva en un contexto hedonístico, cuya fuerza rechaza los sacrificios impuestos por el ideal bíblico del matrimonio y de la familia. Teniendo en cuenta esto, cabe hacerse, entre otras, esta pregunta: ¿cómo puede pensarse en un apostolado eficaz con los jóvenes, si el ambiente familiar está padeciendo tales taras y tan rápida desintegración? Desgraciadamente la evangelización será inútil si la familia no se vuelve *ex integro* a las exigencias de la fe y de la gracia y no busca la amistad con Dios. Sin embargo la familia —como institución natural y sobrenatural— posee en sí misma fuerzas abundantes para rehacerse y resurgir. También vale para hoy el apotegma paulino: "donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia". Más aun, la parábola del hijo pródigo se está cumpliendo en numerosas familias que sienten la nostalgia de la casa paterna y padecen hambre y sed de Dios.

No pocas familias aspiran seriamente a la santidad, quieren ser santas y santificantes. Están animadas por el fuego auténtico de la misión evangelizadora y quieren convertir sus propios hogares en santuario de Dios. A pesar de los obstáculos del mundo actual no se avergüenzan del Evangelio ni temen afirmar el sentido heroico y sobrenatural con que el cristiano debe vivir su vida matrimonial y su vida familiar.

El documento final del Sínodo debe tratar de un modo especial de la familia como objeto y sujeto de la evangelización.

LOS PASTORES, TESTIGOS Y TESTIMONIOS DE CRISTO

Cristo, testigo y participe de la vida *intra divina*, vino al mundo para dar testimonio de su Padre. Vino a hablarnos del Padre, *palam*, abiertamente. Su Evangelio, su Mensaje, no es otra cosa que el designio salvífico del Padre, a cumplirse en Cristo y por El. Protagoniza una perenne y total relación con su Padre, de quien recibe

todo y cuya voluntad es la razón universal de sus actos. De un modo absoluto nos asegura: "Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió. Yo no hablo por mí mismo". Cristo es Palabra del Padre, de quien procede *ab aeterno* y en cuyo seno habita y cuyo rostro constantemente contempla. Por eso es testigo veraz y fiel y su testimonio es verdadero. Transmite todo lo que ha oído del Padre. En Cristo se dio y se sigue dando una perfecta adecuación entre Mensaje y Mensajero. Se da, asimismo, una absoluta identidad entre Cristo testigo y Cristo testimonio. Y porque El nos aseguró que estará con nosotros hasta la consumación de los siglos, cumple y seguirá cumpliendo su palabra y su promesa de transmitirnos lo que El está continuamente recibiendo del Padre. Sigue comunicando su Evangelio, su Mensaje de salvación a toda la Iglesia, pero de un modo peculiar a nosotros pastores. La misma presencia y la acción del Espíritu Santo no anula ni contradice la presencia y la acción de Cristo testificante, ya que el Espíritu Santo para todo el ámbito de su misión singular, recibe todo de Jesús: . . . *de meo accipiet*.

Por lo tanto, se da en Cristo un nexo esencial, de carácter personal, que identifica testigo y testimonio en relación con el Padre; en nosotros pastores debe darse una realidad análoga. De un modo eminente debemos ser testigos y testimonio de Cristo, teniendo presente que el testigo precede necesariamente al testimonio en el orden del ser. ¿Cómo podemos ser testigos de Cristo, y serlo con tal intensidad que produzca un testimonio capaz de ser captado por el mundo de hoy? Entramos en el ámbito de la fe y de la gracia. Para ser auténticos testigos de Cristo relevante, debemos poseerlo, experimentarlo, vivirlo. Nos es necesario sobre todo experimentar el "sobreeminente" poder y virtud de la resurrección de Cristo. Debemos vivir a Cristo en el mismo Cristo. De esta manera, inequívocamente, podremos afirmar en nuestro propio siglo y para los hombres de hoy: "Lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que nuestras manos tocaron en orden al Verbo de la Vida, eso os anunciamos". Y nuestro testimonio será veraz. Quien vive a Cristo es testigo de Cristo. El testigo no puede no dar testimonio de Cristo: *Non possumus non loqui*. Quien vive a Cristo está con El en el seno del Padre y ve el Invisible en su propia luz.

Sin embargo, al testigo de Cristo le asedian dos grandes tentaciones para destruir y anular el testimonio: la ostentación de la virtud y la sed de popularidad. La ostentación de la virtud corrompe la virtud en su propia raíz, y en este caso se es testigo de una virtud falsifica-

da; algunas formas de pobreza y de servicio adolecen de este mal. La sed de popularidad es el *ostende te ipsum*, la vanidad sutil que busca suplantar a Cristo, su plan, su mensaje, por lo nuestro, sobre todo por nuestra propia persona, olvidando de este modo que sin El todo es inútil.

Parece oportuno recordar una magnífica sentencia de San Cipriano, frente a las acusaciones del paganismo: *Nos non multa loquimur sed vivimus*.

JESUCRISTO, FUNDAMENTO

Monseñor Roger Aubry,
Vicario Apostólico de Reyes (Bolivia)

Los relatos de los diferentes grupos de trabajo nos aportaron una gran riqueza de reflexiones, consideraciones, orientaciones e interrogantes para "la evangelización del mundo contemporáneo".

Es importante encontrar el fundamento de todas esas riquezas, expresarlo con fuerza, de manera que aclare y sitúe todos los interrogantes particulares.

Ahora bien, "nadie puede poner otro fundamento que el ya puesto, Jesucristo" (1 Co 3, 11), y la evangelización es el anuncio de dicho fundamento: "el Evangelio de Cristo" (Rm 15, 19), "fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree" (Rm 1, 16). Los argumentos, extraídos de los diferentes relatos, son los siguientes:

1) Ese "Evangelio de Jesucristo" es ignorado, en nuestro tiempo, por dos tercios de la humanidad.

2) Este "Evangelio de Jesucristo" es demasiado poco conocido por los mismos cristianos; fácilmente menoscado o conceptualizado por aquellos que creen conocerlo; considerado sin gran eficacia por el hombre contemporáneo, sensible a ciertos signos de los tiempos, y que no reconoce el signo que los ilumina a todos (Mt 16, 1-4), y trata de encerrarse en su propia sabiduría (1 Co 1, 22-23).

3) En todos los continentes se nota la búsqueda de una transformación del mundo, sobre todo de los sistemas económicos, sociales y políticos que multiplican a los pobres y oprimidos en un mundo que sin embargo sería capaz de ofrecer a todo hombre una vida más humana y digna. Múltiples teologías de la liberación son en el fondo:

- una opción más que verbal por el servicio a los pobres,
- un gran sufrimiento delante de tanta ineficacia,
- una tentativa valiente para transformar la vida de los hombres,

—a menudo también una tentación por tomar prestada a las ideologías humanas una eficacia que ellos creen capaz de cambiar los sistemas que pesan sobre la mayor parte de la humanidad.

¿No será el Sínodo la ocasión de decir que ese "poder" existe, pero que "es de Dios", y se manifiesta en el misterio de Cristo? ¿que es, según sabemos, precisamente en nuestra debilidad humana, despojada de toda competencia de poderes, que actúa el poder de Dios (2 Co 11, 9-10)?, ¿que este "poder actúa en nosotros los creyentes", y que "es la fuerza poderosa que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo, sino también en el venidero" (Ef 1, 19-21)?

4) Delante de las esperanzas y tentaciones de hoy los signos más inmediatos que acompañan el anuncio del Evangelio son y deben ser:

—la audacia de aquel que anuncia, basada en Cristo mismo, Señor de la Historia,

—y la capacidad misma que tiene nuestra fe de transformar el corazón del hombre y el mundo de los hombres, no según nuestro punto de vista o nuestros esquemas, sino "según el Espíritu de Dios" (1 Co 2, 7-16), quien realiza el proyecto del Padre para los hombres, en ellos y con ellos.

LA MISION, CENTRO DE LA VIDA CRISTIANA Y DE LA IGLESIA

En la primera parte del Sínodo, hemos escuchado la exposición sistemática de diversas experiencias y problemas con que tiene que enfrentarse la Iglesia actual. Para apreciar su valor o sus limitaciones, hemos de tener en cuenta la fuente última de que siempre deben brotar si quieren ser válidas: la misión de Cristo y de la Iglesia.

La misión es fuente del misterio de Cristo y de la Iglesia. Jesús aparece como "Aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo" (Jn 10, 36). Por su consagración pascual a Dios Padre en el Espíritu es enviado a los hombres y se hace presente en el mundo. La misión fundamenta y resume su misterio pascual de Hijo de Dios hecho hombre y de Mediador, único y universal. Su consagración revela esta misión: "Estos conocieron que Tú me has enviado,

y yo les di a conocer tu nombre... para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Jn 17, 25-26).

Lo mismo vale para los discípulos y para toda la Iglesia: por su misma consagración a Cristo son enviados a los hombres para la salvación de todo el mundo. La misión expresa lo más profundo de su vida: "Como Tú me enviaste al mundo, así yo los envié a ellos al mundo, y yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en verdad" (Jn 17, 18-19). En este sentido radical y total, "la Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera" (A. G. 2) y "la obra de la evangelización es deber fundamental del pueblo de Dios" (A. G. 35), en particular de los obispos todos que "como miembros del Cuerpo Episcopal, sucesor del Colegio de los Apóstoles, han sido consagrados no sólo para una diócesis determinada, sino para la salvación de todo el mundo" (A. G. 38, cfr. C. D. 12). El ser misionero no es algo que se añade al hecho de ser cristiano: es el corazón y la fuente de una misma realidad.

Cuanto precede nos permite sacar una serie de conclusiones:

1) La reflexión profunda sobre la misión es capaz de provocar una auténtica renovación en la Iglesia haciendo descubrir las riquezas de la vocación cristiana. Y al contrario, la pérdida del sentido de la misión significará siempre un empobrecimiento del misterio de Cristo y de la Iglesia.

2) En la misión encontramos la verdadera respuesta a los problemas actuales sobre los ministerios. Todos tienen un origen apostólico: Cristo "designó a los doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar" (Mc 3, 14); "... y escogió a doce de ellos, a quienes dio el nombre de apóstoles" (Lc 6, 13). El sacerdocio del Nuevo Testamento es apostólico. Únicamente si consideramos al sacerdote en primer lugar como apóstol tendremos la perspectiva justa para identificarlo y para dar las debidas proporciones a los demás aspectos de su ser.

En el "Panorama" presentado al comienzo del Sínodo, leemos esta comprobación: "Son muchos los sacerdotes que están inseguros sobre su ministerio". En la misa de apertura de este Sínodo hemos escuchado este Evangelio: "... y, viéndole, se postraron, aunque algunos vacilaron, y acercándose Jesús les dijo: Me ha sido dado todo poder... Id, pues, enseñad a todas las gentes... Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo" (Mt 28, 17-20). La respuesta a nuestras dudas es la misma mi-

sión apostólica. En ella está para nosotros la presencia del Señor y la comunicación del Espíritu.

3) En esta misma perspectiva misionera es donde podemos encontrar también los criterios para la formación de una Iglesia local autóctona: la Iglesia nace en el corazón de los hombres por medio de la Palabra proclamada, escuchada, entendida y acogida en la fe. Ahí es donde recibe también su rostro particular, porque es la misma fuerza del Espíritu, que hace nacer a los cristianos en la fe, la que otorga a esta fe su capacidad para expresarse en las diversas culturas y en los distintos grupos étnicos. La Iglesia misionera es la que se hace capaz, bajo la fuerza del Espíritu, de suscitar las instituciones más adecuadas para la evangelización de los hombres:

a) reconociendo las "semillas del Verbo" en las distintas expresiones religiosas y en las experiencias profundas de los hombres;

b) acercándose a los hombres que van caminando por este mundo para abrirles las Escrituras y partirlas el pan a fin de que su corazón arda, reconozcan a Cristo en los signos de la Iglesia y se conviertan en testigos de su presencia en medio de nosotros.

c) En fin, la misión abre las Iglesias particulares a la Iglesia universal. El impulso interior hacia Cristo, que es fuerza misionera y anhelo de comunión universal, hace patente en ella su intensidad de vida y su capacidad para un verdadero diálogo ecuménico.

Como ejemplo actual de impulso misionero podemos leer la *Declaration de Lausanne* publicada por las asociaciones misioneras protestantes llamadas neoevangélicas, en el mes de julio de este mismo año. Nos parece muy útil que esta voz, positiva y dinámica, resuene también en el presente Sínodo de los obispos católicos.

LA IGLESIA BRASILEÑA FRENTE A LA EVANGELIZACION

Cardenal Avelar Brandao Vilela,
Arzobispo de São Salvador de Bahía (Brasil)

En nuestra situación, la crisis de la religiosidad católica tradicional constituye el fenómeno principal en el campo de la evangelización. La emigración dentro del país y el proceso de industrialización y de urbanización plantean nuevos problemas pastorales, que la Iglesia no ha estado siempre preparada para superar. El sentido religioso del pueblo brasileño, con frecuencia poco iluminado por una fe madura, está sometido a la dura prueba del secularismo y del pluralismo. Más aun, los numerosos movimientos religiosos no católicos, que están en continuo aumento, turban frecuentemente la fe católica. Muchos fieles, principalmente en las grandes ciudades, sienten dificultad en integrarse en las comunidades parroquiales. Un amplio sector del pueblo no toma parte regularmente en la vida de la Iglesia. Un gran número, especialmente pobres y emigrantes, víctimas del insuficiente cuidado pastoral de muchas parroquias, frecuentan actos de culto no católico y aun no cristiano. Finalmente, gran parte de la sociedad brasileña no ha querido aceptar la renovación de la Iglesia iniciada por el Concilio Vaticano II. Pero, aun cuando haya que reconocer una cierta pérdida cuantitativa, el resultado de la renovación ha sido cualitativamente positivo.

A pesar de todo esto, la comunidad católica del Brasil es más consciente de su misión y está viviendo un momento de un dinamismo de fe y de una fidelidad a Cristo más intensos, buscando nuevos medios de proclamar el Evangelio de la gracia en la Iglesia y en el mundo.

Dos son los presupuestos principales de la obra evangelizadora en Brasil. En primer lugar los estudios especiales que ha realizado la conferencia nacional de los obispos para conocer mejor la realidad humana integral, social y religiosa, a la luz de una legítima antropología cristiana. Se han estudiado, por ejemplo, la situación real

de los sacerdotes y de las religiosas, el movimiento del apostolado social especialmente entre los jóvenes, la situación de las pequeñas comunidades cristianas y de diversas asociaciones de fieles. Se han realizado también estudios sobre la religiosidad popular, un tanto contaminada de sincretismo, sea por las religiones de origen africano, sea por la filosofía y mística oriental. Se ha estudiado, finalmente, la realidad socioeconómica para promover la paz y la justicia social a la luz de los derechos y de la dignidad del hombre. En segundo lugar, la Conferencia Episcopal ha emprendido una incansable acción pastoral orgánica, planificada y corresponsable a nivel nacional y regional, sin menoscabar con ello la autonomía y originalidad de las Iglesias locales. Más aun, las mismas Iglesias locales han creado nuevos instrumentos de corresponsabilidad, planificación y coordinación, como los consejos presbiterales y las comisiones pastorales, que han servido para la renovación ordenada de las parroquias.

Las pequeñas comunidades se deben considerar con frecuencia un instrumento excelente al servicio de la predicación e interiorización de la Palabra de Dios. En ellas se interpretan las exigencias concretas de una vida plenamente cristiana y humana, con el fin de conseguir integralmente el bien religioso y el bien común, es decir, la liberación total del hombre entendida a la luz del Evangelio. En Brasil estas comunidades pequeñas, entendidas en un sentido más o menos estricto, han resultado ser órganos validísimos de evangelización y han realizado un servicio pastoral grande y variado, por ejemplo, en el esfuerzo por la conversión personal, en la escucha de la Palabra de Dios, en la fructuosa recepción de los sacramentos, en la celebración fraterna de la Eucaristía. Es en ellas donde principalmente se desarrollan nuevos carismas cristianos y nuevos ministerios de la comunidad, entre los hombres igual que entre las mujeres, para bien de toda la Iglesia. No podemos olvidar que ninguna comunidad eclesial es más urgente que la del obispo con su presbiterio. Es necesario que, en toda Iglesia local, el obispo esté unido con sus presbiteros, y viceversa, en una comunión de mente y en un testimonio de vida tales que se conviertan en una comunidad eclesial fraterna, ejemplo de la propia grey. Cuanto más firme y más enraizada en Cristo sea esta comunidad, tanto más sólidas y fervorosas serán las demás comunidades eclesiales. Ella es la primera y fundamental comunidad eclesial en cualquier diócesis. Hay que hacer notar también que actualmente se están formando muchas asociaciones de diverso

tipo entre los fieles de la Iglesia, las cuales merecen una gran estima.

En este contexto hay que reconocer la verdadera utilidad pastoral que ofrecen a las comunidades los nuevos ministerios de la Palabra y de los sacramentos: no sólo el ministerio de los diáconos, de los lectores de la Palabra, de los acólitos, sino también el de aquellos que, según el sentido de la fe y de diversas formas, actúan dentro de la comunidad. Sin embargo, la escasez de sacerdotes constituye un problema en lo referente a la celebración frecuente de la Eucaristía en las pequeñas comunidades de vida cristiana.

Es siempre creciente la conciencia de la utilidad pastoral y de la necesidad de un conocimiento más profundo de las formas de religiosidad popular en orden a purificarla y promoverla. Crece asimismo el deseo de encontrar nuevos caminos para la llamada "pastoral de masa", es decir, la atención general dirigida al bien religioso del pueblo cristiano en sus grandes reuniones y manifestaciones, con el fin de educar más adecuadamente la fe. Algunas nuevas formas están ya en práctica, por ejemplo, las misiones populares renovadas, la cura pastoral en los santuarios, la organización de las peregrinaciones, etc.

Se debe promover y proseguir la renovación litúrgica para hacer que los misterios litúrgicos estén más estrechamente unidos a la vida práctica. Muchas iglesias locales desearían una mayor flexibilidad, para que sean más fáciles la adecuada adaptación cristiana a la cultura concreta y la celebración ritual, según el espíritu del Vaticano II. La reforma litúrgica ha dado ya muchos frutos en favor de la evangelización. Se ha mejorado la celebración de los enfermos, pero sobre todo en el heroico esfuerzo cristiana y del matrimonio, por medio de una adecuada preparación y de la proclamación de la fe dentro del mismo rito.

No se debe olvidar tampoco la utilidad pastoral que ofrecen los grupos religiosos de laicos, especialmente cuando están organizados con un buen método. Las comisiones pastorales, nacionales y regionales, son una buena expresión de la participación activa de los laicos en la vida de la Iglesia. Más especialmente entre los jóvenes se cuentan numerosos movimientos y actividades al servicio del Evangelio y de la vida cristiana. No podemos dejar de mencionar la gran labor de las religiosas tanto en el campo de la educación como en el del cuidado de los sacramentos, principalmente de los de la iniciación que realizan por asumir responsabilidades pastorales, ayu-

dando a los sacerdotes los domingos en parroquias pobres del campo y de los suburbios.

La mayor exigencia y el signo más concreto del Reino de Dios es la evangelización de los pobres. Se requiere una especial atención a la evangelización de los marginados de la sociedad: los abandonados de todo tipo, los pobres, los enfermos, los hombres y mujeres que no pueden vivir dignamente de su trabajo, las prostitutas, los niños que viven como huérfanos en familia, los emigrantes, los jóvenes drogados, los encarcelados, en una palabra, los que no tienen esperanza en este mundo. Cuando éstos sienten el amor de Dios en la caridad cristiana, reciben como una nueva vida.

Finalmente han de considerarse como nuevas señales de la voluntad de Dios tanto el interés por los valores humanos: la sed de justicia, de libertad y de justa distribución de los bienes de la vida y de la cultura, el deseo de fraternidad universal, la promoción de la mujer, las inquietudes de los jóvenes; como el interés por los valores específicamente cristianos: deseo de oración y de vida interior, el amor a Cristo y a la Iglesia, el reconocimiento de la autoridad moral del Sumo Pontífice en asuntos internacionales. Es necesario, finalmente, que aceptemos real y eficazmente las conclusiones y directrices finales del Sínodo, y que éstas sean objeto de estudio y base para una pastoral orgánica en todas las iglesias locales del orbe católico, como signo de la unidad eclesial.

SANA DESCENTRALIZACION EN LA IGLESIA

Es verdad que la Iglesia está inmersa en un mundo en el que existen distintas culturas. Es verdad que el cristianismo no puede identificarse, sustancialmente, con ninguna cultura. Las ilumina a todas y las trasciende todas. Siendo universal y supranacional, la Iglesia debe tener, en su programa de evangelización y en su estructura, puntos esenciales aceptados por todos los pueblos, para evitar el peligro de atomización del mensaje evangélico. Y ha de saber encarnarse en las culturas más variadas, sin menoscabo de su identidad. Se observa que ya comenzó, y con buenos resultados, el proceso de una razonable descentralización de la Iglesia, proceso que muchos no consideran aún satisfactorio.

Teniendo en cuenta por una parte el carácter universal de la Iglesia, y por otra las necesidades concretas de evangelización, sobre todo en determinadas regiones, sería

deseable que sean ampliadas las facultades o reconocidos los estrictos derechos de los obispos, para que, en perfecta comunión con el Santo Padre y bajo su suprema dirección, puedan las Iglesias particulares (diócesis) desempeñar mejor la obra de evangelización. Que todos los organismos que asesoran al Romano Pontífice en el gobierno ordinario de la Iglesia cooperen, cada vez más, para que se logren plenamente estos objetivos.

Que especialistas clarividentes, escogidos por la Santa Sede, recorran el mundo entero, en misión de estudio, de observación y de diálogo, para celebrar encuentros con las conferencias episcopales nacionales o con representantes autorizados de éstas, a nivel continental, según las circunstancias.

Así quedarán satisfechas con mayor urgencia las exigencias del principio de unidad y de pluralismo, de manera que aquél no se confunda con la simple uniformidad, y éste no signifique pérdida de los valores constitutivos de una comunión eclesial segura, orgánica, jerárquica y necesaria.

SALVACION EN JESUCRISTO Y LIBERACION

¿Hasta qué punto la salvación en Cristo Jesús coincide con la teología de la liberación? ¿Hasta qué punto la teología de la liberación corresponde a las exigencias de una verdadera teología cristiana? ¿Cómo eliminar algunas ambigüedades de dicha teología para que pueda circular sin recelo en todos los medios católicos? ¿Cómo, en fin, hacer fructificar todas las potencialidades de su dinamismo? Cuando alguien se libera, se libera de alguna cosa. Cuando alguien se libera de alguna cosa, surge la pregunta: ¿para qué liberarse? Aquí se encuentra la clave del problema, sobre todo cuando se incluye en el concepto de liberación una búsqueda de plenitud, un ansia de felicidad global: celeste y terrestre.

Respondiendo a esta pregunta —¿liberar de qué cosa, liberar para qué?—, nos colocamos delante de un nuevo problema: ¿se libera el hombre de sí mismo o de las estructuras? Algunos entienden que la solución consiste únicamente en transformar al hombre y no a las estructuras. Transformar su mente, su corazón, sus actitudes. Esta transformación por sí misma determinará fatalmente el cambio de atmósfera, de las condiciones inadecuadas, de un nuevo comportamiento social, de estructuras injustas, en fin. Es en el hombre donde reside el bien y el mal. Y es el bien o el mal que residen en el hombre

los que producen el bien o el mal en favor o en detrimento de los otros. En este caso se prescinde de las estructuras de una forma directa con el fin de obtener la salvación integral del hombre. Mientras tanto, otros estiman que la liberación del hombre depende exclusivamente de las estructuras. Eliminadas las estructuras inicuas, deshumanizantes, ipso facto está resuelto el problema del hombre, que no es tanto de orden personal cuanto colectivo. Teniendo en cuenta lo expuesto, las opciones que se hicieren en favor de sistemas democráticos de libre empresa o por sistemas socialistas colectivistas dependerían en última instancia de la respuesta a las citadas preguntas. La liberación debe, primordialmente, alcanzar al hombre, porque, herido el hombre se hiere a Dios también. Pero esta liberación del hombre no puede permanecer en el hombre, exclusivamente, porque de esta forma sería una liberación de carácter egoísta. Debe, pues, ser transeúnte y difusiva. De esta forma, la liberación que intenta desarraigar al hombre de sí mismo, del pecado de egoísmo y de sus consecuencias, conduce al hombre también al examen de las estructuras, para que su transformación personal tenga capacidad de influir en la transformación del status. De este modo, podremos conseguir un doble objetivo: la modificación del hombre, según Cristo Jesús, en la caridad y la verdad, en la gracia y en el amor, y, por el hombre consciente del valor de su hermano, la revisión de los modelos vigentes con la necesaria introducción de elementos nuevos que puedan producir condiciones más adecuadas a la vida del hombre, imagen de Dios.

¿Será que el cristianismo tiene fuerza interna suficiente para provocar esta metamorfosis? ¿Será que está condenado a ser poco más que una superestructura sin capacidad de influir decisivamente en los acontecimientos? ¿Dónde están los cristianos que recibieron la misión de recrear el mundo que Dios les entregó? ¿Hay o no posibilidad de crear otros modelos distintos de los que actualmente están vigentes? ¿Modelos que, de un lado, consigan salvar al hombre íntegro y a todos los hombres y, de otro, no extraer de su convivencia los derechos fundamentales de la persona humana: derecho de practicar la religión, de utilizar su libertad personal, de poseer aquellos bienes que no deben faltar a cada familia; y, en fin, el derecho de vivir con dignidad moral, religiosa, social y económica? ¿Y todo eso puede ser manipulado por el amor? Todavía no se han extraído del amor todas sus potencialidades, todas sus energías transformadoras. La evangelización del mundo de hoy tendrá tanta mayor eficacia e imprimirá tanto mayor respeto, cuanto mejor pueda mostrar el vi-

gor y la capacidad de amor cristiano. Si el odio, que es por su naturaleza dispersivo, crea la solidaridad, ¿por qué el amor, que por su naturaleza es solidario, no consiga amalgamar las fuerzas naturales y sobrenaturales para la obra del bien común? En esta materia no podemos ser excesivamente optimistas ni demasiado pesimistas, sino practicar un realismo optimista o un optimismo realista. No basta una visión escatológica de la teología para darnos tranquilidad absoluta. Tampoco será aconsejable un tipo de encarnación del mensaje que venga a transformar al cristiano en un guerrillero más. Es necesario, pues, que la evangelización atienda a dos llamadas del Espíritu concretizadas en la liberación-reconciliación.

Si al concepto de liberación se incorporan los elementos dialogales de la reconciliación, hemos obtenido una fórmula de equilibrio de las tensiones, enriqueciendo el contenido de la liberación y dando respuesta a las preguntas: liberar ¿de qué?, liberar ¿para qué? Liberar sin más, reconciliando al hombre con Dios, en el misterio de la gracia y del perdón, reconciliando al hombre con los otros en el amor, en la justicia y en la paz, reconciliando al hombre consigo mismo, en búsqueda de santidad, que es fuente de realización personal.

CONOCIMIENTO DE CRISTO, META DE LA IGLESIA LATINOAMERICANA

No puede decirse que la Iglesia, en América Latina, está completamente sometida a la influencia de la "teología de la liberación", ni que esta teología se ocupa de manera primordial y exclusiva de la cuestión económica y social. El esfuerzo principal de la Iglesia en América Latina consiste en hacer que se conozca mejor, se ame y se siga a Cristo, y que se produzcan las condiciones necesarias para un mayor desarrollo de los valores evangélicos.

Los nuevos ministerios y la labor infatigable de los seglares y de las religiosas ayudan sobremanera a sacerdotes y obispos en la tarea de evangelización. Es de desear que se renueven y simplifiquen como requiere el momento presente, las asociaciones religiosas tradicionales, y que se aprecie el valor de los grupos espontáneos, para comprometerlos adecuadamente en el apostolado.

El amor a la Sagrada Escritura y la evangelización mediante la administración de los sacramentos, signos de la gracia, hacen que la Iglesia, consciente de su propia "identidad", pueda dialogar con los no católicos y con todos los hombres de buena voluntad.

EL TESTIMONIO DE LA SALVACION

Cardenal Paulo Evaristo Arns,
Arzobispo de São Paulo (Brasil)

Evangelizamos tan sólo cuando predicamos a Cristo Salvador en su espíritu, como El mismo se nos presentó y reveló. Pero, como los cambios históricos e ideológicos y una nueva manera de hablar han debilitado parcial o totalmente la fuerza y novedad del mensaje evangélico, hemos de proponer algunos signos nuevos, de palabra y obra. Señalamos algunos.

No hay que tener miedo a ninguna ideología: la juventud, presente siempre en nuestro pensamiento y en nuestro corazón, profesa el marxismo o el existencialismo, se entrega a las drogas o se adhiere a los hippies, porque estima que allí encuentra ciertamente la salvación. Y no se solidarizará con la Iglesia mientras ésta continúe diciendo: "salva tu alma". En efecto, lo que suena a dualismo ya no convence. ¿Qué es lo que convence a los jóvenes?: la lucha por la justicia, la solidaridad y la paz. Y este trinomio lo encontramos repetidas veces en la revelación divina, desde el primero al último versículo, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Ahora bien, este trinomio se propone en los libros de la Palabra de Dios como una novedad y como rectificación y pedagogía de la historia entera, más aun, como centro de la alianza de Dios con su pueblo. En efecto, el Evangelio es la revelación de la justicia de Dios. Y el justo vive de la fe. Una lucha continua y no ambigua, personal y comunitaria, en favor de la justicia, la solidaridad y la paz será la novedad dinámica del Evangelio, y por tanto de la Iglesia.

¿Qué es lo que llega al corazón del pueblo?: el pueblo sencillo y humilde confía en la misericordia y la bondad de Dios revelada en Cristo. Y el mismo pueblo quiere unos ministros de la Iglesia que sean misericordiosos y buenos, y que estén siempre a su lado, exhortándole a abandonar el egoísmo personal y colectivo y a mostrarse verdaderamente caritativo, de palabra y obra. Cristo bue-

no y misericordioso es esperanza de salvación y compañero en el camino de la justicia y de la paz.

¿De qué nos libera Cristo?: hoy el pecado del que muchos, la mayoría de los hombres desea ser liberado, se llama hambre, guerra, opresión, esclavitud, tortura, erotismo, salario insuficiente y todo tipo de injusta tiranía. Este pecado se comete contra la comunidad de hermanos y contra la dignidad del hombre redimido por Cristo, por lo tanto también contra Cristo y contra Dios. ¿Cómo hay que proclamar la salvación?: oportuna e importunamente, por supuesto; con corazón sencillo y alegrándose de la persecución y de la cruz, animando a unos y sometiendo a crítica a otros, tanto a los encarcelados como a los que encarcelan a sus hermanos, viviendo en medio de todos en la esperanza de la resurrección. En participación, como nos propuso el Papa Pablo VI en su nunca suficientemente elogiada "Octogesima Adveniens"; pues han de saber todos los bautizados que son "Cristos" para la salvación del mundo; hay que prepararlos psicológicamente para ello; mirando hacia adelante y no sólo corrigiendo precedan por fin a otros en la historia. Prediquemos a Cristo, tanto los seglares como nosotros, de lunes a viernes, no sólo los sábados y domingos, ni de manera rápida y casi "turística". Prediquemos a Cristo en el seno de la familia, en el trabajo, en las reuniones de cada día: no sólo en el templo. Las instituciones de la Iglesia surgidas a lo largo de la historia, deben ser consideradas como históricas, no como constitutivas. Más aun, hay que abolirlas por completo si no son Iglesia ni sirven para la salvación. Que quede como ley suprema la salvación de los hombres, y por ella demos la vida.

LA IGLESIA PARTICULAR Y LOS RELIGIOSOS

Hay que notar cómo trabajan las religiosas en las Iglesias del Brasil, demostrando su capacidad y posibilidad de inserción en la vida orgánica de la Iglesia, y cómo sin los religiosos la vida de una Iglesia particular sería imperfecta.

Los religiosos deben reflexionar más seriamente acerca de su inserción en las Iglesias particulares, puesto que tienen que preocuparse y tratar de cubrir los espacios vacíos en la vida de la Iglesia, espacios decisivos para la vida del pueblo de Dios: piénsese por ejemplo en el mundo del trabajo, en la evangelización en las escuelas, en las verdaderas necesidades del pueblo sencillo, etc.

Es preciso por tanto que el obispo pueda tener un **contacto directo** con los religiosos, sobre todo para tratar los problemas de su Iglesia; es preciso que los religiosos presten atención a las necesidades de toda la Iglesia y no solamente a las necesidades internas de la propia comunidad, y que den testimonio de la riqueza cristiana de las Iglesias particulares, en las que se intenta vivir lo mejor posible, de una manera visible, el misterio de la comunión invisible.

UNA EXPERIENCIA CON LA JUVENTUD UNIVERSITARIA

A partir de la reforma universitaria, iniciada en 1968, comenzó una experiencia entre la juventud universitaria del Brasil. Las universidades católicas tenían que afrontar las dificultades que lleva consigo el desempeñar una función crítica de la sociedad y el encontrar el modo de hablar a los jóvenes universitarios desde las estructuras mismas de la universidad, teniendo en cuenta que, desde hace algunos años en Brasil, los movimientos juveniles han disminuido mucho y se encuentran bajo una vigilancia estricta. Por eso, en muchas universidades católicas se ha tratado de convertir el primer año de estudio en un período de formación básica como preparación para los cursos siguientes, dedicados a las diversas ramas de la ciencia y de la técnica. La finalidad de esta formación básica es despertar la conciencia de estudiantes y profesores sobre su responsabilidad en el ejercicio de una profesión científicamente cualificada y cristianamente comprometida. Este primer curso que lleva por título: "Problemas filosóficos y teológicos del hombre contemporáneo", intenta hacer comprender a profesores y alumnos, que trabajan en común, el sentido, a nivel científico y filosófico, de la existencia humana; hacer reflexionar sobre el modo de vivir la solidaridad humana en un mundo en proceso de cambio constante y en las grandes ciudades de un país en vías de desarrollo; hacer descubrir a los estudiantes la crisis que atraviesa la humanidad, de modo particular aquello que en la sociedad de consumo ofende la dignidad humana, especialmente de los política y económicamente débiles y de los marginados por la sociedad. El curso pretende anunciar el Evangelio en el ritmo mismo de la vida universitaria y de una forma permanente. Algunas universidades católicas que ya han comenzado a impartir este tipo de formación, en grupos especiales en el primer año académico, registran una asistencia del

cien por cien, tanto de alumnos como de profesores. Además de estas ventajas, el curso ofrece también la ocasión para organizar reflexiones ecuménicas, pues muchas universidades en Brasil, inclusive católicas, son frecuentadas por estudiantes cristianos, hebreos, budistas y jóvenes influenciados por el espiritismo y por el sincretismo religioso popular.

En São Paulo se ha iniciado otra experiencia sobre el servicio de la Palabra. El primer objetivo es hacer tomar conciencia a los laicos de su responsabilidad en el anuncio de la Palabra de Dios, no sólo en la proclamación litúrgica, sino llevándola al pueblo en las tareas de la evangelización. Se comenzó con un equipo central compuesto por casi cincuenta personas (laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes). Este equipo se va formando mediante el testimonio comunitario de una vida fraterna y con la acción misma del anuncio de la Palabra. A su vez estas personas deberán transmitir lo aprendido a otros grupos, de modo que cada vez aumente más el número de los que anuncian el Evangelio.

EL ACTO DE LA CONVERSION Y LA LIBERACION HUMANA

Existe una unidad dinámica entre liberación y conversión; esta unidad es una realidad teológica; la verdadera liberación consiste en la vida de comunión.

Imagen trinitaria de la conversión. — La conversión en la que insiste el Evangelio tiene como modelo la vida trinitaria, y en ella encuentra el hombre el plan de Dios sobre él. El hombre nuevo o la nueva humanidad que debe vivir en comunión de amor, vive en la libertad del Espíritu que le ha sido dado, el cual difunde en su corazón el amor al Padre y al Hijo, lo libera y le indica el sentido de la vida, de la creación, de la historia. El verdadero sentido de la vida humana no es, pues, una verdad metafísica, sino una realidad histórica que se cumple en la unidad del proyecto y plan de Dios sobre el hombre. La verdadera vida del hombre debe realizarse a imagen del Hijo y por consiguiente, a imagen de la vida trinitaria de Dios, en la cual las personas viven una para la otra en perfecta distinción, pero al mismo tiempo en perfecta unidad. Bajo esta luz, la conversión es una liberación del egoísmo radical, una apertura de sí mismo para vivir en el amor hacia los otros y con los otros.

La conversión es un don de Dios. — Este carácter gratuito lo encontramos al inicio, en el desarrollo y al término del acto humano de conversión que se dirige a Dios y al amor del prójimo.

La novedad del corazón. — El don de Dios alcanza al hombre en lo más profundo de su ser, destruyendo la culpa y las fuerzas del pecado, de las tinieblas y de la mentira, para depositar en él un nuevo principio de conocimiento, de libertad y de amor, con miras a la realización del plan de Dios. El hombre fortalecido con el poder de Dios, se hace entonces capaz de amarlo y de participar en su vida. El acto de conversión consiste en la liberación del pecado y en la lucha para borrar sus consecuencias; es, sobre todo, el retorno hacia Dios y hacia la vida vivida en comunión con Él y con los hermanos, amados con el mismo amor; es la búsqueda continua del discernimiento y del cumplimiento de la voluntad de Dios; es la vida orgánica y coherente en la vivencia de la fe, de la esperanza y de la caridad.

La conversión de una realidad teologal. — La conversión se realiza en el encuentro personal con Cristo. Encuentro que es liberación del mal, pero también liberación para el bien, para una vida vivida en el mundo de la luz, la verdad, la libertad y la vida. Encuentro que constituye una realidad teologal, mediante la cual el hombre realiza su verdadera humanidad o liberación integral. La libertad no se entiende aquí como acto de elección entre el bien y el mal, sino como el dinamismo mismo de la vida humana guiada por la Palabra y por el Espíritu de Dios. La conversión hace cambiar el eje y la orientación de la existencia, dirigiéndola hacia Cristo; es una nueva vida de fe, esperanza y caridad, que transforma los actos humanos, especificados siempre por su objeto, pero animados todos por la caridad. La conversión es, pues, la divinización del hombre por la realización de su humanidad según el plan de Dios. En este volverse hacia Dios encuentran los hombres también la posibilidad y la capacidad de interpretar el verdadero sentido de la humanidad y de realizar la liberación de los hombres en la historia. De este modo, la fe en el Absoluto se convierte en el principio de interpretación de la realidad del mundo y de las ideologías; la esperanza se transforma en la crítica de las utopías y en la exigencia de luchar contra las potencias de la muerte que actúan en la historia; mediante la caridad el amor se convierte en creador del bien con realizaciones concretas en la sociedad humana. Esta vida teologal constituye el sentido de la vida humana.

Evangelización y pedagogía de la conversión. — Para llevar a los hombres a la conversión y a la liberación, hemos de insistir en los principios siguientes: a las personas se llega en sus condiciones concretas respetando su conciencia y teniendo en cuenta la infinidad que existe de grados de apertura a la verdad y al amor. Hay que anunciar la realidad teologal de la conversión como una realidad única y orgánica, sin dejarse aprisionar por el dualismo: conversión-liberación. El cambio de la conducta moral tiene su fundamento en la realidad teologal de la conversión; hay que evitar, pues, cualquier tipo de moralismo legalista. El contenido de la conversión es el bien común; hay que insistir, pues, en el aspecto comunitario de la vida cristiana; desde el punto de vista cristiano es inconcebible una conversión que desemboque en el individualismo. La conversión debe ser un acto colectivo y eclesial; se debe insistir en este aspecto tanto para cambiar la imagen de la Iglesia como para crear nuevos modelos de vida social reclamados por las exigencias políticas de la caridad y de la solidaridad humana. Hay que insistir también en la conversión como exigencia para el cambio de las estructuras injustas y pecaminosas de la sociedad, ya que la caridad debe informar toda la vida social. Este cambio debe alcanzar también a las estructuras internacionales, puesto que la caridad o el amor de los enemigos —es decir, la novedad del Evangelio— no conoce fronteras.

RECTO SENTIDO DE LA "LIBERACION"

Cardenal Alfred V. Scherer,
Arzobispo de Porto Alegre (Brasil)

De diversas maneras han demostrado los obispos haber comprendido la importancia de una clarificación en torno a la teología de la liberación, tanto para solucionar las graves divisiones que provoca dentro de la Iglesia, como por la importancia que el problema de la liberación tiene en muchos países.

Muchos, inclusive algunos teólogos, entienden la liberación solamente en el plano material y social, y querrían que la Iglesia se comprometiera en ella; pero sería faltar a su fidelidad a Cristo, a la propia misión y al hombre mismo, si se limitara exclusivamente al desarrollo material y social, descuidando su misión de salvación y de promoción de los valores humanos eternos. La evangelización no puede ceder el puesto a movimientos revolucionarios o a otras empresas de desarrollo, si bien el amor de Dios, predicado por el cristianismo, lleva por su propia naturaleza a luchar contra el hambre, la miseria y la injusticia. El cristianismo no puede reducirse a ser un humanismo más o una asociación filantrópica. Por otra parte, la Iglesia tampoco dispone de medios materiales adecuados para promover eficazmente el progreso humano; esto cae dentro de la esfera propia de los derechos y deberes del Estado.

EL PASTOR Y SU GREY

Monseñor Aloisio Lorscheider,
Arzobispo de Fortaleza (Brasil)

Lo que más urge es tener obispos que sean verdaderos pastores y que se impongan sobre todo por su autoridad moral, y no sólo por el hecho de ser obispos. Por esto mismo es urgente que el obispo aliente el intercambio de experiencias en el campo de la renovación teológica y pastoral, en el de la aplicación de los decretos del Concilio, especialmente en cuanto se refiere al contacto directo y constante con los sacerdotes y con el pueblo. El obispo debe ser siempre pobre, sencillo, abierto a todos, capaz de hablar a todos con libertad. El distanciamiento del pueblo —frecuentemente provocado por el obispo mismo cuando actúa como príncipe— perjudica mucho a la evangelización. Tanto la institución de los consejos pastorales en cada parroquia, como la planificación pastoral constituyen ayudas valiosísimas para la evangelización.

COLEGIALIDAD EPISCOPAL

Hubiera sido bueno también recordar la realidad de la colegialidad episcopal; si los obispos consiguiesen llegar en todas partes a un profundo amor fraterno y a una confianza mutua, abrirían un gran camino a la evangelización. Hace falta apoyar a las conferencias episcopales, trabajando según una acción pastoral orgánica y bien planificada, con objetivos bien concretos, que habría que revisar periódicamente. Tampoco se debe olvidar la "formación permanente" de los obispos, inclusive en el campo teológico, sin dejarse absorber completamente o poco menos por las preocupaciones de sus propias Iglesias particulares. Tomar en serio la Conferencia Episcopal significa también trabajar mejor en favor de la Iglesia particular.

EXIGENCIAS DE LA EVANGELIZACION

Si bien es verdad que los modos de llevar a cabo la evangelización son distintos, no se ve por qué haya de decirse que el concepto mismo de evangelización ha de tomarse en sentido analógico. Con abundancia de citas bíblicas se demuestra que la evangelización no es más que la comunicación de la Palabra de Dios a los hombres, para que, encarnándola en su propia vida, den gloria a Dios. Por voluntad de Cristo, esa comunicación se realiza de ordinario a través de la Iglesia, y en ésta por medio de los apóstoles. De ahí la tradición apostólica.

A esta luz hay que considerar también el ecumenismo y el diálogo con las otras religiones y con los ateos. ¿Existe evangelización entre ellos? Hay que estudiar a fondo este problema, teniendo siempre en cuenta que Dios puede escribir derecho con líneas torcidas, y que también en ello podemos descubrir un plan de misericordia hacia nosotros a causa de nuestros defectos en la evangelización.

Los ministros del Evangelio tienen que aprender a comunicar el mensaje adaptándose al lenguaje, a la mentalidad y a las aspiraciones de nuestro tiempo, presentando el Evangelio en su intrínseca verdad, bajo una nueva luz, como respuesta a las necesidades nuevas. Es urgente y necesario que la actividad pastoral para anunciar la Palabra de Dios eche mano de los procedimientos válidos y comúnmente aceptados en el uso de los medios de comunicación social, cuyas técnicas hay que conocer a fondo.

ENTREGA A LOS POBRES, UNICA OPCION PASTORAL

Monseñor Helder Pessoa Camara,
Arzobispo de Olinda y Recife (Brasil)

En los pobres, que encontramos por doquier, Cristo continúa alabando al Padre; los pobres, los oprimidos, los esclavos modernos, son la presencia de Cristo. ¡Qué alegría poderles enunciar a Cristo! Hoy, que los ricos, nuestros hermanos, están expuestos a peligros materiales y espirituales cada vez más graves; hoy, que se ven aprisionados por estructuras, como las multinacionales y los complejos económicos-políticos-militares (estructuras que, aplastando a dos tercios de la humanidad, llegan también a aprisionar en su engranaje a los mismos ricos), la hora de Dios ¿no sugeriría hacer como San Pablo y marcharse hacia los paganos o hacia los bárbaros, por referirnos a un ejemplo histórico más cercano? No se trata de abandonar ni de condenar a nadie antes del juicio de Dios sino, al no poseer los medios para tocar el espíritu y el corazón de los ricos, ¿por qué no intentar que los pobres evangelicen no sólo a los pobres sino también a los ricos? ¿Por qué dudar de que el Espíritu Santo, siempre vivo, realizará milagros inclusive mayores que aquellos de los primeros siglos del cristianismo?

Otro enorme milagro será nuestra decisión de darnos a los pobres de las naciones pobres y de las ricas; si los pobres llegan a ser nuestra opción prioritaria, tendremos que dar nuestro adiós, si no lo hemos hecho ya, a cierto estilo de vida que recuerda el triunfalismo de ayer, a las comodidades, al prestigio. Los pobres podrán convertirnos. ¡Queridos hermanos, pasemos a los paganos, pasemos a los bárbaros! ¿No vemos que nos están llamando como el Macedonio hacía con San Pablo?

MISION EVANGELIZADORA DE LOS LAICOS

Monseñor Lucas Moreira Neves,
Obispo titular de Feradi magglore
y vicepresidente del "Consillium de Laicis"

Se ha observado frecuentemente en los documentos y en los debates cómo los laicos, en número elevado y con gran intensidad, cobran hoy conciencia de su compromiso en la Iglesia y se entregan con generosidad a la tarea evangelizadora, en estrecha unión con sus pastores. No se ha vacilado en afirmar aquí, con toda razón, que pocas veces como ahora en la historia de la Iglesia han participado los seglares de manera tan masiva y con tanta intensidad en la evangelización. No podemos menos de pensar en los muchos laicos que los Hechos de los Apóstoles y las cartas de San Pablo nos presentan asociados a la actividad misionera de los apóstoles en la Iglesia naciente. Catequesis y liturgia, acción asistencial, caritativa o de promoción humana, animación de comunidades eclesiales, tareas administrativas, preparación para recibir mejor los sacramentos: en todas estas actividades —y en otras muchas— están trabajando actualmente seglares en todo el mundo, en comunión con los pastores. Juntos edifican la Iglesia.

Entrañada en esta realidad hay una visión teológica muy sencilla, que aparece ya claramente en el Nuevo Testamento, y que el Concilio Vaticano II ha iluminado aun más con nueva luz: en virtud del bautismo y la confirmación, bajo el impulso de su fe vivida, los seglares están investidos de un sacerdocio que, si bien difiere por naturaleza del sacerdocio ministerial de los pastores, no por eso los impele menos a consagrarse a la construcción de la comunidad eclesial. Conviene, ahora, recordar que esa misma virtud del bautismo y de la confirmación, ese mismo sacerdocio del laico, le arrastra a otra actividad no menos evangelizadora. Me refiero a la tarea que realiza el seglar cuando, inmerso de lleno en las realidades temporales, actuando por tanto su carisma específico de **secularidad**, apremiado por su fe, trata de imbuir de espíritu evangélico estas mismas realidades temporales. ¿Qué realidades? La política, por supuesto; los problemas eco-

nómicos, la cuestión social, sí; todo esto es ciertamente importante. Pero también realidades como el amor, el matrimonio y la familia, la tecnología, las artes, la ciencia, el ocio y las actividades recreativas, la cultura, etc.

Encuadrando estas actividades dentro de la perspectiva evangélica es como los laicos edifican la ciudad de los hombres según el plan de Dios. La ciudad temporal, tal como la ve la "Gaudium et Spes", y las recientes encíclicas "Populorum Progressio", "Octogesima Adveniens", "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris". La ciudad temporal tal como la define un autor contemporáneo: "La ciudad verdaderamente humana es aquella donde todos los hombres encuentran morada —y Dios también—". Pero no se evangeliza a las realidades temporales —que en sí mismas son neutras y pueden servir al bien o al mal—, sino en la medida en que se evangeliza a las personas que se ocupan de ellas y están al frente de ellas, porque el sentido y el destino de las cosas depende, en último término, de las personas. Por consiguiente, lo que importa antes que nada es que en medio de las realidades de nuestro tiempo haya personas —hombres y mujeres— que merezcan de verdad el nombre de seglares: cristianos con el cuño evangélico, que vivan en medio del mundo. En este sentido interesa recordar la frase pronunciada hace cuarenta años por un pastor brasileño, hombre grande y bueno, en un momento decisivo para la vida del país: "Lo que hace falta es dar una conciencia cristiana a los políticos, y una conciencia política a los cristianos". Lo que el Cardenal Leme dijo de la política, ¿por qué no aplicarlo a la ciencia, a la técnica, al mundo del arte, etc.?

Pues bien, en este orden de ideas es muy importante señalar, a título de ejemplo, dos campos de evangelización abiertos a los laicos con especial urgencia y significación. El primero es la evangelización de los medios de comunicación social y sobre todo de los comunicadores sociales. El otro es la vida internacional.

Hoy se habla mucho de **planetarización**; con este término se designa el fenómeno de las relaciones cada vez más estrechas entre los pueblos y las naciones en el mundo contemporáneo. La facilidad para viajar, la accesibilidad de comunicación aun entre los puntos más distantes del universo, la sofisticación creciente de los **mass-media** hacen más pequeño cada vez nuestro planeta y cada vez más tupida la red de relaciones entre los individuos, las colectividades y los pueblos. No sin razón se ha llamado a nuestro mundo "una aldea global". Pero hay mucho más. Es preciso decir que en nuestro universo bajo el signo de la comunicación, es nada menos que la marcha del mun-

do, el destino de la humanidad, el porvenir del hombre lo que se ventila, a nivel no de cada nación aislada, sino de las relaciones internacionales.

Me atrevería a decir que el destino de la humanidad dependerá en último análisis del espíritu que informe los intercambios internacionales. ¿Es el espíritu de dominio de una nación o de un bloque de naciones sobre las demás? ¿El espíritu de egoísmo y el amor desordenado de lucro? ¿O es, por el contrario, el espíritu de solidaridad; la conciencia de que los pueblos dependen los unos de los otros —inclusive los mejor pertrechados—; la certeza de que, en un mundo en crisis, todos los pueblos son corresponsables del viraje histórico e inclusive de la supervivencia de este mundo? Por eso no hay el menor reparo en afirmar que la vida internacional es un campo excelente —diríamos hasta privilegiado— de evangelización. Hay que llevarle a toda costa el soplo evangélico, so pena de que se malogren muchos esfuerzos —perfectamente válidos por lo demás— a nivel de pequeñas comunidades. Mediante la evangelización de la vida internacional, de los centros de decisión en los que ésta se articula y de los hombres que la dirigen, el Evangelio con su fuerza redentora llegará hasta las matrices mismas, si se me permite hablar así, donde se está gestando la suerte de la humanidad en este último cuarto de siglo, víspera de un nuevo milenario.

Tenemos que alegrarnos de que un gran número de organizaciones católicas pongan todo su empeño y consagren todos sus esfuerzos apostólicos a este campo complejo, arduo y delicado de la vida internacional. Estas organizaciones responden de alguna manera a una preocupación que es la misma de la Santa Sede: que la Iglesia, con su **diálogo de salvación**, y su mensaje de paz, de justicia social, de reconciliación y de solidaridad entre los pueblos, se muestre presente y activa, de forma concreta, en la vida internacional. Estas organizaciones, gracias a un estatuto consultivo, pueden ejercer una influencia discreta pero extraordinariamente eficaz dentro de las organizaciones internacionales gubernamentales y no gubernamentales. Tenemos que alegrarnos más todavía de que un elevado número de seglares, llevados por su amor sólido y fiel a la Iglesia, al impulso de su fe, vivan el sacerdocio bautismal y realicen una labor evangelizadora dentro de la esfera de las relaciones internacionales. No sé si habrá otro campo donde puedan hacerlo mejor. Es su propio campo y lo que hacen en él es una verdadera evangelización en toda la riqueza del término, una evangelización susceptible de enormes consecuencias.

EL ANUNCIO DE CRISTO

Monseñor Mario Revollo Bravo,
Obispo Auxiliar de Bogotá

El anuncio del Evangelio debe ser un anuncio auténtico e integral. Es preciso evitar el riesgo de hacer de Cristo, no el centro de un anuncio de salvación, sino el pretexto para sostener teorías o actitudes tomadas de antemano. Debemos proclamar con toda claridad nuestra misión profética, o sea, que es preciso: anunciar a Cristo, con la fuerza del Espíritu, a todos los hombres, en la Iglesia y por la Iglesia.

Según San Marcos, el Evangelio o Buena Nueva que Jesús predica es el anuncio de que el tiempo previsto por Dios ya se ha cumplido y por tanto es inminente la instauración del dominio definitivo de Dios. Tal anuncio exige por parte del oyente la decisión personal de la conversión.

Jesús de tal manera vinculaba consigo mismo la cercanía inminente del Reino que por su persona, palabra y acción este reino futuro irrumpía ya en el presente. Así lo entendió la Iglesia primitiva. Cristo centro del anuncio es un dato evidente en las primeras expresiones de la fe. Jesucristo es el objeto del anuncio evangélico lo mismo en el cristianismo helenista que en el cristianismo de habla aramea. El Evangelio no es, por tanto, una simple teoría para interpretar la existencia humana o para entender la historia, lo cual lo reduciría a una especie de ideología religiosa. En Cristo adquiere plena luz el misterio del hombre; pero no en un Cristo simple símbolo o teoría; sino en el Cristo histórico. Dios y hombre, muerto y resucitado, que se identifica con el Cristo de la fe. La fe pascual domina ciertamente la presentación que los evangelios hacen del hecho histórico de Jesús de Nazareth; pero el Cristo que proclaman como Salvador es el Jesús real que murió en la cruz y resucitó. El Evangelio es el anuncio gozoso de la obra de Dios en Jesús, el Hijo de Dios que compartió el destino de los hombres hasta la

muerte, que murió por ellos para que en el misterio de su nueva vida de resucitado los hombres recibieran el don de Dios. Este Señor es centro y fin de la historia humana que será recapitulada en El. Uno e idéntico es el Cristo histórico, el Cristo de la fe, el Cristo escatológico y el Cristo de la parusía. Esta proclamación es urgente frente a actitudes confusas y erróneas hoy frecuentes; así, por ejemplo, la admiración por un Cristo proclamado modelo de hombre o de revolucionario, con olvido de Cristo resucitado y presente en la Iglesia hoy; o, en el otro extremo, la proclamación de la fe en un Cristo, expresión y tal vez invención de las aspiraciones de la comunidad, pero no histórico, no encarnado en un tiempo. Debemos proclamar el misterio total de Cristo, que sólo en su integridad es iluminación plena del misterio mismo del hombre y sobre todo revelación del designio del Padre.

De acuerdo con las cartas primera y segunda a Timoteo, los que evangelizan deben conservar y comunicar íntegro el depósito recibido. No un fragmento u otro del Evangelio, sino todo el Evangelio. Esta fidelidad debe ser, sin embargo, una fidelidad viva, lo cual exige una reflexión permanente para iluminar la vida de la comunidad y de cada uno de los discípulos, así como también todos los acontecimientos de la historia humana. La persona y la misión de Jesús como acontecimiento central conforman todo un cuerpo de verdades y exigencias que tienen íntima conexión con la aceptación de su persona y de su mensaje (Cfr. SAN AGUSTÍN: "De fide et moribus" 9, 14). Por ello debemos decir que tan grave pecado sería contra esta integridad viva del anuncio evangélico el querer mantenerlo ajeno a la solución de los problemas sociales, como el reducirlo a una dimensión social o política. La proclamación integral del Evangelio no contradice los verdaderos valores de las diversas culturas y del progreso humano, sino que hace presente la prioridad del designio de Dios y a su vez impulsa al cultivo de esos valores dentro de este designio divino. Es preciso añadir que la obligación que incumbe al pueblo de Dios de discernir los signos de los tiempos no implica que en ellos haya de hallar una nueva revelación. Los acontecimientos de la historia se conectan con la revelación no en cuanto completan a Cristo, sino en cuanto nos ayudan a conocer la voluntad del Padre en el tiempo presente, a servir mejor al misterio de la salvación y a hacer presente a Cristo como Salvador hoy, en este momento histórico. Por esto, deben ser leídos a la luz de Cristo y de su Palabra y en contexto eclesial.

La Iglesia y el ministerio han nacido conjuntamente de la Palabra de Dios y para su servicio. El crecimiento de la Iglesia se identifica en los Hechos de los Apóstoles con el crecimiento de la Palabra. Esta Iglesia que nace y vive de la Palabra y la anuncia es la Iglesia pueblo de Dios y comunidad jerárquica. Fuera de la Iglesia no hay interpretación auténtica de la Palabra; en ella es don de Dios para todos los hombres. Es ésta una realidad que no puede olvidarse ni en el diálogo ecuménico, ni en el diálogo necesario entre Magisterio y teólogos, así como en la comunión permanente de unos y otros con todo el pueblo de Dios. Esta realidad no es desmentida por las vacilaciones y oscuridades propias de este tiempo de peregrinación. La palabra del Evangelio anunciada con la virtud del Espíritu, presente tanto en el que anuncia como en el discípulo que la recibe, es principio de una vida nueva, que no es una mera perfección ética, sino una nueva creación: la vida en Cristo Jesús. Esta estrecha vinculación entre anuncio y vida y entre testimonio de vida y anuncio, muestra con toda claridad que no somos maestros que enseñamos una teoría, sino apóstoles que anunciamos a Cristo, vivo y presente, salvador del hombre y de la historia, y que nuestro anuncio se apoya en la fuerza del Espíritu y en la Iglesia por Él congregada y animada.

Pesa, por tanto, sobre nosotros la grave responsabilidad pastoral de predicar al Cristo verdadero y total. Nuestra evangelización lo proclame luz del mundo y salvador de todos los hombres ayer, hoy y por siempre.

EL DIACONADO PERMANENTE Y LAS COMUNIDADES DE BASE EN LA EVANGELIZACION

Monseñor Samuel Silverio Buitrago,
Obispo de Montería (Colombia)

Comienza hablando de los agentes primarios de la evangelización, es decir, de los tres órdenes de la jerarquía eclesiástica: obispos, presbíteros y diáconos. Hay un ministerio apostólico conferido por Cristo a sus apóstoles y sus sucesores, los obispos; ministerio apostólico participado por los apóstoles en diverso grado y con peculiar misión a los presbíteros y a los diáconos. La misión confiada por Cristo a los apóstoles fue eminentemente evangelizadora, de anuncio de la Buena Nueva. Esta importantísima cuestión nos lleva a plantearnos una serie de preguntas, cuya respuesta debería afrontar el presente Sínodo. ¿Cómo se cumple por parte del obispo, hoy día, en todos los ambientes el deber de evangelizar? Con la actual estructura diocesana, ¿puede el obispo dedicar suficiente tiempo y preocupación a su deber fundamental de ser maestro de la verdad? ¿No se dedica más tiempo del necesario a cuestiones meramente administrativas con grave perjuicio de la evangelización? ¿Son adecuadas a nuestro tiempo las formas de evangelización usadas por los obispos? ¿No necesitarán una profunda revisión? ¿No será necesario buscar nuevas formas de predicación para que el mensaje sea suficientemente difundido y captado por el hombre de hoy? Se siente con angustia la falta de presbíteros, no solamente en las Iglesias del Tercer Mundo que ven en este factor uno de sus mayores problemas, sino también se empieza a sentir en las Iglesias antiguas de los países desarrollados, tradicionalmente bien servidos. Sin embargo, ¿el presbítero está dedicando suficientemente tiempo, interés, empeño y consagración a la evangelización? ¿No se ha burocratizado en buena parte del mundo desarrollado la figura del presbítero, e inclusive en cierta parte del Tercer Mundo? Por otra parte, la participación del sacerdocio de Cristo en el ministerio jerárquico, no se limita al episcopado y al presbiterado, como ha sucedido durante muchos siglos de historia de la

Iglesia; incluye también al diaconado. Sin él tendríamos un orden jerárquico incompleto; un cuadro ministerial que no responde a las necesidades de la Iglesia. Sin embargo, podemos preguntarnos: ¿han sido suficientes los esfuerzos hechos para su instauración? Los Episcopados de todo el mundo ¿se han empeñado a fondo en esta instauración?

Todas estas preguntas hacen pensar en la necesidad de afrontar de lleno la problemática de la evangelización en sus ministros primarios, obispos, presbíteros y diáconos. Y esta necesidad se afrontará desarrollando fuertemente una teología y una patoral de los agentes ministeriales de la evangelización, con un amplio fundamento bíblico. Por otra parte es necesario evitar oscurecer o disminuir la obligación de evangelización de los ministros jerárquicos, descargando esta obligación en los ministros secundarios o delegados, catequistas y similares. Es necesario revitalizar el ministerio evangélico del obispo y del presbítero, reformando de tal manera las estructuras actuales que les permita dedicar el tiempo y la consagración suficientes al ministerio de la Palabra, el primero y más importante de su misión. ¿No estará la clave de esta reestructuración en la instauración del diaconado para que el orden jerárquico en sus tres niveles, obispos, presbíteros y diáconos, pueda prestar a la Iglesia ese ministerio pleno, jerarquizado, es decir ordenado, dentro del sacramento del orden, de tal manera que todo el pueblo cristiano se vea enriquecido por el servicio completo y universal de sus ministros? Es necesario que el Sínodo afronte de lleno toda la problemática de los ministros primarios de la evangelización: los obispos; y sus inmediatos colaboradores con quienes participan del sacerdocio ministerial: los presbíteros y los diáconos.

La Conferencia Episcopal Colombiana ha recomendado en diversos documentos y ha impulsado de diversas maneras las "comunidades eclesiales de base". Se trata de una experiencia sumamente valiosa y positiva como forma de vida cristiana intensa en la fe, la esperanza, la caridad, la oración, la vida sacramental, el crecimiento en el conocimiento del mensaje de salvación. Las comunidades de base se revelan como realidad pastoral de primer orden con las características que se señalan a continuación: "Comunidad": grupo humano, intermedio, ligado por relaciones primarias entre sus miembros, heterogéneo, completo por la variedad de personas que lo componen; con un interés fundamental común: la vida cristiana, activa, dialogante en la fe, que crece de acuerdo con sus propios

principios vitales; "eclesial": comunidad identificada con la Iglesia de la cual es célula viva en su actividad tanto teologal como sacramental y de oración, comunidad eclesial por el testimonio de vida y de la Palabra, por el crecimiento en la vida y conocimiento de la fe, comunidad eclesial estrechamente unida a las grandes estructuras comunitarias, diócesis y parroquia, mediante el ministerio diaconal y presbiteral; "de base": por el íntimo conocimiento de sus miembros; por el sólido fundamento del vínculo común que los une; porque ella debe ser la base del gran organismo de la parroquia y la diócesis, ya que estas grandes comunidades se revitalizan y crecen por la presencia de un buen número de pequeñas comunidades eclesiales.

Las comunidades eclesiales de base se han revelado como una de las respuestas más adecuadas para "desmasificar" la vida cristiana de la gran parroquia o de la pastoral de masas, que ha sido hasta ahora tan típica de América Latina y que causa gran preocupación a los pastores e insatisfacción a un número creciente de fieles, deseosos de una personalización en la fe. Estas comunidades son algo intermedio entre el cristiano particular y la comunidad parroquial o diocesana, donde él se siente personalizado y donde, en cierta manera, supera el anonimato que le parece vivir en la gran comunidad parroquial o diocesana. La comunidad de base no niega el gran valor de las estructuras de gran tamaño, parroquia y diócesis; éstas tienen todo su valor. Sin embargo, a nivel intermedio y con dimensiones humanas siente la necesidad de estas comunidades para favorecer la personalización en la fe, el diálogo cristiano, el progreso en el conocimiento del mensaje evangélico. Para que la comunidad eclesial de base realice plenamente esa necesidad de vida cristiana a nivel o dimensión humana, se hace necesaria la presencia ministerial jerárquica en ella para garantizarle su desarrollo, su orientación y vinculación con la parroquia o con la diócesis. Hasta el presente estas comunidades han sido orientadas por presbíteros, que las visitan periódicamente. Sin embargo, su atención demanda de ellos una dedicación más plena, que no pueden dar. Los fieles de la comunidad demandan con insistencia la presencia del presbítero; pero se juzga que el ministerio diaconal es el más adecuado para la atención permanente de estas comunidades. Por este motivo los trabajos de la Conferencia Episcopal de Colombia con miras a la instauración del diaconado permanente, se orientan al descubrimiento de las vocaciones al ministerio diaconal, en las comunidades eclesiales de base, para el ministerio en estas

comunidades, con una orientación netamente evangelizadora.

En cuanto a la importancia de las comunidades eclesiales de base en la evangelización, hay que decir que estas comunidades, después de recorrer unas etapas iniciales de relaciones humanas que conducen al establecimiento de relaciones primarias entre sus miembros, se inician en el conocimiento de la Sagrada Escritura. El estudio y la meditación del Nuevo Testamento, lleva paulatinamente al miembro de la comunidad a gustar intensamente de la Palabra de Dios. Por etapas sucesivas y concéntricas en el diálogo y meditación de la Sagrada Escritura, el cristiano va creciendo en su vida teológica y llega a descubrir o redescubrir el valor de la oración comunitaria, de los sacramentos, del testimonio de vida, del apostolado, de los ministerios laicales (que ya se han conferido a algunos), y quizás, sienta el llamamiento a los ministerios jerárquicos.

EL OBISPO, SU PRESBITERIO Y LA EVANGELIZACION

Monseñor Román Arrieta Villalobos,
Obispo de Tilarán (Costa Rica)

Del obispo, principal evangelizador según la voluntad de Cristo, el hombre moderno exige como indispensables ciertos requisitos, entre los que podemos señalar los siguientes:

Que sea siempre y por encima de todo pastor. — Pastor es aquel que está en condición de conocer a los suyos y a quien los suyos pueden conocer y tener acceso; que está en contacto constante y frecuente, sobre todo con los presbíteros, sus más inmediatos colaboradores; que puede tratarlos como a hijos y amigos, sentarse a su mesa, y dialogar con ellos sobre las cuestiones que más les preocupan y afectan. Pero a todo esto se opone la situación real de muchas diócesis del mundo que por su extraordinaria magnitud dificultan al obispo el ser pastor y lo reducen, contra su voluntad, a la condición de administrador, alejado de su pueblo y separado de sus inmediatos colaboradores. Es éste un problema grave y urgente, que se presenta sobre todo en las grandes ciudades y que sólo tendrá solución cuando las diócesis sean verdaderas unidades pastorales que permitan una comunicación humana y eficaz entre el pastor y los fieles, entre los fieles y el pastor. ¿Cómo dividir una gran ciudad en varias diócesis, cada una con su pastor propio al frente y garantizar al mismo tiempo la unidad de acción pastoral indispensable en dicho conglomerado humano? He ahí el problema que siempre se ha presentado. Pensamos, sin embargo, que la nueva figura jurídico-pastoral que emerge del Vaticano II y que es la Conferencia Episcopal, puede representar la solución a dicho problema. Así como existen conferencias episcopales nacionales y regionales, podemos pensar en una Conferencia Episcopal que llamaríamos metropolitana, formada por todos los obispos de las varias diócesis en que se divida la ciudad y a cuyo nivel dicha unidad de acción pastoral puede muy bien lograrse. Pensamos que una solución tal para las grandes metrópolis, donde el

proceso de rápida descristianización es evidente, podría favorecer mucho la causa de la evangelización del hombre de nuestro tiempo cada vez más tentado u obligado por las circunstancias a vivir en la ciudad.

Que esté atento a los signos de los tiempos. — El único ministerio de Cristo, compartido en modo y grado diverso por los diversos ministros, para que sea de verdad eficaz, debe constituir una respuesta válida a las necesidades concretas de hombres concretos en tiempos y lugares concretos. Por eso el obispo de hoy no puede cerrar sus ojos a la realidad; debe tener el dinamismo necesario para acompañar en su peregrinar hacia el Padre a un hombre que se mueve en todos los campos a velocidad de "jet" y de cápsula espacial; debe esforzarse por descubrir en cada situación el modo más oportuno y eficaz para inyectar en las venas del hombre contemporáneo, como dijo Juan XXIII al convocar el Concilio Vaticano II, la savia vital del Evangelio. El obispo de hoy debe ser por lo mismo un hombre que lee mucho, que estudia mucho, que reza mucho, que vive hondamente la colegialidad, reuniéndose frecuentemente con sus hermanos pastores y otros hombres para encontrar juntos los modos más aptos para llevar al hombre de nuestro tiempo la Buena Nueva de Jesús; que reconoce humildemente su necesidad de continuo **aggiornamento**. Para la Iglesia y para el mismo obispo será siempre una tragedia vivir aislado, pretender que su acervo cultural es inagotable y que las soluciones válidas para ayer lo sean también para hoy.

Que sea un hombre abierto a la voz del Espíritu. — Espíritu que sopla donde quiere y por quien quiere; Espíritu que no puede ser sustituido ni sofocado; Espíritu generoso en prodigar sus dones a la primitiva Iglesia y no menos generoso para prodigarlos a la Iglesia que peregrina en nuestros tiempos. Ese Espíritu está suscitando hoy movimientos que pueden significar una verdadera primavera para la Iglesia. Nuestro deber es seguirlos solícitamente, estudiarlos detenidamente, orientarlos debidamente; hacer nuestra, en una palabra, la enseñanza de San Pablo: "Probarlo todo y retener lo bueno".

Durante el mes de septiembre los obispos de Centro América y Panamá, nos reunimos para tratar el mismo tema del Sínodo: "La evangelización del mundo de nuestro tiempo". Del obispo, el gran evangelizador de ayer y de hoy, dijeron ellos: "Que comprenda las necesidades de su pueblo; que esté convencido de que no puede hacerlo todo por sí mismo, que necesita de los demás; que esté

abierto a la luz del Espíritu; que sea capaz de dialogar; que sea paciente y sufrido; que sea hombre de profunda vida interior; que crea en la colegialidad y la viva; que sea irreductible ante la injusticia, venga de donde viniera; que sea sencillo y pobre; que confíe en sus sacerdotes, los defienda y los trate como amigos y que haga otro tanto con sus demás colaboradores; que esté consciente de la necesidad que tiene de una formación permanente a través de la lectura, cursos y encuentros episcopales; que sepa retirarse cuando en conciencia no se sienta ya capaz para afrontar las graves obligaciones de su ministerio". La evangelización del mundo de nuestro tiempo va a depender en gran manera de que nosotros, pastores, nos esforcemos por practicar lo que aquellos obispos dijeron de sí mismos.

ACCION EVANGELIZADORA DE LAS RELIGIOSAS Y DE LOS LAICOS

La Iglesia, ante el reto que significa la carencia sensible de sacerdotes y la rápida descristianización de nuestra sociedad, tiene la responsabilidad de revisar sus cuadros de acción, si quiere garantizar la fidelidad de nuestros pueblos a Jesucristo y a su Evangelio. Dentro de esa realidad, surgen como dos rayos de esperanza, las religiosas y los laicos, a quienes urge incorporar a verdaderas tareas de evangelización.

Sólo en América Latina las religiosas son ya más de ciento cincuenta mil. Por la inmensa confianza que ellas infunden a nuestros fieles, muchas ocupan ya en varias diócesis tareas evangelizadoras tales como: directoras de oficinas de catequesis, trabajo en equipos de pastoral juvenil, de acción social, de promoción humana integral, de liturgia, etc. En una gran arquidiócesis, una religiosa ha sido nombrada vicaria para las religiosas. Crece día a día el número de parroquias confiadas a las religiosas. Todas estas experiencias coinciden en señalar que si bien el presbítero es indispensable para llevar a una comunidad a su plenitud de vida cristiana, mediante los sacramentos de la reconciliación y la Eucaristía, en orden a suscitar y alentar la fe, las religiosas lo están haciendo por lo menos con igual eficacia que los presbíteros. Creemos descubrir, por lo mismo, en la acción combinada de religiosas al frente de parroquias y presbíteros ofreciendo la penitencia y la Eucaristía, un medio muy eficaz de evangelización allí, sobre todo, donde los presbíteros es-

casean cada vez más. Urge otorgar a estas religiosas, de manera ordinaria, facultades compatibles con su condición, concretamente, la facultad de presenciar matrimonios. Si cuando falta el sacerdote por un mes, los católicos pueden casarse válida y lícitamente delante de sólo dos testigos, ¿por qué en aquellas parroquias donde lo extraordinario de este caso es lo ordinario, no podrían las religiosas ser las testigos de ello? Hacemos desde esta Aula Sinodal un llamamiento cordial y vehemente a todas las congregaciones religiosas femeninas del mundo para que incorporen cada vez más un número mayor de sus miembros a tareas auténticamente evangelizadoras. Es preciso, por otra parte, que obispos y superiores religiosas, conjuntamente, piensen en los nuevos elementos que deben introducirse en la formación de las religiosas, a fin de capacitarlas debidamente para el ministerio de la evangelización. Corresponde, finalmente, a todo el pueblo de Dios, pero de modo muy especial a los obispos y a los presbíteros, acoger a las religiosas con solicitud y orientarlas debidamente en el ejercicio de este ministerio.

Difícilmente, en ningún otro período de su historia, ha contado la Iglesia con un número tan impresionante de laicos esmeradamente capacitados, generosos y apostólicos como en nuestro tiempo. Esta es, ciertamente, la realidad de América Latina. Nunca, como ahora, han tenido conciencia de su pertenencia a la Iglesia y del papel que les corresponde en la evangelización del mundo, como expresión de su vocación bautismal. No llamarlos a colaborar, y, peor, dificultar su acción, sería entorpecer gravemente la evangelización y causar a la Iglesia un daño de proporciones incalculables. En esta hora, cuando tanto escasean los sacerdotes, es preciso llamar a esa legión de apóstoles seculares a construir, siguiendo las huellas de Cristo, un mundo más humano y fraterno; a transformar las estructuras temporales según el plan de Dios; a imbuir de espíritu evangélico la conducción política de nuestros pueblos; a anunciar el Reino de Dios en sus hogares, en sus campos de trabajo y en tantos otros ambientes donde nuestros hermanos gimen como ovejas sin pastor. Si las religiosas y los laicos son incorporados ya y en número siempre creciente a las tareas evangelizadoras, podemos mirar con optimismo y esperanza hacia el futuro, pues no faltarán así a la Iglesia los que anuncien hasta el fin de los tiempos, a todos los hombres, la Buena Nueva de Jesucristo, nuestro Señor.

EVANGELIZACION Y TESTIMONIO DE LA IGLESIA

Monseñor Sergio Contreras Navia,
Obispo Auxiliar de Concepción (Chile)

Lo más específico de la evangelización consiste en que en ella se deja oír la Palabra de Dios. Como dice San Pablo: "somos embajadores de Dios y es Dios quien exhorta a los hombres por intermedio nuestro". La Palabra proclamada por los evangelizadores no es una mera palabra humana, sino que es la Palabra de Dios, que actúa suscitando y afianzando la fe. Por eso, ella posee una eficacia intrínseca, en tal forma que a la evangelización se la puede definir como "una fuerza de Dios para salvación en favor de todo el que crea". Y esa eficacia no se deja medir por los méritos o el ascendiente personal de sus portadores.

Sin embargo, pertenece a la índole misma del anuncio del Evangelio, el que deba revestir la forma de un "testimonio", ya que tiene que proponer como Buena Nueva un hecho —la irrupción de la gracia de Dios en Cristo— cuya validez salvífica para los creyentes concretos esté garantizada por una vivencia ostensible en la que se trasluzca el carácter de Buena Nueva que de él se afirma. Esta exigencia corresponde a una actitud característica de los hombres de nuestro tiempo, los que sólo se dejan cuestionar y persuadir por la palabra que manifiesta una convicción profunda y se acredita por un estilo de vida congruente con ella. Pero esa exigencia corresponde, más profundamente, a la tradición bíblica recogida por el Vaticano II: "la revelación se realiza mediante obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras... manifiestan y confirman la doctrina y la realidad que las palabras significan; y, a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio" (D.V. 2). El mismo Jesucristo, "Palabra hecha carne, hombre enviado a los hombres", habla a sus hermanos "con su presencia y manifestación con sus palabras y obras... y sobre todo, con su muerte y gloriosa resurrección" (ibidem, 4). Así, no sólo por el contenido de su mensaje, sino también por su manera de

anunciarlo con su vida y con su muerte, con su modo de convivir entre los hombres y de entregarse a ellos, Jesús y sus apóstoles constituyen el prototipo y la norma de toda evangelización.

Ahora bien, el destinatario del Evangelio no es un hombre puramente individual, aislado de una sociedad; y el portador del Evangelio no es tampoco un testigo puramente individual, aislado de una comunidad de creyentes, de una Iglesia.

En nuestro mundo, las relaciones humanas son cada vez más vastas y complejas. En los grupos y en los pueblos crece el sentido de comunidad y de vocación colectiva. Pero, al mismo tiempo, subsiste —y hasta se hacen más duras— “las graves injusticias que... impiden a la mayor parte del género humano participar en la edificación y el disfrute de un mundo más igual y fraterno” (SINODO 1971: “La justicia en el mundo”). El Evangelio se dirige a este hombre, que forma parte de este mundo, para anunciarle no sólo la salvación de su alma, sino la llegada del reinado de Dios a su vida entera y a su mundo, y para llamarlo a edificar con todos los hombres la gran familia de Dios.

Los signos y los hechos que acreditan esta palabra del Evangelio y revelan su fecundidad para los hombres, no pueden ser solamente las virtudes personales y las obras de testigos aislados. El hombre y la sociedad requieren hoy de la Iglesia un testimonio colectivo, caminos concretos de comunidad, modelos de institución al servicio del hombre. Y este requerimiento corresponde a la voluntad y al “estilo” de Cristo, quien, para poner en la masa del mundo la levadura del Reino, comenzó por congregarse al grupo de sus discípulos, y envió luego a la comunidad cristiana, animada para ello por el Espíritu Santo, a la tarea de dar testimonio hasta los confines de la tierra.

Por eso, la Palabra del Evangelio, hoy como ayer, sólo puede ser fecunda si es anunciada por una Iglesia que muestre, en su propia vida y sus instituciones, esos valores y esas opciones que el reinado de Dios quiere traer para la transformación de los pueblos y de las estructuras sociales del mundo: el amor a los semejantes, la pasión por la verdad y la justicia, la solidaridad con el sufrimiento de los pobres y la causa de los oprimidos, el espíritu de servicio, el sentido de la igual dignidad de los hijos de Dios, la búsqueda de la participación responsable de todos, la promoción de la libertad, la confianza esperanzada en el hombre.

Para mostrar efectivamente estos valores, debemos ser fieles al llamado del Señor, que escuchamos en el Evangelio y en los signos de nuestro tiempo.

En un mundo herido por segregaciones y discriminaciones que dividen a los hombres y postergan el desarrollo humano de las mayorías, los pastores y los grupos más significativos de la Iglesia (como son los religiosos) debemos buscar una mejor inserción entre los trabajadores y los pobres, compartiendo sus sufrimientos, sus valores y sus esperanzas.

En un mundo en que la manipulación de las conciencias y de las personas parece formar parte, de un modo más o menos desembozado, del programa de quienes detentan cualquier forma de poder —en la vida política, en la vida económica, en la comunicación social—, debemos buscar en el clima y las relaciones internas de la Iglesia un estilo cada vez más fraternal, caracterizado por la confianza mutua y por el estímulo a la iniciativa, a la responsabilidad y a la libre expresión; esto supone la aplicación del principio de subsidiaridad en el ejercicio de la autoridad, y también la existencia de canales efectivos de participación.

En un mundo en que las personas se sienten cada vez más abocadas a elegir entre una masificación asfixiante y un individualismo estéril, debemos procurar que el elemento básico de la estructuración eclesial esté constituido por verdaderas comunidades a escala humana, en las que se haga posible una genuina comunión en la fe, la esperanza y el amor, y en las que todos sus miembros puedan hacer suyas en forma vital y consciente la responsabilidad eclesial en cuanto a la evangelización y el servicio del mundo. La existencia de una auténtica vida comunitaria en la Iglesia puede justificar el postulado de que la conversión al Evangelio incluye el ingreso a la Iglesia. Nuestra Iglesia debe ser realmente un “lugar de comunión” en que los hombres puedan personalizarse y crecer en humanidad, y un “lugar de integración”, en que todas las personas y todos los valores son aceptados con efectivo respeto.

En un mundo paralizado por el miedo, el legalismo y el apego a hábitos egoístas, debemos encarnar de modo más visible en las instituciones de la Iglesia su carácter de pueblo peregrino. Esto implica una mayor confianza en los caminos y aspiraciones de la juventud, un clima más estimulante para la búsqueda de nuevas formas en lo que se refiere a la presencia eclesial en el mundo y al lenguaje

de la fe. En esta búsqueda, debemos ofrecer nuestro apoyo y discernimiento, como pastores atentos al soplo renovador del Espíritu que actúa en nuestras comunidades.

Pero, dicho todo lo anterior, quiero añadir algo para terminar. Necesita la Iglesia hacerse realmente misionera y evangelizadora. Necesita salir de sí misma y superar cualquier tentación de "narcisismo eclesial". El mundo sólo aceptará el mensaje de la Iglesia, si ésta logra olvidarse un poco de sí misma, y hablar menos de sí misma, para centrarse en su Señor y en el servicio a los hombres. En última instancia, la renovación de la Iglesia ha de verse más como fruto que como condición de su tarea evangelizadora.

CHILE, UN PUEBLO EN VIA DE RECRISTIANIZACION

Monseñor Maximiano Valdés Subercaseaux,
Obispo de Osorno (Chile)

El pueblo chileno es un pueblo tradicionalmente católico y religioso desde hace más de cuatro siglos. Pero desde comienzos de este siglo viene sufriendo el pernicioso influjo de diversos errores, como el liberalismo económico, el laicismo y el materialismo marxista. El 85 por ciento de la población está bautizada en la Iglesia católica; el 15 por ciento restante son cristianos no católicos, pues son poquísimos los que se declaran no creyentes. Sin embargo, entre los fieles se dan grados muy diversos de participación activa en la vida de la Iglesia. La mayoría de los católicos conserva en cierto modo la fe, pero padece una profunda ignorancia religiosa. Ignoran que son miembros de la Iglesia y son muy pocos los laicos que les unen a ella. Se conservan diversos cultos tradicionales, sobre todo en los santuarios regionales y en el así llamado folclor religioso. Los pastoralistas actuales recogen todo esto bajo el título de "religiosidad popular" y lo tienen en gran consideración. La Iglesia trabaja para hacer que estos cristianos indiferentes o ignorantes tomen conciencia de su vocación y de su responsabilidad en la comunidad eclesial.

La así llamada cuestión social reviste una gran importancia entre nosotros para la vida y la evolución de la Iglesia. Ya desde la publicación de los primeros grandes documentos del Magisterio pontificio acerca de la doctrina social, nuestros obispos y laicos reponsables se entregaron con toda el alma a resolver este problema. Influyó mucho en su toma de conciencia la siguiente frase del Secretario de Estado de Pío XII: "El futuro de la Iglesia en Chile depende sobre todo de la sensibilidad social de los católicos". Desde entonces los mejores elementos del clero y del laicado se dedicaron con todas sus fuerzas a esta tarea. Así surgió aquel gran movimiento de cristianismo social que terminó formando un partido político, que despertó

las esperanzas de que su actividad alcanzaría la paz de Cristo en el Reino de Cristo. Después de más de treinta años de incansable actividad, el partido llamado democracia cristiana fácilmente llegó al poder en las elecciones populares. Se pretendía una profunda transformación de las estructuras sociales y políticas, lo cual es propiamente la tarea de los laicos comprometidos. Pero estas transformaciones no son suficientes para que el Evangelio transforme la vida de los hombres, que es la labor constante de la Iglesia. Se trataba ciertamente de modificar unas estructuras injustas; pero los corazones de los hombres necesitaban una transformación más profunda. ¿De qué sirve cambiar las estructuras, si los hombres continúan en el pecado? Vienen a la mente las palabras del Papa Pío XII cuando decía que si la Iglesia hubiese sido instituida para solucionar los problemas humanos, no tendría la eficacia que tiene realizando su misión de llevar a los hombres a Dios. El Vaticano II en la Constitución pastoral "Gaudium et Spes" nos ha recordado lo mismo.

En el referido período de la vida chilena no se tuvieron en cuenta algunos principios fundamentales del Evangelio del Reino de Dios, como tampoco se tuvo en cuenta suficientemente la misma vida espiritual de la Iglesia. Así se produjo entre la juventud una fuerte crisis de vocaciones sacerdotales y religiosas y de apóstoles seculares. Sólo tenía importancia dedicarse a la acción social y política, es decir, dedicarse con exclusividad a lo temporal. Casi todo sentido de la trascendencia propio de Dios y de la Iglesia fue postergado, mientras se centró la atención casi exclusivamente en el progreso social, según criterios seculares. La acción católica general fue desapareciendo, y la así llamada acción católica especializada, aunque planteada, poco a poco se deslizó hacia la acción temporal, ya que los cristianos deseaban dedicarse con mayor urgencia a esta actividad, y al final se lanzaron directamente a la acción política bajo la guía de los partidos, hasta llegar a imbuirse de principios políticos más que de los evangélicos. Por otra parte, los cristianos que todavía seguían el liberalismo político crearon una fuerte oposición y este antagonismo entre los católicos produjo una verdadera y profunda crisis, que ciertamente no se puede superar con palabras o argumentos temporales, sino únicamente mediante el Evangelio de Cristo.

En esta situación que acabamos de describir llegó fácilmente la penetrante fuerza de la ideología marxista. Con una prudencia admirable estos secuaces del materialismo, tocados de un cierto idealismo, engendraron el

sentido revolucionario, sobre todo en la conciencia de los jóvenes, y lo difundieron rapidísimamente durante estos últimos años, en nuestro pueblo en otro tiempo tan pacífico, valiéndose de todos los medios oficiales de comunicación social. No faltaron, por otra parte, sectores de clero y de religiosas que cayeron en la trampa de este influjo. De nada sirvió el que los obispos individualmente, y muchas veces todo el Episcopado en común, llamasen su atención para evitar sus errores, con cuidado para no romper el diálogo. La mayor parte de los así llamados "sacerdotes para el socialismo" eran extranjeros, con gran sutileza y habilidad para propagar sus ideas; pero desconocedores quizás del espíritu del Evangelio y de Cristo, que no ha venido para establecer en este mundo un reino político, sino para librarnos a todos del pecado y para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia. Sembraron con su conducta una gran confusión en las comunidades cristianas. Nosotros no los juzgamos ahora; que Dios los perdone.

Todos conocemos el fin del régimen así llamado "Preparación para socialismo a la chilena" introducido por el marxismo. No tenemos necesidad de dar una explicación más amplia ni investigar los hechos más exhaustivamente. Después de algún tiempo la historia lo aclarará todo.

La Iglesia en este momento, como por otra parte siempre lo hizo, cumple la misión y la obligación de mostrar a los hombres el camino del Evangelio para que obtengan la verdadera libertad de los hijos de Dios. Los pastores tratamos incesantemente de usar este derecho con libertad evangélica, pero no sin la debida prudencia, no vaya a ser que, al buscar una estimación ocultamente, el pueblo se vea obligado a soportar todavía mayores daños.

Los pastores trabajan intensamente en todos los campos de la evangelización, en un esfuerzo singular para cristianizar de nuevo a nuestro pueblo. Con sus afanes eclesiales se hacen presentes actualmente en todos los ámbitos de la sociedad, atendiendo principalmente a los oprimidos por dolores del alma y del cuerpo. Y deseando llevar a todos la luz del Evangelio centran su atención principalmente en los jóvenes, sobre todo universitarios, y en los obreros y campesinos, con el fin de ayudarles a lograr su auténtica y plena liberación en Cristo.

COMUNION DE LOS OBISPOS ENTRE SI Y CON EL PAPA

Cardenal Pablo Muñoz Vega,
Arzobispo de Quito (Ecuador)

En la relación del Círculo de lengua francesa B se afirma rectamente que "hay que tratar con confianza a todos los que trabajan por el Evangelio" y se añade: "y no hay que dudar de que el Espíritu, que garantiza la infalibilidad prometida a todo el Cuerpo de la Iglesia, podrá corregir los errores y las imprudencias donde sea necesario. En estas palabras se pone bien de relieve la acción del Espíritu Santo en todo el Cuerpo de la Iglesia. Pero hay un problema subyacente: cuando surjan doctrinas dudosas y no estén de acuerdo los propios especialistas de la Sagrada Escritura y de la teología, ¿cómo se consigue bajo la guía del Espíritu Santo la certeza acerca de la Palabra de Dios que hay que predicar y del método justo que hay que emplear en la evangelización de las distintas culturas y condiciones sociales de los hombres? O, ¿cuál es el criterio objetivo último para discernir la autenticidad de la Palabra de Dios que se predica? El cardenal Wojtyla sugirió ya la respuesta al recordar que la certeza de la fe tiene su dimensión eclesial, "en la cual se relaciona íntimamente con la autoridad del Magisterio". La respuesta que se ofrece está tomada de la verdad que enseña que la Palabra de Dios bajo la acción del Espíritu Santo fue confiada a todo el Cuerpo Episcopal y a su Cabeza como objeto del Magisterio y régimen supremo, para que de este modo el pueblo cristiano esté seguro de la autenticidad de la Palabra de Dios que escucha y acepta con fe; como expuso egregiamente la relación del Círculo de lengua italiana.

Acerca de esta verdad querría más explícitamente hacer las observaciones siguientes: en medio de la actual confusión de ideas, aun en cuestiones de fe y costumbres, el pueblo de Dios necesita una dirección clara y firme; más aun, la exige y la espera, como demuestra la comunicación de experiencias. Por ello se impone hoy más que nunca la

solidaridad y comunión de los obispos entre sí y con el Pastor supremo asumiendo la corresponsabilidad del Magisterio ordinario. Pues, aunque tratándose del sumo bien de la Iglesia, que es la unidad de fe, toda la comunión de fieles está obligada a colaborar, sin embargo el sacerdocio ministerial, y en primer lugar el de los obispos, tiene una responsabilidad propia e inalienable en esta materia. Varios pueden ser los medios de colaboración colegial del Cuerpo Episcopal con el ejercicio del Magisterio en toda la Iglesia por parte del Pastor supremo. Una forma de colaboración, que no sin razón puede considerarse muy en conformidad con las condiciones de nuestro tiempo, es el Sínodo de los Obispos, al ejercer colegialmente los padres sinodales, como representantes de todo el cuerpo episcopal, la función de "enseñar y aconsejar" al Sumo Pontífice. La verdad es que, cuando se trata de resolver problemas para toda la Iglesia, por distintas causas, los obispos no siempre son del mismo parecer, y no siempre, ni aun después de discusiones agotadoras, logran ponerse de acuerdo. Pero, aun en esta situación, es posible conseguir la unidad de voluntad del Cuerpo Episcopal, si se conjuga el principio de colegialidad con el principio de comunión jerárquica. En efecto, el Pastor supremo tiene autoridad en el Cuerpo Episcopal para formar la unidad de voluntades y mentes aun en tal situación, que por lo demás no podría superarse de otro modo.

El Pastor supremo instaure y promueva la comunión ecuménica en la caridad del Espíritu Santo sobre todo cuando, en virtud de la prerrogativa de su misión, forma la unidad de voluntad del Colegio Episcopal en el ejercicio del ministerio de la Palabra de Dios. Al sucesor de Pedro se ha concedido este carisma especialísimo: que no falle su fe, a fin de confirmar a sus hermanos. La misión del Pastor supremo está ordenada al cumplimiento de este altísimo deber, y este deber no puede ejercerlo nada más que él. Encontrada en este ejercicio del Magisterio supremo la solución de problemas inclusive extremadamente difíciles (pensemos, por ejemplo, en las cuestiones tratadas en las encíclicas "Casti Conubii" y "Humani Generis"), los obispos contribuyen poderosamente a la verdadera comunión enseñando a su propio pueblo la sentencia proferida por el Pastor supremo como la que transmite de manera auténtica la Palabra de Dios para que se aplique rectamente a las distintas condiciones sociales y culturales de las gentes. Así el Espíritu Santo hace de los obispos y su Cabeza, como ministros de la Palabra de Dios, un solo corazón y una sola alma.

NECESIDAD DE UNA AUTENTICA BASE TEOLOGICA PARA LA EVANGELIZACION

El Señor llamó "agua viva" al don de Dios que se nos da en la evangelización. Así, pues, para explicar la función de la evangelización, sin duda la más importante de la Iglesia, se puede recurrir a la analogía con el trabajo necesario para conducir la abundancia requerida de agua a una gran ciudad. En una obra de este tipo se requiere una serie de diversos trabajos. Es necesaria, ante todo, una explicación del terreno para detectar el agua; luego hay que buscar los medios aptos para purificarla y librarla de toda posible contaminación hasta hacerla potable. Este trabajo fundamental no puede hacerse sin conocimientos científicos de diverso tipo, y se encomienda por tanto, a especialistas en la materia. Quedan, luego, muchas otras actividades que han de ser realizadas por otros técnicos diversos para conducir el agua recogida a donde sea necesario: porque el agua ha de llegar no sólo a la casa de los ricos, sino también a las mesas de los pobres, y siempre libre de toda contaminación.

Ahora bien, para desempeñar la función evangelizadora se requiere también una serie de trabajos diversos para que los ríos de agua viva de que habló el Señor lleguen en abundancia hasta los hombres que ansían el don de Dios. Ciertamente las fuentes que brotan de la herida del costado de Cristo, por la que se nos manifiesta su Sacratísimo Corazón, son como un tesoro infinito a nuestra disposición. Pero existe una economía del misterio de salvación a la que la Iglesia debe prestar atención; es necesario que se investigue y transmita este tesoro en cada época de la historia según esta economía. Este primer trabajo fundamental compete a aquellos —obispos y sacerdotes— a quienes les ha sido encomendada en la Iglesia la importantísima misión de investigar científicamente las fuentes de la doctrina católica. No podremos nunca ponderar suficientemente la estima y agradecimiento que merece la labor de nuestros teólogos, quienes se dedican con todas sus energías a investigar cada vez más plena, amplia y profundamente la doctrina revelada. ¿Cómo podríamos evangelizar al mundo moderno, tan orgulloso de su enorme progreso en las ciencias naturales, humanas y sociales, si nuestros teólogos no elevaran los estudios teológicos a un nivel parecido de competencia? Pero es además necesario conducir aptamente estas reservas de la doctrina de la fe hasta el pueblo de Dios, teniendo siempre presentes las palabras del Señor: "me envió a evangelizar a los pobres" (Lc 4, 18). Para ello tenemos necesidad

de la colaboración de especialistas en pastoral, catequética, liturgia, sociología y pedagogía y son, por tanto, necesarios institutos donde de acuerdo con las exigencias del desarrollo cultural de nuestro tiempo, se preparen adecuadamente presbíteros, religiosas y laicos, llamados al apostolado, en todas las especialidades referentes al objeto, medios y estilo de la evangelización. Pero la finalidad única de todo este trabajo es que "la fuente de agua que brota para la vida eterna" (Jn 4, 14) llegue a todos los hombres con la pureza que caracteriza el don de Dios.

Debemos, por tanto, reflexionar en este Sínodo sobre nuestras facultades teológicas, institutos y revistas que tratan de problemas religiosos actuales, pastoral o científicamente. Es evidente que necesitamos de todo ello más que en el pasado, ya que no basta cualquier conocimiento de la doctrina de la salvación para evangelizar este mundo secularizado, en el que se ha hecho tan importante la pregunta sobre la relación entre fe y ciencia, y en el que todos los pueblos están tan preocupados por la promoción de su propia cultura.

Una teología consciente de la gran responsabilidad de la evangelización actual debe responder a muchas preguntas, como ya ha aparecido claro en los debates celebrados en esta Aula. Es necesario que nos ilumine sobre el modo de resolver los problemas que nos acucian cada vez más urgentemente en la acción evangelizadora en casi todo el mundo: el problema de la liberación en sus dos dimensiones, temporal y escatológica, el problema de la relación de la fe cristiana y la política, el problema de cómo la religión cristiana no sólo no ha de permanecer extraña a las culturas indígenas, sino cómo podrá informarlas y vivificarlas según la economía propia del misterio de la encarnación; y así otros problemas que los padres han indicado. A la teología actual se le pide una función de gran responsabilidad, pero existe una jerarquía de valores en lo que se le pide. ¿Qué es lo primero y más importante que pedimos y esperamos hoy de nuestros teólogos, dada la situación interna y externa de la Iglesia? Que sus investigaciones, escritos y enseñanzas sean tales que hagan brillar mejor la unidad de la fe católica. ¿Qué otra cosa recomendó con mayor insistencia el Señor cuando rogó a su Padre por cuantos iban a creer a través de la palabra apostólica sino que "todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado"? (Jn 17, 21). Ahora bien, no podremos dar un testimonio suficiente de la unidad de la fe católica en la evangeliza-

ción actual, mientras nuestras investigaciones teológicas y nuestros escritos científicos no se liberen lo bastante de esa atmósfera de confusión, de oscuridad y disociación doctrinal en que se halla la vida intelectual de nuestro tiempo. Es evidente que hoy tenemos una gran abundancia de estudios bíblicos, teológicos, filosóficos, socio-religiosos, etc. ¡Cuántos volúmenes se editan cada año, cuántos artículos en revistas, cuántas conferencias en congresos científicos! ¿Nos ayuda, acaso, este ingente trabajo a dar el testimonio de la unidad de fe que está tan estrechamente ligado con la credibilidad de la Iglesia? No suficientemente, mientras haya en nuestra Iglesia, como los hay, estudiosos y escritores de teología que parecen estar más preocupados por la novedad de las ideas que por la sincera pureza de la verdad.

No queremos de ninguna manera que nuestra teología pierda nada de la creatividad necesaria para encontrar soluciones a los graves problemas que acabamos de mencionar. Pero precisamente porque el estudio de estos problemas, según la enorme diversidad de culturas, puede llevar a un mayor pluralismo de caminos en las soluciones que se han de dar, tanto más necesitamos que la ayuda y el influjo de la teología actual hagan más sólida la unidad de la fe católica en las cosas esenciales. Teniendo presente la finalidad última de la evangelización: saciar la sed del pueblo de Dios con las fuentes de "agua viva", es necesario que nuestros teólogos y escritores traten con todas sus fuerzas de que nada, absolutamente nada, de heterodoxo se mezcle ya en el origen de la evangelización, es decir, en la investigación y transmisión del tesoro de la doctrina de la salvación. Pues, ¿qué puede haber de más grave que el que exista ya una cierta contaminación en el mismo origen de esta gran obra?

"Los pobres son evangelizados" (Lc 7, 23). "El agua que brota para la vida eterna" debe llegar purísima a la mesa de los pobres del Señor por medio del ministerio de los colaboradores del Evangelio. Este debe ser nuestro principal deseo y nuestra máxima aspiración. Debemos ser conscientes de que nuestras facultades e institutos están viviendo un momento crítico. Pero la misma historia de la evangelización les puede servir de aliciente para abrazar la misión actual que es ciertamente altísima. Con razón se dice que la Iglesia de Cristo ha realizado dos obras máximas en la historia de la evangelización con la ayuda de la divina Providencia: la primera fue la eximia y prolongada obra de evangelización con que la Iglesia creó una Europa cristiana; la segunda, la excelente obra

misionera con que regaló a Cristo, su Esposo, una América cristiana, más aun, una América en gran parte católica. Ahora bien, en estas dos obras evangelizadoras quiso la divina Providencia que la teología católica alcanzase las más altas cumbres desde las que pudiera ejercer su función con esplendor. Si, como muchos piensan hoy, la Iglesia se encuentra en los umbrales de una nueva edad en la historia de la evangelización, ¿no es lícito esperar de los dones y guía de la divina Providencia que nuestra teología alcanzará otra nueva cima desde la que podrá iluminar los nuevos problemas del mundo?

AMERICA LATINA, CONTINENTE DE ESPERANZA

Monseñor Bernardino Echeverría Ruiz,
Arzobispo de Guayaquil (Ecuador)

El documento llamado "instrumento de trabajo" habla de la necesidad de adaptar la labor de la evangelización a las exigencias de los tiempos, de las culturas, de los temperamentos raciales. Creo que es un punto sobre el que hay que insistir, pues de esta adaptabilidad, que ha tenido la Iglesia en el pasado, se ha derivado la obra gigantesca de la evangelización de los pueblos que en Europa hasta llegó a crear una cultura que se llama todavía la cultura occidental cristiana. Por otra parte, esta fue la forma como Jesucristo realizó la obra de la evangelización; su predicación estaba destinada particularmente a un pueblo que tenía una religión, la judía. Y cuando evangelizaba a este pueblo no trataba de acabar con la religión, sino sencillamente de iluminarla con la luz de su Palabra para hacerla más perfecta como relación entre Dios y los hombres. No he venido a abolir la ley, declaró enfáticamente. Esta fue también la forma de evangelizar del Apóstol de las Gentes. Este gran Apóstol respetó, como nadie, las tradiciones religiosas. A su discípulo Timoteo, convertido a la fe, obliga que se circuncide, mientras esto mismo lo niega a Tito. Esta forma de actuar la sintetiza en estas palabras: "Me he hecho judío con los judíos, para ganar a los judíos. . . ; me he hecho enfermo con los enfermos, para ganarlos a todos". Algo más, San Pablo asienta el principio de que escandalizar a los ignorantes que tienen expresiones religiosas que no convencen a los hombres cultos, menospreciándolas o destruyéndolas, es pecar contra el mismo Cristo que ha muerto por ellos.

Esta fue la forma como actuaron también los grandes misioneros. De manera especial los misioneros que en el siglo XVI comenzaron el milagro de la conversión de América. Por singular coincidencia se celebra hoy el Día de la Hispanidad, es decir, del encuentro de España con América, que terminó en la cristianización de todo el continente que, indudablemente es un continente cristiano.

Vale la pena que recordemos cómo actuaron estos misioneros a quienes no hay que confundir con los conquistadores. Los misioneros de América fueron, ante todo, recias figuras de santidad y teólogos que sabían lo que hacían. Y la forma de evangelizar que adoptaron fue justamente la de respetar la forma de sus expresiones religiosas, iluminándolas con la luz del Evangelio. No destruyeron los templos paganos, sino que, más de una vez, los convirtieron en lugares de culto cristiano; no abolieron los ritos, sino que los enderezaron hacia Cristo; el culto del sol se convirtió en el culto de la Eucaristía, y el alma, rico venero de sentimiento, encontró un motivo de amor en el culto a la Santísima Virgen. Así América tuvo como su mejor herencia los dos grandes amores, el de la Eucaristía y el de la Madre de Dios.

Muchas veces olvidamos esta regla elemental de la predicación, por eso, algunos predicadores del Evangelio, quizás con el noble propósito de aplicar la renovación del Concilio Vaticano II, han cometido verdaderos atropellos contra el sentimiento religioso de los pueblos. Con el pretexto de purificar el culto de ciertas reminiscencias supersticiosas, se ha emprendido, con escándalo de los fieles, una campaña iconoclasta de acabar con las imágenes; con el pretexto de centrar más la atención en la persona de Cristo, se ha arremetido contra las devociones marianas; con el pretexto de no caer en un triunfalismo vanidoso, se ha querido acabar con los congresos eucarísticos y otras manifestaciones de culto realizadas con gran concentración del pueblo. Así caemos en un criterio muy pesimista con respecto a la evangelización de los tiempos pasados. Hay quienes piensan que nada se ha hecho hasta ahora, que la obra de la evangelización hay que empezarla ahora. Cuando la realidad es todo lo contrario.

En estos días hemos oído en esta Aula cómo la Iglesia de Africa avanza en forma vertiginosa, hasta el punto de superar el índice de conversión al cristianismo al índice de la explosión demográfica; a nuestro lado vemos una jerarquía bien constituida, con auténticos exponentes de la fe cristiana que hasta piensan que algún día le tocará a Africa la tarea de evangelizar Europa; pero todo esto es justamente por la obra evangelizadora de los misioneros enviados por Roma que con la estrategia de Cristo y de Pablo han convertido ese inmenso continente. Aquí en el Aula hemos escuchado las profundas reflexiones, la edificante madurez de las Iglesias de la India y de otros pueblos orientales; y esto indudablemente se debe a la obra de la evangelización de los misioneros. América Latina

ha sido calificada de "continente de esperanza", esto no es por otra cosa que por la herencia cristiana de los grandes misioneros. Hoy como nunca, la voz del Papa es escuchada con respeto en todo el mundo; hoy como nunca hay una comprensión cristiana entre las naciones que viven fraternalmente unidas; todo esto es obra de la evangelización; no hay que alarmarse, por lo mismo, con una visión pesimista de la hora actual.

EXPERIENCIA MODELO DE EVANGELIZACION

La Conferencia Episcopal, al tener que celebrar el primer centenario de la Consagración del Ecuador al Corazón de Jesús, decretada primero por el Episcopado de entonces, ratificada por el Congreso de la República y confirmada por aquel ilustre hombre, doctor Gabriel García Moreno que, en ese entonces, ejercía la primera magistratura de la nación, sintió la necesidad de celebrar esta gloriosa conmemoración realizando "un año de evangelización", que comenzó el 1º de enero de 1974 y terminará el 31 de diciembre de 1974.

Los obispos se propusieron presentar a los fieles una versión de esta devoción acomodada al modo de pensar de nuestro tiempo y para resaltar la dimensión social y humana de la misma devoción estableció en la ciudad de Guayaquil la "Fundación de corazón a corazón", destinada a prestar ayuda a los enfermos del corazón y carentes de medios humanos para curarse. Como consecuencia lógica de la devoción al Corazón de Jesús convocó el III Congreso Eucarístico Bolivariano que se celebró en junio del presente año, con la participación de muchos obispos de todos los países bolivarianos y con la presencia del Santo Padre a través de su legado.

El año de evangelización se preparó de la siguiente manera. Ante todo, con el fin de descubrir la realidad del pueblo y seleccionar el mejor método para hablarle, los obispos del Ecuador, en varias sesiones, unas veces solos, otras con miembros del presbiterio, de los religiosos y de los seglares comprometidos, analizaron las causas de la ignorancia religiosa y, sobre todo, consideraron las características del mismo. Se confió a una comisión episcopal la elaboración de un esquema de predicaciones que basándose en los textos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento pudiera prestarse para una exposición orgánica y sistemática del plan de la salvación. Estos textos

deberían incorporarse a la liturgia de los domingos, para que los sacerdotes pudieran servirse de ellos en la homilía. Asimismo se resolvió que en los siete domingos anteriores al Congreso se presentara toda la doctrina renovada de los sacramentos. Una vez confeccionado el esquema de predicación fue nuevamente revisado y aprobado por la Conferencia. Luego, se imprimió y se repartió a todos los sacerdotes, a los religiosos y a los catequistas para que en las misas, en los círculos de las comunidades eclesiales y de las asambleas cristianas fueran convenientemente explicados los textos. Para todo esto hubo también una doble preparación del personal. Los sacerdotes recibieron cursos especiales de renovación teológica y los seglares se agruparon en asambleas cristianas que son comunidades incipientes de base. El éxito obtenido por este procedimiento ha sido innegable. Ante todo se ha conseguido dar al pueblo de Dios una doctrina uniforme, segura, consiguiéndose en esta forma que el pueblo no sufra el escándalo de verse envuelto en la confusión que experimentan algunos de sus pastores. Por otra parte, también ha contribuido a que los mismos sacerdotes se unifiquen, pues al hallarse unidos en la presentación de los mismos temas se han encontrado también unidos en la misma fe.

El orador terminó haciendo una propuesta: que se declare año de evangelización para todo el mundo el año que seguirá al Sínodo, a fin de que, en este año, a base de esquemas que contengan los temas de la predicación, elaborados a escala mundial por el Santo Padre o a escala continental por los respectivos organismos, podamos aprovecharnos de esta circunstancia para cumplir con el mandato que recibimos en la persona de los apóstoles: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura".

RELACION ENTRE LA INDOLE ESCATOLOGICA DE LA EVANGELIZACION Y LA SOLICITUD DE LA PROMOCION HUMANA

Monseñor Manuel Samanlego B.,
Obispo de Ciudad Altamirano (México)

Nunca quizá como en nuestros días había sido tan fuerte la tensión entre acción pastoral y actividades temporales, frente a las peculiares circunstancias históricas de América Latina. Hay quienes exigen a la Iglesia que se dedique sólo a la misión de predicar el Evangelio y administrar los sacramentos, al margen de toda ingerencia en los problemas sociales, económicos y políticos que agobian al mundo. En contraposición, hay quienes le exigen que se olvide de su función pastoral y se ocupe en una actividad puramente social, económica y política, por la que se comprometa con las opciones de algunos grupos.

La Iglesia —pueblo de Dios— es enviada al mundo por Jesús, como El es enviado del Padre, para que el mundo crea y se salve. La salvación que promueve es esencialmente liberadora del pecado en todas sus manifestaciones. El pueblo de Dios impulsa la transformación integral de los seres humanos y del mundo social en que se desarrolla su vida y quiere impregnar de la vida divina toda la realidad humana, incluida de manera especial la actividad promotora del bien común. El pueblo de Dios es, así, “signo y salvaguarda del carácter trascendente de la persona humana”. La Iglesia lanza su reto fundamental al corazón y a la conciencia donde el hombre decide su vida y el modo de relacionarse con Dios y con los hombres. Este nivel de profundidad es el nivel propio e irrenunciable de la acción del pueblo de Dios.

Precisamente porque su misión promueve el bien total de todos los hombres y porque los invita a superarse en una dinámica de conversión, el pueblo de Dios, contribuyendo al perfeccionamiento de los miembros de la comunidad humana, incide con su acción en los asuntos

temporales, y, además, constituye un factor decisivo e imprescindible de los mismos.

El compromiso central de la Iglesia con el mundo es ser Iglesia. Esto significa que la comunidad de creyentes viva de tal manera la fe, la esperanza y la caridad, que continuamente esté produciendo la “nueva creatura” en Cristo, dirigida y fortalecida por el Espíritu Santo en las circunstancias históricas.

La “creatura nueva”, creada por Dios en Cristo por el bautismo tiene una dimensión individual y social, es la reconciliación universal de todos los hombres y de todos los pueblos y desempeña una función histórica y cósmica. La “nueva creatura”, por tanto, que se realiza y manifiesta en la Iglesia, se expresa en un compromiso con la humanidad, para formar la gran familia de Dios, y se proyecta en las tareas temporales en la historia y en el cosmos.

La encarnación es el misterio que fundamenta y manifiesta toda la fuerza del compromiso de la Iglesia en el mundo. El Hijo de Dios asume, al encarnarse, todo lo humano, menos el pecado: participa de la carne y de la sangre y se hace nuestro hermano para “ocuparse” del género humano. Hace suyo el modo de existir humano, se solidariza con el hombre, existe bajo la inseguridad del dolor, de la tentación y de la muerte; se hace pobre con los pobres; compromete su propia vida para la liberación de la esclavitud radical del pecado y para la destrucción de “todas las obras del diablo” y de todas las formas de esclavitud humana que nacen del desamor.

La Iglesia, a semejanza del Señor, cumple su misión en la medida que sigue la ley de la Encarnación. Por la acción del Espíritu Santo penetra en lo humano para dignificarlo. Se solidariza con todos los hombres por amor, sin aceptar el pecado del mundo. Esta encarnación de la Iglesia en el mundo no separa ni opone lo divino y lo humano; no confunde lo humano con lo divino; no relega lo humano por la búsqueda de lo divino, ni reduce lo divino a una promoción puramente humana. Este es el modo del compromiso pleno de la Iglesia con la sociedad.

Las formas en que cada creyente realiza el compromiso con el mundo están condicionadas por su vocación peculiar, por las funciones que desempeña en la Iglesia, por los carismas del Espíritu Santo, por las circunstancias concretas que vive, por el nivel de formación social y, sobre todo, por el grado de madurez en la fe. Así es como ese compromiso cristiano con la sociedad se hace eficaz no

sólo en las luchas socio-políticas y en el trabajo con los pobres, sino también en la actividad familiar, docente y económica en las funciones administrativas, en los trabajos intelectuales, en el uso de los medios de comunicación, en las manifestaciones de arte y en las actividades pastorales.

La solicitud pastoral nos obliga, en nuestros días, a considerar atenta y cuidadosamente el fenómeno de las luchas y de los conflictos que se dan entre los diversos grupos de la sociedad. Es tarea de la Iglesia iluminar con la luz de la fe ese hecho.

Es innegable que los hombres están divididos, aunque no sólo ni determinadamente por lo económico, y que esta división es una violencia. Es claro también que estas divisiones obligan a los hombres a ponerse unos frente a otros y que no es posible dar pasos hacia la solución de los conflictos sin el encuentro, confrontación o enfrentamiento de las diversas posiciones.

Estas realidades han sido interpretadas de muy diferentes maneras, ya como una ley de la historia, ya como un método para lograr el cambio social. Pero para nosotros, cristianos, estas realidades son un llamado de Dios a terminar la violencia de las divisiones mediante enfrentamientos que produzcan efectivamente el orden y la unidad.

Los enfrentamientos que se hacen en la caridad, son capaces de producir la unidad. La caridad busca el bien del otro por encima del propio bien: prefiere la liberación interna y la salvación del otro por encima de la propia opinión, del propio bien económico y del propio poder político. Este enfrentamiento cristiano es radical y sus objetivos son más realistas y profundos que los de la lucha de clases. En efecto, los enfrentamientos en la caridad, mediante el uso de medios no violentos, se proponen la realización de la justicia y el cambio de las relaciones sociales pero no dentro del marco estrecho del solo bien propio, sino tomando en cuenta también el bien de los opositores.

Quien ha vivido el amor a los enemigos sabe por experiencia que ha necesitado de la fe para remediar, a base de caridad, una situación difícil; pero también tiene la experiencia de que la fe no engaña y de que no hay nada más efectivo que la caridad para producir los frutos que tenemos prometidos y que se manifiestan en una solución radical de los problemas. Quien vive la fe no quiere seguir la lógica de la violencia: "vence el mal con el mal",

sino la dialéctica de la caridad: "vence el mal con el bien", vence el odio con el amor.

Los creyentes vivimos con la esperanza puesta en Dios vivo, y por eso nos fatigamos y luchamos por alcanzar la resurrección entre los muertos. Esta esperanza supera a todas las esperanzas humanas, porque por ella el Espíritu Santo nos da una confianza plena en las promesas divinas. Sabemos que hemos sido llamados a una dichosa esperanza que está garantizada por el poder de Dios manifestado en la resurrección de Jesús.

Sin embargo, la esperanza cristiana no es una evasión utópica de las miserias presentes, sino una fuerza de Dios que nos afianza en toda obra buena conduciéndonos hacia la paciente espera de Cristo. Nuestra peregrinación por la vida mortal es un seguimiento del Señor, el cual nos exhorta a que llevemos cada día, detrás de El con alegría y gozo nuestra cruz. Pues solamente por la cruz podemos alcanzar la nueva creación y la nueva ciudad, la Jerusalén Celestial.

LA LUZ DEL EVANGELIO, UNICA CAPAZ DE ILUMINAR LA CONCIENCIA CRISTIANA

Monseñor Manuel Castro Ruiz,
Arzobispo de Yucatán (México)

México es una sociedad llena de contrastes en muchos aspectos humanos, que busca, sin embargo, su unidad e identidad como nación, mientras experimenta los profundos y rápidos procesos que está viviendo hoy la humanidad: la secularización, el anhelo de liberación y de justicia, el sentido de la solidaridad entre todos los hombres, etc.

Fijando la mirada en el campo de la evangelización hay que señalar ante todo la religiosidad popular. Elementos de la misma son: un sentido profundamente arraigado de la trascendencia de la existencia humana, o sea, una orientación fundamental hacia Dios; amplia difusión en el pueblo; con manifestaciones culturales típicas, cuyas raíces se hunden en lo autóctono y en lo hispánico.

El sentido de la trascendencia, como apertura radical del hombre a Dios, se ha encarnado en México en un catolicismo popular, cuyos rasgos más salientes se pueden describir así: aunque alimentado por una catequesis conceptualista, el catolicismo popular es prevalentemente vivencial; se nutre de tradiciones (conceptos y valores) transmitidas por la familia y por el grupo social, a través de las cuales las generaciones nuevas son informadas acerca de las nociones y prácticas fundamentales de la fe cristiana y son llevadas a una elemental comunión eclesial; está marcadamente orientado al culto: a Jesús en su pasión, a la Virgen Madre de Dios, María, a los Santos; la devoción a María está arraigada tan profundamente en el corazón del pueblo que con toda razón se la considera como un elemento de cultura mexicana; el catolicismo popular tiene actitud de fuerte dependencia respecto a la Providencia de Dios, a veces con sentido filial y personalizante, a veces con sentido fatalista y pasivo; crea ciertas actitudes morales primitivas, pero no llega a

madurar conciencias morales en dimensión cristiana plena, personal y, sobre todo, comunitaria; está estrechamente vinculada con el folclor, donde se originan ciertas expresiones devocionales peculiares; es una fe profesada valerosamente, en un contexto histórico difícil.

La renovación no se puede entender sino dentro de la visión del catolicismo popular, que ha alimentado y a la vez se está beneficiando de ella. Tiene la peculiaridad de una participación muy activa del laicado al lado de los sacerdotes. Sus antecedentes hay que buscarlos en la acción de la jerarquía, conjugada con dicho catolicismo popular, lo que produjo movimientos de vitalidad interior y apostólica, tales como los movimientos de cursillos de cristiandad, de acción católica, una gran variedad de asociaciones piadosas, órdenes terceras, organizaciones de caridad asistencial y de promoción social, asociaciones de trabajadores y de empresarios. Además, hay que tomar en cuenta un hecho sintomático de máxima importancia: el florecimiento de vocaciones para el sacerdocio y para la vida religiosa. Entre los más recientes factores que han contribuido a la renovación de la vida cristiana hay que señalar el movimiento bíblico, el movimiento catequista, el movimiento litúrgico y el movimiento carismático o movimiento de renovación en el Espíritu Santo. En nuestros tiempos este movimiento ha venido desarrollándose, con un ritmo creciente, en diversos sectores de nuestra comunidad, también entre los jóvenes. Puede describirse como una búsqueda de interioridad y trascendencia, en oposición a un mundo que está volcado sobre lo exterior y lo temporal. Frente a esta experiencia nueva, el Episcopado se mantiene atento y vigilante; en algunas diócesis se han dado ya algunas normas y se han hecho advertencias.

La metamorfosis social y cultural que está sufriendo México con el resto de la humanidad, crea un estado de ánimo de confusión y desconcierto, que produce actitudes diversas entre los cristianos, desde las posturas más radicales y violentas hasta las actitudes conformistas y pasivas. Y esto también se da entre algunos clérigos y entre algunas religiosas. La angustia y los anhelos de liberación aun cuando busquen auténticos valores, llevan consigo dos tentaciones: la tentación grave de encerrarse en la dimensión puramente temporal o inmanente de la historia, renunciando a la dimensión trascendente, esencial a la fe; y la tentación de caer en la estrategia antievangélica de la violencia.

Apoyándose en las riquezas espirituales de nuestro pueblo, la acción evangelizadora de la Iglesia se esfuerza, con fidelidad a la Palabra de Dios y como servicio a la comunidad mexicana, por conservar y purificar el sentido de la trascendencia contenido en la religiosidad popular; superar la dicotomía existente aún entre la fe y la vida, vivificando el cristianismo de muchos, para que dentro de una auténtica conversión, se consagren al ejercicio sincero de la verdad, la justicia y la caridad; madurar la fe para liberar al cristiano de la actitud fatalista o pasiva y para que adquiera un sólido sentido de la libertad y de la responsabilidad. Para alcanzar esto, la Iglesia, mientras evita proponer soluciones técnicas, trata de iluminar con la luz del Evangelio las conciencias de los cristianos, a fin de que busquen el Reino de Dios, tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales.

Conscientes de que nos hallamos frente a uno de los desafíos más formidables de la historia y de que la Iglesia está llamada a misiones inmensas, queremos afirmar, una vez más, nuestra esperanza en Cristo, que padeció y resucitó para preparar al Padre el reino universal, y cuyo Espíritu Santo vivifica el mundo. El signo de esta esperanza que no frustra es María.

MISION DE LA IGLESIA EN EL MUNDO

Monseñor Salvador Schlaefter,
Vicario Apostólico de Bluefields (Nicaragua)

Se hace difícil seguir todas las intervenciones de los padres sinodales, que pasan rápidamente de la situación de un país a la de otro, pero hay que estar satisfechos por el progreso de la Iglesia en el mundo, en el cual es sacramento de la presencia de Cristo como congregación de cuantos creen en Cristo resucitado.

Por lo que se refiere a la "concepción del mundo", hay que recordar que Cristo vivió en el mundo y trabajó en el mundo como carpintero y que a la Iglesia no compete tan sólo acoger a los hombres, sin hacer obras de apostolado, como si los hombres tuvieran innato el amor y un corazón bondadoso; Jesús hizo a Andrés y a Pedro pescadores de hombres, y después de la Ascensión todos los apóstoles, con la asistencia del Espíritu Santo, se dedicaron a "pescar hombres", y comenzaron el diálogo con los hombres (con el mundo), manifestándoles el amor de Dios e invitándoles a la conversión.

Hay que tener un recuerdo especial para los misioneros que, siguiendo el mandato de Cristo, dejan su tierra y su familia, tienen que aprender otras lenguas y adoptar una nueva manera de pensar, adaptarse a otras costumbres y a comidas distintas, y que sufren tanto cuando no se comprende su misión.

EL CANTO, MEDIO DE EVANGELIZACION

Conviene que el documento final de este Sínodo acerca de la evangelización, escrito en las lenguas vernáculas, sea sumamente inteligible. Puesto que estamos en el tiempo de los laicos activos, es necesario que los mismos puedan leer y entender los documentos sinodales. Sucede, a veces, que Roma redacta documentos y los envía a los fieles, pero, con frecuencia, sin ningún provecho para

los laicos, pues casi nadie puede entenderlos. Así pues, sería muy triste si el documento sobre la evangelización del mundo contemporáneo no explicara en forma clara y simple cuál es el nuevo impulso de evangelización en la Iglesia. Así pues, es de esperar que este Sínodo publique un documento fácil de entender, fundado y apoyado en que el documento del Sínodo anterior sobre la justicia en el mundo fue muy claro.

Todos sabemos que la Palabra de Dios leída mueve con frecuencia los corazones. Pero la Palabra de Dios cantada atrae fuertemente y conquista los corazones de los jóvenes y de los adultos. En el canto religioso está presente el Espíritu Santo. La experiencia enseña que en las misiones el canto anima a los fieles y a los infieles. Casi toda "religiosidad" encuentra en el canto y en las composiciones poéticas una sólida base. Los protestantes desde el tiempo de Lutero, evangelizan mediante la música. La música y el canto tienen también hoy, como en otro tiempo, un gran influjo en la difusión de la religión. Por tanto, los padres sinodales deberían tener esto en cuenta al considerar la doctrina sobre la predicación del Evangelio de Cristo.

LA EVANGELIZACION LLEVA A COMPRENDER A CRISTO LIBERADOR

Monseñor Felipe Santiago Benítez,
Obispo de Villarrica (Paraguay)

La evangelización no se refiere solamente a la predicación misionera que se propone suscitar el primer acto de fe, sino a todo el proceso de maduración en la fe. De hecho, en América Latina, preferimos entender por evangelización la maduración de la fe y evitamos así la separación de evangelización y catequesis. Por lo mismo, preferimos evitar también la expresión "re-evangelización", que supondría partir casi del vacío. Hay raíces de fe que deben profundizarse. Nuestro pueblo, en muchos casos insuficientemente evangelizado, espera que la Palabra de Dios cale más hondamente en su vida. Nuestra concepción se fundamenta en la íntima unión y solidaridad de la Iglesia con la humanidad y su historia, en el cumplimiento de la misión religiosa que Cristo le asignara. La evangelización dentro de su propia especificidad, debe responder y dar su propio aporte a la auténtica aspiración de nuestro pueblo: su liberación integral y plena. Debe ser una evangelización liberadora que penetre a fondo en la historia del hombre y lo lleve a Cristo, Hijo de Dios, que "por nosotros los hombres y por nuestra salvación, se encarnó de María Virgen por obra del Espíritu Santo y se hizo hombre". "Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar. El hombre, por consiguiente, pero el hombre uno y total, cuerpo y alma, corazón y conciencia, entendimiento y voluntad". El Verbo hecho carne asumió la totalidad del hombre, en todo semejante a nosotros, menos en el pecado, para liberarnos del pecado y de todas sus consecuencias. Cristo resucitado es la primicia de los resucitados, del hombre nuevo creado en santidad y justicia. La "liberación" no la debemos encerrar en el ámbito socioeconómico y político. Sería una forma del ateísmo moderno. Queremos reasumir y recuperar el término en su pleno sentido bíblico y litúrgico, despojado de toda ideología que lo desfigure. En efecto, el anuncio bíblico

de la salvación es la evangelización de los pobres y la liberación de los cautivos; y la petición de los hijos a su Padre, Dios, es que los libre del mal, de todos los males. El Evangelio de Cristo asume, como el Verbo encarnado, a ese hombre uno y total, "anuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios y rechaza toda esclavitud, nacida en último término del pecado". No sólo es una liberación de un término a quo, que es el pecado, sino que capacita y lleva al hombre a la plenitud de su salvación como hijo de Dios en Cristo. El hombre tiene por voluntad de Dios una vocación trascendente: ir haciéndose a imagen y semejanza de Dios. Dios es el ser libre por antonomasia. Hacerse a su imagen y semejanza es ir haciéndose libre, lo más posible. Cristo es la imagen perfecta de Dios invisible, el camino, la verdad y la vida; esa verdad nos hace libres. El es la Buena Nueva. La evangelización hace presente y actuante a Cristo Salvador, es la proclamación de Cristo liberador, es decir, el proceso de la evangelización auténtica lleva al descubrimiento de este Cristo liberador, a la aceptación de su persona, sus pensamientos, sus criterios, sus actitudes, sus acciones, que están en oposición con todas las esclavitudes y opresiones que padece el hombre. "Solamente Dios que creó al hombre a su imagen y lo redimió del pecado ofrece una respuesta plena a estas cuestiones (a saber: cuál es el significado de la vida, los afanes y la muerte del hombre), y lo hace por la Revelación en Cristo su Hijo, que se hizo hombre. El que sigue a Cristo, hombre perfecto, él mismo se hace más hombre".

En cuanto al modo o metodología de la evangelización, esencialmente debe ser el mismo que recomendó el Sínodo de 1971 para la educación de la justicia. También la educación de la fe, la evangelización, debe hacer surgir la facultad crítica y sacudir la conciencia. De lo contrario, no sería verdadera evangelización, porque separaría la tarea temporal e histórica de la salvación dada por Cristo a los hombres, es decir, no sería verdaderamente humana ni cristiana. La evangelización liberadora lleva a la plenitud en Cristo, en quien la vocación humana a la libertad se hace vocación divina y sobrenatural: no solamente Cristo nos libera humanamente, sino que nos inserta en la vida divina. El misterio pascual de Cristo recrea totalmente al hombre y lo hace nuevo de manera original, "llamándolo a la libertad de los hijos de Dios". No solamente lo libera de toda esclavitud y alienación humana, lo introduce a participar del misterio de libertad que es Dios. Los bienes de la dignidad humana, de la unión fraterna y la libertad, "volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo

entregue al Padre el reino eterno y universal, reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz". Este Reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; con la venida del Señor se consumará su perfección.

La Iglesia, sacramento universal de salvación, "recibe de su Fundador la misión de anunciar y establecer el Reino de Cristo y de Dios, en medio de todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de este Reino". Pero ella para evangelizar, debe ser permanentemente evangelizada, es la primera que necesita la libertad, cada vez más plena, de los hijos de Dios. "El Espíritu Santo la hace rejuvenecer con la fuerza del Evangelio, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ven". En su obra salvífica, la Iglesia ha de seguir el mismo camino seguido por Cristo, es decir, el de la pobreza y persecución. La Iglesia y el mundo, aunque son realidades diferentes, están englobados en un único plan de Dios, de tal suerte que la Iglesia no evangeliza sino en unidad con la humanidad y su historia. Así, los signos de los tiempos (las aspiraciones auténticamente humanas) son para ella la luz de la fe, un "lugar teológico e interpelaciones de Dios". "La catequesis actual debe asumir totalmente las angustias y esperanzas del hombre de hoy, a fin de ofrecerle las **posibilidades de una liberación plena**, las riquezas de una salvación integral en Cristo, el Señor". Pero, evangelizar no se reduce solamente a concientizar; perdería su originalidad cristiana a favor de lo simplemente humano. Los valores humanos y los signos de los tiempos deben integrarse con los valores y los signos explícitos de la revelación cristiana. Dios se hizo y se hace presente en nuestra historia a través de muchos signos; sin embargo, todos los signos son epifanía de la única Palabra viviente que es Cristo. Evangelizar, pues, significa ayudar a descubrir en los distintos signos la presencia de la verdad liberadora que es el mismo Cristo. Los signos o mediaciones de nuestro encuentro explícito con Cristo son: el signo testimonial de la Iglesia, a través del cual el mundo es "sensibilizado" a la presencia viva del Cristo resucitado en su Iglesia. El kerigma bíblico y la predicación eclesial que producen una iluminación y mentalización de fe a la luz de los acontecimientos de la historia bíblica. La liturgia y los sacramentos, con los cuales la evangelización se actualiza, se hace vida y se traduce en praxis cristiana, en compromiso personal y comunitario con Cristo.

ELEMENTOS QUE DEFINEN LA EVANGELIZACION INTEGRAL

Monseñor Germán Schmitz Sauerborn,
Obispo Auxiliar de Lima (Perú)

Con frecuencia se condena a quienes se dice que reducen el Evangelio a aspectos meramente políticos y raciales. Sin duda, hay quienes actúan de esta manera, movidos muchas veces por una grande, pero imprudente generosidad. Por otro lado, también es cierto que muchos de los que son tan duramente condenados por "reducir el Evangelio", en realidad no están sino ejerciendo, con audacia y paciencia, la misión profética, propia de todos los discípulos de Cristo. Sin embargo, tenemos que preguntarnos sinceramente: ¿son ellos los únicos culpables de las tensiones y conflictos que actualmente agitan a la Iglesia? ¿No hay que tener en cuenta también a los que fallan por otros motivos, como son: su pasividad, su inercia, su actitud negativa ante el diálogo? ¿No son culpables también los que se niegan a aceptar y llevar a la práctica el espíritu y las conclusiones del Concilio Vaticano II y, en nuestra América Latina, de la Asamblea General del Episcopado en Medellín?

Como un camino para la superación de estas tensiones y con el objeto de lograr tan deseada y fecunda síntesis, los obispos peruanos, con la valiosísima cooperación de muchos fieles, han entregado al pueblo de Dios un documento titulado: "Evangelización. - Algunas líneas pastorales". Partiendo de la visión de la Iglesia, como "pueblo de Dios en la historia", este documento distingue tres dimensiones fundamentales de la evangelización: la dimensión histórica, pues se trata del pueblo de Dios, peregrino en la historia; la dimensión comunitaria, porque es un pueblo, cuya unidad e identidad se fundan en la filiación divina y en la fraternidad cristiana, sin olvidar su constitución jerárquica; la dimensión cultural, porque es el pueblo de Dios, convocado por el Padre en Jesucristo y animado por el Espíritu Santo; que, mediante el culto

privado y comunitario, alimenta su conciencia escatológica alentando la esperanza en el Señor, que conduce la historia de la humanidad hasta la plena salvación y ha de venir en la consumación de los tiempos, y fortaleciendo la unión personal y comunitaria con Dios para que los esfuerzos inmanentes a este tiempo permanezcan abiertos a la trascendencia de Dios y de su Reino. Las citadas dimensiones no deben ser tomadas por separado, sino íntimamente unidas entre sí, lo que es necesario tener muy en cuenta, pues precisamente el que se den simultáneamente en toda acción evangelizadora constituye el principal criterio pastoral para la evaluación de la acción realizada y para la planificación de la acción futura. La distinción entre las tres dimensiones debe tomarse en sentido lógico, no en sentido existencial.

La evangelización debe ser histórica, fundamentalmente, por estas dos razones: porque "va dirigida al hombre concreto que vive en un momento determinado de la historia"; y porque "el pueblo de Dios debe realizar su misión evangelizadora desde una situación histórica concreta". La situación histórica es vista por los cristianos del Perú, como la de un continente que, por una parte, ha sido favorecido por una secular tradición cristiana y, por otra, vive bajo el rigor de una cruel injusticia y una dura opresión, tanto en el aspecto personal como en el estructural; un continente que vivió largo tiempo en una angustia silenciosa, pero del cual se levanta un clamor, cada vez más enérgico, por la liberación: por el derecho "de ser hombres". En tal situación histórica, los cristianos son cada vez más conscientes de que la liberación del pueblo, es decir, el derecho y el deber de "ser hombres", es parte integral de la economía salvífica de Dios, pues el hombre es "imagen y semejanza de Dios" y debe llegar a serlo cada vez más perfectamente. Por lo tanto, los cristianos saben que tomar parte en el proceso por el cual el hombre, sobre todo hoy en América Latina, se esfuerza en liberarse de todas las situaciones y de todas las estructuras injustas y opresoras, ya sean políticas, económicas, sociales o culturales, no es sino tomar parte en la construcción de la historia humana, con la conciencia iluminada por la fe, de que están colaborando en la historia de la salvación. Ciertamente, la salvación no se reduce al proceso de la liberación humana, pero lo asume, pues "todo lo humano, medido en Cristo, constituye la dimensión permanente de todo el quehacer pastoral de la Iglesia". Por todo esto, los cristianos, iluminados y movidos por la fe, aportan a este proceso algo muy propio y original: la conciencia del valor salvífico, de la llamada libera-

EVANGELIZACION COMO "LIBERACION DEL HOMBRE"

ción "integral", que, en la actual economía salvífica, asume todas las dimensiones existenciales del hombre. Así es la obra salvífica de Cristo, definida tal como la define el Episcopado peruano en el citado documento.

Los cristianos, inmersos en tal proceso histórico, tienen el ineludible deber de aportarle estas propiedades para que realmente la liberación sea integral: su radicalidad: llegando hasta la última raíz de toda injusticia, es decir, el pecado; su trascendencia: manteniendo abierto el proceso histórico de la liberación a la plenitud de la salvación que esperan alcanzar, como don de Dios, más allá de la historia; su amplitud: atacando todo pecado, dondequiera que se encuentre, ya sea en el corazón del hombre, ya en las estructuras sociales; su totalidad: esforzándose para que el proceso de la liberación no quede reducido a una sola dimensión; al contrario, abriéndolo a todas las situaciones y estructuras donde se juega y está en peligro la suerte del hombre como hombre, hijo de Dios y hermano en Cristo; su historicidad: purificando los esfuerzos humanos, infectados por el egoísmo y la soberbia y, purificados, orientándolos hacia la solidaridad en la tarea de liberar a todo el hombre y a todos los hombres.

La situación histórica, en un continente como el latinoamericano, necesariamente lleva a los cristianos a un compromiso, auténtico y eficaz, con los que soportan el durísimo peso de un sistema tan cruel: al "compromiso con los pobres y oprimidos". Al contemplar el proceso "kenótico" de la Encarnación del Señor y de su misterio pascual, vemos con meridiana claridad desde qué perspectiva debemos mirar la historia para lograr una plena comprensión del proceso de liberación, a saber, a la luz de la pobreza de aquel Niño que nació en Belén y de la desnudez de Aquel que fue crucificado en el Calvario, el cual, como nos dice el evangelista Mateo, se hace presente "en todo hermano pequeño": en los niños que mueren de hambres y de frío; en los obreros que no reciben la retribución familiar; en las familias que no pueden llegar a la perfección que les corresponde como células básicas de la sociedad, por causa de las dificultades que el mismo sistema social les crea, y, finalmente, en tantas situaciones y estructuras injustas y opresoras. Sólo desde esta perspectiva podemos entender qué es lo que tenemos que emprender y qué es lo que tenemos que soportar; cómo debemos convertirnos para que el mundo sea transformado según el plan de Dios y el Reino de Dios venga cada vez más efectivamente. De este contexto nace la definición de la evangelización integral.

Es necesario asumir una visión global del proceso de la historia humana y enfocarlo a la luz del Evangelio para que nuestra posición sea verdaderamente evangélica frente a cualquier ideologización de la fe o instrumentalización de la Iglesia. Esto nos impedirá condenar solamente el marxismo por sus principios filosóficos y realizaciones históricas contrarias al Evangelio y a la fe cristiana, sin condenar también con la misma firmeza y por los mismos motivos la ideologización que proviene por nuestra vivencia en el sistema capitalista de las sociedades opulentas de consumo. Por eso debemos ejercer un discernimiento muy nítido en este asunto. Porque con frecuencia se rechaza una ideologización que se inspira en el marxismo, no a la luz del Evangelio ni con criterios evangélicos, sino con ayuda de otra ideologización que proviene de una mentalidad capitalista; convirtiéndonos así no en defensores de la fe, sino en defensores de un sistema. Porque nosotros no hemos sido enviados como cristianos para defender o fortalecer privilegios o intereses egoístas de tal o cual persona o grupo por medio de la ideología que sea, sino a proclamar la venida del Reino de Dios en el que todos los hombres, sin excepción, puedan vivir auténticamente como hijos de Dios y se puedan relacionar entre sí por medio de las estructuras políticas, económicas, sociales, culturales... , como verdaderos hermanos en Cristo, por la gracia del Espíritu de amor.

En nombre de la Conferencia Episcopal Peruana, que ha tratado la "liberación del hombre" como uno de los puntos más importantes de su reflexión teológica en el documento "evangelización", pido que la palabra "liberación" y su significación integral sean tenidos en cuenta por este Sínodo como un elemento constitutivo, si bien no único, de la salvación; y por lo tanto, que sean tenidos en cuenta también en la actividad por la que la Iglesia se pone al servicio del plan de Dios, es decir, en la evangelización. Razones: porque la palabra "liberación" es una expresión digna del vocabulario cristiano, como lo ha afirmado recientemente el Santo Padre Pablo VI; porque unifica a los cristianos comprometidos de América Latina por medio de una de las corrientes existenciales más válidas que pulsan en nuestro continente. Esta corriente profunda se manifiesta como una de las más claras "interpelaciones de Dios" de participar en este proceso histórico de liberación para hacerla verdaderamente "integral" y abrirla a la plenitud de la salvación que Dios nos ha donado en

Cristo Jesús. Nos parece que la palabra "liberación" debe ser preferida a la de "promoción humana": porque "promoción" se puede malentender en el sentido de "tener más" y favorecer de esta manera un "desarrollismo" sin llegar a tocar necesariamente el núcleo de la dignidad de la persona humana; mientras que "liberación" se entiende más claramente en el sentido de "ser más", es decir, del derecho de "ser hombre" y de participar como agente consciente y libre en el proceso de la historia; además, porque "liberación" expresa más explícitamente el valor evangélico de la libertad, que para llegar al culmen de su perfección, debe tender a la "libertad de los hijos de Dios"; libres de toda soberbia para consagrarse incondicionalmente a Dios como Padre, y libres de todo egoísmo para ponerse al servicio amoroso de los hombres como hermanos en Cristo. Es lo que podríamos llamar la "liberación positiva": liberados para la comunión plena con Dios y con los hermanos, en Cristo Jesús; finalmente porque "liberación" expresa más claramente el carácter conflictivo y laborioso del proceso de liberación integral, es decir, de lo que podríamos llamar la "liberación negativa": romper con el pecado que habita en el corazón del hombre; y transformar las estructuras de la sociedad, por las que los hombres se deben interrelacionar entre sí, pero en las que se enquistaba el pecado de injusticia, opresión del hombre por el hombre, sensualidad, falsedad, egoísmo. . . , que les impiden expresarse plenamente como hijos de Dios y encontrarse como hermanos en Cristo. Por último, porque éste es para nosotros el sentido de "liberación", creemos que ésta no es meramente una consecuencia de la salvación, sino que está integrada en el plan salvífico de Dios, y que por lo tanto, debe ser proclamada y llevada a la praxis en la obra de la evangelización integral, como obra salvadora de Cristo.

EN BUSCA DE UNA PEDAGOGIA DE LA FE

Monseñor Ricardo Durand Flórez,
Arzobispo de Cuzco (Perú)

La Conferencia Episcopal del Perú se ha alegrado de que el tema del presente Sínodo sea la evangelización, al que los obispos peruanos vienen dedicando gran atención.

En Perú, casi todas las diócesis tienen ya consejos presbiterales y pastorales; y, como desde hace muchos años funciona la Asamblea Episcopal Nacional, que se reúne de modo ordinario cada mes de enero (la última extraordinaria en agosto, ha sido la 44ª Asamblea), hemos ido perfeccionando esta Asamblea de modo que ya desde hace 5 años participan sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos. Hace dos años la Asamblea de Obispos reguló el modo de proceder dividiendo el país en 8 regiones pastorales, dada su variada diversidad. En cada región se tiene la asamblea regional con asistencia de los agentes pastorales ya nombrados, los cuales eligen sus representantes para la asamblea nacional de enero. De este modo hemos instaurado un valioso diálogo con sacerdotes, religiosos, religiosas, catequistas y laicos, que sin duda alguna enriquecen enormemente las conclusiones pastorales, aunque tratándose de Asamblea de Obispos, el último documento lo revisan y publican ellos solos.

Perú cuenta con 6.000.000 de quechuas, los cuales tienen una religión con elementos válidos pero mezclada con paganismo. Se ha fundado hace 7 años un Instituto de Pastoral Andina, que está trabajando con mucho éxito en acomodar más profundamente la pastoral al modo de ser y al alma indígena. En Lima también hay otro centro de estudios teológicos para laicos; 12 de sus exalumnos, ya casados, han sido ordenados recientemente diáconos permanentes.

El documento del Episcopado peruano sobre la evangelización hace notar la necesidad de una pedagogía de la fe, que impulse realmente a los hombres a combatir el pecado en sí mismo y las consecuencias que este último

comporta en las estructuras sociales, sobre todo en un momento en que el mundo secularizado quiere negar el pecado. Pero no se debe olvidar que el hombre que debe ser evangelizado experimenta la lucha descrita por el apóstol Pablo, "el bien que quiero no lo hago y hago el mal que no quiero". Es la experiencia del "egoísmo", reforzado por el influjo de la sociedad moderna que crea continuamente nuevas necesidades y las anuncia con los medios de comunicación social. Así, mientras muchos viven en una abundancia sin límites, la mayor parte de los hombres caen en una miseria cada vez más profunda.

Del pecado, de la concupiscencia, del egoísmo, resulta que muchos van a una vida fácil pero vacía, de donde se ha llegado al hipersexualismo, a las drogas y a justificar por leyes el aborto, que es un asesinato de quien no puede defenderse.

Por otra parte, muchos viven en una situación de miseria, de injusticia permanente, que como se dijo en Medellín, es "un estado de pecado", no de ellos, claro está, sino de los que les mantienen en ese estado.

El cristianismo nos da la filiación divina: nos hace hijos de Dios y nos lleva a ser hermanos con Cristo, con todos los hombres. Si esta verdad la hacemos sangre de nuestra vida superaremos todas las dificultades de la evangelización.

El pueblo peruano es un pueblo religioso, pero con una religiosidad demasiado externa. Recordemos que las devociones, los mismos sacramentos, más aun el mismo sacrificio Eucarístico de Cristo, no son un fin en sí, sino un medio para que vivamos la vida divina de hijos de Dios Padre, hermanos todos en Cristo. Nos preguntamos, pues, los obispos del Perú: ¿cómo encontrar una pedagogía de la fe (con la cual comienza la evangelización) que nos empuje a vivir como hermanos, que se amen como Cristo nos ha amado, dado que todos somos hijos del mismo Padre que está lejos en los cielos? Ojalá podamos llevar a la práctica la respuesta a estas preguntas. Sin duda que resolveremos todos los problemas de la pastoral evangelizadora.

PRECISIONES DEL CONCEPTO DE EVANGELIZACION

En cuanto al concepto de evangelización, ruego que se incluya en la síntesis final lo propuesto por el Círculo Menor de lengua inglesa A, donde se hace mención de las

secuelas del pecado y de su relación con los males de este mundo. Ruego asimismo que se tenga en cuenta lo dicho en el Círculo hispano-lusitano A, sobre el particular.

Creo que merece subrayarse también que tenemos que atender principalmente al término final de la evangelización, a saber, la filiación adoptiva del Padre y la fraternidad universal en Cristo Jesús. Pero en ningún modo podemos pasar por alto el punto de partida de la evangelización, sobre todo teniendo en cuenta que actualmente se silencia con tanta facilidad el tema del pecado, e inclusive se niega.

Acerca de la palabra "liberación" pido que se emplee explícitamente el vocablo "liberación", y que se le dé el recto sentido que tantas veces ha sido definido en el Sínodo en conformidad con el discurso pronunciado por Pablo VI el día 31 de julio del corriente año.

Sobre los evangelizadores diría que hemos de cuidar de su calidad más que de su número, a pesar de que ahora no tengamos muchos. Por esta razón me adhiero espontáneamente a la petición de un venerable hermano sinodal que urgía la necesidad de los ejercicios espirituales para los evangelizadores, con el fin de encontrar de manera más íntima y personal a Dios.

DIFICULTADES EPISCOPALES

Pide —en nombre también de monseñor Contreras de Chile— que en las conclusiones finales del Sínodo se hable de los obreros, tema que no ha salido en las relaciones de los círculos menores. Lo mismo dice de los agentes de la evangelización, en especial de los sacerdotes que deben encontrar su propia identidad precisamente evangelizando. También postula que se hable en el documento final de los otros agentes pastorales: los laicos y las mujeres. Igualmente quiere que se trate de los mass-media que tanta influencia tienen para crear un ambiente propicio o contrario a la evangelización.

En cuanto a la responsabilidad del obispo, surge un problema práctico. Tenemos, de hecho, una real descentralización de la curia romana. Muchos asuntos que antes del Concilio Vaticano II se daban ya hechos en los dicasterios romanos, ahora se transmiten a las conferencias episcopales. Tenemos las asambleas episcopales nacionales y las regionales, que deben ser preparadas y llevan tiempo. Han nacido, y es muy bueno, las comisiones episco-

pales. En América Latina tenemos el CELAM, con sus departamentos, en los cuales intervienen también obispos. El Santo Padre nombra ahora por un quinquenio, como miembros de los dicasterios romanos, a cardenales y obispos de todo el mundo, que deben venir a las plenarios de Roma. Y no abundo recordando la enorme cantidad de libros, instrucciones, pedidos diversos sobre familia, liturgia, mass-media, catequesis, etc. . . ., que ni siquiera se pueden leer, aunque sean importantes, cuando el obispo está metido en su pastoral diocesana. Viene, pues, el problema: cuando el obispo tiene territorios muy extensos, difíciles, y de carreteras de tierra afirmada, y en cambio no tiene sacerdotes ni suficiente número de agentes pastorales, ¿cómo puede cumplir con la "residencia" que es tan necesaria para una verdadera y personal pastoral y al mismo tiempo ocuparse de esos asuntos nacionales e internacionales? Reconozco que todos esos problemas nacionales e internacionales son realmente importantes; pero si no se da la bilocación, un mismo obispo no puede atender simultáneamente todo. Este problema quizás no le competa al Sínodo; pero me dirijo filialmente al Santo Padre para que se estudie y en lo posible se remedie, aunque sea parcialmente, pues sé que es difícil.

EL NEOMALTUSIANISMO, UN DESAFÍO A LA EVANGELIZACIÓN

Monseñor Rafael Grovas,
Obispo de Caguas (Puerto Rico)

El cardenal Wojtyla en su relación, ha hecho notar que la evangelización se enfrenta hoy con condiciones de mayor oposición que nunca, tanto en el campo intelectual e ideológico, como en el campo y en la misma concepción de toda la existencia humana. En algunas regiones del mundo las fuerzas de la "antievangelización" crecen notablemente y así el Evangelio de Jesucristo aparece como "signo de contradicción". Este enfrentamiento y esta oposición se manifiestan de manera especial en la actitud adoptada por las autoridades públicas de muchas regiones del mundo respecto a un problema de tanta importancia como lo es el referente a la población y a la adecuada y justa distribución de los bienes materiales entre los diversos pueblos del mundo. Si este problema no se tiene continuamente presente, la Iglesia ha de experimentar grandes dificultades, no sólo respecto de la evangelización de los no católicos, sino aun respecto de conservar a los mismos católicos en su propio seno.

Muchos padres han dicho aquí que si la familia es el núcleo primario de la sociedad civil o natural, lo mismo hay que afirmar de la familia como núcleo primario de la sociedad sobrenatural, o sea, de la Iglesia. Pero, como está claro, las llamadas fuerzas de la "antievangelización" están organizadas para infligir una herida mortal a la familia, no sólo para oponerse a la obra de la evangelización, sino para impedir la del todo.

El corriente año ha sido designado por la "Organización de las Naciones Unidas" como el Año Mundial de la Población. Por tanto parecería muy oportuno que este Sínodo aborde también este tema, que está íntimamente unido tanto a la evangelización de los pueblos, como a su progreso económico y a la liberación humana. A Puerto

Rico le han sido asignadas unas partes muy importantes en el tan nefasto programa de la restricción de la natalidad mediante el llamado "birth-Control". Puerto Rico, desde hace muchos años, ha sido considerado, y es actualmente considerado, como un laboratorio especial donde todos los métodos y todos los medios para evitar la concepción y la natalidad son sometidos a examen antes de que —por decirlo así— sean puestos, como en un mercado público, a disposición de la experiencia humana, trátase de medios directamente contraceptivos, esterilizantes o abortivos. En el año 1937 se inició la acción pública del Estado en este campo, al quedar abrogadas las leyes que impedían la propagación de los medios y de las prácticas neomaltusianas. Y desde entonces hasta nuestros días unas 300.000 mujeres han sido sometidas —se dice que voluntariamente— a la esterilización, según informes públicos del Gobierno. En la actualidad la propagación de los medios para evitar la concepción de la vida humana —aun mediante la aconsejada esterilización de los hombres— tiene por propósito que hacia fines de este siglo o principios del próximo la población de nuestra isla quede reducida al crecimiento cero, término técnico para indicar que el número de nacimientos no excede el número de muertes. Resulta extrañísimo que este plan de evitar la natalidad se haya implantado entre nosotros, cuando nuestro Gobierno a cada paso está proclamando que el índice de ingreso individual, o sea, el llamado per capita crece cada día más y más, de manera tal, que este ingreso sea el mayor de todos los países de América Latina, a saber, unos 2.000 dólares, aproximadamente. Más aun, personas muy autorizadas en materia económica, ya han publicado en la prensa que en 1985 —es decir, dentro de diez años— tendremos un aumento de población, y al mismo tiempo un aumento de bienes materiales. Sucede así que una pequeña isla del Mar Caribe ahora mismo ocupe el quinto lugar entre todas las naciones del mundo que comercian con los Estados Unidos de América del Norte, en manera tal que a ningún país del mundo ceda su lugar en esta materia fuera del Canadá, Gran Bretaña, Alemania Occidental y Japón. Como se ve, se trata, pues, de un gran absurdo: crece la población, pero al mismo tiempo crece la riqueza. Sin embargo, se insiste en reducir la población. A esta omnimoda reducción de la población se ha opuesto firmemente año tras año la Iglesia. Pero desgraciadamente en balde. Se ve que existe un designio de que en un Estado, firmemente establecido sobre un sistema materialístico, se disminuye la población y se aumenta el progreso material.

Puerto Rico es rico como lo indica su nombre, pero no son ricos todos los puertorriqueños. Y así, la isla de Puerto Rico viene a ser como un "signo de contradicción" de las fuerzas de la antievangelización, ya que, no obstante el crecimiento poblacional, crece el aumento del progreso material y hedonístico, crecen también las contrarias fuerzas neomaltusianas con grandísimo daño del bien espiritual de las almas. Claramente consta que el propósito y designio de las fueras neomaltusianas no es acabar con la pobreza y distribuir rectamente los bienes materiales, sino la solidez de un sistema económico firmemente basado en principios materialistas y hedonistas.

Así, pues, hay que adoptar una actitud de firmeza en este campo, apoyando decididamente al Sumo Pontífice en su continua defensa de una justa distribución de los bienes materiales en la universal sociedad humana, con lo cual se abran mejores oportunidades a la evangelización del mundo en Cristo.

UNA EXPERIENCIA VALIDA EN LA EVANGELIZACION

Monseñor Octavio Antonio Beras Rojas,
Arzobispo de Santo Domingo (República Dominicana)

Expone algunas experiencias evangelizadoras que se realizan en su país.

Tres prenotandos: 1) somos un país donde el 95 por ciento de la población está bautizada. Querer reducir esto a una simple costumbre social es falsear la verdad, como también lo es atribuirlo a una fe explícita y consciente. Sin embargo, este dato nos habla inconfundiblemente de una realidad fundamental: la fuerte religiosidad de nuestro pueblo y el sentido cristiano de tal religiosidad; 2) somos un país con penuria tradicional de sacerdotes. Por otra parte, en su mayoría han sido siempre extranjeros y últimamente bastantes de otra lengua y cultura. Esto explica la dificultad real que ha tenido entre nosotros el cultivo y profundización de la fe y aun de la misma religiosidad; 3) causas geográficas, ideológicas, sociales y económicas hacen que nuestro cambio cultural vaya hoy a un ritmo de vértigo.

En las cinco diócesis del país existe una eficiente escuela de catequistas que ha formado unos 60.000 de ellos, los cuales, bajo la dirección de los sacerdotes e inclusive supliéndoles, trabajan intensamente en la evangelización. Se ha puesto especial empeño en publicar varios catecismos autóctonos, que responden a nuestras características culturales.

Nota peculiar de la evangelización de estos últimos años ha sido partir de, o mejor aun, tener muy en cuenta la idiosincrasia y la religiosidad existente. Para ello se han hecho diversos estudios valiosos de la religiosidad popular. Con el fin de ayudar a todo esto se ha creado a nivel nacional el Instituto Nacional de Pastoral como instrumento eficiente de servicio a todos los agentes pastorales y evangelizadores. Entre las iniciativas en el campo de la evangelización han de citarse las asambleas familiares a

nivel nacional, y los cursillos que se están exigiendo para el bautismo de los hijos y para el matrimonio.

Por nuestra especial situación de país no desarrollado, en creciente y agresiva toma de conciencia de su situación injusta e insostenible y sacudido por multiformes violencias, la promoción y liberación, como parte del compromiso cristiano, tiene entre nosotros especial importancia. En esta línea hay dos tipos claros de pastoral y evangelización debajo de las cuales existen dos eclesiologías diversas. El primer tipo pretende hacer sentir hondamente la filiación divina y la confraternidad humana para de esto partir luego a una realización temporal socio-política correcta según Dios, fundamentada en la justicia y equidad. El segundo pretende conseguir una liberación temporal que haga reconocible a Dios en la sociedad, creíble a la Iglesia y posible la vida del Espíritu en el individuo y en la comunidad. Sin esta pre-evangelización, se afirma, es imposible la evangelización. No faltan antagonismos, no agudos aún, entre ambas posiciones. Con este fin se hacen algunos ensayos sacerdotales interesantes, todavía en sus comienzos, en barrios alejados de la Iglesia y con prejuicios contra ella. Dichos ensayos se basan primordialmente en el testimonio de vida en condiciones semejantes a la de ellos.

Se da gran importancia a la pastoral juvenil y, respecto a la participación de los laicos en la obra evangelizadora, tenemos la experiencia de los "presidentes de asamblea". La idea surgió ante la escasez sacerdotal sobre todo en los campos y montañas. Uno o dos sacerdotes no podían formar comunidad cristiana con 30.000, 40.000 y hasta 60.000 fieles. Estos laicos, llamados "presidentes de asamblea" reciben del obispo la "misión" de formar y presidir la comunidad. Sus funciones son: convocar la asamblea de la comunidad; celebrar la Palabra de Dios; distribuir la sagrada comunión si tienen facultad del obispo para ello; vigilar por el bien espiritual y aun material de su comunidad y llevar la comunión a los enfermos. Deben tener su consejo de comunidad. Pueden ser solteros o casados. Deben ser gente madura, de fe profundamente vivida, con sostenimiento económico asegurado, con experiencia apostólica y sugeridos y aceptados plenamente por la comunidad. Se les exige previamente una formación especial que van recibiendo en etapas sucesivas. La misión que reciben es temporal pero prorrogable. En la actualidad hay ya varios centenares de "presidentes de asamblea". Esta experiencia ha sido entre nosotros mucho más eficaz y ha tenido más éxito que la de los diáconos casados.

Todas nuestras actividades evangelizadoras pueden resumirse así: suscitar e intensificar la fe de acuerdo con nuestro mundo y cultura; incrementar y vigorizar la vida del Espíritu; urgir la dimensión temporal de nuestra vocación escatológica con sentido pascual; integrar y solidarizar cada vez más a todo el pueblo de Dios; incorporar activamente a los laicos a la misión de la Iglesia con servicios propios de ellos, y ayudar a todos los fieles misioneros en el mundo de hoy.

LA VIDA EN EL ESPÍRITU SANTO, PRENDA SEGURA DE LIBERACION

Poner a un lado o no dar la debida importancia al Espíritu Santo en nosotros y en la historia de la humanidad después de la resurrección de Cristo es traicionar el misterio salutar de Cristo y corromper la misión de la Iglesia, continuadora de la obra de Cristo. Nuestra mera labor humana es ayudar a suscitar la fe para que a través de ella venga el Espíritu Santo y haga en el corazón del hombre su obra, o ayudar al hombre a ser dócil al influjo del Espíritu Santo. El término, pues, de todo nuestro quehacer es el Espíritu Santo, conscientes, por otro lado, de que nuestra obra humana carece de eficacia en el orden sobrenatural y que es el mismo Espíritu Santo el que determina la conversión. Cristo no ofreció a los que en El creyesen otra cosa que la vida divina, el Espíritu Santo. La Iglesia, como continuadora de la obra de Cristo, no puede ofrecer otra cosa que ese mismo Espíritu Santo que quiere hacer de nosotros templos vivos suyos. Demandar de la Iglesia otras cosas y querer que ofrezca otras cosas, por muy excelsas que sean, es desconocer la naturaleza de la Iglesia y querer que traicione su misión. Barth sintetizó toda su teología dogmática en una sentencia muy apta para nuestros tiempos: "sin escatología no hay religión cristiana ni teología".

Poderosas corrientes, de las que no se independizan los sacerdotes mismos, quieren convertirnos hoy, sobre todo en el Tercer Mundo, en meros instrumentos de objetivos éticos, éticos socio-políticos. No vamos a negar su belleza y a veces su urgencia. Pero eso, digámoslo con lealtad y valentía, no es nuestro objetivo primordial y específico. Nosotros, como Cristo, en virtud y nombre de El, ofrecemos lo mismo que El, la vida del Espíritu, una vida que nos liberará del pecado y de la muerte. La liberación que tantas voces demandan, liberación social, política y aun sociológica, nosotros la ofrecemos y prometemos mucho

más radical como fruto de la vida del Espíritu Santo en nosotros. Dicha vida del Espíritu Santo no nos eximirá de nuestras obligaciones temporales que integran también el misterio salutar de Cristo, ni nos aletargará en ellas, sino que nos urgirá a ellas y nos ayudará a cumplirlas con fidelidad, generosidad y perseverancia. Es más. El cumplimiento perseverante de tales tareas es manifestación de la presencia activa del Espíritu Santo en el hombre, mientras que el incumplimiento será siempre prueba inequívoca de nuestra infidelidad a dicho Espíritu. Tal es la tesis fundamental de la teología profética del Viejo y Nuevo Testamento.

Respecto, pues, de una sociedad más justa y equitativa, más digna y humana, más libre y soberana, los cristianos están obligados a conseguir lo mismo y aun más que los más esforzados en esto. Pero lo harán siempre en Espíritu y bajo el Espíritu Santo. He aquí la gran novedad cristiana y la diferencia radical. Sea, pues, nuestra principal preocupación hacer desear a los hombres el don del Espíritu Santo y ayudarles a ser dóciles a El. El Espíritu Santo influirá siempre sobre nosotros conforme a las gracias y dones de cada uno y conforme a la situación histórica individual y comunitaria de la persona.

LOS LAICOS TOMAN CONCIENCIA DE SU MISION EN LA IGLESIA

Monseñor Arturo Rivera Damas,
Obispo Auxiliar de San Salvador (El Salvador)

En la república de El Salvador, después del Vaticano II y sobre todo a partir de la reunión del CELAM en Medellín (1968), se considera la evangelización como el anuncio del Evangelio que mueve a los hombres a aceptar a la persona de Cristo, Dios y Hombre, Salvador de todo el hombre y de todos los hombres, y a aceptar en consecuencia su doctrina y sus preceptos.

Por catequesis se entiende la explicación sistemática de la doctrina y de los preceptos. Sin embargo, al hacer un examen de la realidad se cae en la cuenta de las grandes lagunas que existen en la vida individual y social, y del divorcio que existe entre la fe y la vida. No se puede negar que la religiosidad popular es un elemento muy importante en la vida de nuestro pueblo: la gran mayoría de los fieles recibe los sacramentos de la iniciación cristiana y desea morir "confortada con los auxilios de nuestra santa religión". Sin embargo, al mismo tiempo se registran grandes lagunas en la vida familiar, un continuo aumento de la delincuencia y una mala distribución de los bienes y riquezas. Esto lleva a preguntarse si nuestro pueblo está realmente catequizado en el pleno sentido de la palabra que hemos dicho antes, o si no habrá más bien recibido una forma tradicional de catequesis orientada a la información tradicional más que al objeto esencial de la fe.

Por todo esto, el problema no es sólo qué debe hacer la Iglesia, sino cómo debe volver a entablar su relación con el mundo. Este es precisamente el tema del Sínodo.

En cuanto a las pequeñas comunidades: a partir de 1971 en El Salvador han ido extendiéndose las comunidades eclesiales "de base". Estas comunidades son eficaces tanto en las parroquias rurales como en las urbanas, por su vitalidad, por la conversión, tanto comunitaria como

individual, a la que conducen, por la oración privada y litúrgica y por la ayuda que prestan a la solución de las dificultades de la comunidad; en ellas se lee mucho la Sagrada Escritura y se frecuentan los sacramentos. El mejor criterio de que realmente existe un compromiso serio de vida cristiana es el de la vida comunitaria. Hasta ahora no se ha registrado ningún problema de desobediencia a la jerarquía por parte de estas comunidades.

A la pregunta de si en El Salvador existen laicos conscientes de su misión en la Iglesia hay que responder que la mayor parte de los fieles tienen, sin duda, una actitud de pasividad. Sin embargo, existen algunas organizaciones en las que se pueden admirar grupos de fieles conscientes, cuya acción evangelizadora ha dado nueva vida a la parroquia, a la diócesis, a la nación. En el mundo obrero existen la JOC y la MOAC que, sin embargo, son asociaciones muy poco numerosas. Entre los fieles de la clase media baja hay también parroquias en las que florecen comunidades de vida cristiana cuyos miembros son muy conscientes de su misión en la Iglesia. La clase media, por su parte, tiene un influjo mucho mayor en la creación de grupos y organizaciones especializadas; de ellas proceden *curullistas de cristiandad* (M. F. C.: Movimiento Familiar Cristiano). La conciencia y la participación de los laicos varía mucho de una diócesis a otra. También brotan grupos fingidos o auténticos que se llaman "de extrema derecha" que se oponen, a través de los *mass-media*, a las iniciativas y actividades de la Iglesia en los problemas de justicia social. El clero está generalmente de acuerdo en que la tarea principal de la Iglesia en San Salvador es fomentar al máximo la promoción de los laicos. Para ello existen en todas las diócesis grupos y organizaciones como también equipos itinerantes. De este modo se trata de que los laicos asuman su misión específica en la construcción de la ciudad terrena y suplan así de algún modo la creciente escasez de clero. Los laicos como "celebradores" de la Palabra participan en la vida de la comunidad como catequistas; algunos de ellos son promovidos, cuando la comunidad lo decide, a los ministerios de lector y acólito. Están capacitados para interpretar la realidad de la vida del país, y exigen en razón de su propia fe que se realicen cambios más profundos y a ser posible más rápidos.

En El Salvador tal vez no hay todavía conciencia de la conexión que existe entre la promoción-liberación humana y la evangelización, porque todavía no se ha aceptado la *eclesiología* y la *cristología* del Vaticano II con todas sus consecuencias. Sin embargo, existe una cierta con-

ciencia de esta conexión. No se puede negar, de ningún modo, que los movimientos especializados de Acción Católica, sobre todo la JOC y la ACU en América Latina, han evolucionado y han perfeccionado mucho su método de ver, juzgar y actuar; igualmente han tomado de otros métodos de investivación algunos elementos que han facilitado el dar un juicio global de la sociedad, de tal modo, que la fe pierde su carácter privado. Ha ocurrido también que se ha llegado a considerar el apostolado como algo sobreañadido pasando después a hablar de testimonio y misión temporal, promoción humana, "concientización" y, por último, revolución, que no se interpreta como algo necesariamente violento, sino como la necesidad de un cambio profundo y rápido. Se ha superado, ciertamente, el afán inmoderado de novedades ("radicalismo"); y se considera que la evangelización está unida con la promoción humana: por lo cual es necesario que todos los hombres sean conscientes de su situación, de que son hijos de Dios y hermanos en Cristo, de los demás hombres, de que su fe está necesariamente unida con la política, principalmente para que el bien común y la defensa de los derechos humanos se convierta en realidad. Esta es la lucha evangélica por la justicia y por la paz.

LAS COMUNIDADES DE BASE, FORMADORAS DE LA RESPONSABILIDAD ECLESIAL DE LOS LAICOS

Monseñor Andrés Rublo García,
Obispo Auxillar de Montevideo (Uruguay)

La Iglesia que peregrina en Uruguay ha realizado un notable esfuerzo para responder al impulso evangelizador del Vaticano II y de la II Conferencia del Episcopado de América Latina de Medellín. Dicho esfuerzo se inserta en una pastoral de conjunto planificada y revisada cada año por el Episcopado nacional, en diálogo con presbíteros y laicos. Los instrumentos principales de este esfuerzo evangelizador, en un pueblo fuertemente descristianizado y de orientación laicista, son los que señalamos a continuación: la catequesis renovada que, si con dificultad buscó y halló caminos nuevos adaptados al hoy de la Iglesia y de los hombres, recoge ya frutos consoladores; este esfuerzo ha sido complementado con la creación de un instituto de teología para laicos; la renovación de la pastoral sacramental, especialmente a través de una más esmerada preparación de los sujetos, y, en caso de tratarse de niños, también de sus padres; el compromiso eclesial por suscitar comunidades de base, de las que hablaré más detenidamente luego; la renovación catequístico-pastoral de los colegios católicos con creciente inserción en la pastoral diocesana y nacional. Sin duda que ha facilitado el camino para la evangelización, la renovación del rostro de la Iglesia, que la ha hecho sentirse más cercana al hombre y a sus problemas, sin desconocer las tensiones que, a su vez, esta renovación ha provocado.

Respecto al compromiso eclesial por suscitar "comunidades de base", se trata de una clara opción de la Iglesia en Latinoamérica, que el Episcopado de Uruguay hizo suya. Se trata de un empeño pastoral integrado en toda una pastoral de conjunto; las comunidades de base no se agotan en sí, ni agotan toda la acción pastoral. Alentadas por la jerarquía y por ella acompañadas no surgen por decreto, ni tampoco nacen con actitud contestataria. No sustituyen la estructura parroquial, sino que la sirven y

vivifican. Son una escuela de formación en la responsabilidad eclesial de los laicos. Se cuida para que no se cierren sobre sí mismas, ni caigan en un dañoso subjetivismo de fe y de vida cristiana. Igualmente se insiste para que conserven su identidad eclesial; esto es, que sean comunidades de fe, de oración, de caridad, de testimonio, misioneras, evitando que se conviertan en grupos activistas, sociopolíticos o de presión. Se evita el uniformismo, aceptando y promoviendo un sano pluralismo. Preocupación permanente es cómo vincular mejor este esfuerzo con una conveniente pastoral popular, evitando actitudes pastorales elitistas. Finalmente, lo dicho —como lo señalará en su exposición monseñor Pironio— es más una meta hacia la que se camina, que un objetivo ya logrado; por eso los llamamos más bien “grupos de reflexión” que “comunidades de base”.

LA IGLESIA, SACRAMENTO DE SALVACION Y SIGNO DE ESPERANZA

Monseñor Domingo Roa Pérez,
Arzobispo de Maracaibo (Venezuela)

Venezuela es un país católico con un 95 o 96 por ciento de bautizados. Hay una desproporción considerable entre los bautizados y los participantes en la vida de la Iglesia. En algunos ambientes la vida cristiana se reduce casi exclusivamente a seguir creyendo sin prácticas religiosas o muy pocas. En Venezuela hay un gran éxodo campesino que perjudica a la vida religiosa y moral.

Daña el sentido de la fe la diversidad de opiniones expresadas por algunos predicadores, conferenciantes, directores de retiros, y las revistas católicas extranjeras acerca de puntos referentes a la doctrina moral. Difundidas en un ambiente de escasa formación religiosa, estas ideas siembran una tremenda confusión que conduce al indiferentismo.

Al lado de grupos clásicos, como cofradías y piadosas asociaciones, surgen los grupos de reflexión de la fe. En cuanto a los grupos carismáticos se presentan bastante cerrados y con exageraciones doctrinarias y disciplinarias y con cierta reacción frente a la jerarquía.

No hay idea clara sobre las pequeñas comunidades. Tales grupos han calado especialmente entre la juventud más por lo nuevo que por su identidad. Son más heterocriticos que autocríticos. Revelan un sentido profético antitético, desconsideración de las leyes y de la autoridad por su institucionalidad y manifiestan autonomía en lo relativo a la liturgia. De los Evangelios deducen una Iglesia “ghetto” y clave resolutoria de tipo socioeconómico. Estas características y el repliegue sobre sí mismos, hacen inoperantes tales grupos para nuestra evangelización. No obstante las mencionadas experiencias, la idea de grupo de mayor exigencia y sentido comunitario ha movido a grupos cristianos pre-existentes sin convertirlos en comunidades de base.

Existen consejos presbiterales en todas las diócesis, en cambio, los consejos pastorales en pocas y con funcionamiento exiguo. La eficacia de los consejos presbiterales ha sido relativa, debido especialmente a su novedad como organismo y a la falta de experiencia en su aplicación, y en algunas diócesis coincidió la instalación con el brote contestatario, haciéndolos en un primer momento más bien instrumentos de presión que de cooperación pastoral. Tal situación ha mejorado notabilísimamente.

Es reducido el grupo de laicos verdaderamente conscientes de su misión apostólica en la vida de la Iglesia. Sin embargo, hay movimientos activos y eficientes: ya a escala nacional, como cursillos de cristiandad, "Legio Mariae", Unión de Mujeres de Acción Católica; ya de carácter local, que tienen oportunidad de mayor formación y ayudan al apostolado con fidelidad.

Hay crisis en la familia, que es muy inestable por razón del concubinato, el divorcio y el amor libre, a los que se han unido las nuevas corrientes que sacuden al hogar en todas partes. Hay diferencia de región a región. En la montaña la familia está mejor conservada y procura educar religiosamente a los hijos. En otras se reduce a una escasa preparación para la primera comunión. Nuestra familia, por lo tanto, generalmente no es fuente de evangelización.

La jerarquía tiene en gran estima el papel de la escuela católica, por ello deplora la clausura de colegios católicos y el decaimiento que se nota en ellos para la formación de líderes católicos en el sentido apostólico y social. Algunos han pretendido remplazar la adoctrinación sistemática por conferencias, casi exclusivamente de sentido social y no siempre a la luz de la doctrina católica. En la escuela estatal primaria se da catequesis dentro del horario escolar a los niños cuyos padres así lo soliciten. En la escuela secundaria y la universidad está totalmente ausente la religión y en esta última domina la tendencia marxista.

En cuanto al ecumenismo hay que decir que a nivel de pastores, católicos y no católicos, se han dado algunos pasos positivos. Por parte de la base no católica se produce un proselitismo agresivo.

Referente al ateísmo, este nace de una instrucción católica elemental inconsistente ante la confrontación. Los ateos lo son normalmente porque profesan una doctrina social atea, con doble efecto. El ateísmo en Venezuela es consecuencial.

Dada la escasez de sacerdotes se necesita la cooperación de otras Iglesias, y los sacerdotes han de prestar su ayuda dispuestos a evangelizar y no a politizar.

La Iglesia ha expuesto la doctrina social con claridad y decisión en plena fidelidad al pensamiento católico. Son abundantes los documentos del Episcopado, tanto colectivos como particulares, e igualmente las publicaciones de la prensa católica.

La Iglesia de Venezuela posee tres periódicos diarios que pasan de los 50 años, y uno de los 85, "La Religión", que es precisamente el decano de la prensa social. Posee también seis emisoras. En su reorganización, la Iglesia pensó en los medios de comunicación social, como en instrumentos básicos para la evangelización. Su influencia está recortada a causa de la limitación de los recursos económicos. Con frecuencia sacerdotes y laicos están presentes con el mensaje en periódicos y emisoras no pertenecientes a la Iglesia. Inclusive varios obispos dirigen un programa personalmente por radio cada semana y en oportunidades especiales. La Universidad Católica tiene una escuela de periodismo.

En cuanto a la reforma hay que decir que ha sido recibida con entusiasmo no exento de cierta precipitación anárquica que aún se nota en algunos no contentos con los cambios realizados hasta ahora.

Echando una mirada retrospectiva se puede afirmar que, no obstante la escasez de clero, de recursos y las dificultades propias de un mundo en cambio violento, que se siente más en nuestro país por su condición de pueblo joven y de gran crecimiento económico y social, la situación religiosa actual es mejor que la de tiempos pasados y la Iglesia es allí hoy más que nunca un sacramento de salvación y un signo de esperanza.

NECESIDAD DE EVANGELIZAR Y LIBERAR A LA IGLESIA

Monseñor Rosallo Castillo Lara,
Obispo Coadjutor de Trujillo (Venezuela)

En nombre de la Conferencia Episcopal de Venezuela deseo presentar algunas sugerencias y observaciones sobre la segunda parte del Documento de Trabajo. Lo haré en clave prevalentemente pastoral.

Trataré dos puntos: 1. la necesidad de la evangelización y 2. la libertad de la Iglesia.

I. Me permito insistir, en primer lugar, en la urgencia de suscitar o reactivar en la Iglesia la conciencia viva de la necesidad que tiene de hacer de la evangelización realmente la primera de sus tareas pastorales, la principal de sus finalidades, a la cual deben estar subordinadas todas las otras.

Nuestra propia experiencia pastoral y la rica comunicación que se tuvo en el Aula sinodal nos colocan ante un panorama que no dudáramos en calificar de dramático. Por una parte, los centenares de millones de personas a quienes no ha llegado aún el anuncio de Cristo, y que crecen en progresión incesante. Por otra parte, el mundo llamado antes cristiano que pierde de día en día la percepción de los fundamentales valores cristianos, y su misma adhesión a Cristo y a su Iglesia.

Muchos padres han insistido sobre las causas complejas de esta alarmante situación. Las hay de toda índole: históricas, culturales, políticas, sociológicas, etc. No pretendemos entrar a discutir el valor o la profundidad de estos análisis. Pero es un hecho que como factor antecedente y concomitante de este fenómeno de progresiva des-cristianización, hay que señalar la peligrosa disminución, en todas las fronteras de la Iglesia, en la intensidad, continuidad, profundidad y pureza del anuncio del Evangelio. Dicho en breve: se evangeliza muy poco y, en algunas partes no se evangeliza en absoluto.

El Concilio Vaticano II afirmó enfáticamente: "La Iglesia ha nacido con este fin: propagar el Reino de Cristo en toda la tierra..." y en el decreto "Ad Gentes" hace depender la gracia de la renovación de las comunidades cristianas de su empeño y preocupación misioneros. No obstante ello, y todos los impulsos ofrecidos por el Concilio para una espléndida primavera en la Iglesia, parece que se está llegando a un estancamiento, a una pérdida de vitalidad.

Muchos pastores se encuentran sumergidos por las preocupaciones de orden económico o administrativo y conducen una actividad burocrática, que apenas sirve para mantener unas estructuras. Otros se hallan desorientados ante el continuo cuestionamiento de verdades y métodos y no saben más que es lo que tienen que predicar. Algunos no han logrado el necesario **aggiornamento** teológico y no se sienten capaces de predicar el Evangelio. Y no pocos sustituyen arbitrariamente el **kerigma** con ideologías y planteamientos socio-políticos. Podríamos seguir enumerando situaciones. No es el caso. La realidad es que a través de estas y otras situaciones se encuentra una convergencia en un resultado fatal para la Iglesia: no se predica.

Se ha perdido el entusiasmo. No nos sentimos acuciados por esa necesidad imperiosa de que habla San Pablo y a la que aludía recientemente el Santo Padre en su discurso de apertura del Sínodo. Con el entusiasmo parece haberse perdido la capacidad misma de anunciar el Mensaje de salvación y nos hallamos como prisioneros de un tremendo complejo de inferioridad, preguntándonos si todavía el cristianismo tiene algo que decir a este mundo secularizado, si tiene algo de específico, si somos capaces de encontrar el lenguaje del hombre moderno, etc. Nos olvidamos de que la Palabra de Cristo ha sido siempre necesidad y estulticia frente a la "sofía logou" y que sin embargo es penetrante y eficaz como una espada afilada. Y olvidamos también que nuestras situaciones, por peores que parezcan, no logran compararse con la que tuvieron que afrontar los apóstoles cuando recibieron el mandato de Jesús.

El Sínodo debe, pues, buscar como primero y principal resultado en sus deliberaciones, el modo de devolver a los evangelizadores esa capacidad vital de anunciar el Evangelio, la confianza y la seguridad en su misión, y el entusiasmo para acometerla.

Si no logramos adquirir nosotros e infundir en los demás esa convicción profunda, radicada en la fe y el amor

a Cristo, y que lleve a consagrarse totalmente, con todas las fuerzas del alma, a este servicio de la Palabra, serán inútiles todas nuestras disquisiciones teológicas y nuestras propuestas pastorales.

No queremos con esto caer en el simplismo y negar la novedad de la situación y los tremendos problemas de contenido, método, adaptación, lenguaje, etc., que plantea. Pero, aunque parezca ingenuo y poco científico, insistimos en que lo que principalmente falta no son nuevos métodos, sino la profunda convicción de que hay que evangelizar, a todo trance. Y que la Iglesia está traicionando su misión y su razón misma de existir cuando hace otra cosa que no termine, directa o indirectamente, en el anuncio de la Buena Nueva de Cristo.

El Sínodo debería, pues, hacer un llamado, angustioso y penetrante, a toda la comunidad cristiana, especialmente a nosotros, obispos y a los sacerdotes, religiosos y apóstoles seculares, para que se superen las divisiones que desgarran a la Iglesia, se dejen los cuestionamientos estériles y las teorías peregrinas, se abandonen las rebeldías y nos dediquemos, todos unidos, a este urgente e indilacionable deber de reasumir la predicación del Evangelio.

La promesa de la presencia y asistencia del Señor, la eficacia misma de su Pa'abra, nos aseguran que su Esperanza acompañará y sostendrá nuestra empresa.

II. Quiero, en segundo lugar, adentrarme en el discurso sobre la liberación. Pero no para hablar de la tarea liberadora que corresponde a los cristianos frente a las estructuras injustas y a la dominación y dependencia. De esto se ha hablado hasta la saciedad. Me refiero a la **liberación de la Iglesia**.

En la primera Edad Media mucho se luchó —y hasta con las armas— por la libertad de la Iglesia. La "Libertas Ecclesiae" de toda dominación temporal era un valor irrenunciable por el que los Papas no dudaban en llamar a los cristianos a las primeras líneas de combate.

Pienso que hoy, en cierto modo, hay que preocuparse por la libertad de la Iglesia. Y no hablo principalmente de la Iglesia así llamada del silencio, oprimida por las dictaduras de cuño marxista y mutilada en el ejercicio de sus más elementales derechos. Me refiero más bien a nuestra Iglesia del mundo así llamado libre, que se ufana en hacer de la libertad un valor absoluto. Da la impresión de que la Iglesia es, en este mundo occidental, una **gran prisionera**.

Prisionera, en primer lugar, de la **opinión pública**, creada artificiosamente a través de los medios de comunicación social. Estos medios, por otra parte tan valiosos y útiles, parecen estar completamente manipulados por grupos de ciertas corrientes ideológicas, que deforman los acontecimientos, los filtran a través de sus prismas, y ofrecen como verdadera una visión del mundo y del acontecer histórico, que no corresponde a la realidad, pero que es fuertemente capaz de hacer alinear personas e instituciones.

Esa manipulación pesa fuertemente sobre la Iglesia, prisionera de ese complejo de "responder a las ansias del mundo moderno". Hay muchísimas cosas, en la Iglesia, que se hacen o se dejan de hacer, sólo por adecuarse a esas corrientes de opinión pública.

La Iglesia está además prisionera de los distintos grupos de presión, de derecha e izquierda, que se forman en su seno. Sobre todo, de los pontífices de una teología barata, que aparece como científica, sólo porque encuentra resonancia en ciertos medios de comunicación social. Las etiquetas de "conservador" o "progresista" que se prodigan con tanta generosidad en algunos medios son paralizantes para la acción y la conducta de muchos clérigos. Este miedo explica muchas posiciones en la Iglesia, y sobre todo, en aquellas asambleas que los medios de comunicación social se encargan de reflejar, según su óptica peculiar.

Podríamos continuar enumerando ejemplos. Pero no hace falta. Se siente y se palpa cada día que la Iglesia está, en cierto modo, prisionera.

Nos preocupamos por llevar la liberación al Tercer Mundo. Y es cosa loable. Pero se nos podría decir con razón: **medice, cura teipsum**. Comienza por libertarte a ti mismo.

La verdadera libertad de los hijos de Dios, la que hace obedecer más a Dios que a los hombres, nos es absolutamente indispensable para poder llevar eficazmente a todos el anuncio feliz de la llegada del Reino de Dios.

DOCUMENTOS CELAM

1. Presencia activa de la Iglesia en el desarrollo y en la integración de América Latina.
2. La pastoral de las vocaciones en América Latina.
3. Los cristianos en la universidad.
5. La pastoral en las misiones de América Latina.
8. Diaconado permanente en América Latina.
10. Los católicos y la educación en América Latina.
11. La ayuda del personal exterior a la Iglesia de América Latina.
12. Pastoral de Conjunto.
Conclusiones de la Reunión Latinoamericana de Pastoral de Conjunto. Río de Janeiro, 14-20 de marzo de 1971.
13. Iglesia y política.
14. Familia, sacerdocio, evangelización, juventud.
15. Cristianismo e ideologías en América Latina.
Departamento de Acción Social.
16. Liberación: Diálogos en el CELAM.
17. Dios: Problemática de la no creencia en América Latina.
18. Tecnificación administrativa de la acción pastoral.
19. Directorio para el Ministerio Pastoral de los Obispos.
20. Evangelización: Desafío de la Iglesia.

DISTRIBUCION

OFICINA DE PRENSA Y PUBLICACIONES DEL CELAM

Calle 78 N° 11-17 - Apdo. Aéreo: 5278 - Bogotá, Colombia

EDICIONES PAULINAS

Calle 12 N° 6-11 - Bogotá, Colombia